

# Crónicas Nerlingas II

EL SEXTO CLAN

Gorka Eceolaza Zabalza

Lectulandia

*El Sexto Clan* es el segundo libro de la tetralogía que compone la saga de las *Crónicas Nerlingas*. En él se narran las hazañas y aventuras de Kiril y sus compañeros, de antiguos y nuevos personajes, quienes en sus andanzas continuarán recorriendo hasta los últimos confines de Tierra Conocida.

Tras sobrevivir a la emboscada de los espías gronings en las veredas del Camino del Oeste, finalmente los nerlingos encontrarán a sus hermanos alkos perdidos del Sexto Clan. Kiril será instruído por Oerlikon, Kliat nerlingo, en los secretos y orígenes de su pueblo.

En el Valle de los Elothas, Ingvar y Gródolas continuarán cavando incansables el Túnel de la Libertad tratando de escapar de la esclavitud en las minas de oro.

A bordo de *La Sirena de los Mares*, el capitán Falk navegará hacia Rangalpur para lograr que los corsarios se unan a la causa nerlinga y a la del resto de pueblos libres de Tierra Conocida.

Los Quince de Klimerik seguirán hostigando a los gronings, mientras una idea comienza a bullir en la privilegiada mente de Perlivarce.

Todo ello mientras la amenaza de la inminente invasión groning se cierne sobre los moradores de las tierras orientales, lo que les obligará a reeditar extintas y olvidadas alianzas, mientras el misterioso Guardián de Bosque Salvaje y su campana de oro se cruzarán en el destino de Oyvind.

**Lectulandia**

Gorka Eceolaza Zabalza

# **El Sexto Clan**

**Crónicas Nerlingas - 2**

ePub r1.0

orhi 15.08.15

Título original: *El Sexto Clan*  
Gorka Eceolaza Zabalza, 2014

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedicado a las que están,  
Mila, Isabel, Miriam, Ainhoa, Andrea y Leire.*

*Y a las que faltan,*

*Pepita y Rufina.  
Las mujeres de mi vida.*

## Agradecimientos

Quisiera dedicar el capítulo de agradecimientos de este segundo libro de la saga, para reconocer el esfuerzo y la ayuda prestada por aquellas personas que, en mayor o menor medida, han contribuido a la difusión de *Crónicas Nerlingas*, confiando en que el camino que juntos, escritor y lectores, hemos emprendido, deje cuando menos una pequeña huella y logre que el mundo de los nerlingos no se desvanezca por las ráfagas del viento fugaz que azota con fuerza a nuestra sociedad.

En primer lugar y, como no podía ser de otra manera, mi agradecimiento va dirigido al “Club de los Nueve”: Isabel Arnaiz, Ignacio Eceolaza, Aitor Arnaiz, Pablo Jaume, Jesús Víctor Barragán, Andrés Arbués, María Jaume, Mikel Garate e Iñaki Martínez de la Hidalga. Sin vuestras críticas ni vuestro apoyo, *Crónicas Nerlingas* seguiría durmiendo el sueño de los cobardes en un directorio escondido en lo más profundo del disco duro de mi ordenador.

En segundo lugar, mi agradecimiento está dedicado a todos los librereros y personas relacionadas con el gremio que, para mi grata sorpresa, me escucharon con paciencia, atención e interés, y me brindaron la posibilidad de mostrar al público el primero de mis libros. Mil gracias a todos: Esther Moyua y Ramón Tatiegi de Hontza, donde se puso por primera vez a la venta *Crónicas Nerlingas I. La Traición Groning* y donde se vendió el primer ejemplar; Raquel García y Carlos Cilveti de Librería Lorea; Ane Fernández e Inaxio Calvo de Elkar; Santiago Loizaga de Librería Milo’s; Adrián Camino de Andrés de Librería Garazi; Isabel Ubiria de Librería Ubiria; también a Isabel Martínez de Estarrona de Librería Ayala, y otros a los que mi torpe memoria pueda haber olvidado.

Por supuesto también a los medios de comunicación que han ayudado a la difusión del libro, como el periódico Noticias de Gipuzkoa (Pablo Muñoz y Juan G. Andrés), el programa de radio Pompas de Papel (Enrique Martín y Félix Linares), al periódico El Diario Vasco (Mario García) y a Donostia Kultura por adquirir mi libro para los fondos de su red de bibliotecas.

Y por último, a todos aquellos que habéis comprado o leído la primera entrega de la saga de *Crónicas Nerlingas*. Confío en que no os haya defraudado y, con la lectura de esta segunda entrega, pueda seguir entreteniéndoos. Además de mis amigos y familiares, de los antiguos y nuevos compañeros de trabajo, merecen un apartado especial en mis agradecimientos las siguientes personas:

Uxue Iturbe, por ser la primera compradora de mis creaciones.

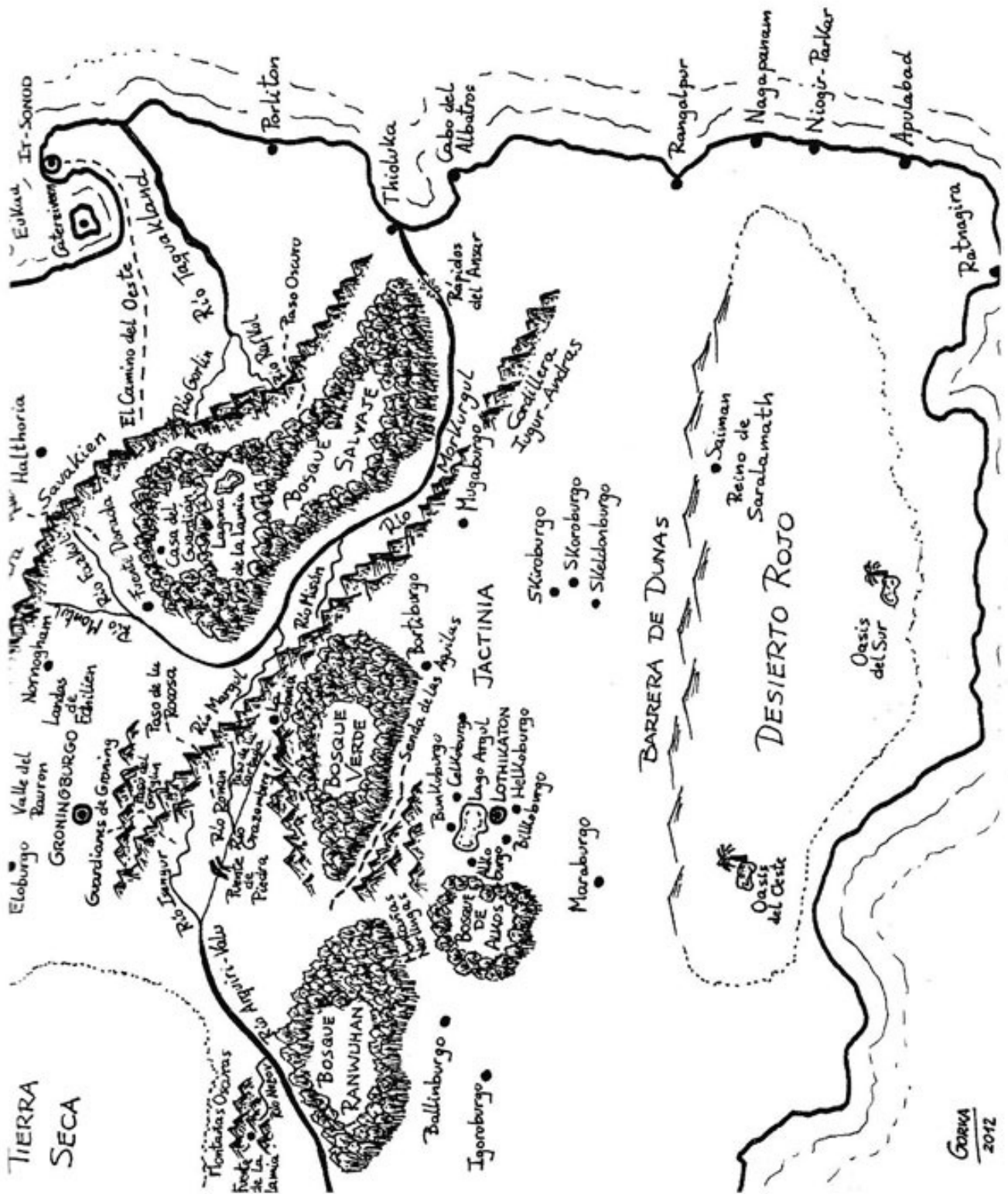
Miren Koro Sánchez, nombrada oficialmente Directora de Marketing y Publicidad, por haber tocado todas las puertas, posibles e imposibles, abiertas y cerradas, para que *Crónicas Nerlingas* pudiera darse a conocer al gran público.

Eneko Zabalza, que logró revertir la situación, colonizando al colonizador, y regresó victorioso de allende las fronteras, logrando divulgar a lo largo y ancho de territorio hostil esta novela de fantasía y aventuras.

Gracias a todos. Estoy convencido que lo que sembramos en la primera entrega de la saga será como la semilla del bambú chino. Una vez plantada, no se muestra al mundo más que en forma de un pequeño brote. Pero la planta va creciendo bajo el terreno, creando un complejo entramado en forma de raíz que hiende la tierra para, al final del quinto año, alzarse majestuoso muchos metros por encima del suelo. Con vuestra ayuda estoy seguro que lo conseguiremos.







## Esquivando a la muerte

Los párpados de Oyvind se comprimieron instintivamente, cegando sus élficos ojos al fatal destino que sobre él se cernía. Un brillo mortal refulgió sobre la hoja de la espada de Dracot, mientras los destellos de la hoguera la acompañaban en su letal descenso hacia el cuerpo del hijo del relámpago.

Oyvind estaba preparado para emprender el viaje hacia la morada de los Primeros Nacidos. Ése no era el itinerario por él planeado, mas el albur del destino se había cruzado en su camino. Ya nunca podría cabalgar en busca de su añorado hermano por las praderas de Tierra Conocida. Ahora sería Ingvar quien tendría que acudir a su encuentro. Oyvind le deseó una larga vida como libre peregrino de aquella tierra mortal que él se aprestaba a abandonar. Un extraño silbido que voló veloz desde el acantilado, le hizo creer que la muerte lo reclamaba con su efímera sonata. Sintió un suave pinchazo en su costado y nuevamente escuchó uno, dos, tres y hasta cuatro silbidos más. Oyó el sonido del acero abriéndose paso a través de la carne, sintió el helador metal en contacto con su ardiente sangre y, viendo que había llegado su hora, entregó su cuerpo y su alma al jinete sin rostro que su diosa había enviado.

—El tiempo de los nerlingos en Tierra Conocida ha terminado —dijo enmudeciendo—. Los años de la barbarie groning han comenzado.

Durante unos instantes Oyvind sólo pudo oír el sonido del silencio, interrumpido por nuevos y penetrantes silbidos que volaban en derredor. Sentía como su cuerpo y alma se separaban, mientras un fuego que le abrasaba el costado parecía todavía aferrarle a aquella tierra de hombres.

Repentinamente, un fuerte golpe sobre su cuerpo moribundo le hizo volver en sí. Una espada cayó a su lado y el dolor que sentía en su costado comenzó a menguar. Entreabrió los ojos y, revolviéndose en el suelo, pudo zafarse del peso que le aprisionaba. Atónito, pudo constatar que se trataba del cuerpo de Dracot, atravesado por dos flechas milagrosas. Se llevó instintivamente la mano a su costado y la sintió mojada en sangre. La espada del groning sólo le había herido superficialmente. Comprobó rápidamente cómo también Rotan había caído bajo sendas certeras flechas, al igual que Paradorn y Knut, quienes finalmente habían probado su propia medicina. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo? ¿Quiénes eran aquellos arqueros que habían acabado con los gronings?

Rápidamente dirigió su mirada en busca de Kiril y Maikel. Descubrió a ambos tendidos sobre la hierba, sus cuerpos inmóviles, mientras una docena de hombres envueltos en gruesas capas de color negro corrían al lugar donde ambos yacían inertes.

Oyvind trató de incorporarse con dificultad y tomó la espada de Dracot. Cuando quiso correr para defender a sus hermanos alkos, unas boleadoras se engancharon a sus tobillos. Perdió el equilibrio y cayó al suelo.

En unos instantes fue maniatado por aquellos extraños, que le colocaron una

capucha alrededor de la cabeza, impidiendo que pudiera ver nada.

—Es por tu seguridad y la de tus compañeros —le habló una voz franca y serena que trataba de tranquilizarle—. No te asustes y confía en nosotros.

—¡Soltadme! —gritaba Oyvind—, ¡dejad libres a mis amigos! —gritaba desesperado a pesar de que algo le decía que aquellos hombres no les harían daño.

Pero habían sido tantas las traiciones que habían sufrido los nerlingos desde la caída de Lothikaton, que el joven alko ya no confiaba más que en los de su propia sangre.

Escuchó unas pisadas acompañadas de ruidos de caballos.

—Hemos acabado con el último de los gronings —dijo uno de aquellos hombres—. Éstos eran los caballos que tomaron prestados en It-sonod.

—Nos servirán ahora para transportar a los tres forasteros hasta la entrada de Caterziveen —habló la voz que trató de tranquilizar a Oyvind—. Dos de ellos están gravemente heridos, y debemos apresurarnos en conducirlos ante Oerlikon para que los sane. Encargaos de ocultar los cuerpos de los gronings en el bosque. Después alcanzadnos en el camino del acantilado.

—Así lo haremos —respondió otro—. Después apagaremos la hoguera y trataremos de borrar todo rastro de lucha. Y ahora corred hacia Caterziveen.

Aquellos extraños tumbaron al maniatado Oyvind a lomos de uno de los caballos e hicieron lo propio con Kiril y Maikel, a quienes trataron con una delicadeza impropia de unos bandidos de los bosques.

El grupo avanzaba en silencio, sólo roto por los nerviosos relinchos de los caballos. El joven alko percibía cada vez más cercana la brisa del mar, así como el impetuoso sonido de las olas rompiendo sobre los acantilados orientales. Un par de veces gritó el nombre de Kiril y Maikel, pero no halló respuesta, sólo la de aquella plácida voz que le rogaba se tranquilizase.

La diminuta caravana se colocó en fila de a uno. El terreno era angosto y empinado, y descendían inequívocamente por algún oculto camino en dirección a las faldas de los acantilados. No tardaron mucho en ser alcanzados por los otros cuatro miembros del grupo que se habían quedado rezagados en los lindes del bosque. Mientras, Oyvind trataba en vano de desprenderse de aquel capuchón que cegaba sus desazonados ojos.

Tras unos interminables minutos de pronunciado descenso, la caravana se detuvo.

—Debemos apresurarnos, por lo que entraremos por el túnel principal —dijo uno de los hombres—. Tapad los ojos a los caballos o se asustarán al penetrar en el pasadizo. Abrid la trampilla, no tenemos tiempo que perder.

Oyvind no perdía detalle de todo lo que escuchaba. Oyó como los hombres retiraban primero ramas y arbustos, para a continuación empujar lo que parecía ser una pesada y enorme losa, a tenor del esfuerzo que realizaron para moverla. Una vez

liberaron la entrada a aquel pasaje secreto, el grupo penetró con presteza en él. En fila de a uno, encendieron antorchas para guiarse a través de la oscuridad, al tiempo que acariciaban con delicadeza a los caballos para tranquilizarlos. Al cabo de unos instantes, Oyvind escuchó a su espalda el eco de un súbito estruendo contra las rocas. La entrada al pasaje había quedado sellada tras de sí.

Cuál era el destino que le depararía esa extraña noche, permanecía todavía oculto como sus azules ojos. La única certeza a la que ahora podía aferrarse era la de Caterziveen, un lugar velado al mundo al que sus misteriosos salvadores le conducían.

## Una nueva alianza

Aimon, Odd, Oakes y Alvar vigilaban desde los cuatro vértices de un rectángulo imaginario al grupo de bortigos que dormían agitados en el campamento de Bosque Verde. Los desertores de Bortiburgo estaban agotados por la tensión y el esfuerzo de su angustiada fuga. Se habían acostado rogando al nuevo día paz y sosiego para sus convulsos corazones.

En Bortiburgo, los gronings habían conseguido reducir las llamas del incendio a pequeñas ascuas que aún humeaban sobre el color rojizo de las debilitadas brasas. Su almacén de víveres había sufrido importantes daños estructurales, pero por suerte para ellos, prácticamente la totalidad de su contenido se había salvado, con lo que su intendencia estaba asegurada.

El sol comenzaba a despuntar en Jactinia. Una corriente de límpido aire puro proveniente de los pulmones de la mismísima diosa Nerlinguia, disipó las gruesas nubes de humo y cenizas provenientes de la capital bortiga. Ese milagroso soplo de viento que volaba a gran altura, bailando la triste danza de despedida con las estrellas, se afanaba en despertar al perezoso astro rey, alejando por unas horas a las sombrías nubes, inseparables compañeras de la pasada luna.

La luz proveniente del horizonte oriental sirvió un día más como toque de diana en el campamento de Los Quince de Klimerik. Los celkos se afanaban en preparar el copioso desayuno, pues esa mañana les había regalado unos inesperados huéspedes. Algunos hombres y mujeres bortigos les ayudaban gentilmente a elaborarlo. Los lazos que espontáneamente habían comenzado a tejerse entre nerlingos y bortigos anunciaban una duradera relación.

Aimon caminó hasta el seco tocón donde Perlivarce estaba sentado y, tendiéndole su mano, le ofreció un trozo de bizcocho y una taza de caldo caliente.

—Gracias —correspondió con una franca sonrisa el marido de Milia.

—Veo que eres un profundo conocedor de nuestra procedencia y tradiciones —le preguntó Aimon sin concederle tiempo para dar un bocado al jugoso bizcocho.

—Sí... —respondió titubeante Perlivarce—. Tengo buenos amigos entre vuestro pueblo. Mi padre fue el tarluk bortigo y siempre mantuvo una gran amistad con el tarluk alko; por ende, yo soy un gran amigo de Oyvind e Ingvar, sus hijos gemelos.

—Los conozco —contestó Aimon al ue se le iluminaron los ojos de alegría—. Son amigos de Kiril, hijo de Akrog, el lacrag alko; Mi hermano Anodrac... —y sus ojos brillaron esta vez envueltos en lágrimas de dolor—... mi hermano conocía bien a Kiril. Coincidían en las reuniones de sus padres, los lacrags de los cinco clanes.

—Si te sirve de consuelo —continuó Perlivarce—, meses atrás Kiril, acompañado por Oywind y sus amigos Maikel y Thelmor se refugiaron durante una luna en mi cabaña. Huían de la batalla de Lothikaton. Tras descansar y reponer fuerzas partieron hacia el este. Desde entonces no he vuelto a tener noticias de ellos.

—Me dejas petrificado —respondió atónito Aimon—. Suponía que nadie excepto

nosotros y quizás algún grupo que huyó perseguido al Bosque Ranwuhan pudo quedar con vida tras la traición groning.

—Ellos creían lo mismo que tú —replicó Perlivarce—, que eran los únicos nerlingos libres.

—Confío en que Kiril pueda cumplir el plan que había trazado —dijo Aimon—. Nosotros tratamos de acudir a la concentración del Bosque de Alkos, pero nos vimos cortados por las tropas gronings entre Celkoburgo y Bunkoburgo. Tras luchar y perder al menos una docena de hombres, logramos huir a las Montañas Nerlingas. Allí permanecimos ocultos algo más de una semana.

—Por lo que veo tomasteis el mismo camino, aunque en diferentes momentos —dijo Perlivarce—. Ellos también huyeron a través de las Montañas Nerlingas acosados por la caballería groning. En las faldas de sus queridas quebradas perdieron a Ingvar, de quien sospechan se halla preso en el Valle de los Elothas. Después avanzaron hacia Bortiburgo ocultos tras la frondosidad de Bosque Verde y llegaron hasta mi cabaña. Desde nuestra capital partieron hacia Mugaburgo. Es todo lo que puedo contarte.

—No es poco —dijo agradecido Aimon—. Tus nuevas son gratamente esperanzadoras. Un descendiente de la estirpe sagrada de los lacrags vive —continuó el celko con sus ojos perdidos en el luminoso horizonte—. Nuestro pueblo aún conserva a su Rey. Juntos en torno a él, flanqueándolo con nuestras espadas, volveremos a recuperar la perdida libertad.

—Y nosotros os ayudaremos a recobrarla —añadió Perlivarce—. Ésa es la razón por la que hemos acudido a vuestro encuentro. Para preveniros y ayudaros en vuestra ardua misión.

—De acuerdo —dijo Aimon—. Habla, Perlivarce, y escucharé con atención todas tus revelaciones.

—Creo que será mejor que te lo cuente alguien que lo ha visto con sus ojos y escuchado con sus oídos —dijo el tarluk—. ¡Xiker, acércate a nosotros! Necesitamos oír tu preciada información —le gritó a su amigo.

Xikerapuró el último sorbo del reconfortante caldo. Se incorporó con dificultad y caminó hacia donde Aimon y Perlivarce le esperaban.

—Buenos días —dijo Xiker dirigiéndose al líder celko—. No tenemos palabras para agradecer vuestra hospitalidad.

—Confío en que se verá recompensada por lo que ahora vas a relatarme —respondió con gesto serio Aimon.

—Xiker —le dijo Perlivarce—. Cuéntanos todo lo que viste la semana pasada en Mugaburgo.

—Está bien —respondió el bortigo—. Acudí a la ciudad fronteriza para comprar ganado. Cuando llegué allí percibí una febril actividad de las tropas gronings. Por la noche pude saber por boca de un posadero, que el Senescal de Bortiburgo había solicitado a su homónimo de Mugaburgo el servicio de cinco compañías para sofocar

un incipiente levantamiento en territorio bortigo. También me habló de que se rumoreaba tomarían represalias contra los bortigos, a modo de escarmiento por la supuesta colaboración prestada a los insurgentes. A la mañana siguiente —y se detuvo unos instantes invadido por la tristeza—, pude comprobar que aquellos rumores eran ciertos. En la herrería de Mugaburgo ultimaban a marchas forzadas la fabricación de cientos de grilletes y cadenas. No había ninguna duda que planeaban hacer prisioneros para posteriormente deportarlos al Valle de los Elothas.

—Ambos estamos inmersos nadando contracorriente en las mismas mortales aguas —continuó Perlivarce una vez que Xiker concluyó su relato—. Los gronings quieren acabar con vuestra hermandad y deportar a nuestro pueblo a las minas de oro. Si colaboramos, juntos podríamos sabotear sus sanguinarios planes.

—No estoy seguro... —rumiaba contrariado Aimon—. Cinco compañías son demasiados hombres a los que hacer frente. Y vosotros —continuaba hablando entre dientes—, miraros, no sois más que un puñado de familias asustadas. Seríais presa fácil para esos carroñeros y un estorbo para nosotros.

—No si nos ayudamos mutuamente —dijo con vehemencia Perlivarce—. Podemos llegar a ser tantos como ellos. Lo seremos si logramos detener a la caravana de esclavos. En ella marcharán los más jóvenes y fuertes. Los gronings querrán obtener un buen rendimiento de sus nuevos trabajadores en las minas auríferas.

—Suponiendo que así sea —continuó razonando Aimon—, no podremos permanecer por más tiempo en Bosque Verde. Tarde o temprano descubrirán nuestro campamento y acabarán con todos nosotros.

—Tengo una buena solución para ese problema —le dijo Perlivarce mientras Aimon le miraba fijamente—. Huiremos del campamento a través del bosque hasta llegar a la Iugur-András. Cruzaremos por el Paso de la Cortada y nos estableceremos en las cercanías del nacimiento del Río Grazemberg. He visitado numerosas veces esa zona y conozco el lugar idóneo para levantar un campamento. No hay ningún burgo cercano y la patrulla groning más próxima se encontrará a más de cien millas, en los alrededores de Puente de Piedra. Los pastos son buenos, los grupos de corzos abundan por allí, hay árboles frutales y no nos faltará el agua. Además podremos ocultarnos en las cuevas que se abren en las faldas de la cordillera.

Aimon permanecía absorto ante la ingente cantidad de información que Perlivarce le había proporcionado. Estaba claro que las acciones y decisiones del bortigo no habían sido fruto de la improvisación de una musa caprichosa. El entusiasmo del tarluk comenzaba a contagiar al escéptico y disciplinado celko.

—¿Y si los gronings nos atacan con sus cinco compañías como Xiker nos ha dicho? —preguntó Aimon—. No podríamos ocuparnos entonces de la caravana de esclavos, ni de proteger a vuestras familias y probablemente todos pereceríamos en la batalla.

—Es cierto —contestó Perlivarce—, pero aún así igualmente os veréis obligados a pelear o huir. Como puedes comprobar, tanto si decidís ayudarnos como si no, el

acoso de los gronings os obligará a tomar una decisión.

—Eres un buen orador —dijo Aimon esbozando una sonrisa—. Pero antes de darte una respuesta debo discutirlo con mis hombres.

—Lo entiendo —respondió Perlivarce—, y me alegro por ello. Ahora comprendo cómo habéis podido derrotar a los gronings. Vuestra unión es la fuerza de Los Quince de Klimerik. Los fundadores de la hermandad estarían orgullosos de ver a sus herederos.

—Gracias por tu información y por el afectuoso respeto hacia nuestro pueblo —dijo Aimon poniéndose en pie—. Voy a reunir a mis compañeros para discutir tu propuesta.

Aimon convocó a todos sus hombres, incluso a los dos centinelas que vigilaban los accesos a Bosque Verde. Perlivarce y Xiker se ofrecieron voluntarios para cubrir la guardia y así todos los celkos pudieran reunirse en aquel importante cónclave. Aimon, que veía la bondad de Perlivarce a través de sus grandes ojos, aceptó de buen grado el ofrecimiento del tarluk.

Los Quince de Klimerik se sentaron formando un amplio círculo, cobijados por la sombra de dos grandes sauces. Aimon, Aimerin, Odd, Oakes, Marlin, Barbat, Bladuf, Enoc, Eboc, Leonek, Lorinek, Oran, Alvar, Larklin... y un premeditado espacio a la diestra de Aimon para el alma de su añorado hermano Anodrac.

Durante cerca de una hora debatieron, discutieron, argumentaron, propusieron y replicaron hasta llegar finalmente a una decisión que les ligaría para siempre a la suerte del pueblo bortigo, pues decidieron ayudar al grupo de Perlivarce asumiendo todas las consecuencias que ello pudiera acarrearles. Elaborarían un plan para atacar a la caravana de esclavos y huir con todos aquellos que lograsen liberar hacia el nacedero del Río Grazenberg.

Cuando los celkos comunicaron a los bortigos su decisión, un grito de alborozo brotó de cada una de las gargantas de los asustados fugitivos. Aimon, acompañado por Oran y Larklin, anunció personalmente a Perlivarce y Xiker las buenas nuevas. Los dos amigos se fundieron en un abrazo y agradecieron de corazón a los celkos el apoyo y socorro que habían determinado prestarles. No había tiempo que perder para trazar el arriesgado plan. La mente de Perlivarce estaba ya en plena ebullición, y sus ideas serían de gran ayuda para la hermandad de Klimerik. Oran y Larklin retomaron las tareas de vigilancia, mientras los dos exultantes bortigos regresaban al campamento junto a Aimon, quien tenía la impresión de haber tomado la decisión más noble y generosa, pero también la más arriesgada y peligrosa.

Los malos augurios de Xiker finalmente se confirmaron. Tal y como había estimado, más de cuatrocientos soldados gronings, englobados en cinco compañías, irrumpieron en Bortiburgo al atardecer, sólo un día después de su fuga del burgo. El color rubí del crepúsculo de aquel día, se vio desplazado por la temible amalgama de los uniformes



que servían bajo la enseña del lobo negro.

Los atemorizados habitantes de Bortiburgo se vieron sorprendidos y temieron lo peor ante la llegada de tan numerosa tropa. Recelosos de sufrir represalias por el incendio de la noche anterior, corrieron a encerrarse en sus cabañas. Antes de decretarse el toque de queda, no quedaba una sola alma en las calles del burgo.

No se equivocaban los bortigos, pues en las dos próximas lunas, el devenir de muchos de ellos cambiaría radicalmente, tornándose en un horrible destierro a las minas del norte. Como todos bien sabían nadie regresaba jamás de ellas con vida.

## La última victoria de bosque verde

—¡Socorro, ayudadme! —gritaba un campesino que se acercaba tambaleándose con sus ropas ensangrentadas—. ¡Agua, por favor! —fue lo último que dijo tras desplomarse a los pies de los centinelas que custodiaban aquella mañana la entrada oeste de Bortiburgo.

—Vamos —dijo uno de los cuatro vigilantes—. Ayudadme a levantarlo. Lo conduciremos a la presencia del Senescal. Puede que pertenezca al grupo que se fugó con ese agitador que ejercía aquí de profesor.

Entre los dos corpulentos soldados lo arrastraron a la prisión. Allí le arrojaron un balde de agua fría para despertarlo y lo encerraron en una celda a la espera de que el capitán Lunden lo interrogase. El campesino se sobresaltó al contacto del gélido líquido, pero no dijo nada. Sus ropas ensangrentadas se humedecieron y no tardó en comenzar a tiritar. Entonces pronunció sus primeras palabras para solicitar un manta. Como los gronings no deseaban que el preso muriese de frío, al menos hasta que hubiera rendido cuentas ante el Senescal, a regañadientes le proporcionaron un viejo y raído mantón que usaban para cubrir a los caballos.

El joven aldeano permaneció en la prisión durante varias horas aguardando la visita de Lunden. A pesar de hostigarle, los soldados no lograron sonsacarle más que su nombre. Estaba claro que se necesitarían las dotes de persuasión de un hombre como el Senescal para lograr obtener alguna información de aquel obstinado campesino.

—¿Dónde está el prisionero? —se oyó preguntar a una voz fuerte y poderosa que venía de la puerta de entrada.

—Buenos días, capitán Lunden —respondió un soldado con firmeza—. Está encerrado en la planta alta. Le custodian tres soldados a la espera de que sea interrogado.

Sin dar las gracias por la información, el Senescal subió apresuradamente los escalones que conducían al piso superior de la prisión.

—Buenos días, capitán Lunden —volvieron a saludar ahora los tres guardias custodios del campesino.

—¿Éste es el prisionero? —preguntó despectivamente.

—Sí, mi capitán —contestó uno de los gronings.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó amenazante el Senescal.

—Poca cosa, mi capitán —respondió el soldado temeroso ante la reacción del impetuoso Lunden—. Lo trajeron aquí semiinconsciente, y apenas si ha podido decirnos su nombre.

—Se llama Lindeloth —dijo otro soldado.

—Dejadme solo con él —gruñó el Senescal—. Veréis cómo en unos minutos obtengo la información que vosotros no habéis sido capaces de conseguir. Y ahora largaos de aquí, pandilla de ineptos —y los centinelas huyeron como comadreas

asustadas.

Lunden tomó una silla y se sentó frente a la celda del atemorizado campesino. Durante largo rato permaneció sentado frente a él, impávido, mirándole fijamente a los ojos. Observó a través de la rasgada y ensangrentada camisola una herida en su pecho, así como profundas marcas y llagas en las muñecas, signo inequívoco de que había sido atado con cuerdas. Un sudor frío recorría la espalda de Lindeloth mientras su cuerpo comenzaba nuevamente a tiritar, aunque esta vez no era por el frío.

—¿De quién huías, campesino? —preguntó súbitamente Lunden sin dejar de apartar sus penetrantes ojos de Lindeloth.

El aldeano parecía resistirse a contestar a la pregunta.

—¿De quién huías? ¡Maldita sea! —gritó ahora amenazante el Senescal.

—De... —y cuando parecía que iba a contestar se detuvo.

—¿De quién? —volvió a preguntar enfadado el Senescal.

—No puedo decírselo —respondió Lindeloth—. Si no me matarán.

—Si no contestas seré yo quien te mate con mis propias manos —dijo el Senescal levantándose de la silla.

Aquella amenaza terminó por convencer al campesino que era mejor contar su historia al Senescal.

—De Los Quince de Klimerik —dijo titubeante—. Querían acabar conmigo. Ya han matado al resto de mis compañeros.

—¿Los Quince? —preguntó atónito el Senescal quien nunca hubiera esperado recibir ese nombre por respuesta—. ¡Mientes! —gritó enfurecido—. No trates de engañarme y dime en verdad de quien huías o te atravieso con mi espada —y desenfundándola de su vaina, la pasó a través de las oxidadas rejas colocando su afilada punta en la garganta de Lindeloth.

—¡Es cierto! ¡Huía de Los Quince de Klimerik! —gritó alterado.

El Senescal redujo la presión que el filo de su espada realizaba sobre el gárgamo del atemorizado campesino. Las lágrimas que ahora brotaban de sus ojos le hacían ver que aquel hombre estaba diciendo la verdad.

—¡Lo juro! —seguía gritando y sollozando—, ¡huía de esos bandidos!

Lunden volvió a enfundar su espada y se sentó desconcertado, dejándose caer sobre la silla.

—Y bien —le habló serenamente—, quiero que me cuentes todo lo que sabes sin omitir un solo detalle. Espero que no me mientas, porque entonces te cercenaré la cabeza con un solo golpe de mi espada.

—De acuerdo... —asintió nervioso Lindeloth—. Comenzaré por el principio. Hace tres lunas, diez bortigos nos reunimos en el almacén abandonado que Perlivarce se encargaba de restaurar.

—¿Ese maldito tarluk estaba con vosotros? —preguntó Lunden.

—Sí —respondió con tristeza Lindeloth—, pero por desgracia murió —y continuó con su relato—. Alguien nos delató y en mitad de la noche nos vimos

rodeados por los soldados. Antes de que éstos entrasen en el almacén le prendimos fuego, y salimos huyendo, pero tres de los nuestros, entre los que se hallaba mi amigo Perlivarce, quedaron atrapados tras una puerta atrancada que no pudo abrirse y murieron allí presos de las llamas. Los demás escapamos hacia Bosque Verde, pero antes de llegar a él nos sorprendieron Los Quince de Klimerik. Creían que éramos espías enviados por los gronings. Sólo mi amigo Albak y yo sobrevivimos a su emboscada. Los demás cayeron bajo sus lanzas y flechas asesinas —hablaba Lindeloth entre sollozos—. Nos tomaron a ambos prisioneros y nos torturaron en busca de información. Mataron a Albak al ver que no obtenían confesión alguna. Yo traté mil y una veces de explicarles que huíamos de los gronings, pero nunca me creyeron —y se detuvo momentáneamente para enjugarse las lágrimas.

—¿Y cómo es que pudiste escapar de su campamento? —le preguntó Lunden.

—Poco antes del atardecer —continuó más sereno el bortigo—, los centinelas de Los Quince descubrieron a un grupo de exploradores gronings que se había internado en el bosque y se hallaban a escasa distancia del campamento. Acudieron prestos a acabar con el grupo de exploradores si continuaban acercándose a su guarida, y sólo dejaron un hombre para custodiarme. Convencí a aquel pobre incauto de que necesitaba imperiosamente ir a orinar —y Lindeloth sonrió al relatar su estratagema al Senescal—. Cuando me desató las manos le golpeé con todas mis fuerzas y lo tiré al suelo. Luego le remate con una rama y le dejé allí durmiendo una merecida siesta.

—Muy ingenioso —dijo Lunden regalándole una sonrisa de complicidad—. ¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí? En tu estado sería muy fácil para ellos darte caza en el bosque.

—Me oculté donde menos se lo esperaban —dijo Lindeloth—. En su propio campamento.

—¡Ja, ja, ja! —rió complacido el Senescal—. Es una verdadera lástima que seas un desarrapado bortigo. De haber nacido groning hubieras sido un soldado de gran valía. Me has caído en gracia, y te voy a hacer un regalo. Te perdonaré tu aburrida vida de campesino, que no tu libertad, si me dices donde se encuentra la madriguera en la que se esconden esas malditas ratas. En vez de cortar tu cabeza te enviaré a trabajar a las minas de oro. Quien sabe, quizás tengas una oportunidad y regreses también de allí con vida —y volvió a reír con siniestras carcajadas.

Lindeloth estudió durante unos instantes la oferta del Senescal. Morir en Bortiburgo o sortear a la muerte en Eloburgo. Lunden sabía que el espíritu de superviviente que moraba en el interior del bortigo le empujaría a aferrarse a la segunda opción, y no se equivocó.

—La verdad es que no sabría ubicar con exactitud el campamento —habló Lindeloth mientras los ojos del capitán Lunden comenzaban a enrojecerse de ira—. Es cierto que estaba en lo más profundo de Bosque Verde, pues por todos los dioses que me costó una eternidad llegar a las praderas. ¿Dos leguas al oeste de Bortiburgo? ¿Tres quizás? No estoy seguro.

—Maldito bortigo, no juegues conmigo —se encrespó el Senescal—. No creas que porque hayas logrado hacerme sonreír con tus bufonadas puedes ahora mofarte de mí —y desfundó de nuevo amenazante su brillante espada.

—Perdóneme Senescal si os he ofendido —dijo asustado Lindeloth—. Es cierto que no sé dónde se halla su campamento, pero aunque supiese donde está y os llevase hasta él, no os sería de ninguna utilidad.

—¿Cómo que no valdría de nada? Acabariamos con Los Quince de Klimerik de una vez por todas —gritó blandiendo su espada.

—Perderíais miserablemente el tiempo —volvió a aseverar el bortigo—, porque Los Quince de Klimerik han huido de Bosque Verde hacia el oeste.

—¿Qué? —preguntó sorprendido una vez más ante la respuesta de Lindeloth—. ¿Cómo puedes asegurar que han huido? ¿Por qué debo creerte?

—Como antes os he dicho, cuando me libré de mi guardián me oculté en el mismo campamento, bajo el suelo de una de las cabañas que colgaban de los árboles —prosiguió su relato—. Cuando el grupo volvió de vigilar a los exploradores gronings hallaron a su compañero, al que yo había golpeado, tendido inconsciente en el suelo. Cuando consiguieron reanimarle, él les contó lo ocurrido. Trataron de encontrarme y comenzaron a seguir una pista falsa que dejé en un tramo del bosque. Al cabo de un buen rato regresaron sin haber podido capturarme —y mientras se detuvo para beber un sorbo de agua, Lunden le miraba sin quitarle ojo, incrédulo ante el sorprendente relato que estaba oyendo de boca del bortigo—. La inquietud se adueñó del grupo y se reunieron para discutir qué hacer. Temerosos de que yo fuese un espía groning y que pudiera facilitar a vuestras tropas la posición del campamento, decidieron huir sin más demora esa misma noche de Bosque Verde. Hablaron de huir hacia el oeste y tratar de llegar al Bosque Ranwuhan, desde dónde podrían continuar hostigando a vuestras tropas asentadas en los antiguos territorios nerlingos.

—¿Y piensas que voy a creerme toda esta sarta de mentiras? —le gritó el Senescal.

—Es la verdad —respondió esta vez Lindeloth sin titubear—. Y con ella espero ganarme el derecho a conservar mi vida.

El capitán Lunden se resistía a creer la historia del bortigo, pero las piezas comenzaron a encajar perfectamente en una inesperada jugada de fortuna para él. Gracias a ese campesino que se retorció atemorizado frente a su presencia, Los Quince de Klimerik habían abandonado la región y dejarían por fin de hostigarle. Ya no sería necesario exponer en combate a las tropas de refuerzo procedentes de Mugaburgo.

—De acuerdo —sonrió el Senescal—. Antes de perdonar tu miserable vida haré un par de comprobaciones, pero si descubro que todo lo que me has contado es una burda mentira, yo mismo vendré a ocuparme de ti. Entonces realmente desearás que te hubiera cortado ahora mismo tu maloliente cabeza. ¡Soldado! —gritó con fuerza—, ¡traed ante mí al herrero!

Al cabo de unos instantes dos soldados trajeron maniatado a Kirkoig, al que ahora consideraban un traidor. El Senescal había perdonado finalmente su vida, pero lo enviaría con el resto de bortigos a las minas de oro.

—¡Levanta tu cabeza y mírame a los ojos! —le gritó Lundein—. Necesito que me digas si conoces a este hombre. Si tu respuesta es la correcta, quizás comas hoy las sobras de la cena de mis soldados.

Kirkoig alzó con dificultad la mirada, dejando entrever varios moratones en su huesudo rostro. Caminó unos pasos y se situó frente a la celda del prisionero, mirándole fijamente.

—Es Lindeloth —dijo débilmente—, un campesino de Bortiburgo. Se dedica a cultivar hortalizas. Es amigo de ese maldito tarluk.

—¿Qué tal estás, Kirkoig? —preguntó irónicamente Lindeloth—. Me alegra comprobar que aún sigues vivo. Nos tenías preocupado, pensábamos que habrías muerto en el incendio.

—¡Maldito traidor! —gritó Kirkoig con las escasas fuerzas de que disponía—. ¡Me tendisteis una trampa!

—Tratamos de ayudarte a escapar con los otros, pero te perdimos entre las llamas —respondió sereno Lindeloth.

—¡Mentiroso!, ¡te voy a...! —gritó Kirkoig mientras se abalanzaba sobre la celda de Lindeloth.

—¡Basta! —gritó ahora Lunden—. Llevaos a este renegado a su celda. Y que cene hoy lo mismo que ayer, un vaso de agua y unos granos de cereal quemado.

—¡Te mataré! ¡A ti y a todos los de tu calaña! ¡Malditos! —gritaba desesperado Kirkoig mientras era conducido escaleras abajo nuevamente a su celda.

—Veo —continuó apaciblemente el Senescal—, que has dicho la verdad en lo referente a tu nombre. Comprobaremos ahora si realmente Los Quince de Klimerik han abandonado el bosque. Enviaré a un grupo de exploradores para que se interne en la floresta. Si tampoco me has mentido, te dejaré que encabeces la caravana de esclavos que marchará a Eloburgo.

El Senescal Lunden dio media vuelta y comenzó a descender las escaleras. Cuando había bajado un par de peldaños se giró y preguntó a Lindeloth.

—¿Qué hacías a medianoche en el almacén abandonado? —inquirió al bortigo.

—Trabajos de carpintería —respondió Lindeloth.

—¡Ja, ja! —rió el capitán del ejército groning—. Por tu extraordinaria sinceridad hoy cenarás un plato del trigo chamuscado en nuestro almacén de víveres —y bajó riendo las escaleras mientras Lindeloth fruncía el ceño farfullando insultos contra el despiadado Senescal.

A mediodía un grupo de ocho exploradores gronings partió cabalgando a galope tendido hacia Bosque Verde. Su objetivo era localizar el abandonado campamento de

Los Quince de Klimerik y comprobar que ya no merodeaban por el bosque. Siguiendo las indicaciones que el Senescal les había dado, batieron la zona que se hallaba aproximadamente a dos leguas de Bortiburgo.

Tras varias horas de ardua búsqueda, en la que tomaron todas las precauciones posibles para no ser sorprendidos en una emboscada, encontraron el oculto campamento. Todavía quedaban en él algunas brasas que humeaban como los últimos estertores de una bestia antes de morir. Inspeccionaron las cabañas que colgaban de los árboles y los alrededores del campamento, constatando que estaba desierto. Descubrieron unas huellas en forma de pisadas, que denotaban la huida del grupo en dirección oeste. Tras cerciorarse que por los alrededores no había rastro de Los Quince de Klimerik, regresaron orgullosos a Bortiburgo para transmitir tan rápido como fuera posible las fantásticas nuevas al Senescal. A buen seguro que su hallazgo sería generosamente recompensado por Lunden, quien ansiaba recibir esa noticia desde la primera debacle que sufrieron sus hombres en el linde del bosque.

Acompañados por los últimos rayos de luz, los radiantes exploradores llegaron a Bortiburgo. Abandonaron apresuradamente a sus monturas en los establos y corrieron hacia la residencia del Senescal. Tras hablar con los centinelas se presentaron ante él y confirmaron una a una las palabras de Lindeloth. Una imponente sonrisa rasgó de lado a lado el tizado rostro del capitán Lunden. Por fin podía descansar tranquilo. Los Quince de Klimerik no volverían a molestarle nunca más.

Para celebrar tan sin par noticia, ordenó que le llevaran a sus aposentos una pata de ciervo asado, con guarnición de guisantes, nueces y hongos, y una gran jarra repleta del mejor vino tinto de la región. Los pobres lacayos del caprichoso Senescal se las vieron y desearon para encontrar unos guisantes frescos en el burgo, pues su recolección comenzaría bien avanzada la primavera.

Sentado apaciblemente en su estancia, tomó su pluma de faisán y untándola en aquella espesa tinta negra, comenzó a escribir un detallado informe para el capitán Biorkelen, en el que ciertamente su figura resultaba muy bien parada. Relató como tras los hostigamientos de Bosque Verde, sus tropas habían descubierto el campamento rebelde y, gracias a una estudiada emboscada, acabaron con los insurrectos que se habían levantado en armas. También añadió, que como represalia y escarmiento para los colaboracionistas locales, había tomado presos a doscientos bortigos, los cuales ofrecía personalmente como regalo al Senescal Loriklen para trabajar en las minas de oro. Esos presos serían custodiados hasta Eloburgo por una de las compañías destacadas en Mugaburgo. Finalizó la carta, deseando la mayor de las venturas a su superior en la captura de los fugitivos nerlingos.

Apenas el Senescal concluyó de escribir la misiva, entraron en su habitación atropelladamente los dos cocineros que acababan de preparar el asado.

—Espero que sea de su agrado Senescal —dijo uno de ellos.

—Ciertamente esta noche os habéis esmerado —dijo con inusual amabilidad—. El olor que desprende es sólo comparable a la dulce fragancia de una joven doncella

—y olfateó el asado como un lobo deleitándose ante la fresca carne de su presa—. Exquisito, podéis retiraros.

—Sí, mi Senescal, muchas gracias —respondieron atónitos los cocineros.

—¡Ah!, un par de cosas más —habló y los dos hombres se quedaron clavados frente a la puerta que se disponían a abrir.

—¿Mi Senescal? —preguntaron asustados.

—Enviad lo que os haya sobrado del venado a la prisión. Que se lo ofrezcan como cena a un preso que se encuentra allí encerrado. Su nombre es Lindeloth. Al fin y al cabo se lo ha ganado... —y Lunden se quedó pensativo.

—¿Desea alguna otra cosa, mi Senescal? —preguntaron al ver que Lunden no reaccionaba.

—Sí, es verdad —dijo despertando de sus ensoñaciones—. Avisad al oficial de guardia. Decidle que suba a mis aposentos. Debo ordenarle una delicada tarea.

—Así lo haremos —respondieron al unísono y abandonaron rápidamente la estancia, no fuera a que el voluble humor del Senescal tornase en colérica ira.

En la prisión de Bortiburgo los guardias despertaron a Lindeloth de sus frágiles sueños.

—¡Prisionero, despierta! —le gritó un Centinela.

—¿Qué...? —preguntó aturdido el bortigo.

—Tu cena —añadió el groning—, deferencia personal del Senescal. No sé que valiosa información le habrás revelado, pero nunca había demostrado semejante benevolencia por ninguna otra persona.

Lindeloth sonrió burlonamente agradeciendo el inesperado presente. Hambriento como estaba, comenzó a engullir el sabroso asado que los cocineros habían preparado con esmero para el Senescal.

A la mañana siguiente, una inesperada llamada del cuerno groning despertó a los bortigos antes del alba. Aturdidos todavía por los últimos retazos de sus sueños, salieron a la calle para ver qué era lo que ocurría.

Cuál fue su sorpresa cuando comprobaron que las cinco compañías gronings, más los hombres de Lunden, estaban desplegados por todo el burgo. Nada más salir de sus casas, los habitantes de la capital eran conminados a agruparse en pequeños pelotones que permanecían custodiados en las calles, intimidados por las lanzas que apuntaban a sus temblorosos cuerpos. Uno a uno cada grupo fue conducido a la prisión, donde los oficiales del Senescal seleccionaron a cerca de doscientos hombres, los más jóvenes, sanos y fuertes de entre los habitantes de Bortiburgo. Aquellos elegidos eran maniatados para posteriormente colocarles grilletes en sus muñecas y tobillos.

Madres, esposas e hijos se ahogaban en un descarnado llanto que logró



estremecer hasta el gélido corazón del Senescal. Los pájaros volaban asustados en círculos, atemorizados por el desgarrador sonido de aquellos gemidos. Los hombres eran arrancados de sus manos para formar una nueva columna de muertos en vida, como la que en el período del oso gris partió de tierras nerlingas hacia Eloburgo. Nuevos “sin futuro” para el sanguinario Senescal Loriklen.

A pesar de la insólita deferencia que tuvo Lunden con él, y como ya le había anticipado en su promesa el Senescal, Lindeloth fue el primero en ser engalanado con las frías y pesadas argollas de metal, cual anillo de compromiso con la muerte. Sin embargo se mantenía sereno, sabedor desde la pasada luna de aquel destino de condena. Trataba por todos los medios de tranquilizar a sus asustados vecinos que como gotas de lluvia iban incorporándose a la macabra caravana.

Aquellas familias a las que les había sido arrebatado alguno de sus miembros, fueron obligadas a encerrarse en sus cabañas mientras un soldado custodiaba su puerta, privándoles cruelmente de la última despedida.

Antes de que el sol hubiera alcanzado su cenit en el firmamento, la compañía groning al cuidado de los esclavos ya había dejado atrás Bortiburgo. Las otras cuatro compañías ultimaban la preparación de sus monturas y comenzaban a hacer cola a la puerta del almacén de víveres para recibir la comida, pues sin más demora partirían nuevamente con destino a Mugaburgo. Solamente unos sesenta hombres se quedarían en la capital bortiga para prestar sus servicios, al objeto de reforzar el debilitado destacamento en el que habían causado estragos las contiendas con la hermandad de Klimerik.

Los prisioneros caminaban abatidos por los prados de Jactinia. Los soldados gronings no dejaban que el ritmo de la marcha decayese en ningún momento, fustigando sin descanso con sus látigos a los bortigos cual manada de corceles salvajes. El viaje hasta Eloburgo les llevaría más de veinte lunas, pero los soldados comenzaron a fantasear suspirando por unos días de descanso disfrutando de los placeres de su amada Groningburgo. La visión de exuberantes mujeres envueltas por los aromas de los más deliciosos aguardientes deleitaba sus mentes, provocando un continuo chasquido de sus látigos que avivaba la penosa marcha de los prisioneros.

La caravana tenía previsto atravesar la Senda de las Águilas, un angosto pasillo entre el límite sur de Bosque Verde y la cara norte de las Montañas Nerlingas. Por sus certeras y eficaces emboscadas contra las gronings en ese sendero, obtuvo el gran lacrag celko Borbul su famoso apelativo. Una vez cruzasen la senda, avanzarían por Tierra Conocida siguiendo la ruta de Puente de Piedra. Franquearían los Guardianes de Groning por el Paso del Gorglin y se adentrarían en territorio groning hasta llegar a Eloburgo, donde entregarían su valiosa mercancía.

Poco antes de anochecer la caravana se detuvo a unas cuatro leguas al oeste de Bortiburgo para pasar allí la noche. Dispusieron a los prisioneros en un gran círculo

en mitad de la pradera, custodiados por grupos de seis centinelas que se encargaban de vigilar cada uno de los cuatro cuadrantes. Dos patrullas de diez soldados exploraban los alrededores, encargándose una del flanco este y la otra del oeste. El oficial al mando de la caravana y otra docena de hombres instalaron sus tiendas de campaña frente al bosque, a unos pasos de su lindero. Por delante de las viejas y ocres carpas que cubrían las tiendas, habían colocado las carretas en las que transportaban el agua y las provisiones. A ellas tuvieron que acudir en dos grandes filas los prisioneros para ingerir su insulsa ración de alimento.

Tras la breve cena, los esclavos enseguida comenzaron a cabecear, cayendo en un profundo letargo sobre la verde pradera, agotados por la dura marcha en la que habían sido oprimidos por el peso del metal. Los gronings colocaron varias antorchas delimitando el campamento y comenzaron a realizar la guardia nocturna.

La luna trataba de ocultarse entre la poblada congregación de opacas nubes, mientras podía observarse a las díscolas estrellas jugando a enmascarar su resplandor en el oscuro firmamento. Un suave viento del este peinaba aquellas florecientes praderas. Los pájaros y las bestias del bosque dormitaban entre dulces ronroneos. Apenas se alcanzaba a escuchar la incansable melodía de algunos insectos. La noche dormía plácidamente. La paz había regresado en apariencia a las tierras de Jactinia.

Transcurría el tercer turno de vigilancia cuando el solitario canto de un insomne cuco resonó en la campiña. A los pocos instantes, dos sobresaltados petirrojos contestaron a la impertinente ave, pidiéndole que respetase su descanso. El cuco finalizó su canturreo con una última nota que despedía a regañadientes a los dos petirrojos, reclamando el derecho de afinar su ronca garganta aunque fuera durante la madrugada.

El centinela groning sonreía al escuchar el canto de los pájaros, hastiado de soportar el impenitente canto de un grillo que se había acomodado hacía tiempo a la diestra de su posición. Repentinamente el grillo detuvo su penetrante gorjeo, y el centinela respiró aliviado.

—Por fin se ha callado el muy pesado —dijo para sí.

Antes de que pudiera disfrutar de esa efímera calma, el groning cayó inerte al suelo mientras se desangraba por el cuello. La misma suerte corrió el centinela del flanco este, degollado certeramente por el cuchillo de Aimerin. Tras dar cuenta del primer vigilante, Odd acabó silenciosamente con el segundo que cubría la zona oeste del campamento, mientras Aimerin completaba su trabajo. Ambos flancos habían quedado expeditos.

Tras Aimerin y Odd, surgieron Oakes y Marlin por un lado y Leonek y Lorinek por otro. Avanzaron gateando hasta acercarse a unos treinta pasos del gran círculo en el que dormían los prisioneros. Allí debían esperar la señal de Aimon.

Y ésta no se hizo esperar. Aimon junto a Oran, Alvar y Larklin se deslizaron

como serpientes dentro de las tiendas de campaña armados con sus cuchillos en la boca, y visitaron una tras otra cuales ángeles exterminadores, acabando con los soldados gronings mientras dormían. Un nuevo trino de cuco fue la señal de Aimon. Desde la primera línea de árboles del bosque una descarga de flechas cayó sobre las cuatro zonas en las que los soldados custodiaban a los prisioneros. La confusión se adueñó del campamento. Cuando éstos dieron la voz de alarma solicitando ayuda, recibieron el ataque de Los Quince de Klimerik desde el norte, el este y el oeste. Entretanto los bortigos seguían martilleando las posiciones enemigas con su precisa lluvia de saetas desde su resguardada posición en el bosque. Una docena de gronings que dormían al sur del campamento, sobresaltados por los gritos de socorro, acudieron prestos a auxiliar a sus compañeros.

Se entabló una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo en la que Alvar, Bladuf y Odd resultaron heridos por las espadas gronings. Dos de los centinelas de la zona sur rehuyeron el combate y comenzaron a disparar sus flechas contra los inocentes prisioneros. Eboc y Enoc se percataron de sus pérfidas intenciones y corrieron a darles caza, protegidos por una salva de flechas proveniente de la primera línea de arqueros bortigos, quienes habían adelantado su posición cerrando aún más el cerco sobre los soldados gronings. A pesar de todo, Eboc resultó herido por una flecha en su pierna derecha.

Los prisioneros se agruparon tratando de esquivar los dardos que silbaban alrededor. Los gronings estaban provocando una lenta pero mortal sangría entre los bortigos. Aimon, Barbat, Marlin y Aimerin, tras un duro combate, acabaron con los últimos gronings ayudados por varias certeras flechas de sus compañeros bortigos. Nuevamente Los Quince de Klimerik habían derrotado a las tropas gronings.

Entre los esclavos seguía reinando el desconcierto. Nadie sabía quienes atacaban a los gronings y por qué ahora ellos les disparaban. Nadie excepto Kirkoig, que aprovechando el caos de la batalla se abalanzó sobre Lindeloth, y rodeando su cuello con las cadenas que aprisionaban sus manos, trató de ahogar al bortigo.

—¡Traidor! —le gritaba—. ¡Tú nos has conducido a esta emboscada! ¡Echaste a perder mi trato con los gronings! ¡Te mataré! ¡Te mataré! —gritaba enloquecido.

Cuando las cadenas estaban a punto de quebrar la garganta de Lindeloth, una providencial flecha se clavó en la espalda del herrero. Aún una nueva saeta fue necesaria para abatir definitivamente a Kirkoig. Lindeloth cayó al suelo, ahogado, sin resuello, empujado por el cuerpo inerte del traidor.

—¡Lindeloth! —gritó Xiker apartando el cuerpo de Kirkoig para que los pulmones del bortigo pudieran llenarse de aire—. ¿Me oyes? ¿Puedes oírme? —preguntó temiendo lo peor.

Lindeloth no contestó, pero alzó su mano derecha en respuesta a las preguntas de Xiker. Se arrodilló y tosió agarrándose el cuello, en el que el herrero había dejado evidentes señales en su intento por ahogarle. Inspiró y espiró varias veces hasta que recuperó el habla.

—Gracias, Xiker —respondió fatigado Lindeloth—. Un poco más y ese renegado me habría ahogado —y se acariciaba su dolorida garganta—. El maldito herrero apretaba más fuerte que vosotros cuando me hicisteis estas marcas —dijo mirando las llagas de sus muñecas.

—No sabes cuánto me alegro de haber acertado de pleno en el blanco —dijo sonriendo.

—Más que yo creo que no se alegra nadie —y rió pero enseguida tosió ahogadamente.

—No hables más —le dijo Xiker—. No perdamos tiempo, debemos liberarte de tus cadenas. Has hecho un gran trabajo —le felicitó—. Los gronings han caído de lleno en la trampa que les hemos tendido.

—El mérito es de Perlivarce y Aimon —respondió Lindeloth.

—No hubiera sido posible sin la colaboración de un mentiroso empedernido como tú —y ambos sonrieron.

Una vez finalizada la batalla, los asaltantes se dividieron en tres grupos. El primero de ellos atendía a los heridos; el segundo se apresuraba en liberar a los prisioneros, rompiendo los grilletes con punzones y martillos; y el tercero agrupaba los cadáveres en torno a los pabellones y carretas. Hicieron un rápido recuento de bajas en el que contabilizaron más de cincuenta gronings muertos, por quince esclavos y un arquero bortigo que fue alcanzado al abandonar la protección del bosque. Otros siete prisioneros habían resultado heridos por los dardos gronings, mientras que por parte de la hermandad de Klimerik, Eboc, Alvar, Bladuf y Odd habían sufrido diversas heridas, siendo Alvar el que se había llevado la peor parte. Un profundo corte en su costado derecho le hacía sangrar abundantemente, mientras sus compañeros se afanaban en detener la fuerte hemorragia.

Vaciaron dos de las carretas habilitándolas para transportar a los heridos. Cuando el primer grupo acabó de identificarlos y agruparlos, una partida de bortigos acompañados por Aimerin partieron con las carretas de provisiones hacia el Paso de la Cortada, lugar de encuentro concertado para unirse al grupo de Perlivarce, en el que viajaban las mujeres y niños, quienes habían partido hacia ese destino con las primeras luces del día.

Tras socorrer a los heridos más graves, las dos carretas siguieron el camino que había tomado el primer grupo momentos antes. Xiker acompañado por Enoc, quien decidió no separarse de su maltrecho hermano, les animaba explicándoles los poderes curativos que poseían las hierbas con las que su amigo Perlivarce sanaría sus heridas.

Tres cuartas partes de los prisioneros habían sido ya liberados, y ahora colaboraban ayudando a retirar los cadáveres de la campiña. Como se encontraban a una prudencial distancia de Bortiburgo, Aimon decidió que quemarían las tiendas de campaña con los cuerpos de todos los que habían caído en la batalla en su interior. El fuego de la pira mortuoria no les delataría y el humo se extinguiría con la brisa de la próxima alborada.

El último y numeroso grupo se internó en Bosque Verde dejando tras de sí una inmensa hoguera de la que apenas les llegaba un débil fulgor y el triste crepitar de los cuerpos sin vida. De las cenizas que en ella se formarían, renacería cual ave fénix la fortalecida comunidad de nerlingos y bortigos.

Los tres grupos cruzaron Bosque Verde camino del Paso de la Cortada, donde Perlivarce les aguardaba para continuar la senda hacia el que sería su nuevo hogar durante las inciertas lunas venideras. Desde allí una nueva llama debería ayudar a Kiril, Maikel y Oyvind a iluminar la siniestra oscuridad que cubría el firmamento de Tierra Conocida.

## Caterziveen, arcana morada del sexto clan

**T**ras contar cerca de seiscientos pasos recorridos a lomos de aquel inquieto caballo, Oyvind se percató que habían llegado al final del estrecho pasaje. El sonido de las herraduras de los atemorizados corceles se difuminaba provocando un eco cada vez más retardado, al tiempo que los animales recobraban lentamente el normal palpitar de sus agitados corazones.

Durante el tiempo en que el grupo transitó por el angosto pasadizo, Oyvind percibió una latente humedad producida por la continua filtración de agua a través de la fría roca. Pero el olor que emanaba de aquel encharcado túnel no era producido por un agua tan dulce como la que envolvía el Lago Argul. Aquel olor procedía del agua salada, por lo que sólo había una ubicación posible para ese oculto corredor: se hallaban bajo el eviterno lecho marino.

El corazón de Oyvind se acelera. Una claustrofóbica sensación comienza a apoderarse de él. Escucha nuevamente ruidos de pesadas losas que se abren ante la singular comitiva, invisibles accesos a pasajes adyacentes. Cien pasos más recorridos a gran velocidad. La amplitud del túnel así lo permite. El grupo se detiene. Oyvind percibe que han llegado a las puertas del recinto principal. Ininteligibles voces de centinelas les dan el alto. Escucha como los cuerpos de Kiril y Maikel son desmontados de los caballos. Vuelve a gritar sus nombres y, por enésima vez, no obtiene respuesta alguna. Se inquieta, se revuelve sobre su caballo, grita desesperado, no quiere volver a encarar al jinete sin rostro por segunda vez en esa luna. Siente que la cúpula celeste y las profundidades abisales se desploman sobre su cuerpo encadenado. Su grito descarnado resuena en el laberinto submarino. Un fuerte golpe en la cabeza le nubla la mente. Todo se vuelve oscuro. El jinete sin rostro cabalga en busca de su alma. Es el fin...

—Está abriendo los ojos —susurró una dulce voz, a cuya llamada acudieron con cortos pero veloces pasos dos gráciles sombras.

—¡Silencio! —regañó con benevolencia aquella voz de mujer a las dos siluetas que correteaban por la estancia—, no hagáis ruido. Dejad que se desperece reposadamente, pues sus ensoñaciones han estado envueltas en una desazonada agitación.

Las tres figuras se recortaron en bellas formas frente a los entreabiertos ojos de Oyvind. El olor mezcla de roca y vapor de agua salada de la extinta luna, se había transformado milagrosamente en un aroma a eucalipto y flores silvestres. Las atropelladas y delicadas voces de tres jóvenes féminas aturdían la mente del joven alko. Concluyó que debía haber llegado a la casa de los Primeros Nacidos, y que la diosa Nerlinguia había enviado a tres de sus doncellas para proporcionarle una merecida bienvenida. Sin embargo, el fuerte dolor que sentía en la parte posterior de

su cabeza, le hizo finalmente convenir que seguía morando en el mundo de los mortales.

Oyvind abrió por completo sus saltones ojos azules, pero apenas alcanzó a distinguir una realidad difuminada entre sombras y dobles figuras, como si tratase de observar el mundo a través de un fino velo que se agitaba mecido por los cálidos vientos orientales. Trató en vano de incorporarse, pues inmediatamente sintió caer desde el más alto de los acantilados.

—No hagas esfuerzos baldíos —dijo aquella silueta que había permanecido a su lado velándole durante toda la noche—. Descansa y trata de conciliar el sueño; tu maltrecha cabeza te lo agradecerá.

—¿Y mis amigos? —preguntó Oyvind entre dientes.

—Han corrido peor suerte que tú —respondió la joven—, pero haremos todo lo posible por sanarlos.

Oyvind sintió una contradictoria mezcla de alegría y tristeza. Kiril y Maíkel aún vivían, pero su vida pendía de un frágil hilo. Trató nuevamente de hablar, pero sus ojos se nublaron y las pocas fuerzas de que disponía le abandonaron. Mientras el sueño le abrazaba sin poder evitarlo, una última pregunta brotó de sus secos labios.

—¿Cuál es tu nombre? —inquirió el alko.

—Edda —respondió la joven con increíble dulzura—. Ése es mi nombre —y acariciando con su delicada mano la frente de Oyvind, envió al dolorido nerlingo a los sueños más dulces en los que jamás había dormitado.

Dos largas lunas pasaron hasta que nuevamente Oyvind abrió los ojos al mundo. Durante ese interminable lapso de tiempo en el que permaneció bajo los reparadores influjos del dios del sueño, la bella Edda no se separó de él ni un solo instante. Sus manos fueron el milagroso bálsamo que sanó a Oyvind. Si el alko se agitaba en su lecho, ella posaba en él sus manos cual alas de mariposa; si la cabeza de Oyvind gritaba dolorida, con aromáticos ungüentos acariciaba su frente; si su garganta se reseca cual flor en el desierto, ella la regaba como fuente en un oasis.

—¿Aún sigues aquí? —fueron las primeras palabras de un aturdido Oyvind.

—He velado tus sueños —le respondió con una sonrisa.

El hijo del relámpago recuperaba lentamente su excepcional vista. Cuando Oyvind se detuvo a contemplar el rostro de su cuidadora, sus azules ojos volvieron a quedar aturdidos. En esta ocasión no era debido al fuerte golpe que le habían propinado en la cabeza, ni a los rayos de luz que penetraban en la estancia deslumbrando sus aún somnolientos ojos; era la sin par belleza de la joven Edda la que le embelesaba.

Una larga y lisa melena castaña que caía por encima de sus hombros adornaba su estilizado y perfecto rostro, en el que las formas de sus cejas arqueadas, de sus saltones ojos verdes, de sus finos y perfilados labios, componían una armónica

sinfonía. Tanta belleza concentrada en un único ser, le hizo volver a dudar si realmente no se encontraba en la casa de la diosa Nerlinguia.

—Veo que tus ojos y tu cabeza se han recuperado del fuerte golpe recibido —habló Edda mientras sus mejillas se sonrojaban al ver como Oyvind la contemplaba absorto.

—Sí... es cierto... —respondió trastabillado el alko, como saliendo bruscamente de un febril estado de aturdimiento.

Oyvind apartó tímidamente su mirada del rostro de la joven y, como dos lunas atrás, volvió a preguntar por sus amigos.

—¿Cómo están Kiril y Maikel? —interrogó ahora nervioso temiendo recibir malas nuevas.

—Han mejorado —respondió Edda tratando de tranquilizar al nerlingo—, aunque bien es cierto que lo hacen lentamente. Mis dos hermanas se ocupan de ellos, y mi sabio padre prepara ungüentos y pociones para sanar sus heridas.

—Si tus hermanas les cuidan con la mitad de tu dedicación, no tengo ninguna duda de que sanarán —y al escuchar las palabras de Oyvind, la joven sonrió tímidamente mientras sus verdes ojos miraron vergonzosamente hacia el suelo.

—El más corpulento de los dos...

—Maikel —aclaró Oyvind a la joven.

—Maikel —continuó Edda—, tiene una profunda herida en el lado derecho de su espalda, pero ha tenido suerte, pues de haber sido en su lado izquierdo, con toda seguridad la flecha le hubiera traspasado el corazón. Ha perdido sangre, pero lo más peligroso ahora es que la herida se infecte. Tiene fiebre, pero ha ido disminuyendo según avanzaban los días. Es un joven muy fuerte y creo que con algunos cuidados no tardará en reponerse.

—Me alegro por él —dijo Owind reconfortado—. ¿Y Kiril?

—Tu otro compañero se ha llevado la peor parte —habló con tristeza Edda—. Le clavaron más de cinco dedos de la hoja de la espada en el pecho, con tan mala suerte que al sacarla, desgarraron parte de una herida que había sufrido recientemente. Ha perdido mucha sangre y, a diferencia de Maikel, todavía sigue inconsciente desde que lo trajimos aquí. Su vida corre un gran peligro, y habrá que aguardar a los días venideros para saber si logrará salvarla.

Oyvind cerró sus ojos mientras la pena invadía su alma. Su amigo, el Rey Nerlingo, el único superviviente de la estirpe real transitaba por las oscuras nebulosas que conducían a la mortal encrucijada. Ahora ni Maikel ni él podrían ya ayudarle. Sería Kiril quien debería enfrentarse en solitario al jinete sin rostro.

—¿Cuándo podré verles? —preguntó el alko tras unos instantes de silencio.

—Quizás mañana —dijo Edda—. Ellos ahora duermen y tú debes comer algo. Aguarda tumbado en la cama. Volveré con algo de cenar. Avisaré también a mi padre; anhela saber qué secreto menester os ha traído a estas tierras.

Edda abandonó la estancia mientras Oyvind la contemplaba una vez más, pues



había quedado prendado de la dulzura y belleza de aquella muchacha.

Al cabo de unos minutos Oyvind escuchó como la voz de la bella Edda comenzaba lejanamente a arrullar sus oídos. Aquel dulce sonido se entrecruzaba ahora con el de una voz grave y serena que Oyvind no recordaba haber oído hasta ese momento. Dos alargadas sombras asomaron por la puerta de la estancia. Se trataba en efecto de Edda, quien traía una bandeja con alimentos para el dolorido alko, acompañaba por un corpulento hombre de larga barba gris y llamativos ojos verdes. Aquel hombre de aspecto rudo pero refinado al mismo tiempo, se acercó a la cabecera de la cama en la que reposaba Oyvind, y cruzó su penetrante mirada con la del joven alko. Tan pronto el hijo del relámpago posó sus traslúcidos ojos azules en el iris verde esmeralda de aquel desconocido, sintió como su alma se estremecía. La misma poderosa conmoción pareció apoderarse del barbudo hombre, que permanecía inmóvil cual estatua de mármol blanco al lado de la grácil Edda.

Temores escondidos y ocultos deseos de ambos hombres, afloraron desde el lugar más recóndito de sus corazones. Compartieron aquellos recuerdos y sentimientos durante unos interminables momentos, la milenaria historia de dos pueblos comprimida en el volátil soplo de una cálida corriente de aire. Cuando aquella mágica transferencia terminó, ambos parpadearon y sus ojos se sintieron aliviados, percibiendo cómo todo su ser se había impregnado de la memoria y genealogía que ambos acababan de compartir, grabando en sus almas una huella indeleble que solamente ya la muerte podría borrar. No necesitaron cruzar palabra alguna para saber que sangre de la misma sangre corría por sus venas. El añorado reencuentro se había producido. Los fugitivos nerlingos habían por fin encontrado al sexto clan.

Edda observaba atónita como los dos hombres permanecían estáticos uno frente al otro, sin ni siquiera parpadear, mientras ambos parecían comunicarse telepáticamente.

—¿Padre, Oyvind, qué ocurre...? —preguntó intrigada la joven.

Transcurrieron unos instantes hasta que aquel desconocido, quien parecía ser el padre de Edda, pronunció una palabra.

—No quería creer lo que Pothalion afirmaba, pero es verdad, él estaba en lo cierto. Se ha cumplido —dijo con emoción—, la profecía de Barlok se ha cumplido.

—¿De qué profecía hablas padre? —volvió a preguntar Edda.

—Aquella en la que se dice que un hombre acudirá tras un largo éxodo al encuentro de sus hermanos perdidos para lograr la unión de todos los clanes y la paz para todos los pueblos que moran en la Tierra Verde —respondió el hombre sin apartar los ojos de Oyvind.

—Por eso el sexto clan se separó del pueblo nerlingo, para algún día cumplir los vaticinios del nigromante blanco —añadió Oyvind—. Y finalmente hemos sido nosotros los que hemos hallado a nuestros hermanos perdidos —y cada uno de los ojos del alko derramó una lágrima de alegría—. El ulterior presentimiento de Akrog

era cierto... sólo espero que Kiril y Maikel vivan para comprobarlo por sí mismos.

—Tus amigos vivirán, mi querido Oyvind —respondió aquel hombre—, pues con mis ancestrales remedios mantendré alejada a la muerte de sus jóvenes cuerpos.

—Confío plenamente en tus palabras —respondió Oyvind—, pues tus ojos así me lo dicen. ¿Puedo preguntar cuál es tu nombre?

—Oerlikon —respondió con voz poderosa.

—Padre —habló Edda con tono de reproche a su progenitor—, deja descansar a Oyvind. Hoy ha recuperado la consciencia después de dos días, y su cabeza aún está dolorida.

—No te preocupes por mí, Edda —contestó Oyvind—. En cuanto recupere las fuerzas con los exquisitos alimentos que traes en esa bandeja, estaré presto para una nueva misión. Deja a tu padre que se quede conmigo, pues muchas y dolorosas son las historias que contar y escaso el tiempo del que disponemos.

—Está bien —refunfuñó la joven—, siempre que no te incomode más de lo necesario. Así que para comprobarlo, yo también permaneceré a tu lado, pues no permitiré que mi padre eche por tierra los cuidados que te han hecho sanar.

—Tranquila, hija mía —respondió sonriendo Oerlikon—, no molestaremos a Oyvind más de lo preciso, ya que siendo lo preciso necesario, y lo necesario justo, entonces lo justo será lo adecuado para él, con lo cual conseguiremos que se recupere antes de su dolencia.

—No trates de aturdirme con tus trabalenguas —dijo enfadada la joven al tiempo que Oyvind sonreía ante el ocurrente juego de palabras—. No incomodaremos a Oyvind de ninguna de las maneras, sólo lo estrictamente necesario.

—Por supuesto, solamente lo adecuado, como hemos acordado hija mía —contestó con sorna Oerlikon mientras la joven respondió farfullando unas ininteligibles palabras al tiempo que sus mejillas se sonrojaban por la rabia.

A pesar de que su mente había permanecido aturdida durante varias lunas, Oyvind comenzó a relatar con inusitada claridad y maestría, cual versado trovador, todas las penalidades que habían padecido hasta llegar a la secreta morada del sexto clan. Desde la traición de Zornik y la caída de Lothikaton, a la pérdida de sus familiares y amigos; desde la desesperada huida por Jactinia hasta alcanzar el este de Tierra Conocida, a sus gratificantes estancias en Bortiburgo y Thioluka; desde la travesía a bordo de La Sirena de los Mares, a la precipitada huida de It-sonod, terminando por la milagrosa salvación de una muerte segura en las veredas del Camino del Oeste.

Edda escuchaba boquiabierta el relato de Oyvind, mientras Oerlikon se esforzaba en comprender cómo aquellos jóvenes podían seguir aún con vida tras el incansable acoso del ejército groning. La protección y bendición de la diosa Nerlinguia fue la única respuesta que su sorprendida mente pudo encontrar.

Mientras el alko bebía un caldo de verduras y comía un poco de pescado, entre

sorbo y sorbo y bocado y bocado, continuó relatando el plan que habían trazado en Thioluka, y por el cual los avatares del destino les habían conducido hasta esas latitudes. Comunicó todas las noticias que habían llegado a sus oídos sobre los movimientos del ejército groning. También le contó cómo habían acudido a la presencia de los Senescales de Porliton e It-sonod para tratar de levantar en armas a luinas y esmugas, y así poder hacer frente a la horda enemiga en las orillas del Taquakland.

Y por supuesto, henchido de felicidad, habló de sus hermanos perdidos, ahora encontrados, del sexto clan, fin último de su aventura, en los cuales habían depositado todas sus esperanzas para volver a renacer como pueblo en libertad. Akrog, Torilo, Kiril y muchos otros intuían que el sexto clan poseía la clave de un antiguo secreto, un arma poderosa que podría desequilibrar el resultado de la hasta ahora desigual batalla. Y Oyvind aguardaba impaciente a que Oerlikon la desvelara.

—Solamente el Elegido podrá compartir el secreto que el gran Kliat<sup>[4]</sup> del sexto clan guarda con celo —dijo Oerlikon mirando a Oyvind.

—Te equivocas si piensas que yo soy el hombre designado para conocerlo —respondió Oyvind al ver la complaciente mirada del líder del sexto clan nerlingo—. Kiril y no otro, como único descendiente con vida de la estirpe real, es a quien deberás confiar tan poderoso enigma. A pesar de que anhelo conocerlo, no me interpondré en lo profetizado por el gran nigromante blanco —sentenció.

—Tu sinceridad y generosidad hacia tu Rey y tu pueblo te honran, mi querido Oyvind —dijo Oerlikon—. Tú también serías digno de pertenecer a la estirpe real.

Súbitamente una joven muchacha con rostro sobresaltado irrumpió en la estancia.

—¿Enna, qué ocurre? —preguntó intrigada Edda al ver tan inquieta a su hermana.

—El joven Kiril... —habló trastabillada—. Está empeorando, su fiebre es muy alta y sigue perdiendo sangre...

Oerlikon se incorporó veloz como un rayo. Oyvind le agarró del brazo y le habló mirándole fijamente a los ojos.

—No permitas que muera —dijo.

—Descuida, joven Oyvind —le respondió con seguridad Oerlikon—. Jamás lo permitiré. El Elegido no morirá, no al menos bajo estas frías rocas —y el alko lentamente le soltó el brazo reconfortado por su respuesta—. Vamos, hija —le dijo a Enna—. Hay que preparar trapos calientes y agua hirviendo ahora mismo.

—De acuerdo, padre —asintió temblorosa Enna.

—Yo os acompaño —añadió Edda.

—No, hija mía —le respondió cariñosamente su padre—. Tú cuida de Oyvind, pues ahora él te necesita. Enna y yo sanaremos a Kiril —y le besó en la frente para tranquilizarla.

Oerlikon y su hija Enna corrieron apresuradamente por los oscuros pasillos de Caterziveen, a los que la luz de las antorchas daba un aire tenebroso al paso de las dos figuras. El jinete sin rostro cabalgaba decidido en dirección a la estancia donde el

lacrag nerlingo luchaba denodadamente por salvar su vida.

Enna corrió a buscar trapos y vendas, mientras Oerlikon se dirigió sin perder un instante a la habitación de Kiril. Lo encontró sobre la cama, su frente sudorosa, su pecho ensangrentado, tiritando y delirando por la fiebre. Se acercó a él y le puso su mano sobre la frente. La cabeza le hervía. Su corazón palpitaba acelerado, consumiendo las últimas fuerzas de que disponía. La espada de Dracot parecía haber cercenado el alma del Rey Nerlingo.

—Hay que salvar a Thelmor... —decía Kiril en su delirio—, los gronings lo matarán...

—Tranquilo, hijo —le susurraba Oerlikon mientras le colocaba un paño humedecido en la frente para tratar de aliviarle.

—Maikel... ¡Cuidado! —seguía soñando el alko—. Tomemos el túnel de la derecha...

—Todos los padecimientos sufridos regresan a él en su delirio —se lamentó Oerlikon.

—Padre —interrumpió Enna—. Aquí traigo todo lo que me pediste.

—Gracias, hija mía —respondió el Kliat—. Tenías razón. La fiebre es muy alta, se encuentra débil y su corazón está muy acelerado. Si no conseguimos que deje de sangrar, quizás no logre pasar esta noche con vida.

Los verdes ojos de Enna se llenaron de lágrimas, pues profundo era el cariño que había tomado a aquel joven moribundo durante sus largas noches en vela.

—Pero habrá alguna esperanza de salvación para él —dijo enjugándose las lágrimas.

—Sí —respondió tajante su padre—. Pero antes de recurrir a ella deberemos agotar las demás opciones.

—Como tú dispongas —respondió más tranquila Enna.

La joven recuperó la templanza tras escuchar las palabras de su padre. No en vano, ella como la mayor de sus hijas, había sido instruida desde joven en las antiguas tradiciones nerlingas. Su padre la había elegido para ser la futura Kliat cuando él muriera, y a pesar de que no le habían sido desvelados aún todos los enigmas que su progenitor conocía, sabía que el clan guardaba en su poder un secreto codiciado por los mismísimos dioses.

Oerlikon retiró con sumo cuidado la venda que cubría la herida de Kiril. Inmediatamente la sangre volvió a brotar por ella, al tiempo que el cuerpo de Kiril se retorció en un reflejo de dolor. La tez del joven Rey Nerlingo estaba pálida, y un repentino sudor frío humedeció su cuerpo. Kiril comenzó a tiritar, mientras Oerlikon le lavaba la herida tratando de detener la hemorragia con un emplasto de color violeta que se mezclaba con el rojo de su sangre. Enna, con suma dulzura, le refrescaba continuamente la frente mientras le cubría sus desnudos hombros con un gran lienzo para aliviar el frío mortal que recorría su cuerpo.

Durante largo rato padre e hija atendieron a Kiril sin que el joven mostrase

ninguna mejoría. El lacrag del sexto clan frunció el ceño en un gesto de profunda preocupación. El corazón de Kiril latía cada vez con menos fuerza, y la pasajera palidez de otros días, se había asentado en su tez con intenciones de no volver a abandonarla. El jinete sin rostro había por fin localizado la alcoba del moribundo alko, y caminaba alrededor de su lecho en círculos cada vez más cerrados.

Oerlikon se hallaba en una delicada encrucijada. Si no hacía uso del secreto que su pueblo había guardado durante centurias, el Elegido moriría sin remisión. Pero también sabía que una vez utilizado, descubriría su hasta ahora velada existencia a aquellos que desde los albores del mundo lo habían codiciado con envilecida pasión.

Miró a Kiril postrado en su lecho de muerte, velado en vano con dedicado esmero por su hija Enna, a la que desde niña había elegido para ser la depositaria del secreto confiado a los nerlingos. Las palabras pronunciadas horas antes por Oyvind retumbaron en sus oídos:

—Kiril y no otro, como único descendiente con vida de la estirpe real, es a quien deberás confiar tan poderoso enigma.

Mientras Oerlikon permanecía absorto en sus pensamientos, Enna miró a su padre con lágrimas en los ojos y le habló entre sollozos:

—Padre —le dijo—, Kiril se muere. Vos sois el único que puede salvarle. No deje que muera —y unas lágrimas tan brillantes y traslúcidas como el agua virgen que se funde en el deshielo primaveral brotaron de sus ojos.

La pureza e inocencia de aquel llanto despertó a Oerlikon de sus meditaciones, advirtiéndole que eran las lágrimas de Nerlinguia las que se derramaban a través de los ojos de su primogénita. Si todavía su corazón albergaba alguna duda sobre la decisión que debía tomar, aquella señal terminó por disiparla.

—Aguarda aquí unos instantes al lado de Kiril —dijo Oerlikon besando la frente de su hija—. No permitas que nos abandone. Te prometo que volveré con la cura que logrará sanarlo.

—Gracias, padre —le contestó la joven devolviéndole un beso en la mejilla—. Pero por favor, no tardes —finalizó enjugándose las lágrimas.

Oerlikon salió resueltamente de la habitación, pues la vida de Kiril pendía de un hilo que a cada instante que transcurría se deshilachaba más y más. El sabio nerlingo se lamentaba que ninguna de sus pociones y ungüentos hubieran podido sanar al joven alko, más que prolongar unos días su sufrimiento. Quizás así lo había querido el caprichoso destino, tener que descubrir al Elegido de esa forma tan dolorosa.

Se dirigió a través de los laberínticos pasillos de Caterziveen hacia una amplia estancia que era usada como biblioteca. Sobre tres hileras de estantes que colgaban alrededor de todo el perímetro de la sala, reposaban varios centenares de libros, papiros y otros antiguos documentos. Retazos de la historia pretérita del pueblo nerlingo, a la que el bueno de Perlivarce no hubiera dudado en dedicar interminables horas de afanoso estudio. Iluminada por cerca de treinta antorchas y por la luz de dos pequeños ojos de buey que la abrían al mundo exterior, la estancia estaba presidida

por una estatua a tamaño real de Alkhor, el fundador del clan de los alkos y uno de los Primeros Nacidos. El brazo derecho de la estatua estaba levantado, mostrando a los que la contemplaban el báculo de mando que durante siglos había pasado de mano en mano de los lacrags de los cinco clanes.

Hacia ella se dirigió Oerlikon. Se situó frente a la estatua y dijo para sí:

—El escondite más secreto es aquel lugar donde todos los ojos puedan verlo —y sonrió.

Extendió su brazo hacia el báculo de mando, mientras giraba su cabeza hacia ambos lados para comprobar si alguien rondaba por los pasillos. Con un rápido movimiento destapó la parte superior del báculo y extrajo un largo tubo de cristal repleto de un polvo blanco, similar a la textura de una fina arena. Volvió a asegurarse si alguien le observaba y, viendo que estaba solo, de entre sus ropajes sacó un pequeño cuerno en cuyo interior vertió un puñado de aquellas limaduras. Tapó el cuerno con un pequeño trozo de corcho, volvió a colocar el tubo de cristal en el interior del báculo y lo cerró. Miró fijamente a los ojos de su antepasado Alkhor y le pidió que intercediese por él ante Nerlinguia; temía estar equivocándose al revelar a aquel joven moribundo que apenas conocía, el milenario secreto que su pueblo había guardado.

Tras abandonar la biblioteca corrió por los pasillos hacia la estancia donde Enna trataba en vano de aliviar el dolor de Kiril. La vida del joven Rey Nerlingosse escapaba entre las caricias de sus gráciles dedos.

—¿Cómo se encuentra Kiril? —preguntó Oerlikon entre jadeos tras recorrer tan rápido como sus piernas se lo permitieron los largos pasillos de la ciudad sumergida.

—A cada instante que pasa su corazón late más débilmente —respondió angustiada Enna—. En su estado no llegará a ver el crepúsculo de este día. Ya sólo un milagro puede salvarle.

—Y ese milagro llegará —respondió Oerlikon tratando de consolarle—. Necesito que machaques en ese mortero cuatro hojas de helecho, veinte flores secas de manzanilla, diez de árnica, cinco de caléndula, tres raíces de diente de león, cuatro de valeriana y una vez esté todo bien molido, lo viertas en un cuenco de agua hirviendo con dos cucharadas de miel, un puñado de sal y este fino polvo blanco —le dijo mientras quitaba el tapón del pequeño cuerno y vertía aquella arenisca blanca sobre la palma de su mano—. Revuélvelo cien veces en el cuenco hacia la derecha y cincuenta hacia la izquierda. Cuando el agua deje de borbotear la cura estará preparada. Rezo a nuestra diosa porque este brebaje logre sanarlo.

Enna no perdió un solo instante y comenzó a preparar aquella extraña pócima que su padre le había descrito. Mientras aplastaba con vehemencia en el mortero todas las hierbas y raíces enunciadas se lamentaba porque, a pesar de haber sido instruida en esas artes desde niña, nunca llegaría a ser tan sabia ni diestra como su padre a la hora de diseñar remedios curativos. Reconocía con cierta tristeza que de no ser por él, aquel joven con el que tanto se había encariñado, moriría irremediabilmente entre sus

brazos. Pero lo que la noble joven no sospechaba, es que todos los ingredientes de aquel brebaje eran simples aderezos para despistarla, pues la única sustancia que salvaría al lacrag alko sería el misterioso polvo blanco que Oerlikon había tomado del báculo de Alkhor.

Varios grupos de grises nubes surcaron veloces la costa oriental mientras Enna terminaba de revolver aquel brebaje. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones que su padre le había dado, aguardó hasta que el agua se calmara finalizando su febril borboteo. Cuando la superficie de la verde poción reposaba en el cuenco como el océano en un día de calma total, avisó nerviosa a Oerlikon.

—¡Padre! —le gritó—. La cura ya está preparada. He seguido al pie de la letra todas sus instrucciones.

—Acércamela entonces —le dijo el lacrag del sexto clan, quien había permanecido todo el tiempo al pie del lecho de Kiril aliviando con trapos húmedos el fuego de su frente—. Debemos dársela a beber sin perder más tiempo.

Enna tomó el cuenco con las dos manos y se lo acercó a su padre con sumo cuidado, sin derramar una sola gota de aquel remedio salvador para el malherido alko. Si la poción no surtía efecto, el jinete sin rostro permanecía presto para llevárselo consigo a lomos de su negro y despiadado corcel.

Oerlikon tomó con una mano el cuenco y con su otro brazo incorporó levemente el cuerpo de Kiril, quien nuevamente se retorció de dolor.

—Ábrele con cuidado la boca —le dijo Oerlikon a su hija.

Enna desplazó ligeramente el mentón de Kiril e inclinó la cabeza del joven hacia el cuerpo de su padre. Entonces Oerlikon acercó el cuenco a la boca del alko y comenzó a verter en pequeñas cantidades el verde brebaje.

Si parte de la poción se derramaba por el rostro de Kiril, la diligente Enna la recogía con un terso lienzo. Varias veces el alko tosió, pues inconsciente, no atinaba a beber aquel líquido verdoso. Finalmente Kiril terminó aquella cura redentora de repulsiva apariencia que Oerlikon había ideado.

—Ahora ya sólo nos queda rezar a Nerlinguia para que en esta fría noche no le reclame ante su presencia —dijo Oerlikon a su hija mientras apoyaba su huesuda mano en el hombro de la bella joven.

—Me quedaré a velar sus sueños —dijo entre llantos Enna.

—No seré yo quien te lo prohíba —respondió sonriendo Oerlikon—, pues no podría desear para esta vela mejor centinela que tú. Mañana, al despuntar el alba, sabremos si Kiril ha logrado vencer a la muerte. Nos veremos mañana por la mañana. Que descanses —se despidió con un beso de su hija.

—Que descanses tú también, padre —le respondió cariñosamente Enna.

Oerlikon abandonó la estancia y se dirigió a la del inquieto Oyvind, quien en ese momento charlaba con Edda tratando de olvidar la agonía en la que estaba sumido el moribundo lacrag alko.

Durante esa trascendental luna les aguardaba una interminable espera. No sólo la

vida de Kiril estaba en juego, sino también la esperanza de miles de atormentadas almas que caminaban en penumbra por el linde de un insondable acantilado. Que los dioses aceptasen al joven alko como el Elegido, representaba la única posibilidad de salvar su vida y la libertad de Tierra Conocida. Sólo el fulgor de los rayos de un nuevo amanecer acabaría con la incertidumbre que atenazaba sus estremecidos corazones.



## El sagrado poder se manifiesta

—Permiso para entrar, mi señor —preguntó respetuosamente el capitán de la guardia gorglin mientras golpeaba la majestuosa puerta de madera y oro.

—Puedes pasar, Inorkul —respondió desde el interior Zornik.

El gorglin abrió el pesado portón con dificultad, mientras los dos centinelas que custodiaban la entrada a los aposentos del Rey, permanecían imperturbables como dos fantásticos guerreros de piedra.

—¿Qué nuevas han acontecido en este enojoso día? —preguntó con desgana Zornik.

—Ninguna novedad reseñable, mi señor —respondió el fibroso gorglin de tez morena—. No hemos recibido ninguna comunicación del frente de Mugaburgo, ni tampoco del que ocupa el antiguo territorio skelingo. Solamente un mensaje enviado por el capataz que dirige los trabajos de construcción del embarcadero del Morkurgul —puntualizó—. Confía en que dentro de cuatro semanas el embarcadero esté finalizado.

—Deberá estarlo en tres —le contradijo malhumorado Zornik—, y por cada día que se retrase le cortaré un dedo de sus inútiles manos.

—Así se lo haré saber —respondió Inorkul.

—Mañana cabalgarás hacia el corredor de Groningburgo donde se encuentran acampadas nuestras legiones —continuó hablando Zornik—. Llevarás estas instrucciones al Mariscal Zunkonel —y le entregó un papiro enrollado—. Movilizará a ocho mil de sus hombres para dirigirse hacia el maldito embarcadero. También enviarás un halcón para comunicar a ese inepto capataz que comience a construir las barcas que llevarán a mis legiones a desembarcar en el Mar del Este —finalizó gruñendo.

—Con las primeras luces del alba partiré al encuentro del Mariscal de las legiones del Oeste —respondió diligente.

—Y dime, Inorkul, ¿tienes alguna noticia sobre los informadores que viajaron al Este? —preguntó más calmado—. Ardo en deseos de saber que es lo que han sonsacado a los decrépitos Senescales orientales.

—Nada por el momento, mi señor —contestó el gorglin—, pero sospecho que tardarán en regresar a Groningburgo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó intrigado Zornik.

—No eran soldados como nosotros, mi señor, sino simples rufianes de la ciudadela —respondió con evidente desprecio hacia el grupo de Dracot—. Seguramente ahora mismo estarán emborrachándose en alguna pocilga de Porliton. No confío en que los veamos en breves fechas por Groningburgo.

—¡Ja, ja, ja! —rió con sorna Zornik—. Eres el único que osa decirme las cosas como son, querido Inorkul —añadió con inusitada gentileza—. Quizás por eso eres el capitán de mi guardia personal, ¡ja, ja, ja! —volvió a reír mientras Inorkul

permanecía impasible—. Más les valdrá a esos malditos pendencieros volver con alguna información de valor, o sus ojos servirán de postre a mis bellos halcones. Y ahora puedes retirarte —le dijo girándose para dirigirse hacia la florida balconada exterior.

—Como ordene, mi señor —dijo Inorkul acatando las órdenes de su Rey al tiempo que realizaba una genuflexión de despedida.

El capitán gorglin cerró tras de sí la ornamentada puerta mientras maldecía la ineptitud de Dracot y los suyos, sin saber que aquellos infelices habían eludido para siempre el terrible castigo que Zornik les reservaba en la monumental pajarera del ala sur del castillo.

Súbitamente, del interior de la diáfana estancia en la que el Rey brujo se encontraba y, cuando la estrella del día se ocultaba tras las yermas extensiones de Tierra Seca, un horrible y desgarrador alarido traspasó la maciza puerta dorada que custodiaban los dos centinelas. Inmediatamente Inorkul volvió sobre sus pasos, mientras los gorglins desconcertados aguardaban la llegada de su capitán sin saber muy bien como actuar.

—¿Qué ocurre, mi señor? —preguntó nervioso Inorkul desde el otro lado de la puerta. Un nuevo estremecedor alarido traspasó como una lanza los tímpanos de los tres gorglins.

—Esos gritos no son humanos —decía en voz baja atemorizado uno de los dos centinelas.

—¡Mi señor! —gritó asustado Inorkul—. ¡Voy a entrar! —y comenzó a empujar con fuerza la puerta.

—¡Nooo! —y el grito de Zornik le hizo detenerse—. ¡No entres, no me sucede nada! —le gritó nuevamente al tiempo que Zornik parecía retorcerse de dolor—. ¡Dejadme solo, no me ocurre nada! —y chilló con tanto enojo que Inorkul no se atrevió a entrar en los aposentos del Rey.

—Vigilad con atención —les susurró Inorkul a los dos centinelas—. Si volvéis a escuchar gritos o advertís que algo extraño está sucediendo no dudéis en despertarme, u os juro que yo mismo os arrancaré el corazón —les dijo con fiereza.

—Así lo haremos, mi capitán —respondieron atemorizados a coro ambos gorglins sin casi poder articular palabra.

En los aposentos del Rey, Zornik se retorció de dolor sobre el suelo revestido de grandes losas de un frío pero hermoso mármol blanco. Su cuerpo hervía en un fuego sobrenatural, sentía que era lava y no sangre la que recorría sus venas, y a duras penas podía contener terribles estertores que brotaban de su garganta. Envuelto en ese éxtasis de dolor y sufrimiento, sumido en un tormento sin alivio posible, su lóbrega alma se embriagó de clarividencia y advirtió cómo el gran poder que siglos atrás le había sido arrebatado por un ser superior, acababa de ser utilizado en la tierra de los hombres.

—El joven malherido encontrará al viejo escondido. Por el Mar del Este el

príncipe nerlingo navega, mientras el viejo custodio del secreto sagrado a buen recaudo le espera —recitó Zornik con voz de ultratumba mientras acompañaba esas palabras de vómitos y esputos—. A ambos corazones dejarás reunirse, para que tu plan presto pueda cumplirse. Mas la llama antes del otoño deberás apagar o de lo contrario ella contigo habrá de acabar —terminó de repetir el oráculo de la lamia con sus ojos inyectados en sangre—. Sí, madre Urkha, como siempre tenías razón —dijo riéndose mientras se enjugaba la bilis que brotaba de su boca con la manga de su camisola—. El custodio del secreto del Unicornio se ha revelado, el gran poder ha utilizado, ¡ja, ja, ja! —reía al tiempo que lágrimas negras brotaban de sus ojos y continuaba retorciéndose por el insoportable dolor que sacudía su cuerpo mortal—. Y una vez que te has mostrado, jamás huirás de las fauces del lobo apostado, ¡ja, ja, ja! —volvió a reír—. Durante lustros oculto como una maldita rata con tu secreto has permanecido, mas ahora desesperado y acorralado te sientes para hacer uso del poder sagrado.

Zornik se incorporó con gran esfuerzo y, tambaleándose mientras caminaba, salió a la balconada adyacente a sus aposentos. Se apoyó sobre la gran fuente negra del wolkur y, dirigiendo su nublada mirada hacia el este, sentenció el destino de los hombres:

—Éste es mi oráculo, inmunda rata asustada —dijo dedicándoselo al Kliat:

*El gran poder a su primigenio amo volverá,  
la sagrada bestia desangrada en las fauces del lobo morirá,  
y el mundo de los mortales de brunas tinieblas se cubrirá.  
La Predilecta de su cúpula, violentada descenderá,  
la luz de su necia deidad como una vela se extinguirá,  
y un nuevo señor cielo y tierra por todas las edades regirá.*

## La curación de Kiril y la despedida de Oyvind

Aquella mañana Oyvind se despertó temprano, ayudado por una brisa que envolvía con aromático frescor la arcana morada que ahora le acogía. Se vistió y caminó curioseando por los pasillos de Caterziveen. Observó con admiración lo caprichosa que había sido la madre naturaleza al esculpir aquellos zigzagueantes pasadizos, posteriormente perfeccionados por sus hermanos alkos a la manera de refinados canteros. Caminó hacia las estancias orientadas al norte, sin duda las más hermosas de todas, pues desde ellas podían contemplarse unas excepcionales vistas al Mar del Este.

Los dos centinelas que vigilaban los accesos a esa zona le saludaron con una sonrisa, y Oyvind se dirigió a la estancia llamada Ulkildiriath, que en el lenguaje antiguo significaba “El balcón sobre el mar”. Era ésta la única estancia abierta al cielo, y como su nombre indicaba, una hermosa balconada que sobresalía del extremo septentrional de la isla. El frente del mirador sobrepasaba en casi cuatro pies la altura de un hombre, agujereado por cientos de pequeños ojos de buey por los que poder escrutar el horizonte sin llegar a ser visto. Una inmensa pared perforada por las flechas de antiguos dioses, y que los alkos del sexto clan utilizaban como privilegiado punto de vigilancia hacia el mar. El frontal del Ulkildiriath crecía desigualmente hacia el oeste, realizando una curva invertida que llegaba a hundirse en el mar, formando un diminuto puerto natural donde los nerlingos ocultaban dos pequeñas barcas con las que de cuando en vez salían a pescar.

Como uno de los centinelas le explicó, desde allí veían pasar a los navíos que, provenientes de It-sonod o Porliton, cruzaban el Golfo de Eukad para navegar hacia los puertos septentrionales. Sentían una onda pena de no ver navegar, desde hace más de diez inviernos, a ningún barco que ondease bandera norteña frente a Caterziveen. Al parecer, tras la guerra contra los gronings, habían sido diezmados y desposeídos de sus bienes y tierras. Por las noticias que les habían llegado de alkos que viajaron a caballo hacia el norte, se habían visto obligados a desplazarse hacia las Tierras Frías, latifundios en los que el invierno helado domina a las demás estaciones. Allí habían fundado nuevas aldeas que, protegidas de los gronings por el hielo y la nieve, trataban de prosperar a costa del sufrimiento y las vidas de sus habitantes.

Tras contemplar el despuntar del día desde el Ulkildiriath, Oyvind volvió sobre sus pasos para observar los acantilados sobre los que discurría el Camino del Oeste.

—Desde esta ventana os descubrieron nuestros centinelas —habló una voz a sus espaldas.

Oyvind giró la cabeza y vio a un hombre vestido con ropajes similares a los de un campesino que lo miraba esbozando una pícara sonrisa.

—Tu cara... —dijo dubitativamente Oyvind—, tu cara me es familiar.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó—. El golpe que te di en la cabeza no ha hecho que pierdas la memoria.

Oyvind frunció entonces el ceño contrariado al oír esas palabras, y pensó en devolverle el doloroso golpe recibido lunas atrás.

—No te enfades —habló nuevamente el hombre—. Creo que tenía derecho a golpearte. Yo te salve la vida en el linde del bosque —y Oyvind le miró ahora con sorpresa—. Si, es cierto, por eso mi rostro te resulta familiar. Os observaba a ti y a tus amigos frente a la mesa de kliros en El Delfín Negro. Cruzamos nuestras miradas en vuestra apresurada huida de la taberna. Al ver como aquellos gronings salieron en vuestra búsqueda, no precisamente con buenas intenciones, decidimos seguirles a una prudencial distancia.

Oyvind permaneció callado durante unos instantes sorprendido por las palabras de aquel extraño hasta que se decidió a preguntarle:

—¿Qué fue lo que os impulsó a defendernos? No sabíais nada de nosotros. Podríamos haber sido unos ladrones —finalizó.

—Los ojos nunca traicionan a las personas de noble corazón —respondió el extraño—, y los vuestros así me lo hicieron saber.

El hijo del relámpago se sorprendía con cada nueva respuesta de aquel misterioso hombre.

—¿Qué menesteres os llevaron hasta El Delfín Negro? —preguntó extrañado Oyvind—. ¿No deberíais haber permanecido ocultos en Caterziveen?

—No, mi querido amigo —respondió—. No todos los alkos del sexto clan moramos en Caterziveen. Aunque nadie de los burgos orientales lo sepa, cerca de cien familias nerlingas viven dispersas entre la franja que va desde Porliton hasta Forgol. Bien es cierto que aunque viven integradas en armonía en sus comunidades, nunca revelan su verdadera ascendencia. Son nuestros ojos y nuestros oídos en la región. A través de ellos —continuó—, nos llegaron noticias de unos emisarios gronings que trataban de intimidar a los Senescales y a los acaudalados comerciantes y terratenientes de los burgos orientales obligándoles a rendir pleitesía a Zornik, obediencia que les sería recompensada con cofres repletos de oro en no muy lejanas fechas. Oerlikon decidió que un pequeño grupo viajásemos a It-sonod, haciéndonos pasar por campesinos lúinas para averiguar qué era lo que realmente estaba ocurriendo.

—Y allí fue donde nos encontrasteis y os convertisteis en nuestros ángeles custodios —añadió Oyvind.

—Gracias a que decidimos no perder de vista a esos malhechores —añadió el campesino—, si no habrían acabado con vosotros amparados por las sombras del bosque. Pero permite que me presente. Mi nombre es Pothalion —y extendió la mano al hermano de Ingvar.

—El mío es Oyvind —dijo el alko estrechándole la mano—, aunque supongo que eso también te lo habrán dicho. Te doy las gracias por haber salvado mi vida y la de mis amigos. De no haber sido por vosotros hubiéramos perecido frente a aquellas frondosas arboledas —dijo mirando por la ventana hacia el lugar donde decidieron

acampar aquella fatídica noche—. Pero para nada te estoy agradecido por el golpe que me diste en la cabeza —y se frotó la herida aún abultada.

—Gritabas más que un cuervo al que estaban desplumando —dijo Pothalion—. Si no te hacíamos callar tus gritos se oirían desde It-sonod, y nos pondrías a todos en peligro si algún rufián descubriese nuestro refugio secreto.

—Quizás tengas razón —contestó apesadumbrado Oyvind—. Una horrible sensación de terror y claustrofobia se apoderó de mí sin yo poder controlarla.

—Tengo razón, te aseguro que la tengo, amigo mío —respondió Pothalion—. En Caterziveen hay dos preceptos de obligado cumplimiento al caer la noche. La razón de la existencia de ambos es evitar delatar nuestra existencia al mundo: el primero es ocultar cualquier luz, lumbre o fuego; y el segundo es la guarda de silencio, en la cual no se impide hablar, pero se prohíbe cualquier grito o sonido estridente. Y a fe que lo habíamos cumplido a rajatabla, hasta que te trajimos aquí maniatado —y sonriendo invitó a Oyvind a desayunar junto a él leche y tarta de arándanos a modo de desagravio por los golpes recibidos, pues también ansiaba escuchar de boca del hijo del relámpago todas las aventuras que habían vivido hasta llegar a Caterziveen.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron para Oyvind en animada conversación con Pothalion, quien no perdía detalle del relato del joven alko. Así consiguió distraerse por un tiempo y olvidar el pesar que embargaba su alma por la suerte de Kiril.

Era ya casi mediodía cuando por fin Pothalion sació su curiosidad y, volviendo a las labores que le habían sido encomendadas, dejó que la garganta de Oyvind descansase. El joven, sediento tras la larga conversación, se dirigió a su habitación para beber un vaso de agua. Caminaba ensimismado en sus pensamientos cuando oyó una suave voz que lo llamaba desde el extremo del pasillo:

—¡Oyvind! —gritó la joven Edda con alegría—. ¡A mi lado tengo a alguien que espera impaciente tu saludo!

El alko despertó de sus meditaciones y se giró hacia el lugar del que provenía aquella dulce voz. Una anhelada imagen se mostraba ante sus ojos entre luces y sombras al fondo del pasadizo.

—¡Maikel! —gritó con gran contento—, ¡por Nerlinguia, estás vivo! —y corrió a abrazar a su compañero de andanzas.

Apenas pudo Edda prevenir a Oyvind de que tuviera cuidado al abrazar a Maikel, aún convaleciente de su herida. El hijo de Torilo se estremeció al recibir el efusivo abrazo de Oyvind, aunque el dolor que le produjo se desvaneció con la alegría de ver nuevamente al hijo del relámpago.

Los dos alkos permanecieron aferrados uno a otro durante un buen rato, como dos almas que sintieran haber viajado de la mano de la muerte para finalmente declinar su fatal invitación. Edda, que los contemplaba inmóvil, derramó varias lágrimas de alegría al presenciar tan emotivo reencuentro.

—Pensé que habíais muerto tras la emboscada —sollozó de alegría Oyvind—.

Perdí toda esperanza de volver a veros y finalmente claudiqué ante mi fatal destino al ver ante mis ojos el brillo de la espada asesina.

—Algo más que una flecha será necesario para matarme —respondió con lágrimas en los ojos Maikel—. Prometimos a nuestro pueblo que encontraríamos a los hermanos perdidos y así lo hemos cumplido. Ahora acabaremos con el yugo groning y la tiranía de Zornik.

—Primero debéis recuperaros completamente antes de volver a guerrear —dijo Edda con sensatez tratando de calmar la euforia del hijo de Torilo.

—Me alegro tanto de volver a verte, mi buen amigo —dijo Oyvind aferrando su mano al hombro sano de Maikel.

—Yo también me alegro enormemente —respondió Maikel mientras sus ojos se iluminaban—. Mas un pensamiento atormenta mi mente y no me permite sanar tan rápido como deseo. Y ése no es otro que la infinita preocupación por la vida de Kiril. Ayer Ebba me dijo que su estado empeoraba por momentos y que el propio Oerlikon estaba atendiendo a nuestro desdichado lacrag.

—Esa misma preocupación me embarga —respondió Oyvind—. Esta noche me desvelé entrada la madrugada y antes de amanecer ya vagaba por los pasillos de Caterziveen rezando por Kiril a nuestra diosa. Más tarde me cruce con uno de nuestros salvadores y conversando con él aparte esa pena de mis pensamientos por unas horas. Pero tampoco he tenido desde entonces noticias sobre su estado —y mirando a Edda le preguntó—. ¿Sabes tú, gentil Edda, cómo se encuentra nuestro lacrag?

—Mi padre y mi hermana Enna prepararon anoche una poderosa poción para sanarlo —respondió con tristeza Edda—. Si esa pócima no logra curarlo, ya nada podremos hacer más que rezar a Nerlinguia para que lo acoja como un distinguido huésped en su mansión celestial.

Maikel y Oyvind quedaron apesadumbrados al escuchar esas palabras. Edda no obstante volvió a hablarles tratando de levantar su ánimo:

—Pero confío plenamente en que la ancestral sabiduría de mi padre logre curar a Kiril —dijo—. Esta pasada luna Enna ha velado sus sueños, que han sido más tranquilos y reposados que en las noches precedentes. Todavía mi padre y mi hermana continúan encerrados en su estancia, lo que es una buena señal. Kiril debe estar luchando denodadamente contra la muerte y ellos le ayudarán en todo lo que pueda hacerse.

—Tus palabras me reconfortan —dijo Oyvind mirando con ternura a la joven—. Pero más aún lo haría el poder ver a mi lacrag.

—Yo también así lo siento, gentil Edda —añadió Maikel.

—Ahora no podéis verle —respondió la joven—. Si realmente queréis ayudarle, libraos de esa aflicción que os oprime y rezad por su vida a Nerlinguia. Cuando pueda ser visitado seréis los primeros en verlo. Y ahora, Oyvind —añadió Edda—, mejor harías en acompañar a Maikel a su habitación para que descanse. Allí podréis

hablar largo y tendido. Yo debo ocuparme de mis quehaceres. Pero no temáis, correré a avisaros en cuanto tenga alguna nueva sobre su estado —y sonriendo, la joven se alejó caminando a través del pasillo de piedra.

—Adorable doncella —dijo embelesado Oyvind mientras contemplaba a Edda.

—Adorables hermanas —puntualizó Maikel mirando pícaramente a los ojos de Oyvind.

El tiempo transcurría lentamente en la oscura habitación donde Kiril luchaba por salvar su vida. Enna no se había despegado en toda la noche de la cabecera de su lecho de dolor. Oerlikon también la acompañaba desde las primeras luces del alba. Todo parecía indicar que la mágica poción había comenzado a producir una leve mejoría en el joven lacrag. Su frente ya no ardía, su cuerpo hacía horas que no se estremecía agitado por convulsos temblores, y su corazón trataba de recobrar su normal palpar. Enna, agotada por el velatorio de las últimas noches, tomó la mano de su padre y, apoyando su cabeza sobre su hombro protector, cayó plácidamente dormida.

—Descansa, hija mía —le susurró Oerlikon sin que ella pudiera oírle—. Has hecho todo lo que estaba en tu mano. Ya sólo nos queda esperar.

Y allí, frente al moribundo Kiril, permanecieron padre e hija inmóviles, ansiando que el valor del lacrag nerlingo pudiera ahuyentar definitivamente al jinete sin rostro.

A medida que se acercaba el ocaso del día, una nerviosa inquietud pareció apoderarse de la oculta fortaleza. Maikel, Oywlind, Edda, Ebba, y todas las personas que moraban en Caterziveen, dirigieron sus miradas y sus corazones hacia aquella estancia en la que Kiril se debatía entre la vida y la muerte. Su sólida puerta de madera permanecía cerrada, cual atrancado portón de entrada a un castillo sitiado, y no se tenía noticia alguna de lo que allí ocurría. Todos ansiaban ver salir al Kliat de la estancia para comunicarles que el peligro había pasado y que finalmente Kiril había sobrevivido a las mortales heridas que los gronings le habían causado. Pero parecía que ese anhelado momento todavía debería esperar.

Enna había ya despertado de la breve cabezada durante la cual había dormitado sobre los hombros de su padre. La noche había caído en el oriente de Tierra Conocida, y la brisa marina con su dulce soplo despejó el cielo de cualquier atisbo de nubes. El firmamento se había engalanado con sus más refulgentes estrellas y saludaba amablemente a los primeros días del equinoccio de primavera. Aquella visión alivió los corazones de Enna y Oerlikon, pues sintieron que la bóveda celeste quería indicarles que esa luna sus deseos se verían cumplidos.

—Apaga la luz de la vela —le dijo Oerlikon a Enna—, y contemplemos en todo su esplendor las luces del universo.



Enna extinguió la llama de aquella candela con las delicadas yemas de sus dedos y se acercó a la ventana para observar, sin otra luz que los distrajera, el fulgor de aquel manto estrellado.

—Observa a septentrión —dijo Oerlikon señalándola con su dedo—. Fíjate como resplandecen esta noche majestuosas las siete estrellas que la componen. Los moradores de las tierras del norte podrán verlas lucir en todo su esplendor.

—Confío en que hoy no nazca una nueva luminaria en el firmamento —dijo Enna—, porque eso significaría que Kiril ha sido acogido en la morada de los dioses.

Oerlikon guardó silencio, pero abrazó afectuosamente a su hija al tiempo que Enna volvió a apoyar la cabeza sobre el hombro de su padre. Pero esta vez no se durmió a pesar de cerrar sus párpados, sino que derramó dos lágrimas cristalinas que se deslizaron acariciando su rostro. Fue en ese mágico instante cuando, desde lo más profundo del cosmos, surgió una colosal estrella fugaz que, surcando velozmente la noche con su potente fulgor iridiscente, proyectó los colores del arco iris sobre su estela resplandeciente. Ante los atónitos ojos de todo aquél que pudo contemplarla, lentamente fue desvaneciéndose, hasta sumergirse en las aguas del océano oriental más allá del infinito horizonte.

Enna y Oerlikon contemplaron boquiabiertos aquel misterioso aerolito que irrumpió desde la nada, iluminando con singular resplandor el firmamento. Ambos quedaron extasiados frente a la ventana, sin poder creer aún lo que habían visto, hasta que una débil voz les hizo despertar de aquella visión:

—Apagad esa luz cegadora, os lo ruego —dijo aquella lánguida voz—. Mis ojos no pueden soportar su luminoso brillo.

Enna y Oerlikon se sobresaltaron, como si hubieran escuchado la voz de un fantasma, y volvieron sus miradas hacia el interior de la estancia.

—Gracias —les agradeció de nuevo la voz—. Ahora mis ojos pueden volver a descansar.

—¡Kiril! —gritó de alegría Enna—. ¡Por fin has despertado!

Aquel violento estallido de luces y voces pareció lacerar sus sentidos. Las palabras de Enna rebotaron en sus tímpanos hasta por fin convertirse en dulces murmullos. Kiril estaba volviendo a la vida: Cerró los ojos. Volvió a abrirlos y dos difuminadas figuras se recortaron frente a su lecho, como dos espíritus llegados del más allá. El lacrag nerlingo se sobresaltó, como zarandeado bruscamente después un largo letargo, e incorporándose sobre la cama preguntó alterado:

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy? —inquiría mirando en derredor.

—Tranquilízate, hijo —respondió Oerlikon—. Te encuentras entre hermanos.

—¿Dónde están Maikel y Oyvind? ¿Qué les habéis hecho? —y pareciendo no escuchar las palabras de Oerlikon buscaba su espada palpando a ciegas sobre la cama.

—Maikel y Oyvind también se encuentran a salvo entre nosotros —le habló con ternura Enna—. Mis hermanas se encargan de cuidarles y sanar sus heridas.

—¿Están vivos? ¡Quiero verlos ahora! —dijo con vehemencia.

—No debes alterarte —le respondió la joven acercándose a él—, pues has librado una dura batalla de la que finalmente has salido victorioso, pero tus fuerzas aún son escasas —y le acarició en el hombro—. Si ver a tus compañeros es lo que deseas, yo misma iré en su busca y los traeré a tu presencia.

Kiril reconoció las manos que habían tratado en vano lunas atrás de calmar su fiebre y la voz que le habló con dulzura en sus noches de delirio. Ambas sensaciones le reconfortaron y, tumbándose nuevamente en su lecho, por fin se calmó.

Enna salió de la estancia para dar la buena nueva a Maikel y Oyvind, mientras Oerlikon se quedó junto a él.

—Kiril, hijo de Alcrog —le dijo—, alégrate pues has logrado encontrar a tus hermanos perdidos. Pero ahora descansa, pues en los próximos días ocultos secretos de nuestro pueblo te serán revelados, a pesar de que el más grande de ellos a ti ya se te ha entregado. Mi nombre es Oerlikon —dijo presentándose mientras Kiril le miraba sin salir de su asombro—, gran Kliat y lacrag del sexto clan. En ti una parte de la profecía del gran nigromante Barlok se ha cumplido. A partir de ahora te convertirás en mi discípulo. Rápido habrás de aprender, ya que el mal avanza inexorable hacia los cuatro puntos cardinales. La vida te ha sido devuelta y en el elegido de Nerlinguia te has convertido.

Apenas hubo terminado Oerlikon de pronunciar esas palabras, cuando Maikel y Oyvind irrumpieron alborozados en la estancia gritando el nombre de su lacrag. Los ojos de Kiril se iluminaron al verlos, y los tres inseparables amigos se fundieron en un añorado abrazo bañado por innumerables lágrimas de alegría, mientras desde la puerta, Enna, Edda y Ebba los contemplaban emocionadas. Durante un buen rato no pudieron articular palabra alguna, más que mirarse y volver a abrazarse, llorando de júbilo por aquel ansiado reencuentro.

Cuando la emoción dejó de atenazar sus gargantas, Oyvind procedió a relatar a Kiril todo lo ocurrido desde que fueron atacados en el bosque frente a aquel misterioso islote que divisaron durante su travesía por el Camino del Oeste. Después del apresurado relato, Maikel y Oyvind le presentaron a Enna, su inseparable cuidadora, y a sus dos hermanas. Cuando las miradas de ambos jóvenes volvieron a cruzarse, una luz relampagueó en sus ojos, y su destino quedó sellado para siempre. En aquel oculto refugio entre la tierra y el mar, prendió en el corazón de los tres alkos la incipiente semilla del amor.

Aquella noche fue recordada durante mucho tiempo en Tierra Conocida por todos los que pudieron contemplar el vuelo de la fabulosa estrella fugaz. Los ocultos moradores de Caterziveen la llamaron Eilaredithil, que en el lenguaje antiguo significaba “La lágrima celeste de vida”. Y Oerlikon profetizó que antes del séptimo mes, otra estrella enviada por septentrión surcaría nuevamente el cielo sobre Caterziveen:

—El cielo continuará mostrando señales de vida a través de aerolitos de alma metálica y derramará refulgentes lágrimas en forma de lluvia de estrellas por sus hijos

perseguidos —sentenció.

Cuál sería la consecuencia de su vaticinio, ni él mismo aún lo sabía.

Enna no permitió que el reencuentro de los tres alkos se prolongase demasiado, y obligó a Maikel y Oyvind a recogerse en sus respectivas estancias. A pesar de que Edda y Ebba se lo rogaron encarecidamente, éstos sólo claudicaron ante la insistencia de la mayor de las tres hermanas.

Viendo que Kiril había recuperado de forma milagrosa la consciencia, decidió no continuar su vela esa noche, aunque intranquila, cada dos horas acudía a comprobar cómo se encontraba, escrutando silenciosamente desde fuera de la estancia a través de una rendija, no queriendo perturbar sus sueños.

La noche de la Eilaredithil finalizó con la llegada de un amanecer no menos resplandeciente que el del misterioso cometa. Maikel y Oywind, aliviados tras volver a ver a Kiril, conciliaron un largo y placentero sueño que no les dejó despertar hasta bien entrado el mediodía. Por el contrario, Kiril se despertó con los primeros rayos del sol, lo que le acarreó una reprimenda por parte de Enna.

—Debes descansar —le dijo—, o no recuperarás tus fuerzas y te verás condenado a permanecer postrado durante meses en este lecho.

Pero eso no ocurriría, pues Kiril se recuperaba de sus laceraciones de una manera asombrosa. En sólo dos días ya paseaba acompañado de su inseparable Enna por los rocosos pasillos de Caterziveen. Sus heridas cicatrizaban a una velocidad prodigiosa y su cuerpo parecía haber regenerado toda la sangre que había perdido. Incluso sentía que ahora reflexionaba con mayor cordura y clarividencia.

—En verdad que no existe mejor sanador que mi padre —se repetía constantemente Enna mientras contemplaba los milagrosos efectos de aquella pócima que Oerlikon le ordenó preparar.

Paulatinamente Kiril fue dejando de lado su lecho de curación, permaneciendo cada vez más tiempo levantado. A partir de aquel día, el gran Kliat inició la apresurada instrucción del futuro Rey Nerlingo. Comenzó por entregarle tres antiguos pergaminos, ajados por el paso del tiempo, pero escritos en una exquisita grafía y decorados en sus bordes con unos adornos de color oro. Kiril pareció reconocer una de las grecas allí dibujadas a modo de ornamento, pero no pudo recordar dónde la había visto antes.

—Aquí está recogido el destino pasado, presente y futuro de nuestro pueblo —le dijo Oerlikon—. Deberás leerlo con suma atención, pues no es evidente para el entendimiento de cualquiera de los mortales el mensaje que estos pergaminos recogen. Fueron escritos por Barlok, el gran nigromante blanco, antes del gran éxodo, mucho antes de que los hombres comenzasen a contar los inviernos en la Primera

Edad, cuando los Primeros Nacidos abandonaron este mundo mortal.

—Así lo haré —respondió Kiril sintiendo que una gran responsabilidad recaía ahora sobre sus espaldas.

—Que estas enigmáticas lecturas te acompañen durante tu convalecencia —añadió Oerlikon.

Esa noche, después de cenar y desear buenas noches a sus amigos y anfitriones, Kiril se dirigió con premura a su alcoba. Encendió el candil que reposaba sobre una carcomida mesa de madera a la izquierda de su cama y, desplegando el primero de los tres pergaminos, comenzó a leer lentamente y con detenimiento cada una de las líneas que lo componían.

Desde la bóveda celestial, bajo la terrible lluvia de estrellas, los dos hijos sagrados desterrados caerán. Una mortal lucha entre llamas, estelas y meteoros entablarán. Amor puro y eterno frente a la codicia y el deseo combatirán.

Los protegidos de la hija cortejada en el oasis del desierto acuoso, temblorosos a la cúpula celeste sus plegarias elevarán, al místico lugar donde la atroz y fraternal disputa se desató.

Pero el Único de sus cinco vástagos ha renegado, y a un mundo menor y mortal los ha condenado. Durante interminables centurias sus méritos y arrepentimiento deberán probar, si por Él quieren ser perdonados.

La hija predilecta sus traslúcidos ojos en los Primeros Nacidos posó, y su gentil aura de diosa sobre ellos extendió.

Amante y pretendiente, defensor y anhelado poseedor durante días sin descanso han batallado. Poderosos guerreros despojados de su don privilegiado. De hijos de un Dios a simples deidades de hombres mortales.

Sus espadas de fuego se han quebrado y todas las estrellas del cielo sobre la tierra han caído. Los hombres de su oasis huyen despavoridos. Bajo sus pies, atronador el suelo retumba, sobre sus cabezas el manto celestial se desmorona.

Quienes antes fueron hermanos ahora en irreconciliables enemigos se han convertido. El golpe final ambos se aprestan a dar, mientras el agua más cristalina jamás vista en mundo humano, de los ojos de la hija ha brotado. El Único la ha perdonado y a su presencia la ha reclamado. Nuevamente diosa en la mansión celestial, más allá de la aurora boreal.

Mas su amado en la tierra de los hombres ha expirado. En brazos de su enemigo ha caído, pero su antagonico fraterno también de muerte está herido. A sus otros dos hermanos renegados el moribundo ha llamado, y en un cónclave de venganza los ha congregado.

Una misión les ha encomendado: en un solo espíritu aunar, encontrar el secreto mejor guardado. La bestia sagrada será la única que a la celestial morada los lleve de nuevo, pues su progenitor, en su elección final a ellos ha repudiado.

Entre los débiles hombres infiltrarse les ha ordenado. Poderosos gobernantes de pusilánimes espíritus seréis. Manipuladlos para conseguir el objetivo deberéis, y una vez logrado, en el Rey de todos los Reyes del mundo os convertiréis. Por toda la eternidad gobernaréis, y a vuestro antojo sus designios dispondréis. A ellos, insensatos, a vuestros pies postrados los veréis. En la sagrada morada no seréis recibidos, pero en la hacienda de los mortales, audiencia os será suplicada.

Desde lo alto de la creación, la hija bienamada el cariño del Único ha recuperado, pero a su amado para siempre ha perdido.

Sola, su alma vacía, como una flor sin agua, lentamente a marchitarse ha comenzado. Mas sus gracias y dones se resisten a abandonar, por lo que esa baldía existencia se ha propuesto cambiar.

Todo el amor que a su anhelado jamás podrá volver a entregar, sobre el pueblo custodio de la sagrada bestia irradiará. El sacrificio de su tierra perdida con un nuevo edén compensará, mas una diáspora en su protegido pueblo se producirá.

Llora la diosa la marcha final de su amado, que en forma de cometa frente a su ventana el cielo ha surcado. Un último fulgor en su corazón conservará, y por toda la infinita eternidad a ella la iluminará.

Los hombres sus lejanos hogares han abandonado y hacia la gran Tierra Verde el largo viaje han iniciado.

Los dos bastardos el último aliento del resentido han contemplado. Sus almas de un negro manto se han vestido. De sombra el mundo mortal anhelan cubrir, mas para ello la guarida de la sagrada bestia deben descubrir.

Perdidos y desorientados se hallan, pues seres corpóreos han de poseer. Pero pronto entre los débiles humanos sus turbios corazones latirán.

Cúidaos de los espíritus oscuros, pues irrefrenables son sus ansias cuando etéreos Por el aire acechan. Sin remedio vuestra carne trémula será codiciada y sin posible resistencia será poseída.

Solamente en tierra yerma podrán desvanecerse, pues ni hombre ni bestia en ese crítico lapso podrán poseer. Si tras volar dos veces el doble de dos docenas de dobles huellas ser vivo alguno no lograran dominar, el maligno parásito un último y terrible estertor proferirá, y entre llamas y brunas cenizas se consumirá.

Durante dos veces el doble de dos lunas los hombres festejos habrán de celebrar, pues su mundo más cerca de la paz eterna se hallará.

Kiril se sintió confundido cuando terminó de leer la primera de las tres profecías del nigromante blanco. Parecía que en ella se hablaba de una lucha entre deidades de los cuales un dios superior había renegado. Intuyó que una de ellas era Nerlinguia, por su relación con los Primeros Nacidos como su padre Akrog le había explicado, y por las referencias a la diáspora de su pueblo que también Barlok relataba. Pero no acertaba a adivinar a qué se refería el nigromante blanco cuando hablaba de una bestia sagrada, ni a la lucha fraternal de dos poderosos guerreros despojados de un don privilegiado, ni a los espíritus oscuros poseedores de cuerpos mortales.

Era ya bien entrada la madrugada y sus sentidos comenzaban a aturdirse, por lo que tras dar un par de cabezadas, Kiril decidió dejar estas reflexiones para el nuevo día y, apagando la luz de la vela se tumbó en la cama cayendo rápidamente en un placentero sueño.

Los días se fueron consumiendo mientras Kiril se enfrascaba cada vez más y más en el estudio de aquellos pergaminos y otros libros que Oerlikon le entregaba. El joven lacrag disfrutaba compartiendo su tiempo con el Kliat, quien conseguía llenar de curiosidad su mente en cada una de las interminables charlas que ambos sostenían.

—Profundiza en el estudio de estos papiros —le espetaba cada día Oerlikon—, y cuando tu entendimiento crea haber descifrado los augurios del gran nigromante, ése será el día en el que te revelaré el origen de este mundo mortal en el que moramos.

Arrastrado por un irrefrenable afán de conocimiento, Kiril se encerraba en la biblioteca, estudiando durante largas horas la historia de su pueblo bajo la parpadeante luz de las antorchas. Frente a su mesa y, sin él aún saberlo, la egregia estatua de Alkhor ocultaba en su gran báculo el sagrado secreto del sexto clan.

A medida que Kiril se recuperaba, una gran ansiedad se fue apoderando de Oyvind. La necesidad de partir en busca de su hermano Ingvar cumpliendo así la promesa que realizó en Thioluka, hacía que su alma y su cuerpo no permaneciesen unidos en el mismo espacio ni tiempo. Sólo la compañía de Edda y los momentos que compartía con ella, le hacían disfrutar del merecido reposo que ahora gozaba en Caterziveen.

Una noche, en la que los tres alkos cenaban con Oerlikon y sus tres hermosas hijas, Oyvind no pudiendo ocultar por más tiempo su desazón, decidió hablarles sobre sus planes más inmediatos:

—Escuchadme todos, os lo ruego —dijo en un momento de silencio—. Debo comunicaros algo —continuó con rostro serio.

—¿Qué sorpresa nos reserva como postre el bueno de Oyvind? —preguntó Oerlikon—. ¿Cuál es el anuncio que transforma en hosco tu amable semblante?

—Algo que las circunstancias han aplazado, una promesa que ha llegado el

momento de cumplir —respondió con voz grave.

Kiril y Edda rápidamente sospecharon que lo que Oyvind iba a comunicarles estaría indefectiblemente ligado a su hermano Ingvar.

—Kiril, mi amigo, mi lacrag, mi Rey —dijo Oyvind mirándole fijamente a los ojos—. Sabes bien que tiempo atrás realicé una firme promesa, la de partir en busca de mi hermano Ingvar. Como prometí, no me separaría de vosotros hasta haber encontrado al sexto clan. Y así lo he cumplido —continuó ahora con voz más temblorosa mirando también a Maikel—. He permanecido a vuestro lado hasta que vuestras heridas han sanado. Ahora ambos podéis volver a empuñar una espada para defenderos. Por lo tanto ya nada más que la fidelidad a mi lacrag me ata a este estimado lugar —y al escuchar esas palabras los ojos de Edda se ahogaron en lágrimas—. Por ello, solicito tu permiso para partir mañana al alba hacia donde el destino me conduce, hacia el Valle de los Elothas.

Todos los allí presentes sintieron como una gran tristeza se apoderaba de sus corazones. La decisión de Oyvind había sido meditada durante largo tiempo y, con o sin el permiso de Kiril, tarde o temprano abandonaría la compañía de sus inseparables amigos. Nadie podría ya interponerse en el camino de los gemelos alkos.

—Desde hace muchas lunas he temido escuchar estas palabras. Valiente y generosa ha sido tu entrega a la causa de nuestro pueblo. Nunca has vacilado en la lucha, no he visto miedo en tus ojos, siempre has ayudado a tus compañeros. Tus actos merecen el mayor de mis respetos y no seré yo quien te niegue el derecho de buscar a tu hermano. Por ello, y con gran tristeza, Oyvind, hermano de Ingvar, eres libre de partir hacia territorio enemigo —y finalizó con honda emoción.

Al oír la decisión de Kiril, Edda se levantó de la mesa sollozando y corrió desesperada a su habitación, donde tumbándose sobre su lecho lloró con amargura. Sus hermanas también abandonaron la mesa y corrieron tras ella para tratar de consolarla.

—Gracias —dijo Oyvind profundamente agradecido—. Pero tened por seguro que éste no es un adiós definitivo. Y aquí, en Caterziveen, morada del sexto clan, yo hago una nueva promesa —añadió emocionado—. Que en un día cercano volveremos a encontrarnos, Ingvar y Oyvind, Kiril y Maikel, y juntos en el campo de batalla acabaremos con el reinado del rey brujo.

—¡Que así se cumpla! —contestó emocionado Maikel, y los tres amigos se fundieron en un emotivo abrazo.

Oerlikon contemplaba sereno la profunda amistad que engarzaba aquellas tres almas, y confiaba en que el hijo del relámpago pudiera finalmente cumplir su nueva promesa.

—Disculpadme ahora —les dijo Oyvind tras esos entrañables instantes—. Creo que debo hablar con Edda —y se dirigió hacia la alcoba de la joven, mientras Oerlikon se congratulaba que aquel noble joven pretendiera a su hija.

—¿Puedo pasar? —preguntó Oyvind después de haber golpeado un par de veces la puerta con los nudillos.

Nadie respondió. Sólo se escuchaban unos acongojados sollozos desde el interior de la estancia. Entonces Oyvind decidió entrar en la habitación. Al abrir la puerta vio a Edda tumbada boca abajo sobre el lecho, mientras Enna y Ebba trataban en vano de consolarla.

—Os ruego que me dejéis hablar con ella —les suplicó Oyvind a las dos hermanas de Edda.

—Está bien —respondieron con gesto circunspecto tras unos instantes de vacilación.

Enna y Ebba se levantaron de la cama y abandonaron la habitación.

—Confío en que no le rompas el corazón —le susurró Enna al oído a Oyvind cuando pasaba a su lado.

El hijo del relámpago comprendió el significado de aquellas palabras y se sentó lentamente al lado de la joven. Oyvind acarició su pelo, pero ella le gritó entre sollozos que le dejara llorar su pena en soledad.

—Mi querida Edda —le habló con dulzura Oyvind—. Cuando afirmé que nada más que la fidelidad a mi lacrag me ata a este lugar, no quise decir que tú no signifiqués nada para mí. Desde que te conocí, ocupas un lugar preferente en mi corazón que ya nadie podrá arrebatarte. La promesa que me apresto a cumplir fue hecha antes de conocerte, y jamás podría vivir con el deshonor y la vergüenza de haber traicionado a mi misma sangre. Y tú tampoco me perdonarías que renunciase a ella por permanecer a tu lado, pues nuestro amor quedaría manchado para siempre.

Edda pareció tranquilizarse y, enjugándose las lágrimas, se volvió para mirar a Oyvind a los ojos.

—¿Son ciertas las palabras que han brotado de tus labios? —preguntó temblorosa—. ¿En verdad me amas?

—Te amo con todas mis fuerzas —respondió Oyvind tomándola de ambas manos—. Tú has calmado mi angustia, tú has sido el bálsamo para mis heridas, la única razón por la que todavía no he partido. Pues mi bella dama, si aún no os habíais percatado de la predilección que por vos siento, Kiril hace días que sanó, y sólo la esperanza de volver a ver tus ojos esmeralda han mantenido mi alma dulcemente encadenada a Caterziveen —y se detuvo para tomar aliento—. Una última promesa te hago a ti, Edda, hija de Oerlikon: juro que una vez Zornik haya caído, volveré a la morada escondida para desposarte y ya nada ni nadie podrá volver a separarnos.

Edda lo miró sorprendida sonriendo. Sus lágrimas se habían secado, y sus verdes ojos desprendían por fin el brillante fulgor que Oyvind anhelaba contemplar. La joven se incorporó y, acercando sus labios a los del alko, se fundieron en un apasionado beso que selló para siempre su amor.

Desde el otro extremo de la puerta, Enna y Ebba, que no habían podido evitar escucharles, sonreían abrazadas ahogando nerviosas risas de alegría.



A la mañana siguiente, Kiril y Maikel se levantaron y fueron a desayunar, pero no se cruzaron con Oyvind.

—Valiente dormilón —se mofó Maikel mientras daba un bocado a un jugoso trozo de bizcocho—. Solicito tu permiso para partir mañana al alba, ¡ja, ja, ja!, y todavía el muy gandul está roncando en su cama.

Los dos alkos terminaron de desayunar y se dirigían a la alcoba de Oyvind cuando se cruzaron con Edda.

—Buenos días, muchachos —les saludó sonriente—. Veo que vuestro aspecto es inmejorable. Los cuidados de Caterziveen y la brisa del mar han obrado milagros en vuestros maltrechos cuerpos.

—Sin duda tus atenciones y las de tus hermanas han sido las culpables de nuestra mejoría —respondió agradecido Kiril.

—Nos dirigíamos a despertar al dormilón de Oyvind con un balde de agua fresca —dijo Maikel—. ¿Quieres acompañarnos?

—Por Nerlinguia, Maikel, eres un bromista incorregible —respondió Edda—. Os acompañaré, pero para cerciorarme que no lo bañáis en su propio lecho.

Los tres jóvenes se encaminaron a la alcoba de Oyvind. Maikel golpeó varias veces la puerta con vehemencia.

—¡Vamos dormilón! —gritó desde fuera—. ¡Ya es hora que despiertes! A este paso se levantará para comer —terminó burlándose.

—Es extraño que no conteste —dijo Kiril.

—Quizás duerma profundamente y no haya escuchado los gritos de Maikel, aunque ciertamente lo dudo —dijo Edda mientras Kiril reía.

Edda abrió la puerta y llamó suavemente a Oyvind, pero cual fue su sorpresa cuando al entrar en la habitación, no encontraron al alko ni ninguna de sus pertenencias.

—¡Maldita sea! —gruñó Maikel—. Ha tenido la desfachatez de irse sin despedirse.

—Creo que sí lo ha hecho —dijo Kiril—. Mirad sobre la cama, nos ha dejado escrito algo.

En efecto, sobre la gruesa manta de lana que cubría el camastro, Oyvind había dejado un par de cartas de despedida. Kiril se acercó a la cama y las tomó en su mano.

—Para mis inseparables Kiril y Maikel, es lo que ha escrito en el envés —dijo Kiril—. Para mi amada Edda, es lo que reza esta otra —y educadamente se la entregó a la joven.

—Lee qué es lo que ha escrito ese desconsiderado —gruñó malhumorado Maikel.

—Está bien —asintió Kiril mientras desplegaba la carta de Oyvind, la cual rezaba así:

*Mis queridos hermanos, pues amigos me resulta una vana palabra para expresar lo que siento por nosotros. Espero sepáis y podáis perdonar mi cobardía, de no ser capaz de despedirme mirándoos a los ojos, de no poder enfrentar tan dolorosa separación.*

*Pues he partido hacia donde me dicta el corazón, al lugar al que mi sangre me reclama, mas con esta despedida una gran parte de mi alma se ha oscurecido. A pesar de que la llama de Ingvar me guiará a través de la oscuridad, nunca podrá llegar a iluminar esa parte de mí que por derecho os pertenece.*

*Pero no lloréis mis hermanos, pues un día cercano nuestros destinos volverán a cruzarse, juntos los cinco al completo, con el añorado Thelmor alentándonos desde el cielo, y las espadas nerlingas brillarán con un fulgor tan intenso que cegarán hasta al último de nuestros enemigos conduciéndonos a la victoria final.*

*Maikel, fiel escudero, desinteresado protector, te ruego cuides de Kiril, pues sobre él reposan las esperanzas de nuestro pueblo. A nadie mejor que a ti podría confiar tan crucial cometido. Y tú Kiril, el futuro gran Rey Nerlingo que traerá la paz a Tierra Conocida, no te desvíes de tu camino, aprende cual humilde discípulo todas las enseñanzas que Oerlikon pueda trasmitirte, pues ellas te conducirán a tu trono en una nueva Lothikaton.*

*Y una vez más a través de estas cobardes letras me despido, pero como os dije, no con un adiós definitivo. A ambos os emplazo a las puertas de Groningburgo, la gran galopada final nos aguarda, ya que sólo juntos podremos derrotar al mortal enemigo.*

*Oyvind el hermano del hijo del trueno*

—Hasta pronto —dijo Maikel con voz entrecortada cuando Kiril terminó de leer emocionado la carta de despedida.

—Nos encontraremos a las puertas de Groningburgo, te lo prometo, Oyvind —añadió Kiril.

Los tres jóvenes se quedaron inmóviles, sintiendo un repentino vacío que sabían sería imposible volver a llenar. Sólo el reencuentro con Oyvind podría apartar el velo de melancolía que desde ese momento cubriría sus corazones.

—Permitidme que lea en soledad la carta que Oyvind me ha dejado —dijo Edda con ojos llorosos.

—Por supuesto —respondieron los dos alkos al unísono. Edda corrió acelerada hacia su alcoba. Como la noche precedente, sus ojos se llenaron de innumerables lágrimas que le impedían leer la misiva que Oyvind le había dedicado. Se sentó sobre el jergón y trató de calmarse. Se enjugó las lágrimas con un fino pañuelo de seda blanca y desdobló el papel. Con los ojos aún nublados por las lágrimas comenzó a leer:

*Mi querida Edda, desde ahora mi amada, la dueña de mi corazón. Ruego puedas perdonarme tú también por haber partido sin enfrentarme a la dulce mirada de tus hermosos ojos esmeralda. Pues si en este triste amanecer los hubiera de nuevo contemplado, mi alma en dos pedazos se hubiera partido, y ninguna de mis dos promesas podría cumplir. A mi hermano traicionaría y a ti sólo un amor mutilado te entregaría.*

*Tus ojos radiantes de alegría que la pasada luna me miraron, tus sonrosados labios que con pasión me besaron, componen el singular recuerdo que de ti en mi corazón he guardado.*

*No quería que los llantos de tristeza, ni los sollozos por la partida, me acompañaran en la peligrosa travesía que al alba he emprendido. A partir de ahora será la luz de tus ojos la que me iluminará cuando no haya luces que muestren el camino.*

*Reza por mi suerte a Nerlinguia y mantén vivo nuestro amor, pues así también lo haré yo; y aunque la distancia ahora nos separe, te juro mi doncella, que volveré a tu secreta morada para unir por siempre nuestras vidas ante toda Tierra Conocida.*

*Oyvind, tu paciente amado*

Edda lloró desconsoladamente al terminar de leer la carta de su amado. Hubiera deseado dar un último abrazo de despedida a Oyvind, pero el testarudo alko le había robado ese mágico instante. Mas la carta terminó por demostrarle el amor que por ella sentía, lo que en las jornadas venideras logró reconfortarla a pesar de la ausencia del joven alko.

A partir de ese día, Edda pasaba todo el tiempo que podía en compañía de Kiril y Maikel, pues los tres sentían un doloroso vacío que parecía aliviarse cuando estaban juntos.

Enna y Ebba se volvieron inseparables cómplices de los dos alkos y, con el lento discurrir del tiempo, allí, en la secreta morada, en la oculta Caterziveen, el amor floreció en aquellos cuatro nobles corazones.

## La bahía de los corsarios

*La Sirena de los Mares* navegaba apaciblemente por las aguas del Mar del Este. El capitán Falk la guiaba con destreza al timón, dejándose mecer por los vientos y corrientes favorables, esperando que le condujesen a su destino final, la ciudad corsaria<sup>[♣]</sup> de Rangalpur. Desde hace más de una semana que partiera de It-sonod, su travesía había resultado un placentero paseo que incluso le había permitido pescar, olvidando por un momento sus interminables horas de soledad.

Pero esa jornada, cuando el barco había penetrado en aguas sureñas, en una indeterminada latitud entre Nagapanam y Niogir-Parkar, el dios que moraba en lo más profundo de aquellos mares del sur, decidió darle una hosca bienvenida al viejo lobo de mar. El cielo se cubrió de negros nubarrones, y no tardó en comenzar a llover a cántaros. Con el crepúsculo del día, una gran tormenta se desató en el cielo, y pronto los rayos y truenos acompañaron a la incesante lluvia. Mucho tiempo después de su encuentro con la serpiente marina, aquellas traicioneras aguas volvían a retar a Falk.

*La Sirena de los Mares* se inclinaba violentamente a babor y estribor, como un cascarón de nuez zarandeado por las gigantescas olas. Falk tomó una gruesa cuerda y se ató con ella al soporte del timón. Se aferró a él con todas sus fuerzas, apenas pudiendo mantener el rumbo de la nave. Gracias a su intuición de viejo marinero, había arriado las velas del barco cuando notó cómo la primera gota de lluvia caía sobre sus grises cabellos. Si hubiera tenido ahora el velamen desplegado, cualquiera de aquellas incontenibles ráfagas de viento hubiesen destrozado sus mástiles o le hubiesen hecho zozobrar sin remisión.

La situación se tornó desesperada. Tras varias horas de lucha, el viento azotaba sin descanso y las olas batían rabiosas sobre *La Sirena de los Mares*. Un fuerte golpe de mar había dañado el casco del barco, provocando una pequeña brecha por la cual había comenzado a entrar agua. Ni con veinte grumetes a bordo hubiera podido el bueno del capitán salir de aquel atolladero. La cólera del dios del mar se había desatado sobre el navío de Falk, quien sabe si con la intención de cobrarse una antigua deuda.

Viendo todo perdido, Falk reunió el poco arrojo que aún le quedaba después del largo y desigual combate que mantenía contra los elementos, e irguiéndose como un coloso en la tormenta gritó:

—¡Dios de las aguas! ¡Escucha lo que tengo que decirte! ¡Hoy no será el día en que yo muera, pues antes debo cumplir una trascendental encomienda! —y se quedó casi sin resuello para continuar—. ¡Deja que continúe mi rumbo y te prometo que cuando haya completado esa misión, volveré a estas aguas para enfrentarme a ti y a mi destino! ¿Qué contestas? —finalizó preguntando con inusitada vehemencia.

El mar continuó enviando contra el barco olas del tamaño de montañas, mientras

el viento silbaba con estruendo agitando las aguas sureñas.

—¡Si ésta es tu respuesta, yo te maldigo! —gritó nuevamente Falk—, ¡y te juro por Olión que nos veremos las caras en los infiernos abisales! —terminó amenazando a las fuerzas de la naturaleza.

Súbitamente las aguas comenzaron a calmarse, el viento dejó de soplar enfurecido y la cortina de lluvia se debilitó hasta cesar por completo. Las nubes se retiraron y entre ellas se abrió paso el cielo azul de un nuevo atardecer. El dios oceánico había dado una tregua al capitán Falk, a quien emplazaba a otra ocasión más propicia para batirse sobre las aguas. Entonces se tomaría cumplida venganza de aquellos marineros que tiempo atrás, navegando a bordo del Viento del Océano, dieron muerte a una de sus más amadas y terribles criaturas.

Falk soltó la amarra que lo sujetaba al timón y cayó desplomado sobre la cubierta, extenuado tras la titánica lucha que había mantenido.

*La Sirena de los Mares* hubiera navegado a la deriva durante los dos días que el capitán tardó en recobrar la consciencia, de no ser por la ayuda de un numeroso grupo de jóvenes delfines. Nadaron con sus cuerpos pegados al barco logrando mantener en todo momento su rumbo paralelo a la costa, que cubierta por una espesa bruma, permanecía oculta en el horizonte. La larga cola de sirena que adornaba la popa de la embarcación y que terminaba en una aleta que simulaba la de un incansable delfín, hizo pensar a aquella manada de cetáceos que su madre había acudido a su encuentro para jugar con ellos. Y allí permanecieron durante dos lunas como inseparables ángeles custodios, nadando y velando al viejo lobo de mar y a su hermosa nave.

Cuando el capitán Falk despertó de aquella horrible pesadilla, gracias a la suave caricia del cálido amanecer, comprobó estupefacto que se hallaba a escasas millas de la entrada a la Bahía de Rangalpur, también conocida como la Bahía de los Corsarios. Sin saber muy bien como había logrado llegar hasta allí se incorporó a duras penas, mientras sus delgadas piernas temblaban a cada paso que daba. Su cuerpo había quedado exhausto tras la lucha mantenida con el dios de los mares del sur, y se había ido debilitando a medida que pasaron los días sin ingerir alimentos. Se dirigió trastabillándose hacia la bodega, donde recuperó fuerzas comiendo unos bizcochos y algún fruto seco, que acompañó esta vez con un largo y refrescante trago de agua dulce. Ligeramente repuesto, subió a cubierta donde observó que el barco se escoraba levemente a estribor. Se asomó por ese lado y pudo comprobar la vía de agua que el mar había abierto para penetrar en su barco.

—¡Maldición! —se lamentó el capitán—. Con el casco de *La Sirena de los Mares* dañado y tan cerca de Rangalpur, a plena luz del día seré una presa fácil para los piratas. ¡Por Olión!, mi plan era entrar en la bahía al anochecer, no irrumpir en ella

como un cordero en el cubil de los lobos.

Y ciertamente que Falk no se equivocaba en absoluto. Antes de que pudiera maldecir nuevamente a su enemigo, el padre de la serpiente marina, las siluetas de dos barcos corsarios de negro velamen surgieron por el este, cruzando el estrecho paso de la Bahía de Rangalpur.

—Esos carroñeros me han avistado —se lamentó el capitán—. En estas condiciones no puedo escapar, pues me darían caza antes de que el sol alcanzase su cenit y acabarían conmigo sin dudarlo. Lo único que me queda ahora es esperar su abordaje y no oponer resistencia. Trataré de reparar la brecha abierta en el casco mientras ellos llegan hasta mí.

Apenas el bueno del capitán hubo achicado treinta cubos de agua y colocado la tercera tabla de madera para taponar aquella brecha, pudo ver a través de ella la proa de las naves corsarias. Rápidamente abandonó las tareas de reparación y, ciñéndose su espada a la cintura, subió a grandes zancadas a cubierta milagrosamente recuperado de su desfallecimiento. Se adecentó su cabello alborotado, se colocó adecuadamente los cuellos de su camisola y dejó bien visible el bonito collar que colgaba de su cuello. Caminó con gallardía hacia el timón y, tomándolo firmemente entre sus manos, enderezó el rumbo de *La Sirena de los Mares* mientras su figura se erguía sobre cubierta como la de un ilustre capitán.

Las dos naves corsarias describieron una uve, separándose para abordar por babor y estribor a *La Sirena de los Mares*.

Una treintena de hombres componían la tripulación de cada una de las dos naves. En un abrir y cerrar de ojos, una decena de ganchos cayeron sobre *La Sirena de los Mares* quedando firmemente aferrados a ambos flancos del barco.

—¡No te resistas o probarás el acero de nuestras espadas! —le gritaban desde una de las naves.

—¡Mirad! —dijo una voz proveniente del otro barco corsario—. O todos los marineros del barco están escondidos como ratas en la bodega o este insensato se ha aventurado a cruzar en solitario nuestras aguas, ¡ja, ja, ja! —se carcajeaba burlándose del capitán.

—¡Yo soy toda la tripulación que conforma este barco! —replicó enojado Falk—. Y si vosotros fueseis mis grumetes, os juro que pasaríais las horas fregando hasta dejar reluciente la bodega.

—¡Basta ya de bravuconadas, viejo! —gritó uno de los corsarios—. ¡Abordad el barco! —y a su orden una docena de hombres se deslizó por las cuerdas y escalas que acababan de lanzar sobre *La Sirena de los Mares*.

Falk permaneció firme al timón, pero no quiso desenvainar su espada pues sabía que toda resistencia sería inútil ante tan clara inferioridad numérica.

—¡Suelta el timón, maldito bribón! —le dijo un corsario mientras le colocaba la

hoja de su espada en la garganta—. ¿Quién es el que fregará ahora la bodega? —le preguntó en voz alta mientras el resto de hombres se mofaba de Falk.

—Quiero hablar con el corsario Tirgo de Tirón —habló Falk con voz grave.

—¡Dice que quiere hablar con Tirgo de Tirón!, ¡ja, ja, ja! —y un desagradable coro de risas roncadas acompañó su carcajada—. Maldito estúpido —le contestó el corsario—, nosotros no rendimos pleitesía a Tirgo de Tirón. Nuestro barco navega bajo el pabellón de Alagam y sólo ante él habrás de responder. Reza porque te mate de una manera rápida y poco dolorosa —y volvió a reír con una escalofriante risotada—. ¡Vamos, atadlo y subidlo a bordo! Vosotros inspeccionad el barco y comprobad que no haya escondida en él ninguna rata. ¡Hoy Alagam nos recompensará con un barril de ron por la inesperada pesca que hemos logrado! ¡Rumbo a Rangalpur!

Los corsarios subieron a Falk atado de pies y manos a bordo de uno de sus navíos. Los dos barcos viraron en redondo y, apoderándose de La Sirena de los Mares, la condujeron hacia su guarida en la ciudad corsaria a cola de la siniestra comitiva. El viejo lobo de mar acuciado por la delicada situación, trataba desesperadamente de urdir un plan que pudiera salvarle la vida.

En un abrir y cerrar de ojos, ayudados por la constante brisa que soplaba desde el norte, las tres naves enfilaron la entrada a la Bahía de Rangalpur. Éste era un angosto paso de no más de treinta brazas de ancho en la zona más desfavorable, flanqueado por dos colinas coronadas por sendas fortificaciones con torres de vigilancia desde donde los corsarios controlaban la entrada a la bahía. El refugio era perfecto, ya que el acceso a la pequeña rada sólo era posible para un único barco al mismo tiempo, por lo que podrían repeler con facilidad cualquier ataque en caso de verse hostigados por sus enemigos.

Una vez en el interior de la bahía, ésta se abría formando un amplio óvalo hacia el norte y hacia el sur, simulando la figura de un enorme caparazón de tortuga. En el vértice opuesto a la garganta de entrada se situaba la ciudad, y a su derecha un puerto de notables dimensiones donde había en ese momento más de diez navíos fondeados.

Las tres naves atracaron en el muelle mientras varios corsarios permanecieron a bordo para vigilarlas, aunque a buen seguro eso no les impediría tomarse unos tragos de ron.

Falk descendió custodiado por media docena de hombres encabezados por el bravucón cabecilla de los corsarios, un tal Rhinom, del que más tarde supo que era uno de los hombres de confianza del despiadado Alagam. Mientras caminaba por los muelles de Rangalpur, pudo observar la desordenada amalgama de tabernas, burdeles y posadas que componían la ciudad. Sus calles estaban sucias, descuidadas, y rezumaban un desagradable olor mezcla a partes iguales de licor, orín y comida en descomposición que flotaba en el aire, apenas purificado por la brisa marina que encontraba notables dificultades para penetrar en la refugiada bahía.

A pesar de que aún era mediodía, numerosos corsarios se emborrachaban en las tabernas del puerto derrochando las monedas de oro que guardaban en sus repletos

bolsillos tras la última de sus correrías. La comitiva, en la que Falk caminaba en contra de su voluntad, se internó en las calles de aquella caótica urbe. Entre las angostas callejuelas tampoco encontraron demasiada tranquilidad, pues en su corto camino hasta la pequeña casa de piedra en la que Alagam se alojaba, presenciaron varias peleas entre ebrios rufianes.

Rhinom entró en la vieja construcción arrastrando consigo a Falk, mientras el resto de corsarios que le acompañaban aguardaron fuera.

—Traigo buenas noticias, Alagam —dijo desde la puerta Rhinom—. Hoy la pesca ha sido fructífera, un nuevo navío ha pasado a engrosar nuestra flota. Además hemos capturado a toda su tripulación —dijo sonriendo—, aunque en realidad este viejo que traigo conmigo era el único que la componía.

Una sombra alargada comenzó a desplazarse por el suelo de la estancia hasta llegar a los pies de Rhinom.

—Valiente bribón —respondió desde el claroscuro la voz de Alagam—, ¿cómo has conseguido pescar a este despistado rancio pez de agua dulce?

—Yo no soy ningún pez de agua dulce —respondió ofendido Falk.

—¡Cállate! —le gritó Rhinom golpeándole en el estómago—. Hablarás cuando se te pregunte.

—El viejo se revela —dijo burlonamente Alagam—. Mañana veremos si demuestra su bravuconería nadando entre tiburones.

—Sorprendimos a su barco a unas tres millas al norte de Rangalpur —habló Rhinom—. Su casco está ligeramente dañado y trataba de repararlo. No creo que conociese la existencia de nuestra ciudad, o no hubiera sido tan imprudente de acercarse tanto a nuestras aguas.

—Claro que conozco bien la ubicación de Rangalpur, estúpido —respondió desafiante Falk—, por eso me dirigía hacia aquí. Vengo a entrevistarme con Tirgo de Tirón para tratar con él unos asuntos de vital importancia.

Alagam caminó despacio mostrándose a la luz. Su aspecto era el de un hombre de no más de treinta y cinco años, alto, no excesivamente corpulento, de pelo negro, barba recortada y piel tiznada por el sol y los vientos sureños. Sus penetrantes y brillantes ojos negros denotaban una codicia ilimitada.

—¿Cuáles son esos cruciales asuntos que tienes que tratar con ese mal llamado “Emperador de los Corsarios” por los que arriesgas tu vida? —le preguntó intrigado Alagam mientras Falk recibía un nuevo golpe por haber insultado a su lugarteniente.

—Siento decirte que no son de tu incumbencia —respondió altivo Falk a pesar del dolor.

Alagam, contrariado, se acercó a Falk y, colocando su rostro frente al demacrado capitán, le habló iracundo:

—Bien harías en no insultar a tu nuevo señor —le dijo—. No lo volveré a repetir. ¿Cuáles son esos asuntos que tienes que tratar con Tirgo de Tirón?

—Y yo te vuelvo a responder que no son de tu incumbencia —respondió



nuevamente con templanza Falk.

Los ojos de Alagam brillaron de rabia. Desenvainó súbitamente su espada y golpeó violentamente con la empuñadura la cabeza de Falk. El capitán cayó inconsciente al suelo por el brutal golpe recibido en el cráneo.

—Encerrad a esta escoria en una de las celdas del muelle —le ordenó Alagam a Rhinom—. Mañana lo someteremos a la milla del tiburón.

—Tus deseos serán cumplidos —respondió complacido Rhinom relamiéndose de maldad.

Rhinorn llamó a los hombres que permanecían en el exterior de la casa y les ordenó que llevaran a Falk hasta el puerto. Una vez allí, lo encerraron en una jaula de gruesos barrotes metálicos que colgaba del muelle sobre el mar. En ellas eran encarcelados aquellos prisioneros de los corsarios cuyas horas estaban contadas.

—Mañana nos divertiremos viendo como nada este viejo —dijo burlonamente Rhinom—. Pero ahora vayamos a emborracharnos a su salud y a la del barco que hemos capturado.

Los demás corsarios jalearon su decisión y entraron en la primera taberna que encontraron. Falk permanecía ajeno a todo lo que allí pasaba, desplomado sobre el suelo de la celda, insultado y mofado por todo aquel que pasaba frente a ella. A unos cien pasos de distancia, también presa y encadenada al muelle, la bella mujer que engalanaba la proa de *La Sirena de los Mares* derramó unas sentidas lágrimas por el viejo lobo de mar.

La mañana amaneció difusa entre la bruma y los vapores del ron que habían bañado la noche de Rangalpur. La humedad incomodó a Falk, lo que le hizo despertarse sorprendido en una poco acogedora posada. La cabeza le daba vueltas, y un chichón y varios moratones le recordaron su desagradable encuentro con Alagam. Se incorporó dificultosamente ayudándose con los barrotes metálicos y miró a su alrededor. A excepción de una docena de borrachos que aún cantaban celebrando los excesos de la recién concluida velada, no había un solo alma en los muelles de Rangalpur.

Falk se giró y comprobó aliviado que *La Sirena de los Mares* aún permanecía amarrada a puerto. Tras un somero vistazo, constató que los corsarios no habían provocado nuevos desperfectos en su nave, más allá del previsible expolio de su codiciada bodega.

Su temporal amnesia se fue desvaneciendo a medida que la brisa del mar desperezaba suavemente su mente, y recordó la condena que hoy mismo debería cumplir. Los corsarios le obligarían a nadar la milla del tiburón, un castigo que muy pocos afortunados habían logrado superar. Falk había oído hablar de él, aunque nunca sospechó que algún día llegaría a ser su protagonista.

Era bien entrada la mañana cuando una leve actividad comenzó a desperezar al puerto corsario. Varios de los secuaces de Alagam trajeron un frugal desayuno a Falk, a base de piña y un famélico pescado medio crudo.

—Desayuna bien, viejo —se mofaban de él—, no te quejes luego si no tienes fuerzas para nadar en la bahía, ¡ja, ja, ja!

Falk apenas si probó bocado, pues la piña estaba tan madura que había comenzado a pudrirse, y aquel trozo de maloliente pescado no lo hubiese comido ni la más hambrienta de las gaviotas. Resignado, volvió a sentarse apoyando su espalda contra los fríos barrotes, esperando el momento en el que los corsarios volvieran a por él. Sintió una gran pena y tristeza por haber fracasado en la misión que Kiril le había encomendado.

Cuando el sol señalaba el mediodía, Rhinom y varios de sus sicarios regresaron al muelle en busca de Falk. Abrieron la puerta de la celda y, atándole las manos, le condujeron nuevamente a la presencia de Alagam. Mientras caminaba en dirección a las callejuelas, Falk observó cómo un barco que no navegaba bajo ninguna enseña corsaria entraba en la Bahía de Rangalpur. Parecía un navío mercante, algo que le sorprendió sobremanera, hasta que pensó que probablemente se trataría de una nueva captura de los carroñeros esbirros de Alagam.

—Puede que hoy no nade solo —pensó para sí, suponiendo que quizás el desdichado capitán de ese barco le acompañaría en la milla del tiburón.

Rhinom se burló de Falk durante todo el tiempo que duró el corto trayecto hasta la casa de Alagam, pero esta vez el dolorido cuerpo del capitán le hizo reprimirse ante aquellas provocaciones. Al igual que el día anterior, Rhinom entró en la vieja casa de piedra llevando a Falk ante la presencia de Alagam.

—Buenos días, viejo —le recibió Alagam.

Falk ni le miró a los ojos.

—Confío en que el haber descansado en tan singular alcoba te haya hecho reflexionar y ser más comunicativo conmigo —volvió a hablar Alagam—. Está bien, te lo preguntará por última vez si es que en algo aprecias tu miserable existencia —le dijo mirándole fijamente a los ojos—. ¿Qué es eso tan importante que debes comunicar a Tirgo de Tirón? Antes de contestar piensa en las mandíbulas de los tiburones que nadarán tras tu enjuta carne —y acercándose a Falk le enseñó un enorme diente de escualo que colgaba de su cuello junto a decenas de collares.

El corazón del viejo lobo de mar a punto estuvo de flaquear, pero el miedo a que el despiadado corsario conociese el verdadero motivo de su viaje pudo más que su terror hacia los tiburones. Si Alagam descubriese que Falk había acudido a Rangalpur en busca de ayuda para luchar contra las hordas de Zornik, su irrefrenable codicia

podría llevar a que el sanguinario corsario se convirtiese en un mercenario a sueldo de los gronings, seducido por el oro que sin duda le ofrecerían para ayudarles a controlar los puertos de la franja oriental. Por ello Falk, a pesar de unos instantes de duda, respondió tajante:

—Hoy al igual que ayer, siento decirte que esos asuntos no son de tu incumbencia —contestó sin vacilar.

—Está bien, estúpido —dijo Alagam dándole la espalda con evidente enfado—. Si ésa es tu última palabra, ésta es la mía —añadió—. Que la milla del tiburón dicte tu destino. Lleváoslo de aquí, pero tratadlo con cariño y no le golpeéis —le ordenó a Rhinom—. Será más divertido ver como se enfrenta a esos pececitos en plenitud de facultades.

—¿A qué hora deseas que el viejo se dé el chapuzón? —le preguntó con impaciencia Rhinom.

—Tenedlo todo preparado para después de la comida —respondió Alagam—. Me apetece llenar el estómago antes de ver cómo se ensañan con él los tiburones.

—Así lo haremos —respondió con agrado Rhinom—. Y espero que ellos estén al menos tan hambrientos como tú, ¡ja, ja, ja! —rió a carcajadas con Alagam—. ¡Camina, viejo! —gritó empujando fuera de la casa a Falk—. Me muero de ganas por ver como te arrancan los miembros a dentelladas.

Falk tampoco replicó a Rhinom y caminó cabizbajo arrastrado por los corsarios entre las sucias callejuelas.

—No ha cambiado nada en Rangalpur desde mi última visita —dijo mientras descendía de la cubierta del mercante recién atracado en el puerto quien parecía ser un rico comerciante sureño.

—En verdad que no —le respondió el capitán del barco que también descendía por las escaleras—. Sigue habiendo la misma escoria abandonada por sus calles —dijo con desprecio mirando a dos rufianes que dormían su borrachera tumbados al lado de un vacío barril de ron.

—Mi querido Krimbol, tu ironía sigue siendo tan corrosiva como el salitre del mar —le contestó el comerciante—. ¡Príncipe Ilanit!, acompáñenos por favor, no quiero hacer esperar a mi anfitrión Tirgo de Tirón.

—Ahora mismo nos uniremos al grupo —respondió desde el navío—. Mi oficial Senthilkumar volverá en unos instantes de la bodega.

—De acuerdo —dijo el comerciante—. Les espero en los muelles.

El comerciante y Krimbol, el capitán del barco mercante, decidieron estirar las piernas en tierra firme mientras el príncipe Ilanit se unía a ellos. Caminaron hasta la zona central del puerto, ya que habían dejado atracado su barco en el extremo norte del muelle, pues era el único lugar en el que quedaba espacio suficiente para ello, dada la ingente concentración de barcos corsarios congregada en la Bahía de

Rangalpur.

—¡*La Sirena de los Mares!* —gritó sorprendido el comerciante al verla fondeada en el puerto—. ¡Menuda sorpresa! ¡El bribón del capitán Falk en Rangalpur! Seguro que se ha aburrido de la negra cerveza de It-sonod y ha venido aquí para beberse el ron de los corsarios. Ja, ja, ja, valiente pendenciero. Después de la entrevista con Tirgo de Tirón lo buscaremos en las tabernas del puerto.

—¿Quién es ese Falk al que tanta ilusión os hace volver a ver de nuevo? —preguntó Krimbol con desconfianza.

—¿Es que acaso estás celoso de él? —preguntó el comerciante—. No te preocupes, pues tu puesto al mando del *Oriente III* no peligra —le dijo tratando de tranquilizarle—. Se trata de un viejo amigo, alguien que hace varios inviernos atrás me ayudó en mi viaje a los mares del sur, alguien con quien estoy en deuda.

El joven comerciante no pudo continuar con su explicación, pues el príncipe Ilanit y Senthilkumar aparecieron frente a ellos.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó sorprendido de verles.

—Veo que hemos estropeado tu paseo por los muelles —dijo sonriendo Ilanit.

—No, al contrario —contestó el comerciante—. Mejor irá todo si llegamos puntuales a nuestra cita. A Tirgo de Tirón no le gusta que le hagan esperar. Seguidme, os llevaré hasta su refugio.

Los cuatro penetraron en las callejuelas y el comerciante les condujo sin titubear entre aquella desordenada tela de araña que formaban las construcciones de Rangalpur. Estaba claro que no era la primera vez que caminaba por los nada recomendables cosos de la capital corsaria.

Apenas dejaron atrás los muelles cuando se dieron de bruces con la guarida de Tirgo de Tirón. Se trataba de una antigua casona de piedra, una de las más antiguas de Rangalpur, pero también una de las más grandes y mejor cuidadas. Custodiaban el gran portón de entrada media docena de sus secuaces, que saludaron con inusual cortesía al comerciante. Sobre sus cabezas pendía la bandera que lograba atemorizar a todo aquel que la veía ondear en los mares orientales. Era la bandera de Tirgo de Tirón, a la que llamaban “El fin”. Estaba formada por una línea amarilla, que descendía en diagonal desde el vértice superior izquierdo del rectángulo dividiéndolo en dos triángulos, de color violeta el superior y negro el inferior. Aún hoy el joven comerciante, amigo personal de Tirgo de Tirón, se estremecía cada vez que la contemplaba.

Ilanit, Senthilkumar y Krimbol penetraron en la casa tras el comerciante, mientras un centinela anunciaba su presencia al corsario. Al oír de quién se trataba, Tirgo de Tirón acudió tan rápido como pudo a recibirles.

—¡Por las barbas del pirata! —dijo el corsario presentándose ante ellos—. ¡Que se seque ahora mismo el océano si no es el rufián de Ghior el que se muestra ante mis ojos! ¡Ven aquí y dame un abrazo, tramposo mercader!

—Deberías cuidar los calificativos que le dedicas a mi persona, o en verdad mis

acompañantes creerán que al igual que tú, soy un decadente truhán de vida licenciosa —respondió Ghior con sorna.

—¡Ja, ja, ja! —rió a carcajadas Tirgo de Tirón—. Sigues conservando esa ingeniosa y viperina lengua que un día te salvó de perder tu cabeza —y ambos hombres se fundieron en un fraternal abrazo mientras reían juntos.

—¿Qué te trae a Rangalpur? —le preguntó Tirgo de Tirón.

—Veo que a cada invierno que pasa el ron aturde más y más tu pequeño cerebro —le contestó Ghior mientras sacudía desesperado la cabeza—. Te recuerdo que fuiste tú quien quiso reunirse conmigo y con el príncipe Ilanit, futuro regente de los pueblos al sur de la Barrera de Dunas.

—Es cierto —dijo golpeándose la cabeza Tirgo de Tirón—. Veo que puedo seguir confiando en ti, mi buen amigo. Pero por favor, preséntame a tus acompañantes, pues serán tratados como mis huéspedes de honor.

—Él es el príncipe Ilanit, hijo del Rey Naveen, monarca del reino de Saralamath, las tierras unidas del sur —dijo Ghior.

Tirgo de Tirón le tendió cordialmente la mano mientras Ilanit inclinó su cabeza a modo de saludo.

—Senthilkumar es uno de los notables oficiales del ejército de Saralamath —continuó Ghior con las presentaciones.

—Veo que el príncipe recela de nuestra hospitalidad —dijo irónicamente el corsario mientras saludaba a Senthilkumar y observaba la enorme cimitarra que colgaba de su cintura.

—La prudencia es una virtud que conduce a una larga existencia —contestó sonriendo Ilanit con el mismo sarcasmo.

—¡Ja, ja, ja! —rió Tirgo de Tirón complacido por la respuesta de Ilanit—. Me agradan tus amigos, Ghior.

—Te presentaré al último de ellos —añadió el comerciante—. Se llama Krimbol, y es el mejor capitán de toda mi flota —apuntilló—. Capitanea el *Oriente III*, y ninguno de tus patronos o marineros conocen los secretos del mar también como él. Ni todas tus embarcaciones juntas conseguirían darle alcance con vientos favorables.

—Sus halagos me sonrojan —respondió Krimbol mirando a Tirgo de Tirón—, pero no soy tan buen marinero como asegura. Os prometo que si viera tras de mí a toda su flota, preferiría tirarme a los tiburones antes de que me dieran caza.

—Sabia decisión —respondió complacido el Corsario—. Veo que tu patrón no ha conseguido contagiarte con sus bravuconadas —le dijo también estrechándole la mano—. Permittedme que os invite a comer conmigo. Justo iba a empezar cuando me habéis interrumpido. Hoy tenemos un delicioso pescado en la mesa, un jugoso rape acompañado de unos frescos bueyes de mar y vino blanco, que a buen seguro nos ayudarán a hablar de nuestros futuros negocios.

—De buen grado aceptamos tu invitación —respondió Ghior.

—Estupendo, pasad entonces —les invitó Tirgo de Tirón mostrándoles con el

brazo extendido el camino—. Y dime, Ghior, ¿cómo le va a tu tío el Senescal?

—Siento decir que hace largo tiempo que no he ido a visitarle —respondió—. Pero seguro que la fortuna le sonrío al bueno de mi tío Adelel. Ya sabes que el saber disfrutar de la vida nos viene de familia, ¡ja, ja, ja! —y apoyando su brazo sobre el hombro del corsario, entraron al comedor ansiosos de degustar el sabroso pescado.

Durante la comida hablaron de los viejos tiempos y de los que estaban por venir, en los que por supuesto incluyeron los provechosos negocios que los harían aún más ricos.

Ghior estaba interesado en poder comerciar a gran escala con las finas y exquisitas sedas tejidas en el reino del sur. Pero para poder organizar su distribución a las tierras del norte, necesitaba el permiso de Tirgo de Tirón para que sus barcos no fuesen abordados a su paso por las aguas limítrofes a Rangalpur. A pesar de que ya tenía un acuerdo previo con el corsario para el libre trasiego de otras mercancías, quería sellar un nuevo trato en el que Tirgo de Tirón se comprometiese a no atacar las ciudades costeras del reino de Saralamath. Ése era el motivo por el cual el príncipe Ilanit y Senthilkumar le acompañaban en su visita a Rangalpur.

Tras dar cumplida cuenta de la comida y tres botellas de vino blanco, las tres partes cerraron un trato: el quince por ciento de los beneficios obtenidos por Ghior más cinco cofres repletos de diamantes provenientes de las minas del Rey Naveen que irían a parar a las arcas de Tirgo de Tirón, quien por su parte dejaría surcar libremente de norte a sur del Mar del Este a los navíos mercantes de Ghior. Un trato ciertamente ventajoso para todos ellos, ya que mientras Tirgo de Tirón no arriesgaba su flota en abordajes y saqueos a las ciudades costeras, Ilanit se aseguraba la paz con los corsarios y la exportación de sus preciadas sedas que enriquecerían a su pueblo, al tiempo que Ghior diversificaba y extendía su red de comercio, que sin lugar a dudas le reportaría a corto y medio plazo pingües beneficios.

Cerraron el trato brindando con un exquisito ron añejo que Tirgo de Tirón guardaba a buen recaudo para ocasiones especiales.

—¿Hasta cuándo os quedaréis en Rangalpur? —preguntó el corsario.

—Probablemente hasta mañana por la mañana —respondió Ghior.

—Debo regresar a Saimán, la capital del reino —añadió Ilanit—. Los asuntos de mi padre el Rey reclaman mi presencia en palacio.

—Es una lástima que debáis partir tan pronto —se lamentó Tirgo de Tirón—. Podríamos haber disfrutado juntos durante días del mejor ron y las más bellas mujeres de oriente.

—Apuesto el cuello a que igualmente lo harás aunque no sea en nuestra compañía —bromeó Ghior y el Corsario rió—. Tirgo —le dijo—, te ruego no te sientas ofendido si abandonamos ahora tu morada. Quiero buscar a un viejo amigo que a buen seguro rondará por las tabernas del muelle. Cuando atracamos esta mañana en el puerto, me sorprendió ver su barco amarrado y ardo en deseos de volver a saludarlo.

—No son muchos los barcos que se aventuran a fondear en nuestra bahía —dijo

Tirgo de Tirón—. Por casualidad, ¿no te estarás refiriendo al capitán de un pequeño barco al que cuidados ornamentos adornan su proa y su popa?

—Sí —respondió nervioso Ghior—. El barco que describes se llama *La Sirena de los Mares* y Falk es su capitán. ¿Acaso tú también lo conoces?

—No tengo el gusto, pero sí sé dónde se encuentra ahora —respondió frunciendo el ceño al tiempo que se mesaba las pequeñas trenzas que adornaban su barba—, y no creo que te guste saberlo.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó enfadado Ghior—. Si sabes algo que yo desconozca dímelo.

—Tu amigo no vino a Rangalpur por su propia voluntad —le explicó Tirgo de Tirón—. Los hombres de Alagam lo capturaron ayer en aguas cercanas a la bahía —y guardó un premonitorio silencio antes de continuar su explicación—. Me temo que ahora estará nadando la milla del tiburón —sentenció.

—¿La milla del tiburón? —gritó Ghior—. ¡No puede ser! ¡Debemos detener esa carnicería ahora mismo! —le exigió a su amigo el Corsario—. Falk es un pacífico lobo de mar, y sólo por alguna extraña razón navegaría tan próximo a vuestras aguas. Tú puedes evitar que muera devorado por los escualos; exígele a ese Alagam que detenga el castigo —le suplicó.

—No será tan fácil —respondió Tirgo de Tirón—. Alagam no moverá un dedo si no recibe nada a cambio.

—¡Pero tú eres el “Emperador de los Corsarios”! —le recordó Ghior—. Alagam y sus hombres deberán obedecer tus órdenes.

—En realidad, según nuestro código ese prisionero le pertenece —respondió el corsario—, y puede hacer lo que quiera con su vida, pero... —continuó torciendo el rictus—... esto no lo haría por ningún otro mortal que no fuera uno de mis leales hombres, pero intercederé por tu amigo, aunque no te aseguro que Alagam acceda a mis peticiones —dijo acariciándose la cicatriz que recorría la mitad de su rostro—. Es un irreverente y altivo corsario. Quizás tengamos que desenvainar nuestras espadas para hacerle entrar en razón.

—Mi espada estará junto a la tuya —le respondió Ghior—. Pero antes de dar ese paso trataré de persuadirle con un cofre de cien monedas de oro que guardo a bordo del *Oriente III*.

—Si el oro no le hace cambiar de opinión —añadió Ilanit—, mi cimitarra y la de Senthilkumar también pelearán al lado de vuestras espadas.

—Príncipe, os agradezco de todo corazón vuestro ofrecimiento y lo acepto de buen grado —contestó Ghior.

—No perdamos entonces más tiempo —les espetó Tirgo de Tirón—, o será demasiado tarde para tu amigo.

Tirgo de Tirón reunió con premura a veinte de sus corsarios y junto con Ghior, Krimbol, Ilanit y Senthilkumar abandonaron su guarida y corrieron hacia los muelles para tratar de detener la condena que Alagam había impuesto al capitán de *La Sirena*

Falk navegaba maniatado a bordo de un pequeño bote junto a Alagam, Rhinom y media docena de corsarios que se dirigían hacia el extremo sur de la bahía. Casi en paralelo, otro bote en el que transportaban desechos de pescado y vísceras de animales, comenzaba a separarse de ellos en dirección al centro de la Bahía de los Corsarios.

El capitán Falk tragaba saliva con dificultad al saber de antemano lo que los secuaces de Alagam se disponían a hacer. Y es que la llamada milla del tiburón era una desigual cacería, en la que el sentenciado era arrojado del bote para recorrer a nado la distancia aproximada de una milla que separaba los dos extremos de la bahía. Esto no supondría mayor dificultad que la de saber nadar y dosificar las fuerzas para no desfallecer a mitad de recorrido, si no fuera porque previamente los corsarios trataban de convocar a la mayor cantidad posible de tiburones arrojando despojos de pescado, carne y demás casquería, que lograba enloquecer a los escualos atrayéndolos hacia la indefensa presa. Precisamente ésa era la tarea en la que ahora se afanaban los tripulantes del segundo bote, agitando las aguas y arrojando la carnaza que serviría de señuelo para los tiburones.

Durante la pasada luna los hombres de Alagam se habían ocupado de anunciar a los cuatro vientos el castigo que sería impuesto a Falk, por lo que cerca de dos docenas de pequeñas embarcaciones, además de otro buen número de corsarios que por prudencia habían preferido permanecer en tierra firme, se aprestaban a contemplar el cruel espectáculo.

—Escúchame, viejo engreído —se dirigió Alagam a Falk—. Voy a darte una última oportunidad para que dejes de un lado tu estúpida soberbia y respondas de una vez por todas a la cuestión que te he planteado en repetidas ocasiones.

Falk echó un vistazo en derredor y comprobó asustado cómo un par de aletas de tiburón avanzaban veloces desde el paso de entrada a la bahía atraídos por el olor de la sangre. A pesar de ello, sacando fuerzas de flaqueza contestó a Alagam:

—Y yo vuelvo a reiterarme en mi respuesta —habló orgulloso.

—¡Tú lo has querido! —respondió enojado Alagam—. No podrás decir que he sido desconsiderado contigo y no te he dado suficientes oportunidades de salvar tu vida. ¡Rhinom! —llamó a su lugarteniente—. Desátalo y muéstrale el camino a seguir.

—Encantado —respondió tras esperar con ansiedad la orden de Alagam—. Levántate mentecato, es la hora del baño —le dijo a Falk, quien se incorporó tendiendo las manos atadas con gruesas ligaduras para que lo liberasen—. De acuerdo, te libraré de tus ataduras —y de un tajo cortó las cuerdas que lo maniataban—, pero además te llevarás un recuerdo de despedida —le susurró el rufián al oído mientras le hacía un corte en el antebrazo del cual comenzó a brotar sangre—. ¡Hasta



nunca! —y de un puntapié lo arrojó de espaldas al agua entre las sonoras risotadas de los corsarios.

La situación se había tornado más desesperada aún si cabe. Falk hubiera tenido una oportunidad entre mil de cruzar la bahía sin ser atacado por los tiburones, pero ahora la sangre que manaba de su herida delataría su presencia a los escualos.

Los corsarios tomaron sus ballestas para evitar que Falk tratase de nadar hacia el bote. Desde las embarcaciones cercanas, los demás piratas se mofaban de él jaleándole burlonamente. Falk cortó un trozo de su camisola y lo ató como buenamente pudo alrededor de la herida mientras trataba de no hundirse en las cálidas aguas de Rangalpur.

Más de media docena de tiburones se revolvían dando dentelladas por doquier a los desechos arrojados al mar, sin aún haberse percatado de la presencia del bueno del capitán, quien comenzó a nadar describiendo un círculo alrededor del lugar donde se arremolinaban los escualos. Falk rezaba sus últimas oraciones a Olión, mientras nadaba tratando de asemejarse a un madero a la deriva arrastrado por las corrientes marinas.

En ese mismo instante, tres botes a remos se aproximaron desde el muelle hacia la posición en la que Alagam se regodeaba contemplando la agonía de Falk. Se trataba de Tirgo de Tirón, quien encabezaba la pequeña flota, acompañado por Ghior, Krimbol, Ilanit, Senthilkumar y sus corsarios.

—¡Alagam! —gritó desde la proa del bote Tirgo de Tirón—. Te ordeno que detengas la milla del tiburón.

Alagam se giró sorprendido al oír la voz del corsario, ya que estaba tan absorto contemplando el sufrimiento de Falk, que ni él ni sus hombres se habían percatado de la llegada de los tres botes.

—Tirgo de Tirón —respondió pausadamente y con ironía—. ¿A qué debo el honor de tu visita? Sube a mi bote y contemplemos juntos como los tiburones dan buena cuenta de este viejo —le invitó haciendo oídos sordos a la orden que el corsario le había dado.

—Te ordeno que detengas esta sanguinaria cacería —volvió a repetir con evidente enfado.

—Si mal no recuerdo esta práctica fue instaurada tiempo atrás por ti para castigar a los traidores e indeseables —le contestó Alagam.

—Por lo que yo sé ese hombre no es ningún traidor —dijo Tirgo de Tirón—, sino un buen amigo de uno de mis invitados. Te conmino a que pongas fin a la milla del tiburón o probarás el frío acero de mi espada —respondió con la paciencia agotada, y los corsarios tensaron las ballestas y desenvainaron amenazantes sus espadas.

Rhinom y sus hombres hicieron lo propio, pero Alagam con un gesto les instó a deponer su actitud.

—¿Qué ganaría yo al obedecer tus órdenes? —preguntó sibilinamente Alagam—. He invertido un tiempo precioso y parte de las reservas de mi bodega para organizar

la milla.

—Evitarías ganar un enemigo —replicó amenazante Tirgo de Tirón.

—No creo haber violado el código de honor, luego estoy en mi perfecto derecho de hacer lo que me venga en gana con mi prisionero —le explicó Alagam—. Creo también poder afirmar sin riesgo a equivocarme, que tampoco a ti te interesaría tenerme como enemigo, por lo que aún sigo sin ver el beneficio que obtendría en interrumpir este merecido castigo.

—¡Te daré un cofre con cien monedas de oro! —gritó Ghior desde el bote—. Pero por favor, detén esta horrible cacería.

—Veo que tus invitados son bastante más generosos de lo que tú eres con tus compañeros de andanzas —dijo Alagam al oír la oferta de Ghior—. Deberías aprender de ellos, mi tacaño amigo. ¡De acuerdo! —gritó repentinamente—. El prisionero es ahora cosa vuestra, pero si en algo apreciáis su vida os aconsejaría que os apresuréis en rescatarlo, si es que no queréis encontrar más que su osamenta huérfana de carne.

Alagam tenía razón. El tiempo se acababa para el capitán Falk. Mientras los dos corsarios habían entablado la discusión, los tiburones, que comenzaban a aburrirse de las vísceras y el pescado podrido, habían percibido la sangre del viejo lobo de mar.

—¡Remad con fuerza! —gritó Ghior viendo que Falk estaba a más de trescientas brazadas de distancia.

Los tripulantes del bote aferraron con fuerza sus manos a los remos y bogaron briosamente en busca del capitán.

—¡Aquí, Falk! ¡Acércate a la barca! —le gritó Ghior al capitán. Falk giró la cabeza y sintió que un ángel salvador acudía a su rescate. Viró en redondo como si estuviese al timón de *La Sirena de los Mares* y comenzó a nadar desesperadamente hacia el bote. El fuerte chapoteo en el agua de sus brazos y piernas terminó por atraer hacia él a los tiburones, que enfilaron sus temidas aletas dorsales hacia su nueva presa.

—¡Preparad una cuerda! —ordenó Tirgo de Tirón—. ¡Cargad vuestras ballestas!

Falk nadaba desesperado mientras sus fuerzas comenzaban a abandonarle. Cada vez estaba más cerca del bote, pero los tiburones lo tenían prácticamente al alcance de sus afilados dientes.

—¡Sigue nadando, sigue nadando! —le gritaba Ghior desesperado desde el bote.

—No lo logrará —dijo Ilanit con resignación.

—¡Disparad vuestras ballestas! —ordenó Tirgo de Tirón a los corsarios.

Una andanada de flechas voló contra los escualos, pero la mayoría se sumergió en el mar sin alcanzar su objetivo. Entretanto Alagam y Rhinom disfrutaban con la desesperación de Ghior y la angustia de Falk.

Sólo una de las flechas alcanzó en la espalda a un tiburón, que se hundió revolviéndose de dolor en las cristalinas aguas. Pero al menos momentáneamente logró desviar la atención de los depredadores, permitiendo a Falk aproximarse hasta

alcanzar la cuerda que le habían lanzado desde el bote.

—¡Vamos, tirad ahora con fuerza! —ordenaron con una sola voz Tirgo de Tirón y Ghior.

Falk, extenuado, se dejó arrastrar hasta el bote. Súbitamente, cuando sólo cuatro brazadas lo separaban de la salvación, un enorme tiburón con la muerte dibujada en sus gélidos ojos emergió desde el fondo de la bahía para capturar a su presa. Fue entonces cuando Senthilkumar, quien había observado cómo una terrorífica sombra surgía desde las profundidades, desenvainó su cimitarra y dando un prodigioso salto se lanzó sobre el traicionero escualo hundiendo su curvada espada en la espalda del tiburón. El implacable depredador de los mares vio el destello del sol reflejado sobre la pulida hoja de la cimitarra y trató de revolverse contra el guerrero del sur, pero fue demasiado tarde, pues Senthilkumar ya había dado su mortal estocada.

El tiburón, en su última y pérfida maniobra, se sumergió describiendo una espiral de muerte tratando de arrastrar al guerrero hacia el fondo marino.

El agua se tiñó de rojo y desde los botes contemplaron durante unos interminables instantes cómo el mar se agitaba temiendo por la vida de Senthilkumar. Pero el oficial de Ilanit era un hombre de brazos poderosos y, arrancando su cimitarra del cuerpo de la bestia, logró salir nadando a la superficie, mientras el resto de los tiburones se lanzaban contra el escualo moribundo, atraídos por su sangre y la danza de muerte que ahora bailaba. Cuando Senthilkumar emergió a la superficie todos suspiraron aliviados. Rápidamente subieron a Falk al bote y lanzaron una vez más la cuerda al agua para ayudar al bravo guerrero. Cuando por fin lograron izarlo a bordo, Tirgo de Tirón dio la orden de regresar a puerto. No hizo falta que el corsario arengase a sus hombres, pues el recuerdo de los impresionantes dientes de los tiburones fue el mejor estímulo para que los remeros bogasen tan briosamente como jamás antes lo habían hecho.

—Te debo la vida —le dijo Falk jadeando a Senthilkumar—. ¿Cuál es el nombre del valiente al que debo eterna gratitud? —le preguntó.

—Me llamo Senthilkumar —le respondió—, pero no es a mí a quien debes dar las gracias, sino a tu amigo Ghior. Sin su insistencia tus huesos estarían ahora siendo roídos por esas bestias marinas.

—Sin mi insistencia y cien monedas de oro que ha costado tu libertad —añadió sonriendo Ghior—. Con esto queda saldado con creces el coste de mi viaje a bordo de *La Sirena de los Mares* —bromeó—, pero a quien realmente debes dar las gracias es a nuestro anfitrión, Tirgo de Tirón. Sin su inestimable ayuda no hubiésemos llegado a tiempo de salvarte.

—En gran estima te tiene Ghior —añadió el corsario—, ya que ha pagado una pequeña fortuna por ti. Espero que así lo merezcas.

—Tirgo de Tirón —musitó agotado Falk—. Yo vine a buscarte, pero tú me has encontrado primero.

—Silencio; no hables y descansa —le recomendó Ghior—. Tiempo tendrás de

explicarnos el motivo de tu inesperada visita a Rangalpur.

Los botes de Tirgo de Tirón se alejaron veloces hacia el puerto. Sin embargo Alagam y los suyos todavía permanecían en la bahía.

—¿Por qué te has doblegado ante Tirgo de Tirón delante de todos? —le preguntó Rhinom a Alagam.

—¿Eso es lo que crees, estúpido? —le respondió con desprecio—. Si el mismísimo Tirgo de Tirón ha acudido al rescate de ese marinero pagando cien monedas de oro por su cabeza, eso significa que el viejo tiene en su posesión una información extremadamente valiosa. Te juro que he de descubrir qué es lo que tramam con ese comerciante al que protege y los sureños que lo acompañan.

—Nuestros hombres aguzarán todos sus sentidos para averiguar de qué se trata —le dijo Rhinom.

—Eso espero —respondió Alagam—. Porque si no logramos descubrir sus planes en Rangalpur, les seguiremos hasta los mismísimos confines del mundo si es necesario.

El corsario Alagam dio la orden de regresar a puerto. La espuma agitada por los remos al batir contra las azules aguas de los mares del sur, refulgía radiante con la luz del sol del atardecer. Finas estelas del mismo blanco rutilante brotaban de la popa de los botes, para al cabo de unos instantes, desvanecerse como la nieve bajo los primaverales rayos de la estrella del día. El tiempo transcurría inexorablemente y las etapas de la aventura que Kiril y sus compañeros iniciaron meses atrás en el corazón de Jactinia se iban consumiendo, acercándolos con cada nueva alborada al incierto destino que un día no muy lejano deberían enfrentar.

## El túnel de la libertad

La gélida primavera que había morado en el Valle de los Elothas comenzaba lentamente a declinar. El final del invierno y el inicio de la primavera habían sido de una extrema dureza para la comunidad de esclavos que sobrevivía en Eloburgo. Las grandes nevadas que precedieron a las intensas lluvias del equinoccio, hicieron enfermar a decenas de prisioneros. Los escasos transportes de alimentos que llegaban de Groningburgo para paliar la hambruna de los elothas eran utilizados para alimentar a los soldados, por lo que el frío y la perpetua humedad terminaron por diezmar sin remedio a la comunidad de esclavos.

Las jornadas cada vez se tornaron más inhumanas para los supervivientes. Debían mantener a toda costa la producción de las minas de oro para no enojar al Senescal Loriklen, a pesar de contar con menos hombres que al comienzo del invierno. Por aquellos días los látigos chasqueaban constantemente cortando el polvoriento aire en túneles y galerías. Los picadores ya no sentían sus encallecidas manos. Los porteadores apenas si podían enderezar sus curvadas espaldas. Solamente encontraban un incómodo descanso cuando al atardecer, extenuados, regresaban a los hediondos barracones de la fantasmagórica ciudad-prisión.

Los cautivos nerlingos, a pesar de haber sufrido la pérdida de varias decenas de sus miembros, siguieron durante esos meses aferrados a una lejana esperanza de salvación. Ingvar, inasequible al desaliento, trataba de evitar por todos los medios que esa débil llama finalmente se apagase, insuflándoles ánimos e ilusión incluso en los días en los que sentía que las fuerzas le abandonaban para siempre. El bueno de Torilo ayudaba en todo lo que buenamente podía a Ingvar, intentando levantar la moral de sus hermanos de sangre. Cuando éstos al anochecer regresaban agotados a los barracones, trataba de hacerles llegar alguna pieza de fruta, pan o carne que había escamoteado en la cocina del Senescal.

Esa noche Ingvar, como acostumbraba a hacer antes de dormir, se acercó a la esquina donde el huesudo Gródolas descansaba. Allí solían hablar sobre su plan de fuga, el único pensamiento que lograba abstraer al joven nerlingo de aquel infierno en el que estaba recluido.

—La veta del túnel comienza a agotarse —le dijo Ingvar mientras recostaba su espalda sobre la irregular pared de madera.

—Ya me he dado cuenta de ello —le respondió Gródolas estirando sus maltrechos brazos—. Esta última semana hemos encontrado un tercio menos de oro que la semana anterior. Y eso que la pasada no fue ni mucho menos una gran semana.

—Creo que deberíamos poner en marcha nuestro plan lo antes posible —le sugirió Ingvar—, antes de que la idea de cerrar el túnel comience a rondar en la cabeza del capataz. Mañana mismo tendríamos que comenzar a cavar el falso pasaje en paralelo.

—Habrà que tener mucho cuidado para que no nos descubran —dijo Gródolas—.

No debemos dejar que los vigilantes se acerquen hasta el lugar donde picamos. Tendremos que asustarlos con algún pequeño derrumbe que los mantenga alejados por unos días.

—Pero también habrá que evitar que el suceso llegue a oídos del capataz —aconsejó Ingvar—, o viendo la cantidad de oro que hemos conseguido estas semanas no dudará en clausurar el túnel. Quedamos pocos picadores vivos después del duro invierno, y no se arriesgará a perder a cuatro de ellos por unos pocos kilos de oro que aún queden en esas vetas.

—Tienes razón —respondió Gródolas—. Quizás sea mejor simularlo en un momento de despiste. Desplazaremos algunas de las vigas que apuntalan el pasaje y después haremos caer varias piedras del techo del túnel golpeándolas con los picos. Eso será suficiente para asustar a esos cobardes.

—Entonces estamos de acuerdo —afirmó Ingvar—. Hablaré con Henk y tú haz lo propio con Vladas. Dentro de una semana ejecutaremos nuestro plan. Para entonces el Nortaud deberá estar terminado.

—Recemos a Olión y a tu diosa porque todo salga bien y no nos descubran —dijo Gródolas.

—Así lo haré —y apoyando su mano sobre el hombre de Tenkolmar se despidió de él hasta el nuevo día.

A la mañana siguiente el cuerno de llamada de Eloburgo volvió una vez más a despertar bruscamente con su hiriente sonido a la comunidad de esclavos. Las voces amenazantes de los soldados gronings y el chasquido de los látigos terminaron por desperezarlos. Sus doloridas osamentas se levantaron del suelo enfangado para formar en irregulares hileras frente a las puertas de los barracones, ante las que ahora aguardaban la orden para partir hacia una nueva e interminable jornada de trabajo en las minas de oro. Muchos de los elothas se preguntaban si esa noche serían capaces de regresar con vida a su confinamiento de Eloburgo.

A la orden de uno de los oficiales caminaron arrastrándose las cinco millas que les separaban de las minas, al tiempo que devoraban hambrientos el repulsivo desayuno que sus captores les habían preparado. Los esclavos no tenían el privilegio de degustar las exquisitas comidas que el bueno de Torilo cocinaba para el Senescal Loriklen y sus soldados. El viejo alko sentía cada mañana como su alma se desgarraba al ver partir con el alba a sus hermanos, y maldecía a los gronings al no soportar contemplar el cruel tormento que los suyos padecían. Juró por su hijo Maikel que un día se vengaría del Senescal y los hombres que regían aquel averno en el norte de Tierra Conocida.

Gródolas, Ingvar, Vladas y Henk picaban sin descanso vigilados a una prudencial

distancia por el Centinela del túnel. Aguardaban con ansiedad uno de los escasos descansos que les estaban permitidos para poder humedecer con un sorbo de agua sus gargantas reseca por el polvo de la mina. Todavía tuvieron que dar más de trescientos golpes de pico contra las duras paredes hasta que el centinela cedió a regañadientes concederles el merecido descanso. Los cuatro hombres caminaron cabizbajos hacia la entrada del túnel para poder vislumbrar por unos momentos la luz del mediodía y respirar su reparador frescor, mientras sus labios agrietados bebían con ansiedad el agua de los cuencos de barro. Contemplaron las interminables hileras humanas que, como una colonia de hormigas, trepaban incansables por las escalas sorteando las verticales paredes de la mina para transportar a los niveles superiores el dorado metal.

—Muertos en vida —dijo abatido Vladas mientras miraba a los cientos de esforzados porteadores—. Eso es lo que somos. Muertos en vida encerrados en huesudos cuerpos cubiertos de enjutos pellejos.

—Eso es en lo que los gronings pretenden que nos convirtamos —le replicó Gródolas—. Por eso te marcaron a fuego tu brazo, para que no te olvides que eres un “sin futuro”. Pero lo que nunca podrán quitarnos es la esperanza, esa esperanza que late en lo más profundo de nuestra alma. Sólo tú eres su poseedor, y sólo tú la perderás si decides claudicar ante su tortura. Y te juro por Olión que yo nunca la perderé, aunque en ocasiones la sienta languidecer en mi corazón.

—Amigos —trató de animarles Ingvar—, no es ahora cuando debemos dudar de nosotros mismos. No dejemos que el desconsuelo nuble nuestra mente. Recordad que hoy comienza la cuenta atrás de nuestra esclavitud. Hoy iniciaremos la construcción del Nortaud.

—Es cierto —dijo Henk—. Esa esperanza es la que debe alentarnos.

—Por el Nortaud —dijo Ingvar extendiendo su brazo con el puño cerrado.

—Por el Nortaulion —respondió Gródolas colocando su puño encima del de Ingvar, al tiempo que Henk y Vladas imitaban al hombre de Tenkolmar.

Los cuatro elothas se miraron unos a otros con un resplandeciente brillo de ilusión que inundaba sus ojos, pero aquel mágico instante rápidamente se volatilizó por el seco sonido de los látigos de los centinelas.

—¡Vamos haraganes! —les gritaron—. ¡Dejad de murmurar como viejas y volved ahora mismo al trabajo! Ya tendréis tiempo de descansar en vuestros aposentos de Eloburgo —y otro latigazo les hizo correr en busca de sus picos en lo más profundo de las polvorientas galerías.

—A mi señal —les susurró Gródolas a Ingvar, Henk y Vladas cuando retornaban al trabajo y ellos asintieron con un leve parpadeo de sus ojos.

Ingvar y Henk trabajaban en la parte más avanzada del túnel, mientras Gródolas y Vladas lo hacían unos tres pasos por detrás de los nerlingos. Gródolas observaba de reojo los movimientos de los dos centinelas que custodiaban esa galería. Vio cómo uno de ellos se alejaba caminando hacia el exterior del túnel, momento en el que

aprovechó para hacer la señal convenida a sus amigos.

—Contad hasta veinte —les susurró—. Entonces picad sobre el techo. Gródolas dejó de picar y se acercó hacia el centinela, quien al verle aproximarse le recibió con un fuerte latigazo.

—¿Qué haces, maldito esclavo? —le gritó—. ¿Por qué has abandonado tu puesto sin mi permiso?

—Me siento mareado —le habló fingiendo con voz entrecortada Gródolas—. Necesito respirar aire fresco.

—Vuelve ahora mismo a... —y el groning no pudo terminar la frase, pues un gran estruendo retumbó en el túnel. A continuación una densa nube de polvo y tierra avanzó hasta el lugar donde Gródolas y el Centinela se encontraban.

—¡Un derrumbe! —exclamó Gródolas—. Mis amigos... —y corrió hacia el interior del túnel. El centinela tardó en reaccionar ante el desplome de la galería, y siguió asustado a una prudencial distancia al de Tenkolmar.

—¡Vladas!, ¡Ingvar!, ¡Henk!, ¿estáis todos bien? —preguntó nervioso Gródolas.

—Sí, no nos ha pasado nada —respondió tranquilizándole Vladas en nombre de los tres picadores.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí? —preguntó alterado el centinela quien a duras penas podía distinguir las figuras de los cuatro esclavos entre las nubes de polvo.

—Una pequeña parte del techo se ha desplomado —respondió Ingvar desde lo más profundo del túnel—. La galería es ya bastante larga, y a medida que nos adentremos en el corazón de la montaña estos pequeños derrumbes ocurrirán con mayor frecuencia.

—Avisaré al capataz —respondió el Centinela.

—No es necesario —se apresuró a contestarle Gródolas—. Nosotros podemos seguir trabajando aquí. Será suficiente para vuestra seguridad con que no os adentréis tanto en el túnel.

—No serás tú quien decida si seguiréis o no picando en estas vetas —habló cortante una voz que se acercaba por el pasaje alumbrada por una tenue luz que apenas podía traspasar el opaco filtro polvoriento.

—Maldición —farfulló Gródolas—. Se acerca uno de los ayudantes del capataz.

Un escalofrío de angustia recorrió el cuerpo de los cuatro esclavos. Ingvar y Henk continuaron picando tratando de dar una sensación de normalidad.

—En verdad tienes razón que la galería se adentra mucho en el interior de la montaña —habló el groning surgiendo a través de la cortina de polvo acompañado por el centinela que había abandonado minutos antes el túnel—. Aquí será difícil poder extraer mucho más oro. Dejadme hacer una comprobación —les dijo a los dos soldados gronings y de su bolsillo sacó un arrugado trozo de papel en el que figuraban unas ininteligibles anotaciones—. En efecto, como yo me temía —hablaba para sí el ayudante del capataz mientras Gródolas y Vladas le miraban inquietos—. La extracción de oro de esta galería ha descendido drásticamente durante el último



mes. Hace tres semanas obtuvimos cuatro cubos menos que la semana precedente. Pero es que la última semana esa cifra aún se redujo en diez cubos más —calculaba la producción mientras alumbraba el papel con la antorcha—. Está decidido, no me arriesgaré a perder a cuatro picadores sepultados en este agotado pasaje. No hasta que traigan nuevos esclavos a las minas. Los malditos renegados bortigos que nos prometió como presente el Senescal Lunden ya deberían haber llegado hace más de un mes. Así es imposible mantener la producción que demanda el Senescal Loriklen —dijo contrariado. Desesperado tras escuchar las palabras del ayudante del capataz y, viendo que su plan estaba a punto de fracasar, Ingvar urdió acuciado por la situación una artimaña para tratar de engañarlo. Tomó disimuladamente de uno de los cubos que empleaban para guardar el metal extraído, un gran fragmento de oro y justo cuando el groning iba a ordenar el desalojo y clausura del túnel gritó:

—¡Una veta! —exclamó con fingido entusiasmo—. ¡Una nueva veta de oro! ¡Mirad! —y acercándose a la luz de la antorcha mostraba orgulloso el dorado metal.

—Muéstramelo —le exigió incrédulo el ayudante del capataz.

—Aquí lo tiene —dijo Ingvar entregándoselo mientras le miraba con una sonrisa tratando de convencerlo de su falso hallazgo—. Y esto es sólo lo que he encontrado en la superficie. Por la rigidez de esa pared diría que esconde un buen filón de oro.

—Un fabuloso guijarro dorado —dijo el ayudante—. El tamaño de esta piedra a buen seguro que augura unas semanas de abundante extracción. Quiero ver esa veta. ¿Dónde está? —le preguntó a Ingvar.

—Al final del túnel —respondió Ingvar tragando saliva—. Aunque no le recomiendo que se acerque demasiado. Ya ha visto antes como se desprendía parte del techo.

—No importa —le replicó tajante—. Quiero verla.

—Está bien —respondió resignado Ingvar—. Sígame.

Ingvar caminaba en dirección a la falsa veta apremiado por discurrir una nueva mentira para engañar al testarudo groning, cuando un leve crujido le puso sobre aviso de un nuevo desplome. Fue como si la montaña quisiera ayudar a los esclavos, pues tras las espaldas de Ingvar cayeron desprendiéndose del techo varias losas de tierra y piedra, las cuales a punto estuvieron de enterrar vivo al ayudante del capataz.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Ingvar al groning—. Ya advertí que era peligroso acercarse a esta zona.

—Estoy bien, estoy bien, maldita sea —respondió enfadado el groning sacudiéndose la tierra y el polvo que ahora cubrían su ropa—. De acuerdo —habló todavía tembloroso al cabo de unos instantes tras retroceder varios pasos en dirección a la salida—. Tenéis mi permiso para continuar trabajando en esta galería, pero solamente hasta que esa veta se agote. Tened por seguro que controlaré el número de cubos de oro que lográis extraer, y al menor indicio de que la veta se está agotando clausuraré inmediatamente el túnel.

Los dos nerlingos y los dos norteños asintieron con la cabeza la decisión del

ayudante del capataz. El ardid de Ingvar les había salvado del fracaso en el último momento.

—Vosotros vigiladles desde una distancia prudencial —les ordenó el ayudante del capataz a los centinelas cuando abandonaba el túnel—. Obligadles a que apuntalen mejor el techo del pasadizo o morirán sepultados en él. No podrán escapar de la galería si no es por la entrada principal, así que no será necesario que estéis tan cerca de ellos. Si bajan su ritmo de trabajo dadles una buena ración de latigazos. Eso será suficiente para mantenerlos a raya.

—De acuerdo. Así lo haremos —respondieron agradecidos los centinelas que a partir de ahora podrían respirar un aire menos polvoriento.

Los cuatro elothas sonrieron aliviados tras escuchar la decisión del groning. Gródolas se acercó a Ingvar.

—Tu hallazgo ha sido providencial —le dijo felicitándole.

—¿Qué hallazgo? —le respondió Ingvar con una pícara sonrisa.

—La veta que... —y enseguida Gródolas, Henk y Vladas se percataron de la treta del hermano de Oyvind—. ¡Maldito truhán! ¡Ja, ja, ja! —y Gródolas rió, tratando de ahogar sus carcajadas, no fuesen a llegar a oídos del asustado ayudante del capataz.

—A partir de ahora tendremos que trabajar aún más duro —añadió Ingvar—. Cada uno de nosotros deberá esforzarse el doble, pues en menos de quince lunas el Nortaud tendrá que estar terminado y la extracción de oro incrementarse respecto a las últimas semanas, o tener por seguro que los malditos secuaces del capataz volverán para cerrar el túnel.

—Estás en lo cierto, amigo —dijo Gródolas—, pero te aseguro que seremos capaces de hacerlo. Por el Nortaulion —dijo extendiendo su brazo.

—Por el Nortaud —respondió Ingvar, y los cuatro se conjuraron para sacrificarse en las duras jornadas venideras y así lograr su objetivo.

Ese mismo día Ingvar y Henk comenzaron a tallar en la montaña el Túnel de la Libertad, mientras Gródolas y Vladas se encargaban de picar con denuedo en busca del oro que les proporcionaría el tiempo necesario para llevar a buen puerto su plan. Cuando los centinelas se internaban demasiado profundo en la galería, Ingvar y Henk se unían rápidamente a Gródolas y Vladas en las labores de extracción del dorado metal.

Los primeros tres pasos del Nortaud describían una cerrada curva a derechas hasta lograr enderezarse en un oculto paralelismo al de la galería principal. De este modo, amparado por la polvorienta oscuridad y confusas sombras, pareciese conformar a los ojos de los centinelas una simple hendidura natural en el corazón de la tierra.

El mayor problema consistía en retirar sin levantar sospechas la tierra y las piedras generadas por aquella clandestina excavación. Lograron solucionarlo

ingeniosamente simulando falsos desprendimientos en el pasadizo. Esparcieron en pequeños montones los escombros de la supuesta techumbre desplomada, con lo que lograron asustar todavía un poco más a los centinelas, quienes apenas ya si se adentraban en el interior de la galería.

El esfuerzo sobrehumano que debieron realizar durante esas lunas, provocó que las escasas fuerzas que aún atesoraban se fueran consumiendo como un bloque de hielo expuesto al brillante sol del verano. Al caer la tarde, cuando arribaban a los barracones de Eloburgo, caían desplomados sobre el enfangado suelo como hojas secas en otoño. Torilo, viendo cómo sus amigos se debilitaban lentamente, acudía cada noche a su encuentro en los barracones con una ración extra de comida robada a los gronings. Gracias al viejo alko, los cuatro hombres pudieron reunir las fuerzas necesarias para conseguir terminar el ansiado túnel sin que los centinelas sospechasen nada y el capataz pensase por un instante que la veta de oro se había finalmente agotado.

Apenas restaban unos instantes para que los elothas concluyesen su inacabable jornada de trabajo en las minas auríferas. Ingvar, Gródolas, Henk y Vladas comenzaron a recoger sus picos y a amontonar los cubos de oro extraídos durante la tarde. Los centinelas permanecían admirando la bella puesta de sol de aquel rojizo crepúsculo, decididos a permanecer lo más alejados posible de la profunda galería donde los cuatro picadores trabajaban.

—Amigos —habló Ingvar—. Mañana será nuestro día. El Nortaud está terminado —y sus ojos azules brillaron al pronunciar esas palabras.

—De acuerdo —respondió Gródolas—. Mañana lo haremos —sentenció—. Esta noche despedíos de vuestros amigos nerlingos sin que sospechen que vais a abandonarles. Antes de dormir rezad una oración a Olión y Nerlinguia para que la ventura nos acompañe.

—Guardad parte de la cena entre las ropas —aconsejó Henk—. Mañana necesitaremos que nuestras piernas corran como las de cuatro robustos corceles cruzando los dominios del enemigo.

—El Túnel de la Libertad —dijo Ingvar.

—El Túnel de la Libertad —contestaron los demás mientras entrelazaban sus manos con las del nerlingo.

Consumidos como la ceniza de una extinta hoguera, mas renovados por el brillo de la esperanza que titilaba en sus ojos, los cuatro elothas abandonaron la galería arrastrando lentamente sus pies encallecidos. Al asomarse al mundo exterior, contemplaron como la brillante luz del crepúsculo se ocultaba tras el horizonte occidental de Tierra Conocida, recortando en forma de fantasmales siluetas la siniestra floresta de Bosque Frío.

Recorrieron el camino de vuelta a Eloburgo sintiendo una contradictoria

sensación de desdicha y felicidad. A cada paso que daban trataban de olvidar para siempre cada uno de los detalles de esa horrible senda: sus oscuras hondonadas, sus interminables pendientes, sus húmedos recodos, sus pedregosos llanos, sus enfangados declives. En todos y cada uno de esos lugares contemplaron el pasado invierno como decenas de vidas reposarían para siempre en las veredas del camino de los “sin futuro”.

Antes de llegar a la ciudad-prisión tomaron la que confiaban sería la última cena con la que los gronings volverían a agasajarles. Con su mente ocupada pensando únicamente en la anhelada fuga, a Ingvar le resultó más sabroso aquel infecto caldo con inclasificables hortalizas y trozos de carne cruda que flotaban en él, que el famoso asado de venado del viejo Torilo. Caminando a la cabeza de la columna de elothas, los cuatro camaradas espoleaban al resto de esclavos con sus apresuradas zancadas, haciendo por un día innecesarios los langazos de los soldados gronings.

Llegaron con bastante antelación a los barracones, antes incluso de la llamada del cuerno, por lo que Torilo se sorprendió al verlos aparecer mientras pelaba unas castañas y bellotas contemplando el bello atardecer desde la ventana de la cocina del Senescal.

—Me resulta extraño que el capataz de las minas les haya dado permiso para terminar la jornada antes de tiempo —habló para sí Torilo.

El padre de Maikel se apresuró en terminar sus labores en la cocina y en dar el último toque a la ensalada de lechuga, manzana, frutos secos y bacalao que prepararía esa noche para el Senescal. Un comerciante llegado de las tierras del norte había vendido una gran partida de bacalao ahumado y en salazón en el mercado de Groningburgo. El Senescal Loriklen, gran amante del pescado, había sido informado de esa venta por el oficial al mando del transporte semanal de oro, por lo que ordenó que le hiciesen llegar con la mayor brevedad una caja del preciado manjar.

Cuando Torilo terminó de preparar la original ensalada, aprovechó un momento de descuido de los ayudantes de cocina para tomar prestados un par de patas de pollo de la fuente en la que reposaba humeante el segundo plato de la cena. Una docena de higos secos, cuatro manzanas y unos mendrugos de pan completaron el expolio. Lo envolvió todo en un trapo grasiento y lo ocultó bajo su camisola. Cuando se despidió hasta el día siguiente de los gronings, nadie sospechó del hurto del viejo alko.

Torilo caminó sólo hasta los barracones sujetándose con sus manos la barriga. Todos los gronings conocían al nerlingo y lo consideraban inofensivo, por lo que desde varios meses atrás ningún centinela le acompañaba custodiándolo hasta su celda. De esta manera le era más sencillo poder hacer llegar alimentos a los prisioneros. Al llegar a su barracón, el centinela que vigilaba a los cautivos abrió el cerrojo de la puerta y con un escueto “hasta mañana” se despidió de él. Un trato impensable para cualquier otro de los desdichados prisioneros.

Una vez dentro, buscó con su mirada sonriente a Ingvar. Esta vez había logrado un buen botín tras su saqueo en la cocina.

—Ingvar —le llamó sin levantar la voz, no fuera a descubrirles el centinela—. Hoy traigo pollo para ti. Y unos higos dulces que te proporcionarán energía para picar en la mina.

El hijo del trueno le hizo una señal con su mano para que se acercara, pues estaba agotado y apenas si podía incorporarse del suelo.

—Toma, amigo mío —le ofreció Torilo una pata de pollo mientras se reclinaba al lado del joven colocándose de espaldas a los centinelas—. Come esto y recuperarás tus fuerzas. Lo necesitarás para la jornada de mañana.

Ingvar sonrió y tomó de buen grado el alimento que Torilo le ofrecía. Henk, que estaba tumbado al lado de Ingvar, recibió la segunda pata de pollo. Después dio a Gródolas y Vladas los higos secos y las manzanas y finalmente repartió los trozos de pan entre aquellos que más lo necesitaban.

—Que Olión te proteja por siempre —agradeció Gródolas a Torilo su generoso gesto.

—Que Nerlinguia te bendiga —le dijeron unos celkos.

—Es lo menos que puedo hacer por vosotros —se lamentaba Torilo—. Mientras sufrís y morís en las minas, yo tengo un agradable trabajo aquí en la casa del Senescal. Jamás me perdonaría el no ayudar a mis hermanos.

—A fe que lo estás consiguiendo —le contestó Ingvar—. Si algún día nosotros faltáramos, tú serás el único soporte donde se apoyen estas almas sojuzgadas. Deberás continuar manteniendo viva la llama de la esperanza logrando que permanezcan unidos como hasta ahora.

—Pero eso no ocurrirá, amigo mío —le dijo confiado Torilo.

—Nuestro destino se esconde inescrutable en lo más profundo del firmamento —le respondió Ingvar—, y solamente nuestra diosa lo conoce. Hoy, mañana, un lustro, quién sabe cuál es el tiempo que nos resta hasta encarar a la muerte en cualquier oscura vereda del camino de nuestra vida.

—¡Por Nerlinguia! Aparta esos lóbregos pensamientos que hoy nublan tu mente —le regañó Torilo—. Come y descansa, pues la luz del amanecer volverá a iluminar tu alma torturada. Y vosotros, seguid también mi consejo —les ordenó a Gródolas, Vladas y Henk—, o mañana los látigos de los gronings caerán con furia sobre vuestras huesudas espaldas.

—Tienes razón, viejo nerlingo —le contestó sonriendo Gródolas mientras mordisqueaba un dulce higo seco—. Mañana será un nuevo día en el que la esperanza renacerá en nuestros corazones.

—Así lo espero —dijo Torilo—. Ahora terminad los alimentos que he podido conseguir y tratad de conciliar el sueño.

El alko se incorporó pesadamente desde el suelo y comenzó a caminar hacia un rincón del barracón.

—Torilo... —dijo Ingvar entrecortadamente.

—¿Qué quieres? —preguntó el viejo alko girándose.

—Nada... —respondió titubeante Ingvar—. Sólo... sólo quería desearte buenas noches.

—Buenas noches, amigo mío —le correspondió Torilo.

—Rezaré una oración a Nerlinguia por Maikel y Oyvind —añadió Ingvar—. Algún día los cuatro volveremos a reencontrarnos.

—No lo dudo, Ingvar —respondió Torilo—. Ahora duerme y que Nerlinguia te tenga en sus pensamientos más cercanos —y el viejo alko se alejó lentamente mientras el hijo del trueno recostaba su cabeza sobre una manta hecha jirones.

Gródolas y Vladas también siguieron los consejos de Torilo. Antes de recostarse en el suelo guardaron media docena de higos y un par de manzanas para la próxima luna. Si finalmente lograran llevar a cabo su plan, ésa sería sin duda la cena más dichosa y sabrosa de toda su vida.

Los ojos de Ingvar, Gródolas, Henk y Vladas asomaban como flores furtivas en el yermo campo de la fantasmal alfombra de huesos que formaban los elothas en su reposo. Una iracunda agitación les impedía dormir por más tiempo, por lo que horas antes de que el cuerno de Eloburgo arrebatase violentamente a la comunidad de esclavos de sus azoradas ensoñaciones, ellos ya se revolvían inquietos recostados en los barracones. Cuando por fin el cuerno de llamada rugió en el valle, los cuatro compinches se sintieron extrañamente reconfortados. Corrieron prestos a formar en la fila que lentamente crecía en el barracón. Encabezaron al igual que la pasada tarde la columna de esclavos hacia las minas auríferas, caminando tan veloces que alguno de los rezagados a punto estuvo de quedarse sin su desayuno.

Una vez llegaron a las minas, descendieron nerviosos por los embarrados caminos hasta alcanzar el altiplano de acceso a la excavación principal. Desde lo alto del promontorio contemplaron la entrada a la galería en la que trabajaban. Respiraron aliviados al comprobar que aún permanecía abierta. El sonido de los látigos golpeando a los elothas que se acercaban a la planicie, en la que morían las largas escalas por las que diariamente los porteadores trepaban decenas de veces, les devolvieron a la sombría vida en las minas de oro. Descendieron con sus picos por una de las inestables escalas y penetraron en el túnel, en el oscuro y polvoriento agujero que debería sepultarlos y hacerles renacer a la vida cuales aves fénix. El Nortaud. El Nortaulion. El Túnel de la Libertad.

Durante todo el día picaron sin descanso sobre las vetas. El Nortaud estaba acabado y lo que pretendían era obtener la mayor cantidad de oro posible durante la jornada, no fuera el capataz o alguno de sus ayudantes a clausurar la galería. Sus vigilantes seguían realizando la guardia desde la entrada principal, todavía atemorizados por el derrumbe que los cuatro picadores provocaron hace más de una semana.

A medida que la estela del sol se consumía lentamente viajando desde oriente a occidente, Ingvar sentía como su corazón se agitaba claustrofóbico en su pecho. La misma angustiada sensación se apoderó de Gródoles, Vladas y Henk. El tan largamente anhelado momento se acercaba con desesperante lentitud, trayendo a su mente todo el dolor y sufrimiento que habían padecido en el lúgubre Valle de los Elothas.

Los cuatro picadores se revolvían nerviosos en la galería, buscando con sus miradas cualquier sombra que se moviese en el túnel, no fueran los centinelas o los ayudantes del capataz a frustrar en el último momento su plan de fuga.

Gródoles se adelantó unos pasos y vio cómo los últimos rayos de luz que iluminaban la galería se retiraban oscureciendo el sinuoso corredor, produciendo curiosas sombras que se asemejaban a la de una negra serpiente que abandonaba su cubículo. Por fin había llegado el momento. Volvió sobre sus pasos y corrió excitado hasta donde sus compañeros aún picaban incansablemente.

—Nuestro momento ha llegado —les dijo alterado—. El sol se retira y enseguida sonará el cuerno de llamada. Ahora o nunca.

—Desplomemos el techo —habló Ingvar tras unos instantes en los que los cuatro picadores permanecieron mudos mirándose a los ojos.

—Que Nerlinguia y Olión nos protejan —dijo Henk.

—Seguro que lo harán —contestó Vladas.

Gródoles se colocó dos pasos por delante de la entrada al Nortaud y con un golpe seco y poderoso clavó violentamente su pico en el techo de la galería. Henk y Vladas desprendieron varios maderos que débilmente apuntalaban el túnel, e Ingvar clavó con idéntica fuerza su pico a un par de pasos de distancia del de Gródoles. Cuando los retiraron, dos finos hilos de tierra rojiza brotaron de las entrañas de la montaña como diminutos granos de un reloj de arena. La cuenta atrás había comenzado.

Nuevamente golpearon sobre la cúpula de piedra y arenisca, la cual comenzó a ceder cuando Henk y Vladas colaboraron con sendos certeros golpes sobre ella. Rápidamente se formaron veloces grietas que recorrieron la bóveda de la galería, produciendo un claustrofóbico sonido que anunciaba el desplome del túnel. Los cuatro picadores retrocedieron mientras una gran masa de tierra y piedras se desprendía frente a ellos. Un impresionante estruendo y una inmensa polvareda se extendieron a ambos lados del desplome. Ingvar y sus compañeros tuvieron que taparse la boca y la nariz para no inhalar aquella opaca nube de polvo. Gródoles comprobó que el paso había quedado completamente bloqueado y ordenó a sus amigos que tomasen sus picos y penetrasen en el Nortaud permaneciendo allí inmóviles y en silencio hasta que todo hubiera pasado.

Tuvo que transcurrir aún un tiempo hasta que la montaña terminó de rugir dolorida en sus entrañas. Fue entonces cuando comenzaron a oírse débilmente las voces de los centinelas que se acercaban desde el exterior de las minas. Tras comprobar el tremendo derrumbe que se había producido en la galería, corrieron a

avisar a los ayudantes del capataz. El cuerno de llamada acababa de sonar en la excavación aurífera cuando el ayudante del capataz llegó a la galería. Caminando con precaución acompañado por los centinelas, alcanzó envuelto en una irrespirable nube de polvo el lugar donde se había producido el desplome.

—¿Y los picadores? —preguntó contrariado.

—Sepultados bajo la tierra —respondió un centinela mientras tosía por el polvo que reseca su garganta.

—¡Maldición! —gritó el ayudante del capataz—. Cuatro de los mejores picadores muertos. Y los malditos esclavos bortigos no acaban nunca de llegar a Eloburgo. ¿Cómo mantendremos la extracción de oro? El Senescal cercenará nuestras cabezas si descende la producción —y caminaba en cerrados círculos mientras enfadado farfullaba maldiciendo a los hados de la fortuna—. De acuerdo —les habló a los dos centinelas—. No diremos nada acerca del derrumbe que se produjo en la galería hace una semana, o nos colgarán por ineptos. Hablaré con el capataz sobre hechos consumados. Solamente sabrá que una galería mal apuntalada se ha desplomado sobre varios picadores y que he decidido clausurarla. Le diré que el maldito rebelde de Gródolas era uno de ellos y que ahora descansa para siempre junto con tres de sus amigos bajo la montaña. Esa noticia compensará su enfado por la pérdida de esclavos. Vamos —les ordenó a los centinelas—, apresuraos en clausurar el túnel, o tendremos que dormir esta noche en el puesto de guardia.

Los gronings caminaron velozmente hacia la salida y taponaron la entrada al mismo con piedras y maderos. Sin más demora treparon apresuradamente por las escalas hasta alcanzar el altiplano desde el que divisaron la retaguardia de la columna de esclavos que abandonaba con ritmo cansino las minas auríferas. Los alcanzaron justo al llegar a los portones de entrada y se unieron al resto de centinelas que se dirigía a Eloburgo, ya que no les agradaba la idea de pasar la noche en las minas acompañados del reducido cuerpo de guardia que vigilaba el acceso a las excavaciones.

Como todos los días Torilo acudió a los barracones para pernoctar en compañía de los nerlingos. Buscó a Ingvar donde el hijo del trueno acostumbraba a descansar, pero no lo encontró. Fue entonces hacia el ala sur del barracón, donde Gródolas y Vladas solían dormir, pero tampoco a éstos halló. El viejo Torilo comenzó a inquietarse y volvió sobre sus pasos para preguntar a los esclavos nerlingos dónde se hallaban Ingvar y sus amigos norteños. Jan, amigo de Henk, le relató confusamente lo que había sucedido.

—Cuando el cuerno sonó para regresar a Eloburgo —dijo Jan—, vimos como el ayudante del capataz y varios gronings entraban alterados en el túnel donde Ingvar y Henk trabajaban junto a los dos hombres de Tenkolmar. No sabíamos qué era lo que estaba ocurriendo por lo que intentamos descender hacia la galería, pero los látigos de



los centinelas nos lo impidieron. Cuando caminábamos bajo los portones de salida de las minas —continuó abatido—, vimos como el ayudante del capataz se unía a la columna. Comunicó al responsable del recuento que se habían producido cuatro bajas por el desplome de una galería. “Todos picadores”, dijo el ayudante del capataz, “el maldito Gródolas y sus tres amigos”. Eso fue todo lo que escuchamos —finalizó sollozando. Torilo apretó sus párpados y agachó la cabeza, uniéndose al desconsolado llanto de Jan. Ingvar, el joven que mantenía vivo el recuerdo de su hijo Maikel, aquél en quien se apoyó en los momentos de desesperanza, yacía para siempre sepultado en el corazón de las minas. Torilo rogó desde lo más profundo de su alma a Nerlinguia que le llevase junto a él, para aguardar en su compañía el anhelado reencuentro con su hijo. Mas las palabras que la pasada noche pronunció Ingvar resonaron con poderoso eco en el interior de su cabeza:

“Si algún día nosotros faltáramos, tú serás el único soporte donde se apoyen estas almas oprimidas. Deberás continuar manteniendo viva la llama de la esperanza logrando que permanezcan unidos como hasta ahora”.

Ese mensaje logró que la tristeza por la pérdida del hijo del trueno fuera pasajera, y que el viejo Torilo encarase una vez más el terrible desafío al que la vida en sus últimos años de existencia le retaba, honrar la memoria del valiente Ingvar y luchar por fundirse en un lejano día con su hijo Maikel en un imperecedero abrazo.

La noche había tendido su oscuro velo sobre el Valle de los Elothas. Difusos vapores brotaban desde las arboledas y bosques colindantes a las minas auríferas, tratando de tejer sin suerte el manto de una gris y tupida niebla. Dificultada por el frío soplo del viento del norte, la neblina ora se apretaba ora se difuminaba bailando sobre las desangeladas praderas de aquellos campos de muerte.

Saludando a la frágil niebla desde la entrada a las minas, un fino humo blanco se elevaba en el puesto de vigilancia. Para hacer frente a la tediosa noche que se avecinaba, los centinelas avivaban las brasas de una fogata en la que cocinaban, al calor de la leña de encina, unas jugosas chuletas de cerdo. Ajenos a los golpes que desde hace unos minutos resonaban en las desiertas galerías, enjugaban ahora sus gaznates bebiendo a grandes tragos un burdo vino tinto.

—Vamos, no desfallezcáis —animaba Ingvar a los picadores—. La libertad nos espera a unos pasos al otro lado de este muro de roca y tierra —y los cuatro compañeros redoblaron sus esfuerzos para abrir el otro extremo del Nortaud.

Apenas si había sitio para que dos hombres trabajasen en paralelo, por lo que cada treinta golpes de pico permutaban las posiciones. Ahora eran Gródolas y Vladas quienes golpeaban con denuedo la pared de tierra y roca que se resistía a ser derribada mientras Ingvar y Henk tomaban aire sentados a sus espaldas.

—Siento que la roca comienza a ceder —dijo Gródolas antes de entregar su pico a Ingvar.

—Lo conseguiremos —dijo Vladas—, os juro que lo conseguiremos.

Cumplido su turno de treinta golpes, Gródolas y Vladas intercambiaron sus posiciones con Ingvar y Henk, quienes golpeaban vehementemente la pared del túnel con fuerzas renovadas; Tras un poderoso golpe de Henk, una pequeña parte del techo se derrumbó golpeándole con fuerza en la cabeza. Una aparatosa brecha en su frente provocó que comenzase a manar abundante sangre por ella. Vladas ocupó nuevamente su lugar mientras Gródolas le colocaba un improvisado vendaje con un trapo polvoriento que guardaba en el bolsillo de su pantalón.

—No debemos dejar ningún rastro que pueda hacer sospechar a los gronings que estamos vivos —dijo el de Tenkolmar—. No perseguirán a los muertos, pero si a cuatro esclavos si descubren que hemos escapado —y presionaba con fuerza el trapo sobre la frente de Henk tratando de detener la hemorragia.

El tiempo transcurría de prisa y los fugitivos comenzaron a impacientarse. Aún no habían logrado derribar la pared que les permitiese acceder a la galería principal. Gródolas retrocedió en varias ocasiones a través del Nortaud tratando de comprobar si se habían desviado picando en una dirección errónea. Pero la bruna oscuridad que envolvía el angosto pasadizo no le permitió ver más que las difuminadas sombras de los picos elevándose y descendiendo cadenciosamente. Cuando el desaliento y la fatiga comenzaban a apoderarse de ellos, un grito de Ingvar les devolvió la esperanza de escapar de aquel infierno:

—¡Aire! —gritó—. Siento una corriente de aire. ¡Henk, ayúdame a picar aquí!

—¿Ves algo? —le preguntó nervioso Gródolas incorporándose de un salto.

—No veo nada —respondió Ingvar—. Seguramente los gronings habrán apagado las antorchas del otro lado del túnel al clausurarlo, y será difícil que la luz de la luna pueda penetrar en tan sinuosa galería. Pero siento una suave brisa, cada vez más fresca y vigorosa. ¡Amigos, nos acercamos al otro lado! —concluyó eufórico.

Ingvar y Henk consumieron las últimas energías que les quedaban golpeando incansablemente sobre la pequeña brecha abierta en la sólida pared del pasaje hasta que lograron abrir un agujero del tamaño de sus cabezas. Agotados, se desplomaron sobre el suelo cubiertos de tierra, roca y polvo. Fueron relevados con premura y continuaron percutiendo los picos con inusitado ímpetu contra la roca viva, hasta que con un tremendo esfuerzo terminaron por derribarla. Fue Gródolas el primero, contorsionando su enjuto cuerpo, quien logró traspasar el Túnel de la Libertad. Elevando sus brazos al cielo gritó enloquecido de alegría, mientras Ingvar, Vladas y Henk le acompañaban en sus alocados gritos y carcajadas. Pero rápidamente concluyeron sus celebraciones, conscientes de que aún les quedaba la parte más complicada de su huida: escapar del Valle de los Elothas y atravesar el territorio groning hasta alcanzar las Tierras Frías.

Apilaron los restos de roca y piedra y arrojaron al otro lado del túnel los picos con los que habían abierto aquella puerta en el corazón de la montaña. A tientas en la oscuridad, volvieron a taponar aquella abertura sellando las posibles pistas que

pudieran delatarles. Corrieron hacia el exterior de la galería hasta alcanzar la entrada a la misma, ahora bloqueada por maderos y dos enormes piedras. Vladas, que era el más pequeño y delgado de los cuatro, consiguió franquear aquella barrera y pasar al otro lado. Con gran esfuerzo pudo desplazar una de las dos piedras que bloqueaban la salida lo que permitió a Gródolas, Ingvar y Henk abandonar para siempre aquella galería. Colocaron la gran piedra ovalada en la misma posición en la que los gronings la habían situado y, amparados por las fantasmales sombras de aquella mágica noche, treparon por las escalas hasta perderse en lo más profundo de la frondosa arboleda que crecía en la ladera este de la gran planicie.

Cuatro almas renacidas a la vida marchaban furtivamente a través del territorio groning abriéndose paso en busca de la salvación. Los fugitivos del Túnel de la Libertad.

## De estrellas, deidades y hombres

**K**iril se levantó temprano esa mañana para continuar con la lectura que el sueño le había obligado a interrumpir la pasada noche. Desde que había comenzado a ejercitarse con Maikel en el manejo de la espada para recuperar su fuerza y destreza, sus ojos no lograban permanecer abiertos por mucho tiempo durante la noche, lo que le privaba de entregarse a las fascinantes lecturas que compartía con Oerlikon.

Esa mañana decidió volver a releer la segunda de las profecías de Barlok. Rezaba así:

La gran ola de sangre por el cuerno de la bestia será atravesada y a los hijos de los Primeros Nacidos una nueva existencia les será concedida. Las corrientes septentrionales a un nuevo edén les conducirán, allí sus perennes vidas terminarán.

Muerte por vida, mar por tierra, eternidad por mortalidad, paz por guerra en su trueque obtendrán. Los custodios alejados ahora de la sagrada bestia vivirán, mas las llaves de su fortaleza conservarán.

Ella, a un arcano refugio emigrará, por siempre separada de los hombres morará. Solo sus ángeles custodios y la diosa la podrán visitar, pues las montañas vivientes sobre los intrusos se derrumbarán.

Su propio trueque deberá aceptar, forma y espacio, espacio y forma, a ella se le requerirá. Su poder un tamaño colosal alcanzará, mas su belleza menguará, ya que en su oculto escondite a ningún alma deberá embelesar.

Sus custodios la sagrada estirpe escindirán y ocultos como su venerada bestia permanecerán. Las raíces, el tallo y las hojas en torno al agua cristalina se establecerán, mas una diminuta semilla alejada pero latente morará.

Semilla del porvenir, semilla del devenir, indeleble memoria de la estirpe de la predilecta. Loas, cantos, trovas y gritos de admiración recibirán, mas con el paso de las centurias menguarán. Entonces el odio y las envidias aflorarán y en el germen de nuevas rencillas se convertirán.

Rayos, truenos y relámpagos el preludio de la gran tormenta serán. Todas las luces y esperanzas se apagarán. Solo la muerte bruna en el cielo brillará. Y cuando todo perdido parezca estar, una tenue pero creciente flama en el corazón del profanado edén reverberará.

Oscuros y fríos vientos con heladora fuerza sobre ella soplarán, sus malignas alas tratando de extingüirla violentas batirán. Pero los hombres la senda de sus antepasados recorrerán, en busca de la oculta semilla con la que un nuevo árbol de inmensas raíces en el devastado edén poder volver a plantar.

La sagrada bestia ha hablado, su lanza la ola sangrienta ha desmoronado. Hombres ahora mortales, hacia el nuevo edén sus naves han

botado. Una nueva e incierta existencia os aguarda, inmortales en la tierra protegida un día fuisteis, pero ahora como hojas de árbol en el otoño de vuestra vida os desprenderéis.

Intensas deberán ser a partir de entonces vuestras vivencias, ya que solo el cariño de la diosa vuestras mortales existencias alienta. Entre pueblos de hombres por siempre vagareis, vuestra es la misión de sus almas tratar de engrandecer.

Mas entre vosotros el germen del mal ha brotado, y un día no tan lejano, de perdición vuestras vidas mundanas se habrán impregnado.

Largo es el camino, fría es el alma del viajero que cabalga bajo la luz de la luna muerta. La estrella del día con su huido fulgor la reconforta, Pero rauda la oscura luna corre a su encuentro.

El corazón se enfría y la mente se enturbia, los rayos de la luna al viajero hacia el mal transportan. Huid de la noche, cabalgad hacia el día, pues en la hora bruja ni siquiera vuestra diosa con su manto dorado podrá consolaros.

Sus hijos caminan, pies endurecidos cual herraduras, plantas encallecidas cual árbol herido. Mas frente a la fatigada columna un nuevo oasis la Predilecta os envía. Vuestra larga travesía habéis terminado, en estas tierras la semilla habréis de plantar y regando con la savia de vuestro pueblo la tendréis que cultivar. Vuestra para siempre, en la alegría y la desesperanza, el agua del oasis las heridas sanará.

Este nuevo hogar, la primera tierra de vuestras mentes borraré, pues el pasado inmortal jamás regresará. Solo el Prior de los custodios, retazos de él podrá recordar. El Kliat la memoria perdida deberá conservar.

Adiós tierra de ultramar, nunca más nos volveremos a encontrar. Ni desde la celestial morada te podrá contemplar, pues por nuestras vidas la sagrada bestia se debió sacrificar, y en premio a su generosidad, el destierro a la lejana guarida logró alcanzar. Adiós para siempre eternidad, hoy te saludo mundo mortal.

Como siempre le ocurría tras leer las profecías del nigromante blanco, un gélido escalofrío estremeció su cuerpo. Kiril se sentía abrumado, un insignificante mortal dentro de una fabulosa historia de dioses y sagrados poderes. El Elegido de la diosa, como Oerlikon le había nombrado, una quimera soñada por su pueblo que se sentía incapaz de poder alcanzar.

Pero Kiril trató de alejar de su mente los pensamientos que le angustiaban, y reflexionó sobre la lectura tal y como el Kliat le había recomendado.

—Sin duda el sentimiento que me embargo navegando a bordo de *La Sirena de los Mares* era cierto —hablaba para sí—. Indiscutible es ahora la procedencia de nuestro pueblo del lejano ultramar. La misteriosa bestia sagrada de la que Barlok hablaba en la primera profecía, arriesgó su vida por nuestro pueblo, por lo que debió

partir hacia un lejano y solitario destierro. El viaje de los mortales sobre el que se habla, bien podría ser el que nuestros antepasados realizaron a través de Tierra Conocida. Y esa frase que dice “entre vosotros el germen del mal ha brotado, y un día no tan lejano, de perdición vuestras vidas mundanas se habrán impregnado”, ¿no me equivocaría demasiado si la interpreto como la miserable traición de Torko? Sin embargo —reflexionó en voz alta—, esas líneas en las que se asegura que montañas vivientes sobre los intrusos se derrumbarán, me son familiares, ¿mas quién antes me ha hablado de ellas? —se preguntó.

Kiril trató de recordar dónde, cuándo o por boca de quién había escuchado un relato similar. Pasó varios minutos inmóvil, con los ojos perdidos mirando al infinito, asemejándose a la estatua de bronce que frente a él, permanecía impassible ante los pensamientos que bullían en la mente del alko.

—¡Falk! —gritó al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa—. ¡Quién sino el gran cuenta cuentos! —y sonrió.

Kiril acababa de recordar una de aquellas inolvidables veladas compartidas con el viejo lobo de mar y sus amigos a bordo de La Sirena de los Mares.

—Ahora lo recuerdo —dijo Kiril recostándose sobre la silla—. Fue aquella noche cuando le preguntamos al buen capitán sobre sus viajes más lejanos. Fue entonces cuando recordó viejos relatos que hablaban de hombres de ultramar que arribaron dispersos a los puertos orientales. Sobre ellos dijo que en sus expediciones llegaron a los confines del mundo, a unas misteriosas y desconocidas aguas llamadas el Mar de Cristal. Y fue entonces cuando Falk lo dijo —habló alterado Kiril—, sí fue entonces cuando habló de unas montañas heladas que caían como una interminable catarata, las montañas que nunca menguaban, ¡los límites de nuestro mundo! —gritó emocionado Kiril—. ¡Lo que Falk nos relató no era ninguna leyenda! Existe y es real. Y lo que allí se esconde no es ningún tesoro material, sino un tesoro aún más grande, la sagrada bestia que nos protegió en el pasado y que de nuevo volverá a protegernos. ¡Gracias Falk! —dijo con gran contento—, tus palabras han liberado mi mente.

Después de estos instantes de euforia por haber creído poder interpretar parte de los vaticinios que un día Barlok profetizó, Kiril se hizo una pregunta:

—¿Estará también Falk al corriente de las profecías del nigromante y su significado? ¿O quizás conozca la ruta que hay que seguir para llegar al Mar de Cristal? —y durante el resto de la mañana fantaseó tratando de responder a estas y otras cuestiones.

Aquel mediodía apenas si comió un trozo de pan y un par de cucharadas del succulento guisado de conejo que Enna le había preparado. Tras cruzar unas breves palabras con ella, rápidamente corrió de nuevo a encerrarse en la biblioteca. Incluso cuando Maikel le reclamó para su sesión diaria de arco y espada, Kiril le respondió con un escueto “hoy no”, y el hijo de Torilo tuvo que practicar en solitario para algún día ser el mejor arquero de todo el clan alko.

Kiril discurría con especial claridad ese día, y no estaba dispuesto a emplear su

tiempo en otra cosa que no fuera descifrar los mensajes que en tiempos pretéritos Barlok escribió sobre el futuro de los hombres. Y así fue como se enfrascó en la lectura de la tercera y última de las profecías.

Y la maldad germinará en la nueva tierra, y sus raíces se hundirán profundas penetrando en el oscuro corazón del inframundo. Y de sus negras cepas brotarán diminutos tallos, tan finos y alargadas que no podrán ser vistos por los ojos de los hombres. Y todo lo envolverán, y todo lo envenenarán. Y cuando su impenetrable tela de araña haya impregnado de maléfica savia los lánguidos corazones mortales, el tiempo del dolor Habrá comenzado.

Y sus famélicos tallos alumbrarán a cientos de llamativas y ostentosas flores, que con deslumbrantes colores y embriagadores olores atraerán a los hombres cuales cantos de sirena a errantes marineros entregados a la deriva de sus almas. Y los hombres codiciarán esas flores, y envidiarán con todas sus fuerzas a quienes logren poseerlas. Y aguardarán a sus afortunados dueños en oscuros y hediondos callejones para saquear el preciado botín. Pero la irrefrenable pasión por la que serán atados a aquellos seductores ornamentos, les envolverá en una infnita espiral de codicia, en la que el hurto, la violencia e incluso la muerte de sus hermanos no serán sino un válido instrumento Para lograr sus Propósitos.

Y el cielo comenzará a cubrirse de oscuras y extrañas nubes. Y el sol se ensombrecerá, y una honda tristeza se instalará en los corazones de aquellos aún nobles mortales.

La codicia conducirá al deseo de posesión y éste, a través de tenebrosas encrucijadas, les mostrará el camino hacia el ansia de poder, el último escalón de la infernal escalera que pondrá al mundo de los hombres a los pies de los desterrados espíritus bastardos.

Y será entonces cuando la casta de hombres poderosos entre los mortales abocará a su pueblo al acantilado de la perdición. Pues bebiendo de la savia que fluye por los tallos de la envidia, comiendo las raíces de la codicia y anhelando la visión de la gloria mortal a través de las flores del vano elogio, sellarán sin ellos saberlo un pacto envenenado con el proscrito de la morada sagrada.

Entonces el gran daño se habrá consumado. El dolor correrá paralelo a los ríos de sangre que serán derramados, el mundo de los hombres será sacudido, sus conciencias agitadas, los muertos gritarán desde sus tumbas, pero solamente las almas puras podrán iluminar a sus hermanos en la completa oscuridad en la que su existencia se sumirá.

Oro, tierras y súbditos, trilogía mortal que regirá los designios de los hombres. Codicia, avaricia y muerte, fatal resultado de la terrible tríada.

El gran lobo afila sus fauces y se deleita relamiendo la sangre que gotea de sus colmillos. Por doquier fatales zarpazos dará sobre los indefensos y ciegos humanos. El gran lobo acecha en cada vereda y recodo del camino, y ya nunca descansará hasta haber paladeado la sangre del último de los mortales, aquel que le guíe a la guarida de la bestia sagrada donde poder arrebatarse su divino poder. Huíd hermanos, la traición se ha consumado. El gran lobo acecha de día; el gran lobo caza de noche guiado por la pálida luna muerta. Huíd hermanos, huíd de los dominios del gran lobo. Uníos a los espíritus puros, rogad a la hija predilecta. Huíd y rezad, las pisadas del lobo retumban a vuestras espaldas, huíd o morid, morid sin remisión.

Si la llama se apaga, la luna cubrirá de sombra el fulgor del sol, y entonces el lobo reinará por siempre en la bruna oscuridad.

Rezad a la hija predilecta, rezad al Único, rogad por su intercesión, pues sin su ayuda la segunda devastación concurrirá y de nuevo la cúpula celeste se derrumbará. La bestia sagrada ya no os podrá salvar, si una nueva ola sangrienta os llegara a asediar. Desterrada en su arcana guarida se halla, amenazada por la desenfrenada búsqueda del gran lobo.

Su fiel custodio protegerla deberá, su vida y la de su pueblo sobre sus espaldas descansará, y quizás el Único como gran sacrificio llegado el crucial momento se la reclamará.

El gran lobo la manada ha abandonado y sediento de carne a sus asustadizas presas desde lo más profundo del bosque escudriña. Huíd hermanos, la traición se ha consumado. La luz se ha apagado y la luna muerta en el cielo se ha asentado.

Un turbador sentimiento se apoderó de Kiril tras leer la última de las tres profecías de Barlok. Oscuros pensamientos vinieron a su cabeza y un miedo hasta ahora desconocido atenazó todo su cuerpo. Las palabras del gran nigromante auguraban una terrible era de dolor, angustia y perpetua oscuridad para el mundo de los hombres. Y ese pánico que corría por sus venas se hizo más intenso cuando recordó una de las frases de la profecía, “La bestia sagrada ya no os podrá salvar, si una nueva ola sangrienta os llegara a asediar”. La desbordante alegría que esa mañana le embargaba tras creer haber descubierto el arma que llevaría a la victoria a los pueblos libres de Tierra Conocida, se había desvanecido con un leve soplo de viento. Solamente una tenue llama de esperanza confiada a un mortal de alma pura, mantendría viva la luz en el mundo de los hombres.

Kiril se sintió angustiado. La habitación se empequeñecía atrapándolo en aquellos pensamientos que oprimían su mente. La suerte de toda Tierra Conocida reposaba sobre las futuras decisiones de un bisoño regente. No pudiendo casi respirar, abandonó la habitación y corrió hacia una de las ventanas para tomar aire. Asomó la cabeza a través del ventanal e inspiró y espiró profundamente varias veces, hasta



llenar sus pulmones de la reconfortante brisa marina que logró calmarle. Entonces Kiril volvió a recapacitar sobre lo que había leído y un profundo desaliento se apoderó de él. Se sentó en el suelo y apoyado contra la pared hundió la cabeza entre las rodillas, al tiempo que con sus manos acariciaba su pelo como un niño desconsolado.

El eco de unos pasos retumbó al fondo del pasillo. Era Oerlikon que acudía a su cita diaria con el joven Iacrag.

—¿Qué es lo que te ocurre? —le preguntó extrañado al verlo acurrucado en el suelo como un cervatillo asustado—. ¿Por qué estás abatido?

—El futuro me atormenta —respondió Kiril sin querer mirar al Kliat—. He visto lo que el aciago porvenir nos depara. Ese futuro ya se ha hecho presente, y sobre mi única persona descansa la esperanza de miles de almas.

—No sólo sobre ti, mi querido discípulo —respondió Oerlikon—, sino también sobre todos aquellos que te quieren y apoyan, pues es la fuerza de miles de almas y no la de una sola la que mantendrá viva la llama de la esperanza. Levántate, Kiril —le dijo mientras le tendía la mano—, pues ya estás preparado.

—¿Preparado? ¿Preparado para qué? —preguntó Kiril desconcertado tomando la mano de Oerlikon.

—Hoy es el día en el que conocerás los secretos que prometí desvelarte —le respondió el Kliat—. Acompáñame a la biblioteca.

Kiril siguió a Oerlikon hasta la estancia. Antes de entrar en ella, Oerlikon se adelantó unos pasos para hablar con uno de los centinelas de la zona norte, al que le pidió que no fueran molestados. Volvió sobre sus pasos y entró en la biblioteca donde Kiril le esperaba. Cerró la puerta para que nadie entrase y, sentándose con porte severo frente al joven alko, comenzó a hablar con la trascendencia que aquel instante requería.

—Hace muchos inviernos que he aguardado ansioso este momento —dijo Oerlikon—, aunque he de confesarte que no eras tú la persona a la que esperaba tener frente a mí. Desde su más tierna infancia, había instruido a una persona en las artes y conocimientos que el gran Kliat nerlingo debería poseer y dominar. Esa persona era mi primogénita, mi querida Enna.

—En ese caso, no debe ser a mí a quien desveles los secretos de nuestro pueblo —respondió Kiril sorprendido por la revelación de Oerlikon.

—Sólo tú puedes ser ya el futuro Kliat —replicó Oerlikon—, pues como te dije el día que volviste a abrir los ojos a la vida, el más grande de los secretos a ti ya se te ha entregado.

—¿Cuál es ese secreto? —le inquirió el joven alko.

—Sé paciente, Kiril —le contestó Oerlikon—, lo conocerás a su debido tiempo. El tiempo es la clave de todo, la clave del destino, la clave de las estrellas, la clave de nuestra diosa, la clave de la vida —y las palabras se escapaban entre sus labios como rumores de edades pretéritas que anhelaban desvelar instantes venideros. Fue

entonces cuando Oerlikon comenzó a recitar unos versos que no eran desconocidos para Kiril:

*El tiempo es el dios de nuestra diosa,  
el tiempo es nuestro amo y señor;  
el tiempo es el dueño de nuestra vida y libertad.*

*Hoy finaliza la mía y comienza la tuya.  
Deja que el tiempo te guíe y aconseje,*

—“...deja que el tiempo te conduzca a tu destino” —le interrumpió Kiril apesadumbrado—. Mi padre dejó escrito ese poema encima de mi lecho el día en que murió, el día en el que yo debía participar en la iokane, el día en el que Zornik nos traicionó, el día en el que Lothikaton fue destruida... —y revivió el dolor de aquellos desdichados días. Pero su curiosidad le hizo reunir las fuerzas necesarias para formular una nueva pregunta—. ¿Cómo es que tú has recitado ese poema? ¿Es que acaso conociste a mi padre? —inquirió mirando a los ojos de Oerlikon.

—Ésas son dos preguntas —respondió sonriendo el Kliat tratando de atemperar la curiosidad de Kiril—. Contestaré a la primera de ellas. Los versos que has reconocido pertenecen a un poema que el gran Barlok dejó escrito el día de su muerte a su hijo Binlok en la Primera Tierra, en el oasis del que habla en sus profecías. No se conserva el manuscrito original, ya que el día en que Barlok murió, no es otro que el de la destrucción de nuestra tierra primigenia, el día del apresurado éxodo, el día en que la sagrada bestia salvó de la muerte a los Primeros Nacidos y a toda su descendencia. Aquel poema se transmitió de generación en generación entre los lacrags de los cinco clanes, considerándose como un último ruego a nuestra diosa cuando sentían que la muerte les acechaba sin remisión. Tu padre sospechaba que ése podría ser su último día en la tierra de los hombres.

—Maldigo ese día en el que no pude estar a su lado para defenderle —se lamentó Kiril—. Tuve que participar en la falsa iokane, otra treta más de Zornik para poder acabar con los lacrags y su descendencia —y una lágrima de rabia recorrió su enojado rostro.

—No te tortures, hijo —trató en vano de consolarle Oerlikon—. El destino quiso que así sucediera.

—Entonces yo maldigo ese destino —dijo encolerizado.

—No debes hacerlo —le habló serenamente Oerlikon—, pues las estrellas escribieron tu destino a través del tiempo y, como has escuchado, el tiempo es el dios de nuestra diosa. No reniegues del destino o quizás la llama que te devolvió a la vida se apague para siempre —y Kiril quedó pensativo, arrepintiéndose del colérico arrebato que lo había poseído.

—Más tarde te hablaré del tiempo y las estrellas, de dioses y hombres —dijo

Oerlikon—, pero ahora responderé a tu segunda pregunta —y Kiril abrió sus impacientes ojos—. En efecto, yo conocí a tu padre, aunque eso ocurrió hace mucho tiempo atrás.

—¡Fuiste tú el que le hablaste de la existencia del sexto clan! —exclamó el alko—. Con tus indicaciones trazó el mapa que seguimos hasta dar con vosotros.

—En efecto, pero no hice más que confirmar con mis confusas revelaciones, la certeza que Akrog tenía sobre nuestra existencia —continuó Oerlikon—. En aquellos tiempos de paz los hombres podían viajar libremente de norte a sur y de este a oeste sin ser hostigados. Una noche en la que mis quehaceres me llevaron a It-sonod, conocí cenando en una posada a tu padre. Rápidamente reconocí que era nerlingo del clan alko por su larga trenza anudada en aquella tira de color azul. Me acerqué nervioso hasta él, para averiguar qué es lo que le había traído a aquellas tierras. En todo momento traté de que no me reconociera. No podía revelar mi identidad, ya que sólo el Elegido en tiempos de infortunio podría encontrar al sexto clan. Tras conversar durante largo rato, deduje que se trataba cuando menos de un nerlingo de noble estirpe, pues sus modales y conocimientos así me lo dieron a entender. Consideré que si bien no podía revelarle quién era yo ni dónde nos ocultábamos, sí podría darle una serie de pistas que algún día ayudasen a encontrarnos.

—Y a fe que lo hiciste —respondió agradecido Kiril—, pues sin la inestimable ayuda de este esbozo de mapa hubiera sido imposible saber en que parte de Tierra Conocida os ocultabais.

—No te olvides tampoco del grupo de gronings que os atacó en el bosque —le recordó bromeando Oerlikon—. Si ellos os hubieran dejado marchar en paz, jamás hubierais encontrado este lugar.

—Quizás sí —respondió Kiril—, o quizás no. Pero durante nuestro breve itinerario a través del Camino del Oeste, sentimos una extraña sensación que ninguno de los tres pudimos explicar. Un aura enigmática nos envolvía a medida que avanzábamos por esa senda. Yo mismo recuerdo no poder apartar la mirada de este islote, una inexplicable atracción me conducía hacia él, sin yo aún saber que ése era el refugio de mis hermanos perdidos.

Oerlikon escuchaba con atención las palabras de Kiril. Si el corazón del Kliat había albergado durante las últimas lunas alguna duda sobre si el joven lacrag sería el Elegido, sus más recientes confidencias las habían disipado por completo. Nuevamente Oerlikon tomó la palabra.

—Kiril —le dijo—, el pasado de nuestro pueblo es oscuro, y de él nos han llegado pocas historias transmitidas de boca en boca por los miembros de la estirpe real, los hijos de los hijos de los Primeros Nacidos. El mar se interpone entre nosotros y la primera tierra, entre nuestras vidas y las vidas de los que vinieron, de los que huyeron del gran cataclismo, de un terror siniestro. Las profecías de Barlok arrojan una cierta luz sobre nuestro pasado, pero cuidado, pues como te dije al entregártelas, no es evidente para el entendimiento de cualquiera de los mortales el mensaje que en

ellas se recogen. Pueden ser explicadas por cada persona de una manera diferente, mas solamente una interpretación de entre todas ellas es la correcta.

—¿Cómo podré entonces tener la certeza de cuál es el verdadero significado de las profecías? —inquirió Kiril.

—Eso nunca podrás saberlo —respondió Oerlikon—, ni yo mismo puedo afirmar con rotundidad que mis presunciones constituyen una verdad absoluta. Pero si alguien puede aproximarse a esa verdad, ése es el custodio del gran secreto. Y de la exactitud de sus adivinaciones, dependerá que se cumpla el destino escrito miles de centurias atrás en lo más profundo del firmamento.

—¿Por qué siempre afirmas que nuestro destino está escrito en las estrellas? —preguntó intrigado Kiril—. ¿Qué oculta relación que no alcanzo a comprender existe entre ellas y el destino de los hombres?

Oerlikon le miró a los ojos y sonrió al ver el brillante anhelo que en ellos se reflejaba por conocer el origen del mundo.

—Hoy esa correlación te será revelada, impaciente discípulo. Presta atención, pues así como yo te lo voy a contar, así me fue relatado, y así será como tú deberás narrarlo un día lejano al futuro Kliat nerlingo. Siempre y cuando —añadió—, sobrevivamos al oscuro y mortal poder de Zornik.

—Lo haremos —respondió con firmeza Kiril—, te aseguro que lo haremos.

—En el inicio de todas las cosas, en el tiempo del génesis creador —comenzó su relato Oerlikon—, el Único, supremo creador de todas las cosas, engendró a cinco espíritus puros a los que llamó Euphil, Eulur, Euquilur, Euwalur y Eubalil. A los cuatro primeros los dotó de alma masculina, para que con su fuerza, decisión y destreza dieran forma al mundo y a las criaturas que lo morarían. A Eubalil le otorgó alma femenina, y le encomendó la más importante y delicada de todas las tareas: con el amor y la bondad que el Único la había consagrado, debería engendrar un alma inmortal que diera vida a cada uno de los seres que en el mundo fuesen creados. Los cinco espíritus se afanaron en cumplir con dedicación las tareas que el Único les había encomendado, y crearon las montañas y los valles, las praderas y los bosques, los mares y los cielos, y los llenaron de bellas criaturas que engalanaban aquel edén de paz y hermosura. Fue entonces cuando entre dos de los espíritus puros, Euphil y Eubalil comenzó a fraguarse un profundo y recíproco amor. Euwalur, quien también anhelaba el amor de Eubalil y siendo rechazado por ella, creó a Amenur, el dios del viento, con el que trató de mantener a ambos amantes separados. Mas todos sus esfuerzos fueron baldíos, pues el amor de los dos espíritus puros culminó con el germen de una nueva vida que comenzó a latir en Eubalil. Entonces Euwalur, cuya codicia comenzó a oscurecer su noble espíritu, habló con el Único y, mediante ardides y engaños, le convenció de que Eubalil le había desobedecido, pues no satisfecha con las tareas que le habían sido encomendadas, decidió desafiar al Único creando nuevos espíritus puros en su seno. El Único montó en cólera, y creó el tiempo, y dictaminó que doce regulares ciclos de la luna separarían un invierno del

siguiente, y que trescientos sesenta días sería su duración. Y condenó a Eubalil a un horrible castigo: no podría dar jamás a luz en ninguno de los días del año, por lo que los espíritus que crecían en su interior jamás podrían nacer a la vida, ya que la creación de nuevos entes era una facultad que el Único solamente había otorgado a los cuatro espíritus puros de alma masculina.

—Pero si no me equivoco —le interrumpió Kiril quien escuchaba concentrado a Oerlikon—, los días del año no son trescientos sesenta, sino trescientos sesenta y cinco.

—En efecto —sonrió Oerlikon—, esos cinco días que echas de menos son el hilo conductor de este relato. Fíjate, Kiril, en cómo la luna cambia constantemente de forma, recorriendo el mismo ciclo empleando en ello el mismo número de jornadas.

—Así lo haré y discúlpeme, maestro —dijo viendo que había interrumpido al Kliat justo cuando iba a explicárselo.

—Euphil y Eubalil —continuó con su relato—, se sumieron en una inmensa pena al conocer la terrible condena a la que el Único les había sentenciado. Derramaron miles de lágrimas, y ése fue el origen de la lluvia. Y duró tantas lunas su dolor, que la inconsolable pena que los embargaba creó los lagos, ríos y mares en el mundo que Eulur, Euquilur y Euwalur moldeaban por aquellos días. Si bien la tierra fue hermosa en el inicio, cuando las verdes praderas contrastaban con el gris de las rocosas montañas, y bellas criaturas corrían por campos y bosques, una pequeña parte de ella comenzó a corromperse el día que el alma de sus creadores se oscureció al mentir al Único. Un oscuro y hediondo bosque fue creado al este de esa tierra, y extrañas criaturas nacieron en él y otras muchas abandonaron las verdes praderas para abrazar aquella bruna oscuridad. Entonces Eulur, Euquilur y Euwalur lo ocultaron a los ojos del Único bajo una gran nube gris, impenetrable incluso para los ojos de los dioses. Cada vez se sentían más atraídos por aquella maléfica tierra, y dejaron de lado la luz de la Tierra Verde y emplearon sus esfuerzos en esconder en ella a inmundas creaciones que ni la mente más oscura pudiera siquiera imaginar. Y disfrutaban viendo como aquellos seres luchaban entre sí, como su sangre era derramada y como bajo la luz de la luna abandonaban las brunas sombras del bosque para acechar y saciar su sed con las pacíficas criaturas moradoras de la Tierra Verde.

—Ese repugnante lugar que describes no puede ser otro que Bosque Salvaje —dijo Kiril.

—También a mi me lo dice mi corazón —asintió Oerlikon—. Durante aquellos días en los que la oscuridad nació en la Tierra Verde, Euphil discurrió una estratagema con la que burlar la condena que el Único le había impuesto a su amada Eubalil. Una noche huérfana de nubes, en la que las estrellas iluminaban con increíble fulgor el firmamento, se acercó a la luna y le retó a un juego de acertijos. Euphil y la luna pasaron toda la noche urdiendo cada vez enigmas más complicados e indescifrables, hasta que cuando los primeros rayos del alba iluminaron el universo, la luna debilitada en su ocaso, fue derrotada por Euphil quien reclamó como premio

la luz que al principio de la creación ella poseía. Desde aquel día sólo la luz de las estrellas y el reflejo del sol iluminan la cara de la luna muerta. Con ese preciado tesoro que había logrado, Euphil fabricó cinco días que añadió al año, en cada uno de los cuales Eubalil engendró a los Primeros Nacidos, a los que llamó Alkhor, Bilkhor, Celkhor, Helkhor y Bunkhor. Pero Euphil no logró la suficiente luz para completar el ciclo exacto de vida...

—¡Es cierto! —interrumpió Kiril de nuevo—. Según las enseñanzas de nuestro tarluk, cada cuatro años hay que añadir un día más a ese período, pues de lo contrario las estaciones se decalarían lentamente.

—En efecto, hijo mío —respondió complacido Oerlikon—. Veo que aprovechaste bien las enseñanzas de tu tarluk —y el Kliat siguió relatando la historia de los espíritus puros—. El Único se percató de los cinco nuevos días que habían sido creados y expulsó a Euphil y Eubalil de la morada celestial, quienes desterrados de su hogar, fueron a habitar una preciosa isla escondida a los ojos de las criaturas del mundo, inalcanzable desde cualquiera de las lejanas costas. Al ser desterrados del cielo, su inmortalidad fue desvaneciéndose, pero antes de perderla crearon a la criatura más bella que jamás hombre o bestia alguna habían contemplado. Un sublime e imponente caballo blanco de crines relucientes, que Amenur el dios del viento no podía evitar acariciar a cada instante, moldeándolas con su delicado aliento. Euphil y Eubalil hicieron que de la frente del caballo brotara un altivo cuerno de marfil cual retorcida columna, que guardaría para siempre el secreto de la inmortalidad en el mundo, y lo llamaron Unicornio. El Único, viendo que la obra de Euphil había quedado truncada, creó la luz necesaria para completarla, pero a cambio de esa concesión condenó a la enemistad a los Primeros Nacidos. Entonces Eubalil construyó una casa de reunión y concordia, a la que llamó Lothikaton, y cada vez que los Primeros Nacidos se enfrentaban, los congregaba en aquella morada en la que siempre lograban arreglar sus diferencias. Euwalur no contento con ser el predilecto del creador, ya que ansiaba poseer el amor de Eubalil, llamó a Eulur y Euquilur para conspirar contra los dos amantes desterrados, que ahora felices, vivían en su oasis de fraternidad. Allí los Primeros Nacidos crearon a los cinco clanes que como una diminuta flor, crecían lentamente en medio del océano de lágrimas que un día Euphil y Eubalil derramaron.

—Los Primeros Nacidos fueron los fundadores de nuestros clanes y nacieron del amor de Nerlingua, pues sin duda ella y no otra es Eubalil —reflexionó en voz alta Kiril aprovechando un instante en el que Oerlikon se detuvo para recuperar el aliento—. ¿Qué ocurrió con los tres espíritus traidores? ¿Qué fue de Euphil y Eubalil? —preguntó ansioso.

—Los días y los años pasaron —continuó Oerlikon—, y el alma de los tres renegados se oscureció por completo. El Único descubrió su traición y también los desterró de la morada celestial, desposeyéndoles de todos sus dones privilegiados. Euwalur presa del odio y de la cólera descendió vertiginoso desde lo más profundo

del universo en un vuelo mortal con el que pretendió segar para siempre la vida de su deseada Eubalil. Sin embargo Euphil lo sorprendió y ambos entablaron una terrible lucha a muerte que duró varias lunas. Euwalur mató finalmente a Euphil, pero éste también lo hirió de muerte. En su agonía, Euwalur convocó a sus dos hermanos desterrados y antes de morir les ordenó destruir aquella isla en la que el amor de Euphil y Eubalil había florecido y perseguir a toda su descendencia hasta que no quedara rastro de ella en la faz de la tierra. También les previno que deberían buscar sin descanso el secreto de la inmortalidad que los dos amantes habían escondido, pues hasta entonces deberían morar en cuerpos mortales en el destierro al que el Único les había condenado. Ésas fueron las últimas palabras de Euwalur, que inmediatamente fueron cumplidas por Eulur y Euquilur, quienes levantaron una inmensa ola de sangre frente a la isla de los Primeros Nacidos, una colosal pared de piedra a punto de derrumbarse sobre una frágil cabaña de madera. Fue entonces cuando el Unicornio se colocó frente a aquella ola sangrienta y, embistiéndola con todas sus fuerzas, acabó con ella disgregándola en miles de diminutas gotas de sangre. Eulur y Euquilur fueron arrastrados por un huracán que brotó de la boca encolerizada de Amenur, pues todo lo que aquellas gotas tocaban se marchitaba, y el Unicornio perdió sus crines y cabellos y el dios del viento jamás pudo volver a acariciarlas. Y aquella fértil tierra se corrompió y los hijos de los Primeros Nacidos tuvieron que partir solos hacia el oeste, pues Alkhor, Bilkhor, Celkhor, Helkhor y Bunkhor dieron su vida protegiendo a sus descendientes de las mortíferas gotas de sangre. Cuando el Único contempló desde lo alto del firmamento el horror y el dolor que en el nuevo mundo acontecía, comprendió que Euwalur le había engañado desde un principio, y que los Primeros Nacidos sólo habían sido el fruto del amor de Euphil y Eubalil. Perdonó a Eubalil y, devolviéndole su inmortalidad, la acogió nuevamente en su morada. Ella rogó al Único que a partir de ese día nunca más volviera a pronunciar el nombre de Eubalil, pues por toda la eternidad permanecería enterrado junto a su amante fallecido. A partir de entonces se llamaría Nerlinguia, pues el amor que a Euphil ya nunca podría entregar, lo repartiría entre el pueblo de los Primeros Nacidos, del cual en ese luctuoso día tomaba su nuevo nombre. El Único aceptó el ruego de Nerlinguia y ya nunca volvió a pronunciarse en la morada celestial el nombre de Eubalil. Y desde el día innombrable, en el que nuestro pueblo inició el éxodo hacia Tierra Conocida, los espíritus oscuros tratan de descubrir el lugar donde se oculta el sagrado Unicornio. Su cuerno les dará la inmortalidad, controlarán el tiempo, consiguiendo que en ellos se detenga. A medida que transcurran las centurias, el mal atará cada vez más y más a los espíritus oscuros a este mundo, y ansiarán la inmortalidad no ya para volver a la morada celestial junto al Único, sino para cubrir la tierra de su negro hálito de muerte. La sombra presidirá el día y la maligna luz de la luna alumbrará la nocturna oscuridad.

—¿Qué fue del Unicornio? —preguntó Kiril—. ¿Murió en la ola de sangre o sobrevivió a ella? En las profecías de Barlok se dice que la sagrada bestia a un arcano

refugio emigrará, y que su poder un tamaño colosal alcanzará, aunque su belleza menguará.

—El Unicornio sobrevivió —respondió Oerlikon—, y para huir sin ser descubierto se transformó de una manera inversa a como la oruga lo hace en crisálida. Se desprendió de todo signo exterior de belleza. Renegó de sus preciosas crines, renunció a sus esbeltas patas, se despidió de su elegante cuello, empequeñeció sus brillantes ojos, pero su cuerno de la inmortalidad, su gran poder, se multiplicó, llegando a ser tan poderoso como nunca antes lo había sido. Se sumergió bajo las aguas y nadó durante interminables jornadas hasta llegar al lugar donde el gran azul y el gran blanco se funden en uno solo, donde habita la colonia de narvales entre los que se oculta el Unicornio sagrado, en el Mar de Cristal.

—Narvales, el Mar de Cristal... —Kiril fantaseaba como si estuviera a bordo de *La Sirena de los Mares* escuchando de boca del capitán Falk increíbles historias de osados marineros.

—El Mar de Cristal, allí es donde se esconde la bestia sagrada —le desveló Oerlikon—. Allí mora oculta en compañía de otros narvales, aunque sólo su cuerno esconde el gran poder inmortal.

—¿Qué es un narval? —preguntó desorientado Kiril.

—Pocos son los que saben de su existencia —respondió Oerlikon—. Sólo osados marineros que se hubieran adentrado profundamente en las heladas aguas septentrionales del Mar del Este, persiguiendo alguna solitaria ballena, quizás pudieran haberlos avistado. El narval es un gran cetáceo que mide más de trece pies, sin contar su largo apéndice en forma de cuerno que puede alcanzar seis pies de largo. Su cuerpo es de color pardo decorado con un raro moteado, su vientre está manchado en gris. Vive en aguas muy frías, en pequeños grupos o colonias.

—¿Cómo podría distinguir al Unicornio del resto de los narvales? —preguntó Kiril.

—¿Acaso vas a poner rumbo al Mar de Cristal? —preguntó sonriendo Oerlikon.

—No, pero me gustaría saberlo —respondió Kiril.

—Nadie lo sabe, pues nadie lo ha visto desde que huyó de la gran isla —dijo Oerlikon—. Que la bestia habite en el Mar de Cristal es una cábala sin respuesta, al igual que su transformación en un narval, pero tras centurias de estudio de las profecías de Barlok, grandes y más sabios Kliat que este hombre menor que ahora te habla llegaron a esa conclusión. Hijos de los Primeros Nacidos que aún conservaban intacta la sabiduría de sus progenitores y el halo de divinidad que a ellos les envolvía.

Kiril aceptó sin reparos la respuesta de Oerlikon, ya que no sería él, un joven ignorante e inexperto, quien se atreviera a rebatir las reflexiones de los descendientes de dos espíritus puros.

—Tú, mi joven aprendiz, ya has probado el poder del cuerno del Unicornio —le reveló Oerlikon inesperadamente ese secreto.

Kiril quedó aturdido al oír aquellas palabras.



—¿Cuándo? —preguntó desconcertado.

—En la pócima que mandé preparar a Enna, la cual afortunadamente logró sanarte —respondió Oerlikon—. Por lo que volviendo al principio de nuestra conversación, hace muchos inviernos que he aguardado ansioso este momento, aunque he de confesarte que no eras tú la persona a la que esperaba tener frente a mí —y sonrió mientras Kiril lo miraba admirado—. Nadie más que tú puede ser ahora el Kliat y custodio del secreto.

—Pero mientras tú sigas vivo podrás seguir siéndolo —dijo Kiril.

—No una vez que alguien diferente al Kliat ha paladeado los retazos de la eternidad —le respondió—. Ése es un precepto de obligado cumplimiento que el custodio debe acatar. Sobre esta y otras cuestiones fui instruido muchos tiempo atrás por Eurulf, el antiguo Kliat del sexto clan, mi mentor y predecesor. A su vez él fue adiestrado por hubhan, e Ixubhan lo fue por Orbrais, y Orbrais por Thelemor, y Thelemor por Thinguiol, y así compondríamos una larga sonata de ilustres nombres hasta llegar a Barlok, el nigromante blanco y primer Kliat nerlingo.

—Pero tú no puedes renunciar a ese honor —le rogó Kiril—. Todavía no he terminado mi aprendizaje, y no sé si dispondré del tiempo suficiente para completarlo. Como dijiste lunas atrás, el mal avanza imparable hacia los cuatro puntos cardinales, por lo que debemos apresurarnos a levantar en armas a todo hombre libre y formar un ejército con el que hacer frente a Zornik.

—Acertadas son tus reflexiones —le respondió Oerlikon—, por lo que puede que durante un tiempo las tome en consideración. Pero debes saber que ahora tú eres el custodio del secreto del Unicornio.

—Te agradezco que generosamente me ofrezcas ese tiempo —respondió Kiril—, pero de él tú eres merecedor por tu largo sacrificio.

—También acertadas son tus consideraciones —añadió Oerlikon—. Ellas no hacen sino convencerme de que la difícil elección que tuve que tomar la noche en la que la muerte visitó tu alcoba, no fue equivocada. Mas aún debes saber algo, aunque no creo que logre sorprenderte —habló enigmáticamente Oerlikon—. Sospecho que los espíritus oscuros de Eulur y Euquilur moran en el cuerpo de Zornik.

—“Una misión les ha encomendado, en un solo espíritu aunaros, encontrar el secreto mejor guardado” —repitió Kiril las frases que Barlok sentenció en la primera de sus profecías—. Y todas esas referencias al gran lobo. El emblema del ejército groning es un gran lobo negro...

—En efecto, Kiril —contestó Oerlikon—. Sólo matando a Zornik conseguiremos que los espíritus malignos abandonen su cuerpo y se expongan a la muerte. Pero recuerda estas palabras de Barlok al final de la primera profecía: “Cúidaos de los espíritus oscuros, pues irrefrenables son sus ansías cuando etéreos por el aire acechan. Sin remedio vuestra carne trémula será codiciada y sin posible resistencia será poseída”.

—“Solamente en tierra yerma podrán desvanecerse —Continuó Kitil—,

pues ni hombre ni bestia en ese crítico lapso podrán poseer. Sí tras volar dos veces el doble de dos docenas de dobles huellas ser vivo alguno no lograra dominar, el maligno parásito un último y terrible estertor proferirá, y entre llamas y brunas cenizas se consumirá” —finalizó.

—Recuerda que ni hombre ni bestia deberán poseer —le explicó Oerlikon—. Mas por las noticias que a mis oídos han llegado, Zornik nunca se separa de su endemoniado halcón...

—Llegado el momento encontraremos la forma de acabar con ellos —sentenció Kiril.

—Hay una última cuestión que me preocupa —dijo Oerlikon.

—Maestro, en mi mente ya no hay lugar para una nueva confesión —dijo cansado.

—Cierto es que nuestra conversación ha sido densa y provechosa —respondió Oerlikon—, y entiendo que en tu mente se entremezclen todas y cada una de las palabras que de mi boca hoy han brotado, pero creo necesario compartir contigo esta última cuestión.

—Te escucho —le dijo Kiril aceptando la sugerencia del Kliat.

—Cuando probaste el cuerno del Unicornio —dijo levantándose de la silla—, no sólo yo pude sentir en mi interior que el gran poder había sido utilizado. También los espíritus oscuros percibieron que el sagrado secreto había sido revelado —y Kiril se acurrucó atemorizado en su silla—. Desde el éxodo de la primera tierra el gran poder no había vuelto a ser empleado. Tú el Elegido, el último descendiente de la estirpe real, con el Unicornio te has fundido. Esto es lo que Zornik y los espíritus que lo dominan codician —y acercándose a la estatua de Alkhor, destapó la parte superior del báculo y extrajo el largo tubo de cristal repleto de un polvo blanco que en él se ocultaba—. Por ello los vientos de destrucción barren hasta el último rincón de Tierra Conocida —dijo mientras mostraba a Kiril las limaduras de cuerno de Unicornio—. En esta vasija de cristal no hay cantidad suficiente para devolver la inmortalidad a uno de esos espíritus, aunque quizás un hombre podría vivir más inviernos de los que tu mente pueda imaginar si tomase todo su contenido. Lo que aquí te muestro es la prueba fehaciente de que la bestia vive, pues el polvo blanco de esta vasija se hubiera transformado en inertes cenizas, como un árbol en llamas, si el Unicornio no morase ya en este mundo. Es la prueba que Zornik ansiaba encontrar, una señal largamente esperada, y que ahora le conducirá irremisiblemente hacia Caterziveen. No fue el acérrimo odio hacia nuestro pueblo el que le impulsó a atacar Lothikaton, sino lograr que la profecía de Barlok se cumpliera, para así a través del camino seguido por el Elegido, encontrar a la sagrada bestia.

Kiril cayó sumido en una profunda desesperanza. Él, quien confiaba en salvar a su pueblo encontrando al sexto clan, no había sido más que un mero instrumento dentro del gran plan que Zornik había urdido para descubrir el escondite del Unicornio. Si decenas de veces había maldecido a Torko por entregar en bandeja de

plata la vida de miles de nerlingos a Zornik, ahora era él quien renegaba de sí mismo por haber revelado el lugar donde los custodios del secreto se ocultaban. Ya nada podría detener al Rey brujo para llegar a las tierras orientales y descubrir con sus maléficos ardidés la guarida del narval, el lejano Mar de Cristal.

—No debes torturarte —le habló Oerlikon tratando de devolverle el ánimo perdido—. Tarde o temprano el mundo de los hombres debía enfrentar el oscuro destino al que Euwalur nos condenó. Alégrate por ser uno de los escogidos que lucharán por revertir sus infames augurios.

—Gracias por tus palabras de aliento —respondió Kiril—. No me arredraré ahora que tengo en mi mano la oportunidad de devolver la paz a este mundo y desterrar la sombra más allá del inframundo. Mi espada luchará al lado de todos aquellos que reúnan el coraje para hacer frente a la maldición de Euwalur.

—Ésa es la fe y la bravura que nuestro pueblo necesita de ti —dijo orgulloso Oerlikon y devolvió la vasija de cristal al báculo de mando—. Por hoy ha sido suficiente —dijo concluyendo su charla diaria con Kiril—. Estoy hambriento —y se frotó el estórnago—, ¿me acompañas a cenar? —preguntó al joven alko.

—Por supuesto —respondió Kiril—. Ya no recuerdo cuál fue el último alimento que llevé a mi boca —y los dos nerlingos sonrieron.

Oerlikon abrió la puerta y ambos salieron de la estancia. Las luces se habían atenuado en Caterziveen, señal de que la noche había llegado. Caminaron en silencio por los pasillos, mientras Kiril reflexionaba sobre los misterios que hoy Oerlikon le había desvelado. Pero unas sombrías palabras retumbaban ahora en su mente provocándole un gran desasosiego:

El gran lobo acecha en cada vereda y recodo del camino, y ya nunca descansará hasta haber paladeado la sangre del último de los mortales, aquél que le guíe a la guarida de la bestia sagrada donde poder arrebatárle su divino poder.

## El demonio gris

Los cuatro elothas renacidos a la vida, corrían hacia el norte del valle impulsados por el viento de la libertad. Guiados por Gródolas, cruzaron una extensa arboleda colindante a un campo repleto de helechos y descendieron por un pronunciado declive del terreno que les condujo hasta una hedionda ciénaga. Tuvieron que sortear a ciegas aquel páramo enfangado, en el que a punto estuvo Henk de quedar atrapado en sus lodos. Después, avanzaron hacia el este a través de una pradera de fina hierba hasta alcanzar una colina, a la que treparon por su suave pendiente, huérfana de vegetación que pudiera cobijarles.

Cuando los fugitivos hollaron la ladera, dos caprichosas nubes de algodónada textura decidieron corretear por el firmamento dejando la luna al descubierto que, aletargada por su suave caricia, tardó en proyectar al Valle de los Elothas la luz que la estrella del día generosamente le prestaba cada noche.

—¡Rápido, agachaos! —reaccionó con presteza Gródolas—. La luz de la luna recortará nuestras siluetas en esta yerma cumbre.

Ingvar, Vladas y Henk obedecieron al instante al norteño, tendiendo sus exhaustos cuerpos sobre la fría y suave hierba primaveral. Sentían el potente palpitar de sus corazones al tiempo que su pecho se hinchaba cadenciosamente tratando de recuperar el resuello.

Contemplaron a lo lejos, alumbrados por la tenue luz de aquella penetrante oscuridad, el límite septentrional de la Cordillera Savakien.

—Allí es a donde nos dirigimos —susurró Gródolas—. Borearemos la Savakien y abandonaremos territorio groning. Después caminaremos aproximadamente veinte millas en paralelo a sus faldas, ocultos a los ojos de las patrullas de soldados que pudieran vigilar la zona. A partir de ese punto cruzaremos las mesetas despobladas del norte hasta llegar a las Tierras Frías.

—Lo conseguiremos —les animó Vladas—. No se observa actividad de los ejércitos de Zornik en estas latitudes —dijo mientras contemplaba los despoblados llanos que conducían al límite de la cordillera.

—No debemos confiarnos —le respondió Gródolas—. Hasta que no crucemos al otro lado de esos picos no respiraré tranquilo. Transitaremos por un llano desnudo hasta llegar a sus faldas corriendo el peligro de ser descubiertos.

Gródolas se giró sigilosamente para contemplar las minas auríferas, ahora difusas sombras que se camuflaban en el corazón del valle. A lo lejos logró divisar las primeras arboledas de Bosque Frío, malignamente iluminadas por la luz de la traicionera luna.

—Hacia allí huimos inviernos atrás —musitó abatido a sus compañeros—. Sólo yo sobreviví a aquella fuga. Que Olión vele para siempre la tumba de Mindrukas en las minas de oro y que acoja en su morada las almas de los nueve compañeros que perecieron en Bosque Frío.

—Esta vez Nerlinguia y Olión nos protegerán —trató de animarle Ingvar mientras perdía su mirada en el este de Tierra Conocida.

—Gródolas —dijo Henk—, es hora de continuar. Muéstranos el camino.

El hombre de Tenkolmar apartó de su mente aquellos dolorosos recuerdos y, con renovada ilusión, se lanzó ladera abajo desapareciendo como un espectro en la bruna oscuridad. Ingvar, Vladas y Henk le siguieron cegados por el oscuro manto de la noche. Las nubes cubrieron de nuevo el firmamento, y la luna viajó a lo más profundo de la bóveda celeste para robar parte de su luz a las refulgentes y adormecidas estrellas.

Gródolas corría como un joven corcel por las extensas praderas del llano. Sus tres compañeros le seguían a duras penas guiados por sus fuertes resoplidos y el vigor de sus pisadas. Vladas y Henk tropezaron varias veces en la oscuridad dando con sus huesos en el suelo, pero prestos volvían a levantarse continuando aquella desafortunada galopada. La tela que cubría la herida de Henk se desprendió en uno de sus traspiés y el norteño tuvo que arrancar un jirón de la camisola para volverla a cubrir, pues de nuevo comenzó a manar sangre por ella.

Las nubes jugaban traviesas en el cielo de aquí para allá, desconcertadas por el voluble viento noctámbulo que ora soplabla del este, ora soplabla del oeste. Hastiadas de aquel pasatiempo, decidieron permanecer agrupadas hasta que la luz del sol les anunciase la llegada de un nuevo día. Para entonces los cuatro fugitivos ya habían logrado recorrer los llanos lindantes con la Cordillera Savakien, alcanzando por fin su límite más occidental. Frente a ella se detuvieron, contemplando su silueta perfilada frente al cielo, el nacimiento de la gigantesca escalera de piedra que brotaba desde las entrañas de la tierra y que parecía mostrarles el camino hacia la morada de los dioses. Era la puerta a su salvación.

—El recuerdo de las Montañas Nerlingas acude ahora a mi memoria —dijo Ingvar con melancolía—. Aquel paso que no pude franquear el día en que el cruel destino me separó de Oyvind y mis amigos.

—No te aflijas, Ingvar —le dijo Vladas—. Esta vez el destino está de nuestro lado, y te prometo que juntos atravesaremos esta muralla de piedra que emerge frente a nosotros —y apoyó su mano sobre el hombro del alko.

—Vamos, amigos —dijo Gródolas—. La libertad nos espera al otro lado —y decidido caminó hacia la emergente montaña que pocas millas más al sur se erguía desafiante como un coloso infranqueable.

Los cuatro hombres treparon por la ladera y cruzaron al otro lado, descendiendo velozmente hasta las faldas orientales. Sin volver hacia atrás sus miradas, emprendieron una dura marcha hacia las Tierras Frías en busca de una nueva esperanza: resucitar la vieja Alianza de Tenkolmar.

Caminaron en paralelo a las montañas como Gródolas les había indicado. Su marcha enseguida se vio ralentizada por un frondoso bosque que se extendía hacia el sur, a través del que viajarían ocultos a los ojos de quienquiera merodease por aquellas tierras. A veces se detenían unos instantes para observar aquella meseta que parecía no tener fin, y se preguntaban si su límite no sería el mismísimo Mar del Este. Las interminables praderas parecían estar completamente despobladas, pues ni siquiera lograron avistar la frágil luz de una luciérnaga.

Cuando las piernas comenzaban a flaquearles, Ingvar se detuvo repentinamente:

—Alto —dijo en voz baja el hijo del trueno—. Deteneos.

—¿Qué ocurre? ¿Estás cansado? —preguntó Gródolas anhelando obtener una respuesta afirmativa.

—Silencio —les hizo callar Ingvar—. Algo o alguien nos sigue.

—Yo no oigo nada —le contestó Vladas.

—Yo tampoco —dijo Henk.

—Escuchad, ¿no lo oís? —preguntó Ingvar.

—Sigo sin oír nada —dijo Vladas.

—Ahora se ha parado —dijo Ingvar—. Se ha percatado de que nos hemos detenido. Nos sigue a corta distancia.

—Serán imaginaciones tuyas —dijo Gródolas—. ¿No habrás escuchado el eco de nuestras pisadas?

—Te aseguro que no —respondió nervioso Ingvar intentando descubrir a través de la oscuridad quién acechaba su retaguardia—. Está muy cerca de nosotros.

—No te esfuerces en tratar de descubrir a tu fantasma —dijo Vladas—. Aunque realmente existiese no lograrías distinguirlo entre las sombras del bosque.

—Os digo que no es ningún fantasma —replicó contrariado Ingvar.

—Yo te creo —le dijo Henk—. En la añorada Celkoburgo llegaron a mis oídos las prodigiosas habilidades de los gemelos alkos.

—¿Qué habilidades? —preguntó intrigado Gródolas.

—Cuéntaselo tú, Ingvar —dijo Henk.

—Oyvind y yo vinimos al mundo una noche en la que una terrible tormenta azotaba Alkoburgo —comenzó su relato Ingvar—. Nuestra madre, a punto de alumbrarnos, estaba aterrorizada; no por el miedo al dolor de un parto múltiple, sino por los estremecedores fogonazos de los relámpagos y las ensordecedoras explosiones de los truenos. Aún al abrigo del vientre materno percibimos ese desasosiego que la paralizaba y una extraña fuerza nos empujó a saludar al mundo en aquella tenebrosa noche en la que parecía que el cielo fuera a desplomarse sobre la tierra. Oyvind fue el primero en nacer y, al abrir sus ojos azules cubiertos por las lágrimas de un desconsolado llanto, contempló el fabuloso resplandor del relámpago más poderoso que jamás el cielo haya enviado. A continuación nació yo, y fui recibido por el rugido del inseparable trueno que acompañaba al relámpago. Nuestro padre nos colocó en cada extremo de la cama flanqueando a nuestra madre, y ella, al rodearnos

con sus brazos, se sintió reconfortada y se calmó. Jamás volvió a temer a ninguna tormenta por temible que ésta fuera. Dicen que en premio al sosiego que transmitimos a nuestra madre, los dioses nos otorgaron un don privilegiado a cada uno de nosotros: a Oyvind le concedieron una vista solamente comparable a la de un elfo, capaz de divisar una ardilla en lo alto de aquellas montañas; a mí me otorgaron un fino oído con el que podría escuchar las pisadas de una hormiga a una milla de distancia. Desde entonces nos llamaron los hijos del relámpago y el trueno, en honor a la enojada deidad que provocó aquella tormenta.

—Una preciosa historia que contar a tus nietos —dijo Gródolas bromeando—. Pero yo sigo sin escuchar nada. No obstante tomaremos precauciones —dijo para no ofender a Ingvar—. Caminaremos en silencio. Si Ingvar vuelve a escuchar esas pisadas nos detendremos y volveremos sobre nuestros pasos para descubrir a quienquiera nos siga. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Sí —respondieron Vladas y Henk, e Ingvar finalmente asintió refunfuñando.

—Entonces adelante —dijo Gródolas—. Continuaremos avanzando hasta el alba. Después buscaremos un sitio seguro en el bosque donde dormir —y a duras penas sus desfallecidas piernas reemprendieron la marcha.

El grupo continuó su lento caminar por el bosque, sorteando con dificultad en la oscuridad los numerosos árboles que se cruzaban en su camino, describiendo un continuo zigzagueo que entorpecía su travesía. El sueño comenzó a apoderarse de ellos. Sus ojos se empeñaban en cerrarse y debían realizar un enorme esfuerzo para evitar adormilarse.

Tardaron en recorrer apenas un par de millas a tientas en la oscuridad. Ingvar seguía escuchando aquellas pisadas a sus espaldas que se habían ido aproximando cada vez más.

—Gródolas, Vladas, Henk —dijo en voz baja—. Deteneos. Sigo oyendo esas pisadas.

—¿Estás seguro? —preguntó Gródolas.

—Sí, lo estoy —respondió intranquilo Ingvar—. Quien sea que nos sigue cada vez está más cerca de nosotros.

—¿Quién podría perseguirnos? —preguntó Henk.

—No estoy seguro, pero creo que no es humano lo que nos acecha —contestó Ingvar.

—¿Alguna bestia del bosque? —preguntó Gródolas.

—Podría ser un oso, o un lobo errabundo —añadió Vladas. Ingvar no contestó a la pregunta, y continuó escrutando con su mirada en lo más profundo del bosque.

—Si Oyvind estuviera con nosotros... —dijo lamentándose de no poder contar con la élfica vista de su hermano.

—Está bien —dijo Gródolas—. No me gusta que amenacen mi retaguardia. Nos dividiremos en dos parejas. Ingvar y Henk por un lado y Vladas y yo por otro. Caminaremos un cuarto de milla manteniéndonos separados unos pasos de distancia

hasta dar con ese fantasma. Si no logramos encontrarlo, lo mejor será detenernos a descansar, pues quizás sea el agotamiento el que esté provocando que tu mente delire, mi querido Ingvar.

—Te aseguro que no estoy delirando —respondió el alko—. Deberíamos armarnos con ramas y palos por si ese fantasma nos sorprende —finalizó con sarcasmo.

Gródolas, Vladas y Henk siguieron el consejo de Ingvar y se proveyeron de ramas caídas a modo de alabardas. Armados con ellas volvieron lentamente sobre sus pasos, caminando sigilosamente, desconcertados por cada una de las sombras que parecían cobrar vida propia en la oscuridad de aquel tenebroso bosque.

Sobresaltados a cada pisada con la que quebraban las finas ramas desprendidas durante el invierno por el peso de la nieve, se giraban nerviosos a diestra y siniestra tratando de descubrir una silueta que se moviese en aquel escenario de sombras aviesas. El corazón de Ingvar comenzó a latir con fuerza al percibir que el fantasma se había detenido. A cada paso que daban se acercaban un poco más al lugar desde donde éste les acechaba.

—Se ha parado —musitó Ingvar—. Estamos muy cerca de él. Tened cuidado.

Gródolas y Vladas apenas si escucharon el susurro del alko y continuaron avanzando con precaución en la penumbra.

—He visto algo —dijo Henk—. Un reflejo blanco unos pasos a la izquierda —y sin esperar a Ingvar corrió hacia unos frondosos arbustos que escondían la base de los troncos de una comunidad de robles.

—Espera, Henk... —le dijo Ingvar pero el celko ya se había alejado entre las sombras—. Gródolas, Vladas —llamó inquieto a los hombres de Tenkolmar—. Venid aquí, Henk ha encontrado algo.

Al cabo de unos instantes los norteños llegaron a la posición de Ingvar.

—¿Qué ocurre? —preguntó alterado Gródolas.

—Henk —dijo Ingvar—. Vio un reflejo y corrió en aquella dirección. Vamos tras él, no podemos dejarle solo. Hay que permanecer agrupados.

Los tres fugitivos caminaron veloces guiados por Ingvar en busca de su amigo Henk. Aliviados adivinaron su silueta reclinada frente a los arbustos a unos quince pasos de distancia. El celko, que oyó sus pisadas, se volvió y les mostró algo en su mano que destacaba en la negra oscuridad.

—Mirad —les habló desconcertado—. Es la tela que Gródolas me dio en el Nortaud para cubrir la herida de mi frente. No lo entiendo, lo perdí en los llanos tras descender la colina desde la que contemplamos las minas de oro. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—¡Maldición! —exclamó Gródolas—. Una bestia ha seguido el olor de tu sangre.

Repentinamente Ingvar volvió a oír el sonido de aquellas pisadas tras los árboles que ahora se erguían amenazantes frente a Henk.

—¡Henk! —gritó Ingvar—. ¡Sal de ahí! ¡Corre! —exclamó desesperado.



Henk escuchó un crepitar de ramas secas que se quebraron bajo vigorosas pisadas y sintió como los arbustos se agitaban a su espalda. Se giró instintivamente en esa dirección y, antes de que pudiera reaccionar, un demonio de grises crines saltó sobre él, desgarrándole con sus potentes mandíbulas el rostro. El cuerpo del celko cayó inerte de espaldas al suelo mientras aquella bestia maligna devoraba con crueldad la cabeza del nerlingo.

—¡Wolkur, wolkur! —gritó Gródolas atemorizado recordando la tragedia vivida en su primera fuga a Bosque Frío.

—¡Henk! —gritó desconsolado Ingvar, pero el celko no contestó, pues yacía desfigurado por el ataque de la bestia.

El wolkur alzó su cabeza mientras la sangre de Henk chorreaba por sus fauces y, aún sediento de muerte, con sus ojos iracundos desafió a los tres fugitivos. Conmocionados por la muerte del celko, instintivamente retrocedieron unos pasos ante el enorme demonio plateado, un gran lobo gris engendrado y adiestrado en la maldad por los criadores de wolkurs en el palacio de Zornik. Antiguo macho dominante de las manadas de Bosque Frío, había sido expulsado de aquellas tierras por la pujante juventud de un nuevo semental, y ahora tendría que vagar hasta el fin de sus días en busca de un nuevo dominio en el que reinar.

—Nos seguiste atraído por la sangre nerlinga, maldito engendro del averno. Pagarás con tu vida la muerte de mi amigo —le retó enfurecido Ingvar—. Tu preciosa piel plateada adornará mi cama en Alkoburgo —y enfebrecido se lanzó gritando contra el wolkur.

—¡Aguarda, Ingvar! —le gritó Gródolas.

Pero Ingvar no escuchó las palabras del norteño y esgrimiendo su lanza de madera corrió contra el demonio gris. El wolkur rugió complacido aceptando el desafío del alko mientras escupía sangre y saliva por la boca. Tensó todos los músculos de su cuerpo y con un increíble salto se lanzó sobre Ingvar. El alko clavó sus rodillas en la tierra y, elevando su pica, la hundió en el cuerpo del wolkur cuando la bestia caía ferozmente sobre él. Ingvar y el demonio gris rodaron violentamente por el suelo. Gródolas y Vladas se apresuraron a dar el golpe de gracia al wolkur, que finalmente pereció ensartado por los palos de los fugitivos. Sin embargo, aún tuvo fuerzas antes de morir para revolverse dando un zarpazo en el cuello a Ingvar.

—¡La bestia ha muerto! —exclamó Vladas.

—¡Ingvar! ¡Dime algo, amigo mío! —le zarandeó nervioso Gródolas en el suelo viendo que sangraba por el cuello.

—Estoy bien —respondió Ingvar aún aturdido por el encontronazo con el Wolkur.

—Toma esto y apriétalo contra el cuello —le dijo Gródolas—, o te desangrarás por esa herida.

—Yo me pondré bien —respondió Ingvar—, pero Henk ya nunca más volverá a abrir sus ojos —y los tres fugitivos contemplaron el cuerpo del celko mutilado por el ataque del demonio gris.

Arrancaron unos arbustos y recogieron piedras y ramas caídas bajo las cuales dieron sepultura al cuerpo de Henk. Rezaron sentidas oraciones a Olión y Nerlinguia por el alma de su amigo, quien ahora disfrutaría de su merecida libertad en la morada celestial de los Primeros Nacidos.

Ingvar cercenó la cabeza del wolkur y, arrancándole todos los dientes de sus fauces, la dejó ensartada en un palo junto a la tumba de Henk. Desde aquel día no hubo bestia o alimaña que rondase por aquellas tierras que se atreviese a profanar la tumba del celko perturbando su eterno descanso. El hijo del trueno engarzó un collar con los dientes de la bestia, y lo lució desde entonces ostentosamente junto a las cicatrices que el demonio gris le dejó como recuerdo, provocando el temor y el respeto de todos sus enemigos.

Después de dar sepultura a Henk, los tres fugitivos comprobaron que no hubiese más wolkurs por los alrededores. Ingvar no volvió a escuchar otros sonidos que el de los pájaros que comenzaban a despertarse ante la inminente llegada del alba. Abandonaron para siempre la tumba de Henk en aquel rincón del bosque y siguieron caminando hasta que los primeros rayos de la aurora iluminaron por oriente las extensas mesetas del norte. Tristes y agotados se detuvieron en una franja del bosque donde los árboles se apretaban hasta abrazarse con sus ramas y, cobijados bajo ellas, se entregaron a un merecido descanso. El recuerdo del rostro de Henk devorado por el demonio gris les perseguiría en los sueños de las lunas venideras.

## Campanas en la tormenta blanca

**A**gotado tras cabalgar sin descanso por los fértiles valles que jalonaban la travesía iniciada lunas atrás en las veredas del Camino del Oeste, Oyvind decidió muy a su pesar detenerse para pasar la noche al abrigo de un inmenso hayedo. Su exangüe corcel agradeció infinitamente que por fin el alko se decidiera a darle un merecido descanso, pues durante todo el trayecto le había espoleado como si huyeran perseguidos por un demonio de los Días Antiguos. En escasamente tres jornadas, habían recorrido en paralelo todo el curso del Taquakland, consiguiendo que la agotada bestia pareciese por momentos volar en vez de galopar sobre aquellos vergeles.

Oyvind dio de beber a su caballo, mientras él apenas si probó un sorbo de agua y comió un pedazo de pan reseco acompañado de una fina rodaja de queso. Exhausto se tumbó en el suelo y, acurrucado junto a su caballo, jinete y montura cayeron rápidamente en un profundo sueño. Desde que el joven alko abandonase Caterziveen, solamente el recuerdo de su hermano Ingvar ocupaba su mente. Él era ahora la estrella polar que guiaba su destino.

La mañana amaneció sacudida por un frío viento del norte que no auguraba buenos presagios para las lunas venideras. El solsticio invernal había dejado paso al equinoccio de primavera, pero en un último esfuerzo por resistirse a abandonar Tierra Conocida, parecía aprestarse a dejar un postrero presente en forma de gran manto blanco en su obligada despedida.

Antes de que el primer rayo de luz asomase por el sereno oriente, Oyvind ya había ensillado su caballo continuando con su frenético cabalgar. A pesar del incómodo viento septentrional, prosiguió hacia el norte siguiendo el serpenteo de la majestuosa Cordillera Savakien. Buscaba encontrar un paso por el que poder franquearla sin tener que ascender hasta sus afiladas y traicioneras cumbres.

A mediodía, cuando las negras nubes provenientes de las Tierras Frías cubrieron el cielo por completo, Oyvind alcanzó una franja del territorio en la que la altitud de las montañas descendía progresivamente. Sin embargo, en apenas media milla de distancia y de forma simétrica, el terreno volvía a elevarse, erigiéndose nuevamente las montañas grandiosas e infranqueables ante los ojos del agotado viajero.

Obstinado en su desesperada búsqueda, tomó la determinación de continuar recorriendo el camino que le condujese hasta su hermano preso y, sin más demora, encaró el paso que cruzaba la cordillera. Su caballo relinchó, exigiendo un merecido descanso que el alko no estaba dispuesto a concederle. En ese momento vino a su memoria el recuerdo de Kiril y Maikel, a quienes deseaba lograsen recuperarse de sus heridas en la arcana Caterziveen. Pero también sintió la llamada de un amor que había germinado en lo más profundo de su alma y que comenzaba a crecer

irrefrenable, deslizando dulcemente hasta sus labios el nombre de Edda, la bella joven a la que había entregado su corazón.

Un vigoroso soplo helado del viento norteño despertó a Oyvind de sus placenteros pensamientos. Las nubes cubrían ahora por completo la bóveda celeste. El color gris de la primera avanzadilla de cumulonimbos se iba progresivamente tornando en un negro plomizo.

—Debemos apresurarnos —le susurró Oyvind a su caballo—, o la nieve nos sorprenderá antes de que crucemos el paso —y espoleándole, continuaron la marcha.

Si antes del ocaso no lograban hollar aquel desfiladero, se verían peligrosamente atrapados por la noche, el frío y la nieve.

Varios finos copos comenzaron a desprenderse de la compacta comunidad de nubes. A esos copos tempranos les siguieron muchos más, hasta que una ondulante y helada túnica adornó de un blanco marfil el aire de aquellos parajes. Por alguna desconocida razón, el alko sintió que aquella gigantesca alfombra quería comunicar el mundo de los mortales con la sagrada morada de los dioses.

Oyvind detuvo a su caballo y puso pie a tierra. Tomó una gruesa capa de piel de oso y se abrigó con ella. El frío y el cansancio comenzaban a hacer mella en él. Sacó un trozo de dulce bizcocho de uno de los zurriones y se lo ofreció a su exhausto corcel. Abrió la tinaja de licor de fuego que Maikel le había regalado la víspera de su partida de Caterziveen, y dio un pequeño sorbo. Aquella bebida recorrió todo su cuerpo causándole una reconfortante sensación, como la de un río de lava derritiendo a su paso un helado glaciar.

El joven alko miró al cielo, y constató al ver las cerradas nubes que lo cubrían que la nevada no haría sino arreciar. A pesar de ello, se confabuló contra los elementos que ahora le hostigaban y resolvió que aquello no le detendría. Volvió a montar a lomos de su caballo, y ambos, hombre y bestia, continuaron la sinuosa ascensión por el Paso del Nevado como Oyvind acababa de bautizarlo.

A medida que el día avanzaba, tal y como el nerlingo había predicho, la nieve arreció. El viento del norte continuó soplando con mayor fuerza aún si cabe, mientras el rostro de Oyvind palidecía por momentos sin apenas poder esbozar gesto alguno. Su corcel ya no relinchaba. Únicamente, de cuando en vez, ruidosas nubes de vapor brotaban de sus ollares. Cualquier otro trotamundos hubiera claudicado ante aquella tempestad, descendiendo nuevamente hacia el valle para tratar de hallar un refugio donde guarecerse. Pero la mente del alko perseguía un único propósito, y cegada por él, estaba dispuesto a sacrificar su propia vida si fuera necesario por salvar la de su hermano Ingvar.

Llegó el ocaso del día, pero ningún ojo humano, ni siquiera los de Oyvind,

podieron apreciarlo, pues un infinito manto de brunas nubes cubría el firmamento. Todavía tuvo que recorrer más de una legua hasta que, tambaleándose, el caballo del nerlingo logró alcanzar el punto más elevado del Paso del Nevado.

El viento azotaba a los dos intrépidos viajeros cual látigo de siete colas. Desde lo alto, la élfica vista del hijo del relámpago distinguió a unas cinco millas al norte el nacimiento del Fazkul, uno de los dos afluentes de cabecera del Morkurgul. También pudo contemplar cómo frente a sus traslúcidos ojos azules, se alzaba profundo y tenebroso el límite septentrional de Bosque Salvaje, el lugar que ningún mortal de Tierra Conocida osaría jamás cruzar a menos de renunciar a su vida de antemano. De una extensión mayor que el doble del antiguo territorio groning, Bosque Salvaje era un dominio de malignas criaturas incrustado en el corazón del mundo de los hombres, confinado forzosamente entre los muros naturales formados por la Cordillera Savakien y el Río Morkurgul.

Oyvind decidió hacer caso omiso a las siniestras fábulas que durante centurias los habitantes de Tierra Conocida habían relatado acerca del bosque, y decidido comenzó a descender por el flanco oeste del Paso del Nevado.

El cielo seguía arrojando nieve sin descanso. Un terrible trueno anunció con retraso el invisible relámpago que instantes antes se había perdido en aquel mar de negro algodón. La terrible tormenta asolaba las llanuras que se extendían al este de Groningburgo.

A duras penas el caballo que montaba Oyvind descendía por la pendiente, no muy pronunciada pero jalonada de grandes guijarros que se desprendían de la roca con suma facilidad. El bravo corcel temblaba aterido de frío y el nerlingo lo acariciaba con sus húmedas y heladas manos tratando de reconfortarlo. A medida que se acercaban al valle, el viento, contrariamente a lo esperado, soplaba con mayor intensidad. El sonido impenitente de la ventisca se asemejaba al producido por el soplido de un gigante tumbado sobre la blanca hierba, con el único objetivo de despojar al primaveral pasto de sus ropajes de marfil.

Viendo cómo las piernas de su caballo flaqueaban, Oyvind bajó de su montura para tratar de aliviarla del peso de su cuerpo. Tomó las bridas y, colocándose frente al animal, comenzó a caminar conduciéndolo a través de aquella blanca oscuridad.

El nerlingo debió realizar un esfuerzo sobrehumano para poder culminar el angustioso descenso. Una vez lo consiguieron y, por fin situados en la otra cara de aquella línea rocosa que cruzaba de norte a sur Tierra Conocida, Oyvind se detuvo unos breves instantes tratando de ubicar su posición actual dentro de aquel gran blanco indescifrable. Pero a pesar de sus esfuerzos por escrutar el horizonte, fue imposible distinguir otra cosa que no fuera una pared de copos color marfil. La nieve cubría cielo y tierra, y por primera vez en su vida sus ojos no pudieron ayudarle a encontrar el camino. Se acordó de Perlivarce y de su ingenio de orientación, que a buen seguro le hubiera sacado de esa delicada situación. Pero el instrumento descansaba en el fondo de las turbulentas aguas del Morkurgul, desde el día en que su

barca volcó al tratar de franquear los Rápidos del Ansar.

La nieve seguía golpeando su rostro, insensible ya a aquel frío glacial.

—Debemos continuar —volvió a repetir para sí—. Si nos detenemos ahora moriremos congelados frente a esta fría roca, pero si no encontramos pronto un fuego en el que reconfortarnos también pereceremos —y acariciaba a su montura mientras permanecía pensativo.

Sin más brújula que su instinto de cazador, sin otra estrella que le guiase que no fuera el recuerdo de Ingvar, Oyvind tiró con fuerza de las bridas de su corcel y comenzó a caminar sin un rumbo fijo. Su caballo, extenuado, se resistía a seguir el mortal y desesperado éxodo. Solamente la inercia de una interminable cabalgada le llevaba a seguir moviendo sus quebrantadas extremidades.

Un nuevo relámpago en el cielo y el aterrador estrépito de su inseparable trueno, terminaron por hacer claudicar a aquel desdichado animal que había conducido a su testarudo amo desde la ahora añorada Caterziveen. El caballo se desplomó cayendo sobre un gélido y esponjoso lecho de muerte. Resopló débilmente, ya sin fuerza para relinchar, como preludio de lo que serían sus últimos estertores. Oyvind se arrodilló y lo abrazó por el cuello. Sus ojos quisieron llorar, mas no pudieron, pues sus lágrimas se congelaron antes de brotar de sus párpados. Un seco latigazo sacudió al moribundo corcel y, con un breve suspiro, se despidió del jinete que ahora sollozaba aferrado a su cuerpo inerte.

El corazón de Oyvind lloró las lágrimas que sus ojos no pudieron derramar. Era consciente de que su obsesión por encontrar a Ingvar había matado a su caballo, y probablemente también le conduciría a su propia muerte. Con su mano temblorosa sacó con mucha dificultad un poco de comida de su zurrón. Las yemas de sus dedos apenas si tenían ya sensibilidad. Sus manos rígidas denotaban que sus extremidades comenzaban a congelarse. Se alimentó con algunos frutos secos y bebió con desgana unos sorbos de agua. Mientras la tormenta seguía azotando sin piedad el oeste de la Cordillera Savakien, el alko trataba de guarecerse como podía de las embestidas del viento y la nieve.

—No puedo quedarme aquí —decía tembloroso—, o moriré sin remisión. Pero si sigo yo solo no lograré avanzar más de cien pasos a través de la nieve. Desfalleceré y sucumbiré como mi montura —continuaba con sus trágicas reflexiones.

Durante varios minutos trató de pensar con cordura en una solución que le permitiese mantenerse con vida. Repentinamente una idea le vino a la mente. Buscó nervioso su cuchillo, hasta que lo encontró bajo la gruesa capa que le abrigaba, volteado en la parte trasera de su cinturón. Lo tomó con su mano derecha y, pidiendo perdón a su difunto corcel, lo clavó con todas sus fuerzas en el vientre de la bestia. A continuación lo agarró con las dos manos, y rasgó el abdomen del animal de lado a lado.

Una ola de sangre aún caliente remojó sus piernas y seguidamente una maraña de vísceras, intestinos y órganos vitales asomaron de su interior. El hedor que

desprendían no le impidió terminar de desmembrar y vaciar al animal e introducirse en él, a modo de refugio de piel y osamenta. Allí se guarecería hasta que amainase la tormenta y pudiera continuar su marcha. El malogrado corcel, con un nuevo sacrificio, le había salvado la vida.

Oyvind trató de acurrucarse como pudo y sorprendentemente no tardó en cabecear y caer dormido. También la estrella del día, a cientos de miles de leguas por encima de su cabeza, había acudido otra jornada más a descansar a su lecho en lo más profundo de la bóveda celeste. Pero la desbocada tormenta de nieve había privado ese día a todos los mortales de ver su reposado paseo hacia el remoto horizonte.

El ligero y agitado sueño de Oyvind se vio interrumpido súbitamente por un extraño sonido. El alko se frotó los ojos tratando de desperezarse y permaneció atento, mas no logró escuchar nada.

—Mi aturdida mente habrá figurado ese sonido —se dijo adormilado.

Volvió a tumbarse para olvidar el frío que recorría su cuerpo desde los pulgares de sus pies hasta el más largo de sus rubios cabellos. Pero nuevamente lo oyó, tosco y lejano, una serie de tres breves tañidos.

Salió gateando del vientre protector del difunto animal y, abrigándose con su capa, se puso en pie. Sólo el rumor del soplo helado de la tormenta osaba romper el profundo silencio nevado. Aguardó de pie, inmóvil, durante unos interminables instantes.

—“*Tulum, tulum, tulum*” —tres nuevos repiques sonaron lejanos a su espalda.

—¡Una campana! —gritó—. Alguien llama a reunión —sonrió alborozado. Sin perder tiempo tomó su zurrón con algunas provisiones, el arco y el carcaj y, sin dudar, corrió en dirección de aquélla para él música celestial.

A cada nuevo paso que daba, sus piernas se hundían casi hasta las rodillas, debiendo realizar un considerable esfuerzo que paulatinamente le iba debilitando. Cada vez oía más cercana aquella misteriosa campana, pero sus tañidos denotaban que aún debería caminar más de media milla hasta llegar a ella.

Sin embargo apenas si pudo recorrer cien pasos. Sus piernas comenzaron a fallarle, su vista se nubló y sus escasas fuerzas le abandonaron. Trastabillado cayó de bruces al suelo y, empero lo intentó, no logró volverse a poner en pie.

Una vez más, la siniestra triada volvió a retumbar en la inagotable cascada blanca que brotaba del cielo cual manantial en primavera. Levantó su cabeza cubierta de nieve y sus ojos divisaron entre aquella cortina de copos unas sombras fantasmales que se recortaban frente a él.

—El linde de Bosque Salvaje —concluyó abatido—. Qué maléfico encanto ha logrado atraerme hasta él... —y extenuado por el esfuerzo se desmayó en aquel frío lecho.

Tres nuevos tañidos repicaron con claridad en los dominios de Bosque Salvaje.

Espectrales figuras se erguían brunas en aquel universo de color marfil frente al inmóvil cuerpo del joven alko. Mas de improviso, de entre ellas surgió una más pequeña pero no menos aterradora. Veloz cual delfín surcando los mares se dirigió hacia Oyvind, sin poder la nieve dificultar su ágil traslación. En un abrir y cerrar de ojos, alcanzó la posición donde el nerlingo yacía inerte mientras su cuerpo se cubría lentamente de nieve, condenándolo a una tumba helada. Aquella figura lo observó, lo rodeó en círculos y finalmente, tomándolo como si de un infante se tratara, lo arrastró perdiéndose entre las sombras fantasmales de Bosque Salvaje.

Tres últimas campanadas se escucharon confundiendo con los truenos de la tormenta blanca. Una nueva vida había sido cobrada como sacrificio por el maléfico bosque.



## La señal esperada

**K**iril y Maikel practicaban con gran entusiasmo el arte de la espada en la oscura sala en la que moría el pasaje principal, mientras los centinelas les observaban admirados por la destreza que poseían en el manejo del acero.

Los dos alkos habían sanado completamente de sus heridas, recobrando el vigor propio de su juventud. Centelleantes chasquidos brotaban al cruzarse las hojas de sus espadas, provocando un estridente eco a lo largo de todo Caterziveen.

A medida que recuperaban la firmeza de sus brazos, una creciente impaciencia comenzó a apoderarse de ambos jóvenes. El tiempo se consumía lenta pero irrefrenablemente, cada vez más lejana la esperanza de destronar a Zornik, mientras ellos no hacían más que aguardar en Caterziveen una señal que Oerlikon les había prometido su diosa enviaría. Sintieron una sana envidia por Oyvind, quien al menos había podido partir de aquel oculto refugio en busca de su hermano Ingvar.

Ya ni la compañía de Enna y Ebba les reconfortaban, ni siquiera las charlas de Kiril con Oerlikon podían atemperar la inquietud en la que su mente ahora se sumía.

—Pacientes habréis de ser —les decía Oerlikon—. El fuego de la juventud no os debe consumir, y sólo en el momento adecuado su llama deberéis avivar.

—Mas el tiempo se acaba —le respondían desesperados los alkos—, y a cada instante que pasa el mal avanza un nuevo paso por Tierra Conocida.

—La oscuridad nos cubrirá por toda la eternidad si desvelamos nuestro poder en el momento equivocado —respondía Oerlikon tratando de calmar sus agitados corazones.

Pero ciertamente cada día le resultaba más difícil al sabio Kliat contener el ímpetu de los dos jóvenes alkos. Ellos, que habían cruzado ríos y montañas sorteando todo tipo de peligros, no estaban dispuestos a contemplar cruzados de brazos cómo el mundo era tiranizado por el espíritu oscuro que poseía a Zornik. No obstante, Oerlikon estaba orgulloso de sus dos huéspedes, incluso a sabiendas de que habían robado el corazón de sus hijas. Observaba como Kiril administraba con mesura sus conocimientos, trasmitiéndolos hasta los límites que le eran permitidos a su amigo Maikel. Pocas cosas quedaban ya en las que Oerlikon pudiera instruir a Kiril, y esa sabiduría sólo la podría adquirir el lacrag nerlingo a través de la reflexión y experiencia en estaciones venideras.

Ese atardecer, cuando las últimas luces de occidente alumbraban el Mar del Este, Kiril y Oerlikon departían animadamente antes de la cena.

—Tengo otra pregunta que hacerte —dijo el joven alko.

—Y veo que no podrás guardarla hasta mañana —contestó sonriendo Oerlikon.

—La curiosidad es un inevitable pecado de juventud —le replicó Kiril esbozando una franca sonrisa antes de interpelar al Kliat—. ¿De dónde sacaste esas limaduras de

cuerno de Unicornio? —preguntó intrigado.

—De manos del mismísimo Barlok —respondió Oerlikon.

—¿Te las dio el gran nigromante blanco? ¡Eso es imposible! Entonces deberías tener más de cien lustros —dijo incrédulo—. ¿Y cómo logró Barlok conseguirlas? —volvió a preguntar Kiril.

—¡Ja, ja, ja! No, no soy tan viejo, mi joven amigo. En efecto, fue Barlok el designado para cuidar y velar por la sagrada bestia. En agradecimiento por sus atenciones y desvelos, ella le permitía cada cierto tiempo cortar un pequeño fragmento de su cuerno de marfil. Barlok empleaba con medida y sabiduría las mágicas capacidades curativas del cuerno para sanar heridas y enfermedades.

—Pero si lo cortaba, menguaría hasta desaparecer... —dijo Kiril.

—El cuerno se regeneraba como las hojas renacen cada primavera en las ramas de los árboles —respondió Oerlikon—. Ésa era la prueba de que la vida sería eterna en la Primera Tierra. Solamente el mal de los espíritus oscuros consiguió ensombrecer para siempre aquel edén de inmortalidad —habló con profunda tristeza el Kliat.

—Pero tras la destrucción del hogar de los Primeros Nacidos y la huida del Unicornio —continuó Kiril—, nadie más ha podido obtener ningún pedazo de su cuerno.

—En efecto —respondió Oerlikon—. Estos fragmentos pertenecen al cuerno de la bestia cuando su forma era la de un blanco y esbelto corcel. Barlok se los entregó antes de morir a su hijo Binlok, y así se ha ido transmitiendo entre los Kliat permaneciendo desde entonces ocultos bajo la piedra de Caterziveen.

—Hasta que al salvar mi vida hemos revelado el gran secreto al espíritu de Eulur y Euquilur —respondió Kiril.

—Nada puede ocultarse eternamente —le dijo Oerlikon—, al igual que ya nada será inmortal en esta tierra de hombres.

—Triste sentencia —concluyó Kiril.

—Mas no es ésta la hora en la cual debemos entristecer nuestros corazones —habló Oerlikon tratando de confortarle—. Acompáñame, un buen vaso de cerveza elevará tu marchitado ánimo.

—Creo que tienes razón. Aunque aún mejor que un vaso sería una jarra de fría biluk compartida con mis anfitriones.

Kiril acompañó a Oerlikon, a quienes no tardó en unírseles Maikel atraído por el aroma del biluk. Los tres charlaron frente a las espumosas jarras de cerveza, hasta que las bellas hijas del Kliat los reclamaron para cenar.

Tras degustar una sopa de pescado y un jugoso lomo de merluza, Kiril acompañó a Enna al Ulkildiriath para contemplar las estrellas antes de acostarse. Aquella noche la luna lucía arrogante en el firmamento, un perfecto círculo que irradiaba una blanca luz resplandeciente. Las aguas del Mar del Este eran mecidas por la atracción de la caprichosa luna, al tiempo que su luz alumbraba las espumosas crestas de las olas que iban a morir plácidamente sobre los verticales muros de los acantilados. Las estrellas

bailaban adornando el firmamento, formando un deslumbrante collar de diamantes. Pareciese que el sol, oculto e insomne tras el horizonte, proyectase sus rayos sobre aquella amalgama de estrellas y planetas.

—Esta noche la luna luce con inusitado fulgor —dijo Enna mirando al cielo mientras Kiril aferraba sus manos a los hombros de la joven.

—Quizás quiera desvelarnos algún secreto —respondió pensativo Kiril.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio durante un largo rato, observando absortos las luminarias del firmamento.

—Durante las últimas lunas siento que tus pensamientos cabalgan lejos de Caterziveen —habló Enna rompiendo el prolongado silencio—. Quizás el amor que guardas en tu corazón se está enfriando lentamente.

—No, mi querida dama —respondió Kiril girando a la joven hasta poder escrutar a través de sus verdes ojos—. Ni un ápice ha menguado mi amor por ti, Enna. No pienses ni por un solo instante que he dejado de quererte; pues si bien es cierto que mi mente se halla por momentos distante, no eres tú el motivo del desasosiego que los últimos días me embarga.

—¿Cuáles son esos asuntos que te atormentan? —preguntó la joven.

—Presiento que el mal avanza sin remisión y no tardará mucho en alcanzar estas tierras. Ardo en deseos de empuñar mi espada para tratar de detenerlo, pero heme aquí confinado en esta morada entre la tierra y el mar sin poder hacer nada por remediarlo, mientras miles de almas huyen atemorizadas ante las hordas de Zornik.

—Pero mi padre te ha aconsejado que aguardes la señal de Nerlinguia —le dijo Enna tratando de tranquilizarle.

—Lo sé —respondió Kiril—, pero si esa señal no llega pronto no sé si podré cumplir la palabra que di a Oerlikon.

—Paciencia, amor mío —respondió Enna abrazando a Kiril—. Esa señal llegará antes de lo que tú crees, y entonces serás libre de marchar hacia tu destino —finalizó con tristeza.

—Mi último destino es regresar a tu lado, Enna —dijo Kiril acariciando las mejillas de la joven mientras la miraba fijamente—. Volver para desposarte y ya nunca jamás separarnos.

Enna miró sonriendo a Kiril, y acercando su boca a la del nerlingo, sus labios se entrelazaron en un interminable beso.

Kiril y Enna permanecieron largo rato abrazados en el Ulkildiriath contemplando las estrellas.

—Es hora de descansar —le susurró Kiril a Enna.

—Sólo me separaré de ti si me prometes que mañana volverás conmigo a admirar el firmamento —le respondió Enna.

—Te lo prometo —dijo Kiril besándola en la frente.

Los dos jóvenes se dirigieron a sus estancias caminando lentamente por los pasillos de Caterziveen.

—Hasta mañana —se despidió Kiril besando cariñosamente a Enna en los labios.

—Que duermas bien y Nerlingua vele tus sueños —contestó ella.

—Que también vele los tuyos.

El alko avanzó hacia su habitación tras ver como la joven cerraba la puerta de la estancia. Ahora se sentía más alegre y animado. Los besos de Enna habían disipado las nubes que esa luna ensombrecían su corazón. Abrió la puerta de sus aposentos y se tumbó en el lecho cubriéndose con una manta. Su mirada se fijó en el oscuro y difuso techo de la estancia, al tiempo que sus pensamientos lo hacían en su bella amada. Sus ojos comenzaron a ver la rocosa cubierta cada vez más borrosa, hasta que sus párpados se cerraron cayendo sumido en un profundo sueño.

Aquella noche, al igual que la funesta luna en la que ocultó desesperado a su pueblo en la Guarida del Oso, Kiril volvió a tener el mismo extraño sueño. Soñó que caminaba junto a su padre Akrog por los alrededores del Bosque de Alkos en un soleado día de primavera. A lo lejos divisaron un magnífico corcel negro cabalgando por la pradera. El caballo se acercó a Akrog y el lacrag nerlingo montó sobre él. Se despidió de Kiril sin pronunciar palabra alguna, alejándose al galope montado a lomos del animal. Repentinamente el cielo se cubrió de nubes y comenzó a llover. Cientos de ojos parpadeaban en lo más profundo del bosque observando a Kiril, quien permanecía inmóvil en el claro empapado por la lluvia. Un rayo cayó del cielo partiendo un roble en dos, y al momento sus ramas comenzaron a arder. Kiril se dirigió hacia el árbol caído y cortó una de las ramas. La acercó al voraz fuego que consumía el árbol y rápidamente prendió en la rama. Trató de divisar a su padre, pero no alcanzó a ver nada. Se giró hacia el bosque y vio los ojos que le observaban. Los miró fijamente, sin apartar un instante su mirada, demostrándoles su poder. Poco a poco aquellos malignos ojos fueron desapareciendo hasta que no quedó ninguno. Entonces Kiril dirigió su mirada hacia Alkoburgo, y únicamente divisó ruinas. Pero a lo lejos, muy lejos en el horizonte de Tierra Conocida, vislumbró una delgada línea azul que era iluminada por la luz de los únicos rayos del sol que traspasaban la tupida cortina de nubes. Sin vacilar comenzó a caminar en aquella dirección, sosteniendo con su mano la antorcha que iluminaba con tenue luz el camino que debía seguir. Tras él, emergieron en lo alto de la colina dos jinetes que entablaron un combate mortal bajo la tormenta. Un guerrero guardaba las espaldas de Kiril, mientras que el otro trataba de evitar que el joven emprendiese aquel camino. Entretanto Kiril intentaba desesperadamente llegar al horizonte luminoso antes que el fuego de su antorcha se extinguiese.

El estruendo de un extraño trueno huérfano de relámpago anunció la derrota de uno de los dos guerreros. Kiril detuvo su caminar y se giró mirando hacia lo alto de la colina. El guerrero que defendía la huida de Kiril había caído de su corcel y vacía tumbado en la hierba mientras el agua se mezclaba con la sangre que brotaba de su

mortal herida. En su último aliento, aquel adalid de la libertad, gritó desde la colina ordenando a Kiril que encontrara a sus hermanos perdidos del sexto clan. El joven alko reconoció inmediatamente aquella voz. Era su padre Akrog, quien moribundo, le instaba a cumplir su destino. Kiril quiso volver sobre sus pasos para abrazarle una última vez, pero en un postrero estertor Akrog le rogó que se fuera. Tras pronunciar esas palabras, el lacrag alko expiró. Kiril se quedó inmóvil mirando hacia la colina, mientras el otro guerrero espoleaba a su caballo y se lanzaba en una desenfrenada persecución tras los pasos del joven nerlingo. Aturdido, Kiril vaciló, hasta que por fin reemprendió su camino en busca de aquella débil luz en el horizonte de Tierra Conocida, mientras su antorcha se consumía por la llama de Ethril Eilalith, esta vez condenada a extinguirse con la última astilla de la rama de aquel viejo roble. Una voz grave resonó entonces en su cabeza como una terrible premonición:

*Sí la llama se apaga, la luna cubrirá de sombra el fulgor del sol y el lobo reinará por siempre en la bruna oscuridad.*

Kiril se despertó sobresaltado de aquella pesadilla. Su cuerpo estaba empapado en sudor y su corazón latía tan fuerte que parecía fuese a reventar en su pecho. Se sentó en la cama y trató de calmarse respirando profundamente. El aire de la habitación resultaba viciado para sus pulmones. Se incorporó fuera del lecho y abrió la ventana. El frescor de la brisa marina le reconfortó al deslizarse por su rostro aún entumecido por el turbador sueño. Contempló el Mar del Este, y comprobó como la luna jugaba balaceándose sobre sus oscuras aguas. Elevó su mirada al firmamento, tratando de encontrar la estrella que brillaba en recuerdo de su añorado padre. Observó entonces como una diminuta luminaria comenzaba a moverse en lo más profundo de la bóveda celeste.

—Una estrella fugaz —habló para sí—. Él me dijo que si alguna vez veía una le pidiera un deseo, pues éste se cumpliría. Así lo haré, padre —y cerrando sus ojos rogó a aquel cometa poder enfrentarse a las bordas de Zornik junto al resto de hombres libres de Tierra Conocida.

Cuando Kiril terminó de formular su deseo, volvió a abrir los ojos para contemplar el efímero vuelo de la estrella. Pero cual fue su sorpresa al constatar que, en lugar de consumir sus últimos destellos antes de apagarse para siempre en la inmensidad del cosmos, aquel cometa había variado su rumbo, aumentando considerablemente su fulgor. Rápidamente Kiril concluyó que aquel aerolito se dirigía hacia el mundo de los mortales.

Veloz como el viento, el cometa descendía vertiginosamente, describiendo una enorme parábola en la que su estela se difuminaba entre brillantes destellos amarillentos. Kiril se asustó, ya que aquella esquirla que se había desprendido de la morada de los dioses se precipitaba veloz y con certera precisión hacia las tierras bañadas por el mar oriental.

La clara noche de luna llena se iluminó cual soleado día de verano y el mar, como un impávido lago, quedó en completo reposo. Los ojos de aquellos que contemplaban el meteoro fueron cegados por una deslumbrante luz nunca antes vista en la tierra de los hombres. Una gran explosión siguió a la refulgente luminaria, el suelo se sacudió en un repentino terremoto y todas las luces parecieron apagarse. Los ojos de Kiril renacieron de la oscuridad en que se habían sumido al ver las llamas que comenzaron a arder en el linde del cercano bosque. La estrella fugaz había muerto al borde de los acantilados, quien sabe si privada de su último deseo de apagarse sumergiéndose en las aguas color púrpura del Mar del Este.

—Es la señal esperada —dijo nervioso Kiril—. Nerlinguia ha hablado desde el cielo.

Kiril se calzó sus botas y salió corriendo de la habitación en busca de Maikel. Sin llamar a la puerta, penetró en la estancia de su fiel amigo despertándolo bruscamente de sus placenteros sueños.

—¡Maikel, despierta! —gritó zarandeándolo mientras el hijo de Torilo roncaba—. ¡La señal! ¡He visto la señal!

—¿Qué diantre...? ¿Qué ocurre? —preguntaba Maikel aún aturdido—. ¿De qué señal me hablas?

—¡La señal! —gritaba emocionado Kiril—. La señal que Oerlikon nos prometió Nerlinguia enviaría. ¡La he visto! Una gigantesca bola de luz, una estrella fugaz a la que pedí un deseo, ha caído en el bosque. Y el sueño se ha repetido, la pesadilla sobre la muerte de mi padre...

—Tranquilízate —le replicó Maikel mientras frotaba sus somnolientos ojos tratando de desperezarse—. Vuelve a contarme lo que ha ocurrido, pero por favor, hazlo despacio y sin gritar.

Kiril relató a Maikel el sueño que había tenido sobre su padre, cómo se levantó sobresaltado y vio aquel meteoro caer desde lo más profundo del firmamento. Maikel no salía de su asombro ante lo que escuchaba, pero terminó por convencerse al ver el fuego que ardía al borde del acantilado.

—Debes contarle todo esto a Oerlikon —dijo el hijo de Torilo—. Él sabrá que hacer y nos ayudará a comprender el significado de ésta señal.

—Tienes razón —le contestó Kiril—. Busquémosle ahora mismo.

Los dos nerlingos se dirigieron con premura a la estancia donde Oerlikon descansaba para relatarle todo lo que acababa de ocurrir.

El lacrag del sexto clan dormía sosegadamente en su lecho. Había trancado las contraventanas de madera para evitar que la luz de la luna interrumpiese su descanso, por lo que no se había percatado del fabuloso vuelo de la estrella fugaz. No fue pues el fulgor de la noche estrellada el que interrumpió sus sueños, sino el desbocado ímpetu de los alkos que irrumpieron alborotadamente en la estancia.

Oerlikon se despertó sobresaltado entre gritos y aspavientos que retumbaban dolorosamente en su cabeza. Kiril hablaba con frases inconexas y las inoportunas

interrupciones de Maikel no le ayudaban a comprender qué era lo que sucedía. Tras unos momentos de confusión comenzó a adivinar los sucesos que habían acontecido. Cuando abrió la ventana y vio las llamas arder en el acantilado, comprendió que Nerlingua había enviado desde su morada la señal que los nerlingos esperaban impacientes.

En ese preciso momento, los oídos de Oerlikon dejaron de percibir los sonidos del mundo. Veía los labios de Kiril y Maikel moverse alterados, cómo las olas rompían sobre los muros de piedra que se erguían majestuosos en la costa, pero un completo silencio se aposentó en sus tímpanos. Una sensación de reposo y serenidad invadió su espíritu y fue entonces cuando escuchó cómo una delicada voz femenina acariciaba sus oídos:

—Forjad la Espada de Libertad con la techumbre de mi morada —fueron las únicas palabras que pronunció la voz.

Aquel silencio se quebró en mil pedazos como un espejo roto, y las desordenadas palabras de Kiril y Maikel resonaron nuevamente atronadoras en la cabeza de Oerlikon, entremezcladas con el rumor del asustado mar oriental.

—Vayamos al bosque —interrumpió súbitamente Oerlikon a los dos alkos.

El Kliat se levantó de su cama y salió de la habitación. Kiril y Maikel se miraron sorprendidos sin comprender nada y corrieron tras los pasos del padre de sus amadas.

—¡Centinela! —gritó Oerlikon—. Ordena inmediatamente a cuatro de tus hombres que se dirijan a la salida de Caterziveen. Que traigan tres caballos más para nosotros y también un carro cargado con cubos de agua. Envía a los dos centinelas de la entrada principal que salgan a comprobar si el camino está despejado, pues nos dirigiremos al bosque. Puede que alguien se haya acercado a los acantilados atraído por la caída del aerolito.

Los vigilantes corrieron prestos a cumplir las órdenes de Oerlikon. El rumor de voces ahogadas recorría los pasadizos de Caterziveen. Una repentina agitación se había apoderado del arcano refugio. Los centinelas llevaron, como Oerlikon había demandado, los caballos y el carro al acceso principal. El lacrag del sexto clan condujo a los dos alkos al camuflado portón de entrada a través del angosto pasadizo de piedra húmeda. Allí aguardaron el retorno de los centinelas que habían salido a inspeccionar los alrededores.

—El camino está libre, señor —informaron a su regreso.

—De acuerdo —respondió complacido—. Permaneced vigilantes a cualquier sonido o movimiento extraño que percibáis. Si no hemos regresado antes del alba, enviad una partida de hombres al bosque en nuestra búsqueda. Seguidme en silencio —se dirigió a Kiril, Maikel y a los cuatro soldados que ahora abandonaban con sigilo Caterziveen, tratando de no ser descubiertos bajo la delatora luz de la luna.

El grupo avanzaba furtivamente, ni siquiera los caballos se atrevían a relinchar rompiendo el silencio que reinaba en la costa oriental, aún atemorizados por la visión de aquella misteriosa estrella caída del cielo. La caravana marchaba en fila de a uno,

trepando por el estrecho camino que discurría por la empinada pendiente. Con dificultad alcanzaron a superar las faldas de los acantilados, tras detenerse en varias ocasiones para comprobar que el camino estaba despejado.

Finalmente llegaron al borde de la explanada que daba acceso al Camino del Oeste, y permanecieron ocultos tras unos arbustos contemplando absortos las llamas que consumían a media docena de árboles que yacían arrancados sobre la hierba. Cuando se aseguraron que no había nadie en los alrededores, salieron de su escondite y se acercaron al lugar donde aún ardía el fuego celeste. El impacto del aerolito contra el suelo había sido descomunal, excavando un enorme cráter de más de treinta pies de diámetro y algo más de cinco pies de profundidad. En su caída había segado a más de media docena de árboles que ardían en la hoguera encendida por la llama de los dioses.

Oerlikon se acercó al borde del cráter y observó como lo iluminaba un material de apariencia metálica y forma ovalada aún incandescente, deformado por la violenta colisión. Nuevamente aquella voz femenina le susurró desde el corazón de aquella bola ígnea:

—Forjad la Espada de Libertad con la techumbre de mi morada —escuchó por segunda vez Oerlikon esa noche.

Se quedó inmóvil frente a los restos del aerolito, como hipnotizado por un poder superior.

—Maestro —le dijo Kiril tocando con su mano el hombro de Oerlikon al verlo paralizado—, ¿qué sucede? —le preguntó.

—Nerlinguia me ha hablado dos veces esta noche —respondió el Kliat con la mirada fija en el meteoro—. Y me ha encomendado una tarea en la que deberás ayudarme.

—¿Qué...? —preguntó Kiril aturdido.

—Traed el carro hasta aquí —ordenó a los soldados que les acompañaban—. Debemos enfriar el aerolito para extraer de él la aleación con la que forjaremos la Espada de Libertad. Vamos, acercad el agua y vertedla sobre él. Tú, Maikel, toma a los otros dos centinelas y buscad ramas para tratar de apagar el fuego de los árboles. Debemos apresurarnos, pues no me sorprendería que alguien se acercase atraído por las llamas.

Los nerlingos se pusieron rápidamente manos a la obra. Vertieron dos de los cubos de agua sobre el aerolito, que cambió su color anaranjado por un gris negruzco, transformando al instante el agua derramada en una hirviente nube de vapor. Cubrieron el meteoro con tierra y piedras para enfriarlo, mientras Kiril y Oerlikon batían un par de gruesas mantas tratando de hacer circular el aire a su alrededor. Maikel y los otros golpeaban con fuerza sobre la hoguera de árboles caídos, usando las ramas y helechos que habían recogido.

Cuando el metal del meteoro se fue enfriando, los nerlingos tomaron un gran pedazo que se había desprendido del cuerpo principal, y lo introdujeron en uno de los



grandes cubos metálicos en los que aún quedaba algún resto de agua.

Mientras tres de los centinelas trataban de cargarlo a duras penas en el carro, Oerlikon le dijo a Kiril:

—Este presente de Nerlinguia en forma de incandescente estrella fugaz se llamará Dhil Amoethil —dijo—, “La Señal del Cielo”, y con ella forjaremos a Darbrethil, la que por todos los enemigos del bien será temida, “La Espada de Libertad”, la espada que empuñará el Elegido, el Rey Nerlingo.

—Bendecidos fueron mis ojos al contemplar el vuelo de Dhil Amoethil —dijo Kiril—. Que Nerlinguia bendiga ahora la mano que en su nombre empuñará con honor a Darbrethil.

—Que Nerlinguia escuche tus palabras —sentenció Oerlikon.

Era más de medianoche cuando los nerlingos apagaron las últimas ascuas que aún consumían los restos de los árboles cercenados. Una vez cargaron el metal celeste en el carro, examinaron los alrededores, y al no ver a nadie decidieron regresar a Caterziveen, borrando cuidadosamente las huellas que la pesada carreta dejaba en el camino. Tras descender por la pendiente, llegaron a la entrada principal oculta por grandes ramas y arbustos. Oerlikon dio la contraseña y los centinelas permitieron al grupo el paso al interior de la ciudad escondida. Junto a ellos, los fragmentos de Dhil Amoethil penetraron en Caterziveen.

Oerlikon envió esa misma noche un mensajero en busca de un herrero nerlingo que habitaba en una pequeña aldea cien millas al sur de Forgol. A la mañana siguiente, con el despuntar del alba, Lenuck, que así se llamaba el herrero, se encontraba desayunando con Oerlikon en una de las estancias de Caterziveen. La urgencia con la que el lacrag había solicitado su presencia, había obligado al reputado herrero a una desbocada galopada a lomos de su caballo hasta alcanzar Caterziveen. Una vez en la oculta morada del sexto clan, Oerlikon explicó a Lenuck el motivo por el que había requerido de su presencia con tanto apremio.

El herrero se sintió profundamente halagado por haber sido escogido para forjar a Darbrethil. Avisaron a Kiril cuando todo estuvo dispuesto para realizar tan singular tarea. El herrero calentó el material del aerolito en una enorme olla metálica hasta que logró fundirlo. Después lo vertió en un molde de cuidadas formas y finos acabados, para comenzar el proceso de forjado. Oerlikon instó a Kiril a colaborar estrechamente con Lenuck en ese trabajo.

—La espada recibirá parte del alma de aquel que la forje —les dijo el lacrag—. Cuando oscuro fue el espíritu del herrero que la creó, la espada traicionó a aquél que la empuñaba. Si tu espíritu es noble así lo será el de tu espada, y en el momento decisivo, cuando tu vida dependa de ella, jamás se volverá contra ti. Noble es el espíritu de Lenuck, mas los designios de esta espada forjada con el metal de los dioses, solamente podrán ser dictados por el futuro Rey de los hombres —terminó

mirando a Kiril.

Lenuck y Kiril, quien seguía los consejos e indicaciones que el diestro herrero le daba, trabajaron durante todo el día en la improvisada fragua que los nerlingos tenían en uno de los sótanos de Caterziveen, varios pies por debajo del nivel del mar. Al caer la tarde, Lenuck dio los últimos martillazos que terminaron de enderezar a aquel material diez veces más duro que el acero. El herrero tomó la espada con firmeza en su mano y, elevándola, la giró observando la perfecta forma de su hoja, mientras el reflejo del fuego de la fragua la recorría desde su punta hasta el comienzo de su aún tosca empuñadura.

—Hemos hecho un buen trabajo —le dijo Lenuck—, ya solamente queda rematarlo.

—Yo sólo he seguido tus consejos —le respondió Kiril—, y apenas si he dado medio centenar de martillazos para enderezarla.

—Ésa es una tarea reservada para manos expertas —le contestó—. Pero como Oerlikon quería, la huella de tu espíritu ha quedado para siempre grabada en ella. Y ahora acompáñame a comer algo. El trabajo me ha abierto el apetito. Después podrás descansar. Durante la noche haré los últimos retoques a la empuñadura y afilaré y puliré la hoja. Te prometo que mañana por la mañana tendrás la espada terminada, dispuesta para la batalla.

—Muchas gracias, Lenuck —le respondió Kiril—. No sé como podré agradecértelo.

—¡Con una enorme jarra de biluk! —gritó el corpulento herrero agarrando con sus poderosas y callosas manos a Kiril.

El bueno de Lenuck dio en un abrir y cerrar de ojos cumplida cuenta de la copiosa cena. Ahora le quedaba por realizar el trabajo más delicado, y regresó presto a la improvisada herrería, pues había prometido a Kiril que al despuntar el día podría empuñar su nueva espada.

Trabajó durante toda la noche sin descanso, afilando con una piedra especial la punta y ambos lados de la hoja. Después grabó unas palabras con un puntiagudo punzón de diamante en ambos caras de la zona plana de sección rectangular que llegaba hasta la empuñadura. Fijó los dos brazos transversales a la hoja y, colocando a ambos lados unos remaches de plata con una incrustación en marfil, sujetó la espiga a los dos brazos formando una cruz. Fue Oerlikon quien entregó esos remaches a Lenuck, que representaban al Unicornio sagrado. El marfil que llevaban incrustado provenía del mismísimo cuerno del Unicornio. La celestial aleación y el sagrado marfil que convertirían en invencible a quien empuñase la Espada de Libertad. Finalmente remató la empuñadura de madera revistiéndola de un cuero tratado, suave

como el algodón al tacto pero resistente como el granito al desgaste. Lo sujetó con unas finas tiras de alambre de plata y recubrió también con plata fundida el extremo esférico de la empuñadura, grabando con su ya desgastado punzón una nueva inscripción.

A la mañana siguiente, Kiril se revolvía inquieto en su lecho a punto de despertarse. Apenas los primeros rayos del sol penetraron por las rendijas de su ventana, el joven alko se despertó nervioso ansiando empuñar la obra maestra de Lenuck el herrero. No tuvo que aguardar mucho para cumplir su sueño, pues tras frotarse los ojos para desperezarse, la fabulosa espada se reveló frente a él, al pie de la ventana. Lenuck había entrado en su estancia de madrugada y había dejado el preciado presente para el joven lacrag.

De un salto Kiril se levantó de la cama y se acercó lentamente hacia la espada. Se detuvo frente a ella y, durante unos instantes, la contempló admirado, dudando si era merecedor de empuñarla. Tras vacilar, finalmente alargó su brazo y, tomándola con su mano derecha, la levantó y apoyó el extremo de la hoja sobre la palma de su mano izquierda. La luz del amanecer resplandeció sobre ella, y la espada desprendió un inusitado fulgor de color azulado que recorrió toda su aleación metálica. Pareció saludar con ese destello a Kiril, quien se sintió reconfortado por haber sido aceptado por ella. Entonces el alko se percató de la inscripción rúnica en el lenguaje antiguo que Lenuck había grabado. Decía así:

“Darbrethil arim, i dolin lervancut dhimalion thon ethil, curcant thon erior i Dhill Amoethyl”.

Que en el lenguaje común significaba:

“Soy la Espada de Libertad, la que acabará con los enemigos de la luz, forjada con el corazón de la gran Señal del Cielo”

Kiril volvió a sonreír. Blandió la espada con fuerza cortando el aire con su afilada hoja. Todos los temores de su corazón se habían disipado ante la luz de Darbrethil. Ya nada tenía que temer, pues la Espada de Libertad le acompañaría donde quiera que fuese.

El joven nerlingo continuó admirando embelesado la belleza de Darbrethil. Descubrió una segunda inscripción en el extremo inferior de la empuñadura. Al leerla se sintió halagado por lo que en ella se decía:

“Kiril, indor amon Darbrethil, Therliangator”

Que significaba:

“Kiril, primer portador de Darbrethil, Verdugo de la Oscuridad”

Therliangator —dijo Kiril—, el Verdugo de la Oscuridad. Ése será el nombre por el que me conocerán mis enemigos.

Kiril se vistió y corrió a mostrar a Oerlikon y Maikel aquella espada que no tenía parangón en el mundo de los hombres. Quiso agradecer y felicitar a Lenuck por su

trabajo, pero el buen herrero roncaba a pierna suelta tumbado en su lecho después de haber pasado toda la noche en vela.

Oerlikon tomó la espada en sus manos y la observó detenidamente.

—Es un compendio de armonía y perfección —dijo el Kliat—. Tiene afilados los dos filos y la punta, por lo que con ella podrás ejecutar todos los golpes posibles, el tajo y la punzada —extendió su brazo y la colocó apoyándola sobre él—. Perfecto equilibrio entre hoja y empuñadura —sentenció—. Exquisitos acabados. Acertadas y sabias inscripciones —dijo sonriendo mientras miraba a Kiril—. El mundo se postrará a los pies de Darbrethil —y cuidadosamente le devolvió la espada a Kiril—. Maikel —le dijo al alko que miraba embobado el arma—, toma una espada para que Kiril pueda practicar contigo. Deseo ver el poder que en sus manos puede desplegar.

—Ni armado con un rayo podría derrotarme —respondió fanfarroneando Maikel.

—Deberías medir tus palabras —le respondió Oerlikon—, o quizás tengas que retractarte antes de que el sol alcance su cenit.

Maikel sonrió y tomó prestada la espada de un centinela. Alrededor de los dos jóvenes alkos se formó un improvisado corrillo para ver como Kiril practicaba con Darbrethil frente al bravucón hijo de Torilo.

Maikel fue el primero en embestir a Kiril con todas sus fuerzas, quien con habilidad detuvo el golpe. Se escuchó un gran chasquido metálico y Maikel retrocedió como si hubiera sido empujado por un jabalí. El alko se quedó sorprendido al observar el filo de su espada y ver que Darbrethil había mellado la parte en la que ambas hojas habían entrado en contacto. Fue entonces Kiril el que avanzó hacia Maikel, quien se defendió titubeante interponiendo su arma tratando de parar el golpe. Pero su espada no resistió, pues Darbrethil la quebró en dos pedazos. Maikel cayó al suelo de espaldas, empujado por la inercia del golpe de Kiril, mientras sujetaba la empuñadura de su espada a la que aún se fijaba uno de los dos trozos de la hoja partida.

Un murmullo de admiración brotó de los labios de quienes habían presenciado la breve contienda. Kiril dejó a Darbrethil en el suelo y corrió asustado a interesarse por Maikel.

—¿Estás bien? —le preguntó nervioso.

—Sí, creo que sí... —respondió aún aturdido.

Oerlikon tomó nuevamente a Darbrethil y la esgrimió ejecutando varios golpes frente a un fingido oponente.

—Sin duda que no existe en Tierra Conocida otro material semejante al que conforma esta espada —reconoció sorprendido—. Juraría que posee vida propia, pues logra endurecerse hasta el infinito cuando lo necesita, pero al mismo tiempo es irracionalmente flexible al absorber toda la fuerza del golpe. De otro modo, no sólo quebraría la hoja de su contrincante, sino que también lo haría con el brazo de quien la empuña.

—Es el arma más mortífera que el hombre haya fabricado jamás —decían

susurrando algunos de los centinelas.

—La mano del hombre hubiera sido incapaz de crearla sin recibir la ayuda de nuestra diosa —respondió Oerlikon al oír aquellas palabras—. Nunca deberá ser empleada en vanas disputas, sólo para defender aquellas nobles causas que así lo requieran.

Kiril ayudó a levantarse del suelo a su amigo, quien no pronunció palabra alguna hasta después de la comida. El grupo de curiosos se fue disgregando lentamente hasta no quedar nadie. Cada uno acudió a realizar sus quehaceres, aún boquiabiertos por el grandioso poder que habían visto resplandecer en Darbrethil.

Oerlikon y Kiril hablaron largo y tendido esa tarde. El joven expuso al Kliat que Nerlinguia había enviado la señal prometida y la espada había sido forjada. El momento de enfrentarse a Zornik había llegado.

Oerlikon por fin le dio la razón. Le dijo que dentro de cinco lunas tendría lugar un cónclave en Caterziveen al que serían convocados todos los alkos de la región oriental. Esa misma tarde partirían emisarios hacia los burgos y aldeas del este, para informar a los nerlingos que vivían en sus comunidades sobre el cónclave al que Oerlikon les convocaba. En él, Kiril sería presentado como el nuevo Rey Nerlingo y expondría el plan que trazó en Thioluka para devolver la libertad a su pueblo y al resto de moradores de Tierra Conocida. Los dioses les habían dado su bendición, y el eco de las trompetas que anunciaban la ira de Therliangator, llegarían hasta las mismísimas puertas de Groningburgo.

## Ron, licor de fuego y una promesa

El rojizo cielo austral despidió serenamente aquel atardecer, cubriendo de un caprichoso color violeta las aguas de la Bahía de Rangalpur. La noche cayó sobre la capital corsaria volviendo a inundar de bullicio y agitación las angostas callejuelas adyacentes a los muelles. Ebrios piratas se cruzaban en los cosos, persiguiendo indistintamente barriles de ron y mujeres de dudosa reputación, celebrando una noche más haber sobrevivido a su peligrosa y azarosa existencia. Quien sabe cuándo se encontrarían con la muerte; quizás les aguardaría agazapada en la cubierta de un nuevo barco al que abordar o escondida tras una cabaña de la próxima aldea costera que saquear.

En el corazón de Rangalpur, descansando en su imponente casona de piedra, Tirgo de Tirón departía con Ghior e Ilanit agasajándolos con su mejor ron. En ese instante entraron en la estancia Falk y Senthilkumar.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó el corsario—. Boto a bríos que haríais estremecer al más valiente de los piratas. Mañana mismo os enrollaréis en uno de mis barcos, ¡ja, ja, ja! —volvió a reír.

Ghior e Ilanit acompañaron sus risotadas de una manera más educada, pero no pudieron mantener la compostura por mucho tiempo. No era para menos, ya que Falk y Senthilkumar vestían unos ropajes propios del más despiadado y desaliñado corsario. Tras su zambullida en las aguas de la bahía, Tirgo de Tirón les condujo a su guarida, ofreciéndoles cobijo, alimento y ropa seca. Lo que ellos no sospechaban es que los ropajes con que cubrirían sus empapados cuerpos, además de haber participado en más de un centenar de abordajes, habían sido confeccionados por el sastre del príncipe de los vagabundos.

Los dos desdichados avanzaron cabizbajos hacia la mesa, mientras la luz de las antorchas descubría a cada paso que daban decenas de zurcidos y remiendos, dándoles un aire entre bufones ambulantes y truhanes que se venden al mejor postor.

—Sentaos a la mesa —les invitó Tirgo de Tirón quien aún tenía dibujada una amplia sonrisa en su rostro—. Estoy ansioso por escuchar tu historia, capitán Falk —habló ahora en tono más serio—. Un grave y crucial asunto debe angustiarte para haber osado adentrarte en nuestras aguas.

Falk se sentó a la mesa junto a Senthilkumar, pero antes de hablar dio un trago del vaso de ron que tenía frente a él.

—Buen ron —dijo tras refrescarse el gaznate—, pero incapaz de superar a mi licor de fuego.

—Eso es porque tu paladar no está acostumbrado a deleitarse con un verdadero ron añejo —contestó enfadado Tirgo de Tirón—. Este ron no lo encontrarás en esas posadas de mala muerte que los marineros frecuentáis. Si no fueses mi invitado, te obligaría a retractarte de tus palabras.

—Vos seríais el que debería retractarse —contestó Falk—, al no haber probado

nunca un néctar como el licor de fuego. Si mal no recuerdo, los corsarios del sur nunca han tenido el valor suficiente para acercarse a visitar a sus vecinos del norte, tierra en la que se destila el sin par licor.

—Nunca nos hemos acercado a esas estériles tierras porque allí no hay nada que podamos saquear más que pescado ahumado o hambrientos y mezquinos aldeanos —respondió aún más enfadado Tirgo de Tirón.

—Si esos carroñeros de Alagam no hubieran desvalijado mi bodega —replicó Falk—, os mostraría el licor que esos mezquinos del norte son capaces de destilar y que haría enmudecer a los necios y cobardes habitantes de Rangalpur.

—Acepto tu desafío —respondió el corsario—, pero si mi paladar decide lo contrario os arrepentiréis de vuestras palabras. Quizás entonces os arroje con mis propias manos a los tiburones —y diciendo esto envió a varios de sus hombres a inspeccionar la bodega de *La Sirena de los Mares* en busca del famoso licor del que Falk tanto se enorgullecía.

—Por favor, caballeros —habló Ghior tratando de atemperar los exaltados ánimos—. Dejemos de un lado estas baldías disputas y centrémonos en la cuestión que nos ha congregado aquí esta noche, y que no es otra que escuchar la narración que Falk tiene que contarnos. Adelante, viejo zorro —dijo dando paso al capitán—. aguardamos ansiosos tu relato.

Las palabras de Ghior resultaron ser el bálsamo que logró apaciguar temporalmente los agrios caracteres de los dos lobos de mar. Falk dio un nuevo trago del ron de la discordia, humedeciendo su garganta antes de la larga historia que iba a relatar.

—Todo comenzó hace más de cien lunas en la región de Jactinia, en el corazón de Tierra Conocida —dijo el capitán—. Zornik, rey de los gronings, mediante un vil ardid diezmó al pueblo nerlingo iniciando una campaña con el único objetivo de conquistar el mundo conocido. Jactinia ya se encuentra bajo su yugo, y ahora ha clavado sus crueles ojos en el este. Sus fuerzas avanzan hacia nuestras amadas costas orientales y, una vez las hayan alcanzado, jamás volverán a ser como ahora las conocemos. Zornik ansia llenar el mundo de oscuridad y destrucción, y no cesará hasta conseguirlo.

—Esas aterradoras palabras son muy eficaces para asustar a niños y viejas —respondió burlándose Tirgo de Tirón—. ¿Pero qué pueden hacer contra nosotros los gronings en el mar? ¿Qué me importa a mí lo que ocurra en el resto del mundo mientras dominemos estos mares y conservemos nuestro bastión en Rangalpur?

—Quizás tarden meses, quizás inviernos —replicó Falk tratando de contenerse—, pero te aseguro que darán con vosotros y arrasarán vuestra ciudad y vuestros barcos. Puede que sea casi imposible asaltar Rangalpur desde el mar, pero sus ejércitos la invadirán desde tierra adentro. ¿Cuál crees insensato que será el primer objetivo de Zornik en el este? ¡Porliron, engreído Corsario! —gritó enervado—. Controlarán sus astilleros, esos astilleros que fabrican todos y cada uno de los barcos que navegan por

el Mar del Este. Vuestra flota no podrá crecer y con cada barco que perdáis vuestra hegemonía en el mar menguará lenta pero irremisiblemente. Y llegará el día en el que los luinas, sometidos por los gronings, terminarán de construir la mayor de las flotas que jamás haya navegado por los océanos de Tierra Conocida, y con ella llegará la destrucción y la oscuridad hasta vuestra inexpugnable Rangalpur. Imagina también por un momento —dijo con ironía—, que cualquier mercenario de noble corazón como Alagam venda su alma a cambio del inagotable oro que los gronings obtienen de sus minas auríferas del norte. Te aseguro que entonces empezarás a preocuparte por los acontecimientos que están tiñendo con la sangre de miles de inocentes la tierra en que moramos.

Las palabras de Falk consiguieron silenciar por unos instantes la soberbia de Tirgo de Tirón. Los funestos vaticinios que Falk había revelado, lograron resquebrajar la coraza tras la cual se refugiaba el altivo corsario.

—En previsión a su avance —respondió dubitativo Tirgo de Tirón—, reforzaremos nuestras defensas y nos haremos con la mayor cantidad de barcos y esclavos posibles.

—Ellos os superarán en una proporción de diez a uno —le interrumpió Falk—. Con tus planes sólo conseguirías retrasar, quizás un par de inviernos, una derrota segura.

—¿Qué es lo que sugieres entonces que hagamos, experto estratega? —preguntó molesto el corsario.

—Apelo a tu noble juicio del que un viejo Senescal me habló no hace demasiado tiempo —respondió Falk tratando de adular a Tirgo de Tirón mientras dedicaba una cómplice mirada a Ghior—. Apelo a tu razón y a tu valentía, a tu indiscutible liderazgo entre todos los corsarios para que hagas tuya nuestra causa, la causa de todos aquellos hombres que desean vivir en libertad en este maravilloso mundo de luz y de mares, de nubes y de montañas. Une tu espada a la del joven Rey Nerlingo para derrotar a Zornik, a aquel que quiere cubrir de oscuridad hasta el último rincón de nuestro mundo —terminó Falk su alegato mientras todos enmudecieron.

Fue Tirgo de Tirón quien rompió aquel tenso silencio tras unos instantes en los que dudó qué contestar al vehemente Falk:

—¿Cuál sería mi papel en toda esta historia si es que finalmente decidiese unirme a tu lucha? —preguntó.

—Velaríais por la seguridad de los puertos orientales —respondió Falk—, surcando el Mar del Este desde norte a sur, barriendo al enemigo de esas aguas que os pertenecen.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó con desprecio el Corsario—. ¡Velar por los puertos orientales! ¡Ja, ja, ja! ¡Ellos son los que deben velar porque mis barcos no se acerquen a sus burgos! Recuerda quién soy yo, Tirgo de Tirón, el Emperador de los Corsarios, el que su bandera se llama “El fin”, aquella que hace estremecer a quien la divisa ondeando mecida por el viento sobre las aguas del océano.



Viendo que así jamás lograría obtener el apoyo del corsario, Falk optó por herirle en su orgullo.

—Igual que ante tu bandera tiemblan ahora los atemorizados moradores de las costas orientales —replicó Falk—, ante ella se mofarán los soldados gronings. Porque ellos despreciarán a unos cientos de desaliñados piratas liderados por un desconocido barbudo que se hace llamar emperador. Miles de botes descenderán por el Morkurgul y el Taquakland y ocultarán bajo la madera de sus barcazas el agua de estas costas. La bandera de la ensena del lobo negro conquistara el Mar del Este como su infantería lo hizo con Jactinia, y tu enseña servirá de alfombra en los aposentos de los capitanes gronings.

—Los gronings jamás te respetarán —continuó Ghior siguiéndole el juego a Falk—, y como pueblo soberbio y despiadado que son, tratarán de humillarte derrotándote en el mar, porque ten a buen seguro que no dudarán en pensar que sois un hatajo de inútiles marineros de agua dulce.

—¡Maldita sea! —gruñó Tirgo de Tirón—. ¡Yo, un marinero de agua dulce, cuando son ellos los que navegan en las mismas barcas en las que yo abandono a mis prisioneros en alta mar! ¿Contra quién piensan esos botarates gronings que van a enfrentarse? ¿Contra un anciano tuerto con pata de palo que no come más que sopas de ajo? Esos malditos probarán el acero de mi espada y sus barcas se quebrarán como ramas secas cuando las quillas de mis navíos las embistan. Porque amigo Falk, no dudes que mis corsarios se unirán a vuestra causa. Tamaña afrenta no quedará huérfana de castigo. Probarán en sus propias carnes la furia del mar y la de los hombres curtidos por su espuma y salitre.

—Cuando decidí acudir a Rangalpur a tu encuentro, arriesgando mi vida por ello, no esperaba oír otras palabras diferentes a las que acabas de pronunciar —respondió eufórico Falk.

—Has hablado como un gran señor —corroboró Ghior—. Tierra Conocida te estará eternamente agradecida. Además, no creo que a sus habitantes les importe que tomes prestado parte del oro de los gronings como pago a tus servicios —finalizó sonriendo.

Tirgo de Tirón se estiró en su silla como un pavo real complacido por los halagos recibidos.

—Capitán Falk —habló entonces el príncipe Ilanit—, vuestro terrible relato me ha sobrecogido. Si como decís el mal avanza inexorable hacia los últimos confines de Tierra Conocida, no seré yo quien permanezca impassible viendo cómo el fuego de los gronings nos destruye. Permitidme que a mi regreso a Saimán, interceda por vuestra causa ante mi padre, el Rey Naveen. Pues nuestro pueblo jamás tuvo disputas con los gronings, mas los rumores de su infinita crueldad llegaron a nuestros oídos gracias a las nuevas de viajeros venidos del norte. Si finalmente mi padre atiende mis ruegos, cruzaré la Barrera de Dunas con tres mil hombres del reino de Saralamath en el décimo mes, y nos uniremos a las fuerzas rebeldes que allí traten de reconquistar

Jactinia.

—Permitidme en ese caso, mi señor, que sea yo quien capitaneé las tropas de Saralamath bajo vuestro mando —añadió Senthilkumar.

—Por supuesto, mi fiel Senthilkumar —respondió Ilanit—. Será un honor cabalgar a tu lado y al de los capitanes de los pueblos libres.

En ese preciso momento entraron en la estancia dos de los corsarios a los que Tirgo de Tirón había ordenado inspeccionar la bodega de La Sirena de los Mares. Entre sus manos traían media docena de botellas de licor de fuego que habían sobrevivido al expolio de los hombres de Alagam.

—Mi señor —dijeron con cautela—, éstas son las únicas botellas que quedaban intactas en la bodega del prisionero.

—No es mi prisionero, sino mi invitado —corrigió inmediatamente Tirgo de Tirón a sus hombres.

—Disculpad la confusión —se excusó el corsario—. Como le decía, los hombres de Alagam han saqueado la bodega del barco y sólo han dejado en ella cajas de madera vacías y varios odres de agua reventados. Al mover una de las cajas encontramos debajo de ella una tabla resquebrajada que parecía haber sido desencajada no hace demasiado tiempo. La levantamos y bajo ella aparecieron escondidas estas botellas —finalizó mostrándoselas.

—¡Valiente bribón! —rió Tirgo de Tirón—. Un escondite en la mismísima bodega para ocultar tu tesoro más valioso, ¡ja, ja, ja! Ciertamente empiezo a dudar ahora que mi ron añejo pueda superar a tu misterioso licor de fuego. ¿A qué esperas para descorchar una de esas botellas? —increpó al corsario—. Mi gazzate está impaciente por probar ese brebaje norteño.

—Doy fe de que no te arrepentirás de ello —contestó Ghior. El corsario corrió a buscar cinco vasos. Después abrió nervioso la botella y vertió en los recipientes el aguardiente, ofreciendo primero de beber a su señor. Tirgo de Tirón vació el vaso de un trago y, tras saborear el regusto de las últimas gotas que se deslizaban por su garganta, profirió una larga retahíla de exclamaciones:

—¡Inconmensurable! ¡Insuperable! ¡Inimitable! —exclamó el corsario—. ¡Soberbio! ¡Sorprendente! ¡Sobrenatural! —gritó poniéndose en pie de un salto mientras elevaba su vaso.

—Te lo advertí —le dijo Ghior.

—Creo que estáis obligado a retractaros de vuestras palabras —sugirió Falk—. Como habéis podido comprobar por vos mismo, no hay en toda Tierra Conocida hidromiel, ron u otra bebida destilada que tengan parangón con el licor de fuego.

Repentinamente la sonrisa de Tirgo de Tirón se borró de su cara. Durante unos instantes un tenso silencio flotó en aquella sala, hasta que el corsario lo rasgó con su grave voz, cual afilada espada a un manto de seda:

—En toda mi vida —comenzó—, he rectificado ante nada ni nadie. Mas hoy será la primera vez que lo haga, pues mi querido capitán, debo darte la razón en todas y

cada una de tus afirmaciones. Jamás había probado una mágica poción como la que tú, nigromante de los licores, hoy me has administrado. Sellemos ahora nuestro pacto con un gran brindis, pues prometo que a partir de este momento nos conocerán como la Alianza del Fuego, la que consumirá reduciendo a cenizas a los ejércitos gronings. En las orillas del Mar del Este acabaremos con ellos hasta que no quede vestigio de esa oscuridad con la que han prometido cubrir nuestros mares.

—¡Por la Alianza del Fuego! —gritaron todos al unísono al tiempo que golpeaban unos vasos contra otros.

Durante los días posteriores al sello de la alianza, Tirgo de Tirón convocó a todos y cada uno de los señores corsarios en su guarida de Rangalpur. Uno a uno les pidió que se unieran a él en la empresa en la que acababa de embarcarse. La gran mayoría le dio su apoyo incondicional, mas algunos como Alagam le plantearon serias reticencias en participar en aquella guerra que para nada les incumbía, aunque finalmente a regañadientes aceptaron en intervenir.

Tirgo de Tirón prometió abundante oro a aquellos que tomasen una parte más activa en la contienda. Alagam le comunicó que navegaría a retaguardia de la flota, y que solamente intervendría en la batalla en caso de ser estrictamente necesaria su participación. Tirgo de Tirón aceptó sus condiciones, aunque no terminaba de fiarse del codicioso corsario.

Después de catorce días de cónclaves, quedó definida la flota que partiría hacia la desembocadura del Morkurgul. Las ocho familias corsarias, entre las que Tirgo de Tirón y Alagam suponían cerca del setenta por ciento de las fuerzas, harían frente a la avanzadilla del ejército groning en Thioluka con cien barcos y más de dos mil hombres. Ellos serían un pilar fundamental para lograr el fracaso de Zornik en la conquista del oriente de Tierra Conocida.

Mientras duraron los concilios entre las familias corsarias, el capitán Falk empleó su tiempo en reparar la maltrecha proa de *La Sirena de los Mares*. La alegría le embargaba y sus cánticos y trovas eran en esos días aún más ocurrentes. Solamente se lamentaba de no poder comunicar a Kiril que había logrado cumplir con éxito el primer paso de la misión que le había encomendado.

También Ilanit y Senthilkumar, aprovechando los concilios, partieron hacia el reino de Saralamath para tratar de convencer al Rey Naveen a que se uniera a la causa de Kiril y así, en el amanecer del otoño, cruzar la Barrera de Dunas y hostigar los dominios sureños del nuevo imperio groning.

Parecía que por fin los vientos de la fortuna habían regresado de su remoto destierro invernal, para volver a soplar con renovadas fuerzas sobre los estandartes que enarbolaban los mortales de noble corazón.

## El tiempo de los pueblos libres se acaba

El plazo que Zornik había dado al capataz al mando de la construcción del Embarcadero del Morkurgul expiraría en siete días. Zunkonel, Mariscal de las legiones gronings del Oeste, había partido hacía veinte lunas en apoyo de las tropas de Arniokelen desde el corredor de Groningburgo, un pasillo limitado al norte por el intrincado Valle del Rauron y al sur por las últimas estribaciones de los Guardianes de Groning. Abandonando su obligado y tenso descanso, sus hombres partieron ansiosos hacia el este cruzando a paso ligero las Landas de Edhilien, amplios y verdes campos de áspera hierba, desnudos de arboledas y montañas. Cuarenta millas al sur de Nornogham variaron su dirección, descendiendo hacia tierras meridionales en paralelo al curso del Río Montul. Después de dos semanas de expedito avance, los ocho mil gronings acamparon en torno al embarcadero del Morkurgul. Allí aguardarían órdenes de su Rey.

Y esas órdenes no se hicieron esperar. Al cabo de dos días, un halcón real anunciaba que el Rey Zornik convocaba a sus cuatro Mariscales (Arniokelen, Burkelen, Zotelen y Zunkonel) en el embarcadero del Morkurgul. Él acudiría acompañado por doscientos gorglins al mando del fiel Inorkul, capitán de su guardia personal.

Arniokelen, Mariscal de las legiones del Este, apremiaba al capataz para que concluyera con urgencia las tareas pendientes en el embarcadero, pues aún no habían botado todas las barcasas necesarias para transportar a las tropas gronings.

—Espero por tu bien que tengas disponibles dentro de cinco días hasta el último de los botes —le dijo Arniokelen—, o probarás en tu propio pellejo la ira del Rey. Si en algo aprecias tu vida, Urmaru, bien harías en redoblar los turnos de trabajo de esos haraganes.

—Ya contesté al mensaje que recibí de Inorkul —respondió Urmaru—. Es imposible terminar en tres semanas todas las barcasas para los soldados. Necesitaré al menos una más, y así se lohice saber.

—No esperes comprensión alguna por parte del Rey —replicó Arniokelen—, ni tampoco ayuda por mi parte. Si hubieras tratado con mano de hierro a esos holgazanes indolentes que tienes por trabajadores, ahora no estarías metido en semejante aprieto. El látigo ablanda el orgullo y apresura las manos.

—Ya probé con el látigo, incluso les privé de alimentos, pero no funcionó; varias docenas murieron —dijo Urmaru—. Los mejores esclavos son destinados a las minas de oro, y a mi sólo me llega la escoria de los territorios ocupados: débiles mujeres, viejos enfermos, estúpidos y desmembrados, nada más que inservibles despojos humanos —y Urmaru maldijo su suerte.

—El oro paga a nuestros ejércitos, ellos defienden y expanden nuestro imperio —contestó Arniokelen—. Gracias a ellos tienes a tus esclavos; si no deberías construir esas barcasas con tus propias manos. ¡No reniegues de la mano que te alimenta! Te lo

vuelvo a repetir: ten los botes preparados en cinco días, o lo pagarás caro —y mirando con desprecio al capataz se alejó hacia el campamento.

Urmaru murmuró oscuras palabras contra el orgulloso Mariscal. Encolerizado, se acercó donde los esclavos trabajaban y, agitando con fuerza su látigo entre horribles chasquidos, descargó su ira contra aquellos pobres desgraciados.

Finalizaba la semana cuando los Mariscales gronings comenzaron a arribar al embarcadero. Tras la llegada de Zunkonel seis días atrás, el siguiente en acudir al consejo fue Zotelen, Mariscal de las legiones gronings del Norte, con una compañía de cincuenta soldados. El resto de sus tropas patrullaban cien millas al norte de la Cordillera Savakien, en una franja comprendida entre Bosque Frío y Halthoria. Las órdenes que recibió meses atrás, y que aún continuaban vigentes, fueron permanecer prestos y armados para iniciar una posible invasión de las Tierras Frías.

El último en llegar fue el Mariscal Burkelen, quien ostentaba el mando de las legiones gronings del Sur, y al que por su veteranía y valía demostrada en el campo de batalla, Zornik solía encomendar las empresas más arriesgadas. Trajo noticias frescas de los territorios ocupados al sur del Río Arquiri-Valu. El antiguo reino nerlingo había sido completamente atrasado, aunque sospechaban que reducidos y dispersos grupos de fugitivos malvivían ocultándose en las rocosas Montañas Artankal. Más al este, los burgos skelingos finalmente habían claudicado y al oeste y al sur, Maraburgo, Iguroburgo y Ballinburgo también habían caído, por lo que las legiones de Zornik controlaban todos los territorios al sur de Groningburgo, llegando hasta la misma Barrera de Dunas. Zornik no había puesto aún sus ojos más allá de las arenas del Desierto Rojo, pero sería cuestión de tiempo que tras conquistar el este y el norte de Tierra Conocida, emprendiese la conquista y la destrucción de los feudos sureños, comenzando por el reino de Saralamath.

Esa noche por sorpresa, amparados por la oscuridad de la luna creciente que lucía pálida como una diminuta rendija bajo un gran portón, irrumpieron en el campamento Zornik, el capitán Inorkul y doscientos de sus mejores gorglins. Envueltos en sus vestiduras negras como panteras en la noche, desarmaron a los centinelas y asaltaron con sus espadas de hoja de sierra las tiendas de los soldados, colocando el gélido filo de su acero en el cuello de los confiados gronings. El mismo Zornik penetró sigiloso como una serpiente en la tienda de los Mariscales mientras dormían. Antes de que ninguno de ellos pudiera darse cuenta, sujetó de los cabellos a Arniokelen colocándole una daga en el gaznate. Arniokelen se despertó sobresaltado y asustado al sentir como una hoja afilada le mordía en el cuello.

—Si fuera un enemigo tus ojos ya no brillarían a la luz del fuego —le dijo Zornik mientras le tiraba con fuerza de los cabellos—. Ahora estarían inertes, vacíos, mostrando el extinguido fondo de un oscuro pozo sin agua —y lentamente disminuyó la presión con la que apretaba la daga sobre el cuello de su Mariscal. Arniokelen suspiró finalmente aliviado.

Zornik salió de la tienda y, a una orden suya, todos los gorglins depusieron su

actitud y se agruparon para instalar sus pabellones alrededor del campamento. Los soldados gronings los miraban admirados por su destreza y sigilo; pero también los temían, pues sabían eran despiadados y crueles con sus enemigos, educados a imagen y semejanza de su amo Zornik.

El Rey brujo volvió a la tienda acompañado por Inorkul y reprimió enojado a sus Mariscales.

—¡Hatajo de inútiles! —les gritó—; vosotros que os hacéis llamar Mariscales, no seríais capaces de repeler las escaramuzas de un grupo de campesinos. ¿Dónde estaban vuestros centinelas sino dormitando, apoyados en un árbol o tumbados sobre la hierba? ¿Qué habría ocurrido si en vez de los gorglins os hubiesen atacado un grupo de norteños o de hombres del este? Más de un centenar de vosotros habríais muerto antes de despertar de vuestro ebrio estado. O peor aún, hubieran incendiado el embarcadero y los botes. Debemos estar alertas, nos acercamos cada vez más a tierras hostiles, a la última resistencia al avance de nuestro imperio, y quiero que mis ejércitos estén preparados para matar, no para que sean ellos los que mueran en la lucha por la ineptitud de mis oficiales. Mañana inspeccionaré los trabajos del embarcadero y a mediodía os reuniréis en mi tienda para discutir los siguientes pasos de la invasión —y mirán道les con ojos brillantes e iracundos salió de la tienda. Inorkul, impasible como siempre, caminó tras su Rey mirando despectivamente a los todavía asustados Mariscales.

El día amaneció despejado y el sol brillaba reflejándose en las plateadas aguas del Morkurgul. El embarcadero estaba situado en un plácido remanso, y en sus verdes orillas crecían apretados grupos de berros y otras plantas entremezcladas con numerosos juncos. El deshielo había comenzado en las montañas septentrionales, y ahora el torrente del río descendía caudaloso y embravecido buscando el este, desatando toda su furia contenida en los Rápidos del Ansar, más peligrosos y traicioneros que en ninguna otra época del año.

Zornik acudió temprano al embarcadero acompañado por Inorkul y cuatro de sus gorglins. Urmaru, el capataz, tembló sacudido por un escalofrío al ver a Zornik. El Rey y sus lacayos se acercaron hacia él.

—¿Recibiste mi mensaje? —habló primero Inorkul.

—Sí, mi señor —respondió tembloroso Urmaru—. Confío en que el halcón le hiciese llegar mi respuesta.

—La recibí —respondió enojado el gorglin—, y por tu bien espero que ésa no sea la realidad.

—Pero mi señor conoce los recursos con los que cuento —se lamentó—. No tengo manos suficientes para...

—Te ordené que el embarcadero y los transportes para mis legiones estuviesen terminados en tres semanas —le interrumpió Zornik y Urmaru retrocedió asustado al

contemplar los malévolos ojos del Rey groning—. Te volveré a formular la misma pregunta que Inorkul una última vez. ¿Has concluido el trabajo que te fue encomendado?

—Mi señor —respondió con voz apagada y temblorosa el capataz—. El embarcadero está dispuesto para ser utilizado como puede comprobar —y extendiendo los brazos le mostró la enorme plataforma construida con grandes maderos que parecía levitar sobre las aguas—. Las legiones del Mariscal Zunkonel podrían comenzar hoy mismo a descender el cauce del río, y en siete lunas...

—¿En siete lunas? —volvió a interrumpirle Zornik cada vez más exaltado—. ¿Qué es lo que ocurrirá en siete lunas?

—Lo que quería decir, si vos me permite, gran Rey —contestó tartamudeando Urmaru—, es que si el descenso del río hacia el este se realizara escalonadamente, cuando los últimos hombres partan del embarcadero, todas las barcazas habrán sido terminadas.

—¿Acaso el nombre de Urmaru, un miserable carpintero convertido en capataz, ha sido nombrado en alguna gloriosa canción o loa por sus hazañas en el campo de batalla? —dijo Zornik mientras caminaba rodeando a Urmaru y se colocaba a su espalda—. ¿Acaso te crees capaz de dirigir el desarrollo de una campaña militar? ¿Quizás me equivoqué al menospreciar tus dotes de estrategia encomendándote esta vana tarea? ¿Quizás debería haberte nombrado Gran Mariscal de todas mis legiones?

—No, mi señor, no pretendía decir eso —se justificaba un asustado Urmaru.

—Me alegra oír esas palabras, ya que si no has sido capaz de concluir la tarea que te fue ordenada, no creo que triunfases al mando de una de mis legiones, incompetente capataz —dijo Zornik airadamente mientras Inorkul sonreía perverso al escuchar las palabras de su Rey—. Porque si no me equivoco y no he malinterpretado tu perorata, aún no has concluido las quinientas barcazas que te ordené construir, ¿no es así? —inquirió Zornik.

—No, mi señor, no ha malinterpretado mis palabras —respondió resignado y abatido Urmaru—. Solamente nos restan ciento veinticinco barcazas por construir —y el chapoteo de una embarcación botada al río resonó en las frías aguas de aquel remanso—. Bueno, haría bien en puntualizar que ahora sólo quedan pendientes ciento veinticuatro.

—Pagarás tu desfachatez e ineptitud —replicó furioso Zornik—. Tu muerte servirá de escarmiento a los demás.

—Pero mi señor... —y Urmaru no pudo concluir la frase, pues Zornik le degolló con un veloz movimiento de su daga que la vista de ningún hombre pudo apreciar.

El cuerpo de Urmaru se desplomó inerte sobre los maderos del embarcadero, que comenzaron a teñirse con el rojo muerte de la sangre del capataz que manaba a borbotones de su cuello. Los gorglins permanecían impasibles contemplando cómo el cuerpo del groning se desangraba, mientras los esclavos que habían visto el asesinato del capataz, aterrorizados redoblaban su frenético ritmo de trabajo.

—Arrojadlo al río —les ordenó Zornik a los gorglins—. Que los peces devoren su carne —y volviendo sobre sus pasos se dirigió hacia el pabellón de los Mariscales.

Dos de los gorglins arrastraron el cuerpo inmóvil de Urmaru hasta el borde del embarcadero, y allí lo arrojaron al río como si de un despojo se tratara. Algunos de los soldados de las legiones gronings sintieron vergüenza por el acto que su Rey había cometido. El absoluto desprecio de Zornik y de sus lacayos gorglins por la vida de los hombres llegaba incluso a ensombrecer el cruel corazón de aquellos soldados.

Casi era mediodía, y el velo gris de una compacta comunidad de nubes impedía contemplar al sol alcanzar su cenit. Esas nubes parecían presagiar las columnas de humo que las huestes gronings elevarían por doquier en las próximas lunas.

En la tienda de mandos, los cuatro Mariscales aguardaban nerviosos e inquietos la llegada de Zornik. Allí se decidiría el futuro de los pueblos del este y por ende del resto de moradores de Tierra Conocida. El Rey brujo no tardó en llegar acompañado por su inseparable Inorkul. Seis gorglins relevaron a la guardia groning a las puertas del enorme pabellón de tela roja lúgubrementemente adornada por un enorme lobo negro.

—Comencemos la reunión —dijo Zornik impaciente sin aún haberse sentado en la silla.

Los cuatro Mariscales se sentaron una vez Zornik lo hizo, pero Inorkul permaneció de pie a la derecha del Rey.

—La primavera avanza veloz por Jactinia —habló Zornik—. Los prados han reverdecido y los árboles se han cubierto de infinitas hojas. El hielo se derrite en el norte y la nieve no volverá hasta bien avanzado el otoño. No tardará en llegar el verano y para entonces nuestras legiones habrán iniciado la invasión, la ocupación final.

—¡Fantástico! —exclamó Zotelen—. Mis legiones del Norte aguardan impacientes sus órdenes en los alrededores de Halthoria para invadir las Tierras Frías. ¡Terminaremos el trabajo que iniciamos hace diez inviernos! Los norteños son ahora débiles, la Alianza de Tenkolmar fue derrotada y sus hombres diezmados; los aplastaremos durante el verano, antes de que lleguen los fríos glaciares que hace dos lustros les salvaron del exterminio.

—No atacaremos las Tierras del Norte —respondió tajantemente Zornik.

—¡Mi señor! Ahora es el momento de acabar para siempre con esa amenaza —le sugirió Zotelen—. Es la época ideal para iniciar una invasión de las tierras septentrionales. Mis hombres están prestos para la guerra, conocen el terreno; muchos de ellos participaron en las campañas del norte. La situación es realmente propicia. Si no lo hacemos ahora deberá pasar un nuevo invierno antes de acometer la invasión.

—No atacaré el norte —contestó Zornik—. Aún no. La Alianza de Tenkolmar fue diezmada y dividida, sus escasos supervivientes obligados a huir hacia las fronteras de los Hielos Perpetuos. Desde aquel día nuestros espías han informado que la



alianza no ha vuelto a ser convocada. Los norteños no son ahora una amenaza. Su líder fue apresado y confinado en la prisión de Eloburgo. Aún podemos esperar más tiempo para someterlos. Nuestra prioridad es ahora el este: las costas y puertos orientales. Someteremos toda ciudad o aldea, puerto o astillero, granja o cabaña, desde Forgol hasta Nagapanam. Un anciano poder ha despertado en el este, y es crucial hacernos con él; sofocar esa llama incipiente antes de que incendie el oriente de Tierra Conocida. Una vez en nuestras manos seremos invencibles; la victoria será incontestable y dominaremos por siempre el mundo de los hombres —y un brillo maligno centelleó en los ojos de Zornik.

Los cuatro Mariscales e Inorkul trataban de imaginar a qué anciano poder del este se refería el Rey brujo. ¿Quizás al resurgir del antiguo reino de Esreghaia?

—¿Cuál será entonces nuestro primer objetivo en el este? —preguntó Arniokelen como Mariscal de las legiones del Este.

—Los hombres de Zunkonel descenderán el Morkurgul dentro de cinco días —habló Zornik—. Tú y tus soldados —dijo refiriéndose a Arniokelen—, cruzaréis la Cordillera Savakien hacia el Embarcadero del Taquakland. Al menos os llevará quince días llegar hasta él. Confío en que para entonces el capataz y sus esclavos hayan concluido el trabajo. Si falta una sola barcaza por botar al río matadlo y enviadme su cabeza —les ordenó furioso Zornik recordando a Urmaru—. Una vez alcanzado el Mar del Este marcharéis hacia Itsonod. Cuando la capital esmuga haya caído, avanzad hacia Porliton. Allí os reuniréis con Zunkonel, quien ya habrá tomado la ciudad. Porliton será nuestro cuartel general en el este. Sometidos los luinas, construirán para nosotros la flota más fabulosa que jamás haya surcado mar alguno. Con nuestros nuevos barcos asolaremos los puertos del sur. Quizá puedas atacar con tus legiones las Tierras Frías antes de lo que piensas, Zotelen; y no tras una dura y extenuante marcha a través del hielo y la nieve, sino navegando por el Mar del Este para irrumpir en las aldeas de esos malditos norteños desde donde nunca imaginarían —y los ojos se le iluminaron nuevamente al pensar en muerte y destrucción.

—¿Y qué misión le será encomendada a mis legiones? —preguntó ansioso Burkelen.

—Tus soldados deberán afianzar la ocupación de la región central de Tierra Conocida —le ordenó Zornik—. No dejaréis un solo rebelde con vida. El recuerdo de los nerlingos no debe ser solamente adormecido; tiene que ser aniquilado. Siento que aún una débil semilla de rebeldía late profunda y escondida en el corazón de Jactinia. Aplastad cualquier indicio de levantamiento; ajusticiad a todo aquel que se oponga a nosotros —habló con veneno en su mirada—. Destinarás a una compañía de doscientos hombres la patrullar los valles al sur de Maraburgo. Cuando comience el equinoccio de otoño conducirás a dos mil de tus hombres hasta la Barrera de Dunas. Una vez la invasión del este haya terminado, tus legiones atacarán a los reinos sureños. Nada escapará a los largos brazos de nuestro imperio. Conquistados el este, el sur y el norte, todas las regiones de Tierra Conocida serán nuestras, pues las tribus

de jinetes nómadas de Tierra Seca me rinden fiel y leal pleitesía. No habrá nadie tan grande e insigne entre los mortales; el gran poder me hará reinar de por vida y sólo por el Emperador de los hombres sonarán trovas y canciones. Incluso los dioses se arrodillarán ante mí, temerosos de mi cólera —y Zornik miraba fijamente la tela roja del pabellón, soñando que sus ojos no podrían alcanzar a ver el atardecer en los vastos dominios sobre los que se extendería su reino.

—Ni una sola brizna de hierba osará entonces ensombrecer el esplendor del imperio groning y a su regio Emperador —añadió Inorkul halagando a Zornik.

—Zotelen —habló Zornik volviendo de su estado de ensoñación—. Permanece con tus tropas al norte de la Savakien, vigilando las Tierras Frías, pero también presto a las informaciones que te lleguen de los demás Mariscales. Si alguna de las campañas se complica, tus hombres tendrán que entrar en contienda en apoyo de las otras legiones.

—Las legiones del Norte siempre están preparadas para la batalla —respondió orgulloso y soberbio Zotelen.

—Que así quede dicho y ordenado caballeros —sentenció Zornik—. Que la fortuna acompañe a nuestras legiones. La próxima primavera no sólo traerá el nacimiento de nuevas flores en los campos y hojas en los árboles; un nuevo y esplendoroso imperio, un nuevo orden será alumbrado al mundo, y sea animal o bestia, hombre o deidad, temblará al oír el nombre de su Emperador.

—¡Qué así sea! —gritaron los cuatro Mariscales e Inorkul al unísono.

—Reúne a tus gorglins —le dijo Zornik a Inorkul—. Abandonaremos el campamento pasado el mediodía.

—Estaremos preparados y dispuestos para entonces —y sin pronunciar otra palabra Inorkul abandonó la tienda de los Mariscales deslizándose sigilosamente como una serpiente.

Arniokelen ordenó que la comida les fuese servida dentro del pabellón. Allí tomaron una sopa gruesa con trozos de jamón y trucha. Apenas si conversaron con el Rey. Solamente Burkelen osó preguntarle a dónde se dirigiría ahora: a comandar la campaña del este o si regresaría a Groningburgo. Zornik sólo mencionó que cabalgaría con sus gorglins hacia el sur, pues debía resolver un asunto largo tiempo postergado. Después de eso no volvió a hablar más.

Tras la comida, Zornik se despidió rápidamente de sus Mariscales para unirse a la compañía de Inorkul y sus gorglins, quienes habían recogido las tiendas de campaña y permanecían montados a caballo aguardando a su Rey. Nadie se atrevió a preguntarles si habían comido o deseaban llevar provisiones para el viaje.

—¡Las regiones orientales serán nuestras! —gritó Zornik a las legiones que allí se congregaban montado a la grupa de su caballo, mientras el corcel elevaba sus dos patas delanteras—. ¡No tengáis piedad del enemigo! ¡Dejad que el acero de vuestras

espadas beba de su sangre! —y espoleando a su caballo se lanzó valle abajo seguido de la compañía gorglin.

Rápidamente desaparecieron envueltos en una gran polvareda ante aquellos que contemplaban su marcha desde el embarcadero. Las negras vestiduras de los gorglins se confundieron con el brazo curvo que describía la Iugur-András un par de leguas al sur del embarcadero. El Rey brujo cabalgaba siguiendo el rugido del Morkurgul para cumplir una extraña encomienda de su madrastra.

La campaña del este había comenzado y, en las próximas lunas, Kiril y sus aliados no volverían a tener tregua ni descanso hasta encontrar la victoria o la muerte en la cruenta guerra que se cernía sobre los últimos pueblos libres de Tierra Conocida.

## El guardián de piedra

Un gélido amanecer despidió a los últimos nubarrones que volaban sobre Bosque Salvaje alejándose hacia las tierras del norte. El invierno, postergado semanas atrás por la incipiente primavera, había regresado desafiante antes de recluirse en su guarida en lo más profundo de las Montañas Nevadas, donde las Tierras Frías se hermanan con los Hielos Perpetuos. Las praderas y lomas lindantes a Bosque Salvaje eran ahora una infinita alfombra blanca. Los árboles de la tétrica floresta, simulaban un amable paisaje nevado de robles, fresnos, hayas, olmos, sauces, pinos y abedules. Los primeros rayos de sol asomaron por el Paso del Nevado tras la gran tormenta de la pasada noche. La nieve había cubierto por completo el cuerpo mutilado del caballo de Oyvind. Las pisadas de aquella misteriosa sombra que arrastró al alko al interior de Bosque Salvaje, habían desaparecido bajo el algodón helado. El sonido de las campanas había cesado y, con el nuevo día, los demonios del bosque corrían a ocultarse en sus simas y cavernas. El rastro del hijo del relámpago se perdía para siempre en los lindes de la floresta innumerable.

El calor de un fuego que crepitaba extrañamente cercano despertó a Oyvind. Se retorció estirando sus miembros aún entumecidos por la tormenta de nieve, y comprobó que una gruesa manta cubría su cuerpo semidesnudo.

—¿Dónde estoy? —se preguntó intrigado entreabriendo los ojos—. Una cabaña... —dijo aturdido—. Recuerdo vagamente el sonido de una campana. La nieve lo cubría todo, el linde de Bosque Salvaje —y al recordar el bosque se incorporó abriendo de golpe sus azules ojos.

Sorprendido comprobó que se encontraba solo en una austera pero acogedora cabaña, construida con la madera de los abundantes robles que poblaban los alrededores. Oyvind yacía tumbado sobre una enorme piel de oso pardo, aunque las dimensiones de la misma le hicieron dudar si realmente aquella alfombra había pertenecido a algún otro extraño animal. Frente a él, una chimenea de piedra guardaba el fuego que le había devuelto a la vida. A su derecha, un raído jergón cubierto por una gruesa capa de polvo denotaba que hacía mucho tiempo que nadie había dormido en él. Junto al camastro había unas baldas en las que se apilaban pergaminos, velas consumidas, varias cazuelas de barro, un candil de aceite, cuerdas y hasta una rudimentaria azada. Esos enseres decoraban la única ventana que tenía la cabaña y por la que ahora comenzaba a penetrar la luz del nuevo día. En el otro lateral de la habitación, había una mesa con tres sillas; sobre ella un plato que aún humeaba y en el que alguien había cocinado un jugoso potaje de lentejas, espinacas y carne de ciervo. Una tinaja de agua y otra de vino invitaban al alko a sentarse a la mesa.

—¿Quién me trajo hasta aquí? —se preguntaba inquieto mientras buscaba con la

mirada su ropa y su espada.

Se incorporó nervioso y comprobó que sus vestiduras se secaban frente a la chimenea. Sus pies tropezaron con su espada al borde de la alfombra de color pardo. Aquello le tranquilizó y, abrigándose con la manta, salió al exterior de la cabaña tratando de buscar a aquel que le había salvado de una muerte segura bajo la tormenta blanca. Un viento helador y la visión de los árboles nevados le hizo recordar cuán cerca estuvo de morir la pasada luna.

—Los dioses han vuelto a salvarme —dijo Oyvind—. Mas algún día reclamarán mi alma para siempre.

Miró en derredor y vio un vergel de árboles que rodeaban la cabaña. Enormes robles y olmos cubiertos de nieve entrelazaban sus ramas hasta confundirse, sin saber bien cuales pertenecían a uno u otro árbol. Frente a él, un difuso camino ahora casi borrado por el gran manto blanco, parecía discurrir entre dos hileras de piedras que lo guiaban hacia el oeste a través de la floresta.

—Supongo que es el único lugar por el que podré abandonar el bosque —reflexionó en voz alta.

Tras andar una decena de pasos por el camino, comprobó como más adelante la senda giraba a la izquierda, perdiéndose entre las tupidas arboledas. Oyvind prefirió entonces regresar a la cabaña y dar buena cuenta de aquel plato de legumbres antes de que se enfriara.

Cuando volvía al refugio, un centelleante reflejo deslumbró sus ojos. Avanzó confundido unos pasos a ciegas. Entonces descubrió en un lateral de la cabaña algo que le turbó. Había un gran palo clavado en el suelo del que colgaba una brillante campana de oro, sin duda aquella que tañía en el fragor de la tormenta la pasada luna. Oyvind observó maravillado aquella pieza de orfebrería, preguntándose quién fue el paciente maestro que la había fundido y labrado de manera tan perfecta. La campana medía casi cinco pies de diámetro en su base, y un ancho cinturón con bellas grafías la adornaba donde su cuello comenzaba a estrecharse. En él podía leerse con claridad una inscripción en una lengua pretérita, seguramente la lengua común que se hablaba en los días Antiguos:

“Dirum thandir Celebor an Ephel Dolmin enceleriam linalion duril goldur”

Que Oyvind pudo llegar a traducir como:

“Haz sonar la Campana y Fuente Dorada descansará protegida de todo mal”.

Junto a ella, una estatua de casi siete pies de alto, caracterizaba a un hombre de rictus amenazante, poblada barba y escalofriante mirada, quien con sus dos brazos abiertos desafiaba a todo aquel que se acercase a la casa. Rodeando a la estatua, ocho enormes antorchas en las que prendía un fuego rojizo parecían querer advertir a las alimañas de Bosque Salvaje que en aquel claro de la espesura encontrarían su fin.

Oyvind contempló absorto la estatua que se erguía amenazante frente a él.

—Si no fuese de piedra, por Nerlinguia juraría que tiene vida propia —dijo mientras tocaba temeroso la extraña escultura mirándola fijamente a los ojos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Oyvind cuando las yemas de sus dedos acariciaron aquella estatua esculpida con inusitado detalle. Un misterioso significado se escondía tras la impávida y desbastada piedra, aunque el alko no alcanzaba a adivinarlo. El frío destempló su debilitado cuerpo, por lo que decidió entrar a la cabaña y comer aquel delicioso cocido que le aguardaba sobre la mesa.

Al acercarse al refugio, se percató que una bella flor seca con la forma del sol colgaba de la puerta de entrada. Oyvind se detuvo unos instantes a contemplarla; jamás la había visto antes, y se preguntaba dónde crecería esa curiosa flor que parecía festejar la luz que alumbraba cada día el oscuro mundo de los mortales. Un gélido sople de aire en su nuca le empujó a entrar definitivamente en la cabaña.

Allí una nueva sorpresa le aguardaba al sentarse a la mesa: un misterioso papel doblado bajo el plato aún caliente. Oyvind lo desdobló cuidadosamente y leyó lo que en él estaba escrito:

*El linde del viejo Bosque no es camino seguro al caer la noche. Cientos de ojos ávidos de sangre acechan al viajero. Las campanas del Guardián los mantendrán alejados, solamente a ellas temen.*

*El sol te protegerá en la cabaña durante el día y la noche. Duerme, reposa tu cuerpo, come y bebe el alimento del peregrino, pero antes de que el sol se ponga, huye del Bosque hacia el oeste por el camino de piedras blancas o las campanas ya no tañerán para salvarte.*

Aquella nota había sido escrita por su salvador, quien le recomendaba reponer fuerzas y abandonar el bosque antes de que la oscuridad volviese a reinar en él. Sin embargo, Oyvind pensó que aquella cabaña era un oasis rodeado por la infinita maldad que destilaba Bosque Salvaje, y quién allí morase era sin duda un hombre bondadoso que osaba desafiar el mal que durante centurias había ido creciendo en aquella malsana floresta.

Su mente se olvidó por unos instantes de la misión que hasta ahora le ocupaba: encontrar a su gemelo Ingvar. Decidió aguardar hasta que su salvador regresase, aunque ello comportase contradecir lo que la nota decía. A pesar de lo que pudiera pasar, merecía la pena arriesgarse por ello. Un extraño e inexplicable presentimiento se apoderó de Oyvind: aquella persona tendría un importante papel que desempeñar en la lucha de la luz frente a la oscuridad.

El potaje se enfriaba y el alko estaba hambriento. Comenzó a comer a grandes cucharadas que acompañaba indistintamente con vasos de agua y vino que calmaron su sed. En un abrir y cerrar de ojos se encontraba rebañando las últimas lentejas que nadaban en el plato. El cansancio, la succulenta comida y un último vaso de vino hicieron el resto. Oyvind comenzó a bostezar y a cabecear, cayendo rápidamente en un placentero sueño. La amenazante figura que custodiaba el umbral de la cabaña estuvo presente en todas las ensoñaciones que tuvo aquella tarde.

No volvió a nevar en todo el día. Los últimos copos habían caído antes de llegar el alba. La primavera había conseguido expulsar con sus verdes aromas al gélido estandarte blanco del invierno. En los linderos de Bosque Salvaje y en su tupida floresta, el sol había calentado la nieve arrojada por la gran tormenta. Ahora el día menguaba, y las sombras del atardecer comenzaban a acercarse desde el este. El viento respiraba sobre los árboles y sus ramas despobladas temblaban ateridas de frío. La escasa nieve derretida por los rayos del sol del mediodía se helaría nuevamente esa noche; las nubes habían viajado al norte y las estrellas aguardaban impacientes para retozar relucientes en el diáfano firmamento. Cuando el sol se hundiera en el oeste, nadie podría abandonar hasta el nuevo amanecer los dominios de Bosque Salvaje.

Oyvind despertó cuando el sol se despedía iluminando con su luz las blancas copas de los árboles del bosque. Pensó que estaba amaneciendo, pues no había contemplado en su vida las luminarias de un crepúsculo semejante. Sin embargo, aquella luz se fue apagando, sumiendo a la floresta en tenebrosas sombras.

Oyvind sintió un profundo desasosiego. Quizás debería haber hecho caso a lo que la nota decía. Comenzó a arrepentirse de no haber tomado el camino de piedras blancas que le hubiera alejado de aquel endemoniado bosque. Respiró varias veces profundamente tratando de tranquilizarse. Una vez se hubo serenado, tomó su espada y decidió aguardar en el interior de la cabaña la llegada de su salvador. Ésa y las noches que hicieran falta. Seguiría los dictados de su instinto. No se iría de allí hasta conocer al misterioso Guardián.

El nerlingo no tuvo que esperar demasiado para ello. Un tremendo estallido retumbó próximo a la cabaña. A continuación, un silencio sepulcral se apoderó de Bosque Salvaje, hasta que un desgarrador coro de aullidos, graznidos e ininteligibles sonidos se elevaron de norte a sur alcanzando hasta el último rincón de la floresta. Aquel fantasmal griterío siguió creciendo hasta que el repicar de la campana de oro dejó mudas a las maléficas criaturas que moraban en el bosque.

—“*Tulum, tulum, tulum*” —tres repiques tronaron bajo la luna.

El corazón de Oyvind palpitaba acelerado. Un sudor frío recorrió su espalda al escuchar los alaridos que provenían de la espesura.

—La campana tañe de nuevo —dijo en voz baja—. El Guardián la hace sonar —y los repiques del badajo sobre la esquila de oro retumbaban sonoramente a unos pasos del refugio—. He de salir ahora —dijo decidido pero temeroso y, cubriéndose con su capa, abrió la puerta abandonó la protección de la cabaña.

En el exterior, la noche había caído oscura sobre el bosque. La campana seguía tañendo con sus tres cadenciosos repiques: “*tulum, tulum, tulum*”. Oyvind sujetó la espada con ambas manos y avanzó en silencio hacia el lado izquierdo de la casa. Las ocho antorchas que durante el día ardían con aquella intensa luz rojiza estaban ahora apagadas. La tenue luz de la luna menguante no lograba recortar la silueta de la escultura. El alko se agachó y se acercó para poder verla. El círculo formado por las

antorchas que humeaban débilmente como ascuas humedecidas estaba vacío. ¡La estatua de piedra había desaparecido!

Oyvind se quedó paralizado. No entendía lo que estaba ocurriendo. Él había visto y tocado la estatua esa mañana. ¿Cómo podía haber desaparecido? ¿Quién había osado llevársela? ¿Quién había apagado las antorchas y por qué motivo? Tres cercanos tañidos le hicieron reaccionar. “*Tulum, tulum, tulum*”. Alguien tocaba la campana dorada. ¿Sería su salvador, el que se hacía llamar a sí mismo Guardián? ¿Habría hecho desaparecer a la estatua? Aún aturdido, el alko decidió enfrentar la verdad. De un saltó abandonó la protección de las sombras y se mostró en el claro. Vio una enorme figura, más alta y corpulenta que su amigo Maikel, que sujetaba con las dos manos la cadena que colgaba de la campana.

—¿Quién eres? —preguntó con voz torva el nerlingo al tiempo que apretaba las manos a la empuñadura de su espada.

—Te advertí que abandonases el bosque antes del crepúsculo —respondió con voz grave y pausada la sombra.

—¿Fuiste tú quien me salvaste? —preguntó nervioso Oyvind.

—Duerme, reposa tu cuerpo, come y bebe el alimento del peregrino, pero antes de que el sol se ponga, huye del Bosque hacia el oeste por el camino de piedras blancas olas campanas ya no tañerán para salvarte —dijo la voz—. El Guardián te lo advirtió. Nadie debe ver al Guardián. Ahora pagarás con tu vida por ello.

La sombra se giró mostrándose entre los claros de la luna a los ojos de Oyvind. Nadie hubiera podido distinguir a la luz de las lejanas estrellas más que la silueta de un gigante de pelo fosco y grisáceo. Pero Oyvind era el hijo del relámpago y sus ojos de elfo escrutaron entre las sombras que recortaban aquel ceñudo rostro. Atónito ante lo que contemplaba, dio un paso atrás y retrocedió mientras la espada se le desprendía de las manos.

—Tú eres..., eres ella —balbuceó el alko—, ella es tú; la estatua de piedra, la que rocé esta mañana, la estatua del Guardián... ¡Tú eres la estatua! A no ser que tú la esculpieras y ahora la hayas destrozado, o quizás la has escondido; escuché un gran golpe, ¡tú la rompiste!, pero... ¿pero dónde están las piedras?

—Yo soy el hombre y la estatua —dijo aquella sombra dando un poderoso paso al frente—. Soy el Guardián de Piedra, el custodio de las abominables criaturas que moran en Bosque Salvaje.

—¿Tú cuidas de esos infames demonios? —preguntó enfadado Oyvind—. Serás tú el que pague con la vida por tan detestable cometido —y recuperando sus fuerzas empuñó nuevamente la espada.

—Te equivocas peregrino, como te equivocaste al no abandonar el bosque —respondió el gigante—. Mi cometido es impedir que las terribles alimañas que en él habitan crucen los lindes de sus dominios para acechar tu mundo.

Al escuchar esas palabras Oyvind depuso su actitud amenazante y bajó la espada. Pero el gigante seguía avanzando hacia el alko dispuesto a acabar con él.



—¡Aguarda! —le gritó Oyvind—. Si ésa es la verdad, no quiero luchar contigo. Sólo deseo darte las gracias por haberme salvado la vida. De no haber sido por ti, hubiera muerto como mi caballo —dijo en tono amistoso.

—Lo siento peregrino —respondió sin inmutarse el gigante—. Todo aquel que contempla mi rostro debe morir.

—¿Por qué? —preguntó Oyvind—. ¿Es que acaso debes sentenciar a los inocentes que cruzan contigo una mirada? Tus ojos reflejan una pena y un rencor que brotan desde lo más hondo de tu corazón. ¿Es por ello que debes matarme? ¿No quieres que nadie descubra lo que escondes en tu interior?

—Una maldición pesa sobre mí, peregrino, y ni tú ni nadie puede hacer nada por remediarlo —contestó indolente.

—Yo podría ayudarte a sobrellevarla —le dijo Oyvind—, pues mi corazón arrastra otra pena tan dolorosa como la tuya.

—Hablas demasiado —contestó cansado el gigante—. Prepárate para morir.

—No lucharé, estoy en deuda contigo. Tú me salvaste la vida —le dijo Oyvind—. Tómala ahora si te place; ella te pertenece. Sólo te pido que me dejes despedirme de mi hermano. No volveremos a vernos en este mundo, pero estoy seguro que compartiremos toda la eternidad en la morada de los dioses —y arrodillándose ofreció la espada al gigante mientras agachaba su cabeza.

—¡Lucha! ¡Defiéndete! —le gritó con estruendo el gigante.

—No lucharé contigo —le respondió con templanza Oyvind mientras enviaba un último adiós a Ingvar, Edda, Kiril y Maikel.

El gigante enfurecido tomó la espada y elevó su hoja al cielo. Contempló como Oyvind despedía a sus seres más queridos y sintió que algo se estremecía en su interior. Descarřó toda su tremebunda fuerza sobre la espada, que descendió vertiginosa en busca de la cabeza del nerlingo. Pero la hoja se clavó en el suelo cubierto por el hielo. El sonido del acero cimbreado se vio violentamente a su lado confirmó al alko que aún estaba vivo. Oyvind elevó su mirada y la cruzó con los iracundos ojos del gigante. Aquel coloso no había podido matarle. Su rabia se transformó en dolor y sus profundos ojos color miel lloraron dos diminutas lágrimas. Fueron como gotas de agua que brotaban de un manantial largo tiempo agotado. Una nueva esperanza para un corazón endurecido por lustros de amargura y soledad, por el horror de la muerte y de la sangre, por la oscuridad de la noche y su maldición. El gigante se derrumbó y clavando sus rodillas en la nieve lloró desconsoladamente recordando a la familia que un día el bosque le había arrebatado.

Oyvind permaneció en silencio junto a él. Ni el frío ni el sueño le separaron de su lado. Estaba en deuda con aquel hombre, y no le abandonaría hasta haberla saldado.

El tiempo discurrió lento y cadencioso hasta que el gigante terminó de ahogar sus sollozos. La nieve se había endurecido, y las praderas de aquellas regiones simulaban un enorme lago helado. A pocas millas de distancia unos inquietantes ruidos les pusieron sobre aviso. Una manada de bestias se acercaba hacia la cabaña.

—Entra en la casa peregrino —le aconsejó el Guardián a Oyvind—. Esas alimañas olfatean la debilidad. La campana ha dejado de sonar, y se acercan hacia aquí. Debo enfrentarlas —dijo mientras se levantaba pesadamente del suelo—. Confío en que la próxima luna alcances el viejo burgo de Fuente Dorada en la confluencia de los dos ríos. Allí encontrarás cobijo antes de proseguir tu camino hacia el oeste —y tomando un enorme hacha de dos cabezas escondida tras un olmo que parecía tocar el cielo con sus ramas cubiertas de nieve, se alejó a grandes zancadas.

—¡Aguarda! —le gritó Oyvind—. No te enfrentarás sólo a esas bestias. Mi espada estará a tu lado. Sigo en deuda contigo.

—Acompáñame si quieres, tozudo peregrino —le dijo el gigante mientras seguía caminando—, pero no esperes que vuelva a salvar tu vida.

—Ya contaba con ello. Renegarías doblemente de mi compañía si lo hicieras una vez más —respondió Oyvind tratando de arrancar sin fortuna una sonrisa al gigante.

Oyvind seguía con dificultad el paso del Guardián de Bosque Salvaje. Tras abandonar en dirección sur el claro en el que se ubicaba la cabaña, penetraron en un enjambre de árboles entre los que apenas podía pasar una persona. El alko se preguntaba cómo podían encontrar espacio bajo el suelo todas las raíces de aquella tupida vegetación. No había camino alguno, pero el gigante marchaba sin vacilar en la oscuridad. Tras cruzar una interminable comunidad de fresnos, el terreno se abrió a un amplio robledal. El Guardián se detuvo y escuchó los rugidos que retumbaban cada vez más próximos.

—¿Qué clase de bestia es capaz de bramar de esa forma? —preguntó desconcertado Oyvind.

—Son Lobos Dragón —respondió el Guardián—. Una especie de ancestros de los grandes lobos salvajes. En toda Tierra Conocida sólo podrás encontrarlos en este Bosque; la tradición de mis antepasados cuenta que se extinguieron en la Tierra Verde. Si no me equivoco, la pasada noche dormiste abrigado con la piel de uno de ellos.

Oyvind tragó saliva e imaginó el tamaño que tendría una de aquellas criaturas.

—Ten cuidado. Son muy listos y atacan en manada —le previno el Guardián—. Lunas atrás descubrí a cinco machos merodeando al norte del bosque. Pero ya no volverán a deambular por aquí. Súbete a ese árbol. Probablemente todavía no te hayan olfateado. Tendrás que sorprenderlos por la espalda cuando crean haberme rodeado.

—De acuerdo —contestó Oyvind y trepó veloz al árbol como si estuviera compitiendo en una iokane nerlinga.

El Guardián avanzó sigiloso hacia los bramidos de las bestias. A pesar de su enorme corpulencia era silencioso y no era fácil verlo si él no lo quería. Se ocultó tras un grueso roble al ver como a unos cientos de pasos se elevaba el vapor helado de la respiración de los Lobos Dragón. La manada había olfateado a su presa y comenzó a

avanzar en forma de “U”.

Desde lo alto de otro roble Oyvind vio cómo las bestias se aproximaban, al iluminar difusamente sus siluetas la luz de la noche estrellada. Eran cinco como el gigante había supuesto. Caminaban a cuatro patas y tenían el tamaño de un oso más que el de un lobo. Su cuerpo estaba cubierto de una gruesa piel peluda de color pardo. Su espalda terminaba en una larga cola similar a la de un reptil, rematada por un puntiagudo triángulo que a buen seguro utilizaban como defensa. De su cabeza brotaban dos pequeños pero afilados cuernos ubicados justo encima de sus ojos, de un lóbrego brillo y color amarillento. Una enorme boca armada con unas terribles fauces, tres veces más poderosas que las de un wolkur, terminaron por amedrentar a Oyvind.

—Quien quiera halla creado a esos monstruos ensombrecería el corazón del mismísimo Zornik —pensó para sí el alko y se preparó para el ataque.

El gigante del bosque vigilaba el avance de los Lobos Dragón. Cuando creyó oportuno se mostró de un salto frente a las cinco bestias irrumpiendo como un espectro desde las sombras. Las alimañas no se sorprendieron, pues habían olfateado su olor. Sin embargo se mostraban inquietas, pues percibían la presencia de otra criatura a la que no alcanzaban a ver.

Los Lobos Dragón rápidamente tomaron posiciones rodeando al gigante. Él les observaba desafiándolos, realizando intimidatorios malabares con su enorme hacha. Se colocó de espaldas al árbol al que había trepado Oyvind y gritó con su voz profunda haciendo recular unos pasos a aquellas horrendas criaturas:

—Esta noche dormiréis en el infierno. El Guardián del bosque segará vuestras cabezas y secará la infecta saliva que se desliza por vuestras fauces. ¡Ahora, Oyvind! —gritó mientras atacaba a tres de las bestias.

Oyvind que aguardaba impaciente la señal, lanzó certeramente su cuchillo desde lo alto del árbol sobre la espalda de un Lobo Dragón. Un desgarrador chillido brotó de su fétida boca mientras se retorció de dolor tratando de arrancar la daga que le perforaba la espalda. Para cuando la otra bestia descubrió el escondite del alko, el hijo del relámpago volaba cual águila en busca de su presa usando su espada a modo de afiladas garras. La hoja de acero ensartó la cabeza del Lobo Dragón, cerrando para siempre sus poderosas fauces. En su vuelo Oyvind golpeó contra el cuerpo de la bestia y cayó rodando por el suelo. El otro Lobo Dragón al que había herido se volvió hacia él e, iracundo, atacó al alko.

Entretanto el gigante había lanzado un devastador ataque con su hacha contra las otras tres alimañas. Sus enormes brazos y la longitud de su arma le permitieron describir una amplia rotación y, a modo de discóbolo, barrió en un giro arrollador todo lo que encontró a su paso. De un solo golpe podó dos ramas de un roble, acabó con un floreciente arbusto y cercenó la cabeza de uno de los Lobos Dragón, hasta que finalmente el pecho de una de las bestias retuvo el hacha entre sus astilladas costillas. El gigante se trompicó y cayó al suelo, aunque enseguida se levantó apoyándose en

un árbol. Ahora estaba desarmado; el hacha había quedado hundida en su segunda presa. El tercer Lobo Dragón había esquivado milagrosamente el ataque y, rabioso por la muerte de sus hermanos, atacó al gigante. El Guardián contuvo con sus hercúleos brazos la embestida, y ambos cayeron rodando aunque su ímpetu fue frenado violentamente por el tronco de un viejo roble. La bestia dio un zarpazo al gigante. El golpe parecía fatal; había provocado profundos desgarros en el cuerpo del Guardián, y por ellos comenzó a manar abundante sangre. El animal pareció enloquecer al olor de la sangre y se elevó sobre sus dos patas traseras al tiempo que abría rugiendo sus enormes fauces. En un abrir y cerrar de ojos se dejó caer nuevamente sobre el gigante para devorarlo y, cuando sus colmillos acariciaban ya el rostro indefenso del Guardián, un agudo silbido que cortaba el aire traspasó de lado a lado su monstruoso cráneo. El Lobo Dragón se desplomó inerte al lado del gigante ensartado por la espada de Oyvind.

El alko había conseguido zafarse del primer ataque de la alimaña a la que había herido con su puñal. Corrió hacia la otra bestia que yacía muerta y trató con todas sus fuerzas de arrancar la espada que había hundido en su cabeza. No consiguió más que removerla varios palmos, por lo que debió esquivar la embestida del enrabiado Lobo Dragón. Tomó una gruesa rama del suelo y lo golpeó consiguiendo hacerle retroceder. Ese lapso de tiempo fue suficiente para poder volver a empuñar su espada. Citó a la bestia de espaldas a un árbol y, cuando ésta se abalanzó sobre él, con un vigoroso salto Oyvind apoyó su cuerpo en el roble y percutiendo sobre el árbol se lanzó contra el Lobo Dragón traspasándolo con la hoja de su espada. Presto volvió a extraer el acero del cuerpo de la bestia, y al ver como el gigante era atacado por el último de los machos de la manada, lanzó con precisión su espada acabando con el demonio pardo para fortuna del Guardián.

Enseguida Oyvind se percató que el gigante había sido mortalmente herido por una de las bestias. Las heridas que tenía en el pecho eran tan profundas, que podía ver parte de sus costillas. La sangre no dejaba de manar y el gigante se debilitaba mientras el suelo helado se teñía de un rojo muerte.

—La deuda está saldada —dijo el gigante—. Vete ahora de aquí y déjame morir en paz.

—No te abandonaré a tu suerte en este bosque maldito —le dijo Oyvind—. Aguanta. No puedes morir ahora. Te llevaré a la cabaña para curarte.

—Si ni siquiera vas a dejarme morir en paz, testarudo peregrino —dijo el gigante con voz grave pero temblorosa—, al menos ayúdame a levantarme.

A duras penas pudo Oyvind incorporarle. Su peso y corpulencia hacían pensar al alko que acarreaba un buey a sus espaldas. El Guardián caminaba trastabillándose y Oyvind hacía enormes esfuerzos para mantener el equilibrio por los dos. La oscuridad que ensombrecía el bosque no les ayudaba en su ciego caminar.

—Hacia la derecha —le decía el gigante con voz cada vez más débil—. Ahora sigue hasta el gran olmo. Luego diez pasos al frente —y el gigante guiaba al joven

alco mientras su vida se desvanecía entre los extraños árboles de aquella umbrosa floresta.

—Ya queda menos para llegar a la cabaña —trataba de animarle Oyvind—. Descansarás frente al fuego de la chimenea y yo sanaré tus heridas. Te prometo que encontraré hierbas medicinales aunque me vaya la vida en ello.

El alba se acercaba y el negro firmamento tornó lentamente a un gris plumizo, hasta que en las copas más altas del bosque un hilo de luz se reflejó sobre las ramas cubiertas de nieve. El sol debía estar emergiendo en el distante Mar del Este, y en unos instantes la luz del amanecer llegaría a Bosque Salvaje.

—¡Mira! ¡La cabaña! —gritó Oyvind—. ¡Hemos llegado!

—¡Vamos! —gritó apremiándole el gigante—. Déjame en el círculo de antorchas.

—¿Estás loco? ¿Es que acaso deliras? —respondió Oyvind—. Te congelarías, no, te desangrarías antes de que el frío te congelase. Me acompañarás a la cabaña y allí descansarás al abrigo del fuego.

—¡Déjame en el círculo de antorchas! —gritó el gigante sacando fuerzas de flaqueza, y de un empujón se deshizo de Oyvind apartándolo como si de una endeble marioneta se tratara.

El gigante dio tres grandes zancadas y llegó al par de la campana de oro que comenzaba a brillar iluminada por las luces del alba. De un salto se colocó en el círculo en el que Oyvind había visto por primera vez la estatua de piedra. Su pálido rostro contempló al nerlingo y con una enigmática sonrisa pareció despedirse de él. Mudó esa inusual mueca por su severo rictus y, extendiendo sus brazos, volvió en su agonía a desafiar a los demonios del bosque. En ese instante el lúcido destello del amanecer acarició sus encrespados cabellos y un grito de dolor emergió desde lo más profundo de su alma. Después se hizo el silencio. Oyvind no podía creer lo que sus ojos acababan de presenciar en el despertar del nuevo día. ¡El gigante se había convertido en piedra! ¡El fuego de las antorchas había prendido con la luz de la alborada!

La paz y el silencio retornaron a Bosque Salvaje. Los sórdidos graznidos de cuervos y otras despreciables aves se ahogaron en lo alto de las copas de los árboles. Las manadas de Lobos Dragón se ocultaron rabiosas en sus cuevas maldiciendo la muerte de sus cinco hermanos. Un grupo de wolkurs arrastraba a su cubículo, en lo más profundo de la espesura, a un desdichado venado al que desgarraban con saña el vientre. Varios trolls trataban de dormir en su guarida al cobijo del sol, después de haberse comido a un jabalí que merodeaba despistado por el indescifrable sendero que cruzaba hacia los límites meridionales. Extraños espectros desaparecían confundándose con las sombras que los rayos del sol proyectaban en el suelo de la floresta.

Oyvind permaneció durante largo rato contemplando atónito la estatua de piedra. La tocaba, la miraba desde distintos ángulos, tratando de hallar una explicación lógica a lo que había ocurrido, pero no la encontró. Recordó que el gigante le dijo

mientras discutían que una maldición pesaba sobre él. Enseguida comenzó a comprender en qué consistía esa maldición: de noche vagaría por Bosque Salvaje acabando con las bestias malignas que lo poblaban; durante el día su alma sería el fuego que iluminaría la estatua de piedra en la que se convertía el Guardián. Por eso instó a Oyvind a que abandonara el bosque antes del anochecer; por eso le amenazó de muerte. No quería que nadie descubriera su maldición, pues nadie podría ayudarle.

—Me quedaré un día más a dormir en tu cabaña —le habló Oyvind a la estatua—. Esperaré en ella hasta el anochecer. Te curaré cuando despiertes, y tendrás que contarme qué maléfico embrujo hace que la luz del sol te convierta en estatua de piedra. Bien sabes que no me iré de aquí sin saberlo. Cuando el sol se ponga volveremos a vernos —y despidiéndose Oyvind regresó a la cabaña, mientras la estatua pareció maldecir la testarudez de aquél a quien llamaba “el peregrino”.

Hastiado por la maldad de las criaturas y las sombras del bosque, Oyvind bebió un vaso de agua, comió un trozo de pan seco y se tumbó sobre la enorme alfombra hecha con la piel de un Lobo Dragón al que el gigante había dado caza tiempo atrás. Agotado por una agitada noche en vela, enseguida cayó dormido soñando con demonios que acechaban a la estatua de piedra.

Oyvind despertó hambriento a media tarde. No había mucho en la cabaña con lo que saciar el apetito, por lo que decidió salir a cazar. Regresó con un pequeño jabato al que había sorprendido mientras deambulaba por el bosque alejado de su madre. También recolectó un par de puñados de jugosas bayas y unas hierbas que creyó recordar en alguna ocasión Perlivarce le dijo eran curativas. Eso le daría de comer durante un par de días. Preparó un fuego para asarlo y de paso puso a calentar unos trapos para limpiar y curar al gigante cuando volviese a su estado humano.

El asado quedó exquisito para no ser Oyvind un reputado cocinero.

—Lástima de condimentos para la guarnición —se lamentó.

Devoró con avidez una pata y una pechuga, y a pesar de no haber saciado su hambre, decidió guardar el resto para que el gigante y él pudieran comer algo al día siguiente. Nadie podía asegurarle que mañana volvería a encontrar semejante pieza en aquel bosque maldito.

El crepúsculo estaba próximo. Oyvind dio el último trago al vaso de vino. Tomó su espada y se abrigó con la capa. Sería una fría y larga noche en la que probablemente descubriría el secreto que el Guardián de Piedra ocultaba.

El cielo gris del atardecer presagiaba una noche oscura que complacería a las bestias de Bosque Salvaje. Oyvind aguardaba sentado frente a la estatua de piedra. El fuego de las antorchas se iba debilitando lentamente. El color rojizo de las llamas fue tornando a un suave bermejo, hasta difuminarse en un blanco pálido justo antes de

que el fuego se extinguiese. Oyvind se incorporó nervioso para contemplar la metamorfosis de la estatua.

El último rayo de sol se ocultó en el oeste, zambulléndose en las cristalinas aguas del lejano y añorado Lago Argul. Súbitamente un ahogado grito de dolor comenzó a brotar de la estatua, al tiempo que el crujido de cientos de grietas la recorrían de pies a cabeza. El lamento creció hasta tal punto, que el nerlingo debió de taparse sus oídos. Se escuchó un descomunal crujido, como si la dilatación del agua transformada en hielo hubiera reventado a la estatua por dentro. Minúsculos e infinitos fragmentos de piedra volaron por doquier y el pálido fuego de las antorchas se apagó. Y allí se mostró, arrodillado frente a Oyvind, desgarrado por el dolor de nacer a una nueva noche, el Guardián de Piedra.

—Aún sigues aquí, testarudo peregrino —dijo el gigante cuando alzó su mirada y vio a Oyvind cómo lo contemplaba boquiabierto.

—Ya te advertí que no te dejaría morir —respondió el alko todavía sin salir de su asombro por lo que acababa de contemplar—. Pero no hables más; entra en la casa para que te cure tus heridas.

—¿De qué heridas hablas peregrino? —le preguntó con sorna el gigante.

—Las que te provocó el zarpazo del Lobo Dragón —dijo Oyvind—. Apresúrate o te desangrarás.

—Mira con tus propios ojos —y el gigante se levantó la gruesa camisola que llevaba bajo las sucias ropas que cubrían su cuerpo.

Oyvind no podía creer lo que veía. ¡No había rastro de las heridas!

—Pero... pero anoche sangrabas de tu pecho... incluso alcance a ver tus costillas bañadas en sangre... —y atónito no pudo terminar de hablar. Se acercó hacia el gigante y le tocó con sus propias manos. No había una sola señal en su pecho que denotase el zarpazo del Lobo Dragón.

—Sí, peregrino —habló el gigante—. Esto es parte de la maldición. La coraza de piedra que atenaza mi alma durante el día, es un mágico ataúd que me hace renacer cada noche a la vida. Mi cuerpo se regenera, se fortalece y sana de todo mal que le haya sido infligido en la oscuridad de la luna. Condenado por siempre a vivir una vida sesgada, a recordar durante toda la eternidad el dolor por la familia que me fue arrebatada. Condenado a vagar durante la noche por el bosque maligno y a dormir petrificado bajo la vigilancia de las antorchas —y sus ojos mostraron al alko la tristeza que el gigante guardaba desde hacía muchos inviernos en el fondo de su corazón.

—Vamos a la cabaña. Debes de estar hambriento. Esta tarde prepararé un asado —le dijo Oyvind—. Al calor de la lumbre me contarás qué te sucedió en este bosque infernal.

—Ahora debo hacer sonar la campana, o los otros Lobos Dragón volverán para vengar a los cinco que matamos anoche —sentenció el gigante.

Oyvind entró en la cabaña, pues el Guardián no se había negado a relatarle el

origen de su maldición, por lo que prefirió no contrariarle. El alko creía haber ganado su confianza y aguardó paciente al calor del fuego. En el exterior la campana volvió a tañer con sus tres cadenciosos golpes. Así continuó durante largo tiempo, hasta que los rumores de las bestias se apagaron lejanos al sur de Bosque Salvaje.

Oyvind escuchó los pasos del gigante que se acercaba a la puerta de la cabaña. Al cabo de unos instantes la puerta se abrió y la enorme humanidad del Guardián se recortó en el umbral.

—Las bestias no se acercarán esta noche —dijo el gigante—. Corren rumores por el bosque de que un temible guerrero ayuda al Guardián de Piedra. Las criaturas están temerosas, pero los Trolls del sendero del sur y los Espectros de Sombra no se acobardarán tan fácilmente. Tendremos que seguir vigilantes.

—Me maravilla que una única persona pueda mantener a raya a esa multitudinaria cohorte del mal —dijo Oyvind.

—Muchos de ellos sólo podrían ya sobrevivir en el bosque —respondió el gigante—. Los Trolls también se convertirían en piedra si el sol acariciase sus peludos y zafios cuerpos, mas no regresarían jamás a la vida; los Espectros de Sombra caerían fulminados por los rayos del sol. Como ves peregrino, deberían correr bajo el cielo raso durante la noche hasta alcanzar un refugio que les cobijase durante el día. Los leñadores emigraron de aquí hace más de una centuria, y no hay burgos cercanos que alcanzar antes del amanecer. Fuente Dorada es el más próximo, pero mucho tendrían que apresurarse para llegar hasta él, ya que antes deberían cruzar por delante de mi cabaña.

—Siéntate y come algo —le sugirió Oyvind.

—Comeré por deferencia, no porque tenga apetito —dijo el gigante—. Cada noche que pasa se lleva un trozo de mi humanidad y me convierte lentamente en un ser sin alma, alguien que pierde sus necesidades de mortal: su hambre, su sed, su amor, sus recuerdos... —terminó tristemente pensativo.

—No creo que hayas perdido tus recuerdos ni los sentimientos que tenías por los que alguna vez amaste —le contestó Oyvind—. Solamente los has escondido en un remoto rincón de tu corazón para evitar el dolor que te produce el recordarlos. Mas si temes realmente perder tus recuerdos para siempre, mis oídos están prestos para escuchar tu historia e inmortalizarla en forma de poema que pueda ser cantado en eras venideras.

El gigante dio un gran bocado a una pata del jabato y enjugó su garganta con un trago de vino. Miró a los ojos a Oyvind y dudó unos instantes antes de volver a hablar.

—Si voy a contarte mi historia, antes me gustaría saber tu nombre y tu procedencia, peregrino —le dijo al alko—. Hasta el momento he podido comprobar que eres una persona de noble corazón.

—Tus palabras y tu confianza me honran —respondió orgulloso el hijo del relámpago—. Mi nombre es Oyvind, y nací en Alkoburgo, en las tierras nerlingas al



oeste de Jactinia. Soy un nerlingo del clan alko. Cuando me encontraste en el linde del Bosque viajaba desde el este hacia las tierras del norte. En el ocaso del pasado otoño los gronings atacaron a nuestro pueblo diezmándolo. Unos pocos pudimos escapar huyendo hacia el este. Tratamos de alertar a los demás pueblos libres de Tierra Conocida de la invasión groning para lograr que se unan a nosotros y hacerles frente. Hace unas semanas me separe de mis amigos al norte de It-sonod y partí hacia Eloburgo para liberar a mi hermano que se encuentra preso en las minas de oro.

—Oyvind —dijo el gigante—. Tu nombre suena como el soplo del viento. Un nombre adecuado para un peregrino. Pero equivocado fue el camino que escogiste para llegar al norte. Quizás el destino lo eligió por ti. Tal vez tu presencia en mi cabaña tenga algún significado que aún esté por desvelar —y volvió a beber del vaso de vino—. Ésta es mi historia “Oyvind, Soplo de Viento”, Mi nombre es Narno. El padre del abuelo de mi tatarabuelo nació en Fuente Dorada. Llegó desde Halthoria, al otro lado de la gran cordillera, atraído por la llamada del oro. En aquella época, unos tramperos descubrieron varias pepitas de oro en el Río Fazkul, en una zona calmada y poco profunda, unas millas antes de que sus aguas se uniesen con las del Montul. La noticia no tardó en extenderse por toda la comarca y sus alrededores. Cientos de buscadores de oro llegaron a la confluencia de los dos ríos fascinados por el dorado metal. Mis antepasados acudieron con las primeras caravanas. Allí fundaron Fuente Dorada y la ciudad comenzó a crecer rápidamente. Los buscadores desoyeron las advertencias de los escasos lugareños que vivían cerca de los lindes de Bosque Salvaje. La floresta crecía en tamaño y en maldad, y sus siniestras criaturas se multiplicaban bajo la luz de la luna. Pronto llegaron los primeros ataques. Varios buscadores murieron devorados por un grupo de wolkurs. Después los Lobos Dragón abandonaron sus dominios al sur del bosque y emigraron hacia el norte atraídos por la sangre de las numerosas presas que merodeaban por las praderas entre los ríos y el bosque. Al cabo de un tiempo los atemorizados habitantes de Fuente Dorada no se atrevieron a salir en busca de oro fuera del burgo. El comendador de aquel pequeño pueblo propuso recompensar con un arcón lleno de oro a aquellas familias que decidiesen ser los guardabosques de la floresta y lograsen controlar a las bestias que en ella habitaban. Uno de mis antepasados se presentó voluntario junto a otros hombres. Se mudó al bosque, a esta cabaña que construyó con la ayuda de la gente de Fuente Dorada.

—¿Cuánto tiempo debe de haber pasado desde que se construyó este refugio? —preguntó asombrado Oyvind—. Realmente la madera con la que fue construida es indestructible.

—Más de cien lustros, peregrino nerlingo —dijo Narno—. Estos robles fueron talados antes de que tu pueblo cruzase las grandes montañas. Sí, tu pueblo —dijo al verla cara de sorpresa de Oyvind—, aquellos hombres y mujeres de largas melenas doradas y ojos azules como los que ahora contempló. Así describieron los habitantes de Fuente Dorada a los de tu sangre cuando los vieron atravesar los campos al norte

del burgo.

—Espléndida memoria para alguien que dice perder su alma humana —dijo con sorna Oyvind—. Pero por favor, continua. ¿Qué fue de tu linaje?

—Tras construir la cabaña, mis antepasados y el resto de voluntarios comenzaron a limpiar el bosque de alimañas —prosiguió Narno—. Se cuenta que acabaron con treinta Lobos Dragón en una sola semana. Les cercenaron sus cabezas y las colocaron ensartadas en estacas en el sendero oculto. Aquello pareció disuadir a muchas de las criaturas que decidieron replegarse hacia el sur. Allí no había espacio ni comida suficiente para todas, por lo que tuvieron que luchar entre ellas. Eso trajo una relativa paz a Fuente Dorada, hasta que las alimañas llegaron a temer tanto a los guardabosques que ya no osaban acercarse a los alrededores del burgo. Los habitantes de Fuente Dorada forjaron una singular campana de oro en señal de agradecimiento. Desde entonces esa campana suena para ahuyentar a las bestias y avisar del peligro a los viajeros y peregrinos como tú. Ésa es la campana que hago repicar todas las noches para contener la maldad del bosque.

—¿Qué pasó con el resto de generaciones de guardabosques? ¿Cómo llega ese linaje hasta ti? —preguntó Oyvind.

—No nos gusta que nos llamen guardabosques —respondió el gigantón Narno—. En realidad somos Guardianes, centinelas que velan por la seguridad de Fuente Dorada y sus gentes.

—Cuéntame que pasó con los Guardianes de los que tú descienes —le rogó Oyvind.

—La historia es más triste a partir de ahora —dijo Narno—. Las gentes de Fuente Dorada se olvidaron de los Guardianes, pues ya no había bestias malignas que merodeasen por la zona. Los hijos de algunos Guardianes renegaron del bosque y del trabajo de sus padres, y emigraron en busca de fortuna a otras tierras. Algunos regresaron a Fuente Dorada; otros no tuvieron descendencia. Al cabo de varias generaciones sólo mi familia quedó al cuidado del bosque. Ya nadie sabe que vivo en esta cabaña, ni siquiera recuerdan que algún día llegamos a existir. Pero mis antepasados juraron proteger Fuente Dorada y cumpliré su promesa hasta mi muerte.

—Generoso eres al sacrificar tu vida por una promesa olvidada —le dijo Oyvind.

—El olvido no es sino la suave caricia de una espina clavada en mi costado frente al inmenso dolor que soporta mi alma —continuó abatido Narno—. Yo disfrutaba viviendo en el bosque con mi padre y mi madre. Mi padre me enseñó a temer a las bestias y a que ellas me temieran a mí. De él aprendí todo lo que sé. Juntos batíamos el bosque, y las alimañas retrocedían: Lobos Dragón, wolkurs, hasta un gigantesco troll cayó una noche abatido por nuestras hachas. Pero mi madre enfermó y al poco tiempo murió. Mi padre no pudo soportar su pérdida y, después de un invierno, justo el día que se cumplía el aniversario de su muerte, la pena se lo llevó para siempre. Quedé solo y abatido por un tiempo. De cuando en vez abandonaba el bosque para ver resplandecer en todo su esplendor la luz del sol. Un día encontré a una bella

muchacha que viajaba sola hacia el norte. Me enamoré de ella, y ella se enamoró de mí. Xennia era su nombre. La alegría volvió a mi vida y juntos vivimos felices en esta cabaña. Ella quedó embarazada y el día en que mi hijo nació fue el más feliz de mi vida. Lo llamamos Odrán, en honor a su tatarabuelo. Era un precioso bebé de cabellos castaños y profundos ojos negros, llenos de descaro y bondad. Tenía una curiosa marca de nacimiento en el cuello, que se asemejaba a dos runas engarzadas formando una doble “E” y, a la derecha frente a ellas, un diminuto y perfecto círculo. Pero el bosque no pudo soportar por más tiempo la alegría y el amor que florecía en nuestro hogar, y urdió un terrible plan para cubrir de sombra y dolor mi existencia.

Narno tuvo que beber un vaso de agua para poder continuar. Se había quedado sin saliva y un nudo le atenazaba la garganta. Oyvind aguardaba inquieto, deseoso de escuchar la parte final del relato.

—Acababa de llegar el calor del tercer verano que nuestro hijo contemplaba — continuó Narno—. El pequeño Odrán aún convalecía, debilitado por unas extrañas fiebres contraídas en el frío invierno que caprichosas ora se iban ora regresaban. Su madre estaba preocupada y buscó por todo el bosque unas hierbas que aliviasen su áspera tos. Sin darse cuenta un día se internó muy dentro del bosque, tan profundamente como nunca antes lo había hecho. Llegó a una pequeña laguna de aguas cristalinas y poco profundas, rodeada de preciosos sauces que refrescaban sus hojas color esmeralda en ella. En un extremo, el terreno se levantaba hasta una pequeña elevación donde una corriente de agua fresca brotaba a modo de cascada desde lo alto. Xennia quedó prendada de aquel idílico paraje. Descubrió sorprendida, que al pie de aquella fuente, una anciana peinaba sus cabellos con un peine dorado mientras remojaba sus piernas bañándolas en la laguna. Xennia se acercó a la anciana y le preguntó si vivía en el bosque. Ella le respondió con voz frágil que todos los días ascendía por el sendero oculto, vadeando los dominios de los trolls hasta llegar a la laguna donde se bañaba y bebía de sus cristalinas aguas. La anciana se ganó la confianza de Xennia, y le preguntó qué hacía en aquella parte tan recóndita del bosque. Xennia le dijo que sin querer se había internado tan profundo en la floresta buscando unas hierbas medicinales para sanar a su hijo enfermo. La anciana le prometió que podría curar al niño si lo traía al día siguiente a la laguna. Pero le aconsejó a Xennia que no le dijera nada, pues probablemente yo desconfiaría y no le permitiría llevar a su hijo a la cascada de aguas curativas. ¡Ay! —sollozó Narno—, ¡qué lamentable error cometió mi amada Xennia! Confió en aquella anciana y al día siguiente, mientras yo reparaba el tejado de la cabaña, me dijo que llevaría a Odrán a pasear a las praderas cercanas al río. ¡Me mintió! ¡Me mintió por sanar a nuestro hijo! ¡Yo le hubiera acompañado a ver a la anciana si ella me lo hubiera pedido! —y lloró angustiado.

El gigante parecía derrumbarse ante Oyvind que lo miraba compadeciéndole. Narno reunió la suficiente entereza como para poder terminar su relato.

—Xennia y Odrán llegaron a la laguna con el sol del mediodía como la anciana

les había dicho. Allí estaba ella a los pies de la cascada, alisándose con el peine de oro sus lacios y plateados cabellos, sus piernas sumergidas en el agua. Xennia se acercó a ella y le mostró a su hijo. Debieron estar charlando durante un buen rato, pues el sol se había elevado alto en el firmamento desde que ambos habían ido hacia las praderas. Normalmente no tardaban tanto tiempo en regresar, por lo que comencé a preocuparme. Deje de reparar el tejado de la cabaña y me dirigí hacia el río. Enseguida observé como sus huellas no iban en la dirección que Xennia me había dicho, sino que se internaban en el bosque. Corrí apresurado a grandes zancadas siguiendo su rastro. Siempre les decía que no se internasen en el bosque si yo no estaba con ellos. Finalmente sus pasos me condujeron a aquella preciosa laguna. Vi cómo en el otro extremo la anciana ordenaba a Xennia que tumbase a Odrán en la laguna, bajo la cascada del manantial. Mientras Xennia acomodaba al pequeño, ella sacó sus piernas del agua y se colocó detrás de mi esposa. La anciana no tenía piernas, sino unas enormes patas de gallina. Era una bruja del bosque, una lamia de los ríos. Sin tiempo a que pudiese reaccionar, súbitamente elevó aquel peine dorado y lo clavó en la espalda de mi mujer. Yo grité desesperado su nombre y corrí hacia ella. Xennia cayó en la laguna y el agua se tiñó de color rojo. La bruja recitó un sórdido poema e hizo que Odrán desapareciera sumergiéndose en la cascada ante mis atónitos ojos. Iracundo me lancé sobre ella y con mi cuchillo alcancé a hacerle un corte en la mejilla. La bruja apretó sus pies de gallina sobre mi cuerpo clavándome sus afiladas garras. Pudo zafarse de mí por un instante y me empujó al agua. La laguna se transformó en ese momento en una hedionda ciénaga, y de la cascada comenzó a manar un agua oscura y fétida. Los bellos sauces retorcieron sus ramas y uno de ellos me apresó entre sus raíces que crecieron profundas hasta aquel cenagal. Inmóvil contemple como el inerte cuerpo de Xennia se hundía en la negra laguna desapareciendo por siempre jamás. Grité a la bruja desafiándole a que me matara, pues mi vida ya no tenía sentido. La lamia me miró furiosa tras contemplar reflejado en aquel oscuro espejo acuoso su rostro marcado por mi cuchillo.

—A la bella lamia has desfigurado —me habló enojada la bruja—. ¡Por ello pagarás! —y las raíces del sauce apretaron con fuerza mi cuerpo no dejándome apenas respirar—. ¿Mas qué castigo merece el Guardián? No uno, ¡serán tres! ¡Ja, ja, ja! A tú mujer ya nunca abrazarás, en el fondo de la laguna su cuerpo alimento de los sauces será; a tu primogénito jamás volverás a contemplar, pues en hijo de la lamia renacerá; y tú en medio hombre te convertirás, piedra de día, Guardián de noche. Tus recuerdos en tu sesgada vida con doble intensidad recordarás, y tu corazón ese dolor apenas podrá soportar.

—La bruja tomó su peine dorado y atusó sus cabellos plateados que se tiñeron con la sangre de Xennia —continuó Narno—. Entonces cerró sus ojos y entonó aquel horrible conjuro:

*El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer.*

*El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer  
Como un cruel troll en el bosque habitarás;  
mas no busques cobijo al llegar la alborada,  
pues los rayos del sol dondequiera que estés,  
siempre alcanzarán tu alma atormentada.  
Trémula carne de noche, fría roca de día.  
Media vida que vivir eternamente durante medio día.  
Tu espíritu en llama arderá ante la pétrea estatua;  
Tus recuerdos incendiarán la mente del medio mortal.  
Toca la campana, huye hacia la cabaña,  
pues piedra serás al amanecer del mañana.  
El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer  
El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer.*

Narno volvió a recitar la última estrofa de aquella terrible maldición:

—“...El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer. El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer...”. Entonces la lamia —continuó el gigante—, bebiendo del hediondo manantial, desapareció ante mis ojos. El sauce me liberó y desesperado me sumergí en las otrora cristalinas aguas de la laguna buscando a mi amada Xennia. Pero por más que busqué en los enfangados fondos de la Ciénaga no la encontré. Traté de penetrar en la piedra que se ocultaba bajo la cortina de agua del manantial, pero los muros de aquella fortaleza se habían cerrado para siempre. Había perdido a mi esposa y la lamia me había arrebatado a mi hijo. Lloré largo tiempo en un borde del cenagal, mientras sentía como aquellos endemoniados sauces murmuraban, ahogando depravadas risas, regodeándose por mi desgracia.

Una gran pena ensombreció el corazón de Oyvind. Por fin comprendió el profundo dolor que el gigante sufriría eternamente en su búsqueda soledad.

—Te compadezco, Narno —trató de consolarle Oyvind—. Ninguna persona merece soportar tan cruel y horrible destino. Comprendo ahora por qué me conminaste a abandonar el bosque y por qué quisiste matarme al descubrirme en tu despertar.

El gigante abatido reclinó la cabeza sobre sus piernas y permaneció en esa postura durante un buen rato.

—Siento haberte hecho recordar tan terrible historia —le dijo Oyvind al gigante tratando en vano de reconfortarle.

El alko prefirió salir de la cabaña y dejar que Narno llorase en soledad. Oyvind cerró la puerta de la cabaña y con el puño de la camisola se enjugó sus llorosos ojos.

—“*Tulum, tulum, tulum*” —la campana volvió a sonar en Bosque Salvaje.

Narno, quien todavía sollozaba apesadumbrado en la cabaña, pareció recuperar súbitamente el ánimo al oír los tañidos de la campana de bronce.

—“Oyvind, Soplo de Viento” la hace sonar —dijo el gigante—. Ese rubio

peregrino sería un buen Guardián de los bosques... fe incorporándose salió fuera de la cabaña y se abrazó a Oyvind.

El alko había logrado que el corazón de Narno se abriese nuevamente al mundo. Juntos asieron con fuerza la cadena e hicieron que la campana repicase durante toda la noche, atemorizando a todas las malignas criaturas del bosque.

El amanecer se acercaba y con él Narno regresaría a su cárcel de piedra. Oyvind contempló nuevamente la curiosa flor que colgaba de la puerta de la cabaña y preguntó al gigante sobre ella.

—Dime, Narno, ¿qué clase de flor es la que decora la entrada de tu cabaña? Nunca antes la había visto. ¿Su forma tiene algún significado especial, acaso quiere simbolizar algo? Yo diría que se asemeja mucho al sol.

—Eres un gran observador, Oyvind —respondió complacido Narno—. Nosotros la llamamos Eukhiloe, que significa “Flor de Sol”. En realidad es la flor seca de una especie de cardo y, como puedes observar, guarda un gran parecido con la estrella del día. Tras ella se esconde una leyenda, aunque no sé si los rayos del verdadero sol me permitirán terminar de contarla.

—Apuesto a que sí —respondió Oyvind ansioso por escucharla.

—Está bien —dijo sonriendo Narno—. Trataré de relatártela antes de que mi piel se transforme en piedra. Decenas de centurias atrás, cuando los antepasados de mis antepasados aún no habían nacido, el bosque comenzó a crecer en esta tierra, y en él los primeros demonios que lo poblaron. En los alrededores de la confluencia de los dos ríos, existió una aldea sobre cuyas ruinas se construyó mucho tiempo después Fuente Dorada. El mundo acababa de ser creado y los hombres que lo habitaban no conocían ni el sol ni la luna. Vivían en una permanente oscuridad, atemorizados por los demonios que abandonaban el bosque o brotaban de las entrañas de la tierra en forma de terribles criaturas. Los primeros pobladores, desesperados, decidieron pedir ayuda al creador. Él les aconsejó que hablasen con la Madre Tierra, en la que vivirían los hombres hasta el fin de sus días.

—Madre Tierra —le suplicaron los hombres—. Te rogamos nos protejas de los peligros que nos acechan en esta oscuridad.

La Tierra estaba muy atareada tratando de terminar el mundo y al principio no hizo caso a los hombres, pero estos tanto le insistieron que al final no tuvo más remedio que atenderles:

—Amados hijos míos —les dijo la Madre Tierra—, venís a mí asustados suplicándome ayuda. Vuestras peticiones son justas y por tanto yo os ayudaré. Crearé un ser de pálida luz que os iluminará desde lo alto del firmamento. Ahuyentará a las criaturas malignas y su luz no dañará vuestros ojos acostumbrados a la oscuridad. Lo llamaréis Luna.

Y ese día la Madre Tierra creó a la Luna. En un principio los hombres se asustaron mucho y permanecieron en sus cuevas y en sus cabañas sin atreverse a salir, hasta que se fueron acostumbrando a aquella tenue luz. También los demonios,

las brujas y las alimañas se habían atemorizado al contemplar aquella bola de blanca luz suspendida en el cielo; pero con el tiempo se habituaron a ella y no tardaron en salir de sus guaridas y simas para perseguir de nuevo a los hombres.

Los hombres acosados por los seres malignos acudieron nuevamente a pedir ayuda a la Madre Tierra.

—Madre Tierra —le dijeron—, te estamos profundamente agradecidos por haber creado a la Luna, pero necesitamos una luz más poderosa que ahuyente a los demonios.

—De acuerdo —les respondió la Madre Tierra—. Esta vez crearé un ser que brille con cegadora luminosidad. Lo llamaréis Sol. El Sol brillará durante el día y la Luna os iluminará en la oscuridad de la noche.

Y esa noche la Madre Tierra creó al Sol. La estrella del día era tan grande, tan luminosa su luz y tan calientes los rayos que desprendía que los hombres tuvieron que habituarse lentamente a tan poderosa luminaria. Pero al cabo de un tiempo, los hombres fueron dichosos pues gracias a la luz del Sol, brotaron plantas de hermosas tonalidades y por doquier crecieron árboles de dulces frutos. Y las siniestras criaturas, no pudiendo soportar la deslumbrante claridad del día, se vieron condenadas a permanecer ocultas en sus hediondas guaridas, para sólo abandonarlas cuando la pálida luz de la Luna adornase el cielo.

Por tercera vez los hombres acudieron ante la Madre Tierra.

—Madre Tierra —le dijeron—, te estamos infinitamente agradecidos por habernos regalado la blanca Luna y el dorado Sol. Pero aún necesitamos una luz que vele por nosotros, pues aunque durante el día somos libres y podemos vivir en paz, al caer la noche los demonios salen de sus cavernas, y burlándose de la pálida luz de la Luna, se acercan a nuestras aldeas y cabañas para acosarnos.

La Madre Tierra calló durante un rato hasta que tuvo una idea con la que ayudar a los hombres.

—De acuerdo, amados hijos míos —les dijo—. Os ayudaré una vez más. Crearé una flor tan hermosa que al verla, los demonios y criaturas de la noche creerán que se trata del reflejo del Sol en la Tierra, y huirán horrorizados a ocultarse a sus infectos cubículos.

—Y la Tierra creó la Eukhiloe, la “Flor de Sol” —terminó Narno su relato—. Desde entonces hasta nuestros días defiende los hogares de los hombres de demonios y brujas, de malos espíritus y espectros, de trolls y cualquier otra maligna criatura que more en la Tierra.

—Preciosa historia —dijo boquiabierto Oyvind—. Me gustaría tener una Eukhiloe para poder llevarla siempre conmigo y ahuyentar la maldad que nos rodea.

—Crecen cerca de aquí —dijo Narno—, sólo unas millas al norte del paso que tomaste para cruzar las montañas. Quizás mañana te acompañe y puedas encontrar una.

—Muchas gracias, Narno —le respondió Oyvind—. Significaría mucho para mí.

—No pienses que sólo lo hago por ti, peregrino —dijo sonriendo el gigante—. Hace mucho tiempo que no salgo del bosque. Desde la montaña podré contemplar Fuente Dorada; la paz de sus habitantes reconfortará mi alma y hará que mi vida vuelva a tener sentido. Ahora debo irme. El amanecer llama a mi puerta. Hasta mañana “Oyvind, Soplo de Viento”. Que la Eukhiloe vele tus sueños.

Y el gigante caminó hacia las antorchas apagadas, tarareando la última estrofa de su maldición mientras los rayos del sol asomaban recortando las montañas orientales:

*El bruno crepúsculo, tu radiante amanecer.*

*El frío helado que precede al alba, tu sombrío atardecer.*

Oyvind se volvió cabizbajo hacia la cabaña al escuchar aquellas rimas, dejando al gigante que encendiese las antorchas con el renovado fuego de su alma.

El día transcurrió sin sobresaltos para Oyvind. Durmió durante la mañana y, tras despertar ya avanzado el mediodía, comió los últimos pedazos de carne que quedaban del jabato. Después se sentó frente al fuego de la cabaña. Allí contempló ensimismado el hipnótico crepitar de las llamas, que le transportaron a una placentera visión en la que caminaba en libertad junto a su añorado Ingvar. Oyvind permaneció en un gozoso estado de trance durante toda la tarde, y sólo despertó cuando las llamas terminaron por consumir el último trozo de leña seca.

Comenzaba a atardecer y el nerlingo, aún algo atolondrado, se apresuró a preparar su equipaje. El recuerdo de Ingvar había vuelto a reverberar en su corazón y estaba decidido a proseguir su viaje y que el gigante le acompañase. Quería que Narno se desprendiese de esa lóbrega aureola que ensombrecía su noble corazón. Sabía que no sería tarea fácil, pues Narno era hombre de palabra y una firme promesa le ataba al bosque.

El sol se durmió en el oeste y las estrellas iluminaron la oscura noche con su titilante luz. Oyvind dejó despertar al gigante. Esperó en el interior de la cabaña escuchando el incansable tañido de la campana de oro. El Guardián había regresado puntual a su cita, y las bestias de Bosque Salvaje aullaban temerosas e iracundas.

Las campanadas cesaron y Narno entró en la cabaña.

—Hola, peregrino —saludó sonriendo.

—Buenas noches, Narno —respondió Oyvind—. Aguardaba aquí sentado impaciente el paseo por el Paso del Nevado.

—Veo que te has pertrechado bien —dijo contemplando el equipaje que había preparado Oyvind—. Pero no será necesario que lo lleves contigo. Estaremos de vuelta en la cabaña al amanecer. Oyvind no dijo nada pero su mirada denotaba algo que hizo sospechar a Narno.

—¿Acaso piensas abandonar esta noche el bosque? —preguntó con voz triste.



Oyvind había logrado después de tanto tiempo de pena y amargura que el corazón del huracán gigante volviera a sentir una sincera estima por alguien.

—Sí, Narno —respondió Oyvind—. Finalmente he decidido seguir el consejo que me diste. Pero no deseo partir solo. Tú me acompañarás en mi viaje a Eloburgo.

—Siento profundamente no poder aceptar tu invitación —dijo Narno—, pues bien sabes que una promesa me ata de por vida a este siniestro bosque. Al fin y al cabo es mi hogar.

Oyvind bajó entristecido su mirada. Aunque sabía que recibiría de antemano esa respuesta no había perdido la esperanza de que Narno le acompañase en su viaje.

—Si de algún consuelo te sirve —habló Narno viendo a Oyvind abatido—, nada me agradaría más que cabalgar a tu lado bajo el cielo desnudo; la pálida luz de la luna alumbrando el camino a nuestras espaldas, la suave y fina hierba de las inmensas praderas occidentales acariciando las herraduras de nuestros caballos —y pareciese que el viento mesase los grises cabellos de Narno mientras montaba a lomos de un enorme e imaginario corcel.

—Me congratula que tu corazón vuelva a abrirse al mundo —respondió Oyvind—, mas hubiera deseado tener un coloso como tú a mi lado cuando llegue la hora de la batalla. No creo que los habitantes de Fuente Dorada sepan cuán afortunados son por tener al gran Narno como protector. Brazos poderosos como los tuyos escasean ahora entre las gentes libres y de noble corazón. Está bien —dijo Oyvind resignado mientras se incorporaba—, no demoremos por más tiempo ese paseo al fatídico Paso del Nevado. Ardo en deseos de encontrar una de esas flores. Te prometo que la llevaré siempre conmigo, colgando de mi capa o mi montura.

—La Eukhiloë te acompañará y protegerá donde quiera que vayas —le dijo Narno—. Y con ella irá mi corazón. Apresurémonos o el amanecer me sorprenderá fuera del bosque.

Narno abandonó la cabaña a grandes zancadas. Oyvind, cargando sobre su espalda el equipaje que le acompañaría en su travesía a Eloburgo, le siguió corriendo con dificultad tratando de no extraviarse en la oscuridad. Enseguida ambos se perdieron tras el recodo en el que parecía morir el camino de piedras blancas.

Una vez Narno y Oyvind salieron del bosque giraron levemente hacia el este, y corrieron como dos sombras sin cuerpo por las praderas lindantes con el borde septentrional de Bosque Salvaje. El débil rumor de las aguas del Fazkul les llegaba desde el oeste, mientras un suave viento del norte mecía la ondulante hierba y maleza despojándola de su fino manto blanco. Una tupida comunidad de nubes arribó desde las lejanas Tierras Frías ocultando el fulgor de las estrellas; perezosas, esa noche no descargarían la lluvia que en sus entrañas transportaban.

—Por allí debiste cruzar la Cordillera durante la tormenta —dijo Narno—. Ése debe ser el que tú llamas el Paso del Nevado.

—Creo que estás en lo cierto —respondió Oyvind escrutando la silueta de las montañas en la oscuridad—. La Savakien descendía en un punto para comenzar a

elevarse no más de una milla hacia al norte. Mi tozudez llevó a la muerte a mi caballo y casi acaba conmigo de no haber sido por la llamada de tu campana.

—Por algo te llamo el tozudo peregrino —dijo bromeando Narno—. Sígueme. Ascenderemos por el centro del Paso del Nevado, y luego caminaremos un par de millas hacia el norte. Al otro extremo de la ladera crecen las más bellas Eukhiloes. Desde allí contemplaremos las luces de Fuente Dorada. Hace ya más de diez lustros que vine aquí por última vez con mi padre; desde entonces no he vuelto a ver el burgo que fundaron mis antepasados —habló con nostalgia.

Narno guió a Oyvind en la oscuridad, aunque con su visión de elfo el alko distinguía perfectamente el relieve del terreno. La hierba cubierta de nieve comenzó a transformarse en un terreno más abrupto y pedregoso, hasta que al llegar a la cima sólo cierto tipo de pardos arbustos, pequeños matojos y flores secas de punzantes espinas ataviaban el pedregoso Paso del Nevado.

—Aquí el viento siempre azota con fuerza —dijo Narno—, y su helador soplo no deja crecer más que hoscas plantas de escasos ornamentos. Dos millas en dirección norte y habremos llegado —le indicó extendiendo su brazo en la oscuridad.

Caminaban ahora varios pasos por debajo de la cumbre, ya en la ladera este, protegiéndose del viento del norte que empujaba brioso a la comunidad de nubes. Los pies de Oyvind comenzaron a sentir un frío helador que le recordó el calvario vivido lunas atrás cuando trataba de franquear la montaña. La nieve, que casi había desaparecido de sus faldas, permanecía intacta en las cumbres de la Savakien. Tras recorrer cerca de dos millas, Narno comenzó un ligero descenso hasta llegar a un lugar lleno de matojos y grandes piedras que parecían haberse desprendido de las lomas en los Días Antiguos.

—Hemos llegado —dijo el gigante—. Recuerdo que antes crecían en gran número por estos lares. Busquemos aquí tu regalo de despedida.

Narno y Oywind comenzaron a escudriñar entre las piedras y matorrales la preciada flor. Todavía quedaba algo de nieve cubriendo el suelo, pero era una fina capa comparada con la cantidad acumulada en la arista de la cadena montañosa.

—Tengo buena vista y tú conoces las lomas —dijo Oyvind—, pero hubiera sido una buena idea traer una antorcha para iluminar el terreno.

—No quiero que las bestias del bosque sospechen siquiera un instante que he abandonado la vigilancia —contestó Narno—. No tardarían en acudir a olfatear mis dominios y en mi ausencia no dudarían en atacar a los habitantes de Fuente Dorada.

Las dos sombras continuaron rastreando el terreno, hasta que Narno dio finalmente con la flor hermana del sol.

—¡La tengo! —exclamó alborozado—. ¡Ven aquí, peregrino! ¡He encontrado tu regalo!

Oyvind se acercó al gigante quien le entregó la flor. Narno había arrancado del suelo una grande y hermosa Eukhilo. En ese momento las nubes se separaron y el cielo se abrió, iluminando con todo el fulgor de su tenue luz el corazón de la flor, el

cual centelleó, pareciendo devolver el saludo a las estrellas del firmamento.

—Eukhiloe —dijo Oyvind—. Rayo de luz en la noche, contigo ya nunca podré sentirme perdido; tú brillarás ante mis ojos cuando las demás luces se apaguen. Gracias, Narno. Al contemplar esta flor recordaré la llama de tu alma ardiendo majestuosa sobre el círculo de antorchas.

—Que así sea —sentenció Narno—. Que esta flor sea por siempre la imperecedera llama del peregrino. Déjala secar unos días, y ya sólo el fuego podrá destruirla. Acompáñame ahora a lo alto de la colina. Cerca de aquí, hacia el norte, hay una preciosa atalaya en la montaña desde la que podremos contemplar Fuente Dorada —e inquieto comenzó a caminar.

Oyvind siguió a Narno a través de la escarpada ladera. El gigante avanzaba a grandes zancadas pisando piedras y matojos, pero Oyvind apenas podía mantener su ritmo dificultado por el equipaje que acarreaba.

Tras uno de sus continuos traspiés, el alko alzó la mirada y vio la silueta del gigante recortada en lo alto de la ladera. Incorporándose realizó un último esfuerzo para llegar a la cima. Allí descargó aliviado sus pertenencias.

—No veo nada —dijo angustiado Narno—. No veo las luces de Fuente Dorada.

Oyvind que todavía jadeaba tras hollar la pendiente, escudriñó con su mirada las llanuras al oeste de Bosque Salvaje.

—Tampoco yo veo ninguna luz, amigo Narno —le dijo el alko—. ¡Aguarda! Distingo entre las sombras unas cabañas en la orilla del río. La luz de las estrellas parpadean débilmente sobre sus tranquilas aguas plateadas —le relató tratando de animarle.

—Pero no veo sus luces —insistió Narno—. Fuente Dorada siempre estuvo rodeada por un gran círculo de luces titilantes.

—Tampoco recuerdo haberlas visto la noche de la tormenta —dijo Oyvind—, aunque la nieve caía tan apretada que era como un gran muro blanco opaco a la luz.

—Descendamos a Fuente Dorada. Puede que algo les haya sucedido a sus habitantes —dijo preocupado el gigante.

Narno se lanzó ladera abajo mientras Oyvind le seguía resoplando, cargando su equipaje a la espalda. El gigante se guiaba por el estrecho cauce de plata del Fazkul que descendía hacia el sur, hundiéndose en las praderas septentrionales de Bosque Salvaje. Únicamente el sonido de una manada de caballos salvajes, que despertó asustada por el galope de Narno y Oyvind, rompieron el melodioso canto del silencio. Los caballos galoparon alejándose hasta la orilla este del Fazkul, donde nuevamente trataron de conciliar el sueño acunados por el suave gorgoteo del río.

Narno se detuvo a medio centenar de pasos de Fuente Dorada. Oyvind le alcanzó unos instantes después. Los grandes maderos que en su día sirvieron de soporte de brillantes candelas que iluminaron la aldea, yacían ahora derribados por doquier. No había luz alguna que asomase por las descuidadas cabañas; ni una sola nube de humo brotaba ya de sus chimeneas. Matojos y otras malas hierbas crecían en sus calles y las

maderas carcomidas de varios tejados habían caído al suelo.

—La aldea está desierta —dijo Oyvind—. Abandonada desde largo tiempo atrás, diría yo —y Narno permanecía inmóvil contemplando el vago recuerdo de lo que un día fue Fuente Dorada—. Probablemente el oro se agotó —continuó Uyvind—, y de la misma manera que atrajo a sus habitantes se los llevó de aquí.

—Nadie vino a despedirse del Guardián —musitó abatido Narno—. Olvidaron a aquellos que velaban su descanso —y dejó de hablar sumido en una profunda tristeza—. Hoy el juramento que mis antepasados hicieron a los habitantes de Fuente Dorada ha expirado —habló nuevamente—. Ya no queda nadie a quien proteger. Ya nada me retiene en el bosque más que la triste memoria de una familia perdida. Te acompañaré en tu viaje, peregrino —dijo girándose y mirando a los ojos a Oyvind—. Caminaremos juntos, “Oyvind, Sopro de Viento” y “Narno, el Guardián de Piedra”. Mi destino quedará ahora atado al tuyo. Allá adonde tú vayas yo te seguiré. Mi hacha luchará contra quien luce tu espada —y Oyvind sonriendo estrechó la mano del gigante, y ambos se fundieron en un sincero abrazo.

—Regresemos a la cabaña —sugirió Oyvind—. Deja que tu alma descanse un último día en el claro del bosque al abrigo de las antorchas. Durante la jornada prepararé todo lo necesario para nuestra partida. Con el crepúsculo, la campana de oro repicará una última vez, y no volverá a hacerlo hasta que el destino lo quiera. Será entonces cuando ambos partamos hacia el norte —y Narno asintió sin pronunciar palabra alguna, liberado de la pesada carga que había soportado durante largos inviernos.

Narno y Oyvind regresaron al bosque caminando en paralelo a la plateada corriente del Fazkul. Durante el corto trecho discutieron cómo y cuando viajarían. Oyvind sugirió que hasta que no pudieran conseguir un caballo y una carreta deberían marchar de noche. Después podrían avanzar más rápidamente, sin necesidad de detenerse; Oyvind conduciría el carro por el día y Narno de noche guiado por la luz de las estrellas. El Guardián le reveló a Oyvind que escondía un pequeño saco con pepitas de oro, restos del oro que el regente de Fuente Dorada había entregado a sus antepasados en pago por su trabajo de guardabosques.

—Con un par de pepitas será suficiente para hacernos con un buen caballo y una carreta —le dijo Oyvind—. El resto lo necesitaremos para conseguir comida y alojamiento, si es que queda algún burgo que no esté controlado por los gronings. Una vez lleguemos a Nornogham y crucemos las Landas de Edhilien, avanzaremos por el corazón del territorio enemigo. Debemos ser cautelosos y transitar alejados del camino.

Sin darse cuenta alcanzaron el sendero que conducía al refugio de Narno. Penetraron en la floresta y no tardaron en dar con las primeras piedras blancas que jalonaban ambos lados del camino. Bajo las sombras de grandes robles y olmos llegaron a la cabaña. Antes de despedirse ambos hicieron tañer la campana:

—“*Tulum, tulum, tulum*”; “*tulum, tulum, tulum*” —y sus ecos se perdieron

retumbando entre los árboles dormidos.

—Hasta mañana, peregrino —dijo el gigante.

—Hasta mañana, Narno —respondió Oyvind—. Que un brillante crepúsculo contemple tu despertar a un nuevo destino.

Los dos hombres se quedaron inmóviles mirándose a los ojos, aguardando a que la noche envejeciese. Las luces del alba despertaron en el este y el clamor de un nuevo día no tardó en alcanzar Bosque Salvaje. La estatua del Guardián volvió a vigilar amenazante el claro de la maligna floresta.

Oyvind se acostó cubriendo su cuerpo con la piel parda del Lobo Dragón. Rápidamente cayó dormido, y soñó cabalgar junto a Narno e Ingvar más allá de las Landas de Edhilien, por el oscuro Valle del Rauron, hacia las puertas de Groningburgo.

## Oerlikon convoca el concilio

**F**inalizaba el cuarto mes del calendario nerlingo, también conocido como el mes de la lluvia verde. Haciendo honor a su nombre, el cielo había enviado sin descanso durante los siete últimos días, tupidas cortinas de agua impulsadas por vientos de ultramar, que azotaron sin piedad las fértiles tierras orientales. Las praderas y bosques lucían esplendorosos, vistiendo hermosos ornamentos sobre un majestuoso tapiz verde esmeralda. Las raíces de los árboles bebían sedientas el maná llovido del cielo al vislumbrar en el lejano horizonte el caprichoso verano; si éste les acariciaría calentando dulcemente sus hojas o por el contrario incendiaría sus ramas con una ardiente canícula, ellas aún no lo sabían, por lo que absorbían aquel presente del cielo revitalizando la savia que corría profunda a través de sus ásperas cortezas.

Habían transcurrido siete lunas desde que Darbrethil había sido forjada y esa noche los alkos del sexto clan acudirían a Caterziveen convocados por Oerlikon en concilio. Kiril no podía ocultar su impaciencia, y Enna trataba en vano de distraerle entonando la canción de un pescador y una sirena que vivían su imposible amor al arrullo de los cálidos mares del sur.

El día comenzaba a declinar, cuando los primeros hermanos alkos aparecieron frente a las puertas de la arcana ciudad. Antes de que hubiera oscurecido, más de cuatrocientos nerlingos se apretaban silenciosos en la gran cámara subterránea. Nadie en el oriente de Tierra Conocida podía sospechar que en aquel islote azotado por las aguas costeras, estuviera germinando la semilla que haría renacer al pueblo nerlingo y que mantendría viva para siempre la llama imperecedera de Ethril Eilalith.

Con aquella pequeña multitud reunida fue difícil mantener el segundo precepto de Caterziveen, la guarda de silencio. Los nerlingos aguardaban expectantes el comienzo del concilio. Oerlikon estaba apostado junto a los centinelas de la entrada principal, pues conocía a todas y cada una de las familias del sexto clan que moraban desperdigadas en la región. Cuando el oscuro manto de la noche cayó sobre el Mar del Este, ordenó a los centinelas cerrar la puerta secreta. Sus heraldos habían transmitido el mensaje de que al anochecer del día señalado, las puertas de Caterziveen se cerrarían hasta el fin del concilio.

Una vez sellada la entrada al arcano refugio, el Kliat caminó presuroso por los pasillos de piedra hasta llegar a la cámara subterránea. Se sentó frente a la mesa que presidía la gran sala, flanqueado a su izquierda por Enna y Pothalion, y a su derecha por Kiril y Maikel. Los alkos que no habitaban en Caterziveen observaban con curiosidad a los dos jóvenes.

—Hermanos del sexto clan —habló Oerlikon rompiendo el bullicioso silencio—. Gracias por acudir a la urgente llamada a concilio que a través de nuestros mensajeros os hice llegar. Henos aquí reunidos en Caterziveen, nuestro refugio, la morada de aquellos que con gran dolor decidieron sacrificarse separándose de su pueblo, con la esperanza de que algún lejano día la profecía de Barlok se viese

cumplida. Aquella profecía que reza así:

“Un hombre vendrá tras un largo éxodo al encuentro de sus hermanos y logrará el bienestar para los clanes y la paz de todos los pueblos de Tierra Verde”.

—Por eso —continuó el Kliat—, nuestros antepasados se separaron de los de su linaje durante el gran éxodo, para formar una nueva dinastía, el sexto clan de los alkos perdidos, en la creencia de que en un futuro el Elegido volvería a su encuentro para cumplir la profecía. Extraordinarios acontecimientos acaecidos en los últimos meses me han revelado que ese instante ha llegado.

Un creciente murmullo se elevó en la sala. Los asistentes al concilio se miraban desconcertados, sin poder creer lo que su Kliat, lacrag y guía les acababa de desvelar.

—Los vientos del oeste —volvió a hablar Oerlikon—, entre desgraciadas y dolorosas nuevas también nos han traído al Elegido, un hijo del pueblo del que hace centurias nos separamos y que ahora mora en la Tierra Verde. Él será quien hará cumplir el oráculo del gran nigromante blanco. Fue en ese instante cuando vinieron a la memoria de Kiril, las palabras que pronunció el bueno de Torilo en la Guarida del Oso, aquella noche en la que la sangre nerlinga bañó el Bosque de Alkos:

“Debemos ir al encuentro de los alkos perdidos y regresar con ellos para liberar a toda Jactinia de la amenaza groning”.

Un murmullo aún mayor reverberó en la estancia. Los alkos volvieron a cruzar sus miradas sorprendidos tras escuchar la revelación de Oerlikon.

—El Elegido se encuentra hoy aquí entre nosotros, sentado a mi diestra —continuó Oerlikon consiguiendo acallar a los allí presentes—. En la misma mesa que su hermano de sangre, quién cuidó de él durante su peligrosa huida; en la misma mesa de un valiente guerrero del sexto clan que le salvó de una muerte segura en la traicionera emboscada que le tendieron los lacayos gronings a las puertas de Caterziveen; en la misma mesa a la que se sienta la persona en quién había depositado todas mis certidumbres de que fuera la próxima Kliat, la que regiría los designios del sexto clan y que con sus pócimas y ungüentos rescató al Elegido de los brazos del jinete sin rostro; y en la misma mesa de éste quien os habla y que ha sido iluminado con la sabiduría de nuestra diosa para poder descubrir al Elegido de entre el resto de los mortales.

Todos los convocados al concilio clavaron entonces sus miradas en Kiril y Maikel. Allí, oculto entre el cielo y el mar, se encontraba aquél quien convertiría en anhelados frutos las semillas que habían cultivado con su sacrificio decenas de generaciones del sexto clan; aquel que había devuelto a su memoria una profecía casi olvidada, a la que durante miles de lunas habían consagrado sus vidas con su exilio.

—Kiril es su nombre —habló Oerlikon elevando el tono de su voz—, descendiente de noble estirpe e hijo del lacrag alko Akrog, que hoy descansa en la morada de los Primeros Nacidos. Él es el último lacrag nerlingo vivo y por ende el Rey de todos los nerlingos. En él se ha personificado la profecía de Barlok, tras sufrir un tortuoso éxodo desde Lothikaton, atravesando Tierra Conocida hasta llegar a

Caterziveen empujado por el afán de encontrar a sus hermanos perdidos, en la esperanza de que pudieran ayudarle en su desesperada lucha contra la horda groning.

Una voz se alzó entre los asistentes al concilio.

—¿Cómo puedes tener la certeza de que uno de esos dos jóvenes es el Elegido? —inquirió uno de los ancianos.

—Brodén —le respondió Oerlikon—, mi convencimiento ha tenido que superar las innumerables dudas que me asaltaban sin tregua; pero Nerlinguia siempre envió presta sus señales, hasta que finalmente su voz me habló, ordenándome forjar la espada que ayudará al Elegido a liberar el mundo de los oscuros espíritus que tratan de someterlo. Dos veces el cielo nos ha mostrado sus luces en un corto espacio de tiempo: la primera cuando Kiril venció a la muerte sobre su lecho de Caterziveen; la segunda hace ocho lunas, cuando aquella estrella flamígera voló desde la morada de los dioses hasta los acantilados del Mar del Este, en la noche que Nerlinguia susurró a mis oídos en dos ocasiones con su dulce voz.

—Yo también me resistía a pensar que fuese el Elegido —habló Kiril por primera vez—. Pero las palabras de un gran hombre en un infausto día y que hoy han vuelto a mi memoria, así me lo hicieron saber. Ese hombre se llama Torilo, padre de mi compañero Maikel, por quien ruego a Nerlinguia para que aún habite en este mundo en el que la sangre brota de los hombres como cascadas en primavera —y el alma de Maikel se estremeció al recordar a su añorado progenitor—. Mis anhelos solamente buscan restituir la paz y el bien en Tierra Conocida, y junto a vosotros conseguir que vuelvan a crecer y florecer las ramas del ahora reseco árbol del pueblo nerlingo.

—Porque hermanos —retomó Oerlikon las palabras de Kiril—, éstas son las dolorosas nuevas que antes he mencionado: el pueblo nerlingo se encuentra al borde del exterminio —y las expresiones de sorpresa de los allí reunidos se tornaron en angustia y tristeza—. Una siniestra traición sesgó la vida de miles de nuestros hermanos, y abocaron a una desesperada huida a los escasos supervivientes de esa carnicería. Kiril y Maikel son la prueba fehaciente de esa tragedia. A duras penas lograron huir dejando atrás los cuerpos sin vida de familiares y amigos. Nosotros fuimos el rayo de esperanza que ha guiado hasta hoy su caminar. No demos pues la espalda a su sufrimiento y al del resto de pueblos que moran en Tierra Conocida.

—¿Y qué podemos hacer nosotros para ayudarles? —preguntó Brodeni. No somos más que unos cientos de modestas familias frente a la inmensidad de la Tierra Verde.

—Vosotros simbolizáis la esperanza para Tierra Conocida —respondió Kiril levantándose de la silla—. Uníos a la causa que defiende, uníos al resto de hombres libres y levantaos contra la horda groning, pues si no lo hacéis, tarde o temprano la sombra que acompaña al rey que la lidera oscurecerá hasta el último rincón de este mundo, por muy remoto que sea, incluida la arcana Caterziveen. Entonces ya nada ni nadie volverá a ver el sol levantarse majestuoso cada amanecer sobre el horizonte de este mar que nos adormece con el batir de sus olas.



—¿Qué es lo que propones que hagamos? —inquirió otro nerlingo.

—Uníos al resto de hombres que lucharán contra Zornik y sus emisarios del terror —respondió con vehemencia Kiril—. Nuevos pero fieles amigos de las costas orientales tratan de levantar en armas a luinas, esmugas y todo aquel que quiera luchar por un mundo libre de mal y oscuridad. Rumores de sublevación en el corazón de Jactinia han llegado a mis oídos. No dejemos que esa llama se apague. Luchemos por mantener viva a Ethril Eilalith y que los cinco clanes, por fin reunidos hasta el fin de los días, puedan contemplarla arder majestuosa en la añorada Lothikaton.

—Tus palabras son hermosas y no creo equivocarme al decir que brotan por tus labios tan sinceras como las siente tu corazón —respondió el hombre—. Pero no creo que trescientos granjeros bajo tu mando puedan cambiar el destino del mundo, ni que ese destino sea tan funesto como tú lo describes. Puedo percibir en tu mirada que has vivido el horror de la guerra, y que la visión de la sangre derramada de tus seres queridos ahora ciega por completo tus ojos. Mas no pondré en peligro la vida de mi mujer y de mis tres hijos para luchar por una quimera que jamás podremos alcanzar. Si una irrefrenable maldad avanza hacia estas regiones como dices, me recluiré con los míos en nuestra granja junto a los bosques cercanos al lindero del Camino del Oeste. Allí oculto a los ojos del mundo y a la codicia de los hombres moraré en paz y serenidad.

—Te equivocas al pensar que el mal se olvidará de ti —profetizó Kiril—. Perseguirá sin descanso a todo aquel que no se someta a su doctrina y, como os he dicho, la sombra que acompaña al rey brujo oscurecerá hasta el último rincón de este mundo.

—¿Acaso queréis ignorar las malas nuevas que llegan del oeste? —interpeló Oerlikon a los alkos del sexto clan—. Decidme, ¿quién de vosotros no ha escuchado rumores o ha visto con sus propios ojos cómo una creciente marea de peregrinos está llegando a las costas del Mar del Este provenientes de las regiones occidentales? ¿O quizás debería llamarlos exiliados y no peregrinos? —finalizó buscando unos instantes de silencio en el concilio para la reflexión.

—Nuestro Kliat está en lo cierto —habló un hombre de mediana edad con voz suave pero firme—. Por mi posada han pasado durante los últimos meses más de doscientos viajeros que, sin abiertamente afirmarlo, emigraban de las regiones occidentales y septentrionales por temor a la amenaza del rey Zornik. Algunos de ellos veladamente confesaban no desear verse inmersos en una nueva ocupación como la que sufrieron las regiones del norte hace más de dos lustros.

—Es verdad —contestó otro alko—. Y durante las últimas lunas ya no sólo eran viajeros sin otra carga que la búsqueda de fortuna los que han transitado por nuestros caminos, sino familias que moraban en el oeste y que ahora huían asustadas en busca de un refugio en el que encontrar la paz.

—Estas nuevas no son más que el preludio de la tormenta que se cierne sobre nosotros —tomó nuevamente la palabra Oerlikon—. En vuestras manos está decidir

si permaneceréis impasibles bajo sus truenos o si también huiréis en busca de cobijo. ¿Pero dónde lo encontrareis una vez que toda Tierra Conocida caiga bajo las garras de los wolkurs y los halcones gronings? ¿A dónde huiréis entonces? ¿Acaso regresaréis a la extinta Primera Tierra, la que fue corrompida por la misma maldad que ahora trata de cubrir con su manto de oscuridad el mundo de los hombres?

Un escalofrío atravesó las vértebras de los allí congregados. Más que ningún otro nerlingo, los alkos del sexto clan tenían muy presente en su memoria el éxodo de Primera Tierra y las leyendas que contaban el horror y el dolor que sus antepasados vivieron aquellos días. Nadie de los presentes en Caterziveen deseaba volver a rememorarlo.

El miedo hizo que un lúgubre silencio envolviese la sala. Una gran duda atenazaba las gargantas de aquellos hombres: permanecer ocultos y ajenos al devenir de Tierra Conocida o admitir que la profecía de Barlok se había cumplido y unirse a la causa del Elegido, lo que les conduciría a un incierto y más que probable trágico destino.

Kiril hizo un último alegato tratando de ahuyentar el miedo de las almas de aquellos hombres:

—¡Hermanos! —gritó con vehemencia—. Nuestra misión no será fácil. Es posible que muchos de vosotros perdáis vuestra vida por defender esta causa. Pero yo elijo perderla si es necesario, morir con honor, morir luchando por la paz y la libertad, antes que vivir oculto como un ratón asustado, escondido en una madriguera hasta el día en que la muerte decida acudir a mi encuentro —e hizo una leve pausa—. Ha llegado el momento de decidir. Todos aquellos que deseen unirse a mi causa, la causa de Nerlinguia, la causa de los hombres libres, la causa de los hombres de bien, que se pongan en pie y den un paso al frente; que quiten la herrumbre oxidada de sus espadas y se unan a Darbrethil y aquél a quien la empuña, Therliangator —y diciendo esto desenfundó la Espada de Libertad. Un fulgurante destello azul la recorrió desde la punta hasta su empuñadura, y la luz de las antorchas que iluminaba la estancia escondida continuó alumbrando con ondulantes olas su pulida superficie.

Un murmullo de asombro y admiración brotó de las hasta ese momento selladas bocas de los alkos, al contemplar el poder de Darbrethil. Al cabo de unos instantes, un hombre se puso en pie y habló:

—Si mi corazón albergaba alguna duda de que la profecía de Barlok se hubiera cumplido, ahora se ha disipado para siempre. He visto la luz y el poder de Nerlinguia recorrer el filo de esa espada; he visto a su portador empuñarla como si fuera uno de los Primeros Nacidos. Quizás el mundo sucumba bajo el oscuro poder del que habláis, pero hoy la esperanza ha brillado ante mis ojos. Yo lucharé a tu lado, Kiril, hijo de Akrog, y vengaré a nuestros hermanos nerlingos asesinados bajo la traición groning.

El rostro de Kiril se iluminó y Maikel aferró su poderosa mano en el hombro de su inseparable amigo.

—Yo también lucharé junto a ti —gritó otro alko al tiempo que se levantaba—. Ayudaré a culminar el sacrificio realizado por nuestros antepasados. Mi espada estará junto a la tuya.

—Y también mi arco —gritó otro hombre—. No me quedaré cruzado de brazos contemplando la devastación de estas tierras que me vieron nacer.

Más y más voces se alzaron hasta convertirse en un clamor. La causa de Kiril había triunfado. La semilla de la revolución acababa de germinar en Caterziveen. La Espada de Libertad había devuelto la luz a aquellos hombres y ahora los guiaría tras la estela de Kiril, el Rey Nerlingo.

En la hedionda Fuente de la Lamia, la arpía Urkha se retorcía en el suelo de dolor, al tiempo que Zornik se desplomaba de su caballo como si hubiera sido fulminado por una flecha asesina cuando cabalgaba veloz por el camino que conducía desde Fuente Dorada a Bosque Salvaje. La misma luz que había iluminado los corazones de los hombres de bien en la arcana ciudad, atravesaba ahora con certeras punzadas los de aquellos maléficos seres.

Una frenética actividad se apoderó de Caterziveen en los días posteriores al concilio. Tras cientos de inviernos de espera, los alkos del sexto clan se preparaban para un nuevo viaje que les conduciría a un final que aún estaba velado. Pero el destino al que les llevaría la primera etapa de ese nuevo éxodo si la conocían: It-sonod. Hacia la capital esmuga se dirigirían todos aquellos hombres que pudiesen empuñar una espada para unirse a los herederos del reino de Esreghaia. Así se había decidido en el concilio tras escuchar el plan que Kiril y sus compañeros trazaron en la bella Thioluka.

Y por fin llegó el día de la partida. Oerlikon había ordenado que al caer el sol las tropas del sexto clan abandonasen Caterziveen. A medianoche se unirían al resto de alkos de las tierras orientales en un gran claro en el Camino del Oeste, a unas veinte millas al suroeste de It-sonod.

Comenzaba a atardecer. Kiril y Enna contemplaban abrazados el ocaso desde el Ulkildiriath, el maravilloso balcón sobre el mar. Aparcaron ese último día las sentidas discusiones de las últimas lunas, provocadas por el empecinamiento de Enna en abandonar su “jaula de oro” en Caterziveen y acompañar a su amado a la batalla. Las repetidas prohibiciones y reprimendas de Oerlikon y Kiril parecían haberle hecho entrar en razón y abandonar finalmente esa peregrina idea. Entretanto, Maikel y Ebba paseaban pensativos por los intrincados pasillos de Caterziveen. Los cuatro jóvenes sabían que quizás aquéllas fuesen los últimos momentos en las que podrían compartir

su amor. Partirían a la guerra contra el gran lobo negro, hacía un destino que podría conducirles a la muerte.

—Recuerda este atardecer —le susurró Kiril a Enna—. Observa al sol ocultarse en el horizonte, sumergiéndose en lejanas aguas para apagar las llamas que lo envuelven. Sin embargo, mañana al amanecer resurgirá con su llameante luz para iluminar Tierra Conocida. Recuerda así nuestro amor, pues aunque creas que su llama fuera a apagarse por mi partida, permanecerá latente en lo más profundo de nuestros corazones. Volverá a renacer el día en que nuestros caminos se unan para ya nunca jamás separarse —y el sol incendió con enormes y rojizas pinceladas el cielo oriental que alcanzaron casi extinguidas las paredes del Ulkildiriath.

—Es la hora de partir —dijo con voz trémula Enna—. Tu destino te llama.

—Ese mismo destino volverá a conducirme a tu lado —y mirando los llorosos verdes ojos de su amada la besó en los labios.

Hombres y mujeres, ancianos y niños despedían a los bravos guerreros bajo las temblorosas luces de las antorchas. Embargados por un ambiguo sentimiento de tristeza y esperanza, lágrimas y sonrisas se entrelazaban por doquier. En un oscuro rincón de la fría estancia, al que las titilantes llamas de las teas apenas si alcanzaban a alumbrar, una llorosa joven se refugiaba en su soledad. Aquélla a quien Oyvind privó de una amarga despedida, y que ahora observaba con desazón el adiós que precedería a la dolorosa separación.

Edda caminó hacia el grupo de valientes que se aprestaba a partir hacia It-sonod.

—Que Nerlinguia os proteja —bendijo con su dulce voz a Kiril y Maikel, quienes abrazaban a Enna y Ebba tratando de detener el tiempo y así guardar en sus retinas esos emotivos momentos.

—Gracias, querida Edda —respondieron al unísono los dos jóvenes.

Enna y Ebba abandonaron por unos instantes los tiernos abrazos de Kiril y Maikel, y corrieron a abrazarse a Edda, quien rompió a llorar en un desconsolado llanto. Sus amargas lágrimas devolvieron el apagado recuerdo de Oyvind a la mente de Kiril y Maikel. Desde aquella luna en que partió en busca de su gemelo Ingvar, no habían vuelto a tener noticias suyas. Rezaron a su diosa para que velara por él dondequiera se encontrase.

El cariño de sus hermanas reconfortó en parte a Edda. La joven tomó un pequeño objeto de uno de los bolsillos de su vestido, se volvió hacia Kiril y Maikel, y extendió su mano derecha en la que escondía una bonita cadena de oro.

—Entregádsela a Oyvind —dijo con voz serena—. De esta manera mi amor permanecerá siempre junto a su corazón; sentirá mis latidos sobre su pecho, y ya nada ni nadie podrán separarnos. Decidle que mi corazón le pertenece y que aguardaré paciente en Caterziveen su regreso; si Nerlinguia no me permitiera volver a ver su rostro, seguiré esperando en la morada de los dioses para poder vivir en ella nuestro

amor por toda la eternidad.

—Te prometo que se la haré llegar, Edda —respondió Maikel tomando la dorada cadena de delicados engarces—. Te lo prometo por el amor que siento por tu bella hermana. Tengo el presentimiento que el día que cumpla esta promesa, una incontenible felicidad reconfortará nuestros quebrantados corazones.

—Gracias, Maikel —respondió la menor de las hijas de Oerlikon—. Abrázale con todas tus fuerzas cuando lo encuentres.

—Confío en que no lo haga con todas sus fuerzas —bromeó Kiril—, ya que entonces a buen seguro que lo lastimaría —y todos sonrieron enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Enna, Ebba, Edda, Kiril y Maikel se fundieron en un interminable abrazo. El azar parecía querer representar a los cinco clanes rezando por la ventura de su hermano perdido; cinco jóvenes que entre lágrimas y sonrisas recordaban a Oyvind, el sexto clan, con quien anhelaban algún día volver a reencontrarse. El ahogado sonido del cuerno que tocaba a rebato reverberó en la arcana Caterziveen. Oerlikon convocaba a sus guerreros en la entrada de la gran gruta. La hora de la partida había llegado. Kiril y Enna, Maikel y Ebba se abrazaron una última vez. Formando un tembloroso lazo con sus brazos, entrecruzando sus miradas, sin pronunciar palabra alguna, se juraron amor eterno.

La voz de Oerlikon les devolvió al dolor de una inevitable separación.

—Hermanos —habló el Kliat—. La hora de partir ha llegado. Tras centurias de buscado retiro, el destino que elegimos se muestra ahora ante nosotros. Pero no lo hace como soñamos en forma de dulce reencuentro, sino reclamando nuestra sangre y nuestras vidas. Sólo así podremos habitar por siempre un mundo donde reine la concordia entre todos los hombres. Aquellos que permanezcáis en Caterziveen rezad a Nerlinguia por nosotros; no perdáis la esperanza, pues ella es la que alentará nuestros corazones y proporcionará vigor y determinación a nuestros brazos. Os prometo que volveremos a vernos; quizás algunos no en este mundo, pero sí con toda certeza en la morada de los dioses, más allá de la cúpula celeste. ¡Hasta pronto y que Nerlinguia nos proteja! —finalizó Oerlikon.

—¡Que Nerlinguia nos proteja! —respondieron al unísono cientos de voces.

Oerlikon comenzó a caminar lentamente hacia la salida de Caterziveen. La columna de alkos emprendió la marcha con triste semblante tras los pasos de su Kliat. Kiril buscó a Enna una última vez con su mirada. Sus ojos la encontraron aferrada a sus dos hermanas, dedicándole una tierna sonrisa de despedida. Así la recordaría durante los meses venideros, con su nacarada sonrisa y sus profundos ojos verdes. Esa visión sería su inseparable compañía durante su peligroso caminar, siempre perseguido por la añoranza de su amada.

La columna trepó silenciosa por la pedregosa pendiente salvando las faldas de los acantilados. La débil luz de la luna en cuarto menguante se reflejaba sobre el yelmo que Oerlikon lucía sobre su cabeza. Sus lacios y canosos cabellos se transformaron en

una plateada y ondulante melena mecida por la brisa nocturna. La imagen del sabio Kliat trajo a Kiril el recuerdo de su padre Akrog, un egregio guerrero de los Días Antiguos, el penúltimo descendiente de la sagrada estirpe de Alkhor.

Una vez la compañía hubo culminado la ascensión, Oerlikon envió a una pareja de exploradores a inspeccionar el camino. Cuando dieron la señal convenida, los alkos apretaron el paso hacia It-sonod al amparo de las sombras de los altos pinos que delimitaban el Camino del Oeste, hasta que el rastro de los nerlingos se perdió en la oscuridad de la noche oriental.

Tras varias leguas de marcha, el grupo de Oerlikon llegó al punto de reunión establecido. El gran claro entre los altos muros de pinos fue testigo de un nuevo concilio del sexto clan. Cerca de seiscientos alkos habían decidido unirse a la causa que Kiril comandaba. No eran un gran ejército en número, pero su compromiso y determinación harían que su fuerza se multiplicase por diez en el campo de batalla.

La noche en el este de Tierra Conocida mostraba un cielo salpicado por unas pocas estrellas tempranas que apenas lograban reflejarse en las crestas de las olas. La brisa acercaba a los oídos de Kiril y Maikel los débiles sonidos de canciones de ultramar, quien sabe si tarareadas por un coro de bellas sirenas. Tumbados sobre la hierba, contemplaban la intermitente luz de aquellas antorchas que colgaban de lo más profundo de la bóveda del firmamento.

—El pasado otoño me sentía frustrado y abatido por no poder viajar, atezado por la responsabilidad que como hijo del lacrag me ataba a las tierras nerlingas — reflexionó Kiril en voz alta—. Sin embargo ahora siento una profunda añoranza de Alkoburgo. Desearía poder retroceder en el tiempo y volver a dormir en mi cabaña a los pies del Lago Argul. Despertar por la mañana y contemplar cómo el sol se eleva reflejándose en sus frías aguas, remontando lentamente las Montañas Nerlingas, ya nunca más llamadas Artankal. Y desayunar junto a mi padre, mientras bromeamos sobre quién es el mejor cazador, ajenos a estas tribulaciones y desventuras.

—Te prometo Kiril —le dijo Maikel—, que cuando concluya esta aventura en la que el destino nos ha forzado a embarcarnos, cuando destierremos de este mundo cualquier vestigio de lo que un día fue el reinado de Zornik, emprenderemos ese viaje que siempre quisiste realizar por Tierra Conocida. Cruzaremos Jactinia, la Iugur-András, descenderemos el Morkurgul o cabalgaremos hacia la Barrera, de Dunas, para después remontar el Mar del Este hasta llegar a las Tierras Frías.

—Lo haremos juntos —respondió Kiril—, y Oyvind e Ingvar nos acompañarán.

—Y no te olvides de Enna, Ebba y Edda —añadió Maikel—. No creo que nos dejen emprender ese viaje si no las incluimos dentro del grupo.

—Bendita compañía la de las tres hijas de Oerlikon —musitó Kiril—. Será un largo viaje, pero esta vez pleno de alegría y felicidad.

—Lo será —dijo Maikel—, por Nerlinguia que lo será.

Lentamente el sueño se fue apoderando de ambos jóvenes, mientras veían declinar la luz de las estrellas de la misma manera que la perezosa brisa apenas si portaba difusos retazos de aquellos cantos de sirena que habían aletargado sus sentidos.

El sol del nuevo día les conduciría hasta It-sonod, donde se reencontrarían con algunos de sus recientes amigos y aliados para preparar la defensa de lo que un día fue el Reino de Esreghaia.

## La encomienda de urkha

La compañía de gorglins que cabalgaba escoltando a Zornik al abrigo de la alargada dorsal de la Iugur-András, detuvo su marcha veinte millas al sur del embarcadero del Morkurgul. Zornik se dirigió con un gesto a su capitán, y éste se acercó resuelto para recibir las órdenes. El rey brujo dispuso que Inorkul, junto con seis de sus hombres más fieles le acompañaran a Bosque Salvaje, mientras los demás soldados regresarían a Groningburgo. Lo que Zornik buscaba en aquella lóbrega y tenebrosa guarida del mal seguía siendo un misterio para el devoto capitán gorglin.

Sin perder más tiempo la compañía se dividió como Zornik había ordenado. Él reemprendió la marcha junto con el capitán Inorkul y los seis gorglins, dirigiéndose velozmente hacia el este, donde a escasa media legua serpenteaba el cauce del Margul. Recorrerían en paralelo el curso del río a caballo hasta alcanzar su afluencia con el Morkurgul, para atravesarlo hasta su orilla oriental.

Mientras galopaba a lomos de su negro corcel por las angostas praderas que permanecían confinadas entre la Iugur-András y el Morkurgul, una sola idea ocupaba la mente de Zornik: cumplir la encomienda de Urkha. Un extraño y terrible presentimiento ensombrecía los pensamientos de la lamia desde que por última vez leyó los huesos en su sórdido oráculo. Una visión le atormentaba, una perturbadora contrariedad por largo tiempo olvidada y que ahora volvía para mortificarla. Cuando él la contemplaba, los ojos de su madre Urkha se perdían en las mareas del tiempo mientras, evocando el pasado, acariciaba la cicatriz que rasgaba su rostro.

Ella, su ama de cría, le habló de un pétreo guardián, de una olvidada cabaña en la macabra floresta, de un espíritu sesgado, de una incompleta existencia bajo la luz de la luna muerta, de una amenaza a veces humana, una maniatada fuerza que podría poner en peligro el futuro que ambos habían soñado para Tierra Conocida y a la que sin más demora había que destruir.

—Viaja hacia el este, mi pequeño, apacigua el corazón de Urkha, cumple con su encomienda —le dijo a Zornik la última vez que se vieron en la hedionda Fuente de la Lamia—. Al norte del oscuro bosque que un día fue mi hogar, una vieja cabaña por la que pasa el sendero encantado, una odiosa y maligna campana de oro, una enorme estatua de piedra circundada por la luz de una llama imperecedera. Condenado a permanecer por siempre entre los linderos arbolados. Con la luz del día arribarás y en mil pedazos la estatua quebrarás. Esparce sus fragmentos por agua, tierra y aire, y la latente amenaza para siempre será desterrada. Después sigue el camino, siempre al sur, a tu paso las criaturas te lo mostrarán con pleitesía; llegarás a la laguna donde peinaba mi ensortijado cabello con el peine dorado, mi espejo el reflejo de sus sublimes aguas. Bajo el sonido de la blanca cascada, con un sorbo de su inmarchitable ambrosía, hallarás la puerta de regreso al palacio del lobo negro.

Zornik apartó de su mente estos pensamientos al oír el alto que Inorkul dio al grupo una vez arribaron a la cuenca del Margul. Comenzaba a atardecer y Zornik



tenía prisa por llegar a Bosque Salvaje. Espoleó con fuerza a su caballo quien, leyendo la mente de su amo, salió galopando en una vertiginosa estampida. Inorkul y los seis gorglins siguieron con dificultad la fugaz estela del desbocado corcel que desbrozaba violentamente con sus herraduras la adormilada vegetación que crecía a la orilla del río.

Después de una larga y frenética cabalgada, tras una pronunciada depresión del terreno, el grupo divisó a lo lejos, hundido en un angosto valle de verdes pastos, el imponente Morkurgul. El día declinaba y sus últimas luces se reflejaban en perfectas y acompasadas ondas plateadas sobre las aguas del río.

Zornik gruñó contrariado al comprobar que no llegaría a Bosque Salvaje antes del anochecer. No comprendía porque Urkha le había exigido que destruyese al guardián durante el día. Él podía acabar con cualquier enemigo fuera de día o de noche, aún más si era una inanimada estatua la que tenía que abatir. Pero a pesar del ansia de devastación que le corroía, contuvo sus deseos de irrumpir en la cabaña al borde del sendero donde se erguía la estatua y decidió pasar la noche en el linde de Bosque Salvaje.

Pero antes debían cruzar el Morkurgul. Su torrente impresionaba a todo aquel que lo contemplaba, incluso a los más fieros gorglins.

—¿Qué os pasa? —preguntó enojado Zornik—. ¿Acaso os intimidan las aguas de un riachuelo? ¡Atajo de cobardes! —les gritó fulminándoles con la mirada—. ¡Vamos, cruzad el río!

Los gorglins no aflojaban los estribos de sus monturas. Ninguno de los seis soldados de la guardia personal de Zornik se atrevía a espolear a los caballos por miedo a entrar en el cauce del Morkurgul y ser arrastrados por sus impetuosas aguas. Fue Inorkul quien finalmente se decidió a fustigar a su caballo, empujado por el temor a una represalia de Zornik si desobedecían sus órdenes.

—¡Seguidme! —gritó a sus gorglins—. Colocaos en fila de a uno y pisad por donde yo piso. Aquí hay un estrecho paso en el que se adivina una menor profundidad. Vosotros —les indicó enarcando las cejas a dos de los soldados—, os mantendréis en la retaguardia, a unos pasos de vuestro Rey.

El caballo de Inorkul comenzó a cruzar con tranco lento y cauteloso el Morkurgul. Avanzaba pisando con firmeza, y no movía una pata hasta no tener las otras tres perfectamente asentadas. Lentamente se acercó hasta la zona central del río, donde el agua casi llegaba a su grupa. Sin embargo los corceles gorglins estaban dotados de recias y poderosas extremidades, lo que le permitió cruzar no sin dificultades a la otra orilla del río. Zornik y el resto de gorglins siguieron las pisadas del caballo de Inorkul hasta que también lograron alcanzar la orilla. Los dioses podrían haber ordenado una súbita crecida del río que hubiera engullido bajo sus aguas a la siniestra comitiva y de esa forma acabar con la negra sombra que se cernía sobre el mundo de los hombres. Pero ese cometido estaba grabado a sangre y fuego en el destino de Kiril y sus hermanos alkos.

Una vez sortearon el obstáculo del Morkurgul, reanudaron el galope hacia el norte. Comenzaba a oscurecer y el sol corría a ocultarse tras los picos de la Iugur-András, ahora incendiados por el reflejo de los últimos estertores de la estrella del día. Zornik y los gorglins decidieron acampar en el lindero del bosque una vez el firmamento se cubrió de una impenetrable oscuridad. Al amanecer, con las primeras luces del alba, penetrarían en aquella floresta de color verde malsano que incluso lograba estremecer a los despiadados gorglins.

Mientras dormía al cobijo de un reseco y retorcido roble de fantasmal apariencia, una extraña sensación invadió los agitados sueños del rey brujo. Un antiguo lazo, un borroso recuerdo, una lejana familiaridad lo envolvía; la misma sensación que había sentido ese atardecer mientras cabalgaba hacia Bosque Salvaje. ¿Qué era ese extraño sentimiento que le hacía sentirse más unido al malsano bosque que a cualquier otra región de Tierra Conocida? Esos vagos recuerdos que reverberaban en su cabeza se disiparon con el marchito y opresivo hálito que exhalaba el bosque, volviendo a nublar su mente con la campaña que sus legiones emprenderían en los reinos del este.

Los gorglins apenas si pudieron dormir durante la noche, aterrorizados en su leve duermevela por los horrendos alaridos de las inmundas criaturas del bosque. Aferrados a sus espadas de hoja de sierra, permanecieron en guardia bajo el negro manto desnudo de estrellas.

Con la aurora, los aullidos y graznidos comenzaron a menguar, hasta sólo escucharse el sonido de la brisa temprana acariciando las hojas de la sombría floresta. Los gorglins, aliviados por el recogimiento de las bestias, trataron de conciliar el sueño pero cuando comenzaban a cabecear, Inorkul los despertó bruscamente para reiniciar la marcha.

Sin tiempo para desperezarse, montaron apresuradamente a la grupa de sus corceles y se dirigieron a la entrada norte del bosque, donde la lamia Urkha había indicado a Zornik que encontraría el inicio del sendero que cruzaba Bosque Salvaje.

La mañana se levantó fresca y nublada, como acostumbraba serlo en los alrededores de la lóbrega floresta; el cielo permanentemente cubierto por una perpetua alfombra negra y gris, amenazante sobre las cabezas de los viajeros que transitaban por aquella comarca. El viento, mezcla del lozano aire de los valles del oeste y el pesado aliento del bosque, jugueteaba despeinando el cabello de los ocho jinetes. Varias millas al norte, divisaron una aldea situada a la orilla del Morkurgul. Fuente Dorada, el antiguo hogar de los buscadores de oro, se mostraba frente a ellos.

—Estamos cerca del camino —informó Zornik al grupo—. Un par de millas hacia el este y daremos con él. ¡Seguidme! —y espoleando aún con más fuerza a su caballo se alejó de la pista que conducía a la abandonada aldea, galopando en busca de la oculta entrada al sendero de Bosque Salvaje.

Zornik encabezaba el grupo, espoleando impetuoso a su corcel, el cual resoplaba con tanta agitación que parecía que el corazón le fuera a estallar. Súbitamente, como si una furtiva saeta hubiera atravesado su espalda, Zornik cayó desplomado de su

montura, inerte, como una marioneta a la que hubiesen cortado los hilos que la manejaban. En ese instante, un diminuto pero intenso haz de luz, de un sublime blanco nacarado, atravesó el sombrío tapiz que formaban las perennes nubes deslumbrando con su brillante fulgor los oscuros y gélidos ojos del rey brujo. Su corazón se estremeció, su negra alma se agitó, el espíritu que lo poseía aulló iracundo, rabiosamente enervado por el significado de aquella luz: el príncipe nerlingo había logrado convocar a sus hermanos. El Concilio de Oerlikon había terminado y la Espada de Libertad había devuelto la luz de la esperanza a los descendientes de los Primeros Nacidos. Esa misma luz reparadora para los hijos de Nerlinguia, ahora atravesaba el alma corrompida de Zornik, advirtiéndole que el perverso plan que reservaba para el mundo de los hombres encontraría una feroz resistencia en todas las almas de bien que moraban en Tierra Conocida.

Parte de las palabras del oráculo de la madre Urkha volvieron a resonar en la cabeza de Zornik mientras yacía desplomado sobre la hierba humedecida por el rocío:

*El joven malherido encontrará al viejo escondido.  
Por el Mar del Este el príncipe nerlingo navega,  
mientras el viejo custodio del secreto sagrado a buen recaudo le espera.  
A ambos corazones dejarás reunirse,  
para que tu plan presto pueda cumplirse.  
Mas la llama antes del otoño deberás apagar  
o de lo contrario ella contigo habrá de acabar.*

Zornik recuperó el conocimiento y se incorporó lentamente, al tiempo que el refulgente haz de luz se fue apagando, alejándose de aquella estrecha meseta, para terminar ocultándose entre la tupida maraña de nubes. Inorkul y los gorglins contemplaron la escena estupefactos. Varios de los soldados habían desmontado de sus caballos al ver desplomarse a su Rey, pero Inorkul los había detenido con un movimiento de su brazo. El capitán gorglin había presenciado un episodio similar en el palacio de Groningburgo y sabía que Zornik no deseaba verse importunado por nadie cuando se sumergía en un trance semejante.

De un salto el rey brujo volvió a subirse a la grupa de su corcel y, como si nada hubiera ocurrido, presto reanudó la marcha. Inorkul y los gorglins le siguieron sin pronunciar palabra, como alargadas sombras del atardecer persiguiendo la estela de Zornik. El rey brujo encaró un requiebro en la vegetación del bosque, que lentamente se fue abriendo hasta dejar al descubierto un angosto paso entre la maleza: por fin habían encontrado el sendero de Bosque Salvaje.

La compañía penetró en la malsana floresta a través del paso descubierto por Zornik. Tras recorrer al trote media milla, el sendero se mostró ante ellos adornado por dos

hileras de piedras blancas a ambos lados del mismo. Otra vez Zornik sintió un creciente halo de familiaridad con aquella tierra. A medida que avanzaba por el sendero esa sensación se hizo más presente, pero cuando descubrieron la cabaña de madera junto a la que se erguía una preciosa campana de oro, ese recuerdo oprimió su pecho como si un pesado yunque reposara sobre sus costillas impidiéndole apenas respirar. Su mente no comprendía qué era lo que lograba turbarle de aquella manera, que arcano misterio le ataba a aquel bosque.

Pero el maligno señor que gobernaba su alma, apartó aquellas tribulaciones de su cabeza ordenándole buscar la estatua de piedra que debía destruir para después esparcir sus restos a lo largo y ancho del bosque.

—Buscad alrededor de la casa —ordenó Zornik recobrando la perversa consciencia que regía sus actos—. Tenemos que encontrar una estatua de piedra, la escultura de un temible guardián. Estará rodeada por un círculo de teas encendidas que la protegen.

Los gorglins ataron a sus caballos y comenzaron la búsqueda por los alrededores. Inorkul no tardó en hallar el círculo de antorchas.

—Mi señor —dijo llamando a Zornik—. Aquí están las teas, pero están apagadas. La estatua... tampoco está aquí.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¡Eso no es posible! —exclamó Zornik contrariado—. Seguid buscando, tiene que estar por aquí cerca.

Los gorglins rastrearon palmo a palmo los alrededores de la cabaña pero no encontraron nada. La estatua había desaparecido y las antorchas que la circundaban llevaban lunas apagadas.

—Siento la presencia de un hijo de Nerlinguia —murmuró Zornik—. Uno de esos malditos ha dormido en esta cabaña y ha profanado la sangre de las bestias que habitan el bosque. Él robó la estatua y la llevó consigo con algún oscuro propósito. ¿Qué secreto poder se esconde en ella para que los últimos nerlingos libres arriesguen sus vidas internándose en Bosque Salvaje? —se cuestionó Zornik mientras su mirada se perdió entre los árboles que rodeaban el claro, hasta que repentinamente comenzó a gemir como un niño desconsolado—. ¡Lo siento madre Urkha! No he podido ahuyentar la sombra que atormenta tus sueños; nuestros enemigos han saqueado la maligna efigie. Pero prometo que acabaré con ellos, ofreciéndoles una muerte lenta y dolorosa para que expíen la congoja y el dolor que te han infringido. ¡A los caballos! —gritó enfurecido—. Seguiremos el sendero hacia el sur hasta llegar a la laguna escondida. ¡Adelante! —y con los ojos inyectados de odio abandonó el claro donde cientos de inviernos atrás construyeron la cabaña frente a la cual se erguía la campana de oro, la campana entregada por los fundadores de Fuente Dorada a los guardianes del bosque, aquella campana que Narno había hecho repicar durante interminables y sombrías noches de soledad.

Zornik y los gorglins avanzaban por el sendero guiados por la única luz de algún furtivo rayo de sol que osaba penetrar en la floresta. Los troncos de color grisáceo de

aquellos árboles, parecían estar hechos del mismo material que las piedras esparcidas sobre la tierra que cubría sus raíces. Por doquier observaron huellas de enormes pezuñas, restos de plumas de aves devoradas con saña por los depredadores del bosque, o huesos destrozados por poderosas fauces, muestra de la cacería nocturna de las inmundas bestias que poblaban Bosque Salvaje.

Finalmente, cuando en las tierras exteriores el sol trataba de alcanzar el mediodía, Zornik y los gorglins llegaron a la laguna que Urkha le había descrito. Una ciénaga lívida y putrefacta, eso es lo que Inorkul y sus hombres pensaron al verla. Rodeada de tenebrosos sauces, en uno de sus márgenes, una hedionda cascada de lodo y malsana agua verdosa caía a borbotones sobre aquel nauseabundo estanque.

Zornik se acercó a la cascada como la lamia le había indicado y junto a su caballo entró en la laguna.

—Haced lo que yo haga, si es que queréis regresar con vida a Groningburgo —ordenó a sus fieles gorglins.

Por tercera vez desde que llegó a Bosque Salvaje, Zornik sintió aquella sensación, esta vez con mayor intensidad que en las dos ocasiones precedentes. Apenas si podía respirar, sus ojos querían salirse de sus cuencas y en su mente convergían deslavazados e incongruentes recuerdos de aquel lugar. Descabalgó de su caballo y llevado por un instinto arraigado en lo más profundo de su ser, se tumbó bajo la cascada, y cerrando los ojos sintió levitar sobre aquel cenagal. Abrió lentamente su boca y, bebiendo de las oscuras y fétidas aguas de la cascada, desapareció ante los desconcertados ojos de Inorkul y los seis gorglins. El rey brujo había regresado al palacio del lobo negro abandonando tras de sí la memoria de una infancia perdida.

## Un fantasma en las Tierras Frías

Con la luz del día, Ingvar, Gródoles y Vladas atravesaron veloces el traicionero bosque, continuando su apresurada huida al abrigo de la cara norte de la Cordillera Savakien, dejando tras de Sí el cuerpo del malogrado Henk que descansaría allí hasta el fin de los días. Durante las próximas lunas avanzarían en dirección este, alejándose todo lo que fuera posible de los territorios groning.

La inmensidad de las desiertas praderas que morían a los pies de la cordillera, reconfortaba los atormentados corazones de los tres fugitivos, insuflándoles renovadas fuerzas a medida que avanzaban hacia el oriente de Tierra Conocida. Esas regiones ahora despobladas fueron hace centurias habitadas por pacíficas comunidades de ganaderos y agricultores que vendían su carne y cosechas a los pueblos del norte, y comerciaban en las ferias estacionales de burgos como Nornogham o Halthoria. Pero la expansión del pueblo groning terminó por obligarlos a emigrar a otras comarcas. Aquellos osados que decidieron permanecer afincados en la tierra donde nacieron desafiando a los invasores sólo lograron una perpetua condena de esclavitud en el Valle de los Elothas.

Tardaron más de siete lunas en alcanzar la línea imaginaria que atravesaba el Paso del Nevado. El tiempo les había acompañado, con días templados en los que el sol correteaba inquieto de nube en nube. Sin embargo ellos avanzaban lentamente, debilitados por las escasas reservas que sus famélicos cuerpos atesoraban, pues apenas si habían podido saciar su hambre durante la marcha. Un par de liebres y un despistado faisán, a los que a duras penas dieron caza, fueron los únicos seres vivos que se cruzaron en su camino. Exceptuando esas capturas, no tuvieron más remedio que alimentarse de los frutos y raíces que encontraron, por lo que sus estómagos fantaseaban con degustar un exquisito y caliente estofado de cordero.

Hacía dos días que habían salido a campo abierto para cruzar las praderas en dirección norte, abandonando definitivamente la protección de la Cordillera Savakien que, hasta entonces, les había permitido avanzar furtivamente por la deshabitada región. De esta forma se aprestaron a completar la última etapa de su peregrinaje hacia las Tierras Frías.

Caminaban alertas por los verdes llanos en los que comenzaban a aparecer apretados grupos de árboles a medida que avanzaban hacia el norte. Esta visión les tranquilizó, pues podrían correr a ocultarse entre las arboledas en caso de avistar enemigos. Sin embargo, desde que huyeron del Valle de los Elothas no se habían cruzado con ninguna patrulla groning, señal inequívoca de que los habían dado por muertos, sepultados bajo toneladas de tierra y piedras en los túneles de las minas de

oro.

Caía la noche y decidieron descansar bajo la sombra de un grupo de fresnos, que agitaban cadenciosamente sus ramas mecidas por el viento, preparándose para conciliar un merecido sueño. Comieron un par de manzanas y unas resecas raíces que Gródolas había recolectado a su paso por el bosque. Tras la frugal cena, se recostaron en los troncos de aquella acogedora arboleda y conversaron antes de dormir.

—No deberíamos demorarnos en retomar la marcha —propuso Gródolas—. A no más de veinte millas hacia el este se encuentra Halthoria. Durante las guerras del norte fue uno de los primeros burgos que cayeron en poder de los gronings y probablemente se haya convertido en un puesto de vigilancia del paso hacia las regiones septentrionales. No sería de extrañar que partidas de gronings patrullasen esta zona.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Ingvar—. Aunque a partir de ahora correremos mayor riesgo a medida que avancemos hacia el norte.

—Una vez logremos franquear las Montañas Blancas dudo mucho que nos topemos con algún groning —respondió Vladas—. Apostaría el cuello que la franja comprendida entre Forgol y Podiol está apestada de esos miserables, sobre todo en la comarca cercana al litoral, pero más al norte las condiciones son duras, muy duras, incluso durante el solsticio de verano. Con la Alianza de Tenkolmar diezmada y oculta más allá del Río Lathi, los gronings no enviarán a sus hombres a patrullar los yermos territorios helados.

—Y si mi instinto no falla —añadió Gródolas—, con las fuerzas norteñas dispersas y tras invadir los territorios nerlingos de Jactinia, los ojos de los gronings se habrán posado en el este. Cualquier gran movimiento de tropas se producirá para ocupar esa región. Pero no dormiré tranquilo hasta haber cruzado las Montañas Blancas.

—Tranquilo, Ingvar —dijo sonriendo Vladas mientras miraba al alko—; en esta estación sólo verás adornadas de color blanco las cumbres de los picos más altos. Será una bonita y agradable excursión por las tierras de los norteños bajo la cálida caricia del sol. No eres un rudo hombre del norte, así que no intentes repetirla durante el invierno, o se te congelarán hasta las raíces de tus cabellos —y junto a Gródolas se rió de Ingvar.

Comenzaron a cabecear, presas del cansancio y la falta de fuerzas. Se tumbaron pesadamente en el suelo, y no tardaron en caer dormidos, arrojados bajo la comunidad de fresnos que a modo de centinelas velarían sus sueños durante aquella luna.

Gródolas se despertó agitado de la duermevela en la que había permanecido durante la noche. Ansioso por alejarse de las proximidades de Halthoria, despertó a Ingvar y Vladas.

—¿Es que ya ha amanecido? —preguntó adormilado y con voz ronca Vladas.

—Despierta, Vladas —le susurró Gródolas—. Debemos partir ahora mismo. Vamos Ingvar —se dirigió al nerlingo—. Hay que ponerse en marcha antes de que salga el sol.

Ingvar y Vladas a duras penas se incorporaron, estirándose y frotándose los ojos para tratar de desperezarse y abandonar los placenteros sueños que evidentemente Gródolas no había compartido.

—En marcha —les espetó Gródolas sin darles tiempo a desentumecer sus castigadas piernas—. Volveremos a descansar al mediodía. Para entonces deberíamos haber recorrido más de la mitad del camino que nos separa de las Montañas Blancas —y sin cruzar otra palabra comenzó a caminar en la oscuridad de la madrugada, alejándose lentamente del grupo de fresnos que parecían despedirles con sus ramas mecidas por el soplo de la brisa temprana.

Gródolas les había explicado que no estarían seguros hasta cruzar las Montañas Blancas, límite meridional de las Tierras Frías. Una vez lo lograran, se dirigirían hacia Sildenburgo, donde tratarían de alertar a la antigua Alianza de Tenkohnar, si es que ésta aún sobrevivía oculta y dispersa tras las nieves del norte. En el burgo encontrarían cobijo y por fin podrían comer caliente y descansar. La idea de un plato de succulento asado y un mullido jergón hizo que sus piernas recobrasen las fuerzas perdidas.

Los tres fugitivos caminaron sin descanso. El día había amanecido perezoso, con un sol adormilado que se arrebujaba entre las blancas nubes. Su lánguida luz les mostraba un camino diáfano entre las llanuras, jalonadas por comunidades de árboles que crecían por doquier. Frente a ellos, en el horizonte septentrional, se erguían las Montañas Blancas, a las que como los norteños habían mencionado, a su nombre sólo hacían honor ahora las cumbres más altas que formaban ese macizo montañoso. A medida que se aproximaban a ellas, el terreno comenzaba a ondularse, dividiendo aquellas llanuras en pequeños valles que descendían para luego volver a trepar hasta la superficie.

Se acercaba el mediodía y tras la larga caminata decidieron hacer un breve alto en el camino para descansar. Comieron las últimas raíces que Gródolas guardaba y se tumbaron mirando al cielo, al cobijo de unas rocas rodeadas por resecos arbustos a los pies de varios robles y fresnos. Un numeroso grupo de pájaros, quizás estorninos, cruzaron volando sobre ellos hacia el oeste.

—Quién pudiera tener alas para poder volar como un pájaro —dijo Vladas mientras seguía con sus ojos el vuelo de las aves.

—Si pudiera volar... sería libre hasta que la muerte viniera para llevarme a mi nueva vida en la casa de Olión —fantaseó Gródolas—. Ya nadie podría someterme, jamás temería perder mi libertad.

—Quizás en otra vida... —murmuró Ingvar mientras la bandada se alejaba hasta hacerse invisible a sus ojos.



Permanecieron callados un buen rato, hasta que Gródolas volvió a hablar:

—Mañana habremos hollado las Montañas Blancas —dijo tratando de animar al grupo.

—Confío en que al pie de las montañas encontremos algo de comida, algún manzano, o mejor aún, logremos cazar un joven cervatillo. Mi estómago gruñe como un jabalí rabioso —contestó Vladas acariciándose el pellejudo cuerpo.

Sus fuerzas estaban muy debilitadas y su aspecto era el de tres mendigos abandonados a su suerte: famélicas figuras, más enflaquecidas aún que cuando escaparon de las minas de oro, pobladas barbas que cubrían sus cadavéricos rostros y pálidos ojos que transmitían la extenuación de sus cuerpos. Si no lograsen arribar en unos lunas a Sildenburgo, sin alimentos ni armas con que defenderse, el riesgo de perecer de inanición o ser pasto de las bestias crecía de día en día.

—¡Silencio! —les sobresaltó repentinamente Ingvar.

—¿Qué ocurre? —preguntó nervioso Gródolas.

—Caballos —les susurró el alko mientras se giraba apoyando su oído izquierdo sobre la hierba—. Escucho los cascos de un numeroso grupo de caballos. Se acercan desde el este.

—¡Maldición! —se lamentó Gródolas—. Tenía razón cuando dije que debíamos alejarnos cuanto antes de Halthoria.

—Aún no sabemos si son amigos o enemigos —le dijo Vladas.

—Apostaría mi cuello a que son esos malditos esbirros de Zornik —respondió Gródolas alterado—. Y por Olión que no volverán a apresarme, no al menos con vida.

—Tranquilizaos —les dijo Ingvar—. Debemos mantener la calma —trató de serenar a Gródolas, quien había perdido la frialdad y el valor que le caracterizaban—. Por el ruido de sus herraduras golpeando sobre la hierba, deduzco que se encuentran a unas seis o siete millas de aquí. Eso nos dará el tiempo suficiente para escondernos. Mirad —les dijo señalando un apretado núcleo rocoso que se elevaba a unos cien pasos frente a ellos sobre la pendiente—. Ése será un buen lugar en el que ocultarnos a los ojos de esos jinetes. ¡Corred! —gritó apremiándoles.

Los tres atemorizados fugitivos corrieron por la pendiente en dirección a las rocas, que pese a estar rodeadas por apretados y espinosos arbustos, mostraban los inequívocos efectos de la erosión producida por el viento y la lluvia que durante centurias habían azotado sin piedad aquellas despobladas mesetas. Exhaustos treparon por la pendiente y, saltando tras las rocas, desaparecieron de la faz de la tierra.

No tuvieron que aguardar mucho tiempo hasta que el sonido de cientos de cascos de caballos se hizo perceptible a los oídos de Gródolas y Vladas. Tras sortear una de las numerosas depresiones del terreno, los débiles rayos del sol se reflejaron sobre los yelmos de los soldados, mostrando a media milla hacia al este a un centenar de jinetes que galopaban en una apretada columna. Rápidamente alcanzaron la base de la

pendiente por la que habían trepado los fugitivos, quienes ahora les observaban agazapados a través de las pequeñas perforaciones y grietas de las rocas. Ingvar, Gródolas y Vladas confirmaron sus peores temores. Se trataba de una patrulla de vigilancia groning, perteneciente a las legiones del Mariscal Zotelen, que como Gródolas había adivinado tenían su base en el burgo de Halthoria. Vigilaban la antigua frontera sur de la Alianza de Tenkolmar, aguardando ansiosos la orden de atacar las Tierras Frías para acabar con los últimos norteños rebeldes que se negaban a someterse al poder del imperio groning.

Para sobresalto de los fugitivos, el oficial groning dio el alto a la compañía. Los jinetes detuvieron su cabalgar y comenzaron a desmontar de sus caballos.

—¡Haremos un alto en el camino! —ordenó el oficial para regocijo de sus soldados—. Aguardaremos aquí la llegada de la segunda compañía de exploradores y llevaremos sus nuevas a Halthoria. Quiero centinelas en los cuatro puntos cardinales, a cincuenta pasos de nuestra posición.

Los corazones de los tres fugitivos palpitaban desbocados. Si los vigilantes se dirigieran hacia las rocas los descubrirían. Debían huir de allí como fuera, ¿pero cómo? A pesar de que habían dejado atrás aquellos vastos espacios sin árboles, la vegetación no era ni mucho menos frondosa. Si echaban a correr hacia el norte y los gronings ascendían a aquel promontorio los avistarían y darían caza. Un sudor frío recorrió la espalda de Gródolas, quien una vez más juró que nunca volvería a pisar Eloburgo.

Los centinelas comenzaron a caminar perezosamente hacia sus posiciones. Ingvar, Gródolas y Vladas constataron consternados que dos soldados comenzaban a ascender la pendiente en dirección a su escondite. Miraron desesperados a derecha e izquierda, tratando de buscar un nuevo lugar en el que ocultarse. Gródolas agarró con fuerza el hombro de Ingvar y le dijo en voz baja:

—Tras esos arbustos —le dijo indicándole el lugar con un movimiento de sus cejas.

Ingvar y Vladas no dudaron en correr tras Gródolas. El norteño había descubierto, disimulado tras unos resecos y punzantes arbustos, un pequeño socavón en el terreno, una especie de trinchera natural en la que difícilmente los gronings podrían descubrirles. Tras descender atropelladamente por la ladera norte, saltaron tras los arbustos hundiéndose como si hubieran sido engullidos por la tierra. Al cabo de unos instantes oyeron las quejicas voces de los centinelas gronings que habían alcanzado la zona rocosa.

—Ha faltado muy poco para que nos descubriesen —dijo Vladas en un jadeante susurro.

—Rezad para que se marchen cuanto antes a Halthoria —suplicó Gródolas.

—Antes deberán aguardar la llegada de la otra patrulla de exploradores —respondió Ingvar—. Esperemos que eso suceda antes del atardecer; cuanto más tiempo permanezcan acampados en este valle, mayor será el riesgo de que nos

descubran. Si aún siguen aquí al caer la noche, huiremos hacia el norte. La luna en cuarto creciente no delatará nuestras sombras.

—De acuerdo —contestó Gródolas.

—Más rápida sería la huida y antes hollaríamos las Montañas Blancas si pudiésemos robar unos caballos a los gronings —sugirió Vladas.

—¿Estás loco? —le miró aterrado Gródolas—. Eso sería un suicidio. ¿Quieres que los gronings vuelvan a convertirnos en sus esclavos? ¿Cómo podríamos robarles tres caballos, exhaustos y desarmados como nos encontramos?

—Hay una manera de hacerlo —contestó con aplomo Vladas.

—¡Cállate, maldito loco! ¡No hay ninguna manera de hacerlo! —replicó exaltado Gródolas—. ¡Y aunque la hubiera, no lo haría, no me arriesgaré a ser apresado, no volveré a Eloburgo, jamás...! —y sus ojos se inundaron de ríos de lágrimas avivados por los afluentes de la rabia, el miedo y la impotencia.

—Tranquilízate, Gródolas —le dijo Ingvar mientras pasaba su brazo por los huesudos hombros del norteño—. Deja que hable Vladas.

Vladas miró con honda pena y tristeza a su amigo Gródolas. Aquél quien fuera baluarte y adalid de la Alianza de Tenkolmar, aquél al que nadie había conseguido someter su indomable espíritu, gemía ahora como un niño desconsolado ante el terrorífico recuerdo del cruel e inhumano cautiverio que había sufrido en Eloburgo. Vladas comprendió que ése sería el destino que le esperaba al mundo de los hombres si no conseguían derrotar a la horda groning.

—Hay una manera —habló despacio al cabo de unos instantes, tratando de no atormentar con sus palabras a Gródolas—. Mirad hacia el este, detrás de aquellos árboles.

—No veo nada —respondió Ingvar.

—¿No distinguís un pequeño humedal, una Charca de azules aguas? —les preguntó Vladas.

—Tienes razón —contestó ahora Ingvar—. Veo a varios patos bebiendo de ella. Si los gronings no merodeasen por aquí, esta noche asaríamos a fuego lento a uno de esos palmípedos.

—¿Qué relación hay entre esa balsa de agua y los caballos gronings? —preguntó Gródolas.

—Si los gronings descubren la charca llevarán a sus caballos a abreviar en ella —explicó Vladas—, y sólo tendremos que preocuparnos de burlar la vigilancia de unos pocos centinelas. Es muy probable que lleven a todos los caballos al humedal, confiados como están de no encontrar a ningún enemigo en muchas millas a la redonda. Recordad como maldecían su suerte los desafortunados soldados que fueron elegidos como centinelas por no poder dormir unas horas al abrigo de un árbol.

—Sigo diciendo que es una idea muy arriesgada —replicó Gródolas—. Los gronings podrían descubrirnos.

—No lo harán si nos mantenemos ocultos en este agujero —y sin mediar palabra,

Vladas se incorporó y lanzó con las pocas fuerzas que le quedaban una piedra que cayó con magistral precisión en medio del escondido humedal.

—Maldito loco... —y Gródolas no pudo terminar la frase pues Ingvar le tapó la boca con su mano.

—Silencio, ya está hecho —sonrió Vladas mientras miraba a su amigo norteño, quien parecía querer traspasarle con el fuego que desprendía su mirada—. Sigo teniendo la misma puntería que antaño —bromeó satisfecho.

La piedra lanzada por Vladas sobresaltó a los despistados patos que se bañaban y bebían a pequeños sorbos de la charca. Agitaron espasmódicamente sus alas y remontaron el vuelo entre estridentes sonidos.

—¿Qué sucede por ahí? —preguntó desde el improvisado campamento el oficial a los centinelas.

—Parece que algo ha sobresaltado a unas aves —respondieron desde lo alto de la loma—. Bajaremos a comprobarlo. Los dos centinelas descendieron hacia la pequeña arboleda que ocultaba desde su anterior posición el humedal. Los tres fugitivos se acurrucaron en su agujero conteniendo la respiración. Tras divisar e inspeccionar el humedal, los centinelas volvieron a trepar a lo alto de la loma para informar al oficial.

—No era nada —gritaron desde las rocas—. Muy cerca de aquí hemos encontrado una charca de aguas claras donde esos patos descansaban. Probablemente sólo querían remontar el vuelo.

—Mi señor —gritó el otro centinela—, creo que sería una buena idea que nuestros caballos se refrescasen y saciaran su sed en ella.

—¡Estupendo! —se felicitó el oficial—. Si beben y reponen fuerzas antes regresaremos a Halthoria una vez llegue la compañía que patrulla por el oeste. ¡Llevad a los caballos al otro lado de la loma! —ordenó el oficial—. Y vosotros, venid aquí; comed algo y descansad. Otros soldados os relevarán. Os lo habéis ganado —y sin esperar a que el oficial se arrepintiese, los dos centinelas bajaron dando grandes Zancadas hasta alcanzar a los gronings que reposaban en la parte baja del valle.

Todo se cumplió como Vladas había previsto. Los gronings trasladaron a todos sus corceles hasta el humedal, y los ataron a los árboles en torno al mismo. Cuando ya no quedó más espacio donde asirlos, estuvieron tentados de dejar sueltos a los restantes caballos, pero finalmente por precaución, entrelazaron las bridas de unos y otros, mientras tres centinelas fueron asignados a las tareas de vigilancia.

—Ahora sólo nos queda aguardar hasta que el crepúsculo nos visite y buscar el momento propicio —dijo Vladas.

—¿Y si la patrulla groning procedente del oeste llega antes del anochecer? —preguntó Ingvar.

—Entonces no lo conseguiremos y volveremos a caminar sobre nuestros pies cubiertos de ampollas hasta cruzar las Montañas Blancas, pero al menos lo habremos intentado —respondió Vladas mientras Gródolas, ausente, guardaba silencio.

La jornada avanzaba pausada y, por fin, el atardecer comenzó a cubrir las mesetas y valles al norte de la Savakien, acariciándolos con cálidas tonalidades doradas que anunciaban la llegada del ansiado crepúsculo. Los tres fugitivos se revolvían ansiosos en su escondite. La segunda compañía groning no daba señales de vida, lo que en absoluto contrariaba a los soldados, quienes aprovechaban para descansar de sus interminables jornadas de vigilancia.

Se sucedieron los turnos de guardia hasta que la noche oscureció el cielo, mostrando un firmamento huérfano de luminarias. Los tres fugitivos sentían las dolorosas cuchilladas del hambre en sus estómagos. Ingvar y Vladas cabecearon durante la tarde y cayeron en una leve duermevela, mientras el insomne Gródolas vigilaba los movimientos de los gronings. Al caer la noche el norteño les despertó.

—La segunda compañía no ha llegado aún —informó a ambos—, por lo que hoy ya no lo hará. De acuerdo a lo que he podido escuchar en el cambio de guardia, el oficial groning ha decidido que pernoctarán en este erial. Eso nos dará una única oportunidad de intentarlo.

Ingvar y Vladas se alegraron de volver a oír hablar a Gródolas de esa manera, lúcido y decidido, como siempre lo había sido.

—Tendremos que deslizarnos con sigilo hasta el humedal —dijo Vladas—. No debemos asustar a los caballos, pues seguramente ellos percibirán nuestra presencia mucho antes que los centinelas.

—Ahora es un buen momento —dijo Ingvar—. El cielo está yermo de luna y estrellas, y es probable que más de un centinela esté dormitando.

—Estoy de acuerdo —asintió Gródolas—. El cambio de guardia aún se demorará un poco, por lo que solamente tendremos que preocuparnos de esos tres malditos gronings.

—Adelante entonces —ordenó Ingvar mientras abandonaba el polvoriento agujero en el que se habían ocultado, reptando hacia los árboles donde permanecían atados los caballos.

Sin embargo el hijo del trueno se detuvo a escasos diez pasos de su escondite.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te detienes ahora? —preguntó nervioso Gródolas.

—Pasos, oigo pasos —respondió en voz baja pero alterada Ingvar—. Alguien se acerca corriendo. ¡Atrás! —les previno en un alto susurro—. ¡Volved al escondite!

Retrocedieron veloces, como tres cangrejos acosados en su roca por la pleamar, hasta alcanzar nuevamente aquella oculta falla del terreno. Jadeantes y atemorizados asomaron sus cabezas para observar la figura que se acercaba hacia ellos. Ingvar se armó con una pesada piedra que desenterró del suelo, y los norteños se aferraron a las secas ramas que hasta ahora les habían servido de báculos en su travesía.

Enseguida se percataron que se trataba de uno de los centinelas al ver recortada en la oscuridad la lanza que portaba. El groning corría veloz hacia la posición que ocupaban los tres fugitivos.

—¡Maldita sea! ¡Nos ha descubierto! —dijo atemorizado Gródolas mientras

comenzaba a incorporarse, preparado para luchar contra el centinela.

Ingvar lo tumbó en el suelo tirando con fuerza de su roída camisola.

—¡Agáchate! —ordenó a Gródoles—. No nos ha descubierto —le dijo tratando en vano de tranquilizarle al tiempo que lo prendía de la ropa—. Si lo hubiera hecho habría alertado a sus compañeros.

Los tres permanecieron inmóviles viendo como el groning se acercaba. Cuando el soldado se encontraba a menos de tres pasos del lugar en el que se ocultaban, repentinamente se detuvo. Ingvar estaba en lo cierto. No les había descubierto. Corría hacia allí debido a una necesidad más acuciante. El agua que había bebido en el humedal parecía haber causado estragos en su estómago, que ahora se revolvía violento provocándole horribles retortijones. Delante de los arbustos que disimulaban su escondite, comenzó a bajarse los pantalones ante el asombro de los tres fugitivos.

Gródoles reaccionó con rapidez. Indicó a Ingvar y Vladas agitando sus brazos qué es lo que debían hacer. Con sigilo cogió la lanza que el groning había dejado tirada a su lado. En ese preciso momento Ingvar y Vladas se abalanzaron sobre él, lo tumbaron de espaldas empujándolo hacia el agujero y le taparon la boca para evitar que pudieran oírse sus gritos de auxilio. Gródoles hizo el resto, atravesándole con la lanza, apagando su voz para siempre.

Una sensación de excitación, similar a la que experimentó al huir del Valle de los Elothas, recorrió el cuerpo de Ingvar. Acababan de matar a uno de los gronings y ahora debían acabar con los otros dos centinelas que dormitaban alrededor del humedal. Vladas cogió el cuchillo que el malogrado groning llevaba prendido del cinturón y descendieron sigilosamente hacia los caballos. Se detuvieron a diez pasos de distancia tratando de localizar la posición de los dos centinelas. Varios de los corceles comenzaron a moverse nerviosos y emitir ahogadas respiraciones a modo de relinchos. Gródoles vio cómo uno de los centinelas descansaba sentado apoyado en un tronco, adormecido, confiado en no toparse con ningún enemigo en muchas millas a la redonda. No tardaron en descubrir al segundo centinela, quien paseaba adelante y atrás bordeando un pequeño espacio del humedal, jugueteando con su lanza entre los hierbajos que crecían en la orilla. Vladas les hizo un gesto indicándoles que se ocuparían del centinela del árbol. Ingvar y Gródoles deberían silenciar a su compañero.

Vladas reptó hacia el groning con el cuchillo en la boca, como un pérfido ofidio en busca de su presa. Los caballos, que ya se habían percatado de su presencia, se calmaron al sentir que no se trataba de ninguna bestia, por lo que no pusieron en alerta al centinela que rondaba el humedal.

Permaneció quieto, agazapado frente al árbol donde el centinela aparentemente dormía. Cuando se cercioró de que así era, resuelto se abalanzó por su espalda, le tapó la boca con la mano izquierda y de un certero corte en el cuello le degolló. Mantuvo presionando con fuerza su mano sobre la boca del groning, hasta que dejó de moverse tras una última y violenta sacudida.

Soltó el cuerpo inerte del hombre e hizo una señal a Gródolas e Ingvar, que habían avanzado hasta el humedal, situándose en la orilla contraria a la que vigilaba el último de los tres centinelas. Vladas volvió a poner cuerpo a tierra y avanzó despacio, rodeando a los corceles que comenzaron nuevamente a agitarse nerviosos, incomodados por aquel intruso.

El centinela, al escuchar el movimiento y los débiles relinchos de los caballos, se giró dirigiéndose hacia ellos para comprobar qué es lo que les había sobresaltado. Súbitamente, al otro lado de la charca, una huesuda y negra figura se alzó frente a él, descargando toda su rabia contenida en la lanza que atravesó al centinela. Con un sordo gemido cayó abatido por el certero lanzamiento de Gródolas.

Ingvar corrió hacia los caballos mientras, en el margen opuesto, Vladas comprobaba si el groning había muerto. Gródolas lo contemplaba aturdido.

—Rápido —susurró Ingvar—. A los caballos. Debemos irnos de aquí antes de que nos descubran.

Gródolas reaccionó y corrió a ayudar a Ingvar para desatar a los corceles. Vladas se unió a ellos con otro cuchillo y una lanza que había robado al centinela.

—Tomad la lanza de ese desgraciado —les indicó señalando al centinela que él mismo había degollado—. Al menos tendremos algo con que defendernos si volvemos a cruzarnos con los esbirros de Zornik.

Ingvar entregó primero a Gródolas y después a Vladas las riendas de las que ahora serían sus cabalgaduras. Tornaron otros tres caballos más para hacer creer a los gronings que habían sido robados por unos ladrones. Decidieron que no montarían hasta haberse alejado al menos una milla de allí. El ruido de los cascos podría delatarlos alertando a la patrulla groning, la cual caería sin remisión sobre ellos. Tiraron de las bestias y caminaron en silencio al amparo de la oscuridad de la noche.

Tras ascender y descender durante un buen rato las suaves depresiones de aquellos deshabitados valles, se detuvieron para escrutar en la lejanía. Guardaron un sepulcral silencio, temerosos de escuchar a sus espaldas las amenazantes voces de los gronings entremezcladas con los sonidos de la noche. No oyeron nada, por lo que respiraron aliviados. Soltaron a tres de los caballos y, sin cruzar palabra, montaron a lomos de sus monturas, lanzándose en un desbocado galope en busca de las Montañas Blancas. El viento de la libertad, que ahora les acariciaba con su frescor escarchado, renovaba con cada soplo sus marchitas esperanzas.

Cabalgaron sin descanso durante toda la noche y la jornada siguiente. Querían poner tierra de por medio con las tropas de Zotelen, alejándose de las fronteras gronings para cruzar sanos y salvos a las Tierras Frías.

La compañía groning se despertó sobresaltada en plena madrugada. Con el cambio de guardia descubrieron a los tres centinelas muertos. Organizaron una batida por los alrededores, tratando de encontrar a aquellos salteadores que habían robado sus caballos y asesinado a tres de sus hombres. Cuando amaneció buscaron huellas que los llevasen hasta los ladrones, pero la estratagema de los fugitivos dio resultado,

y si no pudieron descubrirles durante la noche, tampoco pudieron hacerlo durante el día. Con el despertar de la mañana, la compañía que patrullaba al oeste de Halthoria llegó en plena agitación de los soldados. Informaron que ellos no se habían cruzado con ningún grupo de viajeros o caravana, así que dedujeron que los forajidos habrían escapado hacia el sur o el este, por lo que organizaron partidas de soldados en esas direcciones.

Lo que menos podían sospechar los oficiales gronings era que el caprichoso destino había cruzado sus caminos con el de Gródolas, el líder de la Alianza de Tenkolmar, e Ingvar, uno de los alkos compañeros del Rey Nerlingo, que ahora huían hacia las Tierras Frías para convocar a la Alianza del Norte.

Tras una interminable cabalgada, en la que apenas se detuvieron para dormir y comer frugalmente, el nerlingo y los dos norteños arribaron a los pies de las Montañas Blancas: una preciosa cadena montañosa de simétricas y elegantes cumbres que parecían estar cubiertas de una capa de algodón nacarado. La pureza del blanco que adornaba aquellos cresteríos reconfortó a los errantes fugitivos.

—Helas aquí frente a nosotros. Contemplad el inmaculado límite meridional de nuestras regiones, las serenas Montañas Blancas —recitó obnubilado Gródolas como un poeta enamorado de la tierra que le vio nacer—. Los guardianes de las puertas del norte, el paso a un mundo dominado por el blanco del hielo y la nieve, el único lugar de Tierra Conocida donde podréis contemplar el brillo sobrenatural del sol de medianoche o las fantasmales luces y colores de la aurora boreal —continuó hablándoles emocionado al reencontrarse con un pedazo de su alma que lustros atrás los gronings le habían arrebatado.

Vladas también sintió estremecer su corazón mientras disfrutaba dichoso con la anhelada visión de aquellas montañas. Ingvar permaneció inmóvil y en silencio junto a los dos norteños. Él, a pesar de sólo haber permanecido preso tres estaciones en el Valle de los Elothas, podía imaginarse los sentimientos y emociones que ahora asaltaban el corazón de Gródolas y Vladas.

—Algún día yo también regresaré a mi hogar en Alkoburgo —habló una voz desde lo más profundo de su ser mientras las lágrimas se deslizaban serpenteando por su cadavérico rostro.

Fue Vladas el primero que volvió a hablar.

—Gródolas, ¿por dónde cruzaremos las montañas? —le preguntó—. Conozco varios pasos, pero quizás podamos tomar el Paso de Rocagrande. No habrá nieve en su parte más alta, y a pesar de que el ascenso será lento, por el contrario el descenso será rápido y seguro.

—El Paso de Rocagrande nos acerca más a Sildenburgo —respondió Gródolas—, y aunque también el Paso del Corzo nos permitiría cruzar sin grandes dificultades al otro lado, nos desviaría más de treinta millas hacia el oeste, alejándonos al menos media jornada de nuestro primer destino. No podemos demorarnos ni perder más tiempo, por lo que creo que cruzar las montañas por el Paso de Rocagrande es la



decisión más acertada.

—Vosotros sois mis guías en esta tierra —añadió Ingvar—, por lo que seguiré las huellas que dejéis en el camino.

—Está decidido entonces —cerró la conversación Vladas—. ¡Hacia el Paso de Rocagrande, amigos! —y espoleó a su caballo disfrutando de una añorada cabalgada por las faldas de las montañas, a la que con gusto se unieron Gródolas e Ingvar.

Tras disfrutar de la galopada a lomos de sus monturas, llegaron a una zona en la que crecía una apretada comunidad de abetos, a la izquierda de la cual se adivinaba el inicio de un angosto sendero. Entraron en él e, inmediatamente, comenzaron a ascender por un camino, pedregoso en su inicio, que trepaba zigzagueando, dibujando cada vez quiebros más cerrados.

Después de una lenta pero cómoda ascensión, alcanzaron un paso entre dos pequeños riscos, uno de ellos coronado por una gigantesca roca oblonga, que Ingvar dedujo daba nombre a aquel paso entre las Montañas Blancas. Sus caballos resoplaron al trepar el último y empinado tramo del camino. Tras girar hacia el este, al abrigo de las altas cumbres que a izquierda y derecha se elevaban sobre sus cabezas, hollaron el Paso de Rocagrande.

Desde aquel promontorio, Ingvar contempló la inmensa comarca que se mostraba ante ellos: amplios y vastos parajes formados por suaves valles y redondeadas colinas; en la lejanía, donde la vista del joven alko se perdía, el color verde de la hierba daba paso a la impávida blancura del hielo y la nieve. Una tierra maravillosa cuando era bendecida por la cálida luz del sol, pero un infierno helado cuando las noches cubrían el firmamento en las eternas lunas del invierno.

A unas setenta millas al norte se levantaba Sildenburgo, deseado e inalcanzable destino, donde al fin Gródolas y Vladas consumirían el anhelado sueño de retornar a su hogar.

Después de contemplar el bucólico paisaje, volvieron por unos instantes sus ojos hacia el sur, queriendo desprenderse de la pesada carga de dolor y sufrimiento que bajo el yugo groning habían padecido. Se despidieron con un sentido “hasta pronto” de las tierras que se extendían más allá de las Montañas Blancas y, espoleando a sus caballos, iniciaron el descenso hacia las llanuras. Por fin habían llegado a las Tierras Frías.

Cabalgaron todo el día, pero al menos dieron una tregua a sus corceles, indultándoles del infernal galope al que les habían sometido hasta alcanzar las Montañas Blancas. Trotaron por las vastas praderas, descendiendo en una suave pero continua pendiente. Tras cruzar durante varias millas amplios llanos cubiertos de bajos y apretados helechos, ascendieron una pequeña loma desde la que descubrieron, gritando con regocijo, la villa de Sildenburgo. Los tres compañeros de huida se abrazaron entre lágrimas de alegría: por fin estaban a salvo.

Cabalgaron lentamente mientras se acercaban al burgo, disfrutando cada instante de ese anhelado momento. Caía el atardecer al sur de la Savakien, sin embargo sobre el cielo de Sildenburgo refulgían brillantes haces de luces doradas que parecían incendiar los tejados de las cabañas de madera.

—La estrella del día nos abandonará por un breve lapso de tiempo esta noche —le explicó Gródolas a Ingvar—. Si el destino nos permite visitar Tenkolmar, tendrás el privilegio de contemplar cómo el sol de medianoche velará tus sueños.

—El tiempo dicta nuestro destino —respondió Ingvar—. Ahora implacable nos apremia y no permite recrearnos con las maravillas de esta tierra. Te prometo que cuando no quede sombra alguna de maldad que se cierna sobre Tierra Conocida, te acompañará con agrado a tu amada Tenkolmar para contemplar las luces del sol de medianoche.

—Que así sea —respondió Gródolas, mientras consumían el último trecho del camino que les conduciría a Sildenburgo.

El burgo mostraba las heridas, aún sin cicatrizar, que había sufrido dos lustros atrás durante las guerras del norte. Sus habitantes no se habían esforzado en reconstruir las edificaciones derruidas. Estaban demasiado cerca de las fronteras gronings como para sentirse a salvo; además, las Montañas Blancas nunca habían sido una barrera infranqueable para sus enemigos.

Sildenburgo estaba habitado en esos días por no más de trescientos valientes que se resistían a abandonar su ciudad natal, cuando en los años de paz y prosperidad llegaron a vivir en el más de tres mil norteños. Muchos fueron asesinados o conducidos como Gródolas e Ingvar al Valle de los Elothas, y otros, temerosos de nuevas matanzas y saqueos emigraron hacia el norte, más allá del Río Lathi, a burgos como Trondemag o Tenkolmar, donde ahora se concentraban los restos de la derrotada Alianza.

Dos hombres, que despistados cruzaban el camino transportando leña, quedaron paralizados por el miedo al ver acercarse a aquellos tres fantasmagóricos jinetes surgidos de la nada.

—¡No temáis! —les dijo Gródolas levantando su brazo derecho en señal de saludo—. No somos gronings, huimos de ellos. —Inmediatamente los leñadores comenzaron a increparles.

—¡Fuera de nuestro burgo! ¡Largaos de aquí! ¡Traeréis la perdición a Sildenburgo! ¡Atraeréis a esos malditos gronings y a sus perros de la guerra! ¡Marchaos ahora mismo! —gritaban enrabiados los norteños, mientras se agachaban para coger piedras e intentar disuadir con ellas a aquellos extranjeros.

Gródolas y Vladas contemplaban incrédulos la hostil reacción de sus hermanos. Ingvar reaccionó ante el estupor de sus compañeros.

—¡Alto amigos! ¡No temáis! —y mientras avanzaba lentamente hacia los

leñadores dulcificó el timbre de su voz—. Sí, huimos de los gronings, pero ellos no nos persiguen; nos dan por muertos, sepultados en los túneles de las minas de oro. Huimos muchas lunas atrás del Valle de los Elothas y ayer conseguimos cruzar las Montañas Blancas.

Aquellas palabras al menos consiguieron que los norteños depusieran su actitud, aunque no lograron tranquilizarles.

—¿Cómo podéis estar seguros que no os han seguido? ¿Por qué habéis huido hacia las Tierras Frías? —preguntó uno de los leñadores—. Hay regiones más seguras en Tierra Conocida en las que hubierais podido ocultaros.

Ingvar prefirió omitir el reciente encuentro con los gronings en el que habían robado los caballos y matado a tres de sus hombres, ya que entonces a buen seguro los leñadores alertarían a todo el pueblo y los lapidarían a las mismas puertas de Sildenburgo.

—Nos hemos mantenido vivos gracias a las precauciones que hemos tomado —respondió con firmeza tratando que sus palabras sonaran creíbles a los oídos de los leñadores—. Te equivocas si piensas que hay en estos días algún lugar seguro en Tierra Conocida. Los hombres de Zornik tratan de anegar de muerte hasta el último rincón de nuestro mundo.

—No has respondido a mi pregunta, forastero —le recriminó uno de los leñadores—. ¿Por qué diablos habéis decidido huir hacia nuestras regiones poniéndonos en peligro ante una represalia de los gronings?

—No fui yo quien tomó esa decisión —rebatía Ingvar—, sino él, alguien al que con agrado volverás a rendir pleitesía, el gran Gródolas —y se giró señalando hacia donde Gródolas y Vladas permanecían expectantes a lomos de sus monturas.

Los dos leñadores se quedaron perplejos, atónitos ante la revelación de aquel extranjero de traslúcidos ojos azules. Tímidamente avanzaron unos pasos, desconfiando de las palabras de Ingvar, pero tratando de escrutar en el rostro de los dos barbudos y demacrados hombres que aguardaban tras el nerlingo, algún rasgo que les recordase a su bravo señor al que todos habían llorado con resignación dándolo por muerto.

Uno de los dos leñadores, más atrevido, sobrepasó con lentos pasos a Ingvar, mientras balbuceaba ininteligibles monosílabos al mirar a los ojos de Gródolas, en los que descubrió el brillo del gran guerrero y líder que un día fue.

—Se... señor... es... mi señor... Gródolas... ¿en verdad... está vivo? —preguntó el leñador una vez llegó a su altura.

—Lo soy —respondió con firmeza—. Soy Gródolas, y él es Vladas, otro hermano del norte con quien he compartido cautiverio durante más de dos lustros en el Valle de los Elothas.

—Señor —habló titubeante el leñador—, ¿es un fantasma, un recuerdo que se aparece ante nosotros en este tiempo de oscuridad?

—No, hermano mío —respondió Gródolas tratando de sacar a aquel hombre de su

estado cataléptico—. No soy un espectro, ni ninguna sombra del pasado que vuelve para atormentaros con su presencia. Soy Gródolas, el hombre de carne y hueso, el que luchó contra los gronings, el que convocó a la Alianza de Tenkolmar.

Los dos leñadores se miraron y parecieron revivir. Nerviosamente se acercaron y se arrodillaron ante Gródolas.

—¡Bienvenido seas, Gródolas! —le aclamaban ahora emocionados—. ¡Tu regreso es un milagro! ¡Gracias Olión por devolvernos al gran guerrero que nos defendió frente al enemigo! Debemos contar la buena nueva a todos los habitantes de Sildenburgo. Todos se sorprenderán al verte y esperarán ansiosos tu relato.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —les preguntó Gródolas.

—Mi nombre es Rhimas, señor.

—El mío es Sarunas.

—Bien, mis queridos guardianes del camino —les dijo bromeando Gródolas—. Os agradecería de corazón si pudierais ofrecernos un baño de agua caliente, una buena comida y una cama donde dormir. Estamos exhaustos y hace días que no comemos otra cosa que raíces secas.

—No os preocupéis, mi señor —respondió Sarunas—. No os faltará de nada en Sildenburgo.

—Acompañadnos a la cabaña de Dinara —sugirió Rhimas—. Allí podréis comer, dormir y asearos, en el orden que prefiráis.

—Hoy es un día de esperanza para la Alianza de Tenkolmar —dijo gozoso Sarunas—. Enviaremos un mensajero a Simas, informándole de tu llegada. Será mejor que él acuda a veros a Sildenburgo. Mi señor y sus amigos están demasiado débiles como para continuar viaje hasta Tenkolmar.

—Simas sobrevivió a la guerra... —suspiró Gródolas—. Me reconforta saberlo; era un magnífico amigo y soldado.

—Y sigue siéndolo. Durante estos inviernos de miedo e incertidumbre él se ha convertido en nuestro líder —explicó Rhimas—. Logró reunir en lugar seguro los restos de la Alianza, y desde los fríos hielos ha tratado de recomponerla. Decidió permanecer oculto a los ojos de los gronings, y nos conminó a parecer un pueblo humillado y derrotado, un pueblo sin rumbo que jamás sería una amenaza para ellos. Sin embargo, nunca se olvidó de nosotros y envió ayuda cuando la necesitamos. Ahora se oculta cerca de Tenkolmar, en la desembocadura del Río Osterdal.

—Ansío reencontrarme con Simas —suspiró Gródolas—. Confío en que la Alianza de Tenkolmar resurja de sus cenizas para enfrentar a los gronings.

—Ese encuentro no se producirá antes de siete lunas —señaló Rhimas—. Hasta entonces comeréis y descansaréis en nuestro burgo. Necesitáis reponer fuerzas, pues vuestros cuerpos son sólo una sombra de los bravos guerreros que fuisteis en el pasado —dijo dirigiendo una mirada lastimera a Gródolas y Vladas como lo haría una madre con su hijo enfermo—. Tampoco a vuestro amigo le sobran reservas, aunque se conserva mejor, supongo que porque ha permanecido menos tiempo en cautiverio

—terminó refiriéndose a Ingvar.

—Vamos, Rhimas, deja de parlotear y llevemos a nuestros huéspedes a la cabaña de Dinara —le urgió Sarunas—. Están hambrientos y desfallecidos, y lo único que ansían es llevarse algo de comida caliente a la boca —y comenzó a andar hacia el interior del burgo, mostrándoles el camino hacia la cabaña de Dinara.

La cabaña era una de las escasas propiedades que habían sido reconstruidas tras finalizar las guerras del norte. Ahora se había convertido en el nuevo hogar de Dinara y una suerte de hospedaje en el que ofrecían alimento, comida y un poco de conversación a los mensajeros y gentes que llegaban desde los burgos del norte. Dinara era una oronda y bonachona mujer de sonrosadas mejillas, a la que la pena había teñido prematuramente de blanco sus cabellos; su marido y sus dos hijos fueron asesinados en una de las numerosas y sangrientas incursiones gronings, dejándola huérfana de toda parentela.

Sarunas y Rhimas entraron en la posada tras llamar a la puerta pero sin esperar a recibir permiso para hacerlo. Encontraron a Dinara cocinando un potaje de legumbres, una mezcla de arroz y lentejas con un poco de berza y trozos de tocino. De un pequeño horno de piedra incrustado en la pared, llegaba el olor humeante a sabroso pan recién hecho. Ingvar, Gródolas y Vladas sintieron desmayarse al percibir aquellos aromas largo tiempo olvidados. El paraíso o la morada de los dioses no diferirían mucho de lo que sus sentidos ahora disfrutaban, deleitándose anticipadamente con lo que sus gargantas paladearían en unos momentos.

—¡Por las barbas de Olión! —exclamó Dinara al contemplarles—. ¿Qué clase de mendigos desarrapados habéis encontrado? ¡Pero mirad sus caras! Sus rostros son calaveras cubiertas de barba y pellejo. ¿De dónde salís, pobres desgraciados?

Sarunas y Rhimas rieron. No dudaban que bajo los cuidados de Dinara aquellos tres fugitivos recuperarían su buen aspecto en menos de diez lunas.

—Voy a buscar a Valdemaras —dijo Sarunas—. Aguarda aquí con ellos hasta que regrese.

—De acuerdo —respondió Rhimas, y Sarunas se escurrió presuroso de la cabaña de Dinara—. No son tres huéspedes cualesquiera los que voy a dejar a tu cuidado —continuó Rhimas dirigiéndose a la mujer—. Se trata de Gródolas, el antiguo líder de la Alianza de Tenkolmar, de su amigo y también hermano nuestro Vladas, a los que acompaña un joven del que ahora que me doy cuenta, no sé ni su nombre ni procedencia.

—Mi nombre es Ingvar —contestó el hijo del trueno—, y soy un nerlingo del clan alko. Fui capturado por los gronings después de la gran traición y la destrucción de Lothikaton, y trasladado como esclavo a las minas de oro en el Valle de los Elothas, donde conocí a Gródolas y Vladas.

—Lejos te hallas de tu tierra —dijo Dinara—. Hace meses llegaron noticias de que Jactinia y las regiones centrales habían caído en poder de los gronings. El temor a una nueva invasión llevó a varias docenas de nuestros vecinos a abandonar

Sildenburgo. Se dirigieron al norte buscando la protección del frío y de los restos que aún quedan en pie de la Alianza. Pero te prometo que aquí no te faltará el calor y el cariño de las gentes de este burgo.

—Desde que llegué a Eloburgo nunca me faltó el apoyo de Gródolas y Vladas —contestó agradecido Ingvar.

—Pero antes de comer en mi mesa deberéis daros un buen baño de agua caliente —dijo Dinara mirándoles de arriba abajo—. No me esfuerzo en cocinar para que vuestros efluvios nublen los aromas de mis succulentos guisos. ¡Vamos, deprisa! Pasad a esa estancia y desnudaos. Pondré ahora mismo a calentar agua para que podáis lavaros en los barreños. ¡Vamos, moveos! ¿Es que acaso sois pudorosos? No sois ni el primer ni el último hombre al que veré desnudo, así que apresuraos si es que queréis que os invite a mi mesa —y los tres sonrieron ante el desparpajo de la simpática Dinara.

Sin perder más tiempo pasaron a la estancia contigua y comenzaron a desnudarse. No tardó demasiado en entrar Rhimas con el primero de los barreños, en el que Gródolas se zambulló sin pensárselo dos veces, provocando en su cuerpo una sacudida mezcla de necesidad, alivio y relajación. En aquel agua tibia quedaron ahogados todos los demonios que durante las últimas lunas le habían perseguido torturando su mente. Vladas e Ingvar se unieron ansiosos a aquella ceremonia purificadora, sumergiendo sus cabezas bajo el líquido elemento, buscando instintivamente esa reconfortante sensación de paz, amor y protección que habían sentido en los lejanos días en que crecían al amparo del vientre materno.

—Os traigo ropa limpia —les anunció Rhimas cual sacerdote que culminaba con ese acto la purificación de aquellos tres hombres—. Es un regalo de Dinara. Perteneció a su marido e hijos, por lo que os ruego que la luzcáis con cariño y orgullo.

Ingvar, Gródolas y Vladas se tomaron su tiempo disfrutando de aquel baño, hasta que el agua tibia se volvió fría y comenzó a clavar cientos de diminutos alfileres en cada rincón de sus doloridos cuerpos. Se vistieron con energías renovadas y se encaminaron al comedor, prestos a degustar una comida caliente y unas jarras de cerveza.

Cuando Dinara les vio aparecerse en el umbral de la puerta, limpios y vistiendo aquellas ropas, algo se removió en el fondo de su corazón, y su mente comenzó a fantasear transformando las caras de los tres huéspedes en las de su añorado marido y sus dos amados hijos. Sarunas y Valdemaras, que aguardaban a los nuevos huéspedes, le hicieron recobrar bruscamente la cordura.

—Mi señor, éste es Valdemaras —le presentó Sarunas—. Él es nuestro mensajero, quien habitualmente se encarga de hacer llegar las nuevas a Simas y la Alianza.

—Necesito una prueba, una señal, algo que realmente pueda probar que sois

quien decís ser —habló cortante y con inusual firmeza para su edad el joven Valdemaras—. Yo era un niño cuando vos regíais los designios de las tierras del norte, por lo que no os recuerdo ni reconozco vuestro rostro. No arriesgaré lo que queda de la Alianza ante el engaño de unos renegados que se venden a los gronings por un puñado de monedas de oro.

—Haces bien en ser desconfiado y servir con celo a la Alianza —le felicitó Gródolas—, pero no temas, te darás cuenta de que no somos ningunos traidores. No puedo darte una prueba material, pues no poseo nada; tampoco te valdría una prueba física, pues como bien has dicho no me recuerdas; pero te daré unas frases, una canción, un lamento guerrero que el bueno de Simas recordará, un lamento de tiempos de furia y desolación, de muerte e ignominia, de debacle y supervivencia —y Gródolas comenzó a tararear unas estrofas que arrancaron las lágrimas a todos las que las escucharon:

*Mortales tinieblas con el crepúsculo nos alcanzan,  
brillos que se apagan en melladas espadas,  
vientos ululantes terribles nuevas anuncian,  
bravos guerreros en busca de nuevas alboradas,  
vida o muerte, bandera de esperanza enarbolan,  
Tenkolmar y Tierra Blanca, jamás serán derrotadas*

El afligido silencio, en recuerdo de todos aquellos que junto a Gródolas y Vladas lucharon y cayeron por defender su tierra, se apoderó de la estancia una vez que el norteño terminó de recitar el desgarrador cántico en honor de los guerreros del norte. Solamente él se atrevió a romperlo con sus palabras:

—Háblale a Simas del sitio de Orlag, de cómo mi espada salvó su vida en aquella almena —le dijo Gródolas con la mirada perdida en algún punto entre la habitación y sus recuerdos—. Él sabrá que Gródolas le aguarda al amparo de Sildenburgo.

—Le prometo que así lo haré —respondió lacónicamente Valdemaras, al que Gródolas había logrado convencer de la veracidad de su mensaje.

Sin más preámbulos Valdemaras abandonó la cabaña y, montando con agilidad a lomos de su caballo, cabalgó sin descanso para llegar al refugio de Simas en los bosques cercanos a Tenkolmar.

Durante ese impás de espera, Ingvar, Gródolas y Vladas, emplearon su tiempo en comer, dormir y... volver a comer. Dinara sonreía satisfecha al comprobar día a día como las arrugas y surcos que ajaban sus rostros iban desapareciendo, al tiempo que sus miradas recobraban el brillo de una paz interior largamente postergada.

Ingvar se interesó por las noticias relativas a los nerlingos que hubieran podido llegar a oídos de los norteños. Él tenía la certeza de que su hermano Oyvind, junto

con Kiril y los otros habían finalmente encontrado a sus hermanos perdidos, pero un sentimiento opresivo atenazaba su corazón: una dolorosa separación se había producido en la frágil comunidad nerlinga. Ingvar sospechaba que el indestructible vínculo que le unía a su hermano, había llevado a Oyvind a abandonar a Kiril y a los demás nerlingos para partir en su busca.

Rhimas y Sarunas relataron a Ingvar las escasas nuevas que llegaban de las regiones centrales. Confirmada la derrota nerlinga, los gronings habían tomado el control de toda Jactinia, extendiendo sus tentáculos hasta el mismo extremo oriental de la Iugur-András. Desde entonces, las noticias eran bastante confusas, pues los gronings controlaban todos los pasos y caminos, deteniendo a todo aquel que pudiera ser sospechoso de informar a sus enemigos. Los norteños se habían afanado en tratar de desvelar los planes que los gronings pudieran estar pergeñando para invadir sus territorios. Como Ingvar, Gródolas y Vladas habían podido constatar en su huida, las legiones del Mariscal Zotelen patrullaban sin descanso al sur de las Montañas Blancas una amplia franja de terreno. Hasta el momento sólo se habían limitado a vigilar las fronteras meridionales, pero los norteños desconfiaban revolviéndose intranquilos en burgos cercanos a esas fronteras, como Sildenburgo y Ostenburgo, ante el temor de una posible invasión de las hordas de Zornik. Recientemente habían llegado rumores de notables movimientos de tropas gronings que se concentraban en las orillas del Morkurgul, al norte de Bosque Salvaje. Esos nefastos augurios inquietaron a Ingvar, quien intuía que Zornik se preparaba para invadir las regiones orientales en las que, si su corazón no le engañaba, se ocultaban Kiril y el sexto clan. Tras largas discusiones, Ingvar acordó con Gródolas y Vladas tratar de convencer a Simas para que la Alianza de Tenkolmar enviase parte de sus tropas en apoyo de las regiones del este. Gródolas y Vladas se habían mostrado reticentes, pues como explicaron a Ingvar, miles de lunas atrás, cuando los norteños formaban parte del reino de Esreghaia, fueron abandonados a su suerte por esmugas y luinas durante el invierno más duro que hubo azotado aquellas abruptas tierras.

Las lunas se fueron consumiendo lenta y placentemente, mientras los tres fugitivos de Eloburgo recuperaban el ánimo y la salud. Incluso uno de esos días, se vieron con fuerzas para cabalgar hacia las Montañas Blancas y escrutar desde el Paso de Rocagrande las llanuras del sur. Lo tomaron como una tranquila excursión, rememorando su época de infantes, cuando acompañados por sus padres paseaban por los montes cercanos a sus hogares. Cuando alcanzaron el paso, algo se removió en su interior. Permanecieron callados largo tiempo contemplando el precioso paisaje de colores ocres y verdes al que las luces del sol conferían un brillo intenso y sereno. Aquella visión terminó por tranquilizarles; no divisaron señal alguna de las legiones gronings por los alrededores. Gracias a sus súplicas a Nerlinguia y Olión, los gronings habían supuesto que los saqueadores de caballos eran unos despreciables rufianes que merodeaban sin rumbo fijo por aquellas mesetas, por lo que nunca llegaron a sospechar siquiera de su existencia.



Cuando al atardecer del día siguiente regresaron a Sildenburgo, transmitieron estas nuevas a Rhimas, Sarunas y Dinara, obviando por supuesto el episodio en el que habían asesinado a tres de los gronings, lo que logró tranquilizar la agitación en la que vivían sumidos sus habitantes en los últimos días.

Dos días después de aquella breve expedición, Simas llegó a Sildenburgo.

Era temprano y los tres aún dormían, pero la comitiva de Tenkolmar, acostumbrada a viajar en la clandestinidad de las sombras para preservar su seguridad, había arribado al burgo con las primeras luces del alba. Dinara fue la encargada de anunciar su llegada. Camino hacia la estancia y abrió la puerta de la habitación donde dormían apaciblemente.

—Despertad —les dijo en un dulce susurro desde el umbral—. Os esperan en el comedor. Los hombres de Tenkolmar han llegado.

Las palabras de Dinara produjeron un inmediato efecto en Gródolas, quien se levantó de la cama como impulsado por un resorte. Se vistió presuroso dirigiéndose hacia el comedor, ansioso por reencontrarse con su viejo compañero Simas. Vladas e Ingvar, azuzados por Gródolas, no tuvieron más remedio que levantarse de sus confortables jergones para, aún adormilados, seguir con dificultad los acelerados pasos del norteño.

Gródolas irrumpió atropelladamente en la gran estancia. Allí se encontró con Dinara, Rhimas, Sarunas, el joven Valdemaras y su viejo amigo Simas acompañado, por cuatro robustos soldados de la Alianza.

Los ojos de Simas centellearon de estupor al contemplar el rostro de Gródolas que le saludaba con una franca sonrisa.

—Un fantasma en las Tierras Frías —alcanzó a decir Simas tras recuperarse del pasmo que había logrado aturdirle—. Me dijeron que habías vuelto, incluso me recitaron *El Canto del Guerrero*, pero... me resistía a creer que fueras tú... te daba por muerto tras el infierno del sitio de Orlag. ¡Por Olión, dame un abrazo! —y caminando uno hacia el otro se reencontraron fundiéndose en un emotivo abrazo tras lustros de dolor y separación.

—Este reencuentro merece celebrarse con un desayuno especial —invitó Dinara—. Tomad asiento y descansad del viaje. Rhimas, Sarunas —se dirigió enérgica a ellos—. Dejad de holgazanear y ayudadme en la cocina. Tenemos mucho que hacer —y los dos norteños acataron sin rechistar la orden de Dinara mientras ella ya les daba nuevas instrucciones.

Simas y sus acompañantes escucharon boquiabiertos el relato de las terribles vivencias y penalidades que Gródolas y Vladas habían sufrido en la prisión de Eloburgo y las minas de oro del Valle de los Elothas. Descubrieron, con honda pena, que ambos eran los únicos norteños que habían logrado sobrevivir a Eloburgo. Gródolas trató de consolarles haciéndoles ver que ya no habría en el ciudad-prisión más hermanos que pudiesen sufrir las inhumanas torturas del pérfido Senescal Loriklen. También relataron su plan de fuga, el derrumbamiento del túnel, la azarosa

huida, el ataque del demonio gris, la muerte de Henk, el encuentro con las tropas gronings cerca de Halthoria y su llegada al borde de la extenuación a Sildenburgo. No se percataron que, mientras escuchaban atónitos el relato de Gródolas, Dinara les había servido un exquisito desayuno, del que daban buena cuenta sin tener conciencia de ello, como si de un acto reflejo se tratara. Habían devorado el bizcocho y los huevos escalfados con guisantes, y se enjugaban el gaznate con unos grandes tazones de leche, sin perder detalle de las explicaciones que ahora Ingvar les daba sobre la traición groning y como el pueblo nerlingo había sido diezmado. Reclamaba con vehemencia su ayuda para enfrentarse a los gronings y devolver así la libertad a Tierra Conocida, antes de que fuera demasiado tarde para desterrar la sombra y el terror que Zornik se apresuraba a propagar en ella. Les hablaba sobre la sospecha de que las tropas gronings atacarían en breves fechas las regiones orientales, lo que se había visto confirmado por las informaciones que Rhimas y Sarunas les habían proporcionado a su llegada a Sildenburgo. También les habló de su deseo de volver a Eloburgo al frente de un pequeño ejército para reducir a cenizas aquel inmundo lugar. Un terror incontrolado estremeció a Gródolas al escuchar las últimas palabras de Ingvar. Simas se adelantó en responder al alko.

—Ingvar —habló con solemnidad—, nuestro pueblo te considera un hermano del norte más, pues nos has devuelto a Gródolas y Vladas, llorados espectros del pasado que ahora se muestran en forma de milagrosas apariciones ante nuestros ojos. El gran adalid de la Alianza de Tenkolmar ha regresado, al que aquí y ahora yo muestro mi pleitesía; nuestra deuda hacia ti es grande, incalculable, mas no pondré en peligro el destino de nuestro pueblo para saldarla, embarcándole en una frágil nave que sería engullida por las aguas de la guerra con la primera tormenta que batiese su casco.

—No pido que tú y tu pueblo luchéis ondeando en soledad la bandera de la libertad —le contestó Ingvar—. Os pido que os unáis a los pueblos del este para hacer frente al avance de Zornik. Juntos, los pueblos libres de Tierra Conocida tendremos una oportunidad de derrotar a Zornik. Si no lo hacemos ahora, nuestro mundo nunca volverá a ser tal y como ahora lo conocemos... si es que ya no es demasiado tarde para ello —concluyó con un negro augurio.

—¿Me pides que me una a los pueblos del este? —replicó enojado Simas—. Ya fuimos una vez sus aliados en el antiguo Reino de Esreghaia. ¿Y qué conseguimos con aquella alianza? Que nuestras gentes murieran de hambre y frío en aquel maldito invierno. No movieron un solo dedo por ayudarnos, por lo que no seré yo quien ahora arriesgue la vida de mis hombres por acudir en su ayuda.

—No se trata sólo del dilema de una comarca o una región, no se trata de la inminente ocupación a la que se enfrentan los esmugas y luinas, no es de eso de lo que estamos hablando —reflexionó Gródolas—. El terror del que habla Ingvar nos acabará alcanzando a todos, la oscuridad nos invadirá, el mal se extenderá hasta el último rincón de Tierra Conocida, llegará a nuestros burgos, hasta los Siete Lagos Helados y más allá de los Hielos Perpetuos. No habrá un lugar a donde huir, no habrá

futuro para el mundo de los hombres —sentenció.

—No te pido que te unas a nosotros para salvar a luinas, esmugas o los restos destrozados de los cinco clanes nerlingos —añadió Ingvar—. Te pido que te unas a la única esperanza de salvación que le queda a tu pueblo, la misma que comparten el resto de pueblos libres. Una débil llama que sólo juntos lograremos convertir en hoguera; de otro modo, irremediablemente se extinguirá para siempre.

Un reflexivo silencio embargó la estancia. Simas asimilaba las palabras de Ingvar, así como los brunos augurios de Gródolas. Fueron las palabras del ahora restituido líder de la Alianza las que restallaban en su mente. No era posible que el joven alko hubiera logrado embaucar solamente con su sentido discurso al cerebral y juicioso Gródolas. Si él había asumido como propias las palabras de Ingvar, ponderándolas hasta tal punto de hacerlas suyas, es que la amenaza que se cernía sobre Tierra Conocida era tan terrible como la mayor de las devastaciones. Nuevamente las últimas frases que había pronunciado Gródolas fustigaban su mente:

—... llegará a nuestros burgos, hasta los Siete Lagos Helados y más allá de los Hielos Perpetuos. No habrá un lugar a donde huir, no habrá futuro para el mundo de los hombres.

Sus ojos escrutaron en derredor de la estancia, y comprobó como todos los allí presentes aguardaban con inquietud su respuesta. Gródolas había definido su posición, pero ni él ni el resto de los norteños moverían un dedo en apoyo de luinas y esmugas si la persona que en los últimos lustros había dirigido con acierto y sabiduría el destino de la Alianza, decidía permanecer replegado en su refugio de Tenkolmar. Su cabeza aún se debatía entre salvar a su pueblo o embarcarse en una peligrosa e incierta empresa que podría conducir a la muerte a la mayor parte de sus hermanos. ¿Pero qué ocurriría si no tomaba partido y se refugiaba en su cueva? ¿Un inesperado día el ejército del lobo negro se presentaría ante su puerta? Entonces el gran oso blanco se vería cercado por una manada de lobos sedienta de sangre, que tras una feroz lucha a muerte terminarían por doblegarle clavando sus afiladas fauces en su cuello. Y ya nadie podría defender a sus retoños, y la estirpe de los grandes osos blancos desaparecería para siempre. Esa funesta visión fue la que le empujó a tomar una difícil decisión.

—Amigos —por fin habló Simas—, vuestras palabras en forma de terribles presagios me han conmocionado. ¿Qué sentido tendría posponer un inevitable destino al que vosotros afirmáis todos estamos abocados? Si tarde o temprano tendremos que hacer frente a la sombra de las hordas gronings, mejor hacerlo ahora que nos cree acobardados y divididos. Unamos nuestras fuerzas y enfrentemos nuestro fatal destino. ¡Que los dioses nos acompañen! —terminó gritando.

Ingvar no pudo ocultar su enorme alegría. También Gródolas y Vladas se mostraban contentos. La llama de la esperanza seguiría, aunque débil y temblorosa, resplandeciendo en el corazón de los hombres. Ingvar se atrevió a solicitar a Simas un último favor.

—Simas —le dijo—, y también a ti me dirijo, mi buen amigo Gródolas. Una última gracia solicito a vuestros generosos corazones: una compañía de trescientos valientes que me acompañen a los territorios gronings, al corazón del mal, para reducir a cenizas Eloburgo y liberar de una muerte en vida a los miles de elothas allí confinados. Se que mi plan es suicida, pues a pesar de que destruyésemos la ciudad-prisión, seguramente diezmados tras la batalla, quedaríamos atrapados en territorio groning, sin apenas posibilidades de escapar con vida —les habló con gran frialdad y conciencia de que se enfrentaba a una muerte segura—. Me sentiría enormemente honrado que ambos —continuó mirando a Simas y Gródolas—, sin olvidarme de ti, querido Vladas, cabalgaseis a mi lado agitando vuestras espadas en ese bendito día de liberación.

—Valiente Ingvar, bravo guerrero alko, digno representante del pueblo nerlingo —le dijo con admiración Gródolas—. Compruebo con tristeza al contemplarte que mi valor no es comparable al tuyo. Ansío, incluso más que tú, destruir ese templo a la tortura y la esclavitud. Mas mi corazón y mi alma se estremecen hasta tal punto al oír el nombre de Eloburgo, que mi razón se nubla, se disipa como una gota de lluvia en la inmensidad del océano, y me impide poder regresar a aquellos campos, a aquellas minas, a volver a ver sus gigantescas empalizadas, sus puertas abriéndose para dejar paso a la fantasmal columna de osamenta errabunda. No, no podré cabalgar a tu lado, aunque mi corazón te acompañará en tu embestida contra la bestia —finalizó con tristeza, repentinamente avejentado por el pesar que le embargaba y la visión de sí mismo nuevamente preso tras los barrotes de aquel hediondo barracón.

—Yo cabalgaré junto a ti —respondió presto Vladas—, y me aseguraré que el filo de mi espada transmita la ira de Gródolas cuando beba de la sangre de los sádicos carniceros de Loriklen. Te aseguro que saldremos de allí con vida, y yo mismo traeré la noticia de la caída de Eloburgo a Gródolas —dijo sonriendo al tiempo que miraba a los ausentes ojos del norteño.

—Tendrás esos hombres —le respondió Simas—, y también mi espada a tu lado. Gródolas será quien dirigirá las tropas de la Alianza que partirán hacia el este en ayuda de luinas y esmugas.

—Y si mi corazón no me traiciona —añadió Ingvar—, también se encontrará con Kiril, mi hermano Oyvind y los restos olvidados de nuestro clan.

Sellaron el pacto entrelazando sus manos, conjurándose frente al común enemigo y encomendándose a sus dioses, Olión y Nerlinguia. En aquel círculo de amistad Gródolas volvió a sentirse un gran guerrero gracias a la misión que Simas le había encomendado.

Esa misma noche Simas y su comitiva emprendieron el camino de regreso a Tenkolmar, con el firme compromiso de regresar dentro de veinte lunas a Sildenburgo con todos los hombres de la Alianza disponibles. Ingvar, Gródolas y Vladas seguirían recibiendo los cuidados de Dinara, haciendo acopio de fuerzas con las que poder enfrentar los cruciales acontecimientos venideros.

Ingvar le rogó a Gródolas que buscase a Oyvind, Kiril, Maikel, Thelmor y al resto de nerlingos entre los soldados de las fuerzas del este. Pero un claro presentimiento contradecía las palabras de Ingvar: no encontrarían a su gemelo en las tierras bañadas por el Mar del Este, pues Oyvind transitaba por la Tierra Verde buscándole desesperadamente.

## It-sonod se prepara

Aquella desapacible mañana de primavera, el pequeño ejército alko avanzaba como una columna de animas camino del purgatorio bajo la fina lluvia que azotaba el Golfo de Eukad. El cielo había reemplazado las serenas estrellas que la pasada noche habían velado los sueños de Kiril y Maikel por una interminable alfombra de nubes. Nerlinguia les prevenía que el camino recién emprendido no conduciría a un mullido y perfumado lecho de pétalos de rosas.

Los alkos habían reemprendido la marcha con el alba, y se encontraban a pocas millas de la capital esmuga. La columna se detuvo unos instantes en lo alto de una loma desde la cual, a lo lejos, cubierto por la bruma, apenas si podía divisarse el burgo.

—Hace más de sesenta lunas que abandonamos It-sonod envueltos en una densa niebla —recordaba Kiril mirando hacia el norte—, y hoy volvemos a encontrarla cubierta por un húmedo y tupido velo. Parece que nada hubiera cambiado desde entonces.

—Quizás a los ojos de los hombres aquel momento permanezca inmutable —respondió Maikel—, pero ciertamente algo ha cambiado para nosotros; en Caterziveen encontramos el amor y sufrimos la despedida de Oyvind —y Kiril le miró a los ojos asintiendo sin pronunciar palabra alguna.

—¡Adelante! —gritó Oerlikon ordenando continuar la marcha y apartándolos súbitamente de sus pensamientos—. It-sonod se muestra frente a nosotros —y la columna de alkos se apretó envolviéndose en sus capas de colores pardos, disponiéndose a dar sus últimos pasos por el Camino del Oeste.

It-sonod no había permanecido cruzada de brazos durante la ausencia de Kiril y Maikel. Sus habitantes se habían preparado concienzudamente para la llegada de los nerlingos. Cerca de dos mil esmugas habían sido reclutados y adiestrados durante el último mes en el arte de la guerra, junto con los más de mil voluntarios luinas que llegaron desde Porliton al mando del Senescal Amir. La ciudad hervía bulliciosa durante el día y parte de la noche. La reserva de cerveza negra corría el riesgo de agotarse, ya que cada jornada al caer el sol, el Senescal Adelel obsequiaba a los soldados con una jarra del bruno néctar tratando de distraerlos de aquella tensa espera.

Como bien habían informado Olaf y Nahelgen a los Senescales, presumiblemente la ofensiva de las legiones gronings se desataría en la desembocadura del Taquakland. Si no lograban detenerlos en el delta, avanzarían como una plaga de langostas por la costa oriental arrasando todo lo que encontraran a su paso. Por ello los Senescales Amir y Adelel, que ostentaban el mando compartido de aquellos soldados, habían decidido enviar a los mejores rastreadores y maestros constructores al cauce del río.

Los rastreadores remontarían el Taqualdand disponiendo varios puntos de vigilancia para poder informar a los Senescales de la posición exacta del ejército groning. Los maestros constructores deberían diseñar un sistema de defensas en el río que dificultase y contuviese el avance enemigo. El tiempo corría en su contra, pero incansables se afanaban en aquella encomienda día y noche.

Nahelgen paseaba por el puerto observando con interés la instrucción de los soldados. A pesar de que aquellos hombres eran en su mayor parte granjeros o pescadores, era evidente la mejoría experimentada en el manejo de las armas durante las últimas semanas. Su amor por aquellas tierras les había hecho poner un afán y empeño extraordinarios que ahora comenzaba a dar sus frutos.

—No serán soldados gronings —pensó para sí Nahelgen—, pero el coraje que les espolea a defender su libertad logrará que cada uno de ellos valga por tres de esos salvajes invasores en el campo de batalla.

Tras los muros que circundaban el puerto, y desperdigados en los dos niveles inferiores de la ciudad, las tiendas de campaña que cobijaban a los voluntarios luinas formaban un inmenso telar de colores marrón, ocre y crema. Los resquebrajados vínculos del Reino de Esreghaia habían comenzado nuevamente a entretejerse gracias a aquellos hombres que ahora hacían frente común ante la amenaza de la horda groning. Muchos esmugas habían acogido en sus cabañas a los voluntarios llegados de Porliton, y a aquellos que dormían en el improvisado campamento nunca les faltaba un plato de comida caliente para cenar.

Mientras caminaba absorto en esos pensamientos, el sonido de alarma de un cuerno resonó en todo el puerto. Nahelgen elevó su mirada al lugar de donde parecía llegar la llamada de aviso y vio a dos jinetes que veloces descendían por las empinadas laderas que rodeaban It-sonod.

—¡Medio millar de hombres se acercan! —se oyó como gritaban los jinetes desde la distancia—. ¡Nos atacan!

Otro jinete apareció entre las lomas galopando en estampida hacia el baluarte. Corría a llevar el mensaje de los centinelas a los Senescales Amir y Adelel.

A Nahelgen le dio un vuelco el corazón. A pesar de los gritos de los centinelas un presentimiento se apoderó de él: no eran los gronings los que amenazaban al burgo; eran los nerlingos comandados por Kiril los que acudían al encuentro de luinas y esmugas. Comenzó a correr por el muelle aún más rápido que los desbocados corceles de los centinelas en dirección al Camino del Oeste, al tiempo que gritaba agitando los brazos:

—¡No son enemigos! ¡Son los nerlingos! —exclamaba casi sin aliento mientras la gente lo contemplaba con asombro a su paso.

Los Senescales Amir y Adelel salieron a las puertas del baluarte alertados por la llamada del cuerno. Rápidamente el jinete alcanzó la parte alta de la capital esmuga,

sobre la que se alzaba la casa del Senescal. Tras una breve conversación, la guardia del baluarte se movilizó con diligencia dirigiéndose hacia las lomas. Un nuevo aviso del cuerno resonó en It-sonod convocando a los soldados a la defensa del burgo. Nahelgen corría con desesperación trepando por la verde y empinada ladera gritando incansablemente “¡Son los nerlingos! ¡Son los nerlingos!”.

Sobre las lomas comenzaron a recortarse las figuras de decenas de hombres. Los cuernos tocaron a rebato en la capital esmuga. Los voluntarios que eran instruidos en el puerto se prepararon para repeler el asalto. El ataque de la horda invasora había comenzado.

Pero no fue eso lo que ocurrió. Cuando los arqueros se aprestaban a lanzar una lluvia de flechas contra el grupo invasor, Nahelgen ya había superado más de tres cuartas partes de la pendiente. Desde su posición pudo distinguir a Kiril en lo alto de la loma, quien mantenía a Darbrethil enfundada en su vaina. Esta vez sus gritos lograron que su voz fuera oída en todo el Golfo de Eukad:

—¡Son nuestros amigos! ¡Son Kiril y los nerlingos! ¡Deponed las armas! —vociferó desesperado.

El capitán de la compañía de arqueros ordenó bajar los arcos. Los soldados que corrían desde el baluarte detuvieron su carrera. El Senescal Adelel reconoció la voz de Nahelgen, y esbozando una sonrisa sentenció:

—El Rey Nerlingo vuelve para cumplir su promesa.

Cientos de alkos coronaban ahora la colina. Tres hombres se adelantaron al grupo caminando pausadamente hacia el baluarte. Nahelgen, exhausto por su galopada, consiguió a duras penas alcanzarlos. Sus ojos se iluminaron de alegría al ver a dos de sus antiguos compañeros de travesía.

—¡Kiril, Maikel! —exclamó mientras se fundía en un abrazo con ellos—. Por fin habéis regresado —dijo feliz mientras Oerlikon contemplaba el reencuentro.

—Por Nerlinguia que has cumplido la misión que te encomendamos —respondió Kiril sonriendo—. Has formado un gran ejército que casi nos atraviesa con sus flechas como a piezas de caza.

—¿Y Oyvind? —preguntó Nahelgen torciendo el rictus—. ¿Dónde está vuestro amigo? ¿Acaso le ha sucedido algo?

—Confió en que no sea así —contestó Maikel—. Partió en busca de su hermano Ingvar hace más de veinte lunas. Su corazón no pudo desoír por más tiempo la llamada de la sangre. Pero estoy seguro que tarde o temprano volveremos a verlo.

—Así lo espero —dijo Nahelgen reconfortado por las nuevas de Maikel—. Pero venid conmigo. Debéis primero acudir ante los Senescales. Creo que no conocéis a Amir, Senescal de Porliton —sonrió mirando hacia el baluarte—. Aunque con el revuelo que ha causado vuestra llegada él mismo acudirá a vuestro encuentro.

En efecto, los Senescales no tardaron en llegar acompañados por una treintena de



soldados. Adelel saludó efusivamente a Kiril y Maikel:

—El Rey Nerlingo ha vuelto —le dijo sonriendo con los ojos.

—Acompañado de viejos y nuevos compañeros —le devolvió Kiril la sonrisa—. Te presento a Oerlikon, sabio Kliat y lacrag del sexto clan, quien ha acudido con más de quinientos alkos para defender la libertad de los pueblos orientales.

Oerlikon y el Senescal AdeleJ se saludaron y después continuaron las presentaciones del Senescal Amir.

—Yo conocí a tu padre Akrog —dijo el Senescal de Porliton al estrechar la mano de Kiril—. Un día lejano visitó mi morada. Ahora veo que buscaba lo que tú has encontrado.

—Llegó a encontrarlo —contestó Kiril mirando con una cómplice sonrisa a Oerlikon—, aunque nunca lo supo.

—Dejemos estas confesiones para más tarde —les interrumpió Adelel—. Acompañadnos al baluarte, pues supongo que estaréis hambrientos por la marcha. Mis cocineros os ofrecerán una grata comida en mi morada.

—No seré yo quien rechace el ofrecimiento —respondió Maikel y los demás sonrieron.

Oerlikon hizo una señal a sus tropas y éstas comenzaron a descender hacia el burgo.

—Adecentaremos unas tiendas para vuestros hombres —le dijo Adelel a Oerlikon—. No tendrán las comodidades de un palacio, pero no les faltará ni el agua ni la comida.

—Hablo en nombre de mis hombres y en el mío propio al agradeceros vuestra hospitalidad —respondió Oerlikon.

—Luinas, esmugas y nerlingos —reflexionó el Senescal Amir—. Las fuerzas comienzan a equilibrarse. Los gronings no lo tendrán tan fácil como creen.

—Oscuro y siniestro es el poder que les guía —habló Kiril con su mirada perdida en el horizonte marino—. Mas igual de poderoso que el mal que posee a Zornik es el aura que vela por nosotros.

—Siempre oí hablar de él como el rey brujo. ¿Es que acaso Zornik se encuentra bajo el influjo del hechizo de alguna bruja o nigromante? —preguntó el Senescal Adelel.

—No se trata de simple brujería —respondió Oerlikon—. Un oscuro espíritu tan antiguo como la madre tierra que habitamos rige sus designios. Un mal tan poderoso como una deidad, que desterrado al mundo de los mortales trata de oscurecer todas las luces que nos iluminan. Si lograra su propósito, se produciría el advenimiento del gran lobo y entonces la bestia ya no descansará hasta haber despedazado entre sus fauces al último de los hombres de bien.

—Tus augurios son aún más terribles que los presagios de Kiril el día que llegó a It-sonod —dijo Adelel.

—La estirpe de Oerlikon está ligada a esas profecías —habló Kiril no queriendo

nombrar el secreto al que Oerlikon había consagrado su vida—. Temerosos de su cumplimiento deberemos de ser; pero jamás perder la esperanza, pues es la que nos dará fuerzas para lograr la victoria sobre ese oscuro mal.

—Es la esperanza la que nos condujo a Caterziveen —dijo Maikel—. Y ella nos llevará hasta las puertas de Groningburgo para acabar con Zornik o quien quiera gobierne su alma.

—¡Bien dicho, Maikel! —contestó Adelel—. Ése será el estandarte que todos enarbolaremos.

—Dime, Nahelgen, ¿qué es de nuestro amigo Olaf?—preguntó Kiril al pescador de Thioluka mientras se dirigían al fortín.

El Senescal Amir oyó la pregunta y se aprestó a responderla.

—En estos momentos se encontrará cabalgando en algún punto entre el delta del Taquakland y la desembocadura del Gorlin. Pidió expresamente ser destinado a la compañía de rastreadores que enviamos al río.

—Como imaginaba continua haciendo honor a su apodo de “nómada de las praderas” —dijo sonriendo Kiril—. Un indomable espíritu errante.

—Hace más de veinte lunas que partió —continuó Nahelgen—, junto con los mejores maestros lúinas y un centenar de hombres. Él formaba parte del grupo de los exploradores.

—Tiempo tendremos de poner al corriente a nuestros amigos nerlingos de los últimos acontecimientos —le interrumpió el Senescal Adelel—. Os propongo continuar disfrutando de este feliz reencuentro junto a una jarra de espumosa cerveza.

—Excelente idea —asintió Maikel—. Solamente la cerveza esmuga llega a reconfortar mi cuerpo como lo hace el biluk.

—Como diría nuestro común amigo Falk —imitó con acierto Nahelgen—, “querido Maikel, bajo la apariencia de una botella de licor de fuego, hasta el agua salada reanimaría tu gaznate” —y un coro de risas aplaudió la ocurrencia del reservado pescador cuando ya casi alcanzaban las murallas superiores.

Nuevamente el Senescal Adelel agasajó a sus invitados con la ya tradicional y deliciosa merluza de It-sonod. Mientras la degustaban acompañada de las pertinentes jarras de cerveza negra, los Senescales explicaron a los nerlingos los planes que habían trazado para la defensa. Kiril comprobó con agrado como ambos Senescales habían desterrado la altanería y arrogancia mostrada en el pasado y que durante centurias había separado a los pueblos que un día pertenecieron al extinto Reino de Esreghaia. Ahora colaboraban juntos en armonía para defender la libertad de las tierras orientales.

—Enviamos al delta cerca de cien hombres junto a los mejores maestros constructores —explicaba el Senescal Amir—. Siriard, uno de los más reputados maestros, está al mando del grupo.

—De esos cien hombres, ocho serán los encargados de rastrear el cauce del río en busca de cualquier indicio que delate el avance del ejército groning —prosiguió el

Senescal Adelel—. Vuestro amigo Olaf —dijo mirando a Kiril, Maikel y Nahelgen—, es uno de esos rastreadores.

—No entiendo que tienen que verlos maestros constructores de barcos en esta misión —preguntó Oerlikon.

—De su acierto dependerá en gran medida el que podamos impedir la invasión groning —respondió el Senescal Amir—. Deberán construir un sistema defensivo que dificulte el avance de los hombres de Zornik y nos permita hostigarlos a lo largo de los últimos meandros que conducen al delta. Si no logramos dividir y dispersar el frente groning, avanzarán veloces aplastánclonos sin remisión.

—Lástima de no contar con la ayuda de Perlivarce —añadió Maikel—. A buen seguro que hubiera concebido algún ingenio para detener a esos salvajes.

—El resto de voluntarios permanecen en It-sonod —continuó el Senescal Adelel—. Nuestros soldados están adiestrándolos con celeridad. Aguardamos con inquietud cada día el mensaje de nuestros exploradores.

—Así pues, la suerte está echada —sentenció Maikel—. Esperaremos ansiosos su ataque.

—Me gustaría poder ver los trabajos que los maestros luinas llevan a cabo en la desembocadura del río —dijo Kiril.

Antes de que el joven alko hubiera terminado la frase, el sordo aullido de un cuerno reverberó desde los bolardos del muelle hasta la almena más alta del baluarte. El Senescal Adelel se levantó de la mesa dirigiéndose apresuradamente hacia las ventanas del gran salón.

—Los verás mañana mismo —habló con repentino abatimiento el Senescal, cuya figura recortada frente a la ventana parecía ahora la de un frágil anciano—. El pájaro de mal agüero trae el fatídico mensaje: la invasión groning ha comenzado.

## La defensa de Thioluka

**T**hioluka despertaba plácidamente aquella mañana, acariciada por la suave brisa del litoral que portaba consigo el salado aroma del Mar del Este. Kilma y Holm canturreaban trinando como jilgueros, mientras recogían los huevos que sus quince gallinas ponedoras habían dejado en las cestas de mimbre que había esparcidas por el corral.

—Mi espalda vuelve a mejorar día a día —le dijo Holm a Kilma mientras caminaba encorvado recogiendo los huevos—. El verano se acerca y su balsámico calor comienza a rejuvenecer mi maltrecho cuerpo.

—Querido Holm, ni mil lunas de canícula y cien baños de barro podrían ya reparar la erosión que el paso del tiempo ha obrado en ti —bromeó Kilma mientras Holm refunfuñaba.

Desde que Nahelgen y Olaf abandonaron Thioluka siguiendo los pasos de Kiril, Maikel, Oyvind y el capitán Falk, el matrimonio desayunaba, comía y cenaba en la posada de Tirk el Rojo. Añoraban a sus amigos y los recordaban cada noche antes de dormir rezando a Olión para que velase por sus almas. La ya de por sí tranquila y apacible Thioluka se había transformado en una aparentemente solitaria y abandonada aldea costera. Sólo el buen estado en que los tres norteños la mantenían, denotaba que estuviera habitada.

Después del amanecer, Kilma y Holm acudieron puntuales a su cita con su buen amigo Tirk.

—¡Buenos días, Tirk! —saludó Kilma con su dulce voz al pelirrojo posadero desde la puerta de entrada.

—¡Traemos huevos frescos para el desayuno! —anunció Holm.

—¡Pasad, estoy en la cocina! —se oyó una voz ronca que provenía de esa estancia.

El matrimonio caminó por el comedor y observó como Tirk había preparado una mesa para sus invitados. Sobre la misma, una jarra de leche, otra de cerveza rebajada con agua, un enorme bizcocho y tres vasos y platos vacíos en los que degustar las bebidas y los manjares. Kilma sonrió al verla, pues cada día Tirk utilizaba una mesa diferente de las cuatro que había en la estancia principal. Decía que si siempre comían en la misma mesa las otras se harían frías y hurañas, y un halo de tristeza envolvería la posada retrayendo a los viajeros. Holm se burlaba de él, ya que desde la partida de los nerlingos, ningún otro viajero había arribado a aquellos lares. Tirk entonces comenzaba a gruñir y Holm le mortificaba aún más, explicándole como los jóvenes alkos habían llegado hasta allí, acosados en su huida, no atraídos por las excelencias culinarias de aquella olvidada posada. En ese momento Kilma intervenía, pues el rostro del regordete posadero, como si de un camaleón se tratara, se teñía del rojo de su pelo incendiado de ira. Al final las aguas siempre volvían a su cauce y la paz y la amistad reinaban en la bella aldea de Dos Aguas.

—Buenos días —volvieron a saludar a Tirk al entrar en la cocina.

—Buenos días, queridos —les devolvió el saludo el posadero—. Esos huevos vendrán de maravilla para preparar el desayuno —dijo mientras se afanaba en sus frituras—. Haré con ellos unos huevos revueltos para acompañar a unos trozos de carne del que matamos lunas atrás.

—Estupendo —se relamió Holm—. ¿Necesitas que te ayudemos en algo?

—No, viejo bribón —respondió Tirk—. No tardaré mucho en terminar todo esto. Pero sí, tienes mi permiso para ir a remojarte el gaznate con un vaso de cerveza, si era eso lo que me preguntabas —Holm se sonrojó y Kilma sonrió al ver como Tirk había leído el pensamiento de su marido.

—Te esperamos sentados a la mesa —le dijo Kilma y volvieron a la estancia principal.

El día había amanecido nublado pero extrañamente caluroso. Un misterioso viento del sur proveniente de lo más profundo del Desierto Rojo acariciaba el oriente de Tierra Conocida.

—El día acabará en tormenta —dijo Holm escudriñando por la ventana—. Poca luz, muchas nubes y cálido viento del sur. El mar hoy está inquieto y cubierto de blanca espuma por doquier.

—Me pregunto qué será de Nahelgen, Olaf, del capitán Falk y de los jóvenes nerlingos —musitó Kilma.

—Ellos saben cuidarse bien por sí solos —le dijo Holm tratando de tranquilizarla —, y si no Olión lo hará por ellos.

—Así lo espero —respondió meditabunda.

—Verás como cuando menos lo imagines aparecerá en el horizonte la proa de *La Sirena de los Mares* con todos ellos a bordo —le dijo Holm mientras le acariciaba el hombro.

—¡Aquí está el desayuno! —anunció satisfecho Tirk—. Exquisita carne de cerdo con huevos revueltos.

—Siéntate junto a nosotros —le apremió Kilma—. A buen seguro que se te habrá abierto el apetito mientras cocinabas.

—Es una virtud que conservo —respondió Tirk—. Por mucho que cocine, jamás me canso de degustar las viandas que preparo.

—No hace falta que lo jures Tirk —contestó Holm—. Basta con contemplar tu mullida barriga —y rió mientras el posadero fruncía el ceño.

Al cabo de un rato, sólo los posos de leche en los vasos y unas diminutas migas de bizcocho permanecían sobre la mesa como testigos del copioso desayuno.

—Tendremos que comenzar a racionar el licor de fuego —le recordó Tirk a Holm mientras se repantigaba en el banco—. Solamente quedan cuatro botellas en la bodega. Hasta que Falk no nos visite de nuevo no podremos reponer las existencias.

—Eso sí que es un verdadero problema —respondió Holm con sorna mirando a Kilma a los ojos, quien meneaba la cabeza de lado a lado.

—Está bien, muchachos —dijo Kilma levantándose de la mesa—. Esta conversación ya no conduce a ninguna parte. En vez de perder el tiempo hablando de licores, vino y cerveza, prefiero ir a trabajar al huerto; bien haríais vosotros en hacer lo mismo, pareja de holgazanes —y lentamente se dirigió caminando hacia la puerta.

No habían transcurrido más que unos instantes cuando Kilma volvió a entrar en la posada. Su cuerpo temblaba como la hierba mecida por el viento y su rostro había palidecido como si hubiera sido señalada por la muerte. Holm se giró extrañado por su repentino regreso. Cuando la vio en ese estado, se levantó como un resorte de su silla.

—¡Kilma! ¿Qué te ocurre? —le preguntó asiéndole de los brazos tratando de hacerle salir del trance en el que se encontraba—. ¿Qué ocurre, amor mío? —le insistía.

—Gronings... los gronings han llegado —susurró temblando aterrorizada.

—¿Gronings? —preguntó asustado Tirk—. ¿Dónde los has visto?

—Tres hombres merodean por la aldea —contestó Kilma—. Sus ropas rojas y negras... las mismas que vestían cuando atacaron nuestro antiguo hogar —y sus ojos estallaron en lágrimas. Holm la abrazó tratando en vano de tranquilizarla.

—Kilma, cálmate, no llores, no deben oírnos —susurró Tirk—. ¿Has visto si se han percatado de tu presencia?

—No... no lo creo —respondió enjugándose las lágrimas—. Escudriñaban la casa de Nahelgen. Estaban de espaldas...

—Quizás sea la avanzadilla de exploradores que olfatean el terreno para preparar la llegada del grueso del ejército —dijo Tirk—. A buen seguro que no tardarán en entrar aquí. Escondámonos en mi habitación. Bajo mi cama hay una trampilla que da a un pequeño sótano. Apresurémonos, debemos esconder los restos del desayuno.

—De acuerdo —asintió Holm.

Tirk y Holm recogieron veloces los platos y vasos y los escondieron en un armario de la cocina. Eliminaron todo rastro de alimentos que pudiera dar a entender que alguien hubiese frecuentado la posada durante el último invierno.

Tirk desplazó el camastro en el que dormía y bajo él apareció una estrecha trampilla. La removió y dejó al descubierto un sótano de no más de diez pies de largo, siete de ancho y cinco de alto, en el que reposaban unas veinte botellas de diferentes vinos y licores.

Kilma descendió con dificultad al sótano y después le siguió Tirk, quien apenas entraba por el agujero que había dejado la trampilla. Holm, que era bastante más delgado que el pelirrojo posadero, volvió a colocar el camastro y, deslizándose por debajo de él, entró en el escondite. Una vez dentro, asió la trampilla y la colocó volviendo a cubrir la entrada.

Tirk había tomado una pequeña vela de la cocina que, con su titilante llama,

iluminaba tenuemente el escondrijo.

—¿Y decías bribón que sólo te quedaban cuatro botellas de licor de fuego? Aquí hay suficiente arsenal para agasajar a todo el ejército groning —exclamó sorprendido Holm.

—¡Por Olión, Holm! —le regañó Kilma quien parecía haber recuperado la serenidad—. ¿Es que incluso ahora sólo piensas en ese maldito brebaje? —Tirk bajó la mirada cabizbajo, a pesar de que estuvo tentado de salir en defensa del exquisito licor del norte—. Los gronings podrían quemar la aldea y ésta sería nuestra tumba.

—Tienes razón, Kilma —se disculpó Holm—. Guardemos silencio y esperemos a que los gronings se vayan.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó nervioso Tirk—. ¿Qué será entonces de nosotros?

—No permanecerán eternamente en Thioluka —respondió Holm—. Y aunque estableciesen aquí su cuartel general, podríamos tratar de huir cuando caiga la noche. Tengo un par de caballos en mi establo.

—Confiemos en que sólo sean exploradores —dijo Kilma—. Eso nos dará margen para poder huir antes de que llegue el resto de soldados.

—Recordad que Falk acordó viajar a Rangalpur para conseguir la ayuda de los corsarios —dijo Tirk.

—No sé quién me aterroriza más, si los gronings o los esbirros de Tirgo de Tirón —respondió Kilma estremeciéndose.

—Confiemos en el bueno de Falk —dijo Holm—, pero ahora debemos enfrentar esta situación sin ninguna ayuda.

—¡Silencio! —susurró Tirk—. ¿No habéis oído eso? —y ahogando la llama con sus dedos pulgar e índice la oscuridad se apoderó de la subterránea bodega.

Kilma, Holm y Tirk guardaron un sepulcral silencio; podían escuchar el palpar de sus corazones y el silbido de su respiración cuando sus pulmones exhalaban temblorosos el aire que respiraban. El crujido de la madera bajo unas pesadas botas delató la presencia de los gronings en la posada. El sonido de los pasos se hizo cada vez más claro y cercano. Los tres habitantes de Thioluka dejaron de respirar cuando sintieron a los gronings sobre sus cabezas.

—Aquí no hay nadie —dijo una voz grave.

—Pareciese que los habitantes de esta aldea hubiesen huido perseguidos por el mismísimo diablo —comentó otro de los exploradores.

—Ese diablo éramos nosotros. Sentían que nos acercábamos, ¡ja, ja, ja! —rió con voz estridente un tercero.

—¡Cállate estúpido! —le reprendió la grave voz de quien parecía ser el jefe del grupo—. Si ése es el motivo de su huida las cosas no marchan bien. Nuestra misión es secreta y a menos que algún traidor se haya ido de la lengua, ningún habitante de las costas orientales debería sospechar que nuestro ejército está a las puertas de sus dominios.

—El Mariscal Zunkonel montará en cólera —dijo asustado otro explorador—. Nos cortará el cuello por ser pájaros de mal agüero.

—No hay porqué contarle toda la verdad —dijo el jefe de los exploradores—, solamente lo que quiere oír: que el camino está expedito para el avance de nuestras legiones. Si pide más explicaciones le diremos que hemos acabado con una docena de pescadores en una aldea perdida en la desembocadura del Morkurgul, para evitar que pudieran alertar a los burgos vecinos.

—No seré yo quién esté en desacuerdo con esa decisión —dijo un explorador.

—Tampoco yo —respondió el tercero.

—Andando entonces —ordenó el cabecilla del grupo—. Hundiremos la barcaza en el muelle para no dejar rastro de nuestro paso por la aldea. Tendremos que apresurarnos para remontar nuevamente el río y alcanzar cuanto antes el campamento.

Los gronings se dirigieron hacia el exterior de la posada. Sus pasos resonaron cada vez más ahogados y lejanos hasta que su sonido se apagó por completo. Kilma, Holm y Tirk permanecieron inmóviles durante un largo rato, sin intercambiar palabra en su escondite bajo tierra. Tirk fue el primero que se atrevió a romper el silencio.

—Hace rato que no se oye nada —dijo en un susurro casi mudo—. Creo que uno de nosotros podría intentar salir a comprobar si los gronings han abandonado la aldea.

—Saldré yo —dijo Holm incorporándose lentamente.

—Ten mucho cuidado —le aconsejó Kilma—. Podría ser que aún merodeasen por los alrededores.

Holm levantó cuidadosamente la trampilla y asomó la cabeza por el hueco. Aguardó unos instantes a que sus ojos volvieran a habituarse a la luz, y entonces comenzó a escrutar la habitación. No parecía que hubiera nadie en ella. Se escurrió con agilidad fuera del escondite, volvió a colocar la trampilla para ocultar a Kilma y Tirk y salió de la posada. Al cabo de un interminable lapso de tiempo regresó a la habitación.

—Podéis salir —les dijo con una amplia sonrisa en los labios mientras retiraba la trampilla—. Los gronings se han ido.

Holm ayudó a Kilma y al grueso Tirk a salir de aquel agujero. Caminaron en silencio hasta el amplio comedor, dejándose caer apesadumbrados sobre los asientos en los que esa mañana habían desayunado.

—Creo que necesito un trago de ese maldito licor de fuego —dijo Kilma contemplando absorta el cielo nublado desde la ventana.

Tirk y Holm se miraron sorprendidos, hasta que finalmente el posadero se decidió a traer tres vasos y una botella del potente brebaje.

El cielo se oscureció a medida que avanzaba el día. Las nubes se tornaron espesas y brunas, no dejando un solo resquicio a los rayos del sol, impidiendo que pudieran



reflejarse sobre las cada vez más embravecidas aguas del Mar del Este. Era más del mediodía y, a pesar de que aún restaban varias horas para la pleamar, las olas batían ya con fuerza contra los débiles muros del pequeño muelle de Thioluka.

Los tres habitantes de Dos Aguas consiguieron recomponer su abatido ánimo gracias al milagroso licor de fuego. Discutieron sobre qué decisión tomar: permanecer en Thioluka y quedar a expensas de la piedad de los invasores o huir hacia las montañas para vivir como proscritos.

—Me niego a volver a huir una vez más ante esos malditos gronings —sentenció Tirk con vehemencia.

—Yo me siento demasiado vieja para escapar a las montañas y vivir en una cueva como un animal perseguido —añadió Kilma—. Y tratar de huir a alguno de los burgos cercanos sería una locura, pues con toda seguridad nos apresarían antes de llegar a ellos.

—Creo que la decisión está tomada entonces —concluyó Holm—. Permaneceremos en Thioluka. Si los gronings intentan apresarme, lucharé hasta la muerte antes de dejarme tomar como esclavo.

—Resistiremos o moriremos en Thioluka. Nadie nos arrebatará otra vez nuestro hogar —exclamó enardecido Tirk, y los tres brindaron de nuevo.

El fuego del licor norteño encendió la llama de la esperanza en los corazones de los tres amigos. Holm corrió apresurado hacia la cabaña para afilar la oxidada vaina de su olvidada espada. Tirk hizo lo propio con una enorme hacha de cortar madera, mientras Kilma rebuscaba entre sus pertenencias almacenadas en un cuartucho adyacente al establo, tratando de encontrar el arco y el carcaj con el que en su juventud cazaba faisanes con destreza.

Después volvieron a reunirse frente a la posada de Tirk, mostrando con orgullo el armamento con el cual harían frente a los seis mil gronings que ahora permanecían apostados en los rellanos que se extendían tras los Rápidos del Ansar. Allí los hombres del Mariscal Zunkonel aguardaban impacientes las noticias de sus exploradores.

Un relámpago iluminó el horizonte marino. Todas las luces se habían apagado en el cielo de ultramar, cubierto ahora por una opaca alfombra negra. Una gran tormenta se acercaba. Kilma, Holm y Tirk miraron hacia el mar. En la lejanía, observaron como un diminuto punto en los confines del Mar del Este iba lentamente creciendo en tamaño.

—¿Veis lo mismo que yo? —preguntó Holm.

—Sí —respondió Tirk—. Juraría que es un barco que se dirige hacia Thioluka.

Caminaron nerviosos hacia el muelle mientras seguían escrutando el horizonte. Al cabo de unos minutos, cuando aquel informe punto se aproximó unas millas hacia la costa, los ojos se les iluminaron y prorrumpieron gritando al unísono:

—¡Es *La Sirena de los Mares*! ¡El capitán Falk ha regresado! —exclamaron con una mezcla de alivio y alegría.

En efecto, Falk había regresado, fiel a su palabra y a su amada Thioluka, precediendo a los rayos y truenos de la terrible tormenta. Los tres norteños saltaban agitando sus brazos desde el muelle, al contemplar el busto de aquella beldad que adornaba la proa de *La Sirena de los Mares*. Hoy más que nunca celebraban el regreso de Falk.

La lluvia comenzó a barrer desde el sur el agitado mar oriental. *La Sirena de los Mares* se aproximaba con dificultad al muelle de Thioluka, mientras las olas batían contra ella a babor y estribor. Gracias a la experiencia y destreza de su capitán, el barco pudo arribar a puerto sin embestir a los muros del pequeño muelle.

—¡Saludos, mis añorados amigos! —gritó sonriendo el capitán.

Lanzó tres cabos desde cubierta al malecón que los norteños recogieron para asirlos con presteza a los bolardos y descendió a tierra con su agilidad habitual.

—¡Dichosos los ojos, viejo lobo de mar! —le dijeron recibéndole con añoranza mientras se fundían en un entrañable abrazo.

—¿Qué os ocurre? —les preguntó Falk—. Tembláis como si hubierais visto a un fantasma.

—No eran fantasmas, sino gronings —le contestó Kilma.

—Esta mañana una partida de exploradores ha entrado en Thioluka —añadió Tirk.

—Su ejército llegará a nuestra aldea en menos de tres lunas —informó Holm.

Esas noticias hicieron palidecer a Falk, quien confiaba en que los acontecimientos no se hubieran desarrollado con tanta celeridad. El estrépito con el que un nuevo trueno resonó en la costa les hizo retomar la conversación.

—No podéis permanecer aquí por más tiempo —dijo Falk—. Los gronings os matarán u os harán esclavos.

—Hemos decidido enfrentarnos a ellos —respondió Holm—. No volverán a arrebatarnos nuestro hogar —y Kilma y Tirk asintieron con gesto amenazante.

—No tendréis que abandonar Thioluka para siempre —trató de tranquilizarles Falk—. Sólo por un tiempo, mientras duren las hostilidades. Como os prometí, he logrado el apoyo de los corsarios de Rangalpur —y al oír el nombre de aquel nido de serpientes Kilma se estremeció—. Me envían a comprobar si las legiones de Zornik han arribado a las costas orientales. Tras el Cabo del Albatros se oculta una gran flota con más de cien barcos, comandada por Tirgo de Tirón a quien siguen las ocho familias corsarias. Allí aguardan impacientes la señal para entrar en combate. Si por lo que decís, los gronings se encuentran tan cerca de la desembocadura del Morkurgul, la batalla no tardará en comenzar. Venid conmigo y permaneceréis sanos y salvos en el campamento corsario —pero las caras de sus tres amigos no denotaban confianza en las palabras de Falk.

—¿Cómo podemos estar seguros de que esos piratas no nos matarán como podrían hacerlo los gronings? —preguntó Kilma.

—Tienes fundados motivos para desconfiar de ellos, Kilma —respondió Falk—.

Quizás sean un hatajo de ladrones y asesinos, pero son fieles a su palabra, y Tirgo de Tirón ha empeñado la suya en defender las costas orientales de los gronings. Y yo creo firmemente en su promesa.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó dubitativo Holm.

—Lo estoy —respondió Falk. Los tres habitantes de Thioluka cruzaron sus miradas de soslayo. Con su muda respuesta aceptaron la propuesta del capitán.

—Hay que poner cuanto antes rumbo al Cabo del Albatros —les urgió Falk—. La tormenta se acerca, y dentro de muy poco será imposible abandonar el muelle. A cada embate del mar, las olas crecen en fuerza y altura.

—De acuerdo, te acompañaremos —dijo Tirk—. Pero si estás equivocado en lo que respecta a los corsarios todos moriremos.

—Si me equivoco no sólo nosotros moriremos —respondió Falk—. El mundo que conocemos también morirá con nosotros.

Kilma, Holm y Tirk subieron veloces a cubierta, solamente llevando consigo el arco y el carcaj, la espada y el hacha. A pesar de las palabras de su amigo el capitán, prefirieron no desprenderse de sus armas.

Falk soltó las sogas que a duras penas mantenían amarrada a *La Sirena de los Mares* al muelle y, virando el timón en dirección sureste, puso rumbo al Cabo del Albatros donde las familias corsarias aguardaban expectantes las noticias del viejo lobo de mar.

Falk lanzó el ancla en forma de tridente al enfurecido Mar del Este. *La Sirena de los Mares* se balanceaba sin control hacia los cuatro puntos cardinales, embestida una y otra vez por las olas que se elevaban más de dieciséis pies de altura impulsadas por aquel vendaval. La lluvia era torrencial y zarandeaba como cáscaras de nueces a la imponente flota pirata que trataba de guarecerse al abrigo de la cara sur del cabo. En tierra, una débil luz brillaba intermitentemente cual ave fénix, encendiéndose y apagándose al antojo del viento de la tormenta.

Falk bajó a la bodega de *La Sirena de los Mares*, donde marcados, Kilma, Holm y Tirk se refugiaban del viento y la lluvia.

—Debo ir a tierra para informar a los jefes corsarios —les dijo Falk.

—¿Estás loco? —le recriminó Holm—. Te hundirás con el primer envite del mar si intentas acercarte a la costa.

—Por favor, Falk —habló Kilma con dulzura—, aguarda hasta que escampe la tormenta.

—Lo siento, amigos —respondió el capitán desoyendo sus consejos—. No puedo esperar a que los dioses aplaquen su ira. Quizás entonces sea demasiado tarde —y despidiéndose de ellos subió nuevamente a cubierta.

Tras varios intentos encendió una tea y realizó señales al barco más cercano que tenía a estribor. Pronto recibió respuesta desde la cubierta del barco corsario. Al cabo

de unos instantes, un bote fue lanzado al mar con cuatro tripulantes a bordo, quienes conducirían a Falk ante los capitanes de las familias corsarias.

Paradójicamente, en una tienda oculta en la cara sur del Cabo del Albatros, los saqueadores de las costas orientales decidirían la suerte que correría la bucólica Thioluka. Por fortuna para sus habitantes, la voz del capitán Falk se oiría con la misma fuerza que la de cualquier otro patriarca corsario del Mar del Este.

La pertinaz lluvia y el huracanado viento que acompañaban a los rayos y truenos, barrieron sin tregua la costa hasta el amanecer. Con la aurora, el Mar del Este dejó de rugir y el violento batir de las olas se convirtió en un suave arrullo sobre los acantilados. La llegada de la bajamar, terminó por atemperar la furia incontenible de las aguas que habían permanecido insomnes durante toda la noche.

Cuando el velo de nubes dejó entrever cómo la estrella del día se desperezaba comenzando a elevarse en el horizonte cercano, la flota corsaria levó anclas y puso rumbo nornoroeste. A bordo de *La Sirena de los Mares*, Kilma, Holm y Tirk se despertaron por el sonido de las velas que se izaban desafiantes en todas las naves. Subieron nerviosos a cubierta y vieron a Falk sujetando con firmeza el timón de su barco. Rápidamente constataron que el capitán se dirigía a cola de la flota rumbo a su querida Dos Aguas. Falk se percató que alguien le observaba desde las escaleras de acceso a la bodega, dirigió hacia allí su mirada, encontrándose con los temerosos ojos de sus tres amigos.

—¡Lo conseguiremos! —gritó convencido Falk tratando de insuflarles ánimo—. Los gronings no olvidarán jamás esta lección.

—Que Olión escuche tus palabras —susurró Kilma—, y sólo tenga que protegernos de los gronings.

Falk volvió su mirada hacia el mar, mientras la brisa de la mañana mecía caprichosamente sus plateados cabellos como si fueran las nacaradas velas de *La Sirena de los Mares*.

Las aguas bramaban a su paso por Los Rápidos del Ansar al chocar contra las rocas que se repartían caprichosamente por todo el cauce del río. El estruendo se repetía varias millas hacia el este, donde la horda groning botaba sus barcasas al Morkurgul. El Mariscal Zunkonel había dado la orden: la invasión de las regiones orientales había comenzado.

Los cerca de seis mil gronings descendían el torrente del río, por la misma ruta que Kiril, Maikel y Oyvind habían seguido para alcanzar la desembocadura del Mar del Este. Su avance era ahora imparable: menos de dos lunas les separaban de Thioluka.

Esa noche no hubo descanso para los gronings. El Mariscal Zunkonel ansiaba

clavar la bandera del lobo negro en las tierras del este y no permitió que sus hombres atracasen en los amplios páramos que se extendían a ambos lados de la orilla. La interminable serpiente zigzagueaba a lo largo y ancho del cauce del río, ansiosa por regalar a su presa una emponzoñada mordedura. Una serpiente de fuego que titilaba en la proa de cada una de las barcazas, ahuyentando a su paso a los adormilados peces que moraban en el lecho del río.

Comenzaba a amanecer y, como si de un mágico efecto se tratara, el cauce del río se fue ensanchando al tiempo que la estrella del día trepaba perezosa sobre el límpido firmamento.

—Nos acercamos a la desembocadura del Morkurgul —dijo Zunkonel a uno de sus oficiales—. Hoy mismo podremos enviar uno de los halcones a nuestro Rey con buenas nuevas —y se incorporó en la barcaza, tratando de divisar la inmensa marina.

El Mariscal viajaba entre la veinteava y treintava barcaza que transportaban a sus legiones, protegido por la primera compañía de exploradores, pero siempre manteniéndose cerca de la cabeza para tener el control de las operaciones. Todo parecía sonreírle: las noticias de sus exploradores hablaban de un camino expedito, una meteorología favorable que facilitaría su avance y el factor sorpresa con el que castigaría a los pueblos del antiguo reino de Esreghaia. Pero sus sueños se desvanecieron al instante cuando un grito le devolvió a la realidad:

—¡La desembocadura está bloqueada! —gritó uno de los exploradores que viajaba en las primeras barcazas—. ¡Dos navíos cortan el paso de la salida del delta!

Zunkonel miró nervioso hacia el frente, pero deslumbrado por el sol, tuvo que proteger sus ojos con la sombra que proyectaba su mano izquierda apoyada en la frente. No alcanzaba a entender que era lo que estaba ocurriendo. ¿A quién pertenecían aquellas dos impresionantes naves?

—¡La bahía está repleta de navíos! —informaron nuevamente los exploradores.

—¡Al menos hay setenta barcos! —gritaron desde otra de las barcazas.

La confusión comenzó a apoderarse de las tropas gronings. El Mariscal Zunkonel trataba de mantener la calma ante esa inesperada contrariedad. Comprobó por sí mismo cómo la mayor parte de la desembocadura del río estaba bloqueada, aunque había un pequeño paso en medio del delta, un par de canales por los que su flotilla podría acceder a la bahía. Sin embargo, aquella concentración de barcos le desconcertaba por completo.

—Probablemente sean corsarios de los mares del este —le dijo su oficial leyéndole el pensamiento—. Buscarán saquear alguna ciudad costera. No creo que tengan intención de luchar con nosotros, pues no obtendrían ningún beneficio con ello.

—Quizás tengas razón —farfulló contrariado el Mariscal—. Pero no pondré en peligro esta misión. Somos superiores en número y si es necesario hundiremos hasta el último de esos barcos. Tarde o temprano terminarán desafiándonos cuando hayamos conquistado el este de Tierra Conocida. Que cuarenta de las barcazas del

centro de la columna junto con una decena de las de cabecera, avancen hasta entrar en la bahía —ordenó Zunkonel—. Veremos entonces que es lo que hacen esos bastardos piratas.

Rápidamente el oficial tomó un par de banderines y comenzó a realizar señales a las barcas de cabecera y después a las que navegaban a popa del Mariscal. En poco tiempo, cuarenta embarcaciones sobrepasaron a babor y estribor la barcaza de Zunkonel en dirección a los canales del delta.

En la bahía de Thioluka, Tirgo de Tirón se percató rápidamente del movimiento realizado por el ejército groning, y ordenó a diez de sus barcos que realizaran una curiosa maniobra: formar un triángulo en el que los dos barcos que taponaban los extremos del delta serían los vértices de partida, creando un embudo que se iría estrechando a medida que se adentraba en la bahía.

Cuando los gronings se dieron cuenta de la maniobra, ya era demasiado tarde para reaccionar y se encontraron atrapados en la trampa de los piratas. La única escapatoria era volver al delta a través de sus estrechos canales remando contracorriente. Eso fue lo que los soldados gronings trataron de hacer, pero una salva de flechas les obligó a ponerse en guardia. Habían caído en una madriguera de la que ahora no podían escapar.

Las flechas corsarias barrieron desde lo alto de las cubiertas a las desguarnecidas barcazas de los esbirros de Zunkonel. La sangre de cuatrocientos gronings no tardó en teñir de rojo las turquesas aguas de Thioluka. Sus cuerpos flotaban en el agua o ardían en los botes, a los que los corsarios lanzaban lenguas de fuego con sus arcos y ballestas.

—¡A tierra! ¡Desembarcad en la orilla norte! —gritó Zunkonel desencajado por la debacle de su primera avanzadilla.

Una señal desde el barco de Tirgo de Tirón dio paso a un nuevo ataque. Los corsarios habían desplegado a lo largo de la orilla, a la tripulación de los dos barcos que estaban varados en los extremos de la desembocadura del Morkurgul. Provistos de abundantes flechas y aceite inflamable, lanzaron su ataque contra el primer tercio de la columna de barcazas groning que ahora trataba de alcanzar la orilla del río. Durante la primera refriega, habían vertido todo el aceite al río y ahora se apresuraban a prenderle fuego. Una barrera flamígera se irguió amenazante ante los gronings, logrando detener su avance. Aprovechando el desconcierto, una nueva andanada de saetas cayó sobre ellos, abatiendo a numerosos soldados.

Presas del miedo dirigieron sus embarcaciones hacia la desembocadura, cayendo nuevamente en el embudo tejido por Tirgo de Tirón. No obstante algunas de las barcazas consiguieron escabullirse por el espacio que quedaba entre los navíos y se lanzaron al abordaje de uno de ellos.

Los dos tercios restantes de las legiones gronings, prevenidos ante el ataque corsario, lograron desembarcar en la orilla, y marcharon veloces campo a través hacia la costa para socorrer a sus compañeros. La marea groning crecía en número y no

tardaron en cercar y diezmar a los corsarios que hostigaban a la vanguardia de la flotilla groning desde la orilla norte. Para entonces el Mariscal Zunkonel había logrado llegar con vida a tierra, pero había perdido cerca de novecientos hombres.

—Los gronings han roto nuestras defensas en tierra —dijo Tirgo de Tirón desde la cubierta de *El Indomable*—. Enviaremos nuestros navíos contra ellos. Debemos debilitar sus fuerzas antes de llegar al enfrentamiento cuerpo a cuerpo en tierra firme.

Falk contemplaba la batalla a una prudencial distancia. Kilma, Holm y Tirk apenas si se atrevían a asomar sus cabezas fuera de la bodega de *La Sirena de los Mares*. Rezaban por la victoria corsaria y porque la batalla no dejase ningún rastro de destrucción en su amada Thioluka.

—¡Los navíos corsarios se dirigen hacia la costa! —les gritó Falk a sus amigos—. Les seguiremos para ver de cerca la derrota groning —e izando las velas se colocó a cola de la flotilla corsaria.

En la bahía, los corsarios habían repelido el intento de abordaje, pero su barco había comenzado a arder pasto de las llamas, por lo que tuvieron que arrojarse al mar y nadar hacia tierra firme. Allí se encontraron frente a frente con los soldados gronings y libraron un desigual combate.

A pesar de que la flota comandada por Tirgo de Tirón alcanzó la costa con presteza y una nube de flechas llegó en su socorro, los corsarios cayeron atravesados por las espadas y lanzas de los hombres de Zunkonel. Sin embargo, pronto los gronings volvieron a verse acosados por las saetas piratas que los martilleaban sin piedad guarecidos desde las elevadas posiciones de cubierta. Zunkonel tuvo, que ordenar una rápida retirada a una zona boscosa al oeste de Thioluka. Allí se reagruparon y, junto a sus oficiales, el Mariscal hizo una rápida recapitulación de la situación.

—¡Maldita sea! —rugió Zunkonel—. ¿Cómo no pudieron esos malditos exploradores descubrir a la flota corsaria? Yo mismo les arrancaré los ojos cuando acabemos con esos mezquinos piratas —y secándose con su mano el rostro empapado por el agua del Morkurgul, trató de recobrar la calma—. ¿Cuál es la situación de cada compañía? —preguntó a sus oficiales.

—El capitán Korolin y todos sus hombres han caído en el delta, mi señor —respondió el capitán Owiler—. Mi compañía ha perdido cerca de doscientos hombres, sin contar con los que hayan caído en el cuerpo a cuerpo con los piratas en tierra.

—¿Y su grupo, capitán Salader?

—Sin bajas, Mariscal Zunkonel —respondió—. Logramos desembarcar en un terreno libre de enemigos.

—Mi compañía no ha corrido la misma suerte —respondió el capitán Yliken—. Al menos cuatrocientos de mis hombres han perecido bajo las flechas y el fuego de esos malditos.

—Por lo tanto contamos aún con unos cuatro mil hombres —respondió Zunkonel—. Seguimos siendo superiores en número, y esta vez no nos sorprenderán con la

guardia baja. Acamparemos en esta zona. Si quieren batalla deberán venir a por nosotros; aquí en tierra firme no podrán con nuestras legiones.

Tirgo de Tirón ordenó que los corsarios permaneciesen a bordo de los navíos. Desde allí siguieron martilleando con sus flechas a las tropas gronings, que debieron replegarse más de media milla hacia el interior de aquella zona arbolada hasta quedar fuera del alcance de las saetas corsarias. Los hombres de Tirgo de Tirón habían logrado equilibrar las fuerzas, pero una vez pasada la sorpresa inicial, su posición ya no era tan favorable como al inicio de las hostilidades.

—Llamad a capítulo a los capitanes de cada familia —ordenó Tirgo de Tirón—. Debemos consensuar la estrategia a seguir a partir de ahora.

Desde la cubierta de *El Indomable*, el barco enseña de Tirgo de Tirón, enviaron señales a los navíos de los capitanes. Todos los cabezas de clan, desde el perverso Alagam, que había permanecido hasta el momento a retaguardia de la flota corsaria, hasta el bueno de Falk, se reunirían en el camarote de Tirgo de Tirón.

Las voces se alzaban discrepantes, incluso algunos hablaban de regresar a Rangalpur. Los gronings no les habían hostigado ni amenazado, ni tan siquiera habían osado interferir en sus correrías. En su primer enfrentamiento, los corsarios les habían mostrado sus poderes, dejando claro quién reinaba en el Mar del Este. Eso les haría pensárselo dos veces antes de enfrentarse a las familias corsarias. Pero el entablar una batalla en campo abierto frente al poderoso y aguerrido ejército groning era una empresa muy arriesgada que podría tener un resultado incierto para los corsarios.

—No me agrada la idea de perder a mis hombres —decía uno de los capitanes corsarios—. Tardé lustros en reunir las tripulaciones de mis ocho barcos.

—Yo ya he perdido un barco consumido por las llamas —gruñó otro de los capitanes—. ¿Quién me conseguirá un nuevo navío? ¿Con que oro podré costearlo?

—Hasta el momento no hemos visto ni una sola miserable moneda del oro que nos hablaste —añadió Alagam apoyado en una sombría esquina del camarote—. No pondré en riesgo a mis hombres por nada. Quiero mi parte del botín ahora —exigió desafiante mientras mantenía la mirada clavada en los ojos de Tirgo de Tirón.

—¡Cierra la boca, Alagam! —le gritó Tirgo de Tirón—. Eres el único capitán que no ha puesto en peligro a sus hombres. Permaneces apostado en retaguardia como una rata asustada, así que no estás en posición de exigir nada. Os recuerdo —continuó dirigiéndose a los otros seis capitanes—, que todos decidimos embarcarnos en esta aventura para preservar nuestra libertad y nuestros dominios. La amenaza del norte terminará tarde o temprano empujándonos a una lenta guerra en la que sucumbiremos ante su terrible poder. ¿Es que acaso preferís acabar vuestros días como esclavos trabajando en las minas de oro, lejos del mar, lejos de nuestra única razón de existir?

—Esas historias son patrañas para asustar a niñas y viejas —respondió Alagam—. Nadie osará desafiarnos en el mar. Es nuestra tierra, nuestra inexpugnable fortaleza. Yo me largo de aquí —habló con desprecio—. Si no hay oro, nada me



retiene ni me empuja a luchar contra esos soldados gronings.

—Habrá oro en abundancia para todos —contestó con vehemencia Tirgo de Tirón—. Lo habrá cuando la amenaza del norte haya desaparecido.

—No esperaré a comprobarlo —dijo Alagam poniéndose en pie y dirigiéndose a la salida del camarote—. Que los dioses os protejan en vuestra estúpida aventura.

—Yo también me marcho —dijo Albanfar, capitán de la tercera familia pirata en importancia, y siempre próximo a Alagam—. Nos veremos en Rangalpur, si es que alguno de vosotros vive para contarlo.

Tirgo de Tirón hervía de rabia contenida.

—Apelo a la palabra dada, a la promesa de un corsario —gritó enojado—. Es lo que nos diferencia de los viles salteadores de caminos: nuestra palabra y nuestro honor. Matamos, saqueamos, destruimos, pero jamás faltamos a nuestra palabra.

—Estoy contigo, Tirgo —respondió Blufer, otro de los capitanes—. No faltaré a mi palabra, pero te juro que no perdonaré ni una de las monedas de oro que me corresponden...

—Yo tampoco —respondió el emperador corsario—, por Olión que yo tampoco lo haré.

—Entonces no se hable más —cerró inteligentemente Falk la discusión antes de que pudieran producirse más desertiones—. Pensemos ahora cómo podremos derrotar a esas miserables bestias del norte.

Mientras Alagam y Albanfar regresaban a sus navíos a bordo de un pequeño bote, la reunión entre el resto de familias corsarias prosiguió.

—Retira a tus naves al Cabo del Albatros —le ordenó Alagam—. Vigilaremos desde una prudencial distancia todo lo que ocurre. Quizás saquemos provecho de esta contienda —y rió maliciosamente junto a su adlátere.

La flota corsaria perdió a más de cuarenta navíos con la partida de las familias de Alagam y Albanfar. El desánimo comenzó a cundir entre los corsarios, mientras contemplaban la ingente cantidad de gronings que se atrincheraban a una milla del delta.

Varios exploradores gronings corrían en ese instante hacia la posición donde el Mariscal Zunkonel hablaba con sus capitanes.

—Mariscal —dijo uno de los exploradores con la respiración entrecortada—. Parte de la flota corsaria se retira. Más de treinta navíos han levado anclas rumbo sureste.

—Por fin una buena noticia —dijo sonriendo Zunkonel—. Esto facilitará nuestro avance. Mantendremos posiciones hasta que anochezca. Entonces caeremos sobre ellos. Decid a los hombres que descansen —ordenó a sus capitanes—. Mantened un perímetro de vigilancia en el frente, por si esos estúpidos deciden acercarse a nuestro campamento.

Durante el resto del día se produjeron continuos escarceos entre las legiones gronings y grupos de corsarios que, siguiendo las órdenes de Tirgo de Tirón, trataban de situar la posición exacta de sus enemigos. Poco antes de que el sol se escondiese en el oeste, cerca de trescientos piratas atacaron el flanco izquierdo groning, obligando a los hombres de Zunkonel a alejarse de la orilla del río y concentrarse en la zona arbolada.

Los gronings trataron de recuperar esas posiciones, pero una sangría de bajas les obligó a abandonar esa idea. Zunkonel ordenó la retirada a la zona de seguridad. No quería seguir perdiendo hombres en esa estéril guerra de guerrillas.

En tierra, al pie de los pedregales que perfilaban la costa oriental, comenzó a desplegarse una gran actividad corsaria. Cerca de mil hombres desembarcaron desde una docena de navíos, comenzando a preparar todo lo sigilosamente que pudieron una suerte de defensas a media milla de la orilla. Los vigías gronings advirtieron esos movimientos y alertaron de un posible ataque a la vanguardia de sus legiones, pero hostigados por varios grupos de corsarios no pudieron descubrir lo que éstos preparaban.

La noche había caído y los gronings se revolvían inquietos en sus posiciones, continuamente acosados por las flechas de los corsarios, como un oso azuzado por los picotazos de las abejas. Por uno de los dos canales del delta que aún permanecían abiertos, como la fantasmal sombra de un dragón, *La Sirena de los Mares* penetró silenciosa en el cauce del Morkurgul. En cubierta, agazapados a la espera de saltar sobre su presa, decenas de corsarios se apretaban en silencio unos contra otros. Tras remontar dos millas río arriba al amparo de las sombras nocturnas, los corsarios se deslizaron desde la cubierta del barco de Falk sobre las frías aguas del Morkurgul para, nadando como silenciosos castores, alcanzar la orilla norte. Con ellos transportaban decenas de odres repletos de aceite que usarían nuevamente a modo de combustible. Una vez el último hombre alcanzó la orilla, desaparecieron cuales espectros entre los juncos y la maleza.

De entre todos los navíos de la alianza corsaria, la quilla de la nave del capitán Falk era la única lo suficientemente pequeña como para poder navegar el Morkurgul. Por ello, *La Sirena de los Mares* fue la elegida para llevar a cabo esa peligrosa misión. Kilma, Holm y Tirk se lo habían desaconsejado encarecidamente a Falk, incluso habían llegado a suplicárselo; pero si los corsarios habían decidido ayudarles en su lucha contra los gronings, él tenía el deber de arriesgar aquello que más amaba, su preciosa nave, la más bella que jamás hubiera surcado mares y océanos.

Hasta diez furtivos viajes realizó el capitán Falk río arriba y río abajo, transportando a los hombres de Tirgo de Tirón tras la retaguardia groning. Una vez terminó el último trayecto, ancló *La Sirena de los Mares* en la desembocadura del canal, taponando una de las dos únicas salidas por las que los hombres del Mariscal Zunkonel podrían alcanzar la bahía.

Encendió una antorcha y la agitó con fuerza a derecha e izquierda. Desde El

Indomable respondieron ondeando otra tea. Ya sólo quedaba esperar la señal de los hombres de tierra. El plan de los corsarios se había puesto en marcha.

Zunkonel aguardaba inquieto la ocasión propicia para atacar a los piratas. El continuo acoso al que le sometían los corsarios le incomodaba e irritaba, por lo que envió contra ellos una compañía de dos centenares de soldados para lograr que se retirasen hacia la playa de piedras. Tras una dura refriega en la que murieron más de cincuenta hombres de cada bando, los dispersos grupos de corsarios debieron batirse en retirada ante el mayor empuje de la compañía groning.

Zunkonel se sintió reforzado con esa pequeña victoria, y decidió aguardar a que el cansancio y el sueño se apoderasen de los, en su opinión, desorganizados corsarios. Justo antes del alba; ése era el momento preferido por las legiones gronings para la matanza. Así es como llamaban en su jerga al ataque final sobre el enemigo. El frío hálito del viento de madrugada aclaraba la mente, ahuyentando de ella el miedo a la batalla. Los soldados temblarían por el frío de la mañana, no por la bravura y fiereza de sus enemigos.

Pero el Mariscal groning se equivocaba menospreciando a los hombres de Tirgo de Tirón. El Emperador de los Corsarios era un gran estratega, no en vano las demás familias le reconocían con ese apodo. Sus innumerables saqueos y pillajes siempre habían terminado bien para él, y no fueron ni el azar ni la suerte los que le hicieron salir triunfador, sino una planificada y adecuada estrategia para cada situación.

Tirgo de Tirón no pensaba esperar mucho más tiempo para lanzar su ataque. Cuanto más lo retrasase, antes las tropas gronings se reagruparían y recobrarían su confianza. Además nadie podría asegurarle que no se precipitase contra ellos una nueva oleada de soldados llegados desde el norte en apoyo de las tropas de Zunkonel.

Una vez que Tirgo de Tirón recibió la confirmación por parte de Falk de que los corsarios habían ocupado sus posiciones en la orilla norte, dio la orden para reanudar las hostilidades. Tres flechas envueltas en fuego rasgaron el manto del cielo estrellado. A continuación, el canto de una insomne gaviota alteró la inestable armonía del delta del río. La llamada del palmípedo fue contestada por el graznido de una miríada de cuervos, que definitivamente rompieron la quietud y la paz de aquella extraña noche. Los gronings despertaron de su duermevela e instintivamente se prepararon para repeler una nueva incursión de los corsarios.

Cuando el último hilo de humo certificó que las llamas de las tres flechas se habían apagado, el grueso de los corsarios que permanecían apostados frente al mar, avanzaron a bloque contra las posiciones gronings. Cientos de flechas volaron surcando el oscuro velo de la madrugada antes de caer como afilados dardos sobre los hombres de Zunkonel. Tras varias oleadas de los arqueros corsarios, que obligaron a los gronings a retroceder o ponerse a cubierto dispersándose, más de setecientos piratas atacaron el frente de las legiones de Zunkonel, rompiendo sus defensas entre

terroríficos gritos y poderosos mandobles. Los gronings tuvieron que replegarse ante el ímpetu del ataque corsario, obligando a la retaguardia de su ejército a retroceder más de doscientos pasos hacia la orilla del Morkurgul. Aquella carga cuerpo a cuerpo de los corsarios había sorprendido a Zunkonel, quien no les creía capaces de atreverse a enfrentar a sus legiones frente a frente.

El Mariscal y sus oficiales, desesperados, intentaban ordenar y retomar las posiciones que habían perdido momentáneamente, tratando de reagrupar a sus compañías ahora dispersas. Pero la cerrada lluvia de saetas que parecía caer desde la morada de los dioses, cegaba los oídos de sus soldados a las órdenes de sus capitanes. Incluso los corsarios caían abatidos por el fuego amigo, pero eso no lograba arredrarles en la que parecía ser la última y desesperada carga de un regimiento de caballería. Su arrojo y su desatada ira consiguió asustar a los curtidos soldados de las legiones gronings, que no tuvieron más remedio que seguir retrocediendo hacia el río, empujados por la bravura y determinación de los corsarios.

Cuando la retaguardia groning pisaba los juncos y las piedras de la orilla del Morkurgul, una ola de fuego se alzó a sus espaldas. Muchos pensaron que la tierra se había abierto mostrando el poder de un horrible averno. Entonces más flechas cayeron sobre ellos, aunque esta vez provenían del río, como enviadas por un malvado hechicero desde los Rápidos del Ansar.

La confusión y el caos se apoderaron de las tropas gronings. El frente y la retaguardia chocaban entre sí, tratando cada uno de ellos de escapar de la amenaza que los atacaba. Parte de la retaguardia groning murió abrasada por las llamas que brotaban como una diabólica floresta de las fértiles orillas del Morkurgul, si es que no lo había hecho ya ensartada por las flechas corsarias.

Zunkonel debió ponerse al mando de sus tropas para poner fin al desconcierto que la carga de los corsarios, el fuego y las flechas estaban causando en sus legiones. Consiguió que trescientos de sus hombres formasen una ordenada vanguardia y lentamente lograsen contener el avance de los corsarios. Con ello lograron que la confusión disminuyese y más hombres se uniesen a ellos. Tras una encarnizada lucha, lograron hacer retroceder a los corsarios, hasta hacerles huir en una extrañamente ordenada retirada.

Los gronings se crecieron, recuperando su ánimo al haber repelido el ataque corsario y comenzaron a perseguirles. El Mariscal Zunkonel se desgañitaba en vano ordenando a sus hombres que no abandonasen sus puestos y dejasen huir a los corsarios. Pero sus legiones, comandadas por algunos oficiales sedientos de gloria, desoyeron sus consejos en el fragor de la batalla.

Los gronings cargaron sobre la playa, pero allí los corsarios les aguardaban con renovadas fuerzas. La primera gran compañía de corsarios que había cargado contra la vanguardia groning, intercambió sus posiciones con la compañía de arqueros de tierra quienes, frescos aún por no haber peleado cuerpo a cuerpo, fueron los encargados de recibir a los confiados gronings.

Los hombres de Zunkonel rápidamente cayeron atrapados en las defensas preparadas por los corsarios, que ahora les obligaban a separarse en grupos de no más de veinte efectivos que perdían el contacto y la referencia con el resto de las compañías. Nuevas lenguas de fuego surgidas de la nada incendiaron la noche oriental. El averno volvía a recibir a los soldados gronings, sorprendidos por el fuego y el vigor de los defensores de aquel infierno, a escasos pasos de la Puerta de Oriente como el pelirrojo Tirk había sugerido llamar a la bella Thioluka. Desde los barcos más próximos a la bahía, flechas inflamadas de ese fuego infernal terminaban por conducirles a una horrible muerte.

Zunkonel, viendo que la vanguardia de su ejército se desvanecía bajo la espada de Tirgo de Tirón, trató de reaccionar salvando su retaguardia. Recompuso junto con sus capitanes Salader e Yliken a los pocos hombres que quedaban defendiendo el centro de sus legiones y corrieron hacia el río en ayuda de su retaguardia. A medida que se acercaban a la orilla, pudieron comprobar que la situación era más crítica de lo que pensaban. Decenas de hombres habían muerto pisoteados en las avalanchas producidas por el pánico cuando fueron atacados desde el frente y se vieron atrapados por un muro de fuego. Las flechas de los corsarios también habían causado estragos entre las tropas gronings, que ahora libraban un encarnizado combate cuerpo a cuerpo que teñía de rojo, sólo visible a la luz de las llamas, las cristalinas aguas del Morkurgul.

El óleo que los hombres de la alianza corsaria habían utilizado para incendiar la orilla norte se consumía con la misma rapidez con la que los soldados gronings caían bajo sus espadas y cuchillos. Zunkonel se vio obligado a retroceder; sus hombres se trastabillaban, tropezando en la oscuridad con el manto de cadáveres que cubrían el páramo. También los corsarios habían sufrido numerosas bajas, pero nada comparable con la debacle de las legiones gronings. Más de cinco mil hombres habían perecido desde esa mañana de infausto recuerdo para los esbirros de Zornik. Sólo varios cientos de soldados luchaban ya esparcidos entre las orillas del Morkurgul y el Mar del Este. Finalmente fueron acorralados y rodeados por los corsarios. Yliken y Salader habían caído, y sólo el Mariscal Zunkonel permanecía altivo, con la vaina de su espada ensangrentada al mando de la última resistencia groning.

Instantes antes y viendo próxima la victoria, Tirgo de Tirón había avanzado con una treintena de sus hombres abriéndose paso a golpe de espada entre la ya débil resistencia groning. Cuando los corsarios cercaron a Zunkonel y los suyos, el Emperador ya se encontraba ante ellos.

—¡Rendíos y conservad vuestras vidas! —gritó Tirgo de Tirón a la última compañía groning—. ¿Quién es el oficial al mando de este ejército?

—Yo estoy al mando —respondió con voz igualmente potente y desafiante Zunkonel.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Tirgo de Tirón.

—¿Quién es el que osa preguntármelo? —contestó altanero el Mariscal—. No responderé hasta que tú me digas primero quién eres.

Tirgo de Tirón estuvo tentado de arrojarle su cuchillo y cercenarle la garganta, pero se contuvo antes de responder al groning.

—Me llamo Tirgo de Tirón —contestó orgulloso—. Soy el Emperador de los Corsarios, el adalid de las familias piratas que os han derrotado. Decidme ahora vuestro nombre y suplicad clemencia, o vuestros huesos y los de vuestros hombres descansarán aquí por toda la eternidad.

—Mi nombre es Zunkonel —respondió irguiéndose desafiante frente a los corsarios—, Mariscal de las legiones gronings del Oeste. Jamás suplicaré clemencia ante nada ni nadie, y menos ante un atajo de andrajosos malhechores sin reino ni tierras que defender. Yo solamente me arrodillo ante el futuro Emperador del mundo, el gran rey Zornik, aquél que acabará con todos vosotros y con todo aquél que ose alzarse ante su egregio poder. Temblad malditos, un nuevo orden ha comenzado. Nosotros sólo somos el estilete que abre paso a la ocupación. Miles de hombres vendrán tras nosotros y el poder.

Zunkonel no pudo terminar su diatriba. Cansado de escuchar la desafiante verborrea del Mariscal, Tirgo de Tirón no pudo reprimir por más tiempo su ira y atravesó con su cuchillo de un certero tiro la garganta del groning. Los hombres de Zunkonel tardaron en reaccionar sorprendidos por la muerte de su Mariscal, pero lejos de solicitar clemencia, cargaron contra los corsarios que los rodeaban.

Allí, bajo la sombra de la floresta y el lóbrego firmamento, terminó el primer intento del rey brujo por conquistar las tierras del este. Los corsarios también sufrieron numerosas bajas en esa larga jornada de lucha. Viendo los cuerpos inertes que cubrían por doquier el campo de batalla, Tirgo de Tirón se cuestionaba amargamente si el oro de los gronings podría de algún modo compensar la pérdida de tantos y tantos hermanos corsarios. Pero en su foro interno sabía, aunque se negaba a reconocerlo, que había tomado la decisión de embarcarse en esa guerra no por el codiciado oro groning, sino por mantener intacta la libertad de los rebeldes mares del sur ante la amenaza de la que un día le previno un viejo lobo de mar llamado Falk. La paranoica oratoria del Mariscal Zunkonel había acabado por convencerle que su decisión había sido acertada.

Unos gritos que provenían de la playa devolvieron a Tirgo de Tirón a la despiadada realidad, plena de sangre y odio. Sin tiempo de enterrar a los muertos y atender a los heridos, corrieron hacia la costa donde una terrible sorpresa les aguardaba. Varios de los barcos de la flota del Emperador Corsario ardían envueltos en enormes y agitadas llamaradas, mientras otros dos más comenzaban a correr la misma suerte. Súbitamente, desde el centro de la bahía, se encendieron miles de puntos de luz que, como siniestras luciérnagas, iluminaron la cubierta de una treintena de naves. Aquellas luces ascendieron al cielo, confundándose con las difuminadas estrellas que esa noche carecían de su fulgor habitual y, volando hasta la

orilla, cayeron sobre las familias corsarias fieles a Tirgo de Tirón.

—¡Alagam! —gritó incendiado de ira Tirgo de Tirón—. ¡Maldito carroñero, repugnante ave de rapiña! ¡Acabaré contigo de una vez por todas! ¡A los barcos, a los barcos! —gritaba enfebrecido mientras corría hacia uno de los cientos de botes que estaban encallados en la pedregosa orilla—. ¡Miserable traidor! —seguía gritando iracundo.

Tirgo de Tirón y las familias corsarias fieles a su causa, sin aún haber recuperado el aliento tras la sangrienta batalla contra la horda invasora, debían enfrentar ahora un nuevo y aún más terrible desafío: luchar contra sus hermanos corsarios para detener la traición de Alagam. La sangre de los corsarios se uniría para siempre con las dulces aguas del Morkurgul y las saladas aguas del Mar del Este, en lo que las letras de las canciones que relataron esa batalla bautizaron como La Bahía Sangrienta.

## Un reencuentro inesperado

Hacía tres lunas que “Oyvind, Soplo de Viento” y “Narno el Guardián de Piedra” habían dejado atrás la abandonada aldea de Fuente Dorada. Transitaban al abrigo de la cara meridional de la Cordillera Savakien, ocultos a los ojos del enemigo. Su camino hacia Nornogham se había convertido en una oscura travesía bajo el negro firmamento, sólo iluminada ocasionalmente por la lejana luz de las traviesas estrellas.

Una vez alcanzasen Nornogham, Oyvind compraría una carreta y un caballo a cambio de varias pepitas de oro, con lo que lograrían acelerar notablemente su marcha. El testarudo peregrino conduciría la carreta durante el día, mientras Narno la guiaría a través de las brunas noches que en los últimos tiempos parecían acechar a los viajeros que transitaban por la Tierra Verde. El cielo se vestía con un opaco y pesado velo que presagiaba el comienzo de los días de sombra con los que Zornik ansiaba cubrir toda Tierra Conocida.

La pasada noche cruzaron el Fazkul, y ahora se dirigían hacia el nacedero del Montul. Una vez alcanzaran la orilla oeste caminarían cerca de diez millas y, antes de que les sorprendiera el amanecer, se ocultarían en algún escondite a los pies de la cordillera. Cuando el crepúsculo del siguiente día alcanzase los picos de la Savakien, iniciarían el último tramo de su travesía hacia Nornogham.

Pero sus planes se vieron súbitamente truncados. A unas cinco millas frente a ellos, Oyvind distinguió la titilante danza de cientos de difusos reflejos. El alko corrió desbocado hacia aquellas luces mientras Narno le seguía con dificultad. Tras llegar al extremo oeste del altiplano por el que transitaban, divisaron una extensa hondonada a sus pies. Desde lo alto, Oyvind constató como sus peores presagios se habían confirmado. Miles de soldados gronings permanecían acampados a las puertas de Nornogham, cerrándoles el paso en su camino hacia las Landas de Edhilien.

Oyvind se tumbó descorazonado en la escarchada hierba.

—Esos malditos nos cortan el paso —se lamentó el alko.

—No podremos avanzar hacia el oeste a menos que los gronings se movilicen —corroboró Narno.

—El tiempo se acaba —sentenció Oyvind—. Para los pueblos libres y para mi hermano Ingvar. No permanecerá agazapado como una comadreja aguardando a que los gronings levanten su campamento. Nos dirigiremos hacia el sur. Cruzaremos el territorio enemigo a través de los Guardianes de Groning. El camino será más lento y tortuoso, pero también será más difícil que los esbirros de Zornik nos descubran.

—Te seguiré adonde tú vayas —respondió Narno—. Como te dije en Fuente Dorada, mi destino está ahora atado al tuyo.

—Retrocedamos entonces —ordenó Oyvind—. Dormiremos al cobijo de aquel bosquecillo que dejamos unas millas atrás. Mañana marcharemos siguiendo el cauce del Montul. En un par de lunas llegaremos a las estribaciones orientales de los



Guardianes de Groning.

Oyvind y Narno contemplaron durante unos instantes la calmada marea groning que inundaba aquellas mesetas, cubriéndolas del color rojo y negro de sus vestiduras. Después, sin perder de vista el campamento, retrocedieron reptando sobre la hierba para alejarse de las tropas de Zornik.

Los dos peregrinos caminaron presurosos, buscando en la oscuridad de la noche los tenues reflejos de las estrellas sobre la corriente del Montul. Justamente cuando divisaban sus plateadas aguas en la lejanía, alcanzaron el pequeño bosque. Las luces del amanecer comenzaron perezosas a asomarse a través de los picos de la Savakien. Narno miró fijamente a Oyvind y trató de apaciguar con su mirada el contrariado corazón del joven alko. Pero era la mirada de su gemelo Ingvar el único bálsamo que podría reconfortar su alma. Y tras encontrar a su hermano, una nueva mirada sería necesaria para serenar por siempre su alma: la de su añorada y amada Edda.

Mientras la mente de Oyvind se sumergía en esos pensamientos, el gigante se transformó un día más en el terrorífico Guardián que, convertido en estatua de piedra, velaría los sueños del joven alko.

Oyvind se despertó antes de que el sol anunciase el mediodía. Inquieto en su duermevela al haber visto truncados sus planes de cruzar a través de las Landas de Edhilien, decidió escrutar los alrededores a la luz del día. Sus privilegiados ojos élficos hacían de él un avezado explorador, pero la oscuridad de la noche mermaba su prodigiosa visión. Antes de partir, ocultó con ramas caídas al pétreo Narno. Si alguien se topase con aquella estatua en medio del bosque, podría pensar que se tratase de un horrendo troll convertido en piedra por la caricia de los rayos del sol, y arremetiese contra ella rompiéndola en mil pedazos.

Corrió veloz hacia el sur siguiendo el cauce del Montul. Debía permanecer alerta y avanzar con precaución, pues tras descender del suave altiplano la vegetación desapareció, y con ella la protección que la floresta le dispensaba. Siguió avanzando un par de leguas más, sin descubrir la presencia de patrullas gronings. Tras descender por una verde depresión, al final de la cual una enfangada charca recogía el agua de la nieve derretida, encontró un perfecto promontorio desde el que pudo otear los confines meridionales y occidentales.

Nuevamente una desagradable sorpresa su mostró ante sus azules ojos. Unas millas al sur de Fuente Dorada divisó una intensa actividad. Se trataba de soldados gronings que patrullaban al norte del Embarcadero del Morkurgul. Más al sur, ya como difusas sombras, descubrió el embarcadero, rodeado por una alfombra roja y negra que se extendía en derredor del mismo. Las legiones gronings ultimaban sus preparativos para la gran ocupación de las tierras orientales. Un escalofrío recorrió su espalda cuando pensó en la suerte que Edda, Kiril, Maikel y sus amigos correrían. Rezó por ellos a Nerlinguia, mientras los remordimientos por haberlos abandonado a su suerte corroían su alma. Dirigió a continuación su mirada hacia el angosto Corredor de Groningburgo, y de nuevo los gronings se aparecieron ante sus ojos,

aunque esta vez en menor número. Una compañía de unos trescientos soldados transitaba en esos momentos hacia los Guardianes de Groning, probablemente rumbo al norte del Paso del Gorglin.

La situación se tornaba cada vez más complicada. Los gronings iban lentamente estrechando el círculo sobre los pueblos libres, lo que dificultaba el viaje de Oyvind y Narno. A pesar de todo, decidió que la opción más segura era la de tomar el camino que cruzaría los Guardianes de Groning, ya que la vigilancia de las huestes de Zornik sería menor entre esas montañas.

Comenzaba a atardecer, y el frescor del viento tardío recordó a Oyvind que debía volver a la arboleda donde Narno descansaba en inanimados sueños pétreos. Aceleró el paso, y su sombra se fue alargando a medida que el sol caía cansado sobre las montañas del oeste. Fatigado por la larga excursión, Oyvind sentía que su cuerpo le suplicaba se tumbase en la tupida alfombra verde que tapizaba las llanuras por las que discurrían los afluentes del Morkurgul. Cuando el ocaso alcanzaba con los últimos rayos del sol las faldas de la Savakien, Oyvind llegó al escondite de Narno, antes de que la noche le hiciera despertar nuevamente a su sesgada existencia.

Allí el gigante volvió a la vida, quebrando en mil pedazos su condena de piedra. Se encontró a Oyvind tumbado frente a él, con la misma expresión de sorpresa que le había embargado el primer día que contempló su dolorosa metamorfosis.

—Pareces cansado, peregrino —le saludó Narno—. ¿Es que acaso no has podido conciliar el sueño?

—Me desperté antes del mediodía —contestó Oyvind—. Como no podía dormir, decidí comprobar la ruta que seguiremos. Me inquieta lo que descubrí más al sur. Los gronings ocupan gran parte de la comarca y varias compañías la patrullan de este a oeste. Nos será difícil llegar hasta los Guardianes de Groning, pero lo intentaremos de todas maneras. Si pudiéramos alcanzar el Paso de la Rocosa sin ser descubiertos por esos malditos, creo que estaríamos a salvo.

—Descansa un poco —le sugirió Narno—. Necesitarás todas tus fuerzas para afrontar esta misión.

—Tengo mis fuerzas intactas —respondió Oyvind—. Desde que huí de Lothikaton mi cuerpo y mi alma se han endurecido, y el cansancio o el dolor no pueden interponerse en la misión que nos fue encomendada. Así que en marcha, no hay tiempo que perder —ordenó Oyvind.

—Siempre desoyes los consejos de los demás, testarudo peregrino —farfulló Narno.

Oyvind no dio tiempo a que Narno terminara su frase. Partió veloz hacia el sur, abandonando el bosquecillo al cobijo del cual había descansado el gigante.

Durante las dos jornadas siguientes ambos peregrinos caminaron sin descanso. Solamente interrumpían su viaje obligados por la maldición que cada amanecer acudía al encuentro de Narno. En la madrugada del tercer día alcanzaron los primeros picos de los Guardianes de Groning.

—Los Guardianes de Groning —le susurró Oyvind a Narno mientras contemplaba aquellas montañas—. Los custodios de las fronteras meridionales del reino de Zornik.

—¿Hacia dónde avanzaremos ahora? —preguntó Narno.

—Hacia el oeste —respondió Oyvind—. Pero me preocupa la compañía que patrulla por estas tierras. Si nos topamos con ella, nos obligará a cruzar al otro lado del Paso de la Rocosa, lo que indefectiblemente retrasará nuestra marcha.

—Será mejor que lo comprobemos cuanto antes —sugirió Narno, y se interno en los Guardianes de Groning trotando como un joven e inquieto potrillo mientras Oyvind le seguía a unos pasos de distancia.

No tuvieron que caminar demasiado para descubrir, en dirección oeste, el improvisado campamento que la compañía groning había levantado en medio de la ruta que los dos amigos debían seguir. La esperanza de que aquella compañía hubiera encarado el Paso del Gorglin para dirigirse a Groningburgo acababa de desvanecerse.

—¡Maldita sea! —gruñó Oyvind—. Los gronings nos cierran el paso de todos los posibles caminos que conducen a Eloburgo.

—¿Qué ruta tomaremos ahora? —pregunto Narno sabiendo de antemano la respuesta.

—No nos queda más remedio que cruzar el Paso de la Rocosa —musitó Oyvind—. Pero temo que una vez al otro lado, también los gronings controlen los caminos. En Thioluka nos informaron que Zornik se aprestaba a construir un embarcadero en el Río Arquiri-Valu, muy cerca de Puente de Piedra. Espero por nuestro bien que ahora su prioridad sean los embarcaderos del este; de otro modo tarde o temprano nos descubrirán, y por muy fuertes que sean nuestros brazos no podremos hacer frente a una legión de soldados gronings.

—Hacia el Paso de la Rocosa entonces —habló enérgicamente Narno tratando de animar a un alicaído Oyvind.

La noche menguaba y los dos peregrinos apretaron el paso para guarecerse de las primeras luces del día. En las sombrías veredas en las que morían las escarpadas montañas de la Iugur-András y los Guardianes de Gronings, Oyvind y Narno descubrieron una cueva oculta a los ojos de los viajeros que por allí pudieran transitar. Tras asegurarse de que no se trataba de la guarida de alguna bestia salvaje, se ocultaron en ella y aguardaron inmóviles frente a la entrada a que las luces del alba acariciasen sus rostros para transportarlos a diferentes vidas y sueños. Un nuevo día amanecía en el mundo de los mortales.

Tras el crepúsculo, reanudaron la marcha a través del Paso de la Rocosa. Ya de madrugada, cruzaron al otro lado de la cordillera, divisando a pocas millas de distancia el paso del Río Ronan. Pero más al oeste, en la confluencia del Ronan y el Grazemberg, un amplio círculo de luces delataba nuevamente la presencia del ejército groning. Los trabajos del Embarcadero del Arquiri-Valu habían comenzado, y una ingente cantidad de soldados velaban por la seguridad de los mismos. Oyvind sintió

desfallecer.

—No pierdas ahora la esperanza, peregrino —le habló Narno—. Si tu hermano es tan testarudo como me imagino, será capaz de soportar unas lunas más el infierno de la condena en las minas de oro. No dudes que sobrevivirá hasta tu llegada.

Oyvind no dijo nada, mientras pensativo luchaba por rendirse a la evidencia: deberían recorrer las faldas de la Iugur-András hasta su vértice oriental, para después retroceder hacia su extremo occidental. Desde allí tendrían que internarse en el Bosque Ranwuhan, para después cruzar el Arquiri-Valu, transitar por las fronteras de Tierra Seca hasta alcanzar el lindero de Bosque Frío y, por fin, llegar a las puertas de Eloburgo. Un largo viaje que retrasaba aún más los planes de Oyvind quien, a pesar de las palabras de consuelo de Narno, comenzaba a temer que el añorado reencuentro con Ingvar nunca llegara a producirse en vida.

—Retrasaréis mi marcha, pero os juro que tarde o temprano cumpliré mi misión —volvió a hablar con los ojos incendiados de ira mientras contemplaba el campamento groning—. Un día Zornik caerá y los hombres de bien regirán los designios de Tierra Conocida.

—Adelante, peregrino —le animó Narno—. Que tus ojos guíen a este Guardián que ahora se encuentra perdido lejos del bosque que lo vio nacer.

—Sígueme, Narno —le sonrió Oyvind—. Quizás este contratiempo sea otro guiño del destino, como el que me apartó del camino conduciéndome hasta tu cabaña. Quién sabe que gratificante sorpresa puede aguardarnos frente a tan desalentador horizonte.

—Nadie sabe lo que el destino le reserva —respondió Narno—, mas el albur del mío propio me hace presentir que camino hacia el final, pero no a uno trágico, sino a la liberación de la maldición que rige mi oscura existencia. Siempre la búsqueda es más interesante que el hallazgo, y ahora me encuentro sumido en ella gracias a ti, Oyvind Soplo de Viento, el errante peregrino que me hizo despertar del letargo que atenazaba mi atormentado corazón.

Oyvind y Narno cruzaron sus miradas, que brillaron iluminadas por la serena luz de la luna. Sin cruzar más palabras reemprendieron su trastocada ruta.

Las siguientes lunas discurrieron en una tensa calma mientras transitaban a los pies de la Iugur-András. Cruzaron el nacedero del Ronan, y tres días después divisaron desde el vértice oriental de la cordillera el cauce del Grazemberg. Aún invirtieron dos días más hasta que lograron alcanzarlo y franquearlo. En el albor del amanecer, llegaron a unos campos donde se extendían frondosas arboledas, principalmente manzanos y olmos, salpicados de fresnos y algún que otro roble. Durante esos días no habían divisado ninguna partida groning por los alrededores, por lo que viajaban más relajados que de costumbre.

—Dormiremos bajo ese grupo de olmos —le indicó Oyvind a Narno—. Mañana

nos acercaremos a las inmediaciones del Paso de la Cortada. A partir de entonces deberemos de extremar nuevamente las precauciones.

—De acuerdo —asintió Narno.

Los dos peregrinos se tumbaron al cobijo de los olmos. Oyvind contemplaba reflejado en los altos picos de la Iugur-András como el resplandor de la estrella del día comenzaba a incendiar el oriente de Tierra Conocida.

—La añoranza se apodera de mi corazón —le confesó el nerlingo—. Varios cientos de millas al suroeste del Paso de la Cortada se encuentra mi hogar. Desde que escapé de Jactinia nunca había vuelto a estar tan cerca de él. ¿Qué será de Kiril y Maikel? ¿Lograrán ellos algún día también regresar a Alkoburgo?

Y mientras el alko seguía sumido en la nostalgia expresando sus pensamientos en voz alta, el preludio del amanecer se escurrió a través de las cumbres de la cordillera, viajando veloz a acariciar el rostro de Narno, quién mutó a su pétreo estado mostrando esta vez un sereno y plácido rictus.

Llegó la noche envuelta entre negros y apretados nubarrones. Oyvind escrutaba los alrededores cuando escuchó el violento estallido que anunciaba el despertar de Narno. Caminó hacia el gran olmo bajo el que ahora se estiraba el Guardián de Bosque Salvaje.

—Buenos días, peregrino —saludó el gigante.

—Buenas noches, Narno —respondió el alko—. Apresurémonos a reemprender la marcha, pues el cielo amenaza lluvia. Confío en que no torne a una desatada tormenta. Este viento del sur solía provocar una terrible descarga de lluvia y rayos sobre el Lago Argul.

—Algún día volverás a tu añorado hogar en Alkoburgo —profetizó sonriendo.

—Algún día —musitó Oyvind, y ambos reemprendieron la marcha.

La noche huérfana de luz retrasó su avance a través de aquellos terrenos jalonados de apretadas arboledas. Lentamente fueron recortando la distancia que les separaba del Paso de la Cortada. Apenas si podían ya escuchar el sonido de la corriente del Río Grazenberg. A partir de ahora encararían nuevamente el camino hacia territorio groning. En unas lunas alcanzarían las inmediaciones de Puente de Piedra. Oyvind sospechaba que, con toda seguridad, ese puesto fronterizo sería ahora un punto de vigilancia para los hombres de Zornik, por lo que deberían permanecer alertas.

Era plena madrugada cuando comenzó a llover débilmente. Una fina e imperceptible cortina de agua empezó a calar a los dos furtivos peregrinos. Oyvind y Narno se cubrieron con sus capas y continuaron la marcha, como dos espíritus errantes condenados a vagar toda la eternidad por la faz de Tierra Conocida.

Tras una legua de silenciosa caminata, Oyvind se detuvo repentinamente.

—¿Qué sucede? —preguntó extrañado Narno.

—Juraría que algo se movía entre aquellos matorrales —dijo Oyvind

señalándolos con su dedo.

—Yo no veo nada —respondió Narno—, aunque tampoco creo que vería nada desde esta distancia aunque un jabalí corretease frente a nosotros.

—Quizás habrán sido imaginaciones mías —habló Oyvind tras unos instantes en los que sus ojos trataron de escrutar la impenetrable oscuridad.

—Continuemos entonces —dijo Narno—. Seguramente sólo se trataba de un despistado cervatillo.

Oyvind no contestó a la sugerencia del Guardián y continuó la marcha. No era precisamente un cervatillo lo que él creía haber visto. Apretó su mano contra la empuñadura de su espada y permaneció vigilante a cualquier sonido que turbase el silencio de aquellos campos.

Sólo los pájaros más taciturnos osaban romper la calma de la madrugada. Con sus impenitentes trinos anunciaban como el alba corría veloz a su encuentro y, con la luz del nuevo día, agitarían sus alas para surcar el cielo en libertad, acunados por las caprichosas corrientes de aire. Un cuco recitó su sorda melodía al paso de los peregrinos, honrando con su canto la noble misión que guiaba sus destinos.

Cuando Oyvind dio una nueva zancada sintió el suelo vibrar bajo sus pies para, a continuación, comenzar a volar como anunciaban las aves del bosque. Impulsados por una fuerza invisible, sus pies se separaron del suelo y sus cuerpos ascendieron, empujados por un seco latigazo, a lo alto de un viejo y retorcido roble. Habían caído en una trampa, atrapados en una red de la que ahora colgaban.

Oyvind se revolvió veloz como una serpiente y consiguió coger su cuchillo de caza que llevaba enfundado a la cintura.

—¡Prepárate a caer! —le gritó a Narno.

Rasgó de lado a lado la red y los dos cuerpos cayeron nuevamente a tierra firme. La enorme humanidad de Narno provocó un gran estruendo al chocar contra el suelo y quebrar con su espalda varias ramas secas que ahora se esparcían desmenuzadas bajo su cuerpo.

Antes de que Oyvind y Narno se recobrasen del fuerte golpe, sintieron la fría caricia del acero en sus cuellos.

—Un solo movimiento y vuestras cabezas rodarán por la hierba —habló una voz amenazante. Oyvind trató en vano de revolverse, ya que enseguida pudo percatarse que estaban rodeados por al menos seis hombres armados.

—Somos viajeros —habló Narno—. No queremos luchar con vosotros.

—Eso lo decidirá nuestro jefe —respondió la voz.

—¿Quiénes sois, gronings acaso? —preguntó Oyvind.

—Lo sabrás a su debido tiempo —contestó la voz—. ¡Atadlos y cubridles las cabezas! Debemos llevar la caza al campamento.

Rápidamente un par de hombres maniataron a Oyvind atándole las manos a la espalda y cubrieron su cabeza con un pequeño saco.

—No te resistas o te cercenaré la cabeza —amenazaron a Narno quien trataba de

zafarse de las ataduras que ahora asían sus muñecas.

—En marcha —ordenó la voz una vez retiraron la red ahora inservible que antes habían utilizado como trampa para capturarlos.

Uno de los captores se adelantó al grupo e, imitando el canto de un insomne cuco, comenzó a avisar de su llegada a los hombres que custodiaban el sendero que conducía al secreto campamento.

Caminaron varias millas como sombras aviesas bajo la lluvia que arreciaba por momentos. Oyvind sentía que se aproximaban a las faldas de las montañas, pues el sonido de las gotas de lluvia que rompían sobre las rocas era cada vez más nítido. Repentinamente el grupo se detuvo, y escuchó a la voz que comandaba la partida dando nuevas al que parecía el jefe de aquellos hombres. Si se trataba de soldados, bandidos o proscritos, poco importaba ya, pues Oyvind tenía el presentimiento que tras ser interrogados en busca de información serían ejecutados.

—Llevadlos a las cuevas para que pueda interrogarlos —dijo el que parecía ser el jefe, confirmando sus sospechas.

Los hombres empujaron a Narno y Oyvind, arrastrándoles al interior de su guarida. Una vez dentro les golpearon hasta que cayeron de rodillas al suelo. Los colocaron frente a la entrada de la cueva, mientras en el exterior la tormenta se aproximaba amenazante.

—Quitadles las capuchas —ordenó el jefe al tiempo que varios hombres se unieron al grupo—. Quiero verles la cara. Veremos que tienen que contarnos estos dos infelices.

En el mismo momento en que retiraban la empapada capucha de áspera tela de sus cabezas, un cegador relámpago desgarró el velo de oscuridad que envolvía aquella desapacible noche. Los últimos destellos de su luz se reflejaron en la cara de Oyvind y Narno, mostrando sus deslumbrados rostros a los ojos de sus captores.

—¡Oyvind! —gritó con sorpresa uno de aquellos hombres—. ¡Eres tú! ¡El relámpago anuncia tu regreso!

Los hombres que rodeaban al alko y a Narno miraron incrédulos a aquél quien había proferido aquellos gritos. Cuando Oyvind se recuperó del fulgor que había cegado sus azules ojos, contempló la figura del hombre que había pronunciado su nombre y estalló embargado de júbilo:

—¡Perlivarce! ¡Mi buen Perlivarce! —exclamó Oyvind—, ¡Vuelvo a encontrarte en estas oscuridades! ¡Bendito seas, por Nerlinguia! —y el alko sollozó de alegría mientras los allí presentes, incluido Narno, no podían salir de su sorpresa.

Perlivarce corrió hacia Oyvind y lo abrazó con tanta efusividad que lo tiró de espaldas al suelo, pues llevado por la emoción del momento olvidó que estaba maniatado.

—¡Oyvind! ¡Hermano mío! —gritaba entre lágrimas de emoción mientras apretaba al alko entre sus brazos—. ¡Soltadle! —ordenó a los otros hombres—. Es Oyvind —exclamaba mientras sostenía su rostro con las manos—, es uno de vuestros

hermanos alkos, uno de los que acompañaban a vuestro Rey —y llevado por la emoción era incapaz de dejar de abrazar al hijo del relámpago.

—Está bien —dijo la voz de aquel hombre a Perlivarce—. Tranquilízate, o nos será imposible desatar a tu amigo.

—Desatad también a Narno —les exigió Oyvind—. Viaja conmigo.

Los hombres se acercaron cautelosamente hacia el gigante, no fuera ahora a revolverse contra ellos y vengarse por los golpes que antes le habían propinado.

—¡Eres un regalo del cielo! —seguía exclamando Perlivarce—, ¡un presente de Nerlinguia! La esperanza vuelve a renacer en nuestros corazones. Pero por favor, cuéntame ahora mismo cómo has llegado hasta aquí. La última vez que nos vimos viajabas acompañado de Kiril, Maikel, Thehnor y de vuestro nuevo compañero Tortion. ¿Qué ha sido de ellos?

—Muchas son las penalidades que hemos sufrido, grande y profundo es el dolor que albergan nuestros corazones, mas la llama de la esperanza aún no se ha apagado —respondió Oyvind—. Cruciales nuevas he de relatarte —y miró desconfiado a su alrededor—, pero no todos los oídos están preparados para recibirlas.

—Estás rodeado de amigos —trató de tranquilizarle Perlivarce—. Éste es Aimon —le presentó—. Tú ya lo conoces. Es el hermano del malogrado Anodrac, nerlingo del clan celko. Él y sus compañeros reorganizaron una antigua orden fundada por Borbul y, bajo el nombre de Los Quince de Klimerik, han mantenido en jaque a las tropas gronings que controlaban territorio bortigo. Después de sus exitosas escaramuzas se vieron obligados a huir de Bosque Verde en compañía de un grupo de bortigos. Yo los guíé hasta estas cuevas que hoy llamamos La Colonia.

Oyvind pareció calmarse al escuchar las palabras de Perlivarce. Sin embargo, aún no quería desvelar el secreto de Narno.

—Mi amigo Narno está muy fatigado —añadió al alko—. Arrastra unas heridas que lo han debilitado y necesita reposar. Proporcionadle un cobijo apartado del resto para que pueda descansar sin ser molestado —terminó nervioso al comprobar el creciente brillo que comenzaba a iluminar el horizonte—. Una vez esté acomodado, os relataré mi historia a ti y a Los Quince de Klimerik. Nadie más sabrá por el momento lo que tengo que contaros.

—Se hará como tú dices —prometió Perlivarce—. Aimon, que tus hombres proporcionen acomodo y alimentos al compañero de Oyvind —y a una señal de Aimon, Enoc y Eboc acompañaron a Narno a una profunda galería en el interior de la caverna.

—Que nadie ose molestarlo mientras descansa —volvió a recordar Oyvind.

—No te preocupes —le miró extrañado Aimon—. Te prometo que nadie perturbará sus sueños.

Narno caminó a grandes zancadas apremiando con su paso a los dos celkos, que se miraban sorprendidos por la premura con la que el Guardián deseaba conciliar el sueño. Una vez lo acomodaron en su improvisada estancia, taparon la entrada de la



misma con una suerte de circular portón de madera, como quien encierra en un cestaño a un adormilado cachorrillo. Unos instantes después de que Enoc y Eboc se despidiesen de Narno, la maldición acudió presta a su encuentro.

Los dos celkos se presentaron ante Aimon.

—El huésped está acomodado —dijo Enoc.

—Realmente tenía prisa por tumbarse y conciliar el sueño —añadió Eboc.

—Aguardamos ansiosos tu relato, Oyvind —le inquirió Perlivarce.

—Sentémonos alrededor del fuego —sugirió Aimon—. Enseguida llegarán Oakes y Alvar con algo de agua y comida para ti. No parece que hayas disfrutado de una comida caliente desde hace bastantes lunas.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —respondió Oyvind—. En verdad apenas si hemos tenido tiempo para malcomer durante las últimas lunas. Los gronings cortaban el paso a todas nuestras rutas y nos vimos obligados a retroceder y dirigirnos hacia el sur. Pero comenzaré por el principio, aquella oscura y fría noche en la que nos despedimos de Perlivarce en las afueras de Bortiburgo.

Antes de que Oyvind pudiera comenzar su relato, entraron Oakes y Alvar con un plato de potaje con carne caliente, una hogaza de pan, una tinaja de agua y un vaso de vino. Perlivarce y Los Quince de Klimerik al completo aguardaban ansiosos a escuchar de boca de Oyvind las noticias de su Rey. Tuvieron que aguardar un par de minutos a que Oyvind saciara en parte su hambre y su sed, dando un par de bocados al pan, degustando media docena de cucharadas del reconfortante potaje, y un trago de vino con el que vació el vaso, para después volver a refrescarse con unos sorbos de agua de la tinaja.

—Disculpad por la espera —dijo Oyvind mientras los demás sonrieron al ver la cara de satisfacción del alko al probar las viandas—. Como os decía, y a buen seguro Perlivarce ya os habrá informado, tiempo atrás llegamos a Bortiburgo huyendo de los gronings. El buen tarluk y su esposa Milia nos cobijaron en su cabaña antes de emprender la marcha hacia Mugaburgo. El plan que Kiril trazó nos dirigía hacia las costas orientales, donde sospechábamos podría habitar el sexto clan, los últimos vestigios de los alkos perdidos. Al partir de Bortiburgo un nuevo acompañante se unió a nosotros. Se llamaba Tortion. Perlivarce lo encontró en el bosque huyendo de los gronings.

—Has dicho se llamaba... —le interrumpió Perlivarce.

—Sí, murió cuando atravesábamos la Iugur-András por cuevas subterráneas. Ese maldito era un traidor vendido a los gronings. Fue dejando pistas en el camino para que ellos pudieran capturarnos.

—Lo siento, Oyvind —se lamentó profundamente Perlivarce—. Pensé que os hacía un regalo al uniros con uno de vuestros hermanos.

—No tienes por qué disculparte —respondió Oyvind—. Nos engañó a todos. Cuando nos hospedábamos en Mugaburgo —retomó su relato—, los gronings entraron en el burgo conducidos por las pistas que había dejado Tortion. Huimos

precipitadamente junto a unos viajeros que conocían un paso escondido a través de la cordillera. Pero esos viajeros resultaron ser unos bandidos. Nos maniataron en una de las galerías interiores, pero los gronings y sus infernales wolkurs dieron con nosotros, desatándose una lucha a muerte. Tortion y los bandidos perecieron, mientras Kiril, Maikel, Thelmor y yo conseguimos escapar al otro lado de las montañas gracias a tu ingenio de orientación cuando las últimas gotas de aceite que empapaban nuestras antorchas estaban a punto de consumirse —y Oyvind se detuvo unos instantes para tomar aire y comer otra media docena de cucharadas del potaje, mientras Perlvarce se congratulaba de que aquella rudimentaria brújula hubiera salvado la vida de los nerlingos.

Perlvarce y Los Quince de Klimerik le miraban ansiosos, esperando a que terminase la última cucharada para que el joven alko pudiera retomar su relato.

—¿Qué ocurrió con los gronings? ¿Perdieron vuestro rastro? —preguntó Aimon mientras Oyvind bebía agua de la tinaja.

—No volvimos a tener noticias de esa partida —respondió enjugándose sus labios con la manga de su camisola—. Sin embargo, en una luna volvimos a toparnos con otro destacamento groning en el Morkurgul. Decidimos cruzar el gran río, para a través de Bosque Salvaje, poner rumbo a Porliton e It-sonod. Ésa era la comarca que creíamos nuestros hermanos alkos habían elegido para establecerse en las tierras orientales. Pero un grupo de gronings que descendía el río nos descubrieron y tuvimos que entablar batalla —y Oyvind hizo una sentida pausa antes de continuar—. Acabamos con todos ellos, excepto con su maléfico halcón, pero ellos también nos infligieron un terrible daño. Thelmor cayó para siempre en las orillas del Morkurgul, y Kiril fue gravemente herido por sus flechas.

—Thelmor muerto —se lamentó Perlvarce—. Que los dioses lo acojan en su morada.

—¡Por Nerlinguia! —exclamó Bladuf—. Dinos, Oyvind, ¿sobrevivió nuestro Rey a las flechas gronings?

—Sí —le contestó el alko—. Sobrevivió a pesar de que a punto estuvo de morir ahogado en las frías y traicioneras aguas de los rápidos. Decidimos cambiar de planes y nos hicimos con una barcaza groning para descender el Morkurgul. Antes de llegar a su desembocadura en el Mar del Este nuestra barca volcó en los Rápidos del Ansar, pero finalmente logramos salvarnos. En las costas orientales encontramos la paz y la amistad que nos fue negada en nuestra tierra —y los ojos de Oyvind se iluminaron al recordar las azules aguas del Mar del Este—. Allí encontramos una aldea perdida que no figuraba en los mapas, habitada por un grupo de norteños que inviernos atrás huyeron de las Tierras Frías durante las guerras del norte contra los gronings. Nos dieron cobijo, nos reconfortaron y nos ayudaron a seguir luchando por nuestra causa. Conocimos a un singular capitán, el inimitable Falk, quien nos trasladó a bordo de su hermosa embarcación, La Sirena de los Mares, hasta It-sonod, donde logramos levantar en armas a luinas y esmugas para hacer frente a la sombra con la que Zornik

planea cubrir toda Tierra Conocida —y Perlivarce y Los Quince de Klimerik sonrieron al comprobar que no luchaban solos contra los esbirros del rey brujo.

—Pero tus ojos me dicen que aún no nos has revelado la parte más importante de tu relato —le dijo Aimon.

—En efecto —habló entre dientes Oyvind mientras masticaba un trozo de tocino que hace un momento nadaba en el succulento potaje—. Una vez el levantamiento comenzó a organizarse, Kiril, Maikel y yo abandonamos It-sonod para proseguir la búsqueda del sexto clan. Y finalmente el anhelado encuentro se produjo, mas fueron ellos quienes nos encontraron a nosotros. Faltaron un par de palmos para que muriéramos atravesados por el acero groning. Unos secuaces de Zornik dieron con nosotros en El Camino del Oeste y nos emboscaron durante la noche. Gracias a que los hermanos alkos vigilaban los alrededores logramos salvar nuestras vidas. No obstante Kiril y Maikel salieron malparados de aquel encuentro, aunque gracias a los cuidados de dos bellas mujeres no tardaron en sanar de sus heridas —y su mente voló fantaseando con un dulce beso de su amada Edda.

—¡Entonces el sexto clan existe! ¡La profecía de Barlok era cierta! —exclamó entusiasmado Aimon—. Cuéntame, Oyvind, ¿dónde viven? ¿Cuántos son? ¿Recuerdan a sus hermanos que emigraron a la Tierra Verde?

—Son cerca de medio millar los alkos que viven repartidos por la región, aunque la mayor parte se oculta en Caterziveen, un refugio escondido entre la tierra y el mar, un hermoso islote en el Golfo de Eukad. Oerlikon, su Kliat, nombró a Kiril como el Elegido, aquél quien cumpliría la profecía de Barlok. Comenzó a instruir a Kiril en los ancestrales conocimientos de nuestro pueblo y en un milenario poder, el cual es objeto de codicia y desenfrenada búsqueda por parte de Zornik —y volvió a detenerse para beber unos sorbos de agua—. Una vez cumplí con la promesa que había hecho a Kiril, partí hacia el oeste en busca de mi hermano Ingvar. Liberarle y destruir la prisión en la que agoniza es ahora mi única misión. Hace más de treinta lunas que abandoné Caterziveen. Desde entonces no he vuelto a tener noticias de Kiril y Maikel. En mi camino hacia las minas de oro, conocí a Narno, quién salvó mi vida cuando trataba de cruzar el Paso del Nevado y me encontraba a merced de la más terrible tormenta de nieve que jamás nunca antes hube contemplado. Ésta es mi historia, que acaba en La Colonia, tras caer presos en las redes de unos tramperos como incautos cervatillos —y todos rieron al escuchar el resignado comentario de Oyvind.

—Me alegra poder escuchar de tu boca que Kiril logró encontrar al sexto clan y que una nueva fuerza se yergue en el oriente de Tierra Conocida para hacer frente a Zornik —dijo Aimon—. Nosotros también hemos tratado de mantener viva la llama de la libertad, mas somos pocos, y escasos han sido nuestros logros.

—Ningún esfuerzo que luche contra el mal puede ser desdeñado —replicó Oyvind—. La más pequeña de las semillas podría engendrar el árbol más grandioso.

—Aimon te relatará sus andanzas contra las tropas gronings mientras terminas tu

comida —dijo Perlivarce—. Después acompañarás en sus sueños a tu amigo. Estás agotado y necesitas descansar. Más tarde discutiremos cómo puede engarzarse hacia un mismo objetivo este caprichoso reencuentro auspiciado por el albur del destino. Estoy convencido de que los dioses han querido que tu camino se haya cruzado con el de todos aquellos que ahora formamos La Colonia.

Oyvind asintió y terminó de comer los restos fríos del potaje, mientras Aimon le relataba sus escaramuzas y victorias conseguidas sobre los gronings. Era sorprendente comprobar como un grupo de catorce hombres había conseguido acabar con una compañía groning al completo desafiando al poder del ejército invasor. Esa fuerza y convicción que demostraba Aimon, reforzó a Oywind en la idea de que la victoria contra Zornik era posible. La llama de la esperanza ardía ahora con bríos renovados.

Tras escuchar las andanzas de Los Quince de Klimerik de boca de Aimon y sus hombres, el cansancio se apoderó de Oywind quien, disculpándose ante sus anfitriones, se retiró a descansar. Le rogó a Perlivarce que le acompañara a su cubículo. Una vez llegaron a él, y tras comprobar que no había nadie alrededor, musitó en voz baja:

—Prométeme que no revelarás lo que voy a contarte —dijo Oywind escrutando desconfiado los pasillos de la cueva.

—¿Qué es todo este secretismo impropio de ti? —preguntó extrañado Perlivarce.

—Silencio, baja la voz —le ordenó Oywind—. No quiero que por ahora nadie más conozca el secreto de Narno. Prométeme que no lo desvelarás.

—Está bien, lo prometo. Prometo guardarlo —respondió contrariado Perlivarce ante la insistencia de Oywind—. Y ahora dime, ¿cuál es ese misterioso secreto? —preguntó intrigado Perlivarce.

—Una maldición le persigue —confesó el alko.

—¿Una maldición? —respondió con otra pregunta el bortigo.

—Silencio —volvió a regañarle Oywind—. Sí, una maldición que cada amanecer acude a su encuentro. Una maldición que atenaza su existencia. Acompáñame a donde ahora descansa y lo comprenderás.

—De acuerdo —asintió sorprendido ante las palabras de su amigo.

Perlivarce guió a Oywind a través del entramado de túneles que conformaban aquella cueva. Como en un diminuto hormiguero, se repartían a lo largo de los mismos los dormitorios de los habitantes de La Colonia, así como almacenes de comida, ropa y artesanales aparejos de labranza. Tras doblar en uno de los angostos túneles hacia la derecha, se toparon con la puerta de madera que sellaba la alcoba del Guardián.

—Aquí es —le indicó Perlivarce.

—No hay nadie cerca —susurró Oywind tras asegurarse de ello—. Puedes retirar la puerta.

Perlivarce hizo lo que Oywind le ordenó y entró en aquella rocosa estancia

siguiendo al joven alko.

—Comprueba con tus ojos la maldición de Narno —le dijo señalando a una enorme figura que yacía tumbada en el suelo.

Un ahogado grito de asombro reverberó en la garganta de Perlivarce. No podía creer lo que sus ojos veían. ¡Narno se había convertido en una estatua de piedra!

—Nuevamente te ruego cumplas tu promesa —le dijo Oyvind mirándole fijamente, mientras el tarluk bortigo permanecía mudo e inmóvil, incrédulo ante lo que sus ojos contemplaban—. Ésta es su maldición, vivir una vida sesgada, hombre de noche, estatua de día. Largo tiempo atrás una pérfida lamia le arrebató a su mujer y a su hijo en Bosque Salvaje, condenándole a vivir una media existencia atormentado por los recuerdos de la familia que un día tuvo.

—Desdichado hombre —musitó Perlivarce—. Que los dioses le reserven una eternidad plena de dicha y felicidad.

—¿Entiendes ahora por qué mantenía ese halo de misterio? ¿Por qué Narno debió abandonar precipitadamente nuestra compañía? —dijo Oyvind—. No quiero que nadie de La Colonia conozca su maldición, pues quizás, ante el temor de lo desconocido, decidan acabar con él cuando se encuentre sumido en su pétreo descanso.

—Puedes confiar que mis labios permanecerán sellados —dijo Perlivarce—. Pero debes ser consciente de que tarde o temprano alguien descubrirá su secreto.

—No permaneceremos aquí más de un par de lunas —contestó Oyvind—. Con el segundo anochecer partiremos hacia el Bosque Ranwuhan para después dirigirnos a Eloburgo. Me propongo liberar a Ingvar y destruir aquella prisión. Hablaré con Aimon y sus hombres para tratar de convencerles que se unan a mi lucha.

—No dudo en que lo harán —respondió Perlivarce—. Son auténticos soldados y, aquí en La Colonia, se encuentran como perros enjaulados. Se sienten inútiles una vez se ha establecido y asentado el campamento. Su alma guerrera les llama con más fuerza cada día a la batalla contra los gronings. Esta oportunidad que tú les brindas aliviará su desazón.

—Gratificantes son tus palabras, amigo —dijo Oyvind—. Será un honor luchar al lado de tan notables guerreros celkos. Y tú, mi buen Perlivarce, ¿acompañarás al hijo del relámpago a la batalla?

—Mi corazón está dividido —respondió el tarluk bortigo—. Milia está a punto de dar a luz y, por lo que pudiera pasarme si decido acompañarte, antes querría conocer a mi hijo. Ambos tenemos el presentimiento que será un varón y, como te prometimos en Bortiburgo, le llamaremos Ingvar en honor a tu hermano. ¿Estaría entonces el hijo del relámpago dispuesto a esperar que Milia culminase su estado de buena esperanza?

—Astuto tarluk —sonrió Oyvind—. Respondes a mi pregunta con otra aún más complicada de contestar —y guardó silencio durante unos instantes en los que su corazón parecía dividirse—. Está bien, yo también aguardaré a ver el rostro de tu hijo

antes de partir hacia el norte —y Perlivarce abrazó a su amigo alko.

—No te arrepentirás de ello —dijo el bortigo.

—Así lo espero —contestó Oyvind—. Rezo porque el pequeño Ingvar herede el bello rostro de su madre —y ambos rieron.

—No obstante, si decides permanecer aquí junto a Narno, sería conveniente que al menos Aimon y sus hombres conocieran su secreto —sugirió Perlivarce.

—Con el crepúsculo volveremos al encuentro de Narno. Él es quien sobrelleva esa terrible condena y el único al que le corresponde desvelarla —sentenció el alko.

—Coincido contigo —dijo Perlivarce—. Es mejor que sea él quien decida qué hacer.

Los dos amigos salieron de la estancia y volvieron a tapar la entrada con la pesada puerta circular. El tarluk acompañó al joven alko de regreso al que sería su improvisado dormitorio. Oyvind se acomodó rápidamente y se cubrió con una vieja manta.

—Descansa ahora —le dijo Perlivarce—. Tiempo tendrás después de convencer a Los Quince de Klimerik para que se unan a tu descabellada misión. A mí ya me has convencido —y sonrió.

—Cuida de que nadie entre en la estancia de Narno —le rogó una última vez—. Y por favor, despiértame antes del crepúsculo.

—Descuida. Así lo haré —le prometió Perlivarce—. Ahora deja que placenteros sueños de juventud acudan a tu encuentro.

—Adiós —se despidió Oyvind, y el sueño comenzó a apoderarse de él hasta hacerle caer en una bella fantasía en la que paseaba con su amada Edda por la orilla del Lago Argul.

Oyvind durmió como un infante durante todo el día. Poco antes de que el sol se ocultase, Perlivarce le despertó. Como conocía bien a Oyvind desde la infancia, trajo consigo una hogaza de pan y un trozo de queso para que el joven alko saciase el hambre voraz que siempre le asaltaba al despertarse. Esta vez no fue una excepción, a pesar de las preocupaciones que ocupaban su mente.

Cuando Oyvind dio cuenta de la comida, se dirigió junto a Perlivarce a la estancia donde Narno yacía tumbado en su sarcófago de piedra. Aguardaron pacientemente frente a la enorme estatua y, cuando los últimos rayos del sol se apagaron en el exterior de las cuevas, Perlivarce asistió fascinado a la transformación del Guardián.

—¿Qué hace él aquí? —fueron las enojadas palabras que brotaron de boca de Narno al volver a su vida mortal.

—Tranquilízate, Narno —trató a duras penas de apaciguar Oyvind al gigante—. Sus labios están sellados.

—En Bosque Verde te perdone la vida —gruñó irritado—, “nadie debe ver al Guardián”, te advertí. Todo aquel que lo hace debe morir —y se incorporó

amenazante.

—¡Detente, Narno! —le ordenó Oyvind—. Perlivarce es un amigo de la infancia, un fiel aliado que nos dio cobijo cuando más lo necesitábamos. Ha prometido que no revelará tu secreto a menos que tú así lo decidas —y las palabras de Oyvind parecieron calmar al gigante.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo Perlivarce.

—Largos han sido los inviernos de soledad y dolor —gimió Narno—. Mi solitario corazón no está habituado al cariño y la amistad de otros seres, y la maldición de la lamia logra cada día arrancar un pedazo de mis sentimientos. El hombre lentamente se va transformando en estatua... —y quedó afligido, inmerso en sus amargos recuerdos.

—Abrazando la causa de los hombres libres tus sentimientos se resistirán a abandonarte —dijo Oyvind—. Tu corazón volverá a abrirse a la amistad.

—¿Qué harás ahora que conoces mi maldición? ¿Revelarla al mundo para que me persigan como el monstruo que soy y acaben conmigo mientras la maldición de la lamia se apodera de mí? —preguntó Narno a Perlivarce.

—Sólo la revelaré a quien tú decidas —respondió el bortigo—. Pero no te atormentes, pues no eres ningún monstruo. En los hombres de bien encontrarás comprensión. Sólo aquellos que busquen tu desdicha te considerarán un engendro al que deben exterminar. Aimon y sus hombres no pertenecen a esa clase de personas. Les pedí que arriesgaran sus vidas por salvar a nuestra comunidad y así lo hicieron. Y creo que volverán a hacerlo cuando escuchen lo que Oyvind va a exponerles.

—¿Qué vas a proponer a esos hombres? —preguntó intranquilo Narno.

—Que nos acompañen en nuestro camino hacia Eloburgo. Con su ayuda tendremos más posibilidades de rescatar a Ingvar y destruir aquella prisión. Son excelentes soldados, descendientes de uno de los más bravos guerreros del pueblo nerlingo. Pero antes de hacerles llegar mi propuesta quería tener tu aprobación. Sabes que si aceptas, ellos deberán conocer tu secreto —finalizó Oyvind exponiendo claramente la situación.

Narno permaneció en silencio, reflexionando sobre las palabras del alko. Tanto tiempo confinado en aquel bosque maldito, aislado del resto de los mortales, le habían convertido en un hombre huraño e introvertido. Sólo el testarudo Oyvind había logrado abrir una pequeña brecha a través de la cual comenzaba a penetrar un débil rayo de luz en su gélido corazón.

—Los Quince de Klimerik se sentirán orgullosos de luchar a tu lado —trató de convencerle Perlivarce.

—No rechazarán unos brazos recios y poderosos como los tuyos en el campo de batalla —añadió Oyvind—. Y te prometo que no te tratarán como a un monstruo sin alma.

—Te hice una promesa —habló pausadamente Narno—. Mi destino sigue atado al tuyo, peregrino, y si Oyvind Soplo de Viento ha tomado la determinación de viajar

al norte acompañado de sus hermanos, el Guardián le seguirá, aunque ello signifique la muerte o desvelar su maldición. Por extraños designios del destino, mi corazón me dice que debo seguir tu camino. Hoy haré caso a mi corazón, pues cuando eligió a Xennia como mi eterno amor no se equivocó. Espero no hacerlo ahora.

—Te prometo que no lo harás —y Oyvind abrazó efusivamente a Narno, quien se quedó inmóvil, sorprendido ante la inesperada muestra de cariño del alko—. Te agradezco infinitamente que hayas decidido seguir caminando a mi lado. No sabes cuánto te lo agradezco —y Oyvind siguió abrazando con todas sus fuerzas al gigante mientras Perlivarce contemplaba conmovido la escena.

Esa misma noche, Oyvind, Narno y Perlivarce mantuvieron una reunión con Los Quince de Klimerik. Oyvind les expuso sus planes. Permanecerían en La Coloma hasta que Milia alumbrase a la criatura que crecía en su vientre. Tres lunas después del nacimiento del primogénito de Perlivarce partirían hacia el Bosque Ranwuhan para, viajando ocultos a través de la tupida floresta, enfilarse el paso del norte, y así alcanzar sin ser descubiertos la prisión de Eloburgo.

Fue el mismo Narno quien desveló su maldición a los celkos, mientras éstos escuchaban aturcidos aquella revelación. Sin embargo, pronto descubrieron el inmenso dolor que anidaba en lo más hondo de su alma y, conmovidos por su sufrimiento, le brindaron su más sincera amistad. Narno derramó lágrimas de alegría al ver la reacción de aquellos hombres, y bendijo el día en que el destino cruzó el camino de su atormentada existencia con la de aquel testarudo peregrino de noble corazón llamado Oyvind.

Durante los días venideros se afanaron en realizar todos los preparativos necesarios para el viaje: armas, provisiones, una pequeña carreta con la que transportar durante el día a Narno, así como preparar la estrategia para el asalto a Eloburgo. Nuevamente la mente de Perlivarce se puso a trabajar, y junto a Aimon y Oyvind, pergeñaron un plan que el Senescal Loriklen nunca olvidaría.

Una tarde lluviosa Milia alumbró a un precioso y rechoncho niño de azules ojos. La bella bortiga lo llamó Oyvar, pues no quería que su hijo fuese un triste recuerdo que atormentara por siempre a Oyvind, sino un niño bendecido por los nobles corazones del trueno y el relámpago. Además un palpito le decía que Oyvind lograría reencontrarse con su hermano Ingvar.

Cuando anocheció, Oyvind fue en busca de Narno y lo llevó a la alcoba donde Milia descansaba junto a su bebé. Narno lo contemplaba inmóvil desde el umbral.

—Acércate —le dijo Milia con una débil y dulce voz.

—Vamos, no tengas miedo —le animó Oyvind.

Narno se acercó muy despacio hasta la albina mujer, que le miraba con una tierna sonrisa dibujada en su boca. Narno extendió su poderoso brazo y acarició la cabeza del pequeño Oyvar. Algo se agitó en su interior al sentir la delicada piel del bebé. El



recuerdo de Odrán asaltó su mente.

—Tómalo —le ofreció Milia, mientras Narno permanecía aturdido contemplando el arrugado y rosáceo rostro del infante—. Cógelo en tus brazos.

Narno dudó, pero finalmente tomó tembloroso al pequeño Oyvar y, con suma ternura, lo acurrucó contra su pecho. El bebé se estiró y esbozó una sonrisa, acomodándose en la cuna que formaban los brazos y el torso del gigante.

—Le has gustado —dijo Oyvind sonriendo.

En ese mágico instante, la gruesa capa de hielo que cubría el afligido corazón de Narno comenzó lentamente a fundirse. A partir de aquel día la luz se abrió paso en su vida, postergando lentamente los terribles recuerdos a los que la miserable lamia le había condenado. Y cada vez que la maldición acudía a su encuentro, la recibía con una franca sonrisa, esperanzado de volver a ver reflejado el fulgor de los nobles corazones en las luminarias del firmamento de lunas venideras.

Y por fin llegó el día de la partida. Era una noche serena, plena de brillantes estrellas, que aguardaban impacientes a iluminar el camino que seguirían aquellos valientes. El grupo lo componían Los Quince de Klimerik, Perlivarce, Narno y Oyvind. El alko no había querido exigir más sacrificios a la comunidad de bortigos. Suficiente regalo era disponer de los paladines que habían velado por aquel grupo de fugitivos.

Perlivarce se estaba despidiendo de Milia y de su hijo Oyvar cuando Oyvind lo reclamó.

—Siento robarte a tu amado esposo cuando más lo necesitas —se excusó Oyvind ante Milia.

—No debes disculparte, mi querido Oyvind —respondió la bella bortiga—. Él me ha dado mi tesoro máspreciado. Es de ley que yo le permita ayudarte a recuperar el tuyo.

—Siempre bella, siempre generosa. Así te recordaré —dijo agradecido Oyvind.

—Tus palabras suenan a una despedida definitiva —dijo Perlivarce—. No pronunciemos un adiós, sino un hasta pronto —y arrodillándose besó los labios de Milia y la frente de Oyvar.

—Ve con Oyvind, y que los dioses os acompañen —dijo Milia—. Tú, noble alko, cuida de mi bienamado esposo; y tú Perlivarce, cuida de Oyvind.

—Narno velará por todos nosotros, Milia —respondió Oyvind, quien había visto de reojo como el gigante observaba unos pasos a su espalda al risueño bebé.

—Te juro que no les ocurrirá nada, aunque tenga que entregar mi vida por ellos —le prometió Narno a Milia—. Perlivarce regresará para ver crecer a su hijo en libertad —y un halo de nostalgia envolvió el espíritu de Narno—; y Oyvind volverá con su hermano Ingvar y podrá desposar a su amada Edda.

—Que los dioses escuchen tus palabras —dijo Milia—. Y ahora partid hacia vuestro destino. No olvidéis a aquellos que rezan por vosotros, pues os llevarán

siempre en un rincón de sus corazones.

—¡Hasta pronto, mi amada! —dijo Perlivarce.

—¡Hasta pronto! —se despidieron Oyvind y Narno al unísono.

Los tres compañeros se unieron al grupo de Los Quince de Klimerik y, despidiéndose de La Colonia, partieron bajo la luz de las estrellas hacia un incierto destino que les conduciría al corazón de la sombra, a los dominios de Zornik, donde el mal reinaba altivo e implacable desde su oscuro trono en Groningburgo.

## La batalla del Taquakland

**A**l despuntar el alba la capital esmuga quedó desierta. El bullicio y la agitación de las últimas lunas eran ahora un lejano y difuminado eco en la quietud del camposanto en que se había convertido It-sonod. Únicamente un centenar de hombres, repartidos entre el baluarte y el anillo inferior, quedaron al cargo de la defensa del burgo.

Los agudos y destemplados chillidos de las hambrientas gaviotas que sobrevolaban los muelles ávidas de pescado, despedían a la retaguardia del ejército de Esreghaia, un triste recuerdo de sus lejanos días de esplendor. Dos mil esmugas, mil luinas y quinientos alkos eran las fuerzas con las que contaba Kiril para hacer frente a los más de seis mil gronings al mando de Arniokelen, Mariscal de las legiones del Este, que ahora descendían por el Taquakland hacia el oriente de Tierra Conocida. Pescadores, constructores de barcos, granjeros y algunos buenos soldados, frente a miles de legionarios gronings curtidos durante décadas en el campo de batalla. Sin embargo las tropas comandadas por Kiril poseían el arma más poderosa de todas: el amor por aquellas tierras y su libertad.

Las noticias que portaban los exploradores eran poco alentadoras: hacía dos lunas que una enorme flotilla groning había sido localizada descendiendo el Taquakland doscientas millas al oeste de su desembocadura. Cuando las nuevas llegaron a It-sonod, solamente dos jornadas y media separaban a los gronings de alcanzar el Mar del Este, por lo que la revista de armas en la capital esmuga fue convocada con premura. En poco tiempo todos los hombres estuvieron listos para partir hacia el estuario del gran río con sus respectivas compañías.

El miedo atenazaba a las huestes de Esreghaia, pues temían al incierto destino que debían afrontar. Kiril y los Senescales hablaron a los hombres tratando de levantar su ánimo. Con el alba partieron de It-sonod hacia la batalla, en busca del último aliento de los pueblos libres. Una victoria mantendría encendida la llama de la esperanza, y la duda alcanzaría el corazón de Groningburgo corroyendo el alma de Zornik; sin embargo, una derrota supondría la pérdida y el advenimiento del Gran Lobo. Esa frágil ilusión se sustentaba en la esperanza de que el Capitán Falk hubiese logrado convencer a los corsarios de Rangalpur para que acudiesen en su ayuda a enfrentar a los gronings en el delta del Morkurgul. Si eso no ocurriese, el ejército de Esreghaia no podría contener por mucho tiempo a las legiones del este en el Taquakland y se vería atrapado entre el yunque de Arniokelen y el martillo de Zunkonel que los golpearía desde el sur.

Las tropas comandadas por Kiril, Maikel, Oerlikon, Nahelgen y los Senescales Amir y Adelel, marchaban veloces hacia la batalla. Atajaron a través de los frondosos bosques de pinos que se extendían a lo largo del litoral, más allá del Camino del Oeste, el cual trazaba una perfecta diagonal entre It-sonod y la gran boca del Taquakland. A pesar de que la senda que bordeaba la costa estaba mejor

acondicionada, les obligaría a recorrer treinta millas adicionales. Apenas si descansaron un par de veces en toda la jornada: una para reponer fuerzas al mediodía, y otra para aliviar los maltrechos pies cuando todavía la estrella del día se resistía a ocultarse en el horizonte. El tiempo durante el cual el sol les acariciaba con su luz se dilataba con cada nueva jornada, prolongando gustoso su estancia sobre Tierra Conocida.

Justo antes de la medianoche las tropas de Esreghaia alcanzaron exhaustas la desembocadura del Taquakland. Allí les aguardaba un inquieto comité de bienvenida: dos oficiales, Törla por los esmugas y Deriol por los luinas, Siriard, el maestro constructor de barcos y Olaf, representando al grupo de exploradores, salieron al encuentro de la comitiva.

—Bienaventurada es vuestra llegada en esta hora oscura —les dio la bienvenida Siriard.

—Partimos de It-sonod en cuanto recibimos vuestras noticias —le contestó su amigo el Senescal Amir—. Tres mil quinientos hombres han acudido a vuestra llamada. La capital esmuga ha quedado desierta.

—No serán suficientes para enfrentar a la horda que desciende el gran Taquakland —respondió Deriol—. Las noticias que Olaf trajo de aguas arriba hablan de una tropa fabulosa.

Kiril, Maikel y Nahelgen desmontaron de sus caballos y, sonriendo, se acercaron a Olaf fundiéndose en un abrazo con el norteño.

—Una larga separación, pero un gozoso reencuentro —le habló Maikel con lágrimas en los ojos.

—También por mi parte —respondió emocionado el enjuto y solitario norteño, poco acostumbrado a esas efusivas muestras de cariño—. He de confesar que nunca antes me asustó la soledad, pero desde nuestra despedida en Thioluka, no ha pasado una sola luna sin que mi corazón y mi pensamiento se volvieran hacia vosotros.

—También nosotros nos preguntábamos qué sería de ti y rezamos para que pudieras cumplir con éxito tu cometido —dijo Kiril—. Y a fe que lo has hecho. Pero ahora cuéntanos, Olaf, descríbenos con detalle lo que viste cuando remontaste el río.

—Una inmensa y poderosa tropa —y la mirada de Olaf se oscureció y tornó severa—. Yo era la punta de lanza del grupo de exploradores, y cabalgaba entonces a doscientas millas al oeste de la costa. Era el final de una región con amplias llanuras, cubiertas por numerosos bosques de pinos, que comenzaba a crecer en altura con pequeñas colinas que obligaban al terreno a trepar para enseguida volver a descender en suaves angosturas. El cauce del río era ancho, salpicado en sus orillas de sauces y altas y apretadas comunidades de juncos. Cada cierto tiempo pequeños pedregales se repartían indistintamente a ambos márgenes del Taquakland a modo de muelles de atraque. Fue entonces, mientras trepaba por la suave pendiente de una colina que se elevaba sobre el cauce del río, cuando divisé a los gronings —y Olaf tragó saliva antes de continuar—. Aprovechando uno de esos muelles naturales y, protegidos por

la amplia curva que describía el Taquakland en uno de sus meandros, cerca de dos mil hombres habían acampado en la orilla norte, probablemente para descansar y repasar los últimos detalles de la invasión, pues habían levantado una única tienda en el campamento custodiada por varios centinelas. Pude contar más de doscientas barcazas atracadas al abrigo del meandro o que habían sido llevadas a tierra; mas el río seguía trayendo nuevos botes a cada instante que pasaba. Escruté el horizonte, y la hilera de embarcaciones se perdía en él, y no dejaban de brotar, como el torrente de un rápido deshielo, de la línea en la que mis ojos se nublaban y perdían la visión de las lejanas e informes siluetas. No podría asegurarlo, pero más de seis mil gronings se aprestan a invadir las costas bañadas por el Mar del Este.

—¡Seis mil hombres! Los gronings doblan a nuestros efectivos —exclamó el Senescal Adelel.

—Las defensas que hemos preparado no podrán hacer frente a semejante ejército —añadió cabizbajo Siriard.

—Servirán para infligir todo el daño que podamos al enemigo —contestó Kiril—. Nuestro ánimo y nuestras fuerzas no deben flaquear. Todos sabemos a lo que nos enfrentamos, y en el fondo de nuestros corazones sabemos que es muy probable que esta misión reclame nuestras vidas. El enemigo no debe superar nuestra barrera, pues si lo hace, ya no habrá esperanza en el mundo para los hombres de bien.

—Verteremos hasta la última gota de nuestra sangre en el Taquakland. Defenderemos esta posición hasta que el último de nuestros soldados quede con vida. No habrá rendición por nuestra parte —sentenció Oerlikon.

—Bravos son los corazones nerlingos —habló con admiración el Senescal Adelel—. Que ese valor sea el que encienda a los hombres y haga centellear a nuestras espadas. Nos doblan en número, mas nosotros les superamos en coraje y valentía.

—Nuestros ejércitos no conocerán la derrota —añadió Maikel enardecido por las palabras de Kiril y Oerlikon, como si hubiese dado cuenta de una botella de licor de fuego—, pues estarán comandados por grandes señores de los hombres: los nobles Senescales de las Comarcas de Esreghaia, el gran Kliat nerlingo y lacrag del sexto clan, y su Rey, aquél que empuñará a Darbrethil, la Espada de Libertad y que será temido por todos en el campo de batalla con sólo escuchar el rumor de su nombre: Therliangator, el Verdugo de la Oscuridad.

—Seamos prudentes y no menospreciemos las fuerzas de nuestros enemigos —respondió Kiril tratando de atemperar la euforia de Maikel—. En estas sombrías lunas que se avecinan la cordura deberá guiar nuestros actos.

—Con las tempranas luces del alba llegarán las primeras avanzadillas gronings —les apremió Siriard—. No nos resta demasiado tiempo para organizar nuestras defensas.

—Estás en lo cierto, maestro Siriard —contestó el Senescal Amir—. Me gustaría echar un vistazo a vuestros trabajos en el río, si la oscuridad de la noche nos lo permite.

—Es menester que así sea —añadió Oerlikon—. Que una docena de hombres con antorchas nos acompañen. De nuestra visita dependerá la estrategia a seguir en la distribución de nuestros ejércitos.

Törla acudió presto acompañado por doce soldados esmugas, y en compañía de Siriard, artífice del diseño y construcción de las defensas, guiaron río arriba a la comitiva de los capitanes llegados de It-sonod. Deriol, Olaf y Nahelgen aguardarían en el campamento su regreso.

La noche había caído oscura y profunda sobre las regiones orientales. Un extraño velo de amortajado silencio ahogaba el habitual rumor de la noche. Hasta las insomnes lechuzas parecían dormitar esa luna, envuelta en una tensa y forzada calma, presagio de la llegada de una terrible tempestad, una tempestad de sangre y muerte.

A pesar de que las titilantes luces de las antorchas iluminaban el camino, la comitiva avanzaba lenta y cautelosa siguiendo el margen del río. Habían recorrido cerca de media legua desde que abandonaron el campamento, cuando las nubes se estiraron en el cielo somnoliento, mostrando entre las tinieblas la recortada silueta de la luna. Su tenue luz se reflejó en las plateadas y calmadas aguas del Taquakland, mostrando a los ojos de los jinetes un hermoso camino sobre las aguas.

—Hemos llegado —les sorprendió la voz de Siriard mientras contemplaban obnubilados las serenas aguas del Taquakland—. Desmontad y acercaos a la orilla para poder comprobar los ingenios que hemos construido.

Kiril, Maikel, Oerlikon y los Senescales bajaron de sus monturas y siguieron los pasos de Siriard, mientras Törla disponía a sus hombres en derredor para iluminar y vigilar la zona.

—Aquí se encuentra el primero de los cuatro diques sumergidos que hemos construido —comenzó a explicar el maestro luina—. Sólo si os detenéis a observar con atenta mirada, apenas si un par de postes en ambas orillas del río denotan algo fuera de lo normal. Pero nuestros hombres se han afanado en adornarlos simulando un árbol de escasas ramas. Nuestro ingenio descansa ahora en el fondo del río; una gran empalizada a modo de guillotina que emergerá al paso de la serpiente groning seccionándola en tres partes. Unas enormes y robustas cuerdas de las que penden pesados lastres anclados en el lecho del Taquakland, mantienen las empalizadas sumergidas. Camuflados entre las ramas de los postes —les señaló Siriard con su brazo extendido—, dos grandes poleas guían a las cuerdas de las que cuelgan los lastres. Al paso de los gronings, nuestros arqueros dispararán sus flechas cortando las cuerdas, lo que hará que emerja la empalizada bloqueando el paso a las barcazas gronings.

—Pero si cortáis las cuerdas, ¿cómo mantendréis fijas las empalizadas? La corriente las arrastrará río abajo hasta la desembocadura —cuestionó Kiril el sistema ideado por Siriard y los maestros constructores luinas.

—Otros tres pesados lastres descansan en el fondo —respondió Siriard—. Varias veces estos días atrás hemos bañado nuestros cuerpos en las frías aguas del Taqualdand para asegurar las empalizadas. Te aseguro, joven amigo, que no serán arrastradas por la corriente —y Kiril sonrió viendo como Siriard recordaba sus recientes zambullidas en las gélidas aguas del río—. Además de lo que os he explicado —continuó—, hay cuatro grandes odres de aceite solidariamente unidos a cada una de las empalizadas. Una vez cortada en trozos la serpiente, tendremos que cocinarla a fuego lento antes de comerla —añadió con sorna.

—¿Qué distancia separa a cada uno de los diques construidos? —preguntó el Senescal Adelel.

—Aproximadamente media milla —respondió Siriard—. Calculamos que quedarían encerradas entre setenta y ochenta embarcaciones en cada tramo, con lo que podríamos dar caza sin exponer a nuestros hombres a más de medio millar de gronings. Eso causará el caos y el desconcierto entre sus filas y detendrá su avance.

—A pesar de todo y una vez infligido el daño seguirían doblando a nuestros efectivos —reflexionó Oerlikon—. Aún entonces no podríamos enfrentarlos en campo abierto.

—Tendremos que golpear con todas nuestras fuerzas en esos instantes —señaló Kiril—. Una vez que los gronings se reagrupen será muy difícil contenerlos. Estamos obligados a hostigarlos por diferentes flancos.

—También pensamos en eso —añadió Törla—. Por ello sugerimos a los maestros constructores levantasen un pequeño fuerte cuatro millas río arriba. La orilla norte del Taquakland se eleva en esa zona más de sesenta pies por encima del río, y una frondosa comunidad de pinos crece en lo alto del promontorio. Será un fantástico bastión para hostigar a los gronings y una posición difícil de tomar por la que deberán sacrificar numerosas vidas. Sin embargo no habrá escapatoria ni esperanza de un mañana para aquellos de los nuestros que decidan defenderlo —sentenció taciturno.

—Los hombres aguardarán en el fuerte hasta que la vanguardia del ejército groning sea atacada —ordenó Kiril—. Entonces sus tropas retrocederán para reagruparse y, mientras el desconcierto se apodera de las primeras unidades, las certeras flechas de nuestros arqueros provocarán una lenta sangría en las filas del enemigo. Los gronings se preguntarán desde dónde les llueven las flechas. Eso les mantendrá alerta y ocupados, distraídos de lo que ocurre en vanguardia.

—La serpiente debe permanecer separada, la cabeza de su cuerpo, y el cuerpo de la cola —sentenció Oerlikon usando el símil de Siriard—. Si finalmente logra restañar sus heridas y reagruparse, deberá tener el tamaño de un gusano; de otro modo estaremos abocados a una derrota segura.

Cuando Oerlikon terminó de pronunciar esas palabras, una sombra tenebrosa cruzó velando la lánguida luz de la luna, ocultando por unos instantes las tenues luces que su recortada silueta proyectaba sobre el Taquakland.

—¿Qué fue eso? —preguntó asustado el Senescal Adelel.

—Sombras aviesas que anuncian la invasión. Espíritus del mal que ríen bajo las tinieblas de la noche —dijo Siriard.

—No son espíritus malignos, si así se les puede considerar —y Kiril cruzó una mirada cómplice con Maikel, quien también había adivinado a quién pertenecía aquella furtiva sombra—. Mensajeros alados, halcones gronings. Nos han descubierto atraídos por las luces de nuestras antorchas. En una cosa no te equivocas, mi buen Senescal —le habló a Adelel—. La invasión está próxima, el enemigo está cerca, tan cerca que proyecta su negro hálito sobre nosotros. ¡Prestos debemos levantar en armas a nuestros hombres! Oerlikon, y vosotros, Senescales de Esreghaia: buscad cien voluntarios que no teman a la muerte, pues quizás no vuelvan a ver un nuevo amanecer. Ellos tendrán la misión de defender el fuerte y castigar la retaguardia groning. Que estén prestos para partir. Proveedles de seis carcajes repletos de flechas a cada uno. Dividid a nuestras fuerzas de la siguiente manera: congregad a tres batallones de unos quinientos arqueros a lo largo de la margen norte del río, ocupando todo el terreno desde el primer al cuarto dique. Que otros quinientos hombres retrocedan varias millas y permanezcan ocultos en el camino que bordea la costa: ellos serán el último aliento de Esreghaia y los que deberán defender It-sonod si la ruina cae sobre nosotros. El resto de soldados, el grueso de nuestra infantería, aguardará agrupada en el bosque próximo al campamento que ahora ocupáis. Es crucial que los espías alados de Zornik no descubran a nuestras tropas, no al menos todas nuestras fuerzas. Törla nos conducirá a Maikel y a mí hasta el fuerte. Quiero conocer su ubicación, pues mi espada no abandonará a esos valientes a su suerte. Cabalgad raudos al campamento y apagad las antorchas. La sombra del enemigo sobrevuela ya por encima de nuestras cabezas. Nos reuniremos en el campamento. ¡Que Nerlingua nos acompañe! —finalizó Kiril.

—Dad esta orden a vuestros mejores arqueros: abatid a los halcones —dijo Maikel—. No será tarea baladí, pues esas criaturas parecen tener ojos a sus espaldas y son capaces de evitar la saeta más certera y envenenada. Y ahora, Törla, muéstranos el camino —le ordenó el hijo de Torilo, y el oficial esmuga, tras apagar su antorcha, se perdió frente a ellos en la oscuridad de la noche.

Oerlikon, Siriard y los Senescales Amir y Adelel despidieron con su mirada a los tres temerarios que ahora avanzaban a través de la bruna oscuridad acercándose hacia la cabeza de la serpiente. Tras media legua de lento y dificultoso avance, Törla condujo a Kiril y Maikel hacia el pequeño pero robusto fortín de madera que los maestros constructores luinas habían levantado entre la espesa floresta. Un rectángulo hermético en el que cada dos pasos se abría una angosta ventana a modo de tronera, y sobre el que se sustentaba un techo de madera cubierto por ramas y hojarasca, que dejaba al descubierto el comienzo del ala sur del fuerte. Invisible a los ojos del enemigo, camuflado tras la frondosa espesura de arbustos, brezos, helechos y pinos, era una perfecta atalaya desde la que observar el discurrir del cauce del Taquakland hasta que la vista se perdía confundiendo su curso occidental con las lejanas



estribaciones de la Cordillera Savakien. Desde lo alto del fortín contemplaron con temor y asombro los ojos y los colmillos de la serpiente groning: un interminable ofidio de fuego y humo, miles y miles de diminutas luces que danzaban siniestras al compás del ulular del viento nocturno.

—Abrumador es el poder de los ejércitos de Zornik y desalentador el futuro que aguarda a nuestros pueblos —musitó abatido Törla al contemplar la magnitud de las legiones gronings.

—Jamás pierdas la esperanza, Törla —le habló Maikel—. Eso es lo que los gronings anhelan, resquebrajar los cimientos sobre los que se sustenta nuestra resistencia: la esperanza por una vida en paz —y libertad.

—Perdonad mi debilidad —se lamentó cabizbajo Törla.

—No tenemos nada que perdonarte —respondió Kiril—. ¡Ay de quien no haya sido alguna vez vencido fugazmente por la desesperanza! Jamás descubrirá la verdadera fuerza que le ayude a levantarse y luchar por su libertad. No, amigo Törla, no debes disculparte, pues incluso los grandes Reyes del antiguo Reino de Esreghaia dudarían de sus convicciones al contemplar tan formidable ejército.

—Gracias, Rey Kiril —respondió Törla—. Tan joven y tan sabio, serás la luz que nos guíe en la batalla. Todos seguiremos el camino que nos marque tu espada.

Los tres hombres guardaron silencio, ora escrutando el cauce lejano del río ora vigilando los velados campos lindantes. En varias ocasiones percibieron el vuelo merodeador de los halcones gronings sobre sus cabezas, por lo que permanecieron inmóviles confundiendo con árboles y rocas.

—Habrà una posibilidad de huida o de ayuda para los hombres que defiendan este fuerte —dijo Observad el sendero natural formado entre las dos arboledas a modo de angosta garganta. Por él bien podría llegar oculta una tropa en su ayuda o ser un corredor utilizado en caso de huida. Los gronings tardarán tiempo en descubrir la existencia del fuerte, pero una vez que lo hagan descargarán toda su furia atacando desde los campos del oeste; sin embargo, el camino de la hondonada entre ambos bosques quedará velado a sus ojos.

—No a los ojos de sus demonios alados —respondió Maikel contrariado—. Como tampoco lo será el fortín.

—Confiemos en que no lo descubran —dijo Kiril—. Ésa será su única esperanza. Y ahora regresemos al campamento, pues el enemigo no tardará en caer sobre nosotros —y tras lanzar una última mirada a la horda groning, volvieron sobre sus pasos guiados por Törla.

Cuando llegaron al campamento todas las luces habían desaparecido y vieron perderse entre la espesura del bosque las últimas unidades de la retaguardia que permanecería oculta en el camino de la costa.

—Las órdenes han sido transmitidas a los soldados —les informó Oerlikon—. El

grueso de nuestra infantería está siendo concentrado en el prado contiguo, presto para internarse en el bosque. Allí aguardarán la señal convenida para atacar.

—Hemos logrado reclutar ochenta voluntarios para la defensa del fortín —añadió el Senescal Amir—. Deriol se ha ofrecido a comandarlos.

—Que partan entonces sin demora —ordenó Kiril—. Los gronings reanudarán la marcha antes del alba y nuestros hombres deben llegar allí sin ser descubiertos.

Törta se apresuró a buscar al grupo de Deriol para transmitir las órdenes de Kiril. Sólo unos instantes después, pertrechados con sus arcos y carcajes, los ochenta voluntarios partieron en silencio bajo las apesadumbradas miradas del resto de las huestes de Esreghaia.

—No lloréis por ellos —les dijo Maikel—, pues parten a cumplir una noble misión. Quizá la ventura recompense su sacrificio —pero las palabras del alko no lograron mudar las expresiones de tristeza del rostro de los soldados.

—Caminan hacia la muerte —decían unos.

—Sacrifican sus vidas por una quimera de esperanza —decían otros.

—Por una esperanza real, por una esperanza para nuestras mujeres e hijos —les contestaban los más valientes y bravos de corazón.

Presta llegó el alba, una luna después de que los ejércitos de las tierras orientales abandonaran It-sonod. Los hombres aguardaban en silencio, imbuidos en sus oscuros pensamientos y, en esos instantes de soledad, muchos añoraron la antigua Alianza de Esreghaia, pues anhelaban tener a su lado los recios y vigorosos brazos de los hombres del norte. Y rezaron de corazón porque algún día aquella alianza pudiera ser nuevamente restaurada.

Kiril, Maikel, Oerlikon, los Senescales Amir y Adelel, junto con Nahelgen y Olaf aguardaban inquietos en la penumbra del bosque el comienzo de la invasión groning.

Törta se acercó corriendo al improvisado corrillo que habían formado para transmitirles las primeras nuevas llegadas del frente.

—Los hombres han ocupado el fortín —dijo casi sin resuello—. Las compañías de arqueros se han desplegado al abrigo de los bosques de la margen septentrional del Taquakland y —hizo una pausa para tomar aire—, el enemigo reemprende la marcha. Treinta embarcaciones descienden el río, mientras el resto de sus legiones aguardan alertas una señal para continuar.

—Malditos —bramó Maikel—. Envían perros rastreadores a la desembocadura del Taquakland. No podemos mostrarnos aún ante sus ojos.

—No desesperes, Maikel —le contestó Kiril—, pues quizás sea un buen presagio. Pudiera ser que los gronings hayan sido sorprendidos por su arrogancia más al sur, en la desembocadura del Morkurgul.

—Eso querría decir que nuestro viejo lobo de mar logró congrega a las familias corsarias —y un rayo de esperanza iluminó los ojos del Senescal Adelel.

—En efecto —respondió Kiril—. Puede que al final el bueno de Falk lograra cumplir su peligroso cometido.

—Eso hace aún más difícil nuestra empresa —añadió Oerlikon—. Los gronings estarán prevenidos ante cualquier emboscada, y la cautela será ahora su mejor defensa.

—Confiemos en nuestras fuerzas y en la ayuda de nuestros dioses —dijo el Senescal Amir.

—Y si los dioses nos abandonan, siempre nos quedará el acero de nuestras espadas —dijo Nahelgen.

—En ese caso, la victoria será nuestra —dijo Maikel—, pues contamos en nuestras filas con la espada más poderosa jamás forjada: Darbrethil. Que un rayo caiga sobre mí si acaso estoy mintiendo. La Espada de Libertad quebrará el acero groning como si fuera madera reseca, pues así lo hizo con el acero nerlingo —y Oerlikon sonrió al recordar el día en el que Kiril empuñó a Darbrethil por vez primera.

—Ordenad a los hombres que no disparen contra las primeras barcas —dijo Kiril—. Sus halcones volarán río arriba si los exploradores consideran que el terreno está despejado. Será entonces, cuando su vanguardia comience el último descenso del Taquakland, el momento en el que caigamos sobre ellos. Nuestra retaguardia, que aguarda oculta en el linde del camino, se ocupará entonces de la avanzadilla de exploradores.

—Yo seré vuestro correo y explorador —se ofreció el poco elocuente Olaf—. Me siento inútil entre los guerreros, pero soy rápido y escurridizo; los gronings no me atraparán, pues nunca llegarán a verme. Yo os traeré las nuevas que se produzcan río arriba.

—De acuerdo, Olaf —asintió Kiril—. Tú serás mis ojos en el frente, si así lo deseas. Mas peligrosa será tu misión, atrapado entre dos fuegos. Cuídate de las flechas perdidas que vuelen desde cualquier margen. Prestarás especial atención a los hombres del fortín. Encontrarás una pequeña garganta entre dos bosques al norte del mismo. Deslízate a través de él y tráeme noticias de la retaguardia groning.

—Así lo haré —dijo Olaf, y sin cruzar otra palabra corrió veloz remontando el curso del Taquakland.

—Sin par personaje este Olaf —dijo el Senescal Amir mientras contemplaba al norteño alejarse a través de la espesura—. En verdad la personificación del espíritu errante, si es que alguna vez existió.

—Ahora corred a ocultaros —ordenó Kiril—. Los halcones no tardarán en llegar a nuestras posiciones. Törla, tú serás el enlace entre el puesto de mando y las compañías de arqueros. Infórmanos presto sobre las señales de los exploradores. Tanto si nos descubren como si no tendremos que actuar con premura.

—Que Siriard te acompañe —dijo el Senescal Amir—. Él será quien coordine el despliegue de los diques de madera.

—Que Olión nos proteja a todos —respondió Törla y marchó raudo en busca de Siriard.

—Que Nerlinguia nos acompañe —musitaron Kiril, Maikel y Oerlikon.

—¡Vamos, corred a ocultaros bajo los árboles! —gritó el Senescal Adelel—. Una nueva sombra tenebrosa ha cruzado la silueta de la luna desde el norte. ¡La invasión ha comenzado!

Las primeras luces de un sol adormilado, que ahora renacía en lejanas tierras allende el Mar del Este, dibujaron una tenue línea de pálido color amarillento en el horizonte de la marina oriental. Aún no había despuntado el alba, pero la serpiente groning había reanudado su sinuoso descenso por las plateadas aguas del Taquakland. El Mariscal Arniokelen había ordenado a sus exploradores que descendiesen hasta la misma desembocadura del río para cerciorarse que el camino estaba expedito. Negros presagios rondaban su cabeza, pues salvo la visita de dos halcones del Mariscal Zunkonel, no había recibido noticias de la invasión de las tropas destinadas al Morkurgul. Pensó que quizás, al no encontrar resistencia entre los pueblos orientales, Zunkonel había sido tan estúpido de querer alcanzar mayor gloria desobedeciendo las órdenes de Zornik, adelantándose a sus legiones en la conquista de It-sonod; pero resultaba muy extraño que se hubiera desprendido de sus halcones, un regalo personal del rey brujo a cada uno de sus Mariscales. Se inclinaba a pensar que algún inesperado contratiempo había retrasado la ocupación de las tierras al sur del Taquakland, pero ni por lo más remoto sospechaba que el Mariscal Zunkonel hubiese perecido a manos de los corsarios comandados por Tirgo de Tirón. Como medida de precaución, decidió enviar una avanzadilla que precediera al despliegue de su temible ejército. Entretanto, el Mariscal Arniokelen aguardaba impaciente la señal de los centinelas alados al abrigo de un gran meandro del río.

Los exploradores de las barcas descendían lentamente la vasta cuenca del Taquakland, próximo ahora a su desembocadura. Con ojos avizores escrutaban ambas orillas ayudados por las temblorosas luces de sus antorchas. De cuando en cuando, lanzaban una flecha de fuego a ambos márgenes del río, tratando de descubrir cualquier indicio de una emboscada. Mas las tropas de Esreghaia estaban perfectamente camufladas en la espesura, y los gronings no fueron capaces de descubrirlas.

Por encima de sus cabezas, muy alto en el firmamento, los maléficos halcones criados en Groningburgo sobrevolaban con grandes y cada vez más cerrados círculos los territorios limítrofes al gran estuario del Taquakland, un gran embudo que abocaba sus caudalosas aguas al gran padre, el Mar del Este.

Las tropas de Esreghaia se revolvían inquietas en sus escondites, temerosas de ser descubiertas por tantos ojos vigilantes. Sólo el enjuto Olaf osaba entonces desafiar a los centinelas alados, mientras se arrastraba abriéndose paso a través de la floresta en

dirección al promontorio en el que Siriard y el resto de maestros habían levantado el pequeño fortín.

Kiril y los suyos contemplaban furtivamente, al abrigo del bosque, el descenso de la avanzadilla groning. Cuando los exploradores alcanzaron la desembocadura del río en el gran mar oriental, decidieron enviar los halcones al encuentro del Mariscal Arniokelen. Una completa edad de los hombres pareció haber transcurrido a los ojos de las tropas de Esreghaia, cuando por fin, vieron aliviados remontar a las maléficas aves el curso del río en busca del Mariscal.

Arniokelen dio la esperada orden a sus legiones y con ella llegó la mañana, pálida y húmeda, a las regiones orientales. Las gotas de rocío en las ramas de los árboles brillaban con un débil centelleo, mientras en los campos, la gélida escarcha había agrisado el verde de la apretada hierba.

La serpiente se zambulló en el río, ansiosa por capturar a su presa. Descendiendo en un interminable zigzag, la horda groning inició la ocupación de las Tierras del Este. La vanguardia de las legiones navegaba ahora frente al promontorio donde se alzaba el invisible fortín. Los arqueros allí desplegados observaban a través de las troneras, con una mezcla de temor y asombro, el descenso de la interminable columna de barcas. La desesperanza comenzó a adueñarse de sus corazones, pero Deriol les recordó las palabras de Kiril y las brumas que nublaban sus valerosos corazones desaparecieron con el soplo de la suave brisa del río. Siguiendo las órdenes que los capitanes les habían dado, contemplaron imperturbables el paso de los gronings aguardando el momento propicio, cuando la cabeza de la serpiente fuese atacada y las legiones se sumiesen en la confusión.

Inquieto y desazonado, Siriard se revolvía oculto en los bosques frente al primer dique, el que daba paso a la desembocadura del Taquakland. Contaba las barcas pasar mientras nervioso se mordía las uñas de los dedos:

—... cuarenta, cuarenta y una, cuarenta y dos... —recitaba ansioso su cantinela—. Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, Törla, prepárate para dar la señal —musitó al oficial esmuga—. Cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, ¡avisa a los otros diques! —exclamó Siriard.

Törla armó su arco y, tensando al límite la cuerda, lanzó una flecha roja silbadora, que consecutivamente fue relanzada por las postas intermedias de mensajeros hasta llegar al cuarto dique.

—... setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve, ochenta, ¡levantad los diques! —ordenó a voz en cuello Siriard—. ¡Ha llegado la hora de nuestro destino!

Al grito del gran maestro constructor de barcos una nube de flechas, que volaron desde la desembocadura hasta aguas arriba del Taquakland, ensombreció el cielo de la pálida mañana. Como una voraz plaga de langostas devorando las cosechas, las afiladas saetas cayeron sobre las legiones gronings. Desde el cielo, los halcones acompañaron el mortal silbido de las Hechas con agudos y estridentes chillidos, mas su advertencia llegó tarde para la vanguardia de las huestes del Mariscal Arniokelen.

Cientos de gronings cayeron abatidos en esa primera oleada, a la que sin solución de continuidad, siguió una segunda, y finalmente una tercera, acompañada por la irrupción desde el fondo del río de los cuatro fabulosos diques, que seccionaron momentáneamente a la pérfida serpiente. Los arqueros volvieron a hacer cantar sus arcos, y esta vez dirigieron sus flechas de fuego contra los odres de aceite que habían emergido de las profundidades. Pronto el Taquakland se convirtió en un río de lava que devoraba con sus voraces llamas a todo aquel que osaba flotar sobre sus ardientes aguas.

Los gronings reaccionaron enviando señales a la retaguardia de su ejército, la cual desembarcó reagrupándose en la orilla norte a la espera de las órdenes de su Mariscal. Sin embargo, la confusión se había adueñado de la vanguardia y el centro de las legiones como Kiril había previsto. Los gronings dudaban entre continuar navegando hacia las trampas de fuego que aguas abajo les aguardaban amenazantes o retirarse y desembarcar en tierra firme. En esos instantes de caos muchas barcas chocaban entre sí, y los gronings caían al río y eran arrastrados por la corriente hasta los diques en llamas, donde eran presa fácil del fuego y de las flechas de los arqueros de Esreghaia. Desde el promontorio del fortín, los arqueros de Deriol acosaban a los gronings que inútilmente trataban de alcanzar las márgenes del río. Aturdidos y desconcertados, los gronings caían abatidos sin saber desde dónde les martilleaban sus enemigos.

Ocultos en lo más profundo de la espesura del bosque, media docena de los mejores arqueros trataban sin suerte de abatir a los mensajeros alados.

—Esas malignas aves están protegidas por alguna suerte de sortilegio —maldecía contrariado Maikel—. Esquivan las flechas como hizo aquel vil halcón en el Morkurgul con el dardo lanzado por Oyvind el día en el que Thelmor nos dejó para siempre —y su voz se oscureció recordando a su querido amigo.

—Dicen que son criados por el propio Zornik —respondió Kiril—, por lo que no es de extrañar que estén bajo el influjo de sus artes oscuras. Mas nuestra luz desvanecerá para siempre la sombra del rey brujo. Ahora comprobarán la furia de nuestras espadas. ¡Senescales del Reino de Esreghaia! —gritó Kiril—. ¡Defended las orillas del río! Atacaré junto a Maikel y Törla el desbandado centro de la columna groning. ¡Ahora o nunca! ¡Por la libertad! ¡Seguidme! ¡Luchad junto a Darbrethil! — y los hombres enardecidos jalearon al Rey Nerlingo y siguieron sus pasos hacia el campo de batalla.

Entretanto la sangría entre las tropas de Arniokelen no cesaba. El contingente de gronings atrapado entre el primer y el segundo dique había sido aniquilado. Los soldados que aún permanecían con vida atrapados entre el segundo y el tercero apenas si superaban las dos docenas y, a cada instante que pasaba, una nueva flecha cercenaba la vida de un soldado. La situación tampoco mejoraba para los legionarios que se debatían entre la vida y la muerte en el último tramo seccionado del río. Los arqueros de Esreghaia hacían cantar sus arcos sin descanso, con el único propósito de

acabar con la última resistencia groning, pues tras el cuarto dique, un centenar de legionarios habían logrado reorganizarse, y remontando el margen septentrional del río, avanzaban hacia el bosque dispuestos a cargar contra los arqueros. Cuando los gronings lanzaron su ataque sobre el bosque, apenas si diez hombres permanecían con vida cercados por las llamas que danzaban sobre las oleosas aguas. Los arqueros se batieron en retirada ante la carga de los legionarios, pero al menos una veintena de ellos cayeron bajo las lanzas y espadas gronings. Los arqueros que defendían la zona comprendida entre el segundo y el tercer dique formaron rápidamente dos líneas defensivas y, cuando sus compañeros que se batían en retirada llegaron hasta sus posiciones, lanzaron dos terribles descargas que detuvieron en seco la carga groning. La segunda oleada de legionarios logró protegerse de las flechas con sus escudos, pero la primera avanzadilla, tomada por sorpresa, cayó en su totalidad bajo la lluvia de certeras saetas.

Cuando los legionarios gronings se aprestaban nuevamente a cargar sobre los arqueros, una ingente tropa apareció súbitamente de entre las sombras del bosque. Era la infantería de Esreghaia, quinientos hombres comandados por Kiril, quien blandía a Darbrethil, resplandeciente y centelleante incluso en aquella pálida mañana.

—¡Por la libertad! ¡Por la esperanza! —gritó Kiril mientras cargaba contra los gronings encabezando a las tropas del este.

Los gronings no se dejaron intimidar por los gritos y vítores del enemigo y, reagrupándose, colocaron a sus lanceros pie a tierra en primera línea para protegerse de la embestida de los hombres de Esreghaia. Tampoco Kiril se arredró, y mucho menos Maikel, fiel protector del Rey, junto al que corría ahora, hombro con hombro, como lo había hecho desde su infancia. La primera estocada de Darbrethil fue terrible, pues partió en mil pedazos la lanza y hendió el escudo del soldado que osó interponerse en su camino. Maikel remató al groning cuando rodaba por el suelo. Nuevamente la metálica aleación que el cielo envió para forjar a Darbrethil, quebró la espada del siguiente groning que le salió al paso y, tras acabar con él, se lanzó furioso contra dos lanceros que se acercaban desafiantes. Tampoco esta vez hubo madera o acero que resistiese su embestida, y los dos gronings cayeron mortalmente heridos a sus pies. Maikel acompañaba a Kiril con certeros y mortales golpes que abrieron una brecha entre la ordenada defensa de los legionarios. Por ella penetraron como una cuña el resto de soldados, asombrados y enardecidos por la majestuosidad de la espada y del capitán que los comandaba.

El frente de la defensa groning comenzó a desmoronarse y, al ver caer impotentes a nuevos hombres bajo el filo de Darbrethil, el miedo se apoderó de ellos y se batieron en una desordenada retirada. Para entonces, una treintena de arqueros lograron reagruparse y lanzaron una andanada de flechas que acabaron con un buen número de fugitivos. Los que lograron huir con vida corrían asustados y gritaban perturbados frases inconexas que hablaban sobre una espada invencible y el gran guerrero nerlingo que la empuñaba, pues la trenza de Kiril había vuelto a renacer y,

aunque todavía corta, lucía anudada en un trozo de tela azul.

Tras desbaratar el primer ataque groning, Kiril y Maikel se detuvieron unos instantes para recuperar el aliento.

—Darbrethil ha logrado amedrentar a los gronings —dijo Maikel jadeante—. A partir de ahora, sus ejércitos temblarán al verla centellear empuñada por el Rey Nerlingo.

—Es una gran arma que está de nuestro lado, pero no la única ni la más poderosa que se mostrará en esta guerra —le respondió Kiril—. Zornik dispone de brunos y maléficos poderes, superiores incluso a la fuerza de Darbrethil.

—Pero es Darbrethil la que aquí y ahora lucha de nuestro lado —añadió Maikel—. ¡Qué la Espada de Libertad beba la sangre del enemigo! —y junto a Kiril, encaminó a la infantería hacia el cuarto dique construido por Siriard.

Antes de seguir adelante, Kiril ordenó a los arqueros que habían defendido las posiciones entre el primer y el tercer dique, retroceder hasta el estuario del Taquakland para reunirse con el grueso del ejército comandado por los Senescales y Oerlikon. En esos instantes, sus hombres daban buena cuenta de las primeras naves que permitieron atravesaran los diques. Un grupo de unos cincuenta gronings logró desembarcar en tierra y huir por los bosques hacia el camino de la costa, pero el contingente que Kiril reservaba para la última defensa de It-sonod los sorprendió emboscándolos antes de que pudieran llegar a él.

La infantería de Esreghaia avanzaba ahora presta y alerta al encuentro de las tropas gronings que comenzaban a congregarse en las cercanías del cuarto dique. Caminaban en silencio al abrigo de la floresta, ocultos a la penetrante mirada de los halcones del Mariscal Arniokelen. Maikel creyó escuchar un ruido de pasos que se acercaban, e hizo una señal al grupo para que se detuviera. No tuvieron que esperar demasiado para ver aparecer ante ellos la enjuta figura de Olaf, quien corría apresuradamente en dirección al campamento.

—Un jabalí sería más silencioso que tú —le reprochó Maikel—. Si deseas conservar tu vida deberías caminar con más cautela.

—Sabía que erais vosotros los que os acercabais —le replicó Olaf—. Media milla río arriba casi me sorprenden unas docenas de gronings que huían en desbandada. Veo que les habéis dado una buena lección a esos salvajes.

—Una pequeña lección, pero una lección al fin y al cabo —dijo Kiril—. ¿Cómo marchan las cosas río arriba?

—La retaguardia groning reaccionó rápida y ordenadamente cuando atacasteis a su vanguardia —explicó Olaf—. Desembarcaron en tierra y aguardan en formación defensiva las órdenes de su Senescal. Son miles los que con sus ropas parecen teñir de sangre los campos.

—Río abajo también el agua descende teñida con la sangre de los invasores —dijo Maikel.

—En las proximidades del cuarto dique aún reina la confusión entre las tropas



gronings —continuó Olaf—. Los arqueros que ocupaban la margen derecha del Taquakland hicieron un buen trabajo, y ahora desde el fortín martillean como un enjambre de avispas a los legionarios. Muchos se atropellan en las orillas del río tratando de desembarcar, pero el tumulto impide que lo hagan ordenadamente, lo que está retrasando su reagrupamiento. Si bordeáis hacia el norte por el bosque que linda con el fortín, podréis acorralarlos en el río. La ayuda tardará en llegar, pues el siguiente batallón de gronings avanza más de una milla río arriba tratando de unirse a la retaguardia de sus legiones.

—Ésta es la oportunidad que esperábamos —dijo Kiril—. Atacaremos a los gronings para debilitarlos aún más. Una vez que sus fuerzas se reagrupen el signo de la batalla tornará a su favor. Olaf, ve al campamento y transmite este mensaje a los Senescales Amir y Adelel y también a Oerlikon: que cien arqueros crucen a la orilla sur y se oculten en los bosques y que otros trescientos infantes y cien arqueros partan hacia el fortín comandados por Törla. Después descansa, come y bebe algo y regresa a nuestro encuentro. ¡Soldados de Esreghaia! ¡Adelante! ¡Seguid a la Espada de Libertad! —gritó el alko.

—¡Therliangator! —gritó Maikel.

—¡Therliangator! ¡Therliangator! —contestaron los hombres vitoreando a Kiril.

Envalentonados por la victoria en su primera escaramuza, los hombres capitaneados por Kiril avanzaron veloces a través del bosque, recorriendo las casi cuatro millas que los separaban del fortín hacia el que ahora se dirigían. No tardaron en divisar el linde de la floresta que se interrumpía cerca de media milla frente a ellos, hasta formar nuevamente apretadas y frondosas comunidades de sauces y pinos. Desde allí divisaron los restos de una diezmada compañía groning que, desordenada, trataba de abandonar el río y dirigirse hacia el oeste.

—¿Veis donde vuelve a crecer la floresta? —les indicó Kiril—. Tras ella el terreno se eleva, y en ese promontorio se levanta el fortín que construyó Siriard. Apuesto a que al oeste de la loma parte de las legiones gronings tratan de franquear el río. Dejemos que ellos mismos se internen en la boca del lobo. Nosotros cruzaremos el bosque hacia el norte, bordearemos el fortín y caeremos sobre las otras compañías. De ellos se encargarán los hombres de Deriol. Sólo necesitan que les avisemos de la llegada de los gronings.

—Yo les avisaré cuando bordeemos el fuerte. Me deslizaré a través de la garganta que cruza entre ambos bosques o Maikel. Sólo espero que no me confundan con un enemigo.

—De acuerdo entonces —dijo Kiril—. Caminemos rumbo al norte. Cuidaos de que los gronings no nos descubran, pues entonces tendremos que enfrentarlos retrasando nuestra marcha —y a una orden del alko los soldados le siguieron desapareciendo entre las sombras de la espesa floresta en dirección norte.

El sol se elevaba lentamente en el firmamento, precavido y temeroso de abandonar el pálido manto de nubes grises que lo protegía de la lluvia de flechas que

volaban en el cielo de Tierra Conocida. El plateado terciopelo que la pasada luna adornó las aguas del Taquakland, había mudado a un tétrico ornamento de sangre y fuego, de madera y cuerpos carbonizados.

La infantería de Esreghaia sorteó sin dificultades a la compañía groning y remontó el bosque que franqueaba el fortín. Maikel se separó del grupo, con la misma sensación de desasosiego e impotencia que experimentaba cada vez que abandonaba a Kiril. Las palabras de su padre Torilo cuando se despidieron en el Bosque de Alkos resonaron en su cabeza:

“Cuida de Kiril, hijo mío, y cúrate bien esa herida”

—Así lo haré padre, te lo prometo —musitó entre dientes mientras caminaba encorvado por la garganta que daba acceso al fortín.

Ahora Kiril comandaba en solitario a la infantería. Borearon el bosque que envolvía con sus altos y tupidos árboles el fuerte donde se ocultaban los arqueros de Deriol. Cuando llegaron al linde de la floresta, Kiril comprobó que no se había equivocado en sus predicciones. Cerca de doscientos soldados gronings se repartían entre el río y las orillas, y un gran número de barcas se esparcían abandonadas en el margen septentrional. Sobre ellos caían cadenciosamente, como los granos de un reloj de arena, las flechas lanzadas por invisibles espíritus del bosque. Los gronings trataban en vano de protegerse con sus escudos, pues no alcanzaban a descubrir desde dónde eran atacados. Súbitamente un grito de guerra se elevó reverberando en los campos y en el lecho del río. Darbrethil fue la última palabra que sus oídos escucharon antes de ver descender a la desbocada infantería de Esreghaia por los campos de húmeda hierba, y el refulgir de su divina aleación fue la última imagen que sus ojos vieron antes de ser velados por la bruna oscuridad del jinete sin rostro.

La primera carga de la infantería de Esreghaia fue devastadora. Tomó por sorpresa a los gronings, quienes habían abandonado la vigilancia más preocupados por escapar del río, salvar a los heridos y retroceder hacia el oeste para reunirse con la retaguardia de sus legiones. Si Kiril y los suyos hubieran alcanzado el promontorio poco antes, se hubieran enfrentado al mismísimo Mariscal Arniokelen, quien ahora marchaba junto a treinta de sus mejores soldados, remontando la margen derecha del Taquakland.

Darbrethil volvió a quebrar el acero groning y sembró por doquier el pánico entre las filas enemigas. Las tropas de Esreghaia seguían a su capitán a golpe de mandoble cargando sobre los hombres de Arniokelen. Desde el fortín, las flechas volaban con pausada cadencia en busca de sus dianas coloreadas de rojo y negro. Los legionarios gronings apenas si podían contener la enfebrecida marea que les golpeaba en forma de violentas olas y eran empujados hacia el río con cada nuevo embate de las tropas de Esreghaia.

Mientras en las orillas del río la batalla se decantaba a favor de los hombres comandados por Kiril, Maikel se deslizaba furtivamente a través de la angosta garganta para alcanzar la base del fortín.

—¡Deriol! ¡Deriol! —gritó en un alto susurro—. ¡Soy Maikel! Voy a subir al fortín.

Se oyeron unos pasos que retumbaron sobre la reseca madera que cubría parte del suelo del promontorio. Una voz habló desde lo alto:

—Camina tres pasos hacia el frente con los brazos en alto —dijo la voz.

Maikel obedeció las instrucciones y se mostró a los ojos del centinela.

—Soy Maikel —volvió a repetir.

El centinela llamó a Deriol, mientras Maikel oyó como se tensaban las cuerdas de varios arcos. Al cabo de unos instantes, Deriol se acercó a la tronera norte desde donde escrutó al extraño.

—Es Maikel —dijo—. Es uno de los nuestros. Dejadle subir —y a su orden los arcos dejaron de apuntarle.

Maikel respiró aliviado y trepó con rapidez hasta el fortín.

—Pensaba que me atravesaríais con vuestras fechas —suspiró el alko.

—No esperamos muchas visitas pacíficas por estas tierras —sonrió Deriol—. ¿Qué te trae al fortín? —preguntó el luina.

—Kiril me envía para informaros que los restos de una compañía groning se acerca hacia la garganta norte —dijo Maikel—. No son más de cincuenta los soldados que la forman. Cruzarán confiados hacia el oeste, pues no esperan enemigos tan aguas arriba. Tampoco se percataron de nuestra presencia. Os será fácil acabar con ellos. Pero ninguno podrá escapar o delatarán vuestra posición.

—Nos encargaremos de ellos —afirmó Deriol—. ¿Cómo marchan las cosas aguas abajo? —preguntó intrigado.

—Muy bien hasta el momento —respondió Maikel—. Acabamos con la vanguardia de sus legiones y las primeras barcasas de los exploradores. También dimos cuenta de varios grupos de gronings que trataban de escapar del río para reunirse con el grueso del ejército. Ahora seguimos avanzando hacia el oeste para acabar con todos los grupos que huyen río arriba. Además, no tardarán en llegar nuevas tropas de refuerzo desde el campamento para continuar hostigando a los gronings.

—En verdad son buenas nuevas las que portas, nerlingo —respondió Deriol—. Cuando tú llegaste estábamos atareados en ayudar a una compañía de Esreghaia que cargaba contra varios centenares de gronings. Me pareció ver que era Kiril quien la comandaba.

—En efecto —respondió nervioso Maikel recordando que no estaba al lado de su amigo del alma.

Deriol sonrió al ver la inquietud reflejada en el rostro del alko y le pidió que le acompañara hacia las troneras del oeste.

—Observa —le dijo—. Están acorralando a los gronings, empujándoles hacia el río. No tardarán en lograr su rendición o acabar con ellos.

—¡Deriol! —gritó uno de los arqueros—. Se acerca un grupo de hombres.

—Los gronings que visteis al otro lado de la garganta —dijo Deriol—. Creo, mi buen amigo nerlingo, que ahora deberás luchar junto a nosotros antes de que puedas volver a reunirte con tu Rey.

—Lucharé con mis bravos aliados —y Maikel aferró afectuosamente con su poderosa mano el hombro del luina.

El grupo de legionarios no tardó en aparecer a través de la floresta para cruzar la garganta en dirección oeste. Los arqueros lanzaron una despiadada salva de flechas contra los gronings, abatiendo a más de la mitad de sus efectivos. Sorprendidos, volvieron sus miradas hacia el promontorio, pero solamente alcanzaron a ver una nueva salva lanzada por los árboles del bosque. Rápidamente los supervivientes se agruparon en apretada formación protegiéndose con sus escudos de la nueva oleada de flechas, que esta vez sólo consiguió abatir a media docena de gronings.

—¡Cargad sobre ellos! —ordenó Deriol, pues las flechas ya no derribarían a más gronings.

—¡Ningún enemigo debe quedar con vida! —añadió Maikel blandiendo su espada—. ¡Por Nerlinguia! —y una treintena de hombres comandados por Deriol y Maikel se lanzaron espada en mano contra la última resistencia groning.

Ahora se luchaba en dos frentes a ambos lados del promontorio: por un lado, Kiril y los quinientos infantes de Esreghaia acorralaban a los gronings en el margen del Taquakland; por otro, Deriol y Maikel lanzaban un furibundo ataque contra los últimos supervivientes de la vanguardia de Arniokelen.

Pero entonces algo sucedió que hizo cambiar el signo de la batalla. Desde las alturas, un malsano graznido descendió mecido por la brisa del oeste, planeando sobre las heridas aguas del Taquakland. El cielo se oscureció cubierto de un opaco manto gris, el aire se espesó y una conmoción se apoderó de los hombres. Los mensajeros alados, los pájaros de mal agüero, portaban complacidos sus mortales rumores. Los arqueros de Esreghaia no habían sido capaces de apagar con sus flechas el maligno canto de los halcones del rey brujo, y ahora, entrenados durante largas centurias, ejecutaban con maestría su inmunda danza circular, el prelude de la debacle que se cernía sobre sus enemigos.

El último agudo y maléfico canto de las criaturas aladas se confundió con el terrible grito de guerra groning:

—¡iiiiEeeeeellllyyyyy!!!!

El estremecedor alarido traspasó dolorosamente los tímpanos de Kiril y Maikel, obligándoles a recordar el funesto día de la traición, el día en que Lothikaton fue destruida.

La aparición desde el bosque del oeste de una terrible y numerosa horda hizo que Kiril despertase de su trance. Sus hombres retrocedieron y los gronings que permanecían acorralados de espaldas al río, cargaron contra ellos enfebrecidos al escuchar el grito que los llamaba a la batalla.

—¡Kiril! —gritó Maikel desesperado al otro lado del promontorio.

El hijo de Torilo comenzó a repartir furiosas estocadas a diestro y siniestro, y los hombres de Deriol lo siguieron como a un loco capitán. Los gronings caían abatidos ante las espadas enemigas y pronto no quedó ningún legionario con vida. Diez de los hombres de Deriol perdieron la vida en la refriega.

—¡Regresad al fortín! —ordenó alterado Maikel—. ¡Cubrid a Kiril y a sus hombres! Presiento que una gran fuerza groning los ataca.

—Te acompañaremos —se ofreció Deriol.

—¡No! —gritó Maikel—. Permaneced aquí defendiendo el fortín, así es como mayor daño causaremos a los gronings. Yo debo reunirme con mi Rey —y sin apenas terminar la frase, trepó por la pedregosa garganta y se interno en la espesura desapareciendo como alma que lleva el diablo.

Al otro lado del promontorio, el frágil equilibrio de la balanza se había tornado favorable a los gronings. Los halcones del Mariscal habían informado con sus armónicas danzas de la existencia de una gran hueste de enemigos que avanzaba hacia el oeste. Sus noticias habían llegado justo a tiempo para que Arniokelen decidiese que el centro de sus legiones retornase río abajo a enfrentarlos. Pero esta vez no lo hicieron en sus barcazas, sino campo a través, atacando por sorpresa a la confiada infantería de Esreghaia que únicamente se preocupaba de la atropellada huida de las legiones del Mariscal.

Las tropas de Esreghaia no tardaron en verse superadas en número por la horda groning. El arrojo y el empuje de los hombres comandados por Kiril comenzaron a decaer, y lentamente se vieron obligados a retroceder. Los gronings provocaron con sus embestidas una brecha en el centro de la columna de infantes, logrando dividir las tropas de Esreghaia. El grupo de Kiril fue empujado hacia la orilla del río. Darbrethil quebraba lanzas, mellaba espadas y hendía escudos, pero las espadas que luchaban a su lado caían o perdían el vigor de sus golpes.

Maikel, desesperado, corría a través del bosque del norte, buscando ansioso con sus ojos el lindero con la pradera en la que sus compañeros se debatían entre la vida y la muerte.

La situación comenzó a tornarse desesperada para las tropas de Esreghaia. Sus soldados no eran capaces de detener el impetuoso ataque de los legionarios gronings. Cuando Maikel alcanzó el linde de la floresta, al menos una quinta parte de la infantería había perecido bajo el acero groning.

Acuciado por las circunstancias, Deriol tuvo que tomar una difícil decisión. Ordenó a los arqueros del fortín lanzar una oleada de flechas contra el frente de los legionarios gronings. Eso detendría momentáneamente su avance y proporcionaría un rayo de esperanza a los hombres de Kiril, pero delataría su hasta ahora oculta posición. A la señal del oficial luina, una terrible salva de flechas voló desde el promontorio. El vuelo de las saetas rasgó la voz del viento y oscureció la pálida luz del sol. Las flechas cayeron por sorpresa sobre los gronings, causando un gran daño entre sus filas. Sin embargo, el ataque de los arqueros se convirtió en una trampa para

Kiril. Therliangator, reanimado y enrabiado al escuchar los descarnados lamentos y gritos de dolor de los enemigos abatidos, arremetió al mando de una veintena de alkos del sexto clan contra los legionarios de Arniokelen. En un primer momento su ataque hizo retroceder a los legionarios, pero su grupo no se vio respaldado por la segunda compañía en la que los gronings les habían dividido. Ese segundo grupo, aprovechó la tregua que los arqueros les habían proporcionado para retroceder poniéndose a salvo en el bosque.

Cuando Maikel llegó jadeante al linde se topó con el grupo que se batía en retirada.

—¿Dónde está Kiril? —preguntó sin esperar a que nadie le relatase lo que estaba ocurriendo.

—Los gronings han dividido nuestras fuerzas —respondió asustado un maestro constructor de barcos luina—. Kiril lucha junto a los alkos en la orilla del río.

Maikel lanzó una mirada asesina al atemorizado luina, recriminándole por haberse batido en retirada abandonando a su suerte a Kiril y los alkos en el campo de batalla. Pero en realidad era a sí mismo a quien no perdonaba por haberse separado de su Rey.

En el claro, Kiril y los suyos mantenían una cerrada lucha contra los gronings, apoyados desde lo alto del fortín por los arqueros de Deriol. Pero los legionarios que antes luchaban contra el segundo grupo que se retiraba al bosque, cargaron ahora desde el norte contra la compañía de Kiril.

A pesar de que el Rey Nerlingo blandía con destreza a Darbrethil, cada vez un mayor número de enemigos lo rodeaban. Los gronings temían el poder de la Espada de Libertad y el nombre del guerrero que lo empuñaba.

—¡Therliangator! ¡Therliangator! ¡Por Nerlinguia! —gritaba Kiril con voz torva y estridente, y los legionarios, arredrados, daban un paso atrás.

Pero los hombres que luchaban junto a Kiril caían, y nuevos legionarios gronings ocupaban su lugar en el bando enemigo, rodeando y empujando al joven Rey hacia las aguas del Taquakland. Los pocos hombres que aún quedaban con vida amagaban con retirarse, y solamente los alkos se batían valientes y decididos en defensa de su Rey. Los arqueros de Deriol redoblaron sus andanadas de flechas, pero la marea groning crecía sin cesar.

En un lance de la batalla, Kiril se vio acorralado por cinco lanceros gronings. Darbrethil bebió la sangre de uno, de dos y hasta de un tercero, mas la alabarda del cuarto lancero se clavó violenta y precisa en el costado izquierdo de Kiril.

Maikel, quien corría desbocado por el prado en socorro de su Rey, contempló desolado como Kiril era ensartado por la lanza del legionario. Enloquecido por aquella visión, volvió su mirada hacia el linde del bosque y gritó con desesperación desgarrando su garganta:

—¡Cargad! ¡Cargad contra ellos! ¡Salvad al Rey! ¡Salvad a vuestro Rey!

Los hombres de Esreghaia, contagiados de la rabia y la furia que se habían

apoderado de Maikel, regresaron al claro y siguieron al hijo de Torilo en la última defensa de la luz.

Antes de que Maikel llegara en socorro de Kiril, otra voz se alzó en el cielo, fuerte y aterradora, pero al mismo tiempo delicada y desgarradora. Y aquel grito fue acompañado de un terrible daño para los gronings, pues toda la fuerza de aquella voz se transformó en un devastador brío de la espada que empuñaba. Cercenó la cabeza del groning que había osado mancillar el cuerpo de Therliangator y no cesó hasta que no quedó con vida ni un solo groning en torno a su Rey. Y entonces se quitó el yelmo, y rugió como un oso herido, y los legionarios huyeron horrorizados batiéndose en retirada, pues en aquel soldado vieron la personificación de la diosa Nerlinguia. Mas no era Nerlinguia la que se mostraba serena y terrible frente a las aguas del Taquakland, sino Enna, la prometida de Kiril, aquella que desobedeciendo su mandato y el de su progenitor, había luchado junto a Kiril sin él saberlo en el campo de batalla.

Cuando Maikel se acercó al lugar donde yacía el cuerpo inerte de su Rey, quedó paralizado, desconcertado al contemplar a su lado el rostro inconsolable de Enna. Y él también lloró de amargura, y aquel espantoso sentimiento de culpa no le abandonó hasta el día de su muerte. Maikel y Enna cruzaron sus sombrías miradas sin pronunciar palabra alguna y contemplaron el pálido y mortecino rostro de Kiril. El fragor de la batalla y el entrecocar del acero hicieron salir a Maikel de su aturdimiento.

—¡Aquí! ¡Cubridnos! —gritó Maikel.

—¡Ayudadnos! ¡Salvad a vuestro Rey! —gritó Enna entre sollozos.

Una treintena de hombres acudieron prestos a la llamada de auxilio. Se colocaron delante de su Rey herido, protegiéndole con sus cuerpos, desafiando a los gronings, decididos a derramar hasta la última gota de su sangre para defender al gran Therliangator. Maikel tomó en brazos a Kiril y, cargándolo delicadamente sobre su enorme espalda, corrió hacia el bosque flanqueado por Enna. Los gronings, viendo que los dos capitanes enemigos huían hacia el bosque, recobraron el valor perdido y cargaron contra las desperdigadas huestes de Esreghaia. Sin embargo, el rápido contraataque de los arqueros de Deriol logró evitar que la infantería fuera destruida en aquella solitaria pradera. Las constantes oleadas de flechas lograron contener a los gronings el tiempo suficiente para que las tropas de Esreghaia pudieran ponerse a salvo en la floresta huyendo en desbandada.

Hacia el campamento de los capitanes corrían a grandes trancos Maikel y Enna, tratando de evitar que el último hálito de vida de su Rey, amigo y prometido, escapara por su boca. Tras sortear trastabillándose una apretada comunidad de pinos, Maikel y Enna se encontraron súbitamente con Olaf. Enseguida el enjuto norteño se percató de que las cosas no marchaban bien y lanzó un ahogado grito de dolor al descubrir que el cuerpo moribundo que Maikel acarrea sobre sus espaldas era el de su amigo Kiril.

Maikel se arrodilló lentamente y depositó en el suelo con afecto y reverencia el cuerpo de Kiril.

—Lo hirieron en el prado —habló Enna entre lágrimas—. Una lanza mordió su costado.

—Todavía respira —dijo Maikel acercando su rostro a la boca de Kiril—. Aún queda un rayo de esperanza.

—Busca a mi padre, encuentra a Oerlikon —apremió Enna a Olaf—. Dile que Kiril está herido de muerte. Él sabrá que hacer, pues es el único entre los mortales que puede salvar su vida. ¡Corre! ¡Corre hacia el campamento!

Olaf se quedó paralizado unos instantes aturdido ante aquella imagen lastimera que sus ojos contemplaban.

—¡Haz lo que te dice! —bramó Maikel sacando al norteño de su estado de aturdimiento—. ¡Corre tan rápido como tus pies te lo permitan! ¡La vida de Kiril pende de un hilo! —gritaba con lágrimas en los ojos.

Sin despedirse de Enna y Maikel, Olaf corrió veloz como el viento hacia el campamento, mientras los ecos de las pisadas de la infantería de Esreghaia, batiéndose en retirada, resonaban huecos entre las húmedas y arrugadas cortezas del bosque de pinos.

Olaf galopaba a través del bosque, con una gutural y entrecortada respiración. Corría tan rápido que pareciese que cientos de agujas le lacerasen el pecho y las piernas. Corría tan rápido que parecía volar sobre la hierba cubierta de resecas ramas y hojarasca. En su frenética carrera se cruzó con Törla al mando de los trescientos infantes y cien arqueros que se dirigían a paso ligero hacia el fortín. Olaf irrumpió entre las apretadas filas de la compañía y, chocando y golpeándose contra sus escudos, pasó de largo sin detenerse, mientras los soldados, sobresaltados, contemplaban correr al norteño poseído por la locura.

Cuando a un cuarto de milla divisó el campamento donde permanecía acantonado el grueso de las huestes de Esreghaia, Olaf aulló con desesperación:

—¡Oerlikon! ¡Oerlikon! ¡Llamad a Oerlikon! —gritaba rasgando su garganta mientras continuaba corriendo—. ¡Llamad a Oerlikon! ¡Llamad a Oerlikon!

Los centinelas reconocieron a Olaf y, contagiados por la angustia del norteño, se apresuraron a buscar al Kliat nerlingo. Lo encontraron conversando con los Senescales Amir y Adelel.

—¡Señor! —se dirigieron a él con voz educada pero apremiante—. El explorador os llama. Parece ser importante.

Oerlikon alcanzó entonces a oír los desesperados gritos de Olaf. Se puso en pie y se acercó al lugar desde el que provenían los gritos. Vio entonces llegar a Olaf corriendo, casi ahogado, sin resuello, y con una mirada de zozobra en sus desorbitados ojos.

—¿Qué ocurre, Olaf? —preguntó nervioso Oerlikon mientras daba tiempo al explorador a que recobrase el aliento.



—Kiril... Se trata de Kiril... —habló el norteño al tiempo que caía de rodillas al suelo—. Está herido de muerte. Los gronings... los gronings lo hirieron en el prado. Su hija me dijo que lo buscara... pues es el único hombre capaz de salvarlo.

—¿Mi hija...? —preguntó aturdido Oerlikon.

—Si... eso es lo que ella dijo... —tartamudeó Olaf al ver el gesto de sorpresa del Kliat—. “Busca a mi padre, encuentra a Oerlikon”.

—¡Por Nerlinguia! ¡No puede ser! ¡Enna! ¡Mi primogénita! —y Oerlikon gimió aterrorizado al comprender que su hija había desobedecido su mandato y había luchado junto a Kiril en el campo de batalla.

—Ella está sana y salva —habló Olaf tratando de tranquilizarle—. Es la vida de Kiril la que pende de un hilo. ¿Es cierto que puedes curarle como ella dice? ¿Lo salvarás de la muerte? —preguntó consternado el norteño.

Oerlikon guardó un severo e interminable silencio durante el cual, Olaf, los Senescales y los soldados que habían escuchado la conversación lo escrutaron turbados, aguardando una respuesta que mantuviese viva la débil llama de la esperanza.

—Haré todo lo que esté en mi mano para salvarlo —habló al fin con voz torva y grave Oerlikon—. Mas no seré yo quien decida si Kiril ha de vivir o morir. Ése es un alto poder que no poseo, solamente reservado a los dioses. Ellos decidirán cual será su suerte —hizo una pausa y, recobrándose de su momentáneo aturdimiento, ordenó a los hombres—. Traed agua hirviendo, vendas e hidromiel. Preparad un camastro junto a esas piedras. Cuando llegue mi hija, traedla a mi presencia. Y ahora... dejadme solo —y se alejó lenta pero gravemente hacia las rocas que harían las veces de cabecera del camastro donde reposaría el cuerpo de Kiril.

Tan firmes fueron sus palabras, que ni siquiera los Senescales Amir y Adelel se atrevieron a interrumpir la meditación y soledad en la que se sumió Oerlikon. Nuevamente el Kliat nerlingo, como guardián y protector de la Bestia Sagrada, debía decidir si administrar el poder que el Unicornio les había confiado, el poder de una volátil inmortalidad, devolver a la vida a un agonizante mortal que ahora cabalgaba al lado del jinete sin rostro. Su mente fue asaltada por el recuerdo de una estancia de Caterziveen, en la que un joven le suplicaba mientras aferraba con fuerza su brazo. “No permitas que muera”, fueron sus palabras. Las palabras de Oyvind. Y también le asaltó el recuerdo de las lágrimas de Enna, las lágrimas de Nerlinguia. Y al igual que aquel día, las dudas que albergaba su corazón se disiparon. Fue entonces cuando oyó la desconsolada voz de su hija que lo llamaba entre sollozos:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Kiril se muere! —gritaba Enna quien se había adelantado a Maikel.

Oerlikon se levantó y corrió al encuentro de su hija. La abrazó con tanta fuerza y cariño como no lo había hecho nunca.

—¡Insensata, desobediente! —le regañó con dulzura mientras ella ahogaba las lágrimas en el pecho de su padre—. ¿Por qué pusiste en peligro tu vida? ¿Por qué?

—Porque tú me educaste para ser el futuro Kliat de nuestro clan. Nunca enviaría a mi pueblo a la batalla sin ser yo quien marchase ante ellos enarbolando el estandarte nerlingo. Y porque... —calló unos instantes—, porque amo a Kiril, padre. Porque mi corazón ya no puede soportar estar alejado de él. Le amo —y Oerlikon la apretó entre sus brazos y sus ojos se cubrieron de lágrimas que no llegaron a derramarse.

Maikel hizo que el paternal abrazo finalizase prematuramente.

—¡Kliat! —gritaba—. ¡Traigo a Kiril! ¡Se muere! —seguía gritando desesperado.

—Acércalo hasta las rocas —le indicó Oerlikon.

Los soldados habían preparado prestos una improvisada cama con capas y mantas, y al lado había una botella de hidromiel y vendas de blanco algodón. El agua estaba siendo hervida en una pequeña hoguera al cobijo del bosque de pinos para evitar que los mensajeros alados pudieran descubrirla.

Maikel tendió delicadamente el cuerpo de Kiril sobre la cama de mantas, y lo arropó con una de ellas. Enna acarició la frente del alko con su blanca y aterciopelada mano, y sintió como el frío temblor de la muerte se instalaba en él.

—Agoniza, padre —dijo estremecida.

—Aún queda un hilo de vida en él —trató inútilmente de tranquilizarla Oerlikon—. Prepararemos la poción que un día le salvó.

—Cuatro hojas de helecho, veinte flores secas de manzanilla, diez de árnica, cinco de caléndula, tres raíces de diente de león, cuatro de valeriana. Todo bien molido. Se vierte en agua hirviendo con dos cucharadas de miel, un puñado de sal y un fino polvo blanco. Después hay que revolverlo cien veces hacia la derecha y cincuenta hacia la izquierda. Cuando el agua deje de borbotear la cura estará preparada —recitó de carrerilla Enna ante el asombro de su padre—. Pero no creo que encontremos ni caléndula, ni valeriana, ni árnica. ¿Y el polvo blanco? ¿Llevas algún puñado contigo?

—Creo que la poción funcionará sin caléndula, ni valeriana, árnica, y no será necesario revolver más de quince veces en cada sentido. Hoy la muerte no nos concederá tanto tiempo como aquel día —Oerlikon hizo una pausa y esbozó una extraña sonrisa—. Tres medidas de cuchara de ese polvo blanco, como tú lo llamas, será suficiente. Siempre llevo algo conmigo —y extrayendo con gran ceremonial de un pequeño cuerno de jabalí unas limaduras de aquel producto, lo vertió junto a las tres raíces de diente de león y las veinte flores secas de manzanilla en el cuenco de agua hirviendo que uno de los soldados acababa de traer.

Enna recolectó las cuatro hojas de helecho, y el Senescal Adelel trajo un puñado de sal que había tomado de las escasas provisiones que habían transportado desde Itsonod para abastecer a sus hombres. Como tampoco fue posible encontrar miel en todo el campamento, Oerlikon decidió aderezar la poción con unas gotas de hidromiel. Enna revolvió resuelta el brebaje quince veces a la derecha y quince a la izquierda y, una vez hubo terminado, aguardó unos instantes hasta que dejase de borbotear. Mientras tanto, Maikel y Oerlikon limpiaron la profunda herida de Kiril

con un trapo empapado en hidromiel. Después, con sumo cuidado, le vendaron el costado. Los Senescales Amir y Adelel lo contemplaban descorazonados, viendo como su pálido rostro se apagaba lentamente, vacío e inexpresivo, alejándose de la umbría del bosque hacia lejanas tierras. Nahelgen acudió al velatorio informado por los soldados y, al contemplar como Kiril yacía moribundo al abrigo de aquellas rocas, sus ojos estallaron arrasados en lágrimas.

La cura por fin dejó de borbotear. Enna tomó el cuenco en sus manos y Maikel incorporó a Kiril, quien ni siquiera se agitó por el dolor. Oerlikon le abrió la boca, y Enna vertió a pequeños sorbos la mágica poción en la boca de Kiril. El joven alko, inconsciente, apenas si era capaz de tragar el brebaje, derramando el líquido curativo por sus labios. Cuando tras muchos esfuerzos hubo terminado de beber la poción, Maikel volvió a recostarle con ternura sobre las mantas.

—Ahora sólo resta esperar —sentenció Oerlikon—. Mi hija y yo velaremos sus sueños. Rezad por su salvación.

—Rezaré a Nerlinguia con todas mis fuerzas —dijo con voz trémula Maikel—. Ofrezco en prenda mi vida a nuestra diosa si ello sirve para sanar a Kiril.

—No sera necesario —le respondió Nahelgen—. Nerlinguia y Olión no permitirán que el Verdugo de la Oscuridad nos abandone cuando más lo necesitamos.

—Todos los hombres acompañarán con sus rezos a Kiril en tan delicado trance —dijo el Senescal Adelel—. Olión no podrá obviar las plegarias de miles de hombres.

—Todos juntos convocaremos la gracia de los dioses y ellos no desoirán nuestras súplicas —añadió el Senescal Amir.

Y todos los hombres volvieron sus pensamientos a lo más profundo de sus corazones y, con gran fervor y humildad, rezaron a sus dioses rogando clemencia para el joven Kiril, larga vida para Therliangator, luz salvadora para el Rey Nerlingo.

Enna lloraba junto a Oerlikon, velando a su amado, maldiciendo la estirpe del legionario que había herido mortalmente a Kiril.

—Si Kiril muere, juro por Nerlinguia que no descansaré hasta que el último groning muera bajo el acero de mi espada —renegaba Enna—. Desde Zornik hasta el último bastardo de sus lacayos, no quedará enemigo que vuelva a contemplar la luz del sol.

—No ansíes la aniquilación de tus enemigos —le habló Oerlikon tratando de tranquilizarla.

—¿Qué otra cosa debo desear? ¿Acaso amor? ¿Compasión quizás? —respondió Enna con irónico resentimiento.

—Querida hija, ahora es el odio quien vela tus ojos y ensombrece tu corazón. Mas tú misma has respondido a mi pregunta. En efecto, amor es la respuesta —dijo Oerlikon—. De todas mis enseñanzas, es la lección del amor la que nunca deberás olvidar. Será siempre la primera y más importante, aquélla en la que tendrás que mostrar mayor destreza y sabiduría, la que en definitiva rija tus actos. El amor es la piedra angular de nuestras vidas, el sutil engarce que mantiene unidas nuestra alma

eterna y nuestra carne mortal. Algún día comprenderás que una vida alejada del amor, centrada en la búsqueda de otros poderes, logrará grandes tesoros, alcanzará grandes posesiones, incluso podrá desarrollar hasta límites inimaginables los fuegos de la industria, mas al final de todas las cosas, sólo logrará un efecto devastador sobre los hombres. Serán entonces el poder y la codicia las trémulas luces que alumbren su camino en el mundo, conduciéndolos a la destrucción y a la oscuridad.

—Yo amo a Kiril, y a las personas nobles y honestas —respondió Enna con el fuego de la ira reflejado en sus hermosos ojos verdes—. Pero no es amor lo que mi corazón desea para los que causan el mal en el mundo, sino muerte y condena eterna.

—No todos los hombres que caminan junto al mal merecen la muerte —respondió Oerlikon—. Sí, debemos acabar con el mal que los domina, pero también debemos ser generosos a pesar del dolor que nos hayan causado. Otorgarles una segunda oportunidad en la que encuentren la redención y se alejen para siempre de la oscuridad que los posee. No dejes que la ira se instale en tu corazón, no permitas que la sed de venganza lo corrompa; pues si bella eres por fuera, más hermoso es el halo que envuelve tu alma —y apoyó la cabeza de Enna en su hombro tratando de reconfortarla—. Te contaré ahora una vieja fábula que nuestros ancestros solían relatar —y con ello Oerlikon buscaba tranquilizar el alma de Enna y que un sueño reparador la envolviera—. Érase una vez una remota isla donde habitaban la Felicidad, la Melancolía, la Tristeza y otros sentimientos junto a los que también vivía el Amor. Un día, un terrible terremoto sacudió la isla y todos huyeron a bordo de sus barcos de vela, todos excepto el Amor, quien quiso resistir hasta el último instante con la esperanza de que la isla se salvase. Cuando constató que ya nada podía hacerse y el último pedazo de isla estaba a punto de desaparecer engullido por el mar, decidió pedir ayuda. Cerca de allí navegaba la Riqueza, pero le respondió:

“No. No puedo llevarte en mi barco. Llevo gran cantidad de oro y plata a bordo y no hay sitio para ti”

Media milla al norte navegaba la Vanidad, y el Amor le hizo señas pidiendo socorro. La Vanidad le respondió desde la cubierta de su embarcación:

“No. No puedo llevarte. Estás desaliñado y podrías ensuciar mi barco”

Poco después pasó cerca de la orilla la Tristeza y nuevamente el Amor gritó pidiendo ayuda:

“No. No puedo llevarte. Bastante tengo con preocuparme de mi triste yo”

También cruzó por poniente la Felicidad, pero estaba tan contenta y entusiasmada que no se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando el Amor, desesperado, se resignó a morir ahogado hundiéndose para siempre en las aguas del océano, escuchó una voz que le gritaba:

“¡Amor, ven! ¡Yo te llevaré!”

Aquella voz salvadora era la de un anciano, una voz dulce y serena. El Amor estaba tan desesperado y contento al mismo tiempo, que olvidó preguntar al anciano su nombre. Cuando el barco arribó a tierra firme, el anciano se despidió de él y se

marchó siguiendo su propio camino, perdiéndose su encorvada figura en el lejano horizonte. Entonces el Amor reflexionó sobre cuánto le debía a aquel anciano. Corrió tras sus pasos, pero no logró encontrarlo. Entonces decidió ir en busca del Conocimiento, que era otro anciano sabio y venerable. Cuando el Amor dio con él, le preguntó:

“¿Quién era ese anciano que me ayudó cuando todos los demás me ignoraron?”

El Conocimiento esbozó una sonrisa y respondió al Amor:

“Fue el Tiempo”

El Amor se quedó sorprendido por la respuesta y preguntó al Conocimiento por qué fue el Tiempo el único que decidió ayudarlo.

“Porque solamente el Tiempo es capaz de entender lo que vale el Amor”

Oerlikon giró su cabeza y contempló el rostro sereno de su hija, quien por fin dormía ahora ajena a las preocupaciones que torturaban su mente. Oerlikon susurró con la mirada perdida en el bosque:

—... El tiempo es el dios de nuestra diosa, el tiempo es nuestro amo y señor, el tiempo es el dueño de nuestra vida y libertad... —y rezó a Nerlingua para que el alma de Kiril regresase del viaje que había emprendido a lomos del negro corcel de la muerte.

La tarde había caído sobre el oriente de Tierra Conocida y el sol mudó el pálido velo que lo había envuelto durante el día por una difuminada aura de colores anaranjados. Parecía que el campamento disfrutase de una tregua desde que Kiril había tomado la poción de Oerlikon, pero la misma fue breve, pues de entre los nudosos troncos de los árboles apareció Olaf cual pájaro de mal agüero.

Se acercó silenciosamente a Maikel para evitar sobresaltarle, quien sentado ocultaba la cabeza entre sus rodillas. Le preguntó inquieto:

—¿Cómo se encuentra Kiril? ¿Ha surtido efecto en él la pócima de Oerlikon?

Maikel abandonó por un instante los abrumadores pensamientos en los que estaba sumergido y, mirando a los ojos de Olaf, le respondió:

—Aún no lo sabemos. Oerlikon dice que su suerte será dictada con la llegada del crepúsculo. Al menos parece haberse desprendido de ese velo blanquecido que cubría su rostro —y girando su cabeza hacia Kiril, contempló a Oerlikon y Enna, quienes velaban al Rey Nerlingo.

—Necesito hablar con Oerlikon y los Senescales —habló ahora apremiante Olaf—. Traigo funestas noticias.

—¿Qué ocurre? —le preguntó intrigado Maikel.

—Reúne a los capitanes —respondió escueto Olaf. Maikel se apresuró en congregar a los capitanes como Olaf le había exigido. No tardaron en reunirse todos sentados en círculo alrededor de una sofocada hoguera.

—Me envía Törla —comenzó a relatar Olaf—. Los gronings han atacado el

fortín. A pesar de que sus tropas sufrieron incontables bajas, finalmente lograron tomarlo. Ahora el bastión arde en llamas, y los cuerpos del bravo Deriol y sus arqueros forman parte de la trágica pira. Nadie quedó con vida. Törla al frente de su compañía, alcanzó el fuerte justo en el instante en que los arqueros, tras vaciar sus carcajes y dispuestos a alcanzar una muerte gloriosa, se lanzaron en una épica carga contra los legionarios. Los gronings les superaban en una proporción de diez a uno y, pese a que Törla trató de ayudarlos, todo fue en vano. Más gronings llegaron desde el oeste y repelieron el ataque de la compañía de Törla. Los obligaron a retroceder y replegarse; sus hombres se descorazonaron, su resistencia se desmoronó y la formación se derrumbó. Ahora huyen hacia nuestro campamento perseguidos por los legionarios.

—¿A qué distancia se encuentran de aquí? —preguntó el Senescal Adelel.

—A unas dos millas al oeste —respondió Olaf—. Los gronings han tomado posiciones y creo que aguardan el avance de su retaguardia. Vi cómo dos halcones sobrevolaban a la compañía de Törla para después dirigirse río arriba.

Oerlikon y los Senescales guardaron silencio. Todo parecía favorecer a los gronings: eran superiores en número, habían resurgido tras la emboscada inicial, mantenían su vanguardia intacta y además habían acabado con el paladín de Esreghaia. Y en esos instantes la horda se reagrupaba a sólo dos millas del campamento.

—¿Desde dónde atacarán ahora? —preguntó Maikel—. ¿Siguen en pie las defensas de los diques?

El Senescal Amir hizo llamar a Siriard.

—¿Cuál es el estado de los diques? —le preguntó al maestro constructor luina.

—Tres de los cuatro diques han cedido a causa del fuego —respondió resignado Siriard—. El cuarto a duras penas podría resistir un nuevo embate de los gronings.

—Entonces pueden atacarnos desde el río y el bosque —se lamentó Maikel.

—Lo harán desde ambos lados y esta vez su ataque será demoledor —sentenció Adelel.

—¿Es posible reparar alguno de los tres diques o colocar nuevas barreras? —preguntó Amir sin convicción.

—Nos llevaría al menos siete lunas repararlos —respondió Siriard—, y necesitaríamos dos lunas para construir nuevas defensas lo suficientemente robustas como para frenar su embestida.

A pesar de que no esperaban otra respuesta, todos quedaron cabizbajos y abatidos.

—Como dijo el bueno de Nahelgen, solamente nos queda aferrarnos al acero de nuestras espadas —sentenció el Senescal Adelel.

—Aún hay esperanza para nuestra causa —habló Oerlikon, quien había estado callado—. Mientras Kiril siga con vida y los dioses estén de nuestro lado.

—¿Los dioses? ¿Dónde estaban los dioses cuando los gronings masacraron a Deriol y quemaron el fortín? ¿Dónde estaban los dioses cuando los lanceros hirieron

a Kiril? —respondió con desesperación el Senescal Amir.

—Escrutando la batalla desde su morada celestial, aguardando el momento preciso para intervenir, confiando en que la desesperanza no se apodere de sus protegidos —le contestó Oerlikon mirándole con un extraño fuego en los ojos.

—¿Y qué cambiaría si el joven Kiril viviera? Cuando sus heridas hayan sanado y nuevamente pueda acaudillar a nuestras tropas, la ruina ya habrá caído sobre todos nosotros —dijo Siriard, y sus palabras fueron como un puñetazo en el rostro del abatido Maikel.

—Os prometo que Kiril vivirá y, con la nueva alborada, marchará al frente de nuestro ejército empuñando a Darbrethil en una nueva defensa del amado oriente —sentenció Oerlikon mientras los demás lo miraban incrédulos tomándolo por un loco.

—No dudo de tu sabiduría, ni de tus artes curativas —respondió Maikel—. Incluso presiento que Kiril vivirá gracias a tu poción; pero como tú dijiste, solamente los dioses decidirán si Kiril ha de vivir o morir.

—Kiril vivirá y acaudillará los ejércitos de Esreghaia —respondió tajante Oerlikon—. Lo vi en mis sueños.

Todos callaron, pues creían que Oerlikon había perdido la razón y estaba delirando. Sin embargo sus palabras resultaron proféticas.

—¡Padre! —le llamó con voz alterada Enna—. ¡Kiril ha despertado! ¡Ha derrotado al jinete sin rostro! —gritó alborozada.

Maikel se levantó como empujado por un resorte, y Oerlikon, Siriard, Olaf y los Senescales Amir y Adelel le siguieron tan rápido como pudieron. Enseguida llegó Nahelgen atraído por los gritos de Enna.

—¿Dónde estoy? —preguntó aturdido Kiril al tiempo que la escasa luz que penetraba por la floresta desapareció oculta tras las cabezas que se arremolinaban en torno suyo.

—Has despertado de un mal sueño —le dijo Enna con lágrimas en los ojos.

—Todo mi sufrimiento ha merecido la pena para poder contemplar a un ángel en mi despertar —contestó Kiril—. ¿Estamos cerca de Caterziveen?

—No —respondió Oerlikon—. Sigues en las orillas del Taquakland. La imagen de Enna es la que desorienta tu mente.

—Escapó de Caterziveen y luchó junto a ti en la batalla —añadió con ojos vidriosos Maikel—. Ella te salvó cuando yo te abandone.

—No te equivocas al afirmar que has visto un ángel. Tu ángel protector —dijo el Senescal Adelel.

—Pero... ¡Es un milagro! ¡Realmente eres el Elegido de los dioses! —afirmó el Senescal Amir—. ¡Y Oerlikon el gran mago sanador!

—Los dioses luchan a nuestro lado —murmuró Nahelgen.

—¿Cómo te encuentras, hijo? —le preguntó Oerlikon.

—Un poco aturdido. Siento una fuerte punzada de dolor en el costado... ahora recuerdo... El groning me ensartó con su lanza, el gélido pinchazo del acero, y

después calor, un calor sofocante, y otra vez frío... ¿Dónde está Darbrethil? —buscó a su alrededor desesperado la Espada de Libertad.

—Aquí está. Tómala —se la entregó Maikel.

Kiril la tomó con fuerza entre sus manos, y los Senescales contemplaron mudos de asombro, a aquél quien momentos antes se debatía entre la vida y la muerte, empuñar su espada como un guerrero presto para el combate.

—Es sobrenatural, no es humano —murmuró el Senescal Adelel—. Su alma supera la gracia de los mortales.

—Descansa y bebe un poco de hidromiel. Debe calmar tu dolor, pero no aturdir tu mente —bromeó Oerlikon—. Si sigues mi consejo, puede que mañana puedas volver a luchar.

—¡Pero padre! —gruñó Enna escandalizada—. No bien acaba de despertar tras una denodada batalla con la muerte y tú sólo piensas en que comande nuestro ejército. ¡No es un dios! ¡Su herida es muy profunda y tardará en sanar y cicatrizar!

—Dejadme que os la muestre —dijo Oerlikon, y con delicadeza apartó las mantas y levantó la camisola de Kiril. Retiró una a una las ensangrentadas vendas que cubrían la herida y, en ese instante, una muda expresión de asombro se apoderó de los allí presentes. Paralizados por lo que sus ojos les mostraban, contemplaron cómo el largo y profundo corte se había convertido en una estrecha y sonrosada cicatriz.

—¡Por Olión y todos los dioses del firmamento! —exclamó el Senescal Adelel, el primero en salir de su estado de conmoción.

—¡No es posible! —clamó asombrado el Senescal Amir.

—¡Bendita sea Nerlinguia! —dijo Maikel.

Siriard, Olaf y Nahelgen no tenían palabras para describir aquel milagro, ni siquiera Enna, que había visto sanar a su padre animales heridos, hombres enfermos o mujeres parturientas. Mas lo que sus ojos ahora contemplaban superaba con mucho todo aquello. Kiril no sólo había sobrevivido a la mortal laceración, si no que además su herida se había restañado, cerrado y cicatrizado. En verdad no había otra explicación que no fuera la de la intervención divina. Únicamente Oerlikon conocía la razón de tan rápida curación: dos medidas adicionales en la proporción de las limaduras del Unicornio. El Kliat era sabedor que, a mayor concentración de cuerno de Unicornio, las propiedades curativas de la poción no se incrementaban de forma proporcional sino exponencial. Aunque también sabía que habría un efecto a largo plazo en Kiril: su vida sería larga, tan extraordinariamente larga, que contemplaría el triste ocaso del sol muchas más veces que el más longevo de los mortales y, con él, el amargo declinar de sus seres queridos.

Con el crepúsculo, Törla alcanzó herido el campamento de los capitanes. Breve fue la alegría por la curación de Kiril, la cual se esfumó como frágiles volutas de humo de pipa mecidas por el viento. Acompañando al oficial esmuga llegó medio centenar de hombres, agotados y heridos, con la desesperanza prendida en sus corazones. No tardó en contagiarse al resto de la infantería que allí permanecía



acantonada, pues a la ruina de Deriol y sus hombres, ahora se unía la debacle de la compañía de Törla.

Oerlikon, Maikel y los Senescales salieron a su encuentro.

—¡Törla, estás malherido! —exclamó el Senescal Adelel al ver el profundo corte que sangraba con profusión en su brazo derecho.

—No es grave —respondió con voz titubeante el esmuga.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Maikel.

—No llegamos a tiempo para proteger a Deriol y el fortín —relató Törla, con una creciente palidez en su rostro—. Las huestes gronings acabaron con ellos en una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. Mis arqueros abatieron a numerosos gronings, pero no cesaron de llegar nuevos efectivos a través del bosque. Nos obligaron a retroceder, y abandonamos a Deriol a su suerte —dijo con remordimiento—. Luego los gronings nos persiguieron por el bosque aunque logramos repelerlos en varias ocasiones a costa de pagarlo con numerosas vidas. Ahora... —tomó aliento y se sentó en el suelo, pues hablaba con dificultad—, ahora su vanguardia permanece apostada a una milla del campamento; no son más de doscientos hombres, pero no tardarán en acudir nuevos efectivos, interminables columnas de legionarios... —y sujetando débilmente el brazo de Maikel, el esmuga se desmayó.

—¡Rápido! —gritó Oerlikon—. Traed vendas, y también aguja e hilo. Hay que detener la hemorragia o morirá desangrado.

Los infantes de Esreghaia miraban descorazonados al bravo oficial esmuga y murmuraban abatidos, preguntándose cuánto tiempo restaba para que la muerte acudiera a su encuentro.

Enna se ocupó de curar a Törla y otros soldados atendieron a los heridos que llegaban al campamento. Oerlikon, Maikel y los Senescales se reunieron de urgencia para analizar la delicada situación y recomponer su estrategia.

—Estimo que nuestras bajas rondan los seiscientos hombres —recapituló Maikel—. Y probablemente los gronings hayan perdido más de mil doscientos, algo más del doble.

—Si descontamos esas bajas a las fuerzas iniciales de que disponía cada ejército, la proporción sigue siendo favorable para ellos —añadió el Senescal Amir.

—Se repusieron a la sorpresa de nuestro ataque inicial y las últimas escaramuzas les han sido favorables —indicó el Senescal Adelel.

—Además lograron abatir en el prado a Therliangator y Darbrethil —añadió Maikel con abatimiento.

—Pero no para siempre —habló Oerlikon—. Mañana Kiril comandará a nuestra infantería. La pregunta que ahora debemos responder, mis amigos, es la siguiente: jugárnoslo todo a una sola carta atacando con la totalidad de nuestras fuerzas en campo abierto o tratar de hostigar a los gronings en una guerra de guerrillas todo el tiempo que sea posible.

—Morir rápidamente o desangrarnos lentamente. Escribir una muerte épica que

sea recordada en loas y canciones o atacar y huir como sanguijuelas que lentamente sangren a las legiones enemigas —trató de describirlo el Senescal Adelel.

—Si he de morir, lo haré como los grandes Reyes de antaño —contestó el Senescal Amir.

—Tampoco yo quiero prolongar una inútil resistencia abocada a la destrucción —añadió Maikel.

—Recordad que si nuestros ejércitos caen derrotados, no habrá esperanza para Tierra Conocida —reflexionó Oerlikon—. ¿Qué sentido tiene escribir grandes hazañas que caerán en el olvido? Porque mis queridos amigos, ¿quién cantará la canción de *La última carga de los Senescales*, de *La muerte de Maikel el alko* o *La caída del Reino de Esreghaia*? ¿Acaso los trovadores al servicio de Zornik? ¿Quizás en las Memorias de alguno de sus pérfidos Mariscales? ¿Pudiera ser en la corte de Groningburgo? No, mis queridos, nadie recordará vuestra gloriosa muerte en el campo de batalla salvo los espíritus de vuestros soldados condenados a vagar en las noches sin luna por las tumbas del camposanto. Lo que aquí se decide no es el glorioso final de un puñado de valerosos hombres, sino la supervivencia de la luz frente a la oscuridad.

Un silencio sepulcral se apoderó del improvisado concilio. El razonamiento de Oerlikon había calado hondo en sus corazones y ahora, cabizbajos, reflexionaban sobre las palabras del Kliat.

—¿Por qué no elegir una sabia combinación de ambas respuestas? —propuso una voz que caminaba lentamente hacia ellos. Oerlikon sonrió complacido al escucharla. Era la voz de Kiril—. Si mañana he de acaudillar los ejércitos de Esreghaia, no me parece justo que mi voz no sea escuchada en este concilio clandestino —Amir, Adelel, Maikel y Oerlikon sonrieron, pues la voz de Kiril fue como el fresco y límpido sonido de un manantial de aguas claras en primavera, y todos sintieron como se aligeraba la carga que atormentaba sus corazones.

El crepúsculo, la noche, la madrugada y el alba se sucedieron armónicas y acompasadas como las notas de una dulce melodía. Pero con el amanecer, los rumores de la guerra disiparon las estrofas de aquella pasajera oda a la paz.

Las legiones gronings avanzaban ahora agrupadas en apretadas y anchas columnas por los tupidos bosques de pinos. A la cabeza de los legionarios, tras el estandarte del lobo negro, marchaba el Mariscal Arniokelen, altivo y terrible, confiado en la debacle final de las diezmadas fuerzas rebeldes.

Como era costumbre entre los gronings, justo antes del alba reanudaron la marcha, y ahora avanzaban sobre las ahogadas ascuas de las hogueras del campamento donde se habían acantonado las tropas de Esreghaia.

—Mariscal —se acercó un oficial groning a informar a Arniokelen—. Los rebeldes han huido. No queda rastro de ellos por los alrededores. Sólo las tumbas de

aquéllos a quienes pudieron dar sepultura. Los exploradores indican que sus huellas se dirigen hacia el camino que conduce a la costa.

—¡Fantástico! —exclamó exultante el Mariscal—. Las ratas huyen asustadas. Les daremos caza antes de que acabe el día y puedan esconderse en sus hediondas cloacas. ¡Que doscientos hombres de retaguardia desciendan el río en sus barcazas! El resto de los legionarios marcharán a pie. ¡Hacia It-sonod! Antes de una nueva alborada la ciudad se rendirá a mis pies.

Los gronings marcharon tras las huellas de las huestes de Kiril con una única obsesión que ocupaba su mente: destruir la capital esmuga.

Las órdenes de Arniokelen pronto llegaron a la retaguardia groning. Prestos, doscientos legionarios botaron sus barcazas al río y se dirigieron hacia la desembocadura del Taqualdand, sorteando los restos de los diques de contención que flotaban sobre el río. Enseguida alcanzaron las posiciones que ocupaban las tropas del Mariscal Arniokelen y, sin detenerse, continuaron el descenso del Taquakland. Menos de seis millas los separaban ya del Mar del Este, de la conquista de las regiones orientales. Su avance estaba expedito, pues las escasas y desorganizadas tropas rebeldes del este parecían haber huido tras la derrota sufrida el día anterior.

Cuando la treintena de barcazas remaba sorteando el que parecía ser el último gran meandro del río, los mensajeros alados de Arniokelen avisaron a los gronings profiriendo un agudo y penetrante chillido. De entre la neblina que cubría las altas copas de pinos y sauces, surgieron los halcones cortando el opaco manto blanquecino, y tras ellos, desde ambas márgenes del río, cientos de flechas rasgaron en jirones la bruma danzante que llegaba desde el Mar del Este.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —gritaron los gronings, mientras desde las barcazas el sordo grito de los cuernos pidiendo socorro reverberaron en el estuario del Taquakland.

El Mariscal maldijo a los rebeldes, pero convencido de que se trataba de los últimos estertores de su resistencia, con una maléfica sonrisa ordenó a sus legionarios marchar al trote para cargar contra ellos.

En el río, el sorpresivo y efectivo ataque de los arqueros de Esreghaia estaba logrando diezmar a los gronings, nuevamente un fácil e indefenso blanco. Las tropas del este, parapetadas tras los árboles y difuminados entre la bruma, martillaron sin descanso a los legionarios hasta que no quedó un soldado con vida. Entonces, como el humo que se disipa por el soplo del viento, desaparecieron entre la espesura.

Arniokelen y sus hombres avanzaban veloces hacia el este, pero a cada paso que les aproximaba al lugar de la batalla, los ecos del combate llegaban más lejanos y apagados. Sin embargo, repentinamente el sonido de cuerpos que se desplomaban a sus espaldas sobresaltó a las legiones gronings.

—¡Nos atacan por el flanco izquierdo! —informó un soldado. Arniokelen ordenó detener la marcha, y pudo contemplar como treinta hombres yacían en el suelo atravesados por las flechas enemigas. Un oficial groning corría presuroso hacia la

posición de Arniokelen.

—Mariscal —se presentó nervioso—. Una docena de arqueros nos ha atacado cuando cruzamos por aquel helechal. Dispararon sus flechas y se esfumaron en el bosque.

—¿De dónde salieron? ¿Acaso no los visteis llegar? —preguntó enojado el Mariscal.

—Estaban ocultos bajo los helechos, mi Senescal —relató el oficial—. Aguardaron a que pasara la vanguardia de nuestras tropas y nos sorprendieron sin darnos tiempo a repeler su ataque.

—Esos malditos piensan seguir molestándonos como pegajosos mosquitos de Ciénaga. No saben que toda resistencia será inútil —maldijo Arniokelen—. Desplegad cuatro parejas de exploradores hacia el norte y mantened dos en vanguardia y dos en retaguardia. Y tened los ojos abiertos, no quiero perder más hombres en esta estúpida guerra de guerrillas. ¡Adelante!

Los gronings reanudaron la marcha, esta vez con precaución, escrutando cada arbusto y cada roca, escuchando con oídos de zorro hasta el más débil crujido de una rama seca.

Avanzaron cautelosos pero sin nuevos contratiempos algo más de dos millas, hasta alcanzar un amplio claro en el que la vegetación y el bosque se retiraban hacia el norte, mostrando una preciosa pradera de alta hierba circundada en el margen del río por cimbreantes juncos. Los halcones sobrevolaban inquietos sobre sus cabezas, presintiendo una amenaza que sus ojos no alcanzaban a vislumbrar. Los legionarios gronings continuaron avanzando cuando un grito llegó desde el norte:

—¡Los rebeldes nos atacan por el norte! ¡Han acabado con los exploradores! —gritó una voz que provenía del bosque.

Al cabo de unos instantes apareció corriendo desbocado por el prado uno de los ocho exploradores que debían cubrir la franja septentrional. Súbitamente se trastabilló y cayó de bruces al suelo. Una flecha de pardos penachos emergió prendida a su espalda.

—¡En formación defensiva! ¡Escudos al frente! —ordenó inmediatamente Arniokelen, y los gronings, pie a tierra protegidos con sus escudos, se encararon hacia el norte.

—¡Mantened la formación! —gritaban los oficiales al mando de las diferentes compañías—. ¡Lanzas en posición!

Pero los hombres de Esreghaia no atacaron por el norte. Lo hicieron por el sur, desde el otro lado del río, con el mortal canto de doscientos arcos que se tensaron tras las desguarnecidas espaldas de los gronings.

Tras la primera oleada de flechas la confusión fue grande y numerosas las bajas causadas entre las filas gronings. El frente que miraba al norte se descompuso, desconcertado por el ataque que llegaba desde la margen meridional del Taquakland. Los oficiales se desgañitaban inútilmente tratando de reordenar a sus hombres que

volvían sus miradas hacia el sur.

—¡Recomponed el frente norte! ¡Recomponed el frente norte! ¡Retaguardia en formación! ¡Escudos a ambos frentes! —gritaban mientras una segunda salva de flechas volaba contra ellos desde la orilla sur—. ¡Arqueros al centro! ¡Arqueros al centro!

El segundo ataque de los arqueros de Esreghaia no provocó tantas bajas como el primero, pero sí logró que el frente norte de las legiones gronings quedase debilitado y desordenado. Los arqueros gronings tensaron sus arcos y los hicieron cantar contra los rebeldes, que desaparecieron en el bosque de la orilla sur. Aprovechando esos instantes de desconcierto, los hombres de Esreghaia volvieron a atacar desde el norte, y sus arcos entonaron cantos funerarios en honor a los gronings.

Arniokelen hervía de rabia y odio en su interior, hostigado continuamente por arqueros fantasmas que aparecían y desaparecían como caprichosas sombras en la noche. Ardía en deseos de atravesarlos con su espada y acabar de una vez por todas con el estúpido empecinamiento de los rebeldes por posponer una segura derrota.

Finalmente los arqueros gronings lograron hacer huir a los soldados de Esreghaia. Uno de los oficiales se acercó con rostro sombrío al Mariscal para relatar el parte de bajas:

—Hemos perdido más de trescientos legionarios en las refriegas, Mariscal... sin contar a los cerca de doscientos soldados que descendían el Taquakland —finalizó el recuento temeroso de la reacción del Mariscal.

—¡Malditos bastardos! —bramó Arniokelen—. Pagarán dos veces por el daño que nos han causado. Sus ciudades arderán en horrendas piras, sus hijos morirán degollados y sus mujeres se convertirán en nuestras esclavas. Lamentarán haberse alzado contra el poder de Groningburgo y su Emperador Zornik. No habrá mañana para los hombres del este —y amenazó al sol apretando su puño con tanta fuerza, que la piel de sus nudillos se tiñó de blanco.

Por segunda vez en ese día, las legiones de Arniokelen reanudaron la marcha de ocupación sobre las tierras orientales. El sol comenzó a difuminar las brumas que el Mar del Este colocaba a modo de velo en el estuario del Taquakland, y de la misma forma pareció esfumarse la resistencia de los ejércitos de Esreghaia. Durante una larga legua los gronings no volvieron a tener noticias de los grupos rebeldes. Los cerca de cuatro mil legionarios que habían sobrevivido a los ataques de los hombres del este recorrían la última milla que los separaba del gran azul, el infinito Mar del Este.

Los halcones de Arniokelen, infatigables en su labor de vigilancia, alteraron repentinamente su vuelo, describiendo una extraña danza de círculos concéntricos, para al final emitir un simultáneo y agudo chillido, al tiempo que se lanzaban como flechas hacia la desembocadura en un imposible picado.

El Mariscal Arniokelen dio el alto a sus legiones. Los gronings escrutaron en posición de alerta la gran boca del Taquakland, que ahora se abría espaciosa frente a

ellos, aún velada por las últimas volutas de bruma, en amplias praderas dejando alejados al norte y al sur los linderos de los frondosos bosques de pinos que adornaban el litoral oriental. Los acantilados, que majestuosos se elevaban a lo largo de la costa, caían en el estuario suavizándose hasta convertirse en pequeñas lomas.

La luz del sol se elevaba aquella mañana clara y resplandeciente sobre un cielo huérfano de nubes. Sus refulgentes rayos disiparon el último velo de bruma, llevándose consigo los temores de la noche. Fue entonces, cuando una música y una visión inesperadas se revelaron ante las legiones de Arniokelen: el penetrante sonido de decenas de trompetas acompañadas por las terribles siluetas de dos mil guerreros prestos a luchar hasta la muerte.

Eran las doradas trompetas de los ejércitos de Esreghaia que, con su música, saludaban la salida del sol. Era el último vestigio del extinto reino, que con aquel canto anunciaba la muerte para los invasores. Al frente de aquella visión, dos venerables ancianos, hombres menores al frente de las honorables casas de los antiguos Reyes, los Senescales Amir y Adelel, celosos garantes de la memoria del Reino de Esreghaia. Altivos sobre la grupa de sus monturas, se adelantaron al ejército del este para que su voz pudiera ser escuchada. El sonido de las trompetas cesó y un sepulcral silencio envolvió el estuario, pues hasta las olas detuvieron su violento embate contra los acantilados ansiosas por escuchar las palabras de los dos Senescales.

—¡Invasores del norte! —gritó con voz fuerte y resuelta el Senescal Adelel—. Una última oportunidad de conservar vuestras vidas os ofrecemos. Regresad a Groningburgo, abandonad el Reino del Este, o vuestros ojos jamás volverán a ver un nuevo amanecer.

El silencio volvió a envolver la gran pradera tras la proclama del Senescal Adelel, hasta que unos instantes después, la ronca y torva risa del Mariscal Arniokelen quebró la tensa espera.

—¡Ja, ja, ja! —rió con desprecio—. Vos, vieja y decrepita efigie de tiempos largamente olvidados, ¿vos osáis amenazarme? ¿Amenazar al Imperio groning? Vos, quien marcháis al frente de una hueste de cobardes que como viejas asustadas se ocultan en sus madrigueras del bosque. ¡Ja, ja, ja! —volvió a reír burlonamente, y sus adláteres le acompañaron con forzadas carcajadas—. Esto es lo que yo proclamo: rendíos al poder de Zornik, claudicad y entregadnos vuestras tierras, o serán vuestros soldados los que no verán un nuevo amanecer. Yo mismo les arrancaré uno a uno los ojos y los arrojaré al gran mar para que sirvan de alimento a los peces que en él moran.

Las palabras del Mariscal no lograron amedrentar a las huestes de Esreghaia, quienes a pesar de las amenazas, se mantenían erguidas y desafiantes frente a las legiones gronings.

—Si ésa es vuestra respuesta —replicó con voz enérgica el Senescal Amir—, os prometo que antes de la puesta del sol, os postraréis a nuestros pies solicitando

clemencia —y nuevas y desagradables carcajadas se elevaron entre las filas gronings—. ¡Invasores del norte! ¡Temblad! ¡Huid ahora que aún estáis a tiempo! Pues yo os digo: el Verdugo de la Oscuridad ha vuelto de entre los muertos, y nuevamente empuña en su mano la Espada de Libertad. Y si estos nombres os son desconocidos, quizás recordéis a Therliangator y Darbrethil, el daño de los gronings —y al escuchar el nombre de Therliangator un murmullo de terror brotó de las bocas de los legionarios, y todos retrocedieron unos pasos ante la fuerza y convicción de las palabras del Senescal Amir.

Cuando el Senescal terminó de hablar, el frente de las huestes de Esreghaia se abrió y, montado a lomos de un blanco corcel, surgió la egregia figura de Therliangator, y en su mano centelleaba Darbrethil, con el mismo fulgor que había herido los ojos de los gronings en la batalla de la pasada luna. Los gronings temblaron al ver nuevamente al gran guerrero y murmuraban atemorizados:

—Es él, es el guerrero de la espada mágica —decían unos.

—Ha vuelto de la muerte. Su fantasma vuelve para vengarse. Nada podremos hacer ahora para abatirle —decían otros.

El Mariscal Arniokelen tomó la palabra y arengó a sus hombres:

—Es una treta, una artimaña para asustar a viejas y niños —gruñó—. ¿Es que no lo veis? Es otro soldado el que ocupa su lugar. Therliangator cayó en el río y su fantasma viaja hacia el maldito averno en el que morará por toda la eternidad. ¡Preparados para atacar! ¡En formación!

Pero las mismas palabras del Mariscal habían sido pronunciadas momentos antes por Kiril, y eran ahora los dos mil guerreros de Esreghaia quienes se lanzaban en una devastadora carga contra las huestes de Arniokelen.

Los lanceros gronings, que formaban la vanguardia de las legiones, temblaban de pies a cabeza ante la carga de los ejércitos de Esreghaia, que hizo estremecer bajo sus pisadas la tierra de aquella enorme pradera. El grito de guerra de Therliangator y el fulgor de Darbrethil logró desbandar la primera línea del frente groning, mientras Arniokelen y sus oficiales se desgañitaban gritando a sus soldados para que mantuviesen la formación.

La colisión entre ambos ejércitos fue brutal. Las espadas entorchocaron, el acero centelleó, las lanzas y los escudos se enfrentaron, las hachas blandieron por encima de las cabezas, las armas se quebraron, pero sobre aquel caos de destrucción reinó Darbrethil, hendiendo todos los escudos que encontró a su paso, lacerando a todo aquel que osara desafiarle. Los gronings retrocedían empujados por el coraje y el ímpetu de los hombres del este capitaneados por Therliangator, al que como sombras indivisibles, flanqueaban Enna y Maikel. Nada podría ya alejarles de su Rey, sólo la muerte, a la que estaban decididos a acompañarle si el jinete sin rostro volvía montado sobre su negro corcel.

Arniokelen contemplaba impotente como el frente de sus tropas se desmoronaba mientras la infantería rebelde cargaba ahora sobre sus sorprendidas y atemorizadas

compañías de arqueros. Los gronings caían como moscas atrapadas en una gran tela de araña bajo las estocadas de Darbrethil y el resto de espadas que le acompañaban. Gritos de dolor y agonía se elevaban al cielo por doquier, y los ejércitos del Este no cedían en su empuje contra las legiones del Mariscal, que se veían obligadas a retroceder hacia los bosques que poco antes habían abandonado.

Lentamente los gronings fueron afianzando sus posiciones gracias al apoyo de la retaguardia que había acudido en su ayuda. Los Senescales Amir y Adelel luchaban como dos briosos jóvenes, recuperando el honor y la gloria para sus decadentes casas. Cuando las fuerzas se igualaron y nuevas tropas de refresco seguían reforzando a las legiones gronings, Kiril ordenó una calmada y ordenada retirada, retrocediendo a su posición inicial.

Los dos ejércitos volvieron a contemplarse frente a frente, separados por cientos de cadáveres que yacían inertes sobre la hierba aplastada de la pradera ahora teñida de sangre. Los gronings habían sufrido numerosas bajas: sus columnas de lanceros habían sido prácticamente aniquiladas y más de un centenar de arqueros habían caído en los últimos embates de la carga rebelde. A pesar de que el primer ataque había sido favorable a Kiril y los suyos, los gronings continuaban siendo superiores en número. Y a esa superioridad numérica fiaba el Mariscal Arniokelen su victoria en la batalla.

Los dos ejércitos continuaron desafiándose desde la distancia, tanteando las fuerzas y el coraje del adversario.

—Dejad que los gronings inicien el ataque —ordenó Kiril—. Amir, abre el flanco izquierdo con tus hombres. Adelel, tú y los tuyos abrid el flanco derecho. Cuando los gronings carguen contra nuestro frente, avanzad hacia el oeste y después atacad sobre el centro. Crearemos una brecha en su vanguardia que quedará encerrada entre nuestras tropas. ¡Que Nerlinguia y Olión nos asistan! —y elevando a Darbrethil desafió al orgulloso Mariscal.

Los gronings temblaban ante la visión de Darbrethil y del guerrero que había regresado de entre los muertos. Kiril gritó amenazando a Arniokelen:

—¡Rendíos y volved a vuestros territorios del norte! ¡Regresad a Groningburgo! ¡Enviad a vuestros malditos halcones portando este mensaje! El Rey Nerlingo ha iniciado la reconquista de los territorios ocupados, el este se ha levantado contra Zornik y no tardará en llegar el día en el que la alianza de los pueblos libres llamará a las puertas de Groningburgo exigiendo la rendición de su rey.

Arniokelen enrojeció de cólera ante el desafío de Kiril y, elevando su voz entre los temerosos murmullos de sus legiones, ordenó el ataque contra las tropas del este. El suelo volvió a temblar, estremeciéndose esta vez bajo los pies de los legionarios gronings; a su paso, la hierba era pisoteada y arrancada de raíz. A un gesto de Kiril, los Senescales bascularon sus tropas hacia el norte y el sur, mientras el frente se mantenía firme y consolidado, los pies anclados al suelo y las espadas blandiendo sobre sus cabezas.

El aterrador grito de guerra groning brotó de las roncadas gargantas enemigas e hizo



que Kiril y Maikel se estremecieran recordando el día de la gran traición:

—¡¡¡¡Eeeeeellllyyyyyy!!!!

Sin embargo, Therliangator recobró la serenidad perdida y ordenó a sus hombres:

—¡Manteneos firmes! ¡No hagáis caso a sus gritos! ¡Pies firmes en tierra! —y cuando ya sentían el aliento de las agitadas respiraciones del enemigo sobre ellos, Kiril lanzó una última arenga a las tropas de Esreghaia—. ¡Blandid las espadas! ¡Muerte al enemigo! ¡Los dioses están con nosotros! ¡Por la libertad!

Y las tropas enardecidas contestaron rugiendo y vitoreando:

—¡Por la libertad! ¡Muerte al enemigo!

Y entonces Therliangator corrió contra la horda groning y el centro de su ejército lo acompañó en la última carga de la Batalla del Taquakland. La suerte de los pueblos libres estaba echada: perder la batalla y con ella por siempre la esperanza de Tierra Conocida o vencer y prender la llama que iluminase su caminar en la creciente oscuridad del mundo.

Nuevamente el choque de los dos ejércitos fue terrible. El ensordecedor restallar del acero hizo temblar y agitarse las ramas de los miles de pinos que moraban en aquellas tierras. Los animales y bestias del bosque huían asustados ante aquella mortal amalgama. El sol, horrorizado ante los macabros destellos que su luz proyectaba sobre el acero bañado en sangre, corrió a ocultarse tras una poblada comunidad de opacos cúmulos. Las aguas del gran río descendían embravecidas en su desembocadura, ansiosas por sortear aquellas márgenes teñidas del rojo de la sangre.

Los gronings habían cargado con fiereza sobre el debilitado frente rebelde al que Kiril trataba de mantener unido. Los Senescales Amir y Adelel desplazaban sus tropas hacia los flancos como Kiril había ordenado, y trataban de culminar su estrategia envolvente sobre la vanguardia groning. Sin embargo, su movimiento fue rápidamente descubierto por el Mariscal Arniokelen quien, a pesar de ser presa de una cólera irracional, no había perdido la claridad de su mente durante la batalla. Para contrarrestar la estrategia del ejército de Esreghaia, ordenó ejecutar a su retaguardia un movimiento simétrico al de los Senescales, cargando con más de ochocientos legionarios sobre cada flanco rebelde. El movimiento con el que Kiril pretendía dividir a las legiones gronings se vio contrarrestado por la superioridad numérica de los gronings, quienes estaban logrando seccionar las tropas rebeldes en tres islotes aislados.

—El cazador cazado —murmuró con una maléfica sonrisa el Mariscal.

La llama de esperanza para los pueblos libres comenzaba lentamente a extinguirse. Sólo el centro de las tropas de Esreghaia, con Therliangator al frente, secundado por Maikel, Oerlikon y una desatada Enna, lograba mantener su posición, segando la vida de todo aquel que osaba interponerse en su camino. Una montaña de cadáveres comenzaba a apilarse frente a ellos mientras Darbrethil bebía insaciable la sangre de los despiadados legionarios. Sin embargo, los flancos comandados por los Senescales Amir y Adelel eran empujados hacia el norte y el sur por la inagotable

marea groning que cargaba una y otra vez contra ellos. El empuje de los ancianos Senescales decaía, y con él, la confianza de sus tropas.

Al contemplar desde su posición como el flanco izquierdo comandado por el Senescal Amir era el primero en flaquear y sus tropas obligadas a replegarse, el Mariscal Arniokelen, al mando de trescientos de sus hombres, se unió al ataque sobre aquel flanco. Hambriento de sangre y muerte, cargó contra los rebeldes, haciendo gala de una sin par destreza con su espada. Los hombres de Esreghaia caían moribundos ante él, y no tardó en plantarse frente al agotado Senescal Amir que trataba en vano de evitar la debacle de sus tropas.

—¿Aún te atreves a mantener tus bravuconadas, anciano? —le retó el Mariscal clavándole su mirada plena de ira y odio—. Más te hubiera valido quedarte en tu lúgubre palacete agotando en paz los últimos días de tu rastrera existencia. Aquí y ahora morirás, y mi espada beberá tu decrepita sangre, acabando con el último representante de una decadente stirpe.

—Pagarás con tu vida por tu afrenta —le replicó orgulloso el Senescal—. Ha llegado el glorioso momento en el que con tu muerte reivindique el honor de mi casa. Jamás vuestro reino de oscuridad logrará alcanzar las luminosas tierras bañadas por el Mar del Este. No mientras un solo luina quede con vida.

—Tú lo has querido, viejo —y sin pestañear Arniokelen se lanzó contra el Senescal Amir.

Sus espadas entrechocaron ferozmente, y el Senescal Amir demostró una sorprendente maestría con la espada. Sólo el peso de la edad, reflejado en los blancos cabellos que asomaban bajo su yelmo, impedía que pudiera igualar el vigor del Mariscal groning. Arniokelen empujaba al Senescal con cada mandoble de su espada hacia la orilla del río. Varios luinas trataron de ayudarlo, pero cayeron bajo las espadas de la guardia del Mariscal.

Desde el frente de las tropas rebeldes, Kiril se percató de la desesperada situación del Senescal Amir, pero nada pudo hacer, pues las legiones gronings le cerraban el paso rodeándolo, un enorme foso circular alrededor de un castillo desde el que se defendían con bravura pero del que nunca podrían huir.

El Mariscal Arniokelen y el Senescal Amir luchaban ferozmente, sin darse una tregua en la que poder recuperar el aliento. Los golpes del anciano Senescal eran cada vez más débiles y el Mariscal Arniokelen, envalentonado, blandía su espada con inusitada cólera. En una de sus embestidas, Arniokelen logró herir al Senescal en la pierna, lo que le hizo trastabillarse y caer al suelo. Desde allí se defendió de dos furibundos ataques del Mariscal, pero al tercero Arniokelen logró desarmarle. El Senescal Amir retrocedió gateando de espaldas al suelo, mientras sostenía la mirada al Mariscal. Arniokelen lo miraba con una mezcla de saña y delectación, como un depredador a punto de saborear la carne de una presa largo tiempo anhelada.

—Tu cabeza adornará mi nueva residencia en It-sonod —le espetó Arniokelen—. Contempla la derrota de tus ejércitos, pues será la visión que te acompañe a la

muerte.

—No iré solo, ¡tú también me acompañarás! —y sacando una daga de entre sus ropajes, el Senescal Amir, en una última defensa, se levantó a trompicones abalanzándose contra el Mariscal con las escasas fuerzas que aún le quedaban. Poco pudo hacer en su desesperado ataque, pues Arniokelen le atravesó con su espada mientras contemplaba cómo la muerte oscurecía las retinas del anciano y noble Senescal.

Kiril gritó desesperado desde su posición, y los ojos de Maikel, Oerlikon, Enna y los hombres que lo flanqueaban se volvieron hacia la orilla del Taquakland, donde yacía desangrándose a los pies del Mariscal Arniokelen el cuerpo del desdichado Senescal Amir. La desesperanza se apoderó de los hombres del este, y el flanco izquierdo que comandaba Amir se desmoronó, y sus hombres se batieron en retirada hacia las posiciones de Therliangator, pero muchos cayeron entonces atrapados entre dos fuegos.

La batalla se decantaba hacia el lado groning y la oscuridad parecía apoderarse de la gran pradera. El sol, oculto entre las nubes, se negaba a proyectar sus reparadores rayos de luz sobre los yelmos y espadas del último bastión de la libertad. Únicamente Therliangator y Darbrethil mantenían firme la antorcha de luz, y los gronings seguían cayendo ante el valor y el brío de su brazo.

Con el flanco izquierdo desbandado y el flanco derecho obligado a un lento repliegue hacia el norte, únicamente el centro de las tropas de Esreghaia lograba a duras penas contener el avance de las legiones gronings.

—No podremos aguantar por mucho más tiempo —le dijo jadeante Maikel a Kiril con el que luchaba apoyado espalda con espalda—. Adelel hace lo que puede por mantener su flanco, pero los gronings tratan de alejarlo de nosotros. Y el flanco izquierdo ha desaparecido. Los gronings nos rodearán y no podremos contenerlos.

—Tenemos que lograr unirnos a Adelel o de lo contrario él también caerá —respondió Kiril tras propinar una mortal estocada a un legionario—. Nuestra única esperanza es reagruparnos.

—Si lo logramos y nos retiramos hacia el camino del bosque quizás podamos igualar sus fuerzas —respondió Oerlikon al que Enna acababa de salvar de la embestida de un groning—. Allí el paso se estrecha y su superioridad numérica no les servirá.

—¡De acuerdo entonces! —gritó Kiril—. ¡Avanzad hacia el norte! ¡Hacia el flanco derecho!

Los hombres del este comenzaron a avanzar hacia las posiciones del Senescal Adelel, quien se batía desesperadamente acosado por una ingente cantidad de legionarios. Los oficiales gronings que atacaban sobre el centro del ejército de Esreghaia, ordenaron a sus arqueros castigar el avance de Kiril y los suyos, aún a costa de causar bajas entre sus propios legionarios. Media docena de descargas obligaron a los rebeldes a cubrirse de las salvas de flechas que oscurecieron el cielo.

Aprovechando el desconcierto, las huestes que Arniokelen había desplazado hacia la orilla sur cargaron contra los rebeldes, quienes tuvieron que defenderse de ese nuevo ataque. La maniobra groning logró su objetivo y tras contener los ataques de los arqueros y los hombres de Arniokelen, los hombres de Kiril se encontraban todavía más alejados de las posiciones del Senescal Adelel.

—Nunca lograremos llegar hasta ellos —dijo abatido Maikel— al tiempo que el centro del ejército de Esreghaia se reagrupaba tras los ataques de los legionarios.

—En esta pradera se marchitará la resistencia de los pueblos libres —musitó Enna.

—Si aquí hemos de morir, junto a nuestros cadáveres yacerá hasta el último de los legionarios gronings —contestó orgulloso Kiril—. Si Zornik quiere conquistar estas tierras, deberá enviar nuevas huestes que las ocupen.

—No desfallezcáis —les conminó Oerlikon—. Hasta que el último de nuestros soldados permanezca con vida aún existirá esperanza. Qué devenir nos reserva nuestro destino aún está velado a nuestros ojos. ¡Luchad y confiad en vuestros dioses y en la divina providencia! ¡Que el sacrificio de la Sagrada Bestia no caiga en el olvido! ¡Por Nerlinguia! ¡Muerte al enemigo!

Todos los soldados contestaron gritando:

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —y así los hombres del este, los rebeldes que osaban alzarse contra el imperio del terror de Zornik, se entregaron a la última defensa de la luz.

Y fue entonces cuando lo escucharon. Cuando más desesperada era su situación, cuando los hombres del Senescal Adelel estaban a punto de claudicar ante la horda groning, cuando el regimiento de Therliangator comenzaba a ceder ante el empuje de las interminables legiones gronings, todos escucharon un canto limpio y claro, un himno de gloria y esperanza, una melodía de guerra y sangre, que se elevaba desde el norte acunado por cientos de gargantas que entonaban una gélida sinfonía:

*Mortales tinieblas con el crepúsculo nos alcanzan,  
brillos que se apagan en melladas espadas,  
vientos ululantes terribles nuevas anuncian,  
bravos guerreros en busca de nuevas alboradas,  
vida o muerte, bandera de esperanza enarbolan,  
Tenkolmar y Tierra Blanca, jamás serán derrotadas*

Por unos instantes el fragor de la batalla se congeló: el entrecocar del acero cesó, los gritos de guerra y los quejidos de dolor se ahogaron, y solamente el lamento del Sitio de Orlag se escuchó en la orilla del Taquakland. A continuación, el sordo alarido de decenas de cuernos rasgó el sepulcral silencio del campo de batalla convertido en camposanto, para finalizar con el estrépito de la carga de mil norteños llegados de las Tierras Frías que descendían por la pradera al grito de ¡Tenkolmar!

Los ejércitos rebeldes derramaron lágrimas de alegría, pues el antiguo Reino de Esreghaia había renacido y ahora luchaba por la libertad de las tierras orientales.

Los gronings quedaron paralizados y aturcidos ante la irrupción de nuevos soldados, y a duras penas pudieron oponer resistencia a las huestes de norteños al mando del bravo Gródolas, pues era el gran líder de Tenkolmar el que encabezaba las tropas del norte. Los gronings fueron violentamente empujados por la embestida norteña hacia el sur y, sin solución de continuidad, desde el bosque, emergieron quinientos soldados gritando y maldiciendo a los gronings, la última compañía destinada a la defensa de It-sonod que se había unido a la marcha de los hombres de Gródolas.

Con mil quinientos hombres de refresco los ejércitos de Esreghaia superaban ahora a los efectivos gronings, que se vieron obligados a batirse en retirada. La carga de los norteños fue devastadora, provocando una innumerable cantidad de bajas entre los gronings, además del caos y el pánico entre sus filas. Arniokelen, impotente ante la marea rebelde, ordenó retirarse a sus tropas al bosque. En su desbandada fueron perseguidas por las tropas de Esreghaia, y muchos fueron cercados y aniquilados, y las huestes de legionarios quedaron diezmadas.

—¡Retirada! —gritaba impotente y enrabiado el Mariscal Arniokelen—. ¡Retroceded hacia el bosque! —mientras cientos de flechas silbaban en derredor suyo cortando el aire y abatiendo a sus hombres.

El Mariscal veía desesperado como sus hombres corrían en una caótica desbandada, ajenos a las órdenes de los últimos oficiales que aún quedaban con vida. La marea de Tenkolmar empujó a los gronings más de una milla hacia el interior del bosque, y los arqueros de la última compañía volvieron a castigarles con una mortal lluvia de saetas.

Entretanto, Kiril recomponía a sus tropas, aún maravilladas por la aparición de las fuerzas comandadas por Gródolas. Oerlikon ordenó recuperar el cuerpo del Senescal Amir para poder darle sepultura.

—Es ahora o nunca —le dijo Maikel a Kiril—. Debemos acabar con ellos antes de permitir que vuelvan a reagruparse.

—Ordena a las tropas formar en hileras de cincuenta hombres —dijo Kiril—. Lanceros al frente, arqueros en las líneas centrales, y el resto de la infantería a retaguardia. Cuando lancemos el último ataque, nuestros arqueros martillearán al enemigo con tres salvas, y después retrasarán sus posiciones a retaguardia.

—¡Kiril! —gritó Oerlikon llamando su atención—. El hombre del norte viene hacia nosotros.

Gródolas cabalgaba veloz al encuentro de Kiril, quien daba concisas y aceleradas órdenes flanqueado por sus dos fieles e inseparables paladines, Enna y Maikel.

—¿Quién de vosotros es Kiril? —gritó con voz potente desde su montura.

—Yo soy a quien buscas —respondió el alko adelantándose al grupo.

El hombre de Tenkolmar se acercó al galope y descendió de un salto de su

caballo. Gródolas se plantó frente a Kiril y lo escrutó con su penetrante y profunda mirada, una mirada que revelaba un descarnado dolor que jamás le abandonaría hasta el día de su muerte.

—Al contemplarte veo con orgullo cómo aún resplandece la llama de la esperanza para Tierra Conocida —sentenció emocionado el norteño—, pues noble y valerosa es la joven savia que corre por las venas de nuestro mundo. Traigo conmigo un mensaje de aliento: la Alianza de Tenkolmar ha resurgido cual ave fénix de sus cenizas y acude al este en ayuda de sus hermanos de Esreghaia, pero también cabalga hacia el oeste para destruir el innombrable templo de la tortura groning. Pero no viaja sola en esa misión, pues un hijo de tu pueblo y hermano de sangre acompañan al gran Sirnas. Sé que ese guerrero te es muy querido, tanto como lo es para mí. Su nombre es Ingvar.

Cuando Gródolas pronunció el nombre del hijo del trueno, una descontrolada emoción se apoderó de Kiril y Maikel. Incontenibles lágrimas de alegría brotaron de los ojos de los alkos y sus piernas temblaban como la alta hierba de los prados de Alkoburgo mecida por el viento temprano de la mañana. ¡Ingvar vivía! ¡Había sobrevivido al terrible amanecer del Bosque de Alkos! ¡El hijo del trueno respiraba el mismo aire que ahora penetraba en los pulmones de Kiril y Maikel! Henchidos de gozo, los dos amigos del alma, Rey y fiel escudero, se abrazaron al sorprendido Gródolas bajo la dulce mirada de Enna. Más de trescientas lunas después de su terrible separación, por fin volvían a tener noticias de Ingvar.

—Tranquilos, amigos —les susurraba Gródolas—, todo ha pasado. Todo ha pasado.

Cuando Kiril y Maikel se recompusieron, Gródolas volvió a hablar.

—Me gustaría poder dar esta nueva en persona a su hermano Oyvind —solicitó Gródolas.

—Oyvind no se encuentra entre nosotros —respondió Kiril, quien rápidamente completó su frase al ver el terror y la tristeza reflejado en los ojos de Gródolas—. Partió hacia el oeste en busca de Ingvar. La añoranza de su hermano carcomía lentamente su alma, hasta que un día ya no pudo soportarlo más y marchó en su busca. Sin embargo presiento que no podrá calmar su dividido corazón hasta que esta maldad haya sido extinguida y podamos volver a reunirnos, pues el amor por su pueblo y por Edda permanecen clavados como dolorosas espinas en lo más profundo de su ser.

—Partió hacia Eloburgo —añadió Maikel—, pues su corazón le decía que su hermano permanecía allí vivo y cautivo.

—Quizás ambos se reencuentren antes de lo que esperan —respondió el norteño con una atormentada mirada que surgía desde lo más profundo de su alma al escuchar el nombre de Eloburgo.

Después de una pausa añadió:

—Tú debes de ser Maikel —dijo Gródolas ahora con una extraña sonrisa en sus

labios—. Alto y fuerte como un roble, leal y noble como un fiel escudero. No hay lugar a la duda, eres tal y como Torilo te describió —y rió al ver el pasmo reflejado en el rostro de Maikel.

—¡Torilo! ¿Es que acaso conoces a mi padre? —balbuceó Maikel.

—Por supuesto que conozco a ese viejo y bondadoso nerlingo —respondió Gródolas—. Sigue vivo y coleando, como un gordo salmón a punto de desovar. Que me ahorquen si no es el más sano y el mejor alimentado de todos nosotros. ¡Es el cocinero del maldito Senescal! —y un coro de risas se unió a la carcajada de Gródolas.

Maikel reía y lloraba, aturdido por el torrente de buenas noticias que aquel norteño portaba. Volvió a abrazar con tanta fuerza a Gródolas, que dolorido, se quejó al brioso alko:

—No me aprietes con tanta fuerza o me fracturarás las costillas —se lamentaba—. Aún mi cuerpo se encuentra débil por el prolongado cautiverio. Tu abrazo terminará por acabar el trabajo que los gronings comenzaron.

—¡Bendito portador de parabienes! —gritó Maikel fuera de sí—. Ése será tu nombre de ahora en adelante.

—Amigos, después continuaremos con las presentaciones —les interrumpió cabalmente Oerlikon—. Ahora tenemos una batalla que ganar, la Batalla del Taquakland. Si no nos apresuramos, los gronings huirán y lograrán reagruparse. Eso pondría las cosas más difíciles para nosotros y obligaría a derramar más sangre de Esreghaia.

—Oerlikon está en lo cierto —replicó Kiril—. ¡Ahora o nunca! ¡Muerte al enemigo! ¡Muerte al mal! Y el enardecido ejército de Esreghaia coreó una vez más el grito de guerra del Rey Nerlingo:

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —gritaron miles de gargantas.

Replegado y acorralado en el bosque junto a los restos de sus legiones, el Mariscal Arniokelen comenzó a comprender que aquélla era una batalla que jamás ganaría. La cuestión que ahora se le planteaba era otra bien diferente: luchar hasta la muerte, rendirse antes los enardecidos ejércitos del este, o bien huir para tratar de unirse a las tropas del engreído Mariscal Zunkonel que remontarían desde el sur en dirección a Itsonod. Arniokelen se dijo que no acabaría sus días de gloria en aquella hedionda pradera a orillas del Taquakland. Pensó en una rendición ante los Capitanes del Este, pero no tardó en darse cuenta que si regresaba a Groningburgo portando las nuevas de la debacle de sus legiones, Zornik le arrancaría los ojos con sus propias manos y se los daría como comida a sus halcones.

—Sólo nos queda huir hacia el sur —dijo para sí—. El río es nuestra única posibilidad. Tendré que humillarme ante ese patán de Zunkonel.

El Mariscal gritó con voz autoritaria y tres de sus oficiales acudieron prestos a su

llamada.

—Descenderemos el río una última vez —expuso sus planes—. Los ejércitos del este no esperarán nuestra maniobra. Una milla río arriba, al cobijo de un gran meandro, disponemos de suficientes embarcaciones para transportar a lo que queda de nuestras legiones. Sus defensas están calcinadas por el fuego, y sólo las flechas de sus arqueros podrán hacernos algún daño. Es mejor sacrificar varios cientos de hombres que exponernos a la destrucción total. Una vez abandonemos el delta y salgamos al mar nos dirigiremos hacia el sur en busca de las tropas del Mariscal Zunkonel. ¡En marcha! ¡Retrocedamos río arriba!

Los tres oficiales asintieron apesadumbrados, pues acababan de oír por boca de su Mariscal que habían perdido la batalla que tan cerca estuvieron de ganar. Rápidamente los restos de las legiones gronings se pusieron en marcha y, con el mayor sigilo, se dirigieron hacia el gran meandro del río donde aún permanecían atracados cientos de botes.

Olaf surgió, veloz como un lobo, corriendo entre los árboles del bosque. Enseguida alcanzó la posición donde los Capitanes del Este terminaban de dar las últimas órdenes a sus tropas.

—Los gronings huyen hacia el oeste. Corren por el bosque remontando el río —les informó jadeante.

—Debemos perseguirlos antes de que vuelvan a reagruparse —dijo Maikel.

—Quizás tengas razón —respondió Kíril—, pero hay algo extraño en todo esto. Hubiera sido más lógico permanecer al abrigo del bosque para dificultar nuestro ataque y no salir nuevamente a campo abierto.

—Estoy contigo Kiril —respondió Oerlikon—, pero no podemos dudar ahora. Cada instante que pasa se vuelve en nuestra contra.

—Mis hombres no dudarán en seguirte en la carga final —se ofreció valerosamente el rejuvenecido Senescal Adelel.

—Un largo viaje hemos realizado para ahora echarnos atrás —añadió Gródolas—. La Alianza de Tenkolmar cabalgará a tu lado.

—Los alkos del sexto clan empuñarán contigo el acero —dijo Enna con una perfecta amalgama de furia y dulzura.

—Que así sea —respondió Kiril iluminado por un extraño fuego que ardía en sus ojos y, empuñando a Darbrethil, se lanzó a la cabeza de los ejércitos del este en persecución de los legionarios de Arniokelen.

La tierra volvió a temblar bajo las terribles pisadas de la última carga del ejército de Esreghaia. La Batalla del Taquakland estaba a punto de decidirse, pero Arniokelen pretendía que aquélla se convirtiese en una amarga victoria.

Los adiestrados legionarios gronings no tardaron en alcanzar el embarcadero natural que formaba el meandro del río junto al que se extendía una amplia playa de



cantos rodados y tierra. Rápidamente botaron los botes al río, no sin cierto desorden provocado por el miedo y la ansiedad de huir de la tumba verde en la que se habían convertido las márgenes del Taquakland.

—¡Silencio! —ordenaban a sus tropas el Mariscal Arniokelen y sus oficiales—. No hagáis ruido. Nada de remos. Preparad los escudos para defenderos de los arqueros. Dirigíos hacia la orilla sur, pues el grueso de sus tropas está concentrado en esta orilla. Una vez hayamos superado sus posiciones remad hasta salir al mar. Después nos dirigiremos hacia el sur. Si todo marcha bien, esta noche descansaremos junto a las tropas de Zunkonel. ¡Adelante! —trataban de elevar la decaída moral de sus tropas.

En silencio, como una serpiente acechando a su presa, las columnas gronings comenzaron a descender el Taquakland, un largo y zigzagueante ofidio deslizándose por las cristalinas aguas del río oriental.

Mientras tanto, las tropas comandadas por Kiril ya se habían internado en el bosque. Avanzaban veloces pero con cautela a pesar de no encontrar resistencia. Las luces que comenzaban a titilar frente a ellos, denotaban que los rayos de la estrella del día trataban de penetrar en el tupido y verde tapiz que formaba aquel vergel.

—Estamos cerca del linde del bosque —indicó Kiril a sus tropas—. ¡Tened cuidado al salir a campo abierto!

Sin embargo aquella advertencia no era necesaria. Los gronings habían remontado la pequeña pendiente que separaba el cuarto de milla que había desde el bosque hasta el meandro. No había ni rastro de las legiones gronings en la pradera lindante con el bosque.

—Esas sabandijas son veloces en la huida —maldijo Maikel.

—¡Adelante! —gritó Kiril—. No podemos detenernos ahora.

Las tropas del este corrían pendiente arriba, cuando la voz de Enna hizo detenerse a Kiril y Maikel que marchaban en cabeza de las tropas.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deteneos! —gritaba desesperada—. ¡En el río! ¡Los gronings huyen por el Taquakland!

Todos volvieron sus miradas hacia el cauce de plateadas aguas y ahogaron un grito de rabia.

—¡Maldición! —gritó Oerlikon—. ¡Arqueros! ¡Arqueros hacia el río! ¡Acabad con ellos!

—¡Se escapan! ¡Maldición, se escapan! —gritaba desesperado Maikel.

Kiril contemplaba impotente como más de cien embarcaciones habían ya superado sus posiciones huyendo río abajo. Las compañías de arqueros corrían desordenadas hacia las márgenes del río, pero esta vez se encontraron con una débil pero mortal lluvia de saetas que provenía de los arqueros y ballesteros gronings que trataban de impedir por todos los medios que tomasen posiciones.

Los arcos de Esreghaia cantaron una última oda contra los gronings. Los escudos protegieron a muchos de una muerte segura, pero varias decenas de legionarios

volvieron a teñir de rojo las aguas del Taquakland.

Las flechas no paraban de brotar de los arcos, pero los carcajes se vaciaron y la serpiente groning, aunque herida de muerte, parecía alcanzar con su lengua bífida el ansiado Delta del Taquakland.

Y fue entonces, en el momento en el que la desesperanza invadía sus corazones, cuando el milagro aconteció. Un nuevo regalo de los dioses, un nuevo presente que agradecer tras la aparición de Gródolas y la Alianza de Tenkolmar. Pues sucedió que en la desembocadura del río, navegando sobre las últimas aguas saladas que osaban penetrar en el delta, iluminados por el fulgor del sol del mediodía entre luces y sombras que engrandecían sus majestuosas siluetas, aparecieron ante sus ojos los navíos corsarios de las familias leales a Tirgo de Tirón. Y sobre la proa de *El Indomable*, comandando a la flota salvadora, con sus grises y ralos cabellos mecidos por la brisa del Mar del Este, se erguía el inefable Capitán Falk, el irascible patrón de *La Sirena de los Mares*.

—¡Por Nerlinguia! ¡Que me maten si Falk no lo consiguió! ¡Los corsarios acuden en nuestra ayuda! —gritaba exultante Maikel.

—¡Astuto bribón! —sonrió el Senescal Adelel—. El viejo Falk ha logrado lo que ninguno de nuestros sabios antepasados consiguió: poner de nuestro lado a esos carroñeros de agua salada.

—Bendito seas, capitán —musitó Kiril—. Que los dioses premien algún día tu proeza. Gracias a tu generoso corazón, las regiones del este vivirán en libertad.

El ejército de Esreghaia saludaba con vítores a los corsarios de Tirgo de Tirón, mientras Gródolas y los hombres de Tenkolmar contemplaban sorprendidos la irrupción de la flota corsaria en la cuenca del Taquakland. Los navíos, veloces como albatros, sellaron con sus proas la desembocadura del gran río. En cubierta, los corsarios armaban sus ballestas, acarreaban ganchos y sogas, preparándose para el abordaje de las diminutas barcazas gronings.

El Mariscal Arniokelen no esperaba aquella artimaña del enemigo y todas sus esperanzas se perdieron en el Mar del Este volando sobre las alas de sus halcones. Desde las cubiertas de la flota corsaria comandada por El Indomable, los hombres de Tirgo de Tirón se mofaban de los gronings, amedrentándolos con siniestras amenazas que terminaron por hundir la escasa moral que aún atesoraban los amilanados legionarios.

—¡Moriréis aplastados bajo la quilla de nuestro barco! —gritaban unos.

—¡Correréis la misma suerte que vuestros malditos compañeros en la desembocadura del Morkurgul! —gritaban otros.

Al escuchar aquellas amenazas Arniokelen confirmó sus peores temores. Las legiones del Mariscal Zunkonel habían sido aniquiladas y ahora, como aullaban los corsarios, sus hombres correrían la misma suerte. ¿Mas quién había sido el traidor que había puesto sobre aviso a las regiones del Este? Therliangator. No podía ser otro. Ese maldito rebelde nerlingo que había escapado al exterminio de su rastrero

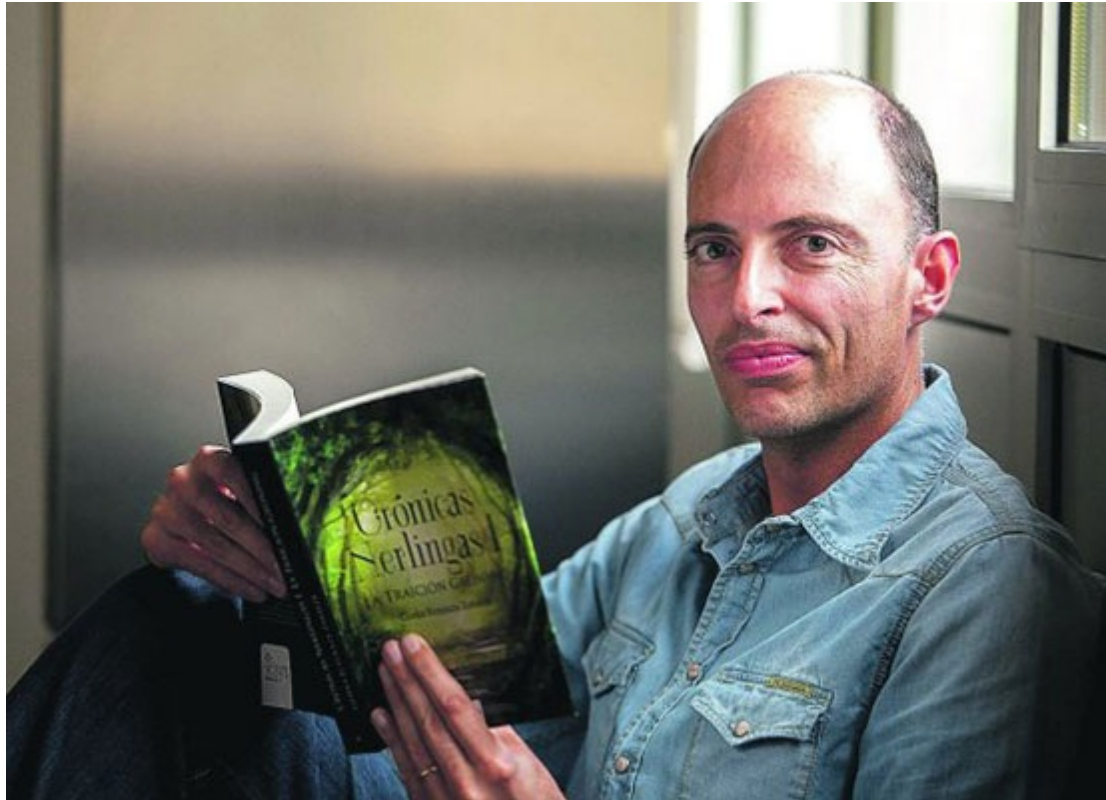
pueblo. Él había sido quien había levantado en armas a luinas, esmugas y aquellos miserables corsarios. Pero lo pagaría con su vida. Zornik no perdonaría aquella afrenta. Bien lo sabía Arniokelen.

Un punzante dolor despertó al Mariscal de sus coléricos pensamientos. Una flecha corsaria acababa de atravesarle el pecho, allí donde su ligera cota de malla no podía protegerlo. Arniokelen sintió arder sus pulmones, mientras contemplaba la sangre manar a borbotones por debajo de su desgarrada camisola. La mente comenzó a nublársele y sintió que no tardaría mucho en desmayarse.

—¡Lo pagarás con tu vida! —gritó iracundo con las últimas fuerzas que le quedaban—. ¡Lo pagarás con tu vida! —volvió a repetir. Se giró torpemente para contemplar por última vez a Kiril comandando a los victoriosos ejércitos de Esreghaia—. ¡Lo pagarás con tu vida, maldita rata nerlinga! —y Arniokelen se desplomó inerte sobre la embarcación, mientras ésta descendía sin rumbo por el río hasta que chocó, partiéndose en dos, contra la proa de *El Indomable*.

El cuerpo sin vida del Mariscal Arniokelen cayó al agua y se hundió para siempre en el delta del río. La Batalla del Taquakland había terminado. La victoria había sonreído a los ejércitos del Este en su enfrentamiento contra las legiones gronings. La llama de la esperanza continuaría brillando durante las próximas lunas, iluminando el horizonte de la marina oriental de hermosos tonos cobrizos. La luz que un día Kiril vio en sueños, se había convertido en el amanecer de un nuevo tiempo. Pero descubrir si su brillo sería efímero o imperecedero, le llevaría a enfrentarse al maligno espíritu que, ansioso por arrebatarse el poder de la Sagrada Bestia, aguardaba insomne la visita de Therliangator tras las murallas de Groningburgo.

**A**quí concluye el segundo libro de las Crónicas Nerlingas, *El Sexto Clan*. El tercer libro, *Duelo de Reyes*, cuenta el anhelado reencuentro de los gemelos alkos y la campaña de reconquista de los territorios ocupados del centro y el oeste, que conducirá a Kiril hasta las mismas puertas de Groningburgo para enfrentarse a Zornik en la última defensa de la luz.



GORKA ECEOLAZA ZABALZA. Nacido en 1969 en San Sebastián, Gorka Eceolaza estudió Ingeniería Industrial, desarrollando su carrera profesional en el ámbito de la empresa. Junto a esa formación pragmática de “más vale una imagen que mil palabras”, siempre ha coexistido en su interior una faceta creativa de construir imágenes a través de las palabras.

Esa faceta se manifestó a finales de 1999 y fue la que le llevó a comenzar a escribir lo que sería el embrión de la saga de las *Crónicas Nerlingas*.

Tardío lector de novelas, entre sus lecturas favoritas destacan todos los libros relacionados con el universo creado por John Ronald Ruelen Tolkien, así como las cuatro novelas del escritor Dan Simmons que configuran la saga de ciencia ficción conocida como los *Cantos de Hyperion*. También disfruta con la novela negra o policiaca, con autores como el danés Jussi Adler-Olsen.

# Notas

[♣] Kliat es el nombre que recibe el Custodio o depositario del secreto del Sexto clan.

<<

[♣] Los hombres que fundaron Rangalpur lograron centurias atrás el título de corsario a través de la patente de corso que los reyes de las naciones sureñas les concedieron para defender sus aguas de posibles invasiones del norte. Sin embargo, durante la disgregación del reino de Esreghaia, renegaron de esos gobernantes y decidieron ser sus únicos señores, pero continuaron denominándose a sí mismos como corsarios. <<